This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.

+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.

+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.

+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

SA 34 39.6

Harvard College Library

FROM THE FUND

FOR A

PROFESSORSHIP OF
LATIN-AMERICAN HISTORY AND
ECONOMICS

ESTABLISHED 1913

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

MEMORIAS

DEL CORONEL

Manuel Balbontín.

EPISODIOS
DE SU CARRERA MILITAR Y POLITICA,
FUNCIONES DE ARMAS EN QUE
SE ENCOTRÓ,
CONDUCTA QUE OBSERVÓ EN LOS CAMBIOS
POLITICOS QUE DURANTE
MAS DE TREINTA AÑOS OCURRIERON EN LA REPUBLICA,
Y CONSECUENCIAS
QUE SU MODO DE OBRAR LE PRODUJO.

Dan principio en el año de 1845.

SAN LUIS POTOSI.

Tip. de la E. I. Militar, dirigida por Aurelio B. Cortés.

1896.

Digitized by Google

Digitized by Google

MEMORIAS

DEL CORONEL

Manuel Balbontín.

EPISODIOS DE SU CARRERA MILITAR Y POLITICA, FUNCIONES DE ARMAS EN QUE SE ENCONTRO, CONDUCTA QUE OBSERVO EN LOS CAMBIOS POLITICOS QUE DURANTE MAS DE TREINTA AÑOS OCURRIERON EN LA REPUBLICA, Y CONSECUENCIAS QUE SU MODO DE OBRAR LE PRODUJO.

Dan principio en el año de 1845.

SAN LUIS POTOSI.

Tip. de la Escuela I. Militar, dirigida por Aurelio B. Cortés.

1896.

Digitized by Google

SA 3439.6

✓

HARVARD COLLEGE LIBRARY
June 9, 1922
LATIN-AMERICAN
PROFESSORSHIP FUND

Digitized by Google

Coronel de Artilleria

DON MANUEL BALBONTIN.

* 30 de Agosto de 1824. + 17 de Diciembre de 1894.

Digitized by Google

Digitized by Google

DURANTE mi larga carrera he podido observar la protección que los Gobernantes y los Jefes superiores del Ejército impartían á los parientes, amigos ó favoritos de que siempre se hallaban rodeados, haciéndolos aparecer ya en la prensa, ya en los partes oficiales, como llenos de méritos y servicios eminentes que los recomendaban altamente á la opinión pública, la que no extrañaba ver que rápidamente se elevaban á los más altos grados de la milicia, con agravio de tantos que por su antigüedad y verdaderos servicios, eran más acreedores, pero que carecían de influencias.

Así, cada nuevo Gobierno llevaba consigo una multitud á quien protegía, prodigándole no sólo ascenso y pagas extraordinarias, sino, lo que era más doloroso, condecoraciones que no habían ganado.

Era usual que todo el que se pronunciaba ó se pasaba á los pronunciados fuera objeto de las mayores distinciones; y se elevaba sobre sus compañeros, y aún sobre sus Jefes, que habían permanecido fieles al Gobierno caido.

Los que, como yo, careciendo de influencias, se proponían servir con lealtad y odiaban la adulación y los chismes, se sujetaban á sufrir las mayores humillaciones. Si fuera á contar el número de postergas que en mi larga carrera sufrí, podría decir sin hipérbole que pasó de varios miles.

Digitized by Google

Por otra parte, sentía cierta repugnancia de que la prensa se ocupase de mí, lo que procuraba evitar siempre que podía; y como ocurría que los generales dejasen de dar parte de las acciones que dirigían, quedaban completamente ignorados los servicios que en ellas se prestaban.

No obstante, yo no me puedo conformar con que mis sacrificios queden ignorados, y por tal causa, y porque en estas memorias se hallarán datos de bastante importancia para la historia de la República, me he decidido á escribirlas; aunque no verán la luz pública sino después de mi muerte, y éste será el último servicio que prestaré á mi Patria.

Estas memorias no contendrán, pues, mi autobiografía, ocupándose solamente de los sucesos culminantes que he presenciado, los que irán apoyados con citas de documentos justificativos, que no se insertarán siempre íntegros en el texto, por no hacerlo demasiado voluminoso.

Digitized by Google

LA GUERRA

—CON LOS—

ESTADOS UNIDOS.

1845 á 1848.

Digitized by Google

Digitized by Google

Año de 1845.

AL terminar este año, se había pronunciado en el Peñasco, cerca de San Luis Potosí, el Gral. Don Mariano Paredes y Arrillaga y marchaba sobre la Capital.

En consecuencia, el Colegio Militar suprimió las vacaciones, y todo su personal fué acuartelado en Chapultepec, en donde se comenzaron á construir algunas obras de defensa.

Para reforzar el punto, ingresaron á él por orden superior, una Compañía del 4.º de línea y otra del activo de México.

Se colocó en el llamado Caballero Alto una pieza de plaza de fierro, del calibre de á 16, y se puso al mando del Teniente de Artillería Don Francisco Paz.

Yo acababa de ascender á subteniente de la misma arma y formaba parte del pelotón de aquella pieza, compuesto todo de oficiales.

En el *Patio grande* había una pieza de batalla de á 4, servida también por oficiales, y se le dió el mando de ella al Teniente Don Joaquín Marroquín.

Los alumnos del Colegio ocuparon la azotea y el *jardín*, y las compañías de infantería se alojaron en el refectorio.

En esto, el Gral. Paredes había llegado á las goteras de México y se esperaba que atacaría de un momento á otro.

Digitized by Google

A la media noche de una de Diciembre, las dianas que tocaban las bandas de la Ciudadela, repetidas por el eco de las lomas del Molino del Rey, anunciaron á la guarnición de Chapultepec que algo notable ocurría en la Capital.

El Coronel Don Joaquín Fuero, que como segundo Jefe del Colegio tenia el mando, ordenó que el Teniente de las Compañías de alumnos Don Domingo Alvarado y el que esto escribe, marcháramos á México á informarnos de lo que pasaba, y si era posible, llegásemos hasta donde estuviera el Comandante General para recibir sus órdenes.

Salimos del bosque al trote largo, siguiendo la calzada que conduce á la garita de Belén; pero antes de llegar á ella, encontramos una Compañía de Guardia Nacional que abandonó la garita que cubría, y se replegaba á Chapultepec, por haberse pronunciado las tropas de la Ciudadela por el General Paredes.

Desde este momento pusimos al paso los caballos marchando con las precauciones consiguientes. Tomamos por el Paseo Bucareli, continuamos rectamente hasta la Plazuela de San Fernando y girando á la derecha, seguimos protegidos por la arquería hasta el cuartel de San Hipólito que encontramos en alarma. Allí no pudimos obtener más noticias que las que ya sabiamos, y continuamos por la arquería con objeto de llegar á la plaza por la calle de Tacuba.

En este trayecto nos cruzamos con dos batallones que se pronunciaron en Tlaltelolco y que se dirigían á la Ciudadela.

La noche oscura y la precipitación con que aquellas tropas marchaban, hicieron que no fijasen la atención en nosotros, y pudimos continuar sin peligro.

Por fin, llegamos al Palacio Nacional, donde el Teniente Alvarado desempeñó la comisión que llevaba acerca del Gral. Don Anastasio Bustamante, que era el Comandante General.

Digitized by Google

Terminada nuestra misión, nos volvimos tomando el mismo camino que habíamos llevado; pero al llegar á San Fernando, en vez de tomar por Bucareli, marchamos directamente hasta la Tlaxpana, y siguiendo por la calzada de la Verónica, llegamos á Chapultepec cuando ya amanecía.

El Colegio se puso en actitud de defensa, y yo escribía en el *mirador* unas comunicaciones que me dictaba el Coronel Fuero, cuando entró corriendo un alumno noticiando que la infantería que estaba alojada en el *refectorio* se acababa de pronunciar.

En el acto dejamos la escritura: el Coronel Fuero corrió para el refectorio y yo me incorporé á mi pieza que fué cargada á metralla.

Marroquín hizo también cargar la suya abocándola para el refectorio: los alumnos y los nacionales tomaron posiciones convenientes y todo estaba listo para un conflicto.

Fuero se empeñaba en reducir al orden á los pronunciados sin lograr su objeto, y ya se disponía á incorporarse á la fuerza fiel y comenzar las hostilidades, cuando los pronunciados viendo la mala posición en que se hallaban, solicitaron que se les dejara retirar.

La consideración de que la revolución estaba triunfante y que nada se conseguiría con que muriesen algunos de los alumnos, resolvió al Coronel á dejarlos salir; pero ellos, temerosos de que en su retirada se les hiciera fuego, lo obligaron á que los acompañase hasta la puerta del bosque.

Ya estaba pronunciada toda la guarnición de México y aún permanecía Chapultepec en actitud de defensa, cuando un ayudante del Gral. Bustamante llevó la orden para que el Colegio se pusiera á disposición de los vencedores.

Este fué mi primer hecho de armas, que aunque incruento, no por eso dejó de producir las emociones consiguientes.

— —

Digitized by Google

De 1846 á 1848.

COMPLICADAS las relaciones entre México y los Estados Unidos, en términos de que una próxima ruptura parecía irremediable, el Gobierno comenzó á prepararse para la guerra, y en consecuencia, ordenó que todos los oficiales que se hallaban agregados al Colegio, se incorporasen á sus cuerpos; y yo lo fuí al Primer Batallón de Artillería.

Rotas al fin las hostilidades en la orilla del Bravo y derrotadas nuestras tropas, tuvieron éstas que replegarse á Monterrey.

El Gobierno se apresuró á enviar fuerzas para aumentar la guarnición de aquella ciudad, y el día 27 de Agosto de 1846 salió de México la brigada que mandaba el Gral. Don Simeón Ramírez, con la cual me tocó marchar.

El 9 de Septiembre llegó la Brigada á Monterrey y el 21 ya tomó parte en la defensa. Yo caí prisionero en el Fortín de la Tenería, donde corrí inminente riesgo de ser fusilado, pues los fusiles fueron apuntados á mi frente, debiendo mi salvación á un joven que me hizo prisionero y se comprometió á evitar que me fugase.

Lo demás que ocurrió en la defensa de la ciudad, consta en los apuntes que tengo publicados sobre la Invasión Americana.

Digitized by Google

En el parte que dió el General Don Francisco Mejía sobre el ataque de su línea, se lee:

"La artillería del Reducto de la Tenería estuvo á cargo del Capitán Don Jacinto Domínguez, con los Subtenientes Don Agustín Espinosa y Don Manuel Balbontín, quedando prisionero este último oficial."

En un certificado extendido á mi favor, dice el General Don Pedro de Ampudia lo siguiente:

"Certifico: que el Teniente graduado, Subteniente de Artillería Don Manuel Balbontín, se halló á mis órdenes en la defensa que en 1846 hizo esta plaza contra las fuerzas extranjeras de los EE. UU. del Norte; que el 21 de Septiembre del mismo año fué hecho prisionero del enemigo *en el recinto* del Fortín de la Tenería, habiendo quedado en libertad *por medio del canje* verificado el 24 del mismo mes de Septiembre; habiéndose conducido este oficial con valor, desición y patriotismo en la parte que le tocó desempeñar en esta campaña.—Y para que así lo haga constar, le doy éste á su pedimento en la Ciudad de Monterrey, á 5 de Agosto de 1853.—*Pedro de Ampudia*"

En el parte que dió el Comandante Gral. de Artillería, Coronel Don Antonio Corona, relativo á los servicios que prestó el arma en la batalla de la Angostura, se lee lo que sigue: "Igualmente debo poner en conocimiento de V. E. la puntualidad y celo con que mis ayudantes Don José María Terroba, Don Manuel Balbontín y Don Mariano Espinosa, comunicaron mis órdenes."

Un certificado del general Corona expedido en mi favor dice:

"Antonio Corona, General de Brigada."—Certifico: que siendo Comandante General de Artillería del Ejército del Norte el año de 1846, tuve de Ayudante en la campaña y acción de la Angostura al Teniente de Artillería Don Manuel Balbontín, el cual se manejó durante toda aquella, á mi entera satisfacción, pues siempre manifestó un grande celo por el servicio y comunicó con mucha actividad todas las órdenes que le dí, acreditando así su valor y los vehementes deseos que te-

Digitized by Google

nía por el triunfo de las armas nacionales. A pedimento del interesado y para los usos que le convengan, doy el presente en Veracruz á 4 de Agosto de 1853.—Antonio Corona."

En la orden general dada en el Campo de Padierna del 19 al 20 de Agosto de 1847, en la lista de ascensos que ella confiere, puede verse entre otros "por Teniente Coronel de infantería al Capitán de Artillería Don Severiano Contreras, por Capitán Graduado al Teniente de Artillería Don Antonio Grosso, por Teniente efectivo al graduado Don Manuel Balbontín &."

En México me tocó estar en la Garita de San Antonio Abad ó Candelaria, y después en la Ciudadela.

Cuando la Capital fué evacuada, seguí con mi cuerpo á Querétaro, en donde se instaló el Gobierno.

Durante las operaciones en el Valle de México, los oficiales, de General abajo, no llevaban más equipaje que el vestuario que tenían puesto, y estaban sujetos á un diario económico, que distribuían á los que ocupaban puestos en las líneas, los habilitados de los cuerpos, ú oficiales comisionados al efecto.

En los últimos días, los repartos se fueron escaseando y algunos de los oficiales encargados de hacerlos, no volvieron á presentarse en las líneas. De semejante situación resultó, que al evacuar el ejército la Capital, la noche del 13 de Septiembre de 1847, la mayor parte del personal de oficiales iba en la mayor pobreza.

Para remediar, en parte, tan triste estado de cosas, al llegar á Tula, ordenó el General en Jefe que se ocupara el tabaco del estanco para repartirlo á los Jefes y oficiales.

Tocóles, pues, á razón de cuarta parte de paga; pero no teniendo modo de llevar aquella carga, la vendieron á mitad de su valor. Así fué, que á un Subteniente de Artillería que le tocaban poco menos de doce pesos, sólo recibió cinco y pico, y á uno de infantería, los nueve pesos y medio se le redujeron á cuatro pesos seis reales.

Digitized by Google

Con aquel corto auxilio pudimos llegar á Querétaro; pero una vez en la ciudad, en donde las exigencias eran mayores, todos nos vimos en la más grande angustia.

Raro era entre los subalternos quien tenía segunda camisa, la ropa exterior se hallaba muy deteriorada y las fondas no servían á los militares, á menos que no pagaran adelantado. No había otros alojamientos que los edificios, ó los conventos donde se había acuartelado la tropa.

En el Convento de la Cruz, los oficiales de Artillería habían establecido una especie de Colonia ocupando varias celdas que se hallaban vacantes por falta de frailes.

Allí instalados, y provistos de unos sudaderos de fibras de coco, que usan los arrieros para que no se les maten las mulas, improvisaron sus camas, y aquel que conservaba algunas monedas, se recataba de los demás por no auxiliarlos con algo.

Los desheredados, nos manteníamos con *cidras é higos* de la huerta del convento; pero este alimento no era suficiente, y ya sentíamos los horrores del hambre.

Entre tanto, el Gobierno no trataba de remediar aquella miseria, contentándose con dar el rancho de la tropa en especies, y no en dinero, y una pieza de pan por plaza para cada comida.

Es verdad que formuló una contrata para dar víveres á los oficiales; pero los efectos eran detestables. Además, ¿qué podrían hacer los oficiales con un puñado de garbanzos, otro de arroz, otro de frijoles, otro de sal y algunos chiles, sin tener trastos ni lugar donde guisarlos?

Así fué, que aquella disposición no pudo tener efecto ninguno.

El oficial de ranchos de mi batallón, que lo era el Teniente Don Zeferino Rodríguez, viendo el mal estado en que me hallaba, me dijo: "que me proveyese de una cazuela y que todos los días á la hora del rancho mandara á mi asistente para que me enviase una ración; pero que no me mandaría pan, porque le daban contadas las piezas para la tropa" En efecto, así lo hice y cada veinticuatro horas podía contar con una ración de arroz y otra de

Digitized by Google

carne, con lo que ya no me era tan penosa la abstinencia.

Formaba contraste con aquella miseria, el lujo de muchas familias acomodadas de México que habían emigrado á Querétaro huyendo de la invasión y que unidas á las que en esta ciudad gozaban de bienestar, procuraban pasar la vida lo más alegre que pudieran.

La ópera italiana que funcionaba en México, se trasladó á la nueva capital, y con los toros y los paseos amenizaban tanto como era dable los rigores de la situación.

También el elemento civil que había seguido al Gobierno, era atendido con solicitud por el Ministro Don Luis de la Rosa, y los empleados á quienes descuidaba, recibían de vez en cuando algunas cantidades extraordinarias en libranzas sobre la Aduana del Manzanillo para que pudieran socorrer á sus familias.

Pero el ejército era objeto de un odio profundo.

Había combatido; pero no había podido vencer á un enemigo muy superior en organización y en elementos de todas clases. Y la culpa que recaía sobre la Nación entera, que no había sabido organizar un ejército ni prepararse para la guerra, se trataba de echarla toda entera sobre el ejército.

No obstante, aquel puñado de hombres que acompañaban al Gobierno, era la única garantía de estabilidad que éste tenía.

Sin su apoyo, los Estados hubieran reasumido su soberanía. Una patrulla enemiga hubiera sido bastante para ponerlo en fuga, y al sublevarse la sierra de Xichú, sus poblaciones semi-salvajes se habían desbordado sobre las planicies del Bajío, como un torrente, cometiendo horrores como lo verificaron en las haciendas y poblados en que pudieron penetrar.

A fines de Octubre comenzó el Gobierno á atender con pequeños prorrateos á la fuerza que lo acompañaba, y poco á poco fueron normalizándose los pagos hasta que en los últimos meses de la permanencia en Querétaro ya se pudo repartir media paga.

Firmada la paz, la fuerza se dividió. Una parte marchó con el General Bustamante á sofocar el pronunciamiento del Padre Jarauta á Guanajuato: otra fué á aumen-

Digitized by Google

tar las tropas que operaban sobre la sierra; y la tercera regresó á México para formar la guarnición.

Preciso es asentar un episodio de importancia, aunque vergonzoso para el ejército.

Al verificarse la evacuación de México, muchos jefes y oficiales abandonaron sus banderas y se quedaron en sus casas.

El Gobierno en vez de darlos de baja los mandó sumariar, de lo que resultó que todos se proveyeron de certificados, caso por desgracia fácil entre nosotros, que acreditaban que se habían quedado enfermos.

Esto era por demás falso, porque no era posible que á un mismo tiempo se enfermaran de gravedad tantos individuos, y que se vieran obligados á abandonar sus filas sin conocimiento de sus respectivos jefes.

Pero los consejos de guerra fueron absolviendo á uno por uno, volviendo á ocupar los puestos que habían dejado vacantes, con agravio de los que fieles al Gobierno, lo siguieron exponiéndose á todas las consecuencias de la miseria y de los peligros.

Hubo más, ni siquiera se recompensó con una cinta, que nada le costaba al Gobierno, á aquellos hombres, para distinguirlos de los que habían faltado á sus deberes.

Semejante modo de obrar, mata por completo el estímulo, y pocos son los que sin esperar recompensa de ninguna clase quieren sacrificarse por la Patria.

Así fué, que en la guerra de intervención, á medida que el ejército se retiraba, aumentaban los huecos que la oficialidad dejaba; y como después del triunfo de la República, con el pretexto de una política conciliadora, se perdonó á los tránsfugas, se les colocó y aun se les elevó al mismo tiempo que se despreciaba á los que habían sido leales, no sería por lo tanto aventurado pronosticar que si la Nación volviera á atravesar una crisis semejante, muy pocos habría que prefiriesen seguir la senda de los sacrificios y de la abnegación, á las ventajas que pudieran sacar de cometer una defección, ó por lo menos la tranquilidad que disfrutarían en su hogar, esperando el día del triunfo para presentarse al vencedor.

Digitized by Google

Digitized by Google

CAMPAÑA
DE MICHOACAN
Y JALISCO.

1852.

Digitized by Google

Digitized by Google

ACCION DE PATZCUARO.

En la mañana del día 19 de Octubre de 1852 recibí una esquela del Comandante de Escuadrón Don José Calderón, dándome una cita en Palacio á las diez de la mañana, para un asunto importante. Cuando ocurrí, me dijo que el Gobierno disponía que él y yo marcháramos al día siguiente por la diligencia á la Ciudad de Morelia, con objeto de hacer la Campaña contra los sublevados, que á las órdenes del Coronel Bahamonde habían hecho capitular á Tlazazalca y amenazaban la Capital del Estado de Michoacán.

Para expeditar nuestro viaje, se habían dado las órdenes correspondientes á la 5ª División de Artillería á que yo pertenecía entonces, y á la Comisaría. Mi paga de marcha y el pasaporte ya estaban sacados. No tuve, pues, que hacer otra cosa, que tomar permiso de mis Jefes y alistarme.

El día 20 á las 7 de la mañana montamos en la diligencia de Toluca. En ella encontramos, entre otras personas, á los Comandantes de Escuadrón Don Jesús Malo y Don Jesús Lozano. Hacía algunos días que tenía yo noticia de que estos Jefes, que á la sazón se hallaban fuera de servicio, deberían marchar á la revolución. Así es que desde el momento comprendí que su objeto era incorporarse con los pronunciados de Michoacán. Durante el viaje no se habló más que de política, y ellos no hicieron misterio alguno de sus opiniones, que por otra parte nos eran bien conocidas.

Digitized by Google

Cuando llegamos á Toluca manifesté al Comandante Calderón, bajo palabra de guardar secreto, el motivo del viaje de Malo y Lozano, y deploramos juntos los horrores de la guerra civil, que ponía frente unos de otros amigos que se estimaban.

A la madrugada del día 21 salimos de Toluca con nuestros compañeros de viaje, sin darnos por entendidos de lo que sabiamos, y después de una penosa jornada de 36 leguas, llegamos á Maravatío, población grande y conservadora donde fermentaba la revolución.

Don José Urquiza, español rico y de influencia, se hallaba á la cabeza de la conspiración. En la noche tuvo intenciones de precipitar los acontecimientos y aprehendernos al Comandante Calderón y á mí; pero Malo y Lozano lo disuadieron, haciéndole valer nuestra amistad y nuestro conportamiento durante el viaje. Estos rasgos de caballerosidad que mitigan tanto los rigores de la guerra, tuvieron por desgracia pocos imitadores durante las terribles luchas que siguieron después.

Al siguiente día, salimos unidos aún, de Maravatío, los cuatro amigos; pero en Acámbaro, donde almorzamos, Malo y Lozano se despidieron de nosotros para dirigirse á la Hacienda de Villachuato, propiedad de un hermano de Malo.

Continuamos el viaje el Comandante Calderón y yo, haciendo tristes reflecciones sobre aquella aventura, que pocos días después, podía dar por resultado la muerte de alguno de los cuatro, ocasionada tal vez por uno de ellos.

Ya tarde entramos en Morelia y fuimos á visitar al Gobernador Don Melchor Ocampo, personaje importante en el partido liberal y que después ha figurado en primer término en la revolución.

La situación de Morelia era crítica. Casi todo el Estado de Michoacán se hallaba pronunciado, y el resto organizándose para pronunciarse. El Gobierno contaba solamente con la Capital, donde el partido conservador hacía toda clase de esfuerzos para apoderarse de la situación.

Digitized by Google

Las fuerzas con que contaba el Gobierno eran:

80 Hombres del Batallón 2 º de línea.
400 id. id. id. Matamoros, Guardia Nacional.
150 Gendarmes, á pié y montados.
100 Jinetes del Estado.
60 Artilleros voluntarios, Guardia Nacional.
80 Jóvenes elegantes (polkos) id. id.
120 Artesanos en 2 compañías ,, ,,

990 hombres por todo.

La Compañía del 2 º de línea que mandaba el Capitán Vivanco, se componía de excelente tropa, bastante sólida y disciplinada; pero por desgracia sus oficiales estaban comprometidos en la revolución.

El batallón de Matamoros inspiraba plena confianza, cuanto á su fidelidad; pero acabado de levantar en aquellos momentos, con oficiales sacados de las oficinas, sin conocimientos ni costumbre de mandar, podía esperarse muy poco de sus servicios.

Los gendarmes apenas eran útiles para hacer la policía de la ciudad, carecían de oficiales, no conocían la disciplina, y simpatizaban con los conservadores.

La caballería, mal montada, mal armada y con un sólo oficial, un tal Villerías que la mandaba, tenía por objeto la escolta de los caminos; y por lo tanto, su utilidad era muy problemática.

Los Artilleros eran artesanos que se habían presentado voluntariamente; pero no tenían instrucción alguna.

Por último, con los *polkos* y las compañías de artesanos no podía contarse para expedicionar.

La opinión nos era contraria entre los ricos, los españoles, la gente devota y las mujeres de algunas pretensiones. Entre otras, la casa española de D. Pío Bermejillo, era una agencia de la revolución. De ella se mandaban correos al enemigo, se esparcían noticias alarmantes, se compraban armas, paradas de cartuchos, y se protegía la deserción. Su descaro llegó al extremo de que el Comandante Calderón, á pesar de su finura y moderación

Digitized by Google

conocidas, se vió en el caso de ir á ella y amonestar fuertemente y aún amenazar á Bermejillo.

El enemigo, en tanto, se organizaba en Pátzcuaro, ciudad distante catorce leguas de Morelia, recibiendo recursos de Zamora, la Piedad y otras poblaciones del Estado. Muchos oficiales del ejército, dados de baja en tiempo del Presidente Herrera, se habían unido á Bahamonde y se ocupaban en instruir sus tropas.

Desde el día siguiente de nuestra llegada me ocupé asíduamente en instruir á los artilleros haciendo rápidos progresos, porque me había tocado gente entendida, y me concreté á lo muy preciso, para que cuanto antes pudiesen servir las piezas. Por otra parte, se improvisó una pequeña maestranza, y de un informe y raquítico arsenal que yacía allí en el mayor abandono, comencé á entresacar lo que pudiera servir para ordenar el material que pensaba llevar á campaña y dejar algo arreglado para la defensa de la ciudad.

Como sucede siempre que la autoridad civil quiere mandar militarmente, todo el mundo quería dar su opinión sobre cuanto se hacía y aún intervenir en ello; y el Gobernador se desesperaba porque no salíamos á destruir á los rebeldes desde luego. En vano se le ponía de manifiesto el estado deplorable que guardábamos, y la necesidad de prepararnos convenientemente para el combate, si es que queríamos salir airosos en la contienda. Contestaba que parecía que teníamos que batir á los rusos y no á unos *pobres indios armados con hondas y garrotes*. Sin embargo, yo me rehusé cuanto pude á que se emprendiera algo, hasta hallarnos capaces, de cuya conducta tuve después que felicitarme.

Una mañana que salía yo de la Casa de diligencias donde vivía, para ir á la instrucción, me encontré las calles llenas de curiosos, mirando con aire azorado hacia las Lomas de Santa María, que quedan al Sur de la ciudad. ¡Cuál sería mi sorpresa al ver sobre ellas cuatro escuadrones formados en batalla! Ni el Gobernador, ni el Comandante Militar, ni nadie, había tenido noticia de

Digitized by Google

la proximidad del enemigo, que á tener más audacia, aquel día se hubiera posesionado de Morelia.

Corrí en el acto para el cuartel y lo hallé en un estado de desorden imposible de describir. Cuando logré hacerme oir y que la gente hiciera silencio, pude mandar á las líneas la artillería y municiones necesarias, cuya operación duró hasta las doce del día, hora en que ya estábamos capaces de sostener un ataque.

En la tarde, el capitán Vivanco, sin orden alguna, emprendió su marcha á través del llano, para las Lomas de Santa María, con la compañía del 2º que mandaba. Sospechando que se iba á pasar al enemigo, corrí á detenerlo; y después de cuestionar un rato, logré que volviese á entrar á la línea, disculpándose con decir que había avanzado hacia el enemigo para manifestar que el 2º no tenía miedo á nada.

En la noche, como de costumbre, fuimos á casa del Gobernador, al cual encontramos indignado por nuestra inacción. Le manifestamos que habiéndonos cogido de sorpresa la llegada del enemigo, apenas habíamos tenido tiempo de ponernos en estado de defendernos; que tampoco podíamos aventurarnos sobre él hasta cerciorarnos de su fuerza, pues podría ser que tras de los cuatro escuadrones estubiese la infanteria, que á juzgar por el número de caballería, debía ser cuantiosa.

De todas maneras, se decidió que al día siguiente se atacaría á los pronunciados; y allí mismo formamos nuestro plan. El comandante Calderón con el 2º y la caballería, debería avanzar por el camino de Pátzcuaro con objeto de tomar de flanco la caballería de las Lomas que mandaba Díaz Salgado, mientras yo apoyaba el ataque con dos cañones colocados en el llano, sostenidos por una compañía de Matamoros; quedando las demás fuerzas de reserva y ocupando los puntos importantes de la ciudad. En caso de que hubiese más fuerzas del enemigo de las que estaban á la vista, Calderón se replegaría, sosteniéndolo la artillería.

Al día siguiente se verificó todo al pié de la letra, y el enemigo desocupó las lomas retirándose definitivamente.

Digitized by Google

Supimos después que el objeto del enemigo era apoyar al 2º y á los gendarmes que debían pronunciarse.

Díaz Salgado, amigo íntimo de Calderón, le escribió á éste diciéndole que había abandonado las lomas por no hacer armas contra él

Por la muestra que teníamos del enemigo, me afirmé más y más de que debíamos obrar con prudencia y con todas las seguridades posibles para afirmar el triunfo.

Un día me hizo llamar el Señor Ocampo, al que hallé muy alarmado. Tenía en la mano una carta en la que le decían que el General Uraga, que se pronunció en San Miguel el Grande, había llegado á Puruándiro con 400 hombres de línea y una culebrina. Expresó sus temores de que se uniera con Bahamonde, á quien se le suponían 800 hombres, excitándome al mismo tiempo para que terminara pronto mis preparativos.

El Señor Ocampo tenía entonces razón de alarmarse, porque unido Uraga con los de Pátzcuaro, la revolución se hubiera consumado en el Estado sin poderlo impedir.

Con ayuda de una pequeña carta del Estado de Michoacán, que había podido adquirir; con noticias de personas prácticas, sobre las distancias y los obstáculos que ofrecía el camino de Puruándiro á Pátzcuaro; calculando que Uraga dejaría descansar algunos días á su tropa fatigada, para aumentarla, calzarla, etc., pues había hecho largas y contínuas marchas; teniendo también presente que la hacienda de Villachuato queda á un lado de Puruándiro, y era forzoso que los Malos quisieran obsequiar al general en ella; pensé que el tiempo que permanecería sin moverse, y el que emplearía en llegar á Pátzcuaro, nos dejaría por lo menos seis días de que disponer. Pedí, pues, tres para acabar de alistarme, y quedó resuelta la marcha para el 1º del inmediato Noviembre, *ocho días* después de nuestro *arribo á Morelia*.

Como se hallaba presente el Comandante Calderón, allí mismo se concertó el plan que se había de seguir.

Debíamos salir de Morelia á las dos de la mañana, sin anunciar previamente la marcha, cosa que se podía hacer fácilmente, hallándose la tropa acuartelada y listos

Digitized by Google

los trenes. En el mismo día podíamos batir á Bahamonde, derrotarlo, y marchar al día siguiente contra Uraga, que se vería precisado á retirarse ó á batirse con tropas victoriosas.

Esta sencilla combinación que pudo haberse realizado con buenas tropas, sólo tuvo buen éxito en parte.

El 1º de Noviembre, después de haber paseado hasta la media noche anterior en la Plaza de Todos Santos, se retiraron los oficiales á sus cuarteles y se comunicó á los cuerpos que marchaban, la orden de hallarse formados en la Plaza principal á las dos de la mañana.

A esa hora todo estaba listo: la artillería, la caballería, los nacionales. Solamente el 2º no parecía. El Comandante Calderón estaba desesperado, y mandaba sus ayudantes uno tras otro al cuartel del 2º, hasta que tuvo que ir personalmente. Yo veía con mucha pena que toda nuestra combinación iba á faltar, pues saliendo tarde, no podíamos vencer las 14 leguas á buena hora para batirnos, y el enemigo recibiría noticia anticipada de nuestra marcha. En otras circunstancias, se hubiera podido dejar al 2º y sustituirlo con otra tropa; pero era la única gente con que padíamos contar para recibir un choque rudo.

Casi amanecía cuando se incorporó el 2º, y salimos de Morelia desalentados, al ver así expuesta á fracasar nuestra combinación. En Tiripitío tuvimos una alarma, por algunos exploradores enemigos que se dejaron ver. Más adelante, al pasar un desfiladero pantanoso, se atascaron las piezas y los carros, y tuvimos un rato bastante crítico. Como á las cuatro de la tarde llegamos á Huiramba, pueblo que ocupa una grande extensión, con sus casas diseminadas y gran cantidad de órganos y nopales. Era una malísima posición, tanto por su extensión que no podíamos cubrir, como porque ocultaba las avenidas en todos sentidos.

El Comandante Calderón ordenó continuar la marcha, y fuimos á acampar á la falda de un cerro poco distante, donde formamos cuadro. En todo el día no comió la sección. Llegada la noche se hicieron lumbradas para ca-

Digitized by Google

lentarse la tropa, y asar algunos elotes y pedazos de carne, no sin grande peligro de que se incendiara el parque, que se había establecido en el centro del cuadro.

Nuestra sección se componía de 450 infantes, 80 caballos y 4 cañones, á saber: un cañón de á 6, de fierro muy pesado, un pequeño de á 3 de muy poco alcance, y dos culebrinas de á 2¼.

La noche fué fría, y el copioso rocío que cae en aquella comarca nos empapó completamente. Al amanecer tuvimos noticia que el enemigo nos esperaba posesionado en un desfiladero llamado el Cristo de Piedra, donde se había parapetado. Se suponía que contaba con 800 hombres.

El Comandante Calderón me pidió mi parecer sobre lo que creía yo que debíamos hacer. Le manifesté que en mi concepto, á todo trance debíamos de procurar evitar el paso ocupado por los pronunciados, buscando al efecto otro camino. Consultado sobre la topografía del terreno que nos separaba de Pátzcuaro un oficial llamado Caballero, que iba en la sección como práctico, indicó que conocía un antiguo camino de carretas que atravesaba un monte y desembocaba precisamente al lado de la ciudad, opuesto al que ocupaba el enemigo. En el acto fué resuelto que marcharíamos por él aun cuando se tuviese que trabajar para vencer los obstáculos que pudiera presentar.

Emprendimos la marcha, ya con luz; y abríamos caminado apenas mil metros, cuando descubrimos una fuerza de caballería que nos observaba. Al variar nuestra columna de dirección á la izquierda, para internarse en el bosque, la caballería enemiga hizo ademán de acometernos. El Comandante Calderón me encargó de la retaguardia, dándome una pieza escoltada por una compañía del batallón Matamoros que mandaba el capitán D. Benigno Canto, y algunos hombres de caballería. Puse la pieza á la prolonga, y coloqué la tropa á los flancos en tiradores. Cuando el enemigo nos vió desaparecer en el bosque, volvió grupas y se retiró al galope, sin duda

Digitized by Google

para avisar al cuerpo de que dependía, de nuestro movimiento.

Bahamonde desocupó violentamente la posición del Cristo, y atravesando la ciudad de Pátzcuaro, fué á tomar nueva posición en las lomas que se llaman de San José.

La lámina 1ª explica muy bien lo que va referido.

Serían las once de la mañana cuando al salir del monte la cabeza de la columna, descubrió al enemigo. En el acto recibí orden de precipitar la marcha.

El camino que seguimos desembocaba en un llano de regular extensión, cerrado por la izquierda por el mismo bosque que habíamos atravesado y que se prolongaba por aquel lado hasta la posición del enemigo. Este se hallaba ocupando un pequeño puerto con una columna de infantería. A su izquierda, en la falda de un cerro que no ocupaba, tenía cuatro escuadrones en batalla, y á su derecha, un poco retirados, sobre una loma plana, dos escuadrones también en batalla.

Comenzó la acción por una carga de caballería que intentó el enemigo sobre la cabeza de la columna, para impedir que desembocase en el llano. El 2º de infantería, que iba á vanguardia, la recibió con serenidad y la hizo retroceder. Entonces el enemigo adelantó un hombre á caballo que llegó hasta la mitad del llano, agitando una gran bandera blanca con una cruz roja. Parece que era la señal para que se pasara el 2º

Dispuso el comandante Calderón que la pieza de á 6 protegiera la salida de las tropas al llano (a). Se habían hecho algunos disparos sin éxito, cuando mi amigo el Médico cirujano D. Ildefonso Portugal, que iba voluntariamente en la sección, me invitó á que yo mismo hiciese algunas punterías. Como tuve la fortuna de acertar, la caballería enemiga, después de haberse desordenado bastante, dejó la posición y fué á guarecerse detrás de la falda del cerro. (*Lámina 2ª*).

Entre tanto la sección había salido al llano y formado en batalla. El centro lo ocupó el batallón Matamoros con tres piezas. A la izquierda, un poco á retaguardia, la caballería del capitán Villerías. A la derecha, algo reti-

Digitized by Google

rado, el 2º de infantería con el cañoncito de á 3. El parque quedó á retaguardia junto al bosque.

El comandante Calderón formó en columna el 2º y se avanzó con él, haciendo algunos disparos sin éxito, con el cañón (b). Yo, que lo ví comprometerse con sólo 80 hombres hacia el centro de la línea enemiga, corrí á contenerlo, manifestándole lo arriesgado del movimiento. Tuvo la bondad de escucharme y aún me pidió mi parecer sobre el ataque. Le dije que me parecía conveniente ocupar el cerro de la derecha antes que el enemigo lo hiciera. Convino conmigo y me dijo que él mismo lo iba á ocupar con el 2º. Le manifesté que era muy poca fuerza y de muy poca confianza, y me dijo que llevaría también la compañía de Canto. Contramarchó en el acto, sostenido por el fuego de la artillería del batallón Matamoros. Se dirigió á este cuerpo recomendándole, lo mismo que á la caballería, que me obedecieran, como si fuese á él mismo, en cuanto yo dispusiera; y me dejó, haciéndome responsable de aquella parte de la línea.

No sé si por consideración á ser yo oficial del ejército, si por las circunstancias en que nos encontrábamos, ó bien por haberme granjeado las simpatías de aquellos señores, lo cierto es que tanto el comandante Vallejo que mandaba Matamoros, como el mayor Arandia y en general todos los oficiales y tropa de aquella Guardia Nacional, me obedecieron con el mayor gusto cuanto les mandé.

El comandante Calderón comenzó á subir el cerro con el 2º, y después llegó la compañía de Canto. No sé porque razón se detuvo aquella fuerza á la mitad de la subida, dando tiempo al enemigo, que había observado el movimiento, á subir también con una columna por el lado opuesto. Mi posición hacía que yo pudiese ver á la vez las fuerzas que ascendían al cerro por lados opuestos, y mi angustia fué grande al ver que el enemigo lo coronaría antes que nosotros. Por fin, lleno de zozobra, oí á las cornetas del 2º tocar fagina y marcha. ¡Ya era tiempo! Corrí á las dos piezas que apoyaban la derecha de Matamoros y dije á Eutimio González que apuntara

Digitized by Google

las piezas á unos matorrales que le indiqué, y por donde debía aparecer el enemigo. Este González era un antiguo artillero que había hecho conmigo la campaña contra los americanos y que se hallaba licenciado. Al verme en Morelia quiso á todo trance acompañarme en esta expedición. Años después lo fusilaron las tropas de Santa Anna porque servía de correo á los liberales.

En el momento en que los pronunciados ocupaban la cumbre del cerro, desplegando en batalla en la dirección de los matorrales indicados, Eutimio los saludó con las balas de sus cañones. El 2º y Canto que llegaron en seguida, rompieron el fuego sobre aquella batalla, que compuesta de reclutas no pudo sostener este doble ataque. Un cañoncito que tenía el enemigo colocado en la falda del cerro, lo dirigió contra nuestra artillería, en vez de hacerlo contra los asaltantes. (c)

La diana que tocaron las cornetas del 2º y de Canto, nos anunciaron la conquista del cerro.

En esto había yo notado que algunas fuerzas de caballería é infantería, habían penetrado en el bosque que cubría nuestra izquierda, y comprendí que el enemigo trataba de envolvernos (d). Mandé en el acto á Villerías que fuera á ocupar el bosque y me dirigí al batallón Matamoros pidiendo un capitán que tuviese buena voluntad. Salió D. Manuel García Pueblita y me preguntó que qué había que hacer. Le contesté que era preciso ocupar el bosque á donde había ido el capitán Villerías. (e)

En el momento hizo Pueblita que desfilara su compañía y marchó á paso veloz á ocupar el bosque. No bien había desaparecido entre los árboles, cuando se oyó un tiroteo bastante nutrido. Temiendo que pudiera el enemigo forzar aquella ala, en cuyo caso nuestra posición sería crítica, mandé de refuerzo al teniente D. Rafael Huerta, con veinte hombres.

Quedéme, pues, en medio del llano con un puñado de soldados de Matamoros y tres piezas, dos á la derecha y una á la izquierda; porque el cañoncito de á 3 se había desmontado y estaba en el parque. (f)

Digitized by Google

El enemigo, que notó tan poca fuerza, comenzó á reunir caballería para atacarla. Comprendiendo que en aquella posición no podíamos defendernos, resolví retirarme al bosque que había á nuestra espalda. Me dirigí á la tropa recomendándole silencio y calma, hice poner las piezas á la prolonga, la tropa dió media vuelta, y juntas emprendieron la marcha y ganaron el bosque con el mayor orden (g). Allí se formó en batalla, y el enemigo suspendió su ataque.

Llegó en estos momentos el comandante Calderón, y preguntándome mi opinión sobre el estado que guardaban las cosas, le manifesté que me parecía indispensable asegurar el cerro conquistado; porque nuestras fuerzas se hallaban diseminadas, y no podrían socorrerlo en el caso de que el enemigo, mirando que no se le perseguía, se rehiciera y tratara de recobrarlo. En esta eventualidad sólo contaríamos con la compañía de Canto, sin su capitán, que se hallaba gravemente herido, porque aunque también estaba el 2º, no inspiraba confianza, y viéndose solo podía muy bien realizar su deseo de pasarse al enemigo.

Después de esta conversación, Calderón mandó que la fuerza que se batía en el bosque á nuestra izquierda, se retirase combatiendo por el mismo bosque para incorporarse al centro. Mientras, éste se aproximó á la falda del cerro y tomó posiciones tras unas cercas á los lados del camino donde este desemboca (h). Entre tanto, trabajábamos en subir la artillería y los carros que se hundían en aquella tierra floja y labrada.

La tropa que estaba con Pueblita, en lugar de retirarse haciendo fuego por entre los árboles, volvió la espalda y atravesó el llano á la carrera. Alcanzada por la caballería enemiga, ésta hizo varios prisioneros, entre ellos al capitán Pueblita y al teniente Cória.

También lancearon á algunos soldados, al sargento Tenorio y á una mujer.

Creyendo, pues, aquella gente que estaban de triunfo, siguieron persiguiendo á los dispersos hasta la entrada del camino, donde fueron recibidos con una descarga.

Digitized by Google

Esto, y algunos cañonazos disparados desde el cerro, la sacaron de su error y tomó la fuga por donde la habían verificado sus compañeros.

(La lámina 2ª dará una idea del terreno y de la acción).

La acción había pues terminado. Al enemigo, fraccionado en multitud de grupos, lo veíamos desde la altura retirarse en todas direcciones. Nuestros cornetas tocaban la diana y nuestras tropas se habían reunido en la cumbre del cerro (i). Pátzcuaro se veía á nuestros píes como una ciudad desierta.

Sin embargo, nuestra situación era crítica. Mientras los soldados del 2º, para quienes aquella acción no había sido más que un juguete, descansaban formados sobre las armas con semblantes risueños, los del Batallón Matamoros, asustados de su mismo triunfo y desmoralizados con la vista de los muertos, no escuchaban la voz de sus oficiales, ni era posible hacerlos formar.

Este estado de la tropa nos dió á conocer que aunque habíamos cumplido la primera parte de nuestro plan con felicidad, no sería posible cumplir la segunda. En efecto, allí habíamos vencido acaso á más de mil hombres; pero de gente colecticia y mal dirigida. Era de suponer que los dispersos de esta acción se reunirían con Uraga; y aunque no lo hicieran más que 400, aquel General nos presentaría 800 hombres, la mayor parte de línea, bien mandados y con un cañón que valía por todos los nuestros.

Es evidente que con aquellos soldados que habían triunfado tan fácilmente y sin embargo se hallaban desmoralizados, no podía esperarse derrotar á un número doble y superior en todo.

Estas consideraciones decidieron al Comandante Calderón á regresar á Morelia, en donde podía, en nuestra ausencia, estallar un pronunciamiento.

Después de la acción se recogieron los heridos de ambos partidos, el armamento y un cañón que dejó el enemigo.

A pesar de los esfuerzos del Comandante Calderón, no pudo conseguir que el Médico Cirujano Mota abriese el

Digitized by Google

botiquín para curar á los heridos, porque siendo un cajón cerrado de firme, temía que sufrieran deterioro las medicinas.

Entre los heridos se hallaba, como he dicho, el capitán D. Benigno Canto, atravesado del cuello. Este oficial, como todos los demás heridos, pasó la noche sin recibir la primera curación.

Por supuesto, este día tampoco comió, sino aquel muy raro que llevaba algunas provisiones: los demás ayunamos.

Al día siguiente muy de mañana se levantó el campo, y entramos á Pátzcuaro. Esta es una población eminentemente conservadora. Se había dicho allí que las tropas del Gobierno estaban excomulgadas; que eran chusmas de herejes y bandidos; que iban á saquear, á forzar mujeres y á cometer todo género de excesos. Así fué que la población estaba desierta. Los hombres habían montado á caballo é incorporádose con Bahamonde en su retirada. Las mujeres se hallaban refugiadas en los conventos de monjas. El comercio estaba cerrado. Toda la ciudad parecía un desierto.

Después de acuarteladas las tropas, el comandante Calderón comenzó á tomar algunas medidas importantes. Sacó de la cárcel á algunos presos que no tenían otro delito que ser liberales, entre ellos á D. Rafael Degollado, hermano de D. Santos, entonces Rector del Colegio de San Nicolás en Morelia. Hizo comparecer al Presidente del Ayuntamiento, única autoridad que había quedado, y le extrañó por la hostilidad con que se recibía á las tropas del Gobierno, siendo así que él había ofrecido á la población toda clase de garantías; que hiciera en el acto abrir el comercio, porque la tropa venía necesitada: que todo lo que se consumiera sería pagado, pues había dinero para ello. Poco tiempo después las tiendas comenzaron á abrirse.

Pero la poca gente que había quedado en Pátzcuaro nos era abiertamente hostil. El populacho, ebrio y armado de puñales, presentaba un aspecto siniestro; y si la

Digitized by Google

tropa no hubiese estado acuartelada, muchos soldados habrían sido asesinados.

A pesar de todas las precauciones, el aguardiente había sido introducido al cuartel y se notaban síntomas alarmantes de embriaguez.

Todo conspiraba á que nuestros soldados se desmoralizaran. El cielo estaba entoldado y sombrío; una lluvia fina empapaba la tierra. Era una mañana verdaderamente triste. En esto las campanas de las iglesias comenzaron á doblar, y una fúnebre procesión desfiló por delante del cuartel. La autoridad á quien el comandante Calderón había ordenado la inhumación de los cadáveres, mandó al lugar de la acción gente provista de gruesos morillos. En éstos, con el auxilio de dos cordeles y conducidos por dos hombres, venían suspendidos los cadáveres, algunos en estado de desnudez, mostrando sus horribles heridas, especialmente los alcanzados por balas de cañón.

Los recuerdos de la víspera, la acción del aguardiente, y aquel espectáculo pavoroso, influyeron de tal manera en el ánimo de algunos soldados, que la insubordinación y el desorden comenzaban á hacerse alarmantes en el cuartel.

Como nuestra permanencia en Pátzcuaro no tenía objeto después de la derrota de Bahamonde, ni era posible que marchásemos en busca de Uraga, nuestra vuelta á Morelia se hacía necesaria, tanto para evitar allí un movimiento, como porque podía Uraga dirigirse á ella sabiendo que estaba muy mal guarnecida. Aunque el comandante Calderón había fijado la marcha para el día siguiente, en vista del aspecto que las cosas iban tomando, resolvió que saliéramos inmediatamente.

Entregó los heridos graves á D. Agustín Grande, Presidente del Ayuntamiento, dejándolos como huéspedes y bajo la protección de la ciudad de Pátzcuaro, con encargo de remitirlos á Morelia en cuanto sanaran y defendiéndolos del enemigo, si éste volvía, puesto que no eran sus prisioneros.

A la una de la tarde, bajo la lluvia, con parte de la tropa de Matamoros borracha é insolentada, salimos de

Digitized by Google

Pátzcuaro, y por mucho tiempo fuimos oyendo el eco de las campanas que seguían doblando.

En el camino tuvimos que apagar uno de los carros de municiones cuyas maderas comenzaban á arder; y antes de llegar á Huiramba un soldado que cayó, al pasar un arroyo, disparó su fusil é hirió á tres hombres.

Pernoctamos en Huiramba, y al día siguiente entramos á Morelia, donde los conservadores nos daban por derrotados.

Como he demostrado, el enemigo estaba lejos de ser tan despreciable como nos hacía creer el Sr. Ocampo. Nos había presentado un batallón de 400 á 500 plazas, bien armado y vestido y con oficiales bastante regulares. La caballería, que era muy superior á la nuestra, pasaba de 500 hombres y tenía un cañón. Sospechando ésto, fué mi empeño que fuéramos superiores en artillería.

Tres causas determinaron nuestro triunfo: 1ª Haber volteado la posición del Cristo; 2ª Que el enemigo no ocupó á tiempo el cerro de su izquierda; 3ª Que no tomó desde el principio la iniciativa con todas sus fuerzas.

NOTAS.—1ª En todo el curso de este escrito puede observarse lo inconveniente que es confiar á tropas improvisadas la defensa de las instituciones y de los Estados; pues se nota la diferencia entre aquellas y las de línea.

2ª las apreciaciones hechas sobre el 2º de infantería, se fundan: en su conducta durante esta expedición; en datos recogidos de varios amigos después de la revolución; y en fin, en el fuerte extrañamiento que hizo el General Don José María Tornel, siendo Ministro de la Guerra, al Capitán Vivanco, por no haber cumplido sus compromisos en Michoacán; cosa que me consta.

Sacado de mis apuntes de campaña.—México, Mayo de 1871.

P. S. Debo decir, en prueba de imparcialidad, que ocupado Pátzcuaro nuevamente por el enemigo, éste mandó á Morelia al Capitán Canto y á los demás heridos que dejamos en aquella ciudad.

Desgraciadamente este ejemplo no fué imitado en las luchas subsecuentes.

Digitized by Google

Marcha sobre los sublevados de Maravatío.

AUN no nos quitábamos el polvo del camino, cuando llegó la noticia de que el español Don José Urquiza se había pronunciado en Maravatío con quinientos rancheros montados.

Pocos días antes, los indígenas de Cuitzeo se habían levantado también; y habiendo el Gobernador Ocampo mandado comisionados á los Señores Alcaraz y Tena, personas de prestigio entre ellos, con el fin de hacerlos volver al orden, los sublevados los maltrataron, volviendo aquellos Señores á Morelia, llenos de heridas y contusiones.

Los dispersos de Bahamonde se habían incorporado á las fuerzas de Uraga y se disponían á tomar la iniciativa. El General Uraga, que juzgaba aquel teatro muy reducido para él, había marchado á Guadalajara llevando una escolta.

Como se vé, estábamos rodeados por todas partes; y el Señor Ocampo había dado licencia al Batallón Matamoros para que los soldados fuesen á sus casas, no dejando en el cuartel más que una compañía.

En tan apuradas circunstancias, no podía disponer más que del 2º, de los gendarmes y la caballería. Es decir, que á excepción de esta última, no había más fuerzas que las desafectas al Gobierno. Con los 80 hombres del 2º, con poco más de 100 gendarmes y unos 80 caballos,

Digitized by Google

mandó el Gobernador al comandante Calderón con objeto de atacar á Urquiza.

Al día siguiente de la salida, Calderón escribió al Gobernador que necesitaba que yo fuera á incorporarme con la fuerza. Recibí la orden á las seis de la tarde: me dieron un malísimo caballo y un guía; oscureciendo salí de Morelia, y pasada la media noche, llegué á la Hacienda de Queréndaro, donde se hallaba Calderón, con mil tropiezos, dificultades y cansancio.

Al siguiente día emprendimos la marcha para Zinapécuaro, comunicándole antes al Gobernador que Urquiza, abandonando á Maravatío, se retiraba rumbo á Cuitzeo, y por lo tanto que esperaríamos nuevas órdenes en Zinapécuaro.

Los gendarmes estaban desmoralizados é insolentados, casi se habían insurreccionado la víspera. El 2º, como tropa de línea, conservaba su buen orden; pero era evidente que esperaba una circunstancia favorable para obrar.

Así las cosas, recibió el comandante Calderón orden del Gobernador para seguir á Cuitzeo en persecución de Urquiza, ó más adelante si era necesario, y al mismo tiempo que pacificase á los indígenas.

Esta orden era imprudente. El enemigo obraba en un radio de poco más de una jornada. Nosotros tendríamos que hacer por lo menos dos jornadas largas, y dos de vuelta en caso de necesidad, serían cuatro; sin contar el tiempo empleado por el correo que trajese la orden, y suponiendo que no encontráramos obstáculo de ningún género á la ida ó á la vuelta. En este tiempo, el enemigo, forzando una marcha, podía al día siguiente estar en Morelia, donde no había guarnición para resistirle. Además, entre aquella ciudad y nosotros, se iba á interponer un obstáculo natural infranqueable, como es la Laguna de Cuitzeo, pues era natural prever que los sublevados serían dueños de las pocas canoas que hay en la Laguna, y que aun dueños de ellas nosotros, tardaríamos lo menos dos días en pasar la sección.

Era casi seguro que los indígenas sublevados serían por lo menos 300, que unidos á los 500 de Urquiza, se-

Digitized by Google

rían 800 en terreno quebrado y escogido por ellos. Para batir á estos hombres, aun suponiendo que estuviesen mal armados, contábamos con menos de 300 soldados en malas condiciones. Entre tanto, Bahamonde podía avanzar sobre Morelia sin que pudiéramos socorrerla.

Todas estas razones, expuestas con respeto y moderación, se le manifestaron oficialmente al Sr. Gobernador Ocampo. Pero este Sr. se llenó de ira, destituyó del mando al comandante Calderón, á pesar de que era su íntimo amigo, y ordenó que la sección contramarchara inmediatamente á Morelia. Así agraviaba á un Jefe pundonoroso que acababa de prestar un importante servicio al Estado, sin llevar á cabo, sin embargo, la expedición á Cuitzeo.

Llegamos á Morelia á buen tiempo, porque Bahamonde, habiéndose reunido con las fuerzas de Uraga, ocupó de nuevo á Pátzcuaro, donde Urquiza se le incorporó pocos días después.

Quedamos desde luego á la defensiva en espera de una sección de tropas que venía de México.

En efecto, pocos días después llegó el General D. Angel Pérez Palacios con un batallón del Estado de Guerrero, dos escuadrones de caballería y dos piezas de campaña del calibre de á 8. *Al mismo tiempo se comenzó á recoger la gente del Batallón Matamoros.*

El enemigo se retiró á Zamora, y nosotros comenzamos á prepararnos para ir á atacarlo.

NOTA.—Parecerá extraño que el Sr. Ocampo dirigiese las operaciones y no el comandante militar; pero es lo cierto. Yo ignoro las instrucciones que sobre ésto tendría el comandante Calderón.

Digitized by Google

Digitized by Google

Marcha á Guadalajara.

EL General Pérez Palacios organizó una brigada compuesta de dos secciones. La primera la puso al mando del comandante de Escuadrón D. José Calderón, y se componía de 380 infantes, 170 jinetes y cuatro cañones.

El 23 de Noviembre salimos de Morelia y pernoctamos en el rancho de Cuto, escasísimo de víveres.

El 24 fuimos á la hacienda de Tecacho. El camino es boscoso y quebrado. El puerto de Tiristaran que tiene que pasarse, es una bonita posición para tropas ligeras.

El 25 permanecimos en Tecacho, donde se incorporó el General Pérez Palacios con el resto de la Brigada.

El día 26 pasamos el llano del Cuatro, un desfiladero peligroso, y llegamos á la hacienda de Zipimeo. Desde el día anterior estuve atacado de calentura.

El día 27 permanecimos en Zipimeo.

De Zipimeo fuimos el día 28 á Tlazazalca. Todo el día nos llovió.

Supimos que el enemigo abandonó á Zamora y marchó rumbo á la Piedad.

El día 29 hicimos la jornada á Churincio á campo-atraviesa, porque no hay camino. Para hacer pasar la artillería fué menester ir derribando cercas. Hasta este día me duró la calentura.

Digitized by Google

El 30 marchamos á la Piedad dando un rodeo para evitar el puerto del Zapote, posición fuerte donde podía esperarnos el enemigo. Murió un soldado de insolación.

El enemigo abandonó la Piedad y se dirigió á Irapuato en el Estado de Guanajuato. Muchos habitantes abandonaron la población.

En la noche tuvimos una alarma provenida de una lucha trabada entre los soldados del 2º y los del Matamoros, de la que resultaron un muerto y tres heridos.

Diciembre 1º Permanecimos en la Piedad sin noticia de los pronunciados.

Día 2. Pasamos revista de comisario.

Día 3. A las tres de la mañana salió la sección Calderón compusta de 280 infantes, del 2º y Matamoros, 70 caballos y 2 cañones de á 8. Caminamos sin parar y sin alimento alguno, hasta obscurecer que llegamos á "Ayo," después de haber caminado cerca de veinte leguas. Este pueblo escondido en un pequeño valle rodeado de montañas y abundante de agua, es de una fertilidad y belleza muy notable. Sus habitantes viven en la abundancia y la tranquilidad.

Día 4. Pernoctamos en la hacienda de Milpillas.

El día 5 fuimos al rancho de Adobes pasando por Atotonilco el Alto. Para subir la cuesta de esta población, perdimos todo el día trabajando toda la sección para subir las piezas, sin excluir al comandante Calderón.

Día 6. De Adobes á San Miguel de los Alcalanes, catorce leguas.

El 7 llegamos á San Juan de los Lagos. La sección del General Miñón que había tenido la víspera una escaramuza con los pronunciados, salió de este punto rumbo á Guanajuato.

El 8 supimos que el comandante de Batallón D. Miguel Camargo había derrotado en Guanajuato á una partida de sublevados.

El 9 permanecimos en San Juan.

El 10 salimos de San Juan á Jaloxtitlán.

Digitized by Google

El 11 á Tepatitlán. Supimos que el General Miñón había dado otro golpe á los pronunciados.

El 12 pasamos al rancho de Paredones.

El 13 al puente de Tololotlán, donde se hallaban acampadas las tropas del Gobierno, á las que nos incorporamos.

Del 13 al 23 de Diciembre permanecimos acampados en el Puente, á donde llegaron la sección Camargo y el General Miñón, montando ambas fuerzas á 1500 hombres; de manera que ascendieron las tropas del Gobierno en aquel punto, á 3000 y pico de hombres con veinte piezas de artillería.

El tiempo se empleó en hacer ejercicios y acopiar materiales para el ataque de Guadalajara. Una tarde, las mujeres de un batallón que mudó de campamento, incendiaron algunas barracas, y, habiéndose propagado el fuego, corrió inminente peligro de incendiarse el parque, que también se hallaba en una gran barranca. Con grandes esfuerzos se logró evitar aquella catástrofe. La posición del Puente puede verse en el croquis número 3.

El 24 de Diciembre, la División levantó el campo del Puente y se situó en San Pedro, pueblo de recreo de los ricos de Guadalajara, á cosa de una legua distante de la ciudad.

Allí se tomaron datos sobre la resistencia que tendría que vencer la División; y de los informes resultó:

Que en la ciudad habían construido un recinto fortificado con espesos parapetos y con profundos y anchos fosos.

Para cercar aquel extenso perímetro, hubieran sido necesarios doce ó catorce mil hombres, y la División solamente contaba con tres mil.

Llevaba veinte piezas de artillería; pero eran de batalla ó de montaña, lisas, teniendo que batir edificios fortísimos que hubieran necesitado de la acción de artillería de sitio.

Además, la guarnición de la plaza era casi tan numerosa como las fuerzas que iban á atacarla, y se había provisto de artillería allegando la que se hallaba en el radio de acción de los pronunciados, y trasladando algu-

Digitized by Google

na de la que en la guerra de Independencia habían dejado abandonada los insurgentes en las barrancas; por consiguiente, no carecía de esta arma y aun contaba con calibre más fuerte que los que llevaba la División.

Distribuidas las piezas en los parapetos, todavía pudieron disponer de algunas que colocaron en las bóvedas de varias iglesias.

Por consiguiente, la empresa que se iba á acometer, era demasiado difícil; pero no había más remedio.

Allí morirían muchos infelices sin haber tenido la ilusión del triunfo, y la División acabaría por tener que retirarse, no siendo poca fortuna que se librara de un fracaso.

He aquí la razón por qué han tenido mal éxito la mayor parte de las expediciones que han enviado los gobiernos, para reducir al orden á las ciudades sublevadas.

El ataque de las plazas es una operación de la guerra en la que tienen muy poca importancia las combinaciones tácticas ni estratégicas, si no se cuenta con el material suficiente para expugnarlas.

Si se pretende atacarlas sin los elementos necesarios, el desastre será inevitable, y, lo que será más sensible, ocurrirá gran pérdida de vidas, sin objeto.

Pero de todas maneras, la División Miñón tenía orden de atacar á Guadalajara, y á pesar de todos los obstáculos debía de efectuarlo.

El día 25 á las doce de la mañana se tocó generala en San Pedro, formaron las tropas en una sola columna y emprendieron la marcha por el camino real hasta llegar á la *garita*.

Allí se fraccionaron las tropas en tres columnas.

Una á las órdenes del Teniente Coronel Calderón, tomó por la derecha para ocupar el Hospicio.

Otra al mando del Coronel D. Severo del Castillo, tomó á la izquierda y se dirigió á San Francisco.

La tercera, con el General en Jefe, permaneció en la garita de San Pedro.

Durante el día, hubo tiroteo sin resultado en las líneas del Hospicio y San Francisco.

Digitized by Google

En el día siguiente continuaron las operaciones en el mismo estado de flojedad, hasta en la tarde en que las fuerzas que habían quedado en *la garita* se incorporaron á las del Hospicio, lo que fué motivo para que las de la plaza hicieran un vivo fuego de cañón.

En la noche se trazaron y comenzaron á construir tres baterías, en las que trabajaron con el mayor entusiasmo hasta los empleados de la Comisaría y otros agregados á la División.

Las baterías levantadas con sacos á tierra adelantaban rápidamente, y en pocas horas estarían terminadas.

Entretanto, el General en Jefe determinó que se hiciera una diversión para entretener á los de la plaza; y pidió que se escogiese un oficial *travieso* que con una guerrilla hiciera *santiaguitos*, llamando la atención por varias partes con grande algazara y burlescos toques de corneta.

El resultado de aquella zalagarda fué el ingreso de varios heridos al Hospital de sangre y el del General en Jefe á su alojamiento, pues queriendo tomar parte en la refriega, recibió una metralla en las narices que estuvo á punto de dejarlo desnarigado.

A la media noche las baterías estaban concluidas, de lo cual se dió parte al General y se le pidieron órdenes.

Todos creían que el fuego de todas las piezas se concentraría en un punto determinado, con el objeto de abrir una brecha y en seguida asaltar con una fuerte columna.

Pero con gran sorpresa, se recibió la orden de hacer fuego á discreción en todas direcciones hasta que se mandara cesar.

Como al militar le está prohibido hacer observaciones, no hubo más que resignarse con lo mandado, y al dar las doce se rompió un fuego disparatado que duró sin parar hasta las dos de la mañana.

Aquello fué una función de pirotecnia. Las granadas cruzaban el espacio formando una malla con la luz roja de las espoletas. Sus estallidos entre las casas de la ciudad, los fogonazos de los cañones, iluminando periódicamente el aire, y los incendios producidos en la población,

Digitized by Google

formaban un conjunto que no dejaba de ser imponente.

Entretanto, la guarnición recibió aquella rociada de balas y granadas, con la mayor calma, sin disparar un sólo tiro.

Colocó la tropa sentada en las banquetas de la fortificación, no dejando más que un centinela en cada parapeto, y las reservas se situaron en los lugares más seguros.

Así que terminó el cañoneo, el enemigo se vengó con un repique á vuelo en todas las iglesias que ocupaba, con gritería, silbidos y dianas, sin omitir los toques de cornetas que entonaban: "*el torito, ni entra ni nada.*"

Los soldados del Gobierno estaban corridos y humillados, sin poder vengarse; mientras en la plaza todo era bulla y alegría, que aumentaban los alegres toques de la diana que las bandas y las músicas de los cuerpos paseando por las calles transmitían á los sitiadores por el vehículo del aire.

Cuando los de la plaza se cansaron de tocar, todo quedó en profundo silencio; pero los resultados de los estragos que el cañoneo había producido continuaban.

Una granada había incendiado un almacén del centro de la ciudad, y como no hubo medio de apagarlo, tomó creces iluminando el cielo como una Aurora Boreal. Las torres y los edificios prominentes se destacaban marcando sus siluetas negras sobre el gran fuego que les servía de fondo, mientras que la luz tórrida del incendio, deslumbrando al espectador, éste veía el fondo del espacio de una oscuridad absoluta. El silencio sólo era interrumpido por los centinelas de la plaza al correr la palabra; pero en vez del "centinela, alerta" que previene la ordenanza, ellos la corrían gritando: "centinela, muera Arista!"

Al amanecer se repitió el cañoneo con el pretexto de proteger la columna del Teniente Coronel Camargo que con *dos obuses de montaña lisos* iba con la orden de atacar y *tomar* el fuerte punto de San Felipe.

Los obuses despidieron algunas granadas que no produjeron ningún efecto, y el Séptimo Batallón ocupó los

Digitized by Google

conventos de Santa Mónica y de San Diego, desde cuyas alturas rompió un vivo fuego sobre San Felipe.

La compañía de Tehuantepec comenzó á hacer horadaciones en las manzanas inmediatas á la iglesia: el Tercero móvil de Querétaro apoyaba estos trabajos, y el Cuarto móvil de Guanajuato quedó de reserva.

Así pasó el día; y cuando cayó la tarde, la columna abandonó el ataque, retirándose al Hospicio, convencida de su impotencia.

Pero á la media noche, con la esperanza de dar una sorpresa, volvió la columna al ataque.

Mas en esta vez no se conformó con ocupar posiciones y tirar tiros, sino que en el acto se lanzó con la mayor impavidez sobre el parapeto que quedaba á la derecha de San Felipe.

Como los de la ciudad habían tenido tiempo suficiente para fortificarse, construyeron sus obras con toda perfección.

Los fosos eran anchos y muy profundos, y los parapetos con suficiente espesor, revestidos con el magnífico adobe que se fabrica en el país.

Habían puesto gente en las alturas, cubierta con sacos á tierra, lo mismo que en las ventanas y en los balcones, y las piezas bajas estaban aspilleradas, flanqueando los fosos.

Desde luego se ve que para expugnar semejantes defensas, se necesitaban otros elementos que los que contaba la División.

La columna se lanzó sin titubear; pero fuese que los defensores la hubiesen sentido, ó porque tubiesen noticia del ataque, permanecieron en la mayor quietud; y cuando llegó á la cresta de la contraescarpa, tuvo que detenerse ante el obstáculo que se le presentaba.

Entonces rompieron sobre ella un fuego terrible á quema ropa, con que la acribillaban por todos lados.

En vano fué que pretendiese hacerse firme y contestar al fuego. Esto era irrealizable; y al fin tuvo que pronunciarse en retirada, dejando la calle cubierta de cadáveres.

Digitized by Google

La gente apostada en las alturas sostuvo la retirada, que por otra parte no fué larga, porque la columna varió de dirección en la primer boca-calle que fué la de San Diego; y en ella y en la de Santa Mónica se reformó, acostándose la tropa en la misma formación que tenía, dejando asegurada la vigilancia correspondiente.

Pero aun allí la persiguió la desgracia. Una bala de cañón derribó una grande almena que fué á caer en el centro de la columna, donde se estrelló, lanzando los fragmentos en todas direcciones y matando ó hiriendo á varios soldados.

Se pasó la noche en constante tiroteo, lo mismo que la mayor pate del siguiente día; aunque sin resultado importante.

Pudieron verse entonces los estragos causados por el ataque de la noche anterior.

En un gran salón, en los bajos de Santa Mónica, se estableció el hospital de sangre. Por supuesto que los heridos estaban sobre petates, sin más ropa que sus uniformes, sus mantas y sus capotes.

Los heridos, de la cabeza generalmente, estaban sentados, moviéndose sin cesar, como poseidos del delirio. Los demás estaban acostados, lamentándose más ó menos, según sus sufrimientos.

Un Cirujano con un ayudante y algunos enfermeros los atendían.

En la esquina de la calle de San Diego, por donde atacó la columna, había una casita baja, desde cuya ventana se había hecho fuego sobre el parapeto.

Desde allí se distinguía toda la calle sembrada con los despojos del combate; pero estaba completamente desierta, porque ni en las alturas, ni en el parapeto se veía una alma.

El enemigo, que sin duda había sufrido bastante por el fuego que recibió de la casa, se propuso reducir al silencio á los defensores.

Logró introducir por la ventana varias granadas que hubieron de estallar dentro de la pieza, y también va-

Digitized by Google

rias rociadas de metralla y multitud de tiros de fusil; de suerte que fué necesario abandonar el puesto.

Penetrando con precaución, se podían ver los destrozos causados en aquella reducida habitación.

La reja de la ventana se hallaba rota y torcida en varias partes; las paredes surcadas por los cascos de las granadas, señaladas por gran cantidad de metrallas y balas de fusil, y salpicadas de sangre; los muebles esparcidos y hechos pedazos; el suelo lleno de escombros, de basura y de harapos ensangrentados.

Por cierto que aquellos reducidos aposentos encerraban muchos horrores.

En la noche fué reforzada la línea por la sección Calderón, que llevó dos piezas de artillería de batalla; y para proteger su ingreso, se ordenó que de todas las alturas se hiciera un vivo fuego; pero ocurrió que los que llegaban, en la obscuridad y sin conocer las localidades ocupadas, creyeron que el fuego se dirigía á ellos, lo que ocasionó un desorden que pronto pudo calmarse.

La noche se pasó con alguna tranquilidad, y á la mañana siguiente el jefe de División D. Manuel López Bueno, que no le agradaba batirse detrás de parapeto, rompió el fuego con sus dos piezas sobre la torre de San Felipe; pero al poco tiempo fué herido de una pierna y conducido al hospital con varios artilleros también heridos.

Fué necesario prescindir de aquel ataque ineficaz y peligroso, puesto que las piezas estaban á corta distancia de la torre que las dominaba completamente.

En esto, un destacamento había salido de la plaza á las órdenes de un capitán llamado Pimienta y comenzó á hacer un fuego molesto y desmoralizador que enfilaba nuestra línea.

El Teniente Coronel Camargo tomó unos cuantos hombres para rechazar aquel ataque, mas á poco lo traía un soldado á *caballejas*, herido de una pierna.

Pimienta se había posesionado de algunas casas de las que no era fácil desalojarlo.

Digitized by Google

La línea batida de flanco no podía sostenerse y fué necesario pensar en la retirada.

Esta se verificó con algunas dificultades, y si el enemigo hubiese sido más emprendedor, acaso la habría convertido en derrota.

Pudo la columna llegar al Hospicio después de un largo rodeo y formó en batalla entre el Hospicio y el Molino de chocolate.

Desde entonces la División quedó reducida á la defensiva absoluta. Comenzó á levantar un parapeto con sacos á tierra y un gran espaldón para cubrir el pórtico del Hospicio por donde penetraban al patio que ocupaba la tropa, las balas de cañón que disparaba el enemigo desde las bóvedas de San Agustín.

La artillería de la División se había reducido al silencio, pues casi había consumido sus municiones y estaba atenida á reponerlas con algunas cajas que conducía la diligencia desde México, conservándolas para el caso de tener que rechazar algún ataque.

Como es fácil notar, ya no era posible permanecer al frente de Guadalajara, y se resolvió la retirada.

El día siete de Enero de 1853, llegó parte de que Bahamonde con unos setecientos hombres había ocupado el Puente de Calderón.

En la noche del ocho se ordenó que todos los puntos que se ocupaban fuesen abandonados con el mayor silencio á las doce en punto, concentrándose toda la tropa en espalda del Hospicio formada en columna.

Allí permaneció hasta la salida del sol, por lo que se temía que la guarnición de la plaza hiciera una vigorosa salida para inquietar la retirada; pero afortunadamente no fué así, porque el enemigo se contentó con echar á vuelo todas las campanas, tocar el *torito* con las cornetas, tocar dianas y arrojar gran cantidad de cohetes.

La División ejecutó la retirada con la mayor tranquilidad, aunque algo humillada, hasta el Puente de Tololotlán, de donde destacó al Batallón de Zapadores con una batería y un escuadrón para atacar á Bahamonde que fué derrotado.

Digitized by Google

El día diez pernoctamos en Zapotlanejo. El once llegamos á Tepatitlán, donde permanecimos hasta el día quince, y supimos la renuncia del Presidente de la República. En la diligencia llegaron el Teniente de Artillería D. Fernando Poucel, y el Subteniente de la misma arma D. Miguel Miramón, quienes acababan de salir del Colegio Militar y venían á incorporarse al Cuerpo.

El día dieciséis pernoctamos en la venta de Pegueros; al siguiente llegamos á Jaloxtitlán, y seguimos después para San Juan de los Lagos. Ahí permanecimos dos días, dos en Lagos y dos en León. Aquí dejó el mando de la División el General Miñón entregándoselo al Coronel D. Manuel Robles Pezuela que llegó de México.

Llegamos el día veinticuatro á Silao. En la tarde llegó en la diligencia de Guadalajara el General Uraga, y se alojó con D. Manuel Robles. Esto causó tal indignación entre los oficiales, que resolvieron amarrar á los dos. En la noche no se efectuó, porque los zapadores tomaron empeño en que se esperase al día siguiente; y como á la madrugada había marchado el General Uraga, se calmaron los ánimos.

El día veinticinco entramos en Irapuato. El batallón "Libres de Jalisco" que marchó á Guanajuato, se pronunció capitaneado por los Sargentos, y los Oficiales volvieron solos á incorporarse á la División.

Pasamos el día siguiente á Salamanca, y el veintisiete á Celaya. Se levantó una acta manifestando que la División no se adhería á ningún movimiento revolucionario y esperaba el fallo de la Nación.

Hasta el primero de Febrero estuvimos en Celaya, y el día dos nos fuimos para Querétaro.

A San Juan del Rio llegamos el día tres. Aquí hubo otro disgusto entre los oficiales, por haber permitido el Sr. Robles que atravesase por la ciudad una fuerza de caballería del enemigo, y aun varios Oficiales fuimos á manifestar nuestras quejas al Coronel Robles.

Marchamos al otro día para Arroyo Zarco. En este punto tuvieron lugar unas conferencias entre un Jefe nombrado por la guarnición de México, que ya estaba

Digitized by Google

pronunciada, otro por las fuerzas de Jalisco, y el Sr. Robles Pezuela, por las nuestras. Allí se firmó un convenio que dió por resultado, el que en México se nombrara una persona que se encargase del Poder Ejecutivo mientras se reunía una Junta de Notables que eligiera definitivamente.

A San Francisco Soyaniquilpam llegamos el día cinco, el día seis á Tepeji, y en este punto permanecimos dos días. El día siete llegó de México el Coronel Robles Pezuela, reunió á los Jefes y Oficiales, y manifestó que á consecuencia de los convenios de Arroyo Zarco, había sido electo el General D. Manuel María Lombardini, para encargarse del poder Ejecutivo. Algunos aprobaron, otros permanecieron en silencio, y yo me permití observar que siendo aquel un hecho consumado, y no habiéndose consultado á la División, no veía que la cosa tuviese remedio, aunque á muchos no les pareciese bien.

De ahí pasamos el día ocho á Cuautitlán; el nueve á Tlalnepantla; el diez á Atzcapozalco; y el once á San Angel, donde permanecimos hasta el día diecisiete que entramos á México.

Así terminó la revolución que derribó al General Arista, que había tomado tanto interés en la organización de la Administración pública. Después los *notables* eligieron al General Santa Anna que se hallaba en Cuba.

Mucho podría escribirse sobre los acontecimientos de aquella época; pero no cabe en estos apuntes.

Digitized by Google

NOTAS.

I.

Al enviarme á Michoacán el Presidente D. Mariano Arista, lo hizo por elección, y no porque me tocase la marcha con arreglo á ordenanza. Ya otras veces me había señalado para otros servicios manifestando que lo hacía por tener plena confianza en mí.

Después de la acción de Pátzcuaro, me dirigió la carta siguiente:

"Morelia. México. Noviembre 10 de 1852.

"Muy estimado amigo: Estoy muy satisfecho del comportamiento de usted en la acción del día 2, y tengo particular gusto en manifestárselo.

"Me causa mucha complascencia ver todavía Oficiales valientes, pundonorosos é instruidos en el ejército y celosos como el que más del lustre de nuestra gloriosa profesión, cada vez que veo rasgos verdaderamente dignos de ella, recibo el más gran placer que pudiera desear.

"Sea muy enhorabuena y reciba usted las expresiones afectuosas del cariño de su General y amigo Q. B. S. M.—MARIANO ARISTA.

"Señor Teniente de Artillería D. Manuel Balbontín."

II.

El Director General de Artillería con fecha 18 de Noviembre me dijo de oficio lo siguiente:

"Dirección General de Artillería.—Sección 4ª

"Habiendo dado cuenta al Supremo Gobierno con el oficio de usted de 5 de este mes, la superioridad ha contestado con el acuerdo siguiente:

"Vuelva al señor Director General de Artillería para que manifieste al Subteniente Balbontín lo satisfecho que está el Gobierno de su digno y leal comportamiento el día 3 del que rige, añadiéndole que el *mismo Gobierno tendrá muy presentes sus servicios para darle la recompensa á que se ha hecho acreedor.* Lo transcribo á usted con satisfacción para su conocimiento.

"Dios y Libertad. México, Noviembre 18 de 1852.—CARRERA.

"Señor Comandante del arma en Morelia, Teniente graduado Subteniente D. Manuel Balbontín."

Digitized by Google

III.

El Comandante D. José Calderón en el parte detallado que dió de la acción, decía:

"Recomiendo á V. E., al Teniente D. Manuel Balbontín, á cuya pericia y valor debimos varias de nuestras ventajas."

Después de todo esto, el Comandante Calderón recibió el despacho de Teniente Coronel de Caballería, y yo no recibí nada.

Me dijeron después, pero vagamente, que D. Mariano Arista me había mandado extender el despacho de Teniente de Artillería, pero, que en la Dirección del arma, que eran desafectos al Presidente, habían embrollado el asunto. El caso es que el General Arista dejó el poder y marchó al extranjero, y yo quedé visto de mal ojo por los santanistas triunfantes.

Los que se pronunciaron fueron colmados de favores por el General Santa Anna, y los que habían sido fieles al Gobierno caído, dejados en el olvido.

NOTAS IMPORTANTES.

I.

Habiendo conseguido copia autorizada por el señor Oficial mayor del Ministerio de la Guerra, del parte oficial sobre la acción de Pátzcuaro, que dió el Comandante militar de Michoacán, Coronel D. Miguel Zincúnegui, copio aquí lo más notable que á mi persona se refiere.

En la foja 2, relatando las medidas que se tomaron para poner á Morelia en estado de defensa, se expresan:

"Sin descanso, y sin reserva de medios, el E. S. Gobernador (Don Melchor Ocampo), el segundo Cabo de esta Comandancia. (Calderón) *y con singular dedicación é inteligencia en su arma, el Teniente de Artillería D. Manuel Balbontín, etc.*"

Luego á fojas 10, en la inserción que hace del parte de la acción, aparece esta recomendación del Comandante Calderón:

"Los que tuvieron más ocasión de dar pruebas de ella (de la bravura) fueron: el Capitán Vivanco del segundo batallón de línea, *el Teniente de Artillería Balbontín á cuya pericia y valor, se debieron* ALGUNAS *de nuestras ventajas, etc.*"

II.

En la exposición que dirigió al público el Gobernador López Portillo, del Estado de Jalisco, publicada en México, imprenta de García Torres en 1853, se expresa de esta suerte:

Página 12. "Así es como las revoluciones han destruido la moralidad. Por lo que respecta á los demás militares, no creo que se ejerzan ven-

Digitized by Google

ganzas contra esa División, que puede presentarse como modelo heroico de constancia en los trabajos, de valor en los peligros, de honradez y pundonor. Personas tales como Castillo, Calderón, Parra, Fuertes, Ferriz, Camargo, *Balbontin*, López Bueno, y generalmente cuantos componen la División que se halla al mando del señor Miñón, hacen honor al país y son dignas de la consideración de cualquier Gobierno, etc."

Digitized by Google

Digitized by Google

CAMPAÑA
SOBRE PUEBLA,

EN

Febrero de 1856.

Digitized by Google

Digitized by Google

CAMPAÑA SOBRE PUEBLA,

—EN—

FEBRERO DE 1856.

Al desplomarse el Gobierno dictatorial del General Santa-Anna, en Agosto de 1855, fué ocupada la Capital de la República por las tropas victoriosas que habían proclamado el Plan de Ayutla, unidas ya, con las otras que en el Sur y en el interior, á última hora, se habían adherido al referido plan.

El General de División D. Juan Alvarez, caudillo de la revolución, ocupó la Presidencia de la República con arreglo á las bases proclamadas; pero no teniendo ambición de mando, prefiriendo á la agitación de la Capital y á los sinsabores del Gobierno, la vida pacífica y las costumbres sencillas de las montañas del Sur, resignó el poder en Don Ignacio Comonfort, á quien había elevado al rango de General de División, por los servicios que prestó durante la lucha.

En los primeros momentos del triunfo, se desplegó contra el ejército vencido cierta persecución por la resistencia que había opuesto. Se separaron del servicio aquellos jefes que más se habían distinguido por su adhesión al General Santa-Anna; se suprimieron muchos cuerpos refundiéndolos en otros; se rebajaron las tarifas de sueldos; y en fin, se hicieron salir á las tropas de la Capital en distintas direcciones, en són de castigo.

Digitized by Google

Estas causas, la acritud de la prensa contra los militares, y los escándalos que daban diariamente en la ciudad de México las tropas del Sur, fueron suficientes para engendrar en el ejército un odio profundo contra el nuevo orden de cosas. Este odio ocasionó defecciones é inconsecuencias vergonzosas que perdieron á los militares en la opinión pública; y aunque es cierto que en el ejército había cuantiosos gérmenes de progreso y libertad, muchos fueron sofocados por aquella pasión, y otros porque los liberales los desdeñaron, ocasionando así el despecho de oficiales de mérito reconocido, que fueron después los principales apoyos de la Reacción, y causa de un gran derramamiento de sangre que se podía haber evitado.

Esto no obstante, muchos cuyas convicciones eran más firmes y su sangre menos hirviente, permanecieron al lado del Gobierno, unidos á aquellos que no tenían más opinión que la fidelidad al poder establecido, á otros que siempre esperan á la última hora para tomar una resolución, y por fin, á la guardia nacional que se organizó violentamente. Estos elementos apoyados en la opinión pública, fueron bastantes para vencer las rebeliones que no tardaron en estallar.

El Clero que veía que su prestigio se menoscababa día á día, y que temía por sus riquezas, y el Partido Conservador que no se conformaba con su derrota, trabajaban sin descanso aprovechando el estado que guardaba la moral del ejército, para sublevarlo.

Así las cosas, el General D. José López Uraga, unido con D. Tomás Mejía en la Sierra de Querétaro, desconoció al Gobierno al mismo tiempo que el Teniente Coronel D. Lorenzo Bulnes se pronunciaba con el Cura de Zacapoaxtla por "Religión y Fueros."

Aunque en Querétaro se hallaba el General D. Félix Zuloaga con una división, Comonfort dispuso la salida de México del General D. Luis Ghilardi con algunas tropas para hacer la campaña de la Sierra. Con él iban algunos oficiales de mérito: el Coronel D. Ramón Manero, intrépido oficial que mandaba el Regimiento de Lanceros de la Guardia, el Coronel de Ingenieros Don

Digitized by Google

Ernesto Dessi, el Teniente Coronel de E. M. D. José D. Bello, el Comandante de Escuadrón D. Santiago Tapia, que siendo General prestó después muy buenos servicios á la Patria, los Capitanes de E. M. D. Tomás Enciso, D. Faustino Vázquez. &. &.

La buena armonía que reinaba entre los oficiales y el respeto y estimación que tenían á su General, eran prendas seguras del mejor éxito. Sin embargo, había también elementos reaccionarios, tanto más peligrosos, cuanto que se hallaban ocultos. Una conspiración abortada, los puso de manifiesto en Tepeji del Río; pero con la separación y remisión á México de algunos jefes y oficiales comprometidos, se restableció la confianza perdida por un momento, y las tropas, con las precauciones consiguientes al terreno que atravesaban, continuaron su marcha y llegaron á Querétaro sin contratiempo alguno.

La actitud de la División Zuloaga era indecisa y sospechosa. Varios oficiales habían defeccionado llevándose algunas tropas é incorporándose á Uraga, entre otros el Capitán 1 ° de Artillería D. Faustino de la Barrera y el Subteniente de la misma arma D. José G. Ceballos, y quienes se llevaron la guardia del cuartel del Mesón de la Cruz, con algunos Sargentos y tropa que sedujeron.

El General Ghilardi y su tropa no fueron bien recibidos por la fuerza de Querétaro; porqne habiendo aquel jefe hecho toda la campaña del Sur con los liberales, siendo también conocidas sus opiniones políticas y teniendo, además, el delito de haber militado con Garibaldi en Roma, una gran parte de los jefes y oficiales de la División, cuyas opiniones eran contrarias á las suyas, no lo estimaban. Por fortuna aquella división fué llamada á México, y quedamos dueños del campo.

Nuestra brigada se aumentó con los batallones 1er. Ligero Activo, 1er. Activo de Guadalajara, y una Guerrilla de Guanajuato con 150 hombres que mandaba un tal Fulgencio Guerrero.

El General Ghilardi con una actividad notable comenzó á hacer los preparativos para la campaña. Hizo fortificar el Convento y barrio de la Cruz, donde dejó una

Digitized by Google

guarnición respetable, y penetró en la Sierra por dos puntos.

Después de varios encuentros felices con el enemigo y de algunas marchas bien calculadas que lo envolvieron, tuvo éste que capitular. Uraga, que no quizo acogerse á la capitulación, huyó rumbo á Puebla con alguna gente de á caballo y los que se le habían pasado de Querétaro. Así, en menos de quince días se había pacificado aquella sierra, que tanto trabajo ha costado siempre pacificar.

Entre tanto, por el rumbo de Oriente los asuntos iban muy mal. El Gobierno había mandado una expedición contra Zacapoaxtla al mando del General D. Ignacio de la Llave; pero en Tuto la había sublevado el Teniente Coronel D. Miguel Miramón. El General D. Severo del Castillo, que marchó después con mil quinientos hombres, se pronunció también, y unido con Miramón y los de Zacapoaxtla, tomó la iniciativa, atacó á Puebla que había dejado casi sin municiones, y obligó á capitular al General D. Juan B. Traconis que la defendía.

Dueños los pronunciados de aquella ciudad eminentemente conservadora y con el apoyo del Clero, pusieron á la Capital en un conflicto, pero en vez de marchar inmediatamente sobre ella, comenzaron á fortificarse, dando así lugar á que el Gobierno reuniese sus elementos para combatirlos.

Desde luego fué llamada de Querétaro la brigada Ghilardi, y á principios de Febrero llegó á acantonarse á Tacubaya. Su fuerza aproximativamente era la siguiente:

Batallón de guías..... ..	400	hombres.
Artillería [6 obuses de á 12c].....	50	,,
Batallón 1er. ligero activo.....	200	,,
Id. 1er. activo de Guadalajara.	500	,,
Cazadores Comonfort.....	100	,,
Lanceros de la Guardia..... .	200	,,
Guerrilla Guerrero.....	150	,,
Total.....	1,600	

Digitized by Google

El día veintitrés de Febrero salimos de Tacubaya, atravesamos la capital, y pernoctamos en Ixtapalapam.

El veinticuatro marchamos para Ayutla. En este punto se hallaban acantonadas las fuerzas que debían operar contra los sublevados de Puebla. El General Ghilardi creía que ahí se tramaba una conspiración contra el Gobierno, que debía estallar de un momento á otro, y por lo tanto, quería que la brigada que mandaba estubiese siempre lejos del grueso del ejército. Pretextando, pues, la falta de cuarteles y el recibimiento frío que se le hizo en Ayutla, decidió continuar la marcha á la Hacienda de Buenavista; y así me ordenó le dijese por telégrafo al Presidente, de quien hasta entonces dependía directamente el General. En consecuencia, continuamos la marcha y llegamos á Buenavista, donde pernoctamos aquella noche.

Al día siguiente rendimos la jornada al Río-Frío. En la tarde los cazadores de Comonfort pusieron un blanco y se ejercitaron al tiro, con *las carabinas á tig*. En la noche se cubrió el campo y se durmió militarmente. Serían las once cuando el Coronel Marcucci, con los cazadores de Comonfort y la guerrilla de Guerrero, salió para una expedición que nadie sabía.

El General telegrafió al Presidente que al día siguiente marcharía á Texmelucam [San Martín] á desalojar á un destacamento del enemigo que lo ocupaba. Esto lo hizo, porque quería precipitar la campaña para destruir los planes que suponía, ó sabía, se tramaban en Ayutla.

Alarmado Comonfort, dió orden á Villarreal, que era General en Jefe, por el telégrafo, para que inmediatamente marchase de Ayutla el General Traconis con su brigada, con objeto de reforzar á la nuestra.

El 26 al amanecer se puso en marcha la brigada Ghilardi en columna de viaje con las precauciones correspondientes. Cuando su retaguardia abandonaba á Río-Frío, llegaba la cabeza de la Brigada Traconis que había marchado durante la noche.

En el Puente de Texmelucam se supo que en la Venta de Chautla había tenido lugar un hecho de armas en-

Digitized by Google

tre los enemigos y la tropa del Coronel Marcucci. En el momento se avivó la marcha, se mandaron reconocimientos á vanguardia y á los flancos, y por último, pasamos la Venta de Chautla, donde no se veía más que las señales de un reciente combate y los trabajos de fortificación que comenzaron á hacer el Coronel de Ingenieros Dessi y el Capitán de Artillería Constantini.

El hecho había pasado del modo siguiente: Marcucci, cuya infantería se había cansado, no pudo llegar antes de amanecer á los puestos enemigos para sorprenderlos como se había proyectado. El Comandante Guerrero tomó la vanguardia con su guerrilla, y ocultándose tras unos carros del comercio que caminaban, cayó sobre la avanzada que los de San Martín tenían en Chautla. Sorprendidos los soldados opusieron una corta resistencia, que cesó cuando vieron llegar al paso veloz la infantería.

Dueños del punto los nuestros, trataron en el acto de fortificarse por si los de San Martín tomaban la ofensiva, y de sostenerse en Chautla hasta la llegada de la brigada. Los de Guerrero habían seguido á los fugitivos hasta San Martín, que el enemigo abandonó en el acto, creyendo que estaba amenazado por fuerzas numerosas, y no paró en su retirada hasta encerrarse en Puebla.

Marcucci ocupó la población y mandó dar sepultura á tres cadáveres que dejó el enemigo.

Al día siguiente, 27, llegó á San Martín la brigada del General Traconis y los siguientes: las divisiones de los Generales Parrodi, Zuloaga, Portilla etc.

El General Parrodi hizo un agrio extrañamiento al General Ghilardi por su conducta. Este último renunció el mando de la brigada. Los jefes y oficiales que servían á sus órdenes se dirigieron en lo particular al Presidente, manifestándole las malas consecuencias que aquella separación podia traer, y al mismo tiempo suplicaron al General Ghilardi que retirase su renuncia. Todo quedó arreglado formando la brigada un elemento aparte, con el nombre de "Brigada Móvil de Operaciones" y la cual quedaría á las inmediatas órdenes del Presidente. Se

Digitized by Google

aumentó con el batallón de infantería número 14 de línea al mando de su Coronel D. José María Arteaga y se le dieron dos obuses de á 15c en cambio de dos de á 12c.

El día 2 de Marzo, ya incorporado el Presidente al ejército, la brigada salió de San Martín para Tlaxcala. En el camino hubo una alarma producida por unos tiros que se oyeron al flanco derecho de la marcha. Después de algunos reconocimientos, y conocida la causa, continuó aquella sin novedad hasta la capital de la Célebre República, donde el pueblo la acogió con verdadero entusiasmo

Los habitantes de las cercanías acudieron con grande acopio de tortillas, pavos, carneros y puercos, que regalaron á la tropa. Esto dió lugar á una escena bastante tierna con el General Ghilardi, en la que tomaron parte todos los que se hallaban presentes.

En los días siguientes fueron llegando las tropas que mandaba el General D. Tomás Moreno, con los Generales Camaño y Pueblita y los Coroneles D. Sabás Iturbide y D. José de la Luz Moreno. Estas tropas eran irregulares, su organización caprichosa, y estaban fraccionadas y subdivididas con nombres pomposos de brigadas, secciones etc.

El Presidente llegó á Tlaxcala el día 5, y después de recibir el homenaje sincero de un pueblo entusiasmado, vió desfilar las tropas. El pueblo quiso quitar los caballos de su carruaje; pero él lo impidió con estas ó semejantes palabras: "*Yo no puedo permitir estas demostraciones. ¿Quieren ustedes asemejarme al dictador? Yo no deseo otra cosa que hacer á ustedes felices.*"

El día siete dejó la brigada á Tlaxcala y llegó á Santa Inés Zacatelco. Se cubrió la principal avenida con una barricada hecha con carros, se aspilleraron algunas tapias y se tomaron las precauciones necesarias para en caso de ataque.

En la mañana del ocho se continuó la marcha en dirección de Puebla. Después de caminar poco más de una legua, se oyó un cañonazo, después otro, y pronto se hizo muy vivo el fuego de cañón. Como marchábamos por

Digitized by Google

un camino hondo, no se descubría el lugar del combate; y el General Ghilardi me ordenó hiciese un reconocimiento por el flanco derecho, por donde venía el eco. Partí al galope con mis ayudantes y llegamos en breve al pueblito de Santo Toribio. Desde la torre de la iglesia, con ayuda de nuestros telémetros, descubrimos lo bastante para formar juicio de la batalla. [1]

Como el Río Atoyac se interponía entre nosotros y el enemigo, que nos daba la espalda, tomé desde luego informes sobre la posibilidad de rodearlo, las cuales fueron favorables.

Cuando regresé con objeto de dar cuenta al General, de mis observaciones, *el Presidente se hallaba con él.* Oído mi relato, Ghilardi le consultó si se debería pasar el río y caer sobre la espalda del enemigo. "*Comonfort le contestó que no; que la brigada marchase á ocupar la fábrica "La Constancia," hasta recibir nuevas órdenes: que él iba á ver lo que pasaba.*"

Mientras tanto, la brigada desfilaba en columna, y las tropas vitoreaban espontáneamente, según iban pasando, *al General Ghilardi y al Presidente.* El fuego de cañón continuaba con más vigor. Comonfort, con su Estado Mayor y una pequeña escolta, desapareció á la carrera en dirección del lugar del combate.

La brigada continuó su movimiento, que fué detenido momentáneamente en una barranca, donde el enemigo había abierto un foso y varias filas de trampas de lobo, que no concluyó. Salvado aquel obstáculo, siguió la marcha precedida de reconocimientos practicados en las alturas inmediatas, donde se dejaban ver algunos grupos de gente. Se llegó sin novedad á "La Constancia," y se tomaron posiciones.

El fuego de cañón había cesado y un solemne silencio lo reemplazaba.

El General ordenó al Comandante de Artillería de la brigada que hiciera un reconocimiento á vanguardia en

---

[1] Véase el croquis que va al último.

Digitized by Google

busca de una buena posición. Aquel jefe le comunicó con un ayudante, que en el Molino de Vallarino había una, y que continuaba en dirección del Puente de México, por donde sabía pasaban dispersos del enemigo.

En efecto, á poco andar encontró á los de la guerrilla de Guerrero que escaramuceaban con los dispersos: algunos de aquellos que maltrataban á varios prisioneros heridos que traían; y otros á un paisano italiano que habían tomado en el camino y lo querían fusilar. Evitando aquellos desórdenes, hizo conducir los prisioneros al General para que dispusiera de ellos, manifestándole que del interrogatorio que se les hizo no se sacó otra cosa, que la artillería del Gobierno les había hecho pedazos, única idea en que convenían, pues unos aseguraban haber triunfado y otros haber sido rechazados.

No pareciendo á los guerrilleros aquel lugar bastante fecundo en acontecimientos, resolvieron dar un paseo por Puebla, donde el enemigo había dejado una corta guarnición, y lo pusieron inmediatamente en obra acompañados del Licenciado Villanueva [1] que iba como voluntario en la brigada. Penetraron en varias casas y mesones, sacando algún armamento, caballos y otras cosas, y esparcieron la consternación en la ciudad.

El General D. Tomás Moreno había ocupado el Molino de Vallarino con las tropas de su mando y cuatro obuses de montaña, adelantando al Puente de México al General Pueblita con un destacamento, que continuó desde allí remitiendo prisioneros al cuartel General. Pero el enemigo que venía en retirada del campo de Ocotlán, donde había tenido lugar la batalla, desalojó del puente á Pueblita, quien tuvo que replegarse á Vallarino. Habiendo allanado aquel obstáculo, los pronunciados pudieron continuar su movimiento y encerrarse en Puebla, no sin que su retaguardia hubiese dejado de ser molestada por nuestros guerrilleros, que le causaron algunos daños.

---

[1] Este Licenciado fué fusilado cerca de Matehuala por los imperialistas, á principios de 1864.

Digitized by Google

El General Ghilardi, que desde "La Constancia" había oido cañoneo en el puente, mandó violentamente al 1er. ligero á reforzar al General Moreno, entre tanto él llegaba con la brigada. Como la tropa del Molino de Vallarino estaba alarmada con la retirada de Pueblita, al ver llegar por su izquierda y por entre los matorrales al 1er. ligero, que venía en parte desplegado en tiradores, le rompió el fuego inmediatamente con grande algazara, y fué necesario todo el aplomo y sangre fria de aquel batallón, que no contestó el fuego, para que se hubiere evitado una catástrofe.

El General Ghilardi llegó á pocos momentos con la brigada; pero sabiendo que el enemigo había pasado el puente y encerrádose en Puebla, ordenó que volvieran las tropas á sus anteriores posiciones. Empezaban á ejecutarse sus órdenes cuando se le acercó un indígena á pie y le entregó, de parte del Presidente, un papelito enrollado en forma de cigarro. Era la orden para que ocupase á Puebla. "*Mire Vd. amigo, me dijo alargándome el papel, ¡que oportunidad para dar órdenes!* En efecto, serían las cinco de la tarde, y el enemigo hacía media hora que estaba encerrado en sus fortificaciones.

No habiendo, en consecuencia, sido ocupada Puebla, los enemigos de Ghilardi le hicieron tan fuertes como injustos cargos.

Un zapador enemigo descubrió el lugar donde se hallaba minado el puente. El Coronel Dessi destruyó la mina felizmente

El día nueve, á las ocho de la mañana, la brigada se puso en marcha, y haciendo un pequeño rodeo, fué á situarse en una llanura, frente á la Garita de Tlaxcala. Se establecieron dos baterías sostenidas por los batallones, guías, 1er. ligero, 14 de linea y cazadores de Comonfort, Guadalajara y Lanceros que quedaron en reserva apoyándose en la Hacienda de Santa María. El General Ghilardi avanzó con una escolta y la guerrilla de Guerrero á reconocer la garita.

Esto dió lugar á una escaramuza cuyo resultado fué que el enemigo retirase sus puestos avanzados y rom-

Digitized by Google

piese el fuego de cañón, cuyos proyectiles llegaban perfectamente á nuestra línea de batalla. Un hombre y dos caballos perecieron en esta refriega.

Conseguido el objeto, se replegó la brigada á Santa María, donde apoyada en la Hacienda, un camino hondo y una magueyera, se estableció la nueva línea de batalla.

En lo restante del día no ocurrió novedad por este lado; y distraíamos el fastidio mirando el vivo fuego de cañón, y á veces de fusilería, que tenía lugar en el cerro de San Juan, y que no cesó hasta la entrada de la noche.

A la mitad de ella emprendió la brigada un movimiento con objeto de rodear el cerro de Guadalupe y amanecer sobre la garita de Amozoc; pero el guía se extravió y la condujo hacia el Fuerte de Loreto: un paso más hubiera sido funesto; pero el General conoció el error é hizo contra-marchar la columna á las posiciones que acababa de dejar.

Amaneció el día diez, brillante como todos los de la estación, y los cañones del Cerro de San Juan saludaron cortésmente á sus adversarios. La línea que atacaba por aquel punto, establecida desde el rancho de Posadas hasta más abajo del Puente de México, correspondió aquella galantería, que continuó todo el día por ambas partes.

En la tarde avanzó aquella línea y se entabló un combate que bien duró media hora, hasta que una carga de la caballería enemiga obligó á los nuestros á replegarse, protegidos por la artillería del rancho de Posadas, que á su vez rechazó á los ginetes.

Entre tanto el Presidente había volteado la posición por el camino de Cholula y tomado la garita de este nombre, al mismo tiempo que ordenaba un falso ataque por la espalda del cerro. A favor de aquel falso ataque, que tanto alarmaba al enemigo, pudo marchar violentamente con algunas tropas, á ocupar la Iglesia y Convento del Carmen y hacerse fuerte allí, mientras llegaban refuerzos.

La brigada Ghilardi se puso en marcha formada en columna, con las músicas tocando dianas á la cabeza de los cuerpos; rebasó el rancho de Posadas pasando por su retaguardia, salió al llano, estableció dos baterías, una de

Digitized by Google

obuses de á 15c cerca de la falda del cerro de San Juan y otra de obuses de á 12c á la izquierda, detrás de una línea de magueyes. La infantería en columnas cerradas por batallones ocupó el centro de la línea unos 50 metros á retaguardia y la caballería, también en columnas cerradas, formó en segunda línea á unos 300 metros.

Rompióse el fuego de granadas, y las tropas, llenas de entusiasmo, vitoreaban á cada proyectil que dejaba en el espacio un rastro luminoso, y después de dar mil locos rebotes, iba á perderse y estallar en las masas confusas del enemigo, iluminadas apenas por la moribunda luz del crepúsculo.

El enemigo, que comprendía que iba á quedarse sin retirada, descendió del cerro para encerrarse definitivamente en la plaza, acompañado siempre por nuestros proyectiles. Pocos momentos después todo quedó envuelto en la oscuridad y el silencio, y la Brigada Móvil se replegó á pasar la noche á un caserío inmediato.

Ya el sol del día 11 doraba las cumbres de los volcanes cuando el General Ghilardi, á la cabeza de sus tropas, se aproximaba á la garita de México, abriendo la marcha de los que debían atacar por aquel lado.

Pasada la garita, se dejaron ver las huellas de la retirada que hizo el enemigo la víspera. El cadáver del malogrado joven capitán de E. M. D. Joaquín Ordóñez, destrozado por una granada, era lo primero que se descubría. Sus amigos y compañeros de colegio se apresuraron á darle sepultura, y un oficial de artillería [Gris] pagó caro á un hombre del pueblo, las mancuernas de la camisa del desventurado joven ¡Quién sabe si el sería el que causó su muerte!

En seguida se estableció la brigada. Dos obuses de á 15 c se colocaron en la calle de la entrada; el batallón de guías ocupó á la izquierda una pequeña iglesia; más allá el batallón de Guadalajara se alojó en una línea de casas; á la derecha se cubrió con una tapia la batería de obuses de á 12 c y se abrieron troneras para tirar por ellas. El catorce de línea avanzó á San Javier.

Digitized by Google

Entre once y doce, la línea se movió á vanguardia hasta ocupar la Alameda, y el General Ghilardi, á la cabeza del batallón de guías, ocupó la iglesia de San Marcos, bajo el fuego del enemigo que trató de impedirlo. Guadalajara cubrió la línea de la Alameda. Los batallones 1er. ligero, 14 de línea, cazadores de Comonfort y la caballería, quedaron en San Javier.

La artillería se colocó como sigue: dos obuses de á 15c en la esquina de la calle del Mesón de Guadalupe; dos de á 12c en la calle del Padre Avila; y otros dos quedaron de reserva. El capitán Martik ocupó el primer puesto, y en la tarde ya se había cubierto; pero el Alférez Gris que ocupaba el segundo, no logró cubrirse hasta el día siguiente. Todo el tiempo que las baterías permanecieron descubiertas, los artilleros conservaron una intrepidez y una sangre fría admirables. Murió el Sargento José María Mejía, que se había conducido muy bien.

El enemigo no dejó de hacer fuego hasta muy entrada la noche, y sus granadas reventaban sobre la Alameda, sin causar mayor daño.

El día doce, en cuanto amaneció, el enemigo continuó su fuego de rifle y de artillería, bajo el cual se logró formar un parapeto á la batería del Subteniente Gris, por sus mismos artilleros. Ya cubiertas las baterías, comenzaron á superar á las del enemigo, las cuales no volvieron á recobrar su superioridad en el resto del sitio.

Los parapetos, que eran de pacas de algodón, causaban hartos cuidados, porque nuestro mismo fuego los incendiaba: á cada momento tenían los artilleros que regarlos, especialmente por la parte exterior, que era donde tomaba cuerpo el fuego, y esta operación peligrosa fué ejecutada siempre con el mayor desembarazo.

En la tarde se comenzó á horadar la manzana que cerraba la izquierda de nuestra línea, para comunicar San Marcos con las reservas. La batería del capitán Martik destruyó gran parte del parapeto enemigo de la calle de Cholula, pero el sitiado lo reparó durante la noche.

En ella uno de los obuses de Martik se había roto del eje: los artilleros lo desmontaron para trincarlo. En este

Digitized by Google

momento el vigilante que estaba en el otro obús sintió que el enemigo se aproximaba, y dió la voz de alarma. Todo el mundo corrió á sus puestos, y el fuego se rompió. Dos tiros de metralla, acompañados de la fusilería, fueron suficientes para que el enemigo retrocediera dejando algunos muertos, entre ellos el joven Capitán Vega, de Querétaro. Restablecida la calma, volvimos á la faena de montar el obús.

Por el lado de la Merced se dejaban oir un vivo fuego de fusilería y algunos cañonazos. Era que el Gral. Ghilardi, por orden del Presidente, había ido á tomar aquel punto. Veamos como sucedió esto.

Al anochecer se presentó al Sr. Comonfort un hombre, probablemente enviado del enemigo, diciéndole que se podía fácilmente tomar la Merced, porque no había allí arriba de treinta hombres, casi todos borrachos y durmiendo; que no tenían vigilancia ninguna, y que él podría introducir tropas sin que fuesen sentidas. Preocupado Comonfort con este relato, ordenó al General Ghilardi fuera á tomar la Merced. El General le manifestó que no conocía el punto, pues nunca lo había visto ni tenía siquiera un plano de él: que creía más oportuno esperar que amaneciera para hacer un reconocimiento y después atacar.

Comonfort, que ya veía mal á Ghilardi, le dijo que ahí tenía toda su brigada y las tropas del General Moreno; que si no eran bastantes, le daría más: que respecto á reconocimiento del punto, que ahí le daba un guía para conducirlo, y que si aun así se encontraba dificultades, se lo manifestase, para ir él mismo á tomar la Merced. Ghilardi no contestó una palabra; pidió permiso para emprender el ataque, tomó los semibatallones Comonfort y Matamoros [éste de Moreno], un obús de montaña, y marchó á la Merced.

El General llevó pocas tropas, y de las peores, para no exponer á un fracaso los mejores batallones que servirían para un caso decisivo. ¡Tan convencido estaba de que iba á hacer un despropósito!

Digitized by Google

En la Merced reinaban un profundo silencio y una grande oscuridad. El paisano introdujo á las tropas á una casa, las hizo subir al primer piso, luego á la azotea, y de *ahí, con una escalera de mano, á la azotea del convento.* En seguida desapareció.

Es fácil comprender las dificultades de semejante asalto; pero después se hizo más crítica la situación. Fué menester pasar una azotehuela poniendo una viga á guisa de puente; pero cuando se hallaron otras interrupciones, ya no fué posible ir más adelante.

Hasta entonces habían permanecido tranquilos los del convento; pero cuando vieron á la tropa que no podía ir atrás ni adelante, le rompieron el fuego desde la torre y de los claustros, haciendo imposible el permanecer en tan cruel posición. Fué por lo tanto indispensable la retirada, la que se hizo con mil penas, no sin dejar sangrientos despojos en el campo. El General Ghilardi y el Sargento Villanueva que le acompañaba, fueron heridos. Esta nueva desdicha obligó á ordenar la retirada hasta San Javier, de donde habían salido estas tropas.

Conducían al General varios soldados en una camilla improvisada. Al pasar por el parapeto de Martik, dijo con voz lastimera; "*Artilleros, cumplid como hasta aquí con vuestro deber.*" [1]

Esta voz doliente y conocida que salía de entre las sombras, hizo correr hacia ella á los amigos del General. El creía que al día siguiente estaría á caballo; pero no pudo montar ni seis meses después. Conducido al hospital, sufrió operaciones dolorosísimas, sin que se pudiera conseguir extraer la bala.

En seguida fueron llegando calmadas y silenciosas las tropas que habían atacado la Merced. El Subteniente del Río, que fué con el obús, volvía con un artillero de menos.

El día trece no fué en nuestra línea tan fecundo en acontecimientos. El Coronel Dessi y el Capitán de Ar-

---

[1] Este suceso, que por equivocación hé puesto el día 12, no ocurrió sino el día 11.

Digitized by Google

tillería Constantini, trabajaron en acopiar materiales para los parapetos. Se subió un obús de 12c á la torre de San Marcos, y el capitán Martik dió al Subteniente Gris un obús de 15c por uno de á 12c. Estos cambios se hicieron con objeto de batir la Torre de San Agustín, que molestaba mucho con su fuego de rifle.

El Coronel Chavero, que mandaba la artillería de la línea contigua á nuestra derecha, estableció dos cañones de á 8 á la salida de Santiago, con el mismo objeto.

A medio día, ya no salía un solo tiro de la torre, que había recibido gran cantidad de proyectiles.

Cuando se calmaba el fuego, algunos soldados de Guadalajara saltaban los parapetos para ir á tirotear al enemigo, cerca de los suyos. El cabo de guías, Serrano, con arma á discrección, por en medio de la calle, marchó impávido hasta el foso del enemigo: éste, que creyó que se pasaba, dejó de tirarle; pero Serrano preparó su fusil, apuntó, y derribó á un hombre, al mismo tiempo que profería insultos. En el momento se cubrió de humo el parapeto, y Serrano volvió sin fusil y con cinco balas en el cuerpo. Conducido al hospital, fué amputado de un brazo.

Estos alardes de valor son muy comunes en nuestro ejército; pero no los creo de utilidad, porque si bien establecen cierto estímulo entre los soldados, también dan prueba de indisciplina y causan bajas sensibles é innecesarias. Además, que se ve con frecuencia que muchos de esos hombres que individualmente se lanzan á empresas temerarias, no son siempre los más firmes hallándose en formación y en lances críticos.

Como el anterior, el día catorce pasó sin suceso notable en la línea de San Javier. Un soldado del Sur se estuvo divirtiendo largo rato con pasear la banqueta al paso regular y con arma á discreción, entre nuestro parapeto y el del enemigo, y aunque llovían sobre de él las balas, ni le tocó ninguna, ni él se daba por entendido.

A las cinco de la tarde hubo suspensión de armas mientras iba un parlamentario á intimar rendición á la plaza. Cuando el parlamentario se retiró, una batería de

Digitized by Google

6 obuses de á 16c, situada en el barrio de Santiago, rompió el fuego sobre Puebla. Esta fué la señal para que se hiciera lo mismo en todas las líneas, como se verificó.

Como había anochecido, se percibían perfectamente las huellas de luz que dejaban las espoletas de las granadas, formando un tejido de mallas sobre la ciudad.

El enemigo contestó con dianas y repiques, que fueron calmando á proporción que el fuego se cerraba, hasta extinguirse completamente

Con anticipación se había subido un obús de á 12c á la azotea de San Javier, siendo reemplazado por un cañón de á 8, que mandó el Coronel Chavero al parapeto del Subteniente Gris.

Repentinamente un vivo fuego de fusilería se dejó oir por la garita de México, difundiendo la alarma, pues se suponía que el enemigo había salido por la Merced, cuyo paso aun no se cerraba. Por fortuna no fué así. El destacamento de la garita, que se componía de tropas irregulares, al ver que se le acercaba una fuerza de guerrilleros, tomó las armas; y como aquellos no respondieron convenientemente, les rompió el fuego, que los otros contestaron, y no sin pena pudo cortarse aquel desorden que tal vez hubiera producido fatales consecuencias.

El cañoneo terminó entre once y doce de la noche. Las piezas del Capitán Martik incendiaron un espaldón de pacas que tenía el enemigo delante del portal de Hidalgo. Quedó después todo tranquilo: sólo el incendio del espaldón continuó iluminando la plaza de armas toda la noche.

Se mandó al hospital un artillero herido.

El día quince, aprovechando algunos ratos que desmayaba el fuego, se empleó la artillería en reparar el material, bastante maltratado ya, á cuyo efecto fué auxiliada con obreros, montajes y todo lo necesario, del Cuartel General.

En la tarde fué conducido al hospital el Cabo Domingo Ayala, herido de una pierna; después murió.

El día dieciséis no ocurrió nada notable en nuestra línea. Al entrar la noche, el General D. Joaquín Cas-

Digitized by Google

tro, que había sucedido al General Ghilardi, dispuso que se trasladaran los parapetos una cuadra á vanguardia. El Coronel Dessi y el Capitán Constantini dispusieron la operación.

El 14 de línea y el 1er. Ligero, mandaron destacamentos para el trabajo. Como la noche era clara, fué menester maniobrar con la mayor circunspección. Se fueron formando filas de pacas, unas tras otras, con el mayor silencio: cada paca era impulsada por un soldado con el arma á la espalda. Dada la señal de *arriba los brazos*, todas las pacas comenzaron á rodar á un tiempo. Si el enemigo creía percibir ruido, rompía un fuego vivísimo; pero entonces cesaba todo movimiento, y cada soldado se acostaba detrás de su paca. El enemigo, que pensaba haberse engañado, mirando que no le contestaban, suspendía el fuego, y las pacas volvían á rodar.

Mientras los artilleros construían sus parapetos, los Ingenieros fortificaban las nuevas casas que se habían ocupado. En menos de dos horas los parapetos estaban concluidos y los cañones colocados en ellos. Se bajaron de las alturas los obuses de á 12^c y se prolongó la línea en esta forma: Por la izquierda en la calle del Rastro, los Subtenientes del Río y Flores con dos obuses de á 12^c; en la del Hospicio el Subteniente Gris con un obús de á 15^c y uno de á 12^c; en la de Tecali, el Subteniente Aduna con un obús de á 15^c; y por último, en Quintanilla, á la salida de la Plazuela de San Agustín, el Capitán Martik con un cañón de á 8 y un obús de á 12^c. Se había pues, aumentado nuestra línea de ataque con dos parapetos más, á derecha é izquierda de la línea primitiva.

El Coronel Carreras, que ocupaba San Marcos, había trabajado sin descanso, horadando y comunicando toda la manzana, barricando balcones, ventanas y puertas, y pasando á la manzana inmediata hacia la plaza. Igual cosa se había hecho en el centro de la línea. Las demás líneas que rodeaban la parte fortificada de la ciudad, avanzaron también aquella noche siguiendo el mismo sistema que la nuestra.

Digitized by Google

El día diecisiete, cuando amaneció y el enemigo se apercibió de nuestro avance, lleno de despecho rompió un vivo fuego, que pronto fué reducido al silencio por la superioridad de nuestra artillería. Durante el día, probó varias veces fortuna con tan mal éxito como la primera.

La batería de la calle de Tecali arruinó parte del parapeto de San Agustín. El Teniente Salas y el Subteniente Aduna, que se turnaban, hicieron excelentes punterías.

Los frailes de San Agustín solían subir á las bóvedas y torre del convento, armados de rifles, para entusiasmar á los soldados, y en este día estuvieron molestando con su fuego. Pero el Coronel Carreras tenía colocados los mejores tiradores de guías, en diversos puntos, sin otro objeto que cazar á los frailes; y dieron tan buena cuenta de ellos, que no se volvieron á ver en las alturas.

En la noche, el Teniente Coronel Acosta, de Guadalajara, provisto de una botella de aguarrás y de una caja de fósforos, atravesó la Plazuela de San Agustín, llegó á la puerta falsa del convento, le prendió fuego, y se retiró en seguida. Esto dió lugar á un tiroteo que duró toda la noche, entre el enemigo que quería apagar el incendio y nuestra gente que no lo consentía.

El día dieciocho fué más fecundo en acontecimientos. Uno de ellos tiene tal carácter de originalidad, que no debe pasarse por alto. El enemigo, como de costumbre, saludó bien temprano nuestra línea, pero como siempre, tuvo que ceder. Había, pues, cesado el fuego, y todo estaba en calma. El Subteniente Aduna tenía apuntado su obús á la cañonera contraria. Repentinamente el enemigo dispara un cañonazo, rebota la granada en el suelo, salta por encima del parapeto, y va á reventar sobre el campo del fogón de la pieza; se inflama el estopín, comunica el fuego á la carga, y se dispara de este modo raro la boca de fuego, enviando al enemigo una granada que aquel recibió casi al mismo tiempo de mandar la suya.

Es probable que aglomerada la gente en la cañonera, por ver el efecto de su tiro, la sorprendiera el nuestro.

Digitized by Google

haciendo algunas desgracias, porque de aquel parapeto no volvió á salir un disparo en todo el día.

En San Marcos ocurrieron cosas más serias. Habiendo hecho fuego toda la mañana, el parapeto se había inflamado interiormente, y no se hubo de notar el fuego hasta en la tarde, que se desarrolló de una manera formidable, subiendo las llamas hasta cerca de las azoteas. Acudieron violentamente á apagarlo los artilleros y los infantes de Guadalajara. El Coronel Dessi, con su conocida actividad, y el Subteniente Gris, trabajaban igualmente sin extinguir el terrible elemento.

El enemigo, aprovechando la ocasión, rompió un fuego vivo que aumentó la crisis y causó algunas desgracias. El artillero Crescencio Alcántara, mi antiguo asistente, soldado viejo que hizo la campaña de los Americanos, recibió una bala de cañón en la cabeza, que lo dejó absolutamente sin ella, y el artillero Antonio Hernández fué conducido herido al hospital, muriendo en seguida

A pesar de hallarse en circunstancias tan angustiadas, los artilleros no perdieron un momento su sangre fría, y se hicieron dignos de admiración, distinguiéndose José María Dosamantes, que en tales emergencias siempre estaba de pié sobre el parapeto y también por la parte exterior, recibiendo cubos de agua y arrojándola donde más necesario era. Cuando llegó la noche, se pudo, al fin, extinguir el fuego y reformar el parapeto.

La guerrilla de Guerrero, de quien me he olvidado, maniobraba con entera libertad haciendo barbaridades que á veces le costaban caro: sus hombres fueron los primeros que entraron al Fuerte de Loreto cuando el enemigo lo abandonó, aunque sabían que estaba minado: cortaron la salchicha de la Garita del Pulque que también tenía mina, y esparcidos á su placer por las líneas, hostilizaban sin cesar al enemigo. Sabedores de que la música de un batallón enemigo estaba en una casa de la calle de Cholula, entre ambas líneas, se propusieron ir á sacarla, volviendo provistos de bombo, chinesco, serpen-

Digitized by Google

tones etc.; pero esta audacia les costó el capitán de la escolta del General Ghilardi, que quedó allí muerto.

El día diecinueve, mientras en varios puntos de la línea se combatía como de costumbre, los soldados de Guadalajara, que ocupaban la Plaza de Toros, habían dispuesto una magnífica función: mientras unos en el circo fingían de toros, picadores, chulos etc. otros, en las gradas, parodiaban al público, con gritos, palmadas, silvidos y dicharachos.

Los soldados de guías que ocupaban el Teatro del Progreso, no queriendo ser menos que sus compañeros, representaban *D. Juan Tenorio.* El foro estaba lindamente exornado: tenía de palacio, de bosque, de cárcel ¡quién sabe de que más! Todos los monstruos de las comedias de magia estaban en el fondo formados en bata la. El destacamento, que ocupaba las lunetas, aplaudía frenéticamente á los que representaban. De vez en cuando pasaba zumbando una granada sobre el techo del teatro, pero ni quien le hiciera caso.

En la noche se nombraron cuatro pelotones del 14 de línea y del 1er. ligero, con objeto de que saliendo fuera de la línea, se avanzaran cuanto pudiesen, y guarecidos de las puertas, tiroteasen á los parapetos enemigos; relevándose de dos en dos horas para que durase la función hasta la diana. Así se verificó en toda la contravalación, y eran de oir los diálogos divertidos que entablaban los combatientes.

Mientras esto pasaba, un grupo de Oficiales, tomando por su cuenta el piano de una casa que ocupaba la tropa, tocaba y cantaba. Otro grupo menos afortunado se había instalado sobre un carro de municiones, y acompañándose con una guitarra, cantaba la "*Vida de Juan Soldado,*" pieza enteramente nacional y cuya tradición creo que se ha perdido. Todos estos hechos manifiestan el excelente espíritu que reinaba en las tropas del Gobierno y dan una idea del carácter de nuestros soldados.

Día veinte. La orden del día anterior previno que los días jueves y viernes santos no se hiciese fuego aun

Digitized by Google

cuando lo verificase el enemigo, á menos que no intentase apoderarse de algún punto. Cuando se divulgó la noticia, los vecinos salieron confiados de sus casas, y los que vivían entre las líneas, á los balcones, y por todas partes se veían grupos de Oficiales ó soldados; pero el enemigo, de improviso, pensando aprovechar algún tiro de rifle, no tenía embarazo en dispararlo. Los grupos se disolvían entonces; pero luego volvían á reunirse, y se repetía sin cesar la misma escena.

En la noche, los de la plaza quisieron auxiliar á los que ocupaban el convento de la Merced que se hallaban casi rodeados; pero después de vanos esfuerzos, tuvieron que retirarse con pérdidas. El General Castro mandó el 14 de línea hacia la Merced, por si era necesario.

El día veintiuno se pasó como el anterior. Los que ocupaban la Merced estaban completamente rodeados, y á la media noche fueron atacados con nuevo vigor por los del Sur. Mirando éstos que no podían vencer su resistencia, pusieron fuego al convento, con lo que los defensores tuvieron que rendirse. Estos eran todos Oficiales de la que el enemigo llamó "*Legión de honor*," y que sufrió tanto en Ocotlán.

Después de la rendición se extinguió el fuego y se subió á la torre un obús de á 12ª.

El día veintidós á las diez de la mañana debía de romperse el fuego de cañón en todas las líneas. En la del Carmen se colocó una batería de morteros que habían sido traídos de Veracruz, y se trabajaba en el cerro de Loreto para colocar otra en la noche, pero habiendo el enemigo pedido parlamento, no tuvo aquella disposición verificativo.

Las conferencias se prolongaron todo el día y hasta la madrugada siguiente, en que se firmó la capitulación.

En la mañana del día veintitrés se ocupó la plaza. Por un momento vencidos y vencedores se confundieron formando grupos. Los amigos se abrazaban felicitándose de encontrarse vivos. Después se deploraban las pérdidas de parientes, de amigos, de Oficiales de mérito, que eran la esperanza de la República. En aquel

Digitized by Google

instante se olvidaban los odios de partido, que ya habían tomado gran desarrollo. Pero después de aquella efusión de amistad, se levantaron más terribles, y fueron sin cesar creciendo, hasta tomar aquel carácter de ferocidad que tuvo lugar en las luchas eternas del partido conservador con el partido liberal.

El día veinticuatro fué de aseo y descanso para las tropas. Los Oficiales invadieron los baños, las fondas y los hoteles, y se limpiaron, comieron y durmieron á satisfacción, después de un mes de constante fatiga.

El día veinticinco hizo el Presidente su entrada triunfal á la cabeza de doce mil hombres, perfectamente armados, equipados y vestidos, con cuarenta piezas de artillería.

Desde el siguiente día comenzaron á salir por distintos rumbos los Oficiales prisioneros que fueron destinados al servicio militar en clase de soldados. La tropa, como de costumbre, fué refundida en los cuerpos, y después de dejar á Puebla bien guarnecida, salió el ejército para la Capital de la República, donde el Presidente hizo su entrada en medio del regocijo público.

Al hacer estos apuntes, me he limitado únicamente á la parte que tomó en esta campaña la brigada Ghilardi, á que tuve la honra de pertenecer como Comandante de artillería, pues no me era posible recoger datos de las operaciones de todo el ejército, porque ni tenía tiempo para ello, ni podía dejar de incurrir en mil errores asentando sucesos que no podía ver. El que esto llegue á leer, sabrá apreciar el valor de algunas indicaciones que ligeramente he apuntado, por no tener datos positivos para hacer formales acusaciones. Sí parece positivo que en el ejército de Comonfort tenía inteligencias el enemigo y que varias personas importantes se hallaban con él comprometidas.

Los reaccionarios salieron de Puebla confiados en esto, y parece probarlo su conducta en Ocotlán, donde llegaron excitando á las tropas á pasarse con ellos, después de haberse suspendido el fuego, y mataron al General Avalos que arengaba al batallón de Guanajuato

Digitized by Google

que estaba en la iglesia y que se llevaron al retirarse.

Entre otros casos, se refirió que un Oficial de artillería había escrito á D. Miguel Miramón que su batería dispararía de modo que no ofendiera las tropas que atacaran por donde él estuviera. Años después D. Sabino Flores, Ex-Gobernador de Querétaro y ayudante en la batalla de Ocotlán, del General Doblado, recordando aquellos acontecimientos, me refirió que cierto Oficial no pudo hacer una sola puntería á la columna que subía el cerro, y que ésta tomó sin dificultad la batería. Al hacer mención de este suceso no indicó el Sr. Flores tener noticias sobre los rumores que acerca de aquel Oficial corrieron. Como la conversación referida tuvo lugar dos años después y giraba sobre generalidades relativas á la batalla y no al Oficial en cuestión, de quien se habló por incidente, el dicho del Sr. Flores, testigo presencial, y los rumores anteriores, dan vehementes sospechas de culpabilidad contra el aludido.

Por lo demás, en la guerra que siguió después, se vieron por desgracia hechos semejantes. El ejército que creía defender su causa, tuvo el desacierto de desprestigiarse, obrando de este modo.

Como llevamos visto, la brigada Ghilardi tuvo un comportamiento digno. Sus artillerros, sobre todo, se condujeron con una bizarría á toda prueba, sobrellevando con la mayor paciencia el rudo trabajo que les tocó, pues como no había reservas, desde el día 11 de Marzo, que ocuparon la línea, hasta el 23 que se rindió la plaza, no se separaron, ni de día ni de noche, un sólo instante de sus piezas, estando todo este tiempo al frente del enemigo y casi siempre combatiendo.

En los partes que dieron los Generales Parrodi y Moreno del ataque al cerro de San Juan, no hablan una palabra de la Brigada Móvil que en los últimos momentos entró en línea con las tropas que ellos mandaban, y cuya presencia decidió al enemigo á abandonar el cerro de San Juan. Como el General Ghilardi estuvo mucho tiempo en cama, tampoco dió parte de las operaciones

Digitized by Google

de su brigada, ni desmintió algunos acertos del parte general y del General Moreno.

Sin la lealtad, energía y actividad del General Ghilardi, no es aventurado asegurar que acaso la revolución que comenzó, en Zacapoaxtla hubiera llegado triunfante á la Capital de la República. Además, el General venía desde Acapulco con Comonfort; concurrió á la toma de Zapotlán y permaneció siempre al lado de aquel caudillo, prestándole un apoyo eficaz hasta su exaltación á la Presidencia. Empero, Comonfort lo sacrificó á sus enemigos, y dándole tres ó cuatro mil pesos, lo hizo salir de la República.

Como la Historia es la única vengadora de las víctimas, yo consigno estos hechos en favor del General Ghilardi, á quien debí estimación, amistad y protección que no he debido á la mayor parte de mis compatriotas.

D. Luis Ghilardi volvió á la República á combatir contra la intervención, sostuvo la honra de nuestro pabellón en Acapulco, se halló en el sitio de Puebla; y hecho prisionero después por los franceses, fué bárbaramente fusilado. (1)

Los que tuvieron la honra de militar á sus órdenes, lo mismo la tropa que los Oficiales, conservaron siempre veneración y cariño para su General.

Sacado de mis Apuntes de Campaña. México, Julio de 1871. (2)

---

(1) Cuando conducían al patíbulo al General, llevaban su ataúd por delante de él y una música á su retaguardia.

(2) Si se confrontan estos apuntes con los partes publicados, se notaran diferencias chocantes. Esto consiste en que á los que los dieron, es convenía desfigurar los hechos.

NOTA—En el parte general dado por el Jefe de Estado mayor, sobre las operaciones practicadas sobre Puebla, se halla el de Comandante General de artillería D. Ramón Iglesias, en el que constan los Comandantes de artillería de las Brigadas y Divisiones.

Digitized by Google

Digitized by Google

ATAQUE Y TOMA

DEL

Hospicio y la Acordada

En 20 de Enero de 1858.

Digitized by Google

Digitized by Google

ATAQUE Y TOMA DE LA ACORDADA

EN 20 DE ENERO DE 1858.

EL Presidente D. Ignacio Comonfort había promulgado la Constitución de 1857, que el Congreso constituyente acababa de sancionar; pero reservándose el primero la intención de aprovechar la oportunidad que se le presentara para derribarla.

Las intrigas y ambición de los partidos le podían proporcionar la ocasión que deseaba.

Los moderados que lo rodeaban le hicieron creer que si derribaba la Constitución, el partido conservador lo apoyaría, haciendo á un lado sus antiguas exigencias.

De este modo, ayudado por los moderados y por los liberales menos exagerados, podría consolidar su Gobierno y conducir al país, sin sobresaltos ni temores, por el camino del orden y de la prosperidad.

Una vez admitido este programa, no faltaría más que buscar el modo y oportunidad de llevarlo á cabo.

Comonfort puso de acuerdo á los principales Jefes del ejército; y aunque algunos de ellos trataron de disuadirlo, manifestándole las funestas consecuencias que seme-

Digitized by Google

jante proceder pudiera traer, al fin sucumbieron cediendo á sus ideas.

Cuando todo estuvo arreglado, el Presidente hizo venir de Tacubaya á México la brigada del General Zuloaga, y la hizo tomar cuarteles en la Ciudadela, con objeto de apoyar á la artillería y pocesionarse de los elementos de guerra que allí había.

En la noche del 17 de Diciembre de 1857 se verificó el pronunciamiento; aunque las actas ya estaban impresas, fechadas en Tacubaya. Al amanecer el día 18 se anunció lo acontecido, á la Capital, con un saludo de veintiún cañonazos.

Yo dormía en mi cuartel: me hallaba acalenturado, á consecuencia de las frecuentes desveladas que hallándome constipado, había tenido que sufrir al sereno.

Ni me anunciaron lo que se iba á hacer, ni supe lo que se hizo, sino por la salva que me despertó.

A medio día vino á mi alojamiento el Guarda-almacén D. Benito Calderón de la Barca, con una acta para que la firmaran los jefes y oficiales de la División de á caballo, que yo mandaba.

Desde luego me reusé á firmar, y lo mismo hicieron algunos de mis subordinados; pero el Mayor D. Agustín Iglesias y otros oficiales, se prestaron gozosos á firmar, diciendo el primero, que él siempre seguía la suerte del cuerpo, y que al fin, aquello se hacía de acuerdo con el Presidente.

La acta declaraba que cesaría de regir la Constitución, para ser reformada por un Congreso que el Presidente Comonfort convocaría después de pasados tres meses, etc.

En la noche, cuando ya me hallaba acostado, pues la calentura había crecido, llegó á mi cuartel el General D. Manuel Plowes, que era Director General de Artillería, acompañado del referido Calderón; y haciendo reunir en mi alojamiento á los Oficiales de la División, los reprendió por la actitud que habían tomado, la que trató de rebelión, amenazándolos con que serían destituidos y expulsados de la Ciudadela.

Digitized by Google

Luego, dirigiéndose á mí, me dijo que cuál era la causa por que no quería firmar. Le contesté que me había propuesto como norma de conducta el no subscribir á ningún pronunciamiento.

Dirigiéndose de nuevo á los Oficiales les preguntó que ellos por qué no firmaban. A lo que contestaron, que porque yo no lo hacía.

Según eso, añadió el General, si firmase el Jefe de la División, ¿ustedes firmarían?

Si señor, contestaron los Oficiales.

¿Ya lo oye usted? dijo entonces, dirigiéndose á mí.

Confieso que en el estado en que yo me hallaba, me faltó la energía para luchar, y que la idea de que aquellos Oficiales fuesen á sufrir por mi causa, me hizo tener la debilidad de firmar en un arrebato de indignación, única firma que he puesto en mi vida en actas de pronunciamiento, cosa de que en el momento me arrepentí y de que me arrepentiré siempre.

Por otra parte, ocurría el caso de que el mismo Gobierno era el pronunciado, y que toda la Ciudadela, inclusa la azotea de mi cuartel, se hallaba cubierta de tropas.

No había, pues, modo de resistir ni de escapar, y menos hallándose dividida en pareceres la oficialidad de la División.

Después manifesté en alta voz, y lo dije á cuantos quisieron oirme, que si rompían el plan de Tacubaya, yo me saldría por el más pequeño rasgón que le hicieran.

Comonfort, después de haberse adherido á lo hecho por sus tropas, se halló en la posición más crítica: los liberales lo abandonaron, y los conservadores le exigían para apoyarlo, nada menos que les entregara la situación.

Entre tanto, los Estados del interior reunían sus elementos de guerra, desconociendo á Comonfort, y en sostén de la Constitución.

Veracruz, que había secundado el plan de Tacubaya, se despronunció, declarándose por la Constitución.

Digitized by Google

En situación tan angustiada, Comonfort puso en libertad al Presidente de la Suprema Corte D. Benito Juárez, que había puesto preso desde el pronunciamiento, y trató de reparar el mal que había hecho, entendiéndose con los liberales. Era su intento que se acercaran las tropas del interior para entregar la situación á Juárez, y evitar así que se entronizara la reacción. Pero los conservadores, que sospecharon lo que intentaba, se apresuraron á ganar á Zuloaga.

En la mañana del 9 de Enero de 1858, fuí llamado al Ministerio de la Guerra. Allí se me manifestó que había serios temores de que se pronunciara la Ciudadela, desconociendo al Presidente, y que sería oportuno sacar de allí la División de Artillería que yo mandaba.

Contesté que si se me daba la orden para sacarla, la ejecutaría inmediatamente; pero el Ministro consideró más conveniente hacer salir la División en varias partidas.

Con objeto de comenzar á ejecutar su determinación, me mandó que pusiera á las órdenes del General Don Nicolás de la Portilla, un cañón de á 8 y un obús de á 24 de 15^{c} con sus correspondientes carros de municiones, todo atalajado y servido por la División, y con media dotación de municiones.

Para que esta resolución tuviese efecto, me dirigió la Dirección General de Artillería la comunicación que copio en seguida:

"Urgente."—"Dirección General de Artillería."—Sección segunda.

"En supremo acuerdo de esta fecha se me dice lo siguiente:

"De suprema orden la Dirección General de Artillería pondrá inmediatamente á disposición del Sr. Gral. Don Nicolás de la Portilla, una pieza del calibre de á 8 y un obús de á 24 con su correspondiente dotación de hombres y media de municiones. Lo que se comunica á dicha oficina para su cumplimiento; en concepto de que los artilleros para el servicio de dichas piezas, deberán ser de la División de Artilleros á caballo.

Digitized by Google

"Lo que traslado á vd. para su inteligencia y más puntual cumplimiento, manifestándole que tanto las piezas como los carros de municiones, deberán recibirse de la Maestranza, á quien se comunican las órdenes correspondientes; y tan luego como el Oficial nombrado se reciba de este material, dispondrá vd. se presente inmediatamente á el indicado señor General, para recibir sus órdenes, esperando esta Dirección que vd. le participe de haberse así verificado, para dar cumplimiento á esta suprema disposición.

"Dios y Libertad. México, Enero 9 de 1858.—*Manuel Plowes.*

"Señor Comandante de la División de Artilleros á caballo." (1)

Con mucho disgusto fué obedecida esta orden en la Maestranza, á cuyo cumplimiento puso todo género de obstáculos; hasta que cerca de anochecer logró la salida de la sección.

Como los que conspiraban en la Ciudadela sabían que yo no entraría en ningún plan contra Comonfort, me vigilaban sin cesar, y trataban de atraer á su causa á mis subordinados. Creyendo que yo habia promovido la salida de las dos piezas, estaban mal prevenidos conmigo, aunque lo disimulaban.

Su enojo contra mí subió de punto en la noche, por un acontecimiento en que era yo más inocente, si se quiere, que en el asunto de los cañones.

Es el caso, que llegó á la puerta del Rastrillo, preguntando por mí, un enviado de D. Juan José Baz, ó de alguna otra persona, para prevenirme que estuviese con mucho cuidado, porque en aquella noche se pronunciaría la Ciudadela.

Sin duda el enviado no me conocía personalmente, porque un Ayudante que estaba en el Rastrillo, tomando mi nombre habló con él, contestando que quedaba enterado del mensaje, y que obraría en consecuencia.

---

(1) Véanse las notas.

Digitized by Google

Esta entrevista tuvo lugar por la ventanilla que tenía la puerta.

A la sazón, yo me hallaba en el local llamado "Subinspección," donde estaban reunidos la mayor parte de los Jefes y algunos oficiales francos, unos jugando malilla, y otros formando corros donde se platicaba.

De pronto entró allí el ayudante que había suplantado mi persona en el Rastrillo, y haciendo una señal de inteligencia á los Generales Piña y Palafox, dijo: acaba de estar en el Rastrillo un oficial de policía, de parte del Gobernador del Distrito, para que el Comandante de la División de á Caballo ocurra ahora mismo á la Diputación, con el objeto de arreglar la entrega de unos reemplazos que debe recibir mañana temprano.

Oido esto, el Coronel Palafox me dijo que debía ir en el acto al llamado del Gobernador.

Yo manifesté que me parecía extraño que á semejante hora se me llamara con el objeto que indicaba el ayudante, mas teniendo en cuenta las circunstancias anormales en que nos hallábamos, pensé que sería conveniente ir, porque puesto que me llamaban, me necesitarían para alguna cosa.

Así, sin sospechar que de lo que se trataba era de alejarme de la Subinspección, para que el Ayudante pudiese hablar con libertad lo que había ocurrido en el Rastrillo, me dirigí á mi cuartel para hacer ensillar mi caballo.

Cuando me disponía á montar, vino el ayudante y me dijo, de parte del Coronel Palafox, que ya no era necesario que fuera, porque al retirarse el enviado del Gobernador, había manifestado que podría verificarlo al día siguiente temprano.

Yo no quedé satisfecho, y presentía que algo se tramaba en mi contra; pero no podía sospechar lo que pasaba.

Al volver á la Subinspección me pareció notar los semblantes más serios que de costumbre, y como ya era bastante tarde y me hallaba desvelado por el servicio

Digitized by Google

de vigilancia que me tocó hacer la noche anterior, me retiré á mi cuartel á descansar.

Serían las siete de la mañana del día diez cuando entraron á mi cuarto los capitanes D. Agustín Iglesias, Mayor de la División, y D. Agustín Fernández, que servía en el primer batallón del arma. Me despertaron, y en tono jovial me dijeron que se había pronunciado la Ciudadela, que me levantara para que fuera á firmar el acta.

Al principio, yo tomé á broma lo que me decían, pero repitiéndolo con seriedad, tuve que creerlo. Les dije que me había llegado la vez, como ofrecí, de salirme del plan de Tacubaya: que yo no me pronunciaba.

Al oír mi resolución, comenzaron á darme consejos amistosos, diciendo que sentirían mucho que me fuera á perjudicar en mi carrera, y tal vez, á sufrir persecuciones ó cosas peores; que la revolución estaba consumada, porque todo el ejército tomaba parte en ella, y por lo mismo la resistencia que podría oponérsele sería insignificante; que Comonfort se había fugado, y que las tropas con que contaba Juárez lo abandonarían, porque había dado un decreto disolviendo el ejército; sobre todo, que la revolución era la causa del ejército, que todos los soldados debían sostener.

Entre tanto, yo me había vestido; y los dichos capitanes me invitaron á que fuera á la Maestranza, donde se habían reunido todos los Jefes del cuerpo, para que oyese las razones que habían tenido para pronunciarse, y los términos en que estaba el acta.

Al salir del cuartel pude observar que además de la infantería que estaba en la azotea, había un cañón abocado para la puerta, con sus correspondientes artilleros y con el botafuego encendido. Entramos á la Maestranza, acompañados del Teniente de mi División, D. Agustín Dretz, que nos había seguido.

En el salón de la oficina de contabilidad se hallaban reunidos todos los Jefes de artillería, algunos de otros cuerpos, y también muchos oficiales.

Colocados Dretz y yo, en pié, delante de aquella es-

Digitized by Google

pecie de tribunal, me dirigió la palabra el Coronel Palafox, explicándome las causas, fines y términos del pronunciamiento, haciéndome ver las ventajas que tendría en mi carrera, é invitándome á tomar parte en él.

Contesté que desde que emprendí la carrera de las armas, me propuse no pronunciarme jamás, y que mi resolución era inquebrantable.

Me propusieron entonces que, para salvar mis escrúpulos, quedaría allí como preso, para que en el caso de que fracasara el pronunciamiento, no tuviese nada que sufrir; y que si triunfaba, gozaría las mismas ventajas que los demás.

Rechacé, naturalmente, aquella proposición, manifestando que en el caso de permanecer en la Ciudadela, correría la suerte de mis compañeros; por lo que de ninguna manera podía admitir la proposición que se me hacía, ni aceptar el movimiento, porque mi convicción era que no debía pronunciarme.

Alguno me dijo que si no me era sensible tener que combatir con tantos amigos y antiguos compañeros.

Contesté que sí lo sentía, y que procuraría evitarlo.

Entónces, ¿qué piensa vd. hacer? me dijeron.

Mi deseo es encerrarme en mi casa y no meterme en nada. Eso no podrá vd. hacerlo, porque lo han de comprometer, dijo el Coronel Piña.

Haré lo posible por evitarlo.

Viendo que yo me manifestaba resuelto, se dirigieron al Teniente Dretz.

¿Y vd., señor Dretz, qué piensa hacer?

¿Yo? contestó el interpelado, seguir á mi Comandante.

Pero vd. debería seguir el estandarte de su cuerpo.

Señor, cuando mi cuerpo esté con el Gobierno; de otra suerte, yo debo buscar al Gobierno, porque es la condición de mi contrato con la República.

Pues está bien; pueden ustedes salir de la Ciudadela, puesto que ese es su gusto. ¡Quiera Dios que no se arrepientan!

Al salir del salón se agolparon á mi mente los recuerdos de tantos años que había militado al lado de mis

Digitized by Google

compañeros, ya contra los enemigos extranjeros, ya contra los pronunciados; y me pudo tanto la idea de tener que combatirlos, que mi corazón parecía querer estallar; y un torrente de lágrimas salió de mis ojos, mientras maldecía con toda mi alma la guerra civil.

Salimos Dretz y yo del recinto de la Maestranza, y fuimos á nuestro cuartel para montar á caballo y marchar.

Algunos Sargentos y soldados de la División se manifestaron dispuestos á secundar cualquiera providencia enérgica que se quisiese tomar, á fin de salir de la mala situación en que se hallaban; mas toda resolución, en tal sentido, no hubiera producido otro resultado que comprometer sin fruto alguno, la existencia de aquellos excelentes soldados.

La División de Artilleros á caballo se componía de dos baterías mínimas, que estaban incompletas. Media batería se hallaba de guarnición en Guadalajara con el Teniente Rojas. Una partida expedicionaba por Oriente con el Teniente D. Patricio Gutiérrez, y la tarde del día nueve había salido una sección al mando del Alférez D. Platón Sánchez.

No llegarían á sesenta hombres los que quedaban en el cuartel, armados solamente de pistola y sable, y cuyos oficiales se hallaban divididos en opiniones.

Sobre de la azotea del cuartel había una compañía de infantería, y fuera de él, un cañón abocodo á la Guardia de prevención. Para salir del recinto era necesario pasar un foso profundo. En semejantes circunstancias, cualquiera intentona que se hiciera era entregar á la tropa á una muerte cierta y sin provecho.

No quedaba, pues, otro remedio que abandonar aquellos soldados, á que corrieran la suerte que el destino les deparase. Así es que, agradeciéndoles su buena voluntad, Dretz y yo nos despedimos de ellos, y salimos de la Ciudadela, recibiendo de la generalidad, expresiones de sentimiento; y en honor de la verdad, ninguna demostración que pudiera ofendernos.

Atravesamos la ciudad, siendo objeto de mil comen-

Digitized by Google

tarios, y notando en los semblantes signos de aplauso ó de reprobación, según el partido á que las gentes pertenecían.

Me presenté á D. Ignacio Comonfort, dándole cuenta de lo que había ocurrido, y lo hallé tan demudado, como si acabara de levantarse de una larga y penosa enfermedad.

Me felicitó por verme libre, pues creía que estaba preso, y después de informarse muy ligeramente del estado que guardaba la Ciudadela, me dijo que se hallaba muy ocupado. Me despidió, y volvió á reunirse con varias personas con quienes antes hablaba.

Al salir de la presidencia encontré al Tesorero D. Juan Zambrano, quien me dijo que fuera á hacerme inscribir á la Tesorería, para que me atendiesen con mi paga. Contestéle que mi ánimo era retirarme á mi casa, como lo iba á verificar en aquel momento.

Salí, en efecto, de Palacio, con dirección á mi alojamiento, pero en el atrio de Catedral me encontré con mi amigo D. Alejandro Argándar.

Después de saludarnos hablamos sobre los acontecimientos, y habiendo sabido mi resolución, me dijo que le parecía que yo haría muy mal, porque en su concepto, era de mi deber apoyar al Gobierno, con objeto de ayudarle á impedir que se entronizara la reacción.

Después que hubimos discutido un rato, me suplicó que antes de que tomara una resolución definitiva, lo acompañase á hablar con D. Miguel Lerdo de Tejada, que vivía en el Empedradillo, á dos pasos del lugar en que platicábamos.

Condescendí, y en el acto nos pusimos en marcha.

Impuesto D. Miguel Lerdo de la cuestión que se trataba, por el relato que le hizo Argándar, me dijo que yo obraría como mejor me pareciera, pero que en su concepto, todos los buenos liberales y servidores de la Nación, estaban en el deber de apoyar al señor Comonfort, con ánimo de sofocar la reacción que levantaba la cabeza en la Ciudadela; que las tropas del interior, que venían en camino, contribuirían poderosamente al objeto,

Digitized by Google

el que una vez conseguido, se examinaría y arreglaría la falta cometida por el Presidente.

La opinión del señor Lerdo, persona de grande influencia política en aquella época, y muy versada en las cosas de los partidos, me pareció atendible, y de su casa me dirigí á Palacio, donde me presenté al Director de Artillería, General D. Manuel Plowes, poniéndome á su disposición.

Al mismo tiempo que se pronunciaba la Ciudadela, lo verificaban también las tropas que estaban acuarteladas en los conventos de San Agustín y de Santo Domingo, ocupando en el acto otros puntos, como la Enseñanza, la Concepción, etc.

Comonfort no tomaba providencias ni salía de Palacio: toda su esperanza se fundaba en la llegada de algunas fuerzas que se hallaban en Toluca y en Tulancingo.

Entre tanto, el partido conservador no descansaba: desde las señoras más encopetadas hasta las criadas de las casas; desde los hombres de mejor posición social hasta los sacristanes y campaneros; no cesaban un instante en su trabajo de seducción, con las tropas de Comonfort. Dinero, promesas seductoras, escapularios, medallas de santos, influencias de todas clases, se ponían en juego con el mejor éxito.

Diariamente se tenía que contar alguna defección, y no se podía aventurar ningún pequeño destacamento sin que se perdiera.

Según iban las cosas, la reacción no necesitaba disparar un tiro para derribar á Comonfort.

En el interior de la República se veía con gusto la caída del Presidente, y no se pensaba en socorrerlo; cosa que hubiera evitado tal vez la cruel guerra que durante cuatro años desoló á la Nación.

Los pronunciados, además de las continuas deserciones del campo enemigo, que engrosaban sus fuerzas, recibían también otros refuerzos. Osollo y Miramón, antiguos caudillos reaccionarios, acompañados de otros Jefes, y de algunos soldados, habían llegado á la Ciudadela, llenando de confianza y de entusiasmo á los sublevados.

Digitized by Google

Aquellos Jefes, confiando en el poco cuidado que había en las líneas de Comonfort, y aprovechando un armisticio, se propusieron verificar un acto de audacia que aumentara su prestigio, desconcertando á sus adversarios.

De la Ciudadela se trasladaron á Santo Domingo, atravezando la ciudad y las líneas de Comonfort, excusando naturalmente los puntos que aquel ocupaba; de suerte que no sufrieron ninguna hostilidad, y cuando se extendió la alarma, ya ellos habían llegado á Santo Domingo.

También un grupo de Oficiales, de los que estaban dados de baja, armados de fusiles, se introdujeron en el convento de San Diego, interponiéndose entre los puntos de San Hipólito, San Fernando y la Acordada, que ocupaba el Gobierno.

Ya que se había cometido el descuido de no tener ocupado San Diego, debería haberse procedido en el acto á desalojar á los Oficiales reaccionarios, pero no se pensó en ello, y como era natural, comenzaron á recibir refuerzos y á fortificarse.

Cuando se comprendió el mal que resultaría de la permanencia de los reaccionarios en San Diego, se trató de desalojarlos.

Al afecto, se mandaron tropas á la Acordada con el objeto de que penetrasen por la puerta de la huerta que daba frente al Hospicio, y para derribarla, se encargó al Capitán de ingenieros D. Antonio Rodríguez.

Bueno era esto, ayudado con un ataque falso por la Alameda, para llamar la atención de los defensores de San Diego, mientras que otras tropas, pasando por la calle de la espalda del convento, y ocupando las casas contiguas, hubieran penetrado en él; pero no fué así, y los reaccionarios, al sentir rumor por la puerta del campo, rompieron sobre ella un vivo fuego, que hacían desde las ventanas, dando por resultado que hiriesen á varios soldados y al Ingeniero Rodríguez; pero sobre todo, previnieron la sorpresa que era en lo que se fundaba la esperanza de ocupar aquel punto. Entonces se incendió

Digitized by Google

la puerta, que era bastante grande, quedando reducida á cenizas, y produciendo el grave mal que desde las ventanas del convento se veía pasar á los que transitaban entre el Hospicio y la Acordada, y sobre los que se hacía un fuego muy peligroso, porque la distancia era muy corta.

Existía otro peligro de consideración: Si los de San Diego llegaban á bajar á la huerta, y abrían aspilleras en la tapia que corría frente al Hospicio, obligarían á la tropa que guarnecía este edificio y el de la Acordada, á encerrarse en ellos, quedando incomunicada absolutamente con la plaza. De semejante estado, á la rendición, no había más que un paso.

Para impedir tan grave mal, se ocuparon las casas que había frente á la Acordada; y por la espalda, que daba á la huerta de San Diego, se abrieron aspilleras para batir las ventanas del convento y enfilar la tapia por la parte interior, á fin de no permitir que los reaccionarios se alojaran tras de ella.

Las circunstancias en que se hallaba el Gobierno eran de día en día más deplorables. Si no se tomaba una resolución enérgica, la pérdida era segura.

Dos proyectos le propuse al señor Cemonfort: un ataque vigoroso sobre la Ciudadela, ó la evacuación de la capital, para salvar los elementos de guerra que quedaban.

Para lo primero, se hacía preciso ocupar á toda costa á San Diego, á fin de tener asegurada la espalda, y en seguida proceder contra la Ciudadela, del modo siguiente:

Se colocarían tres piezas *A. A. A.*, ocultas en diferentes lugares de la llamada Colonia francesa, (véase el croquis) apoyadas con la competente infantería, para llamar la atención y atraer el fuego de diez piezas que había colocadas en batería en la explanada de la Ciudadela. Esta diversión sería apoyada por infantería colocada en las alturas del Hospicio y su capilla, de la Acordada, la capilla del Calvario, y de algunas casas de

Digitized by Google

altos de la Colonia. Estas tropas no tirarían más que sobre los artilleros, que serían las diez piezas.

En los potreros que quedan al O. de la Ciudadela se situaría, durante la noche, en el punto *B*, una batería de seis cañones y obuses, que tomarían de flanco, enfilándolas, las diez piezas de la Ciudadela que miraban á la Acordada, y cuyo flanco no habían tenido cuidado de cubrir. En el establecimiento en *B* de nuestra batería, se fundaba el éxito de la operación.

Colocada y cubierta durante la noche, sin que el enemigo la sintiera, su aparición, al amanecer, después de haber roto el fuego la línea de la Acordada, causaría terrible sorpresa y grandes desastres sobre las diez piezas mencionadas, rompiendo ruedas y mástiles, desmontando piezas, volando cofres de municiones y matando artilleros. Todo esto, sin posibilidad de remediarlo, haciendo un cambio de frente rápido, por impedirlo los parapetos que las piezas tenían delante, y después, el foso que corría en toda la extensión del frente, con la dificultad de ejecutar el trabajo bajo el fuego de la línea de la Acordada.

Además, los almacenes de pólvora quedaban precisamente en *C*, en el ángulo N. O. de la Ciudadela, que batían las seis piezas.

Al ver los pronunciados rebotar y reventar nuestras granadas sobre la azotea de los almacenes de pólvora, y los desastres que causarían en la batería, la consternación se hubiera difundido, de manera que tengo la convicción de que la Ciudadela habría sido abandonada.

A los primeros síntomas de desorden, la infantería que sostendría las seis piezas haría un movimiento ofensivo para terminar la derrota y apoderarse del punto.

Con objeto de distraer y hacer poco eficaz el fuego de tres piezas que el enemigo tenía situadas en *D*, mirando al O, se colocarían dos cañones en *E*, en la garita de Belén, los que batirían á aquellas oblicuamente.

La garita estaría bien guarnecida por apoyarse en ella el flanco derecho de nuestra línea.

A menos de ser sentidos durante la noche, y de cam-

Digitized by Google

biar, en consecuencia, sus disposiciones los de la Ciudadela, todas las probabilidades eran favorables para el triunfo.

En el caso de no lograr un resultado satisfactorio, no quedaba otro arbitrio que tener todo listo para evacuar la ciudad la noche inmediata.

El señor Comonfort, á quien presenté el proyecto con su correspondiente croquis, haciéndole las explicaciones convenientes, me contestó que al día siguiente lo pensaría.

Yo le manifesté que en la guerra las cosas cambian de un momento á otro, y las oportunidades pasan sin volver más.

Me contestó que no tuviese cuidado, que teníamos tiempo suficiente para pensar.

Como ya era tarde, y conocí por sus frecuentes bostezos que quería descanzar, me despedí con la triste convicción de que era imposible nuestro triunfo.

En esto, ya habían llegado las tropas que se hallaban fuera, y ocuparon los puestos que se les destinaron en las líneas.

Los Generales D. Alejo Barreiro, D. Domingo Sotomayor y algunos Jefes, renunciaron sus mandos respectivos, manifestando al Presidente que no podían combatir contra sus compañeros de armas que estaban en la Ciudadela.

El Coronel D. Eligio Ruelas continuó con el mando del batallón de tiradores que tomó cuartel en la Universidad, con excepción de un fuerte destacamento que se situó en la Alameda, amenazando á San Diego.

Pocos días después de la llegada de estas tropas, el Comandante de Batallón D. Eligio Dufoo me buscó una mañana para decirme que sabía por buen conducto que el batallón de tiradores se iba á pronunciar.

Inmediatamente subí á ver á D. Ignacio Comonfort para anunciarle el nuevo peligro que nos amenazaba. Después de manifestar su incredulidad, me dijo con la mayor sangre fría, que fuera hablar con los Jefes y Ofi-

Digitized by Google

ciales de dicho cuerpo, é hiciera por convencerlos, para que no cometieran un acto tan escandaloso.

La comisión no podía ser más comprometida; pero yo la acepté, poniéndome en marcha para la Universidad. Antes de entrar pasé al Cuartel de Ordenes, y le avisé al Capitán D. Fermín Magaña, que estaba en él con una fuerza, lo que podía ocurrir, y la misión que yo llevaba; aconsejándole que tomase las precauciones convenientes para no ser sorprendido. en el caso de que los tiradores verificasen el pronunciamiento. Fuí en seguida á la Universidad y hablé con el Coronel Ruelas. Este me dijo que estaba en la mejor disposición para sostener al Gobierno, pero que no contaba con el cuerpo, porque la opinión estaba completamente en contra; que en el momento iba á mandar reunir á los Oficiales en el cuarto de banderas, á fin de que yo les hablase y escuchase su parecer.

Así lo hizo. Yo desplegué toda mi elocuencia y entusiasmo para convencerlos del deber en que estaban de conservarse fieles; pero apenas concluí de hablar, se me contestó que el partido liberal trataba de disolver el ejército, y que el apoyarlo sería tanto como suicidarse.

En vano traté de demostrar que ningún Gobierno podía existir sin un ejército, que no habría alguien que se atreviese á suprimirlo, que el ejército con la conducta poco leal que venía observando hacia tiempo, era el que se precipitaba á su ruina.

A todo contestaban con las mismas razones, sobre supresión del ejército, y yo me fatigaba sin provecho.

Ya pensaba retirarme sin esperanza. cuando llegó á sacarme del embarazo en que estaba, un Coronel cuyo nombre he olvidado, el Coronel Torres, del Sur, que venía de parte del Presidente á llamar al señor Ruelas.

La oficialidad se alarmó, tratando de impedir la salida de su Coronel, pretendiendo que se iba á cometer con él algún atropello.

Yo me ofrecí para quedar en rehenes en el cuartel, mientras volvía el Coronel Ruelas, y sufrir la misma suerte que él tuviera en Palacio, si no volvía.

Digitized by Google

El Coronel calmó á sus Oficiales, y tomándome del brazo, me llevó consigo, no permitiendo que me quedase en el cuartel.

Al llegar á Palacio, á dar parte del resultado de mi comisión, me esperaba un Sargento que enviaba el Alférez D. Platón Sánchez, que estaba destacado en la Alameda, con un cañón.

La oficialidad de los tiradores allí situados lo invitaban para pasarse con los de San Diego, y en tan aflictivas circunstancias me pedía órdenes.

Le contesté que procurarse ganar tiempo, aplazando su resolución hasta la noche, mientras yo podía hacer algo para evitar la defección de los tiradores; que entre tanto, tuviese puesta la prolonga en la pieza, y el pelotón de artilleros y los trenistas reunidos, para que en el momento en que los tiradores verificasen alguna acción que indicase su resolución de defeccionar, él pudiera replegarse violentamente á San Francisco.

Le encargué al Sargento que al pasar por este punto avisara al Jefe de él que protegiera, si podía, la retirada de Sánchez, y sobre todo, que estuviese prevenido para recibirlo en su línea.

Corrí en seguida á dar cuenta al señor Comonfort, quien por toda contestación, me dijo que lo avisara al Comandante Militar, que lo era el General D. Joaquín Rangel.

Este señor manifestó que no creía la noticia, y que aunque fuese cierta, no hallaba remedio para el caso.

Le dije que en mi concepto, deberían ser relevados inmediatamente los tiradores, á lo que me contestó, que no veía el modo, hallándose frente al enemigo.

Le repliqué que está previsto el caso de relevar en campaña, y en el sitio de las plazas, á las tropas que están al frente del enemigo.

Me despidió, diciendo que iba á conferenciar con el señor Presidente; y yo, lleno del mayor desconsuelo, me dirigí á tomar algún alimento, pues aun no almorzaba, y el día estaba al concluir.

Apenas llegaba al Hotel del Refugio, donde iba á co-

Digitized by Google

mer, cuando se oyó un vivo tiroteo por el rumbo de la Alameda. Era que los carabineros (1) sin esperar la resolución de Platón Sánchez, se habían pasado con los de San Diego, en unión de una fuerza de caballería que estaba en la Mariscala.

Esto produjo un ligero, pero vivo tiroteo, con las tropas que ocupaban el Hospital de Terceros.

Sánchez, como se lo había prevenido, se replegó á San Francisco con su pieza.

Entre tanto, el General Rangel había rodeado la Universidad con tropas y artillería, obligando así á los Jefes y Oficiales de carabineros á que se presentaran al Presidente.

Se dotó á carabineros con nuevos oficiales, y se ascendieron á Subtenientes á muchos Sargentos del cuerpo.

Semejante determinación no produjo ningún efecto favorable, porque los oficiales depuestos se fueron á reunir con los de la Ciudadela, y desde allí mantenían las mejores relaciones con los Sargentos ascendidos.

A consecuencia de la defección de los carabineros que estaban en la Alameda, defeccionó también la fuerza de San Hipólito, con lo que empeoró considerablemente la situación de los que guarnecían el Hospicio y la Acordada.

Al día siguiente del que tuvieron lugar estos acontecimientos, en la noche, me mandó llamar el General Rangel, y después de hacer mil elogios de mi persona y de enaltecer la gran confianza que de mí tenía el Gobierno, me dijo que el General que mandaba en la Acordada la había abandonado replegándose á San Francisco, y que siendo de la mayor importancia que aquel punto no se perdiera, el Gobierno me confiaba su defensa; que en la Plaza de Armas estaban esperándome sesenta infantes del Batallón Degollado al mando del Capitán D. Manuel García y un escuadrón de caballería; que al pasar por San Francisco tomara las dos pie-

(1) Por error he estado escribiendo tiradores en vez de carabineros, que era el cuerpo que mandaba Ruelas. Conste.

Digitized by Google

zas de artillería de á caballo que estaban allí; que con esta fuerza me dirigiera á la Acordada, y tomase todas las medidas conducentes para su defensa.

Muy extraño me pareció que para la defensa de un edificio se me dieran solamente sesenta infantes, y más de cien caballos que de nada me podían servir.

Pero como al que obedece no le toca hacer observaciones, ni tampoco conoce las miras que se propone el que manda, no tiene más remedio que ejecutar las órdenes que recibe.

Monté, pues, á caballo, me puse á la cabeza de la fuerza, y emprendí la marcha, calculando la manera de llegar á mi destino sin ser sentido por los de San Diego.

Me acordé que el Coronel D. Prisciliano Flores, que ocupaba el Hospicio, había establecido un centinela en un balcón de la calle de Revillagigedo, cuyo centinela detenía á todo el que pasaba hacia la Acordada, para ser reconocido antes de franquearle el paso, exponiéndolo, entre tanto, al fuego de los de San Diego.

Si como era natural, mi pequeña columna recibía orden de detenerse, sería sentida y hostilizada, produciendo esto desgracias innecesarias.

Por el contrario, si no se obedecía la prevención de "alto" que haría el centinela, éste dispararía su arma, daría grandes voces al cabo de cuarto, poniendo en alarma á los de San Diego, produciéndose lo mismo que quería evitar.

También me ocurrió que los pronunciados podían tener alguna tropa dentro de la Alameda, la cual podía tomar de flanco á la columna cuando se prolongara sobre la calle de Corpus-Cristi.

Con el objeto de precaver á mis soldados de ambos peligros, tomé mis disposiciones.

En cuanto salí de la calle del Puente de San Francisco, hice variar á la derecha y formé en batalla en el mirador de la Alameda, dejando libre la boca-calle del puente, para en el caso de ser acometido, no ofuscar los fuegos de los de San Francisco.

Digitized by Google

Ordené al Capitán García que con la mitad de su fuerza avanzara con el mayor silencio y precaución hasta la puerta de la Alameda, que daba frente á Corpus-Cristi, y allí mandase poner pecho á tierra á sus soldados, mirando hacia adentro del parque, y rompiendo el fuego si advertía enemigo.

En seguida mandé un ayudante al Hospicio, para prevenir al Coronel Flores que mi fuerza iba á avanzar á la Acordada, á fin de que dispusiera que el centinela de la calle de Revillagigedo no diese el *quien vive* ni marcase el *alto*.

Otro oficial recibió la orden de dirigirse con mucha cautela y silenciosamente por las calles de Revillagigedo y Providencia, con objeto de reconocer si no había enemigo, en cuyo caso, saliendo á la espalda de la Acordada, prevendría al Jefe del punto, que tal vez me vería obligado á llegar por allí, con la fuerza que iba á mis órdenes, y que si tal cosa sucedía, no se alarmara la tropa ni diera el "quien vive."

Mi objeto era tomar aquel camino, en el caso de hallar algún inconveniente grave que me impidiera pasar junto á las tapias de San Diego.

A poco rato llegaron los oficiales, que habían cumplido perfectamente su misión.

El que envié al Hospicio me dijo que el Coronel Flores no permitiría que pasara ninguna fuerza si no era con previa orden de la comandancia militar; de suerte que si no hubiera yo tenido previsión, entre las fuerzas de Flores y las de San Diego habrían concluido con mi tropa.

Envié al mismo ayudante á Palacio para que impusiera al General Rangel de lo que pasaba y le pidiera enviara la orden correspondiente.

El oficial que fué á la Acordada encontró el camino expedito, sin haber sido sentido por los de la Ciudadela, y manifestó que quedaba avisado y conforme el Jefe que mandaba en la Acordada.

Después de esperar mucho tiempo, fué pasando el ayu-

Digitized by Google

dante de la plaza *pié á tierra* para la Acordada.

Hasta saber el resultado, que también se hizo esperar bastante, no podía yo tomar ninguna determinación.

Por fin, pude dar mis disposiciones para el avance.

Al Teniente que quedaba con los treinta hombres de Degollado, le previne que con el mayor sigilo marchara á situarse á la puerta de la Alameda que daba hacia el Hospicio, poniendo su tropa pecho á tierra, en observación del interior del bosque y de la puerta del convento de San Diego.

Terminada con felicidad esta operación, mandé que las piezas y la caballería avanzaran lentamente; y antes de llegar la columna á la altura de la puerta que vé á Corpus-Cristi, ordené al Capitán García que cambiara de posición, marchando á colocarse con su tropa á la esquina de la tapia de San Diego, cubriéndose con ella, y observando el convento.

En el caso de que saliera fuerza enemiga, el Capitán García y el Teniente que estaba en la puerta de la Alameda que veía al Hospicio, cubrirían violentamente la boca-calle, conversando el uno á la derecha y el otro á la izquierda, para proteger el paso de las piezas y de la caballería. En el caso contrario, permanecerían en quietud hasta que se les ordenara retirarse.

Tomadas estas disposiciones, detuve la columna á unos cincuenta metros antes del término de la Alameda, y ordené que marchase la primera pieza, la que pasó sin ser sentida por el enemigo. Pasado un rato, hice avanzar la segunda pieza, que también pasó felizmente.

En seguida dí mis instrucciones al Jefe de la caballería, para qne la hiciera pasar por subdivisiones, muy despacio, y con cierto intervalo de tiempo, de una á otra.

Por fin, pasó sin ser sentido el último soldado, y entonces hice que se replegase á la Acordada el Capitán García con toda la fuerza que mandaba.

Tomadas las precauciones convenientes de seguridad, se comenzó á fortificar el punto con los elementos que había á la mano.

Digitized by Google

El Teniente D. Agustín Dretz, con la actividad que lo caracterizaba, comenzó á levantar un parapeto para cerrar la calle, á la entrada del paseo. Para este trabajo se aprovecharon unas grandes planchas de madera que había; de suerte que al amanecer, ya podría cubrirse la tropa en caso de ser atacada. Se reforzaron y aumentaron las aspilleras que daban hacia la huerta de San Diego.

Muy de mañana se acercó á mí el Teniente Coronel Yarza, que mandaba la caballería, manifestándome que siendo él de mayor graduación, no podía estar á mis órdenes.

Le contesté que le sobraba razón, y que si yo había tomado el mando la noche anterior, fué en el concepto de que el jefe de la caballería era inferior á mí; que daría parte á la comandancia militar para que resolviese lo conveniente.

Yarza me contestó muy caballerosamente, que no había necesidad de dar parte, porque él ejecutaría con gusto lo que yo dispusiera; lo que cumplió bondadosamente hasta el fin de la lucha.

Este fué otro peligro á que me expuso el General Rangel, pues si durante la noche se hubiera ofrecido algún lance, y Yarza, habiendo sabido su superior graduación, se rehusa á ejecutar mis disposiciones, sabe Dios que resultado habríamos tenido.

Con la luz del día se pudieron continuar los trabajos de fortificación con más actividad, y yo pude reconocer el punto que creía que se ponía bajo mi mando.

Desde luego hallé que en la Acordada mandaba el Coronel Pérez Vargas, teniendo á sus órdenes un batalloncito que no llegaría á ciento cincuenta hombres, alojado en el cuartel, y la guardia de la cárcel, compuesta de unos cuarenta ó cincuenta hombres del batallón de G. N. Hidalgo, y de cuya fuerza, como era natural, no se podía disponer.

Como el Hospicio lo mandaba el Coronel Flores con total independencia de la Acordada, y la caballería el

Digitized by Google

Teniente Coronel Yarza, resultaba que yo no tenía mando más que en los sesenta hombres del Capitán García y en las dos piezas de la División de á caballo.

¿Qué objeto se propuso el General Rangel al enviarme á la Acordada en una posición tan falsa? no lo puedo comprender; á menos que no fuera con ánimo de alejarme de Palacio, á consecuencia de lo que había pasado respecto á los carabineros, y al parte que me envió Platón Sánchez, por el que yo quise prevenir la defección de los que estaban destacados en la Alameda.

No obstante, como el Coronel Pérez Vargas no disponía nada, ni tampoco estorbaba que se hiciera algo, yo continué trabajando, á fin de poner el punto á salvo de un golpe de mano.

Con tercios de tabaco se construyó un parapeto formando escuadra, como se vé en el croquis, con objeto de impedir la salida de los de San Diego por la puerta de la huerta, y al mismo tiempo poderlos contener si aparecían por la esquina de la Alameda.

Se procedió á barricar la puerta de campo del cuartel de la Acordada, y se cubrieron con gente de caballería las aspilleras abiertas en las caballerizas que quedaban detrás del edificio.

En la capilla del Calvario se abrieron aspilleras en ambas puertas, para defender con fuegos de flanco los aproches del parapeto que miraba al paseo, ya fuera que el enemigo viniese por allí ó bien que avanzase por la calle de la espalda de San Diego.

De acuerdo con el Coronel Flores se abrió una puerta en el Hospicio, hacia el callejón de la Acordada, para comunicarse y auxiliarse ambos puntos.

Desgraciadamente, la puerta no se abrió donde yo había indicado, que era al comenzar el callejón, sino casi al fin; de suerte, que viéndola desde la Ciudadela, colocaron un cañón en el rastrillo, de donde enfilaban el callejón para impedir el tránsito por él; y aunque se levantó junto á la puerta un parapeto con tercios de tabaco, éste apenas servía para ocultar á los transeuntes y no para detener las balas de cañón, porque éstas lo pa-

Digitized by Google

saban con la mayor facilidad, llegando hasta la tapia de San Diego y á veces, pasando sobre ella.

Para evitar que desde las ventanas del convento de San Diego, hiciesen fuego sobre los que tenían que transitar por el repetido callejón, se levantó á la entrada de él un espaldón, construido también con tercios de tabaco, el que ocultaba una puerta abierta en la Acordada. De este modo ya hubo menos peligro para comunicarnos con el Hospicio.

Por lo que hace á la defensa, no había otro me lio de hacerla, que la parte baja de los edificios, pues las torres y azoteas de San Diego á ciento y á ciento cincuenta metros, y las de San Hipólito y San Fernando un poco más distantes hacia el Norte, dominaban completamente las alturas del Hospicio y la Acordada.

Aunque un poco más retiradas, al Sureste, quedaban las torres de San Juan y San José, y al Sur, las diez piezas de la esplanada de la Ciudadela, y la infantería de la azotea de la misma. De esta suerte nos rodeaba un círculo de fuego.

Unicamente en las torrecitas de la capilla del Hospicio pudieron colocarse algunos tiradores.

Por supuesto que los pronunciados no descuidaban en enviar emisarios para seducir á nuestros oficiales y soldados, y también espías que nos vigilaran.

El Coronel Flores me mostró varias cartas que le habían dirigido, invitándolo á que se pronunciara, y me pidió mi parecer. Le dije que él obrara según sus sentimientos; pero que yo creía que había más honra en ser vencidos, que en triunfar cometiendo una defección.

Pareció conformarse con mi parecer; por lo que seguimos trabajando en ponernos en buen estado de defensa.

En una entrevista que tuve con D. Ignacio Comonfort llamé su atención al aislamiento en que estaba la Acordada, cuyo punto era de la mayor importancia conservar; y que yo creía, que debían aproximarse algunas tropas hacia aquel rumbo, para poder prestar auxilios eficaces.

Digitized by Google

Me contestó que la Acordada no era el punto de ataque del enemigo, que el Coronel D. José Justo Alvarez era de opinión que el ataque sería por la Soledad de Santa Cruz.

En vano le hice ver que era natural que el enemigo quisiera unir su línea que se hallaba interrumpida, antes de emprender otras operaciones.

Me preguntó entonces que si creía conveniente que se abandonara la Acordada. Le contesté que nó, porque ya el enemigo dominaba parte de la plaza de armas desde las torres de San Agustín y de Santo Domingo, y perdida la Acordada, enfilaría la única parte que quedaba libre.

Insistiendo yo sobre la necesidad que había de atender á la Acordada, me dijo que fuese sin cuidado; que al primer amago estaría él allí con la columna de reserva.

El Maestro de esgrima del Colegio Militar, que también lo fué mío, D. Antonio Poucel, me fué á visitar, y al despedirse, me dijo en reserva, que procurase cuidarme, porque los de la Ciudadela habían dicho que si caía prisionero, me fusilarían.

No extrañé que algunos de mis antiguos compañeros tuviesen semejantes deseos, porque conocía la exaltación que producen los odios políticos.

Mientras tanto, Comonfort nos tenía abandonados en el punto más comprometido.

El oficial que mandaba en San Fernando, me envió una mujer para que me dijera que avisase yo al Gobierno la mala situación que guardaba, aislado en aquel punto y rodeado de enemigos; que no podía resistir más; que los frailes del convento, las señoras del barrio, y cuantos podían acercarse á la tropa, empleaban cuantos medios de seducción podían, para atraerla al pronunciamiento; que si al día siguiente á las ocho de la mañana no se había tomado una providencia, retirándolo, ó reforzándolo, se vería precisado á tener que ceder á semejante presión.

Digitized by Google

Corrí en el acto á dar parte al señor Comonfort, el que me dijo con la mayor calma: ¿Cómo es que sabe vd. tan tas cosas?

Señor, le contesté, porque inspiro confianza á las gentes, las que no pudiendo llegar hasta vd., me dan á mi las noticias para que las sepa por mi conducto, y hasta ahora, cuanto he dicho á vd. ha salido verdad.

No tenga vd. cuidado, me dijo, esos han de ser miedos del Oficial.

Me retiré confuso, sin saber qué pensar de la conducta del señor Comonfort, y preocupado con la suerte que podía correr el pobre Oficial que mandaba en San Fernando, pues desde el pronunciamiento de San Hipólito su situación era por demás comprometida.

A las ocho de la mañana del día siguiente un repique á vuelo en San Fernando, que siguieron San Hipólito y San Diego, nos anunció que el primer punto se habia pronunciado.

En el momento comenzaron á hacer fuego sobre la Acordada; y desde la torre de San Diego tiraban sobre la fachada de aquel edificio que, descubrían hasta unos tres metros sobre la banqueta; de manera que hallándonos tan reducidos en el pedazo de calle que ocupábamos, ya teníamos necesidad de no andar por la acera, porque las balas rebotaban sobre ella.

Solamente desde las aspilleras que daban á la huerta del convento, podía contestarse muy débilmente aquel fuego. Nuestra situación, pues, no podía ser peor.

En la noche fuí á Palacio con ánimo de decirle al señor Comonfort que en vista de lo que estaba pasando, tenía decidido retirarme á mi casa, tanto más, cuanto que no me inspiraban confianza las personas que dirigan las operaciones.

En el camino encontré al Lic. Revilla y Pedreguera que estaba en el punto de San Francisco, y confiándole el propósito que llevaba, me dijo que, puntualmente, él iba á Palacio con el mismo objeto, porque veía que nos estaban entregando en manos de nuestros enemigos.

Comonfort nos recibió como siempre, con buen mo-

Digitized by Google

do. Al oir nuestras quejas y la resolución que llevábamos, se manifestó sorprendido; y dirigiéndose á mí, me dijo que yo desconfiaba de todo el mundo, inclusive del Comandante militar. Le contesté que lo que decía era la verdad.

Me replicó que yo no tenía razón, y que sobre todo, ¿cómo me iba á retirar de un puesto avanzado, dejando en él á mis subordinados que me habían seguido de la Ciudadela?

A estas razones no tenía nada que objetar, y me resolví á correr la suerte que Dios tuviese á bien deparame.

Al Licenciado Revilla le dijo también cosas que lo obligaron á continuar en su puesto; y ambos salimos de Palacio para nuestros puntos respectivos, convencidos de que íbamos á ser sacrificados.

Se había hecho un convenio para que diariamente cesasen las hostilidades desde que amaneciera hasta las once de la mañana.

Un día recibí aviso de la Comandancia Militar de que el Genaral Zuloaga, con su Estado Mayor, debería pasar de la Ciudadela para San Fernando por la Glorieta de Carlos IV, y me recomendaba que cuidase no le hiciesen fuego.

Dadas mis órdenes, me fuí á almorzar al Tívoli del Eliseo; y cuando pasó Zuloaga salí á saludarlo, cosa que me pareció caballeresca, y al mismo tiempo á quejarme de que durante el armisticio, continuaban en sus líneas trabajando en las fortificaciones.

Don Miguel Miramón, que iba en la comitiva, me dijo que nosotros hacíamos lo mismo.

Le contesté que cumplíamos nuestros compromisos caballerosamente, á lo que me replicó que nosotros no éramos más que unos *tales*; y después me invitó á que les entregase la Acordada, á cuya proposición naturalmente me rehusé.

Que, ¿ha olvidado Vd. que se educó en el Colegio Militar, y que pertenece al ejército? me dijo con cólera.

Digitized by Google

No he olvidado nada, le respondí, pero antes que militar fuí mexicano.

En esto llegamos á la esquina del Puente de Alvarado, donde me despedí de Zuloaga y los que le acompañaban.

La Sra. Viuda del Conde del Peñasco, que estaba en la ventana de su casa, me llamó, y me hizo mil súplicas para que entregase la Acordada; diciéndome que el partido conservador era el de la gente decente, que yo estaba fuera de mi lugar, y que podía evitar las desgracias que ocurrirían al ser atacado el punto.

Con la debida atención le contesté que no me era posible complacerla, manifestándole las razones que me obligaban á obrar cómo lo hacía. Con esto me despedí de la señora y regresé á mi punto.

El día diecinueve de Enero llegó el Presidente Comonfort á la Acordada, por primera y única vez, á la hora del armisticio. Aproveché la ocasión para mostrarle la posición crítica en que nos encontrábamos.

Lo hice subir á la azotea; y se convenció de que era absolutamente imposible colocar en ella un solo hombre que no fuese muerto en el acto, lo mismo que sucedía en el Hospicio.

Le hice ver que no había más defensa posible que en la parte baja de los edificios y que no podía prolongarse por mucho tiempo.

Me aseguró que en el momento en que se iniciara un ataque sobre la Acordada, él estaría con toda la tropa disponible que hubiera.

Al despedirse me dijo que se llevaba el batalloncito de 150 hombres que estaba en el cuartel. Yo le manifesté mi sorpresa de que fuese á debilitar el punto en vez de fortalecerlo.

Me contestó que aquella fuerza la retiraba porque no tenía confianza en ella, pero que ya tenían orden las fuerzas que se retiraban de Casa Mata y Santa Fé, para replegarse á la Acordada, lo que verificarían aquella misma noche. Por supuesto que las tales tropas nunca llegaron ni se supo de ellas.

Digitized by Google

Cuando se marchó el Sr. Comonfort, fuí á quejarme de lo ocurrido con el Coronel Flores, y me dijo que á él le había sucedido otro tanto, pues sólo le había dejado poco más de sesenta hombres, la mayor parte sacados de la cárcel, y tres oficiales no muy buenos; siendo así, que él tenía que atender al frente del Hospicio, que veía á San Diego, y á la espalda que daba á la Ciudadela.

Convenimos en que nos habíamos de auxiliar mutuamente, y me retiré con el corazón oprimido al ver lo que pasaba.

Poco después de haberse marchado el Presidente, y concluido que fué el armisticio, comenzaron á hacer fuego sobre la Acordada las diez piezas de la Ciudadela, y de los puntos inmediatos rompieron el fuego de fusilería.

Esta función duró dos horas, sin más resultado que haber causado algún destrozo en las paredes y ocasionado algunos heridos y contusos.

Amaneció el veinte de Enero, día en que iba á resolverse la cuestión que por tanto tiempo había hecho sufrir á la Capital.

Desde la noche anterior, á pesar del armisticio, los pronunciados habían salido de la Ciudadela, y siguiendo la línea de puntos *F. F.*, atravesaron por la Carrocería de Wilson, penetraron en la manzana del Hospicio por la parte Sur, y avanzaron por medio de horadaciones hacia la parte ocupada por las tropas del Gobierno.

Al amanecer, gran número de tropas reaccionarias habían penetrado hasta ponerse casi bajo de nuestros fuegos, esperando sólo la hora en que terminara el armisticio, que sería á las once de la mañana, para lanzarse al asalto.

Varias gentes del pueblo vinieron á avisarnos lo que pasaba, y nos preparamos á la lucha.

Envié al 2º Ayudante D. Enrique Thauvin á prevenir al Sr. Comonfort de lo que pasaba, y ocurrí al llamado del Coronel Flores al Hospicio. Se hallaba aquel en una azotea de la calle de Revillagigedo. Me dijo que creía que en cuanto concluyera el armisticio, se verifi-

Digitized by Google

caría irremisiblemente el asalto, y me señaló los puntos en donde sospechaba que se ocultaba el enemigo. Me enseñó también un papel escrito con lápiz que un hombre del pueblo había arrojado á la azotea con una piedra. El papel decía así: "Cuídense mucho; porque ya los tienen debajo."

Poco faltaba para que concluyera el armisticio, y me fuí á mi punto, quedando muy formalmente comprometidos Flores y yo en auxiliarnos.

Thauvin llegó de Palacio diciendo que el Sr. Comonfort lo había recibido con mal modo, diciéndole que si teníamos miedo, nos enviaría hábitos de fraile para que pudiéramos escapar; que cuando fuese necesario, él estaría en la Acordada con todas las fuerzas disponibles.

La incomprensible conducta que observaba el Sr. Comonfort embrollaba mis ideas; pero en el fondo de mi alma presentía que seríamos abandonados al furor de nuestros enemigos.

A la primera campanada de las once, el enemigo rompió sobre nosotros el fuego de fusil, desde todos los puntos que nos rodeaban, y de donde el tiro pudiese ser eficaz.

De las diez piezas de explanada de la Ciudadela, dedicó algunas á batir las torrecitas de la Capilla del Hospicio, y el resto á la Acordada.

Bajo estos fuegos, comenzaron á avanzar por las horadaciones las columnas que tenían á prevención los reaccionarios. Las conducían Osollo, Miramón, Liceaga y otros jefes de los más acreditados de su partido.

Para la defensa no había más que el Coronel Flores con un puñado de no muy buenos soldados.

A poco de haberse empeñado el combate, el Coronel Flores me mandó decir que lo auxiliase con algunos soldados, porque con los que tenía no podía cubrir todos los ataques que hacía el enemigo.

Tomé veinte hombres, debilitando para ello los distintos puntos que cubrían, y yo mismo los conduje por el callejón, hasta entregarlos al Coronel Flores, que luchaba en las horadaciones, conteniendo con dificultad á

Digitized by Google

sus soldados, y obligándolos á veces á empujones, á entrar al peligro.

Como el enemigo notase la comunicación que se efectuaba en la Acordada y el Hospicio, por el callejón angosto que separaba estos edificios, desde el momento colocó un cañón que tirase sin descanso enfilando, y como el espaldón ó parapeto que lo defendía, era de tercios de tabaco picado, las balas pasaban como por un pliego de papel.

Allí se había colocado un pequeño destacamento para que estuviese en observación de la Ciudadela; pero como de permanecer tras del parapeto no hubiera quedado ni un solo hombre, fué necesario que entraran á la pieza que servía de comunicación, y sólo el centinela colocado en la puerta, observaba el campo enemigo.

Había pasado una hora desde que comenzó el ataque, cosa que debía saber muy bien el Sr. Comonfort, tanto porque se le mandó decir con tiempo que seríamos atacados, como porque el cañoneo de la Ciudadela era demasiado vivo para no dejar comprender lo que pasaba.

El Coronel Flores no podía sostenerse por más tiempo. Me mandó decir que las torrecitas de la Capilla habían venido abajo, y que, si no le enviaba refuerzos, no contenía más el enemigo. Dejando aun más debilitados los puntos, le llevé personalmente un nuevo auxilio, y regresé á mi lugar.

Poco tiempo había pasado cuando me mandó pedir más tropa. Entonces invité á los que de buena voluntad quisieran seguirme, reuniendo unos doce ó catorce hombres.

El parapeto que miraba al Paseo quedó únicamente con las dos piezas y media docena de soldados; las aspilleras que veían á la huerta de San Diego, con diez ó doce.

De la guardia de la cárcel no era posible echar mano sin correr el peligro de un conflicto con los presos, que aguardaban una ocasión para fugarse. Además, aquella fuerza no se hallaba á mis órdenes.

Digitized by Google

Conduje, pues, aquel pequeño y último auxilio al Hospicio. Cuando apenas acababa de entrar por la puerta que daba al callejón de la Acordada, el destacamento que cubría el parapeto saltó por encima de él, y poniendo culatas arriba, emprendió carrera para la Ciudadela.

Al entrar al primer patio del Hospicio, encontré al Coronel Villagra que entraba por la puerta de la calle conduciendo cien hombres de carabineros.

Lleno de alegría corrí á darle un abrazo por el oportuno auxilio que traía, y sin dejar de marchar, le recordé que habíamos estado juntos en la defensa del Fortín de la Tenería contra los Americanos.

En esto, observando que la tropa traía los marrazos envainados, la arengué é hice que los armaran.

Conduje al Coronel Villagra con su tropa á las horadaciones, donde lo dejé instalado, extrañando el no haber encontrado allí al Coronel Flores.

Los cien hombres de carabineros los había enviado el General D. Angel Frías, que mandaba el punto de San Francisco, desesperado al ver que prolongándose tanto el ataque, como la resistencia del Hospicio, nadie se movía á socorrerlo.

Al pasar por el primer patio del Hospicio, para regresar á la Acordada, hallé al Coronel Flores con ocho ó diez hombres que le quedaban, haciendo fuego por la puerta que conduce al jardín, ya ocupado por el enemigo.

Le dí parte de la llegada de los carabineros, para que dispusiera de ellos como le pareciera.

Como se vé, la cosa estaba completamente perdida, si no llegaba pronto en nuestro auxilio una fuerza considerable; por lo que pensé un momento sacar mi caballo, que con los demás de artillería estaba en el patio. Pero pensé en seguida, que yo debía correr la suerte de mis compañeros, y desistí de mi primera idea, dejando los caballos, porque no había donde tenerlos, en la Acordada. Era prematuro abandonar el punto; y si el enemigo ocupaba el Hospicio, ya sería imposible verificarlo.

Hacía pocos momentos que había llegado á la Acordada, y me ocupaba en ver si se podían tomar algunas

Digitized by Google

medidas de resistencia, cuando noté que el Coronel Flores salía solo del Hospicio.

Al preguntarle si todo estaba perdido, me dijo que los carabineros, al ser arengados por sus oficiales, que venían con los asaltantes, se habían pasado al enemigo, facilitándo e así la posesión del Hospicio, y que él apenas había tenido tiempo de escapar.

En esto observé que uno de los cañones se hallaba sin artilleros en el parapeto que veía hacia la Alameda. Preguntando la causa, se me contestó que el Alférez D. Platón Sánchez lo había clavado.

A esto no tuve nada que decir, porque ocupado el Hospicio, el enemigo pronto aparecería por la azotea sobre nuestras cabezas, y de nada nos servirían los cañones.

Se iban á cumplir dos horas de combate, y no había ni apariencias de que pudiéramos recibir auxilio.

Comonfort, desde que comenzó el fuego, se fué con las fuerzas disponibles á la calle de San Pedro y San Pablo, (Montepío Viejo), es decir, al extremo opuesto de la ciudad, donde tuvo la tropa formada en batalla, descansando sobre las armas, repartiéndole fruta.

En las angustiadas circunstancias en que nos hallábamos, conferenciamos sobre lo que podíamos hacer, y convencidos de que nos hallábamos en poder del enemigo, resolvimos rendirnos.

En consecuencia, se tocó á parlamento repetidas veces, cuyo toque no fué contestado; se puso bandera blanca; todo fué inútil.

El enemigo apareció en la azotea del Hospicio, al mismo tiempo que llegaba á mata-caballo, á la Ordada, Porfirio García de León, enviado por el señor Comonfort.

"Señor Balbontín," me dijo, "ordena el señor Presidente que se sostenga el punto á todo trance: que ya viene en marcha con una columna."

"Dígale vd. al Presidente, le contesté, que nos hemos sostenido cuanto ha sido posible, y que su auxilio llega tarde."

Digitized by Google

"¡Porfirio, viva el ejército!" gritó el Capitán D. Rafael Bringas, que armado de fusil y cartuchera apareció en la esquina de la azotea del Hospicio, con un grupo de oficiales, también armados de fusiles.

¿Qué es esto? me preguntó Porfirio. Es el enemigo, le contesté.

¡Porfirio, viva el ejército! repitió Bringas; y mirando que Porfirio no contestaba, le apuntó y disparó.

Saliendo Porfirio de su estupor, volvió grupas, y azotando su magnífica yegua, desapareció como una exhalación, no sin que le siguieran haciendo fuego.

Como el edificio del Hospicio quedaba un poco saliente de la Acordada, resultaba dominado completamente el pedazo de calle en que estábamos encerrados.

En el parapeto del Paseo habían quedado, como llevo dicho, media docena de soldados, y, esos, batidos por la espalda desde el Hospicio, tuvieron que refugiarse en el portalito que terminaba la hilera de casas que veía al Sur.

De los pocos hombres que cubrían las aspilleras abiertas sobre la huerta de San Diego, no se podía disponer, porque en aquellos instantes era casi seguro que los del convento prepararían un ataque en combinación con los que ocuparon el Hospicio.

La caballería, pié á tierra, tenía á su cargo la defensa de la espalda de la Acordada, en toda la parte baja del edificio, cuyo punto tampoco podía abandonarse; ni aquella era arma á propósito para luchar con la infantería, como tal, ni el número que se hubiera podido sacar suficiente, ni el tiempo necesario para la operación nos lo daría el enemigo.

Este no debía tardar en aparecer por la puerta del Hospicio y por el callejón, sin que hubiera posibilidad de detenerlo, pues el parapeto que veía á la Alameda, daba la espalda precisamente para el callejón, y quedando debajo del Hospicio, no podía ser ocupado cuando el enemigo cubría la altura.

En aquellos angustiados momentos, los presos de la cárcel, que no bajarían de 700, hacían esfuerzos pode-

Digitized by Google

rosos para romper las puertas de sus prisiones, bastando apenas la guardia de 40 ó 50 hombres que allí había, para contenerlos.

Iba, pues, á verificarse una crisis terrible, y yo comprendí que si no me sustraía de la vista del enemigo, en los primeros momentos, indudablemente sería sacrificado sin fruto alguno.

No había, pues, tiempo que perder. Un momento de indecisión podía costarme la vida, cuando ya el combate había terminado.

Subí, pues, á la Acordada; y hallando al Alcaide, que lo era D. Luis León, le manifesté que corría riesgo de ser fusilado si caía en poder del enemigo.

León me condujo, pasando por varias piezas, al departamento de las presas, y abrió un cuartito muy pequeño en el que había gran cantidad de sacos á tierra que las reclusas habían cosido para la defensa del punto, y de los que no se había hecho uso, por ignorarse su existencia.

En esto advertí que el clarín de órdenes que me acompañó durante el combate, me seguía; le hice entrar conmigo, y León cerró la puerta, alejándose precipitadamente.

Un silencio profundo reinó por algunos momentos, pero luego fué interrumpido por carreras y gran vocerío que daban los soldados al invadir la cárcel, persiguiendo, á lo que parecía, á las presas, que corrían dando gritos espantosos.

Un grupo de soldados que se acercó al cuarto, comenzaron á dar con las culatas en la puerta, con ánimo de derribarla. Si por desgracia la puerta hubiese cedido á la violencia que se le hacía, probablemente hubiera yo sido muerto por aquellos soldados furiosos, á lo menos así lo pensaba yo en aquellos momentos; pero sin que me diera cuenta de lo que pasaba, repentinamente los soldados abandonaron su tarea y se retiraron con precipitación.

A poco rato el estallido del cañón, que disparaba con frecuencia, estremecía las paredes del edificio.

Digitized by Google

Era que las tropas de Comonfort llegaban en auxilio de la Acordada, cuando esta había sucumbido.

Pensé que si triunfaba Comonfort, me salvaría; pero esto era casi imposible, encerrado como se hallaba en la Alameda, cuando el enemigo ocupaba todas las alturas.

Convencido de la imposibilidad en el triunfo de Comonfort, me resigné con mi suerte y esperé.

En esto, se aproximaron algunos hombres armados con barretas, y comenzaron á horadar la pared del cuarto; pero noté que trabajaban en silencio, sin proferir injurias ni amenazas, cuya circunstancia me inspiró alguna confianza.

Por fin, cayó un pedazo de pared, suficiente para dar paso á un hombre, y el clarín salió inmediatamente.

Yo, que estaba en un ángulo del cuarto, sentado sobre un tercio de sacos de tierra, permanecí inmóvil.

Entonces, oí una voz que dijo: "salga vd. Señor Balbontín."

No hubo más remedio que salir.

Tenía yo mi piqueta abrochada, la espada ceñida, el kepí en la cabeza, en las manos los guantes y el fuete, y en las botas, puestos los acicates.

Así me presenté al comandante Larrumbide, que era el que me llamaba.

En el acto me dió el brazo y salimos de la prisión. (1)

En el camino le dije que la noticia que tenía de que me querían fusilar, así como la esperanza de no caer prisionero, me habían obligado á ocultarme.

Larrumbide no me contestó.

En la puerta de la Acordada me dijo que lo esperase un momento, y me dejó solo, entretenido en ver cómo se batían los que ocupaban el parapeto que veía á la Alameda.

Desde luego habían cerrado la calle, extendiendo el parapeto que antes formaba una escuadra, y colocando en él dos cañones.

---

(1) Noté que la mayor parte de los presos habían forzado las puertas de los calabozos, y se hallaban libres.

Digitized by Google

El coronel D. Juan Zamora que los mandaba, había llegado á donde yo estaba, y después de saludarme, me dijo que me quitase de aquel sitio, porque podían herirme.

Le contesté que allí me habían dicho que esperase.

Volvió el comandante Larrumbide, y me invitó á que lo siguiera. Tomamos por la espalda de San Diego, Callejón de Sombrereros y calle de San Hipólito, hasta la Iglesia. En este tramo, sufrimos el fuego que de la Minería y el Hospital de terceros hacían.

Subimos á la torre de San Hipólito, donde se hallaba mi amigo el General reaccionario D. Luis G. Osollo, dirigiendo á las tropas que avanzaban sobre la línea del Gobierno, á cuyo efecto tocaba personalmente el clarín.

Presentado que fuí á él, por Larrumbide, recogió mi espada, que hasta entonces conservaba, y ordenó á Larrumbide que me condujera á la Ciudadela, diciendo que no dispusiesen de mí, hasta que él llegase.

Esto me hizo conocer que Osollo aprovechó el momento en que todos se hallaban entretenidos en el combate, para librarme de los ultrajes que podían haberme inferido, y acaso de la muerte.

Nos pusimos en marcha desandando la calle de San Hipólito, siempre bajo el fuego, y tomamos por el Paseo Nuevo.

Al llegar á la Ciudadela, el General Zuloaga me dió un abrazo, diciéndome que ya que había cumplido con Comonfort, quedaba libre para abrazar su causa.

En la oficina de cuenta y razón encontré al Coronel Flores, y á ambos nos mandaron traer de comer. Durante la comida, dije yo algunas palabras inconvenientes respecto de los que con tanta facilidad habían pasado de un bando al otro. Esto cambió, con justicia, la buena disposición que hasta entonces se nos manifestaba.

Terminada la comida, se nos preguntó si dábamos nuestra palabra de honor de no intentar fuga, y habiendo contestado afirmativamente, se nos condujo al departamento llamado "Sub-inspección," donde se nos alo-

Digitized by Google

jó en un cuarto desprovisto de todo mueble, y nos pusieron centinela de vista.

El único de mis compañeros que me visitó en aquella especie de calabozo, fué D. Francisco Vélez, que había sido mi inmediato subalterno, pero que ya fungía de Coronel.

Me felicitó por haberme mantenido fiel, é hizo amarga crítica de aquellos que habiendo ido á batir á Puebla por dos ocasiones, ahora ostentaban en el pecho la cruz colorada.

Yo le agradecí su felicitación, porque era sincera.

Los pobres artilleros de mi División, me llevaron paja para que me acostase, y el cabo Simón Torices, antiguo ordenanza que cuidaba la "Sub-inspección," me prestó una silla.

Entre los oficiales, no hubo uno siquiera que me prestase el menor servicio.

Al mismo tiempo que había sido acometida la Acordada, lo fueron también los puntos de San Juan de Dios y de la Santa Veracruz, por tropas reaccionarias, destacadas de San Hipólito y de la Concepción.

Aunque la defensa de aquellos puntos fué enérgica, los cortos destacamentos que la hicieron, no recibiendo ningún auxilio, tuvieron que sucumbir; de suerte que, cuando llegaron las tropas de Comonfort á la Alameda, por cierto demasiado tarde, no pudieron sostenerse en ella.

Dueño el enemigo del Occidente de la población, organizó su ataque sobre San Francisco, Santa Brígida, Hospital de Terceros y Santa Isabel, línea avanzada que le quedaba al Gobierno.

Para apoyar el ataque, un obús de á 15^{c} dirigido personalmente por el Coronel D. Miguel Piña, situado en la Ciudadela, disparaba sin cesar sobre la torre de San Francisco, donde alojaba la mayor parte de sus granadas.

Todo indicaba que el Presidente Comonfort no opondría gran resistencia, puesto que había presenciado impasiblemente el ataque y toma de los importantes pues-

Digitized by Google

tos avanzados, que resistieron durante dos horas sin ser auxiliados; conformándose después el Presidente, con hacer una demostración inútil en la Alameda.

Llegada la noche, se introdujo el desorden en las filas del Gobierno: unos se pasaban al campo contrario, otros desertaban, y otros abandonaban los puntos que cubrían.

Hubo necesidad de abandonar la línea de San Francisco y concentrarse en Palacio; pero Comonfort, probablemente, sólo pensaba en evacuar la ciudad con la poca gente que le quedaba.

Envió libres á la Ciudadela, á varios oficiales reaccionarios que estaban presos en Palacio, sin acordarse de proponer un canje por los que habíamos caido prisioneros en aquel día.

Al siguiente, ya con luz clara, Comonfort montó á caballo, y con las pocas tropas que le quedaban, salió desde Palacio rumbo á la garita de San Lázaro.

Las columnas enemigas que avanzaban sobre Palacio, se detuvieron hasta saber que el Presidente había marchado.

El Coronel Flores y yo continuamos durante tres días en el calabozo, tirados sobre la paja. Al cuarto día, nos condujeron al antiguo cuartel de la brigada de artillería de la Guardia, en el cual se hallaba alojado el cuerpo que mandaba el General graduado D. Domingo Nava.

Este señor nos recibió amistosamente, diciéndonos que estábamos allí presos, de nombre, que podíamos entrar y salir á la hora que lo tuviésemos á bien. Por supuesto que no hicimos uso de aquella franquicia, sino que permanecimos en la prevención del cuartel, sin dar un solo paso fuera de ella.

Al día siguiente nos trasladaron á la prisión militar de Santiago Tlaltelolco.

Pocos días después, el Coronel Flores escribió una carta, en la que ofrecía no tomar parte en la política, por lo que lo pusieron en libertad.

Digitized by Google

Al Teniente D. Agustín Dretz le propusieron que tomase parte en la reacción.

Consultándome sobre el particular, le dije que era muy difícil dar consejo en el asunto, pues aunque á mí me parecía que debía rehusar, esto podía traerle males de consideración y una prisión por tiempo indefinido.

Contestó que al permitirle el Gobierno de su país que sirviera á la República Mexicana, fué con la expresa condición de que lo hiciera á los Gobiernos establecidos, y de ningún modo á los revolucionarios, como estaba estipulado en su contrato.

A esto le dijeron que era oportuno que oyese la opinión del Ministro Gabriac, encargado á la sazón de representar al Gobierno de Prusia, por ausencia del Ministro de aquel país.

Habiendo accedido Dretz, tuvo una entrevista con dicho señor Gabriac, quien le manifestó que á nombre de la Prusia había reconocido al Gobierno del General Zuloaga, que acababa de ser electo Presidente de la República; y que por lo tanto, creía que Dretz estaba en el deber de servirlo.

Satisfecho Dretz con aquella resolución, convino en tomar parte con los reaccionarios.

Cuando me lo participó, no pude menos de sentirlo, porque era un oficial de mérito.

Al Alférez D. R. Platón Sánchez, lograron también seducirlo, y lo sacaron de la prisión.

El Ayudante Thauvin salió en libertad, no sé con qué motivo, pero no le sirvió á Zuloaga.

El único que se mantuvo firme, y por lo mismo se atrajo la persecución del nuevo Gobierno, fué el Alférez D. Francisco de P. Castañeda.

En cuanto á mí, no habiendo querido contraer compromiso alguno con el nuevo Gobierno, permanecí en la prisión durante un año; hasta que el pronunciamiento del General D. Manuel Robles, abriéndome la puerta, me expeditó el camino de Veracruz, á cuya ciudad me dirigí en el momento.

Digitized by Google

Tal vez algún día escribiré lo que pasó en Tlaltelolco con los presos políticos.

Mientras ellos gemían allí, mil acontecimientos tenían lugar en la campaña.

El Teniente de Artillería D. Agustín Dretz fué hecho prisionero en Zacatecas y fusilado por Zuazua, que no conocía sus antecedentes. R. Platón Sánchez, también prisionero, fué conducido á Veracruz y después á Campeche, de donde logró fugarse.

Terminada la revolución, y ocupado México por los liberales, encontré un día en el café del Progreso á mi amigo el Coronel de Infantería D. Manuel Irastorza; y como hablásemos de los acontecimientos pasados en la última lucha, me aseguró que cuando caí prisionero en la Acordada, *me escapé en una tabla* de haber sido fusilado, porque se trató de ello formalmente; empeñándose mucho para que se me ejecutase, el General D. Antonio Manero, á pretexto de quitar elementos al enemigo; pero que mi amigo el General D. Luis Osollo me defendió, diciendo que en sostener á Comonfort no había cometido ningún crimen, ni tampoco creía justo que se me sacrificara con el pretexto de quitar elementos á los contrarios.

¿Quién había de decirle al desventurado Gral. Manero, que antes de tres meses él sería el fusilado, y que yo aún viviría largos años?

Otra anécdota para concluir. Mi amigo el Comandante de escuadrón D. Luis Iberrí, me contó que hallándose juntos la mañana del 21 de Enero de 58 los Generales Zuloaga y Osollo, é Iberri delante, esperando órdenes, se presentó el Gral. D. Felipe Chacón pretendiendo que se le dieran ochocientos caballos y una batería de obuses de montaña, para salir en persecución de Comonfort y hacerle prisionero.

Que cuando Osollo se disponía á dar las órdenes convenientes al efecto, Zuloaga le dijo algunas palabras al oído, y que entonces Osollo, cambiando de resolución, contestó á Chacón que por el momento abandonase su

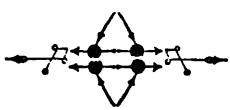
Digitized by Google

proyecto; que ya se ocuparía de pensar cómo debía obrarse sobre el particular.

Chacón se retiró; y todo el mundo sabe que Comonfort verificó su retirada sin ser molestado.

Como Iberri era persona que me debía entero crédito, por su veracidad, no he dudado en consignar lo que me refirió.

Creo que el escrito que aquí termina, demuestra claramente á cuanto se exponen los que en las guerras civiles se conducen con lealtad.



Digitized by Google

NOTAS.

I.

La mañana del pronunciamiento de la Ciudadela fué aprehendido D. Félix Zuloaga y detenido en Palacio.

Pocos días después D. Antonio Méndez, liberal entusiasta, había ido á la Ciudadela y hablado con algunos Jefes que se hallaban desalentados, y proponían un avenimiento con el Gobierno.

Habiéndomelo participado Méndez, lo puse en conocimiento del señor Comonfort, quien se manifestó sorprendido, y me hizo decir á Méndez que no solamente se prestaría á un arreglo, sino que podían disponer de treinta mil pesos.

Al día siguiente, cuando yo me hacía mil ilusiones sobre el probable término de la guerra, supe que Comonfort puso en libertad á Zuloaga, y se fué á poner á la cabeza de la revolución.

Ignoro si estos dos sucesos tendrán alguna conexión; pero de todas maneras, obrando así, Comonfort dió pruebas de una torpeza ó de una mala fé inauditas, que la historia debe juzgar.

II.

En la obra titulada "El General Miguel Miramón," publicada en Roma en 1886, se leen los pasajes siguientes que tienen relación con estos apuntes:

Página 43. "Miramón, *con mil quinientos hombres*, después de un fuego activo de artillería, atacó el Hospicio y la Acordada."

"El 21 de Enero Comonfort tomaba el camino de Veracruz, donde llegó sin inconveniente, *gracias á la protección que le acordó Osollo.*"

En la Historia de México de D. Niceto de Zamacois, en el tomo 14, página 717, se lee:

"1858. Enero.—Cuando Miramón notó el movimiento de Comonfort y que salía de la Plaza de Armas, corrió á galope á San Francisco

Digitized by Google

donde, como he dicho, se hallaban el General Zuloaga y D. Luis Osollo, y pidió permiso para perseguirle y hacerle prisionero."

"Miramón ignoraba que se le había dado licencia para salir de la ciudad."

"Zuloaga y Osollo habían alcanzado pruebas de *alta deferencia de Comonfort*, y trataron de corresponder á ellas dignamente." "Miramón insistió en marchar en alcance del vencido Presidente: y entonces Osollo, que era su amigo íntimo, asiéndole del brazo, le dijo: quédate; te ruego que te quedes." "Igual cosa le ordenó el General Zuloaga, y Miramón obsequió el deseo de ambos."

Digitized by Google

FUGA

De México á Veracruz.

1858.

Digitized by Google

Digitized by Google

FUGA A VERACRUZ.

EL General D. Manuel Robles Pezuela se había pronunciado en la Navidad del año de 1858, contra el Presidente reaccionario D. Félix Zuloaga.

Tan luego como fué secundado su plan en la Prisión Militar de Santiago Tlaltelolco, envió un Ayudante con orden de que fuéramos puestos inmediatamente en libertad el Coronel de Ingenieros D. Joaquín Colombres y yo.

En cuanto nos vimos libres, lo primero que nos ocurrió fué buscar al General para darle las gracias; pero no habiendo sido posible encontrarlo, nos pareció oportuno ver al Lic. D. Rafael Martínez de la Torre, amigo nuestro, y grande amigo y consejero del General Robles.

En la conferencia que tuvimos con él, le manifestamos nuestra gratitud porque el General se había acordado de nosotros, para mandarnos poner en libertad.

Martínez nos dijo que le constaba la estimación que el General tenía por nosotros, y que estaba dispuesto á satisfacer nuestras aspiraciones, cualesquiera que ellas fuesen. A esto le contestamos que tendríamos mucha honra en militar á las órdenes de un Jefe tan digno; pe-

Digitized by Google

ro que nuestro deseo sería, ya que se había pronunciado, que proclamase desde luego la Constitución de 57, dando así término á la guerra civil que nos asolaba.

Martínez contestó que tal cosa no era posible, porque el país la rechazaba, y que con los elementos que contaba la revolución, jamás podría triunfar.

Siendo nosotros de opinión contraria, terminó la entrevista; y nos despedimos, prometiéndole volverlo á ver.

Al General Robles, logramos verlo al fin en Palacio, pero rodeado de tanta gente, que no fué posible hablar con él más que unas cuantas palabras.

Decididos Colombres y yo á marchar á incorporarnos á las fuerzas liberales, y siendo muy difícil tener una entrevista con el señor Robles, para despedirnos de él, fuimos á ver al Lic. Martínez para que lo hiciera por nosotros.

Martínez trató de disuadirnos de nuestro intento, y viendo inquebrantable nuestra resolución, nos rogó que al menos permaneciéramos en México, siquiera hasta que la Junta de Notables declarase cuál debía de ser el Presidente.

Contestamos que permanecer en México era exponernos á ser aprehendidos nuevamente.

A esto nos manifestó que nada teníamos que temer de Robles, quien nos daba toda clase de garantías; pero yo, que había hablado con varios Jefes y Oficiales, y sabía que le habían escrito á Miramón que contase con ellos para lo que tuviese á bien disponer, contesté á Martínez que el mismo señor Robles necesitaría garantías para él dentro de algunos días.

Rafael Martínez se rió, lamentándose de nuestra obstinación, y nosotros nos despedimos, suplicándole dijese al General Robles que nos era muy sensible el partido que tomábamos, pero que no nos quedaba otro camino.

Terminado este deber de amistad y gratitud, ya no pensamos más que partir. Colombres resolvió marchar al interior, y yo á Veracruz.

Era indispensable aprovechar el momento de desorden en que el pronunciamiento había puesto á los reac-

Digitized by Google

cionarios, para poder escapar á su vigilancia, y por lo mismo, no había tiempo que perder.

Arregladas las cosas, nos reunimos varios, una tarde, á fines de Diciembre, en la casa de la señora Doña Genoveva Quintana Roo, que vivía en el callejón de Santa Inés.

Allí cambié mi uniforme por un traje de paisano á propósito para caminar, y en compañía del Lic. D. Ignacio Ramírez, salí en un simón para la Villa de Guadalupe. Otros grupos salieron después y al día siguiente, para no llamar la atención.

En Guadalupe, paramos en un mesón que está á la salida para San Cristóbal, y allí se fueron incorporando los demás.

En el mesón nos esperaba D. Adrián Colina, amigo del General Traconis, acompañado de un señor D. Encarnación, con los caballos necesarios.

Al caer la tarde montamos, y salimos también por grupos por el camino de San Cristóbal. Cuando la luz desaparecía, nos reunimos todos, y guiados por el señor Colina y por su compañero, atravesamos parte del Lago de Texcoco, cuya marcha en medio de las tinieblas, no dejaba de ofrecer sus peligros.

Como á las dos de la madrugada llegamos á Nometla, pueblo situado á la orilla del lago, y nos alojamos en la casa del referido Colina. En ella permanecimos ocultos dos días, en espera de Traconis y de otros que debían llegar.

Por fortuna encontramos allí una regular biblioteca que nos sirvió de gran consuelo en nuestra forzada reclusión.

Cuando se incorporaron los que faltaban, se arregló la salida para los días siguientes, la que se verificó en dos grupos.

Formaban el primero el Lic. Ramírez, el Lic. Anselmo Cano, el Teniente Coronel Reynoso, D. Encarnación, que era nuestro guía, y el subscrito.

El segundo grupo lo formaban el General Traconis,

Digitized by Google

el Coronel Daniel, su sobrino; un español amigo del General y D. Adrián Colina, que les servía de guía.

Salió el primer día el primer grupo, y caminó sin novedad, atravesando felizmente los llanos de Apam, merced á que las fuerzas del sanguinario Grijalva se hallaban en México, á consecuencia del pronunciamiento.

Pernoctamos en Ocotepec, hacienda de la familia Quintana Roo, donde fuimos muy bien atendidos.

Al día siguiente caminamos á campo-atraviesa por montes y cerros, hasta la hacienda de Huehuechoca, propiedad de D. José de la Luz Moreno. Allí nos esperaba un soldado de Carbajal, de grandes barbas, enorme sombrero, armado de lanza, sable, carabina y pistola, el cual nos debía de servir de guía hasta Zacatlán.

Muy temprano á la mañana siguiente, montamos á caballo, y por veredas, emprendimos el camino de Zacatlán.

Sería la una del día cuando atravesando un bosque, vimos venir hacia nosotros un grupo de hombres á caballo, que corría á todo galope. Pasaron junto á nosotros sin saludarnos, pero sí fijándose mucho en los caballos, para cerciorarse sin duda de si llevábamos armas.

Cuando nos hubieron pasado, se internaron en el bosque, y dando un rodeo, aparecieron á poco rato al pie de una cuesta que nosotros bajábamos, y sacaron carabinas de un almenar de rastrojo que allí había.

Marchaban á vanguardia el Lic. Cano, Reynoso, D. Encarnación y el soldado de Carbajal. A unos doscientos metros seguíamos entretenidos en la conversación el Lic. Ramírez y yo.

El grupo de hombres sospechosos rodearon á los que iban con Cano, apuntándoles con las carabinas, lo que visto por el Lic. Ramírez, me dijo que sería conveniente retroceder; pero yo, que creí que aquellos eran ladrones, le dije que aquella gente se contentaría con lo poco que llevábamos, y nos dejaría seguir adelante, que era lo que interesaba.

El Licenciado no fué de mi parecer, y volviendo grupas echó á correr; yo seguí bajando la cuesta, y en cuan-

Digitized by Google

to llegué al lugar de los sucesos, noté con sorpresa que los que yo creía simplemente ladrones eran reaccionarios.

Vitoreaban á la Religión y llenaban de denuestos á los herejes puros, á quienes habían de acabar.

El soldado de Carbajal fué entregando las armas una á una; y como los demás íbamos desarmados, aquellos furibundos religiosos quedaron dueños de la situación y disponiéndose caritativamente, por prestarle á Dios un buen servicio, á ahorcar de un árbol al soldado de Carbajal.

En cuanto á nosotros, como no nos conocían, resolvieron llevarnos á Tulancingo, para que allí acreditáramos nuestra honradez, por cuanto que hallándonos en tan mala compañía y camino de Zacatlán, les éramos altamente sospechosos.

Aquellos entusiastas defensores de Cristo eran de Chignahuapam, población que durante la lucha de la Reforma se distinguió por su constancia en los principios conservadores y por su odio feroz á los liberales.

En Tulancingo se hallaban con el mando militar el General D. Ignacio Gutiérrez y el Coronel Dara y Argüelles, que se hicieron célebres por la crueldad con que sacrificaban á los liberales.

Y como cuando pasaban estos acontecimientos no se daba cuartel á los prisioneros, era muy probable que siendo muy conocidos de aquellos Jefes, á las pocas horas de llegar á Tulancingo seríamos pasados por las armas.

Como se vé, no estábamos en un lecho de rosas; y nuestros aprehensores no querían convencerse de nuestras intenciones pacíficas, ni de nuestros propósitos comerciales.

El ir acompañados con un carbajaleño y rumbo á Zacatlán, eran á la vista de aquellos hombres pruebas suficientes de nuestra culpabilidad.

La situación era apremiante, y urgía en primer lugar salvar al desgraciado carbajaleño, que ya se veía con el dogal al cuello.

Digitized by Google

El Lic. Cano, para probar que no era hereje, ni lo había sido jamás, peroraba con la mayor elocuencia, excitando á aquellos furiosos á imitar la mansedumbre de Jesucristo, que siempre perdonó á sus enemigos, y que nos manda perdonar á los nuestros, si queremos ser perdonados por su Padre que está en los cielos.

Apoyaba su peroración en textos del Evangelio, y aún introducía, de vez en cuando, alguna sentencia en latín.

Después de larga porfía, los de Chignahuapam convinieron en no ahorcar al carbajaleño, puesto que lo ahorcarían en Tulancingo.

En cuanto á nosotros, resolvieron llevarnos á Tulancingo, donde depuraríamos nuestra conducta; y sin más discusión, nos encaminaron por veredas á través del bosque.

En tan crítica situación, yo no cesaba de meditar en el modo de salir de ella, y fingiéndome colegial, no acostumbrado á pasar trabajos, me lamentaba del estado de debilidad en que me hallaba, y suplicaba á aquellos hombres que se detuviesen un momento para que almorzáramos de lo que al efecto llevábamos preparado; pero ellos obstinadamente se negaban, hasta que á causa de mis instancias, me ofrecieron que en un rancho que se hallaba inmediato nos detendríamos á almorzar.

Con efecto, cuando hubimos salido del bosque, distinguimos un rancho sobre una pequeña loma, desde donde podía observarse á larga distancia por todos rumbos. A él nos dirigimos encontrándolo completamente deshabitado; y bajando de los caballos, sacamos nuestras proviciones y nos dispusimos á almorzar; pero no sin invitar cortesmente á nuestros aprehensores, que no se hicieron de rogar. Nosotros fingíamos comer y dejábamos que ellos lo hicieran de veras.

Con los manjares, con el vino, y después con el café y el catalán, comenzaron á humanizarse aquellos furiosos, lo que visto por nosotros, aprovechamos la ocasión para meterles en la mano con disimulo algunos pesos, con lo cual acabaron de calmarse y nos ofrecieron que

Digitized by Google

no nos llevarían á Tulancingo, sino á Huehuechoca, para que al día siguiente regresáramos á México; porque de ninguna manera nos consentirían ir á Zacatlán.

Tuvimos que conformarnos con aquella decisión, y emprendimos la marcha; pero ya no custodiados como antes, sino en grupos, platicando como buenos amigos.

Don Encarnación y yo nos fuimos quedando atrás intencionalmente; y cuando los accidentes del terreno nos ocultaron, propuse á D. Encarnación la fuga.

El tenía sus escrúpulos de dejar á los demás compañeros comprometidos; á lo que le observé que con perdernos nosotros no se habían de salvar ellos. Además, que Cano, en su calidad de paisano, no corría el riesgo que yo.

Entonces me dijo que le iría á avisar á Cano, de lo que lo disuadí, haciéndole ver lo importuno de semejante paso. Por último, me manifestó sus temores de que nos persiguieran y alcanzaran, por no conocer nosotros las veredas por donde nos habían llevado al rancho. Yo lo alenté manifestándole que ya nos llevaban buena distancia, y cuando notaran nuestra falta, ya llevaríamos larga distancia recorrida; que habiendo dejado un hombre en el rancho, de él conseguiríamos que nos enseñase las veredas, en cuyo caso ya no sería posible que nos dieran alcance.

Por fin, decidido D. Encarnación, volvimos grupas, y poniendo nuestros caballos al galope, para no fatigarlos, tomamos la dirección del rancho.

Con gran sorpresa nuestra, ya lo encontramos habitado. Me dirigí á unas mujeres, preguntándoles si no habían hallado una cartera con papeles interesantes que había perdido. Me respondieron que no, y llamaron al hombre que había quedado en el rancho, preguntándole si había hallado algo. El hombre contestó que no había visto otros papeles que los que presentaba (eran en los que iban envueltas las gallinas).

Entonces le dije que sin duda la cartera la había perdido en la vereda del bosque por donde habíamos venido, y le propuse que nos guiara y le gratificaría.

Digitized by Google

El hombre se negó con evasivas; pero habiéndole ofrecido un peso, una mujer lo alentó, para que nos guiase. Puestos en marcha, atravesamos el bosque, aparentando buscar alguna cosa, hasta que salimos al camino real, al mismo sitio donde fuimos capturados.

Despedí al hombre dándole su gratificación; y tomando el galope vivo, seguimos el camino de Zacatlán, llenos de temor, porque á la sazón pasábamos por términos de Chignahuapam. Así corrimos toda la tarde, hasta que al anochecer distinguimos las torres de Zacatlán.

Al gozo que esto produjo en nosotros, sucedió un sentimiento de desconfianza. ¿Quién ocuparía á Zacatlán? ¿No podía ser que el enemigo lo hubiese ocupado en aquellos días? ¿Y en tal caso, no sería una fatalidad que nos fuésemos á entregar?

En consecuencia, nos propusimos obrar con cautela. Pusimos al paso nuestros caballos, y esperamos poder interrogar con maña á alguno que encontráramos.

Bajando una cuesta, ya para llegar á la población, encontramos á un niño como de trece años, que montado en un potro arreaba una partida de carneros.

Después de mil rodeos y mil preámbulos, supimos que el niño era sobrino de un D. Dimas López, que mandaba la caballería, y que el Jefe Político era D. Juan N. Méndez. Es decir que la población estaba ocupada por los liberales.

Con estas noticias, renació en nosotros la confianza, y entramos á Zacatlán dando gracias á Dios de haber escapado de un gran peligro.

Desde luego nos dirigimos á casa del Jefe Político, á quien impusimos de todo lo que había ocurrido, manifestándole la necesidad que había de auxiliar á los prisioneros, asegurar el camino para proteger al día siguiente la llegada del General Traconis, y enviar un hombre á Huehuechoca, que caminase toda la noche, para avisar al Lic. Ramírez que podía seguir su camino.

Todo se hizo al pie de la letra. Una partida de caballería salió á custodiar el camino y un hombre á pie con

Digitized by Google

orden de caminar toda la noche, fué enviado en busca de los prisioneros y del Lic. Ramírez.

Después el señor Méndez nos ofreció chocolate, que aceptamos con gusto, pues no habíamos comido en todo el día, y bebimos el agua más sabrosa que yo he tomado en toda mi vida.

D. Juan Méndez nos proporcionó alojamiento, y aquella noche descansamos tranquilamente de nuestras fatigas.

Al día siguiente fueron llegando el Lic. Cano, el Teniente Coronel Reynoso y el carbajaleño. Los de Chignahuapam, en cuanto notaron la fuga de D. Encarnación y la mía, se pusieron furiosos; pero acabaron por calmarse, poniendo en libertad á los prisioneros y marchándose en seguida.

A ruegos de Cano y de Reynoso, pusieron también libre al carbajaleño; pero despojándolo de su buen caballo, de su sombrero galoneado, de su silla plateada, de sus armas y de parte de la ropa. Montado en un ruin caballejo, y con un sombrero de *petate*, se nos presentó aquel valiente.

El emisario había encontrado á Cano y á los demás, la noche anterior, en un rancho, ya libres.

Al Lic. Ramírez lo encontró en Huehuechoca, la mañana siguiente, montando á caballo para regresar á México.

Al ver mi carta cambió de parecer, y emprendió de nuevo el viaje para Zacatlán, á donde llegó en la tarde de aquel día.

También llegó el General Traconis con los que lo acompañaban.

Al otro día supimos que la Junta de Notables reunida en México, desairando á Robles, había nombrado Presidente á Miramón, y pudimos felicitarnos de la cordura con que habíamos obrado fugándonos de México.

Después de tres días de permanecer en Zacatlán, salimos con rumbo á San Francisco Yxtacamaxtitlán, escoltados por unos quince lanceros que nos facilitó D. Juan N. Méndez.

Digitized by Google

Al encumbrar una empinada cuesta, á la vista de Chignahuapam, algunos hombres que salieron de esta población nos vinieron á tirotear.

Después pasamos cerca de otro pueblecito que hallamos fortificado y con la gente en los parapetos.

En seguida bajamos pié á tierra una larga cuesta de cantos rodados, donde dejamos el calzado.

Ya de noche, llegamos á Yxtacamaxtitlán, donde no se nos permitió la entrada sino después de llenar las formalidades de ordenanza. El pueblo estaba fortificado, y la gente en pié de guerra, mandada por el Cura, que era liberal.

Salimos el inmediato día muy de mañana, y durante una parte del camino, fuimos insultados desde los cerros por algunos grupos de religioneros que aparecían de vez en cuando.

Llegamos á Coyoaco, donde notamos en las gentes cierta frialdad que nos fué sospechosa.

Yo había observado que por distintos rumbos habían salido algunos hombres á caballo, al paso, como si fuesen á sus labores. Esto me pareció tanto más malicioso, cuanto que el General Negrete se hallaba con su brigada en Tepeyahualco, á unas tres leguas de distancia, y no sería difícil que recibiera algún aviso y mandase un destacamento para aprehendernos.

Esto era tanto más grave, cuanto que en aquella época no había cuartel para los prisioneros.

Referí mis temores á los compañeros, los cuales convinieron en que eran fundados, y por lo mismo los manifestamos al General Traconis, haciéndole ver lo conveniente que sería no pasar la noche en aquel pueblo.

Traconis contestó que no corríamos ningún peligro, y que á él no le gustaba caminar de noche, sino de día y con sol. Mas habiéndole manifestado la resolución en que estábamos de emprender la marcha en la noche, convino al fin, y todo se dispuso de manera que no se sospechara en el pueblo nuestra resolución.

Llegada la noche, mandamos alquilar colchones que

Digitized by Google

tendimos en la sala del alojamiento, y en seguida nos pusimos á comer en la fonda, con toda tranquilidad.

Durante la comida, se presentó un Oficial, titulándose Comandante Militar, á ponerse á las órdenes del General Traconis, é informarse á qué horas saldría al día siguiente, para tener el gusto de despedirse y recibir las órdenes que quisiera darle.

Traconis contestó que saldría á las siete, pues gustaba que ya hubiese salido el sol al ponerse en camino.

Terminada la comida, dimos las buenas noches á la gente de la casa, y nos retiramos á la sala para acostarnos.

Mientras tanto, con el mayor silencio, se ensillaban los caballos, y cuando estuvieron listos, salimos con sigilo, montamos, y abriendo la puerta del mesón, atravesamos el pueblo y tomamos el camino de Teziutlán.

En frente del mesón había varios hombres sentados sobre el poyo de la puerta de una casa, lo que nos hizo sospechar que éramos vigilados.

El Oficial que mandaba nuestra escolta había conseguido que un hombre, en quien él tenía confianza, nos sirviese de guía.

Pronto nos vimos en un extenso llano cubierto de yerba que les daba á los caballos hasta los encuentros, y después de dar mil rodeos, venimos á conocer que el guía nos había extraviado.

La luna, que estaba en su primer cuarto, difundía una débil luz que hacía indecisos los objetos, y descendía rápidamente hacia Occidente.

Las circunstancias no podían ser peores. Al ocultarse la luna nos sería imposible salir de aquel dédalo, donde giraríamos hasta el amanecer, hora en que llegarían los de Tepeyahualco y nos harían prisioneros.

Con tan pavorosos pensamientos, íbamos todos cabizbajos, y el General Traconis renegando como buen marino, y maldiciendo la hora en que condescendió en caminar de noche.

En esto, el guía acertó con la entrada del bosque que buscaba, y nos internamos en él, al tiempo mismo en

Digitized by Google

que ocultándose la luna, nos dejó en una completa obscuridad.

Caminaba el guía por delante, y lo seguía uno á uno toda la caravana. Así bajábamos y subíamos, siguiendo las mil vueltas de aquel camino de herradura, que parecía interminable, sin poder darnos cuenta de los objetos que nos rodeaban. Era como un sueño fantástico, en que parecíamos impelidos por una fuerza desconocida, que nos obligaba á caminar sobre un terreno lleno de sinuosidades en medio de las más densas tinieblas.

Parecía que ni el tiempo pasaba ni nosotros adelantábamos una sola pulgada. El sueño que cerraba nuestros párpados, y el cansancio que invadía nuestros miembros, eran nuevos tormentos que hacían más angustiada nuestra situación.

Después de una marcha cuya duración no era fácil apreciar, descubrimos unas luces en medio del bosque.

¿Era esto de bueno ó de mal agüero?

¿Quién podía resolverlo?

Luces en un bosque en las altas horas de la noche, en tiempo de guerra civil, y en una comarca frecuentada por los beligerantes. ¿Qué otra cosa podía ser sino un vivac? Y quedaba por resolver lo más interesante: ¿De qué partido serían los que allí vivaqueaban?

A consecuencia de estas dudas la caravana hizo alto, y después de deliberar sobre la situación, se resolvió que uno de sus individuos, el de apariencia más pacífica, se adelantase á indagar lo que aquellas luces contenían. Si pasado un tiempo prudente el comisionado no volvía, quería decir que había peligro y que la caravana viese el modo de ponerse en salvo.

Así se efectuó, y á poco rato el enviado regresó, diciendo que no había peligro en continuar la marcha.

Las luces que nos alarmaron eran de unos arrieros que hateaban en una venta llamada Toluquilla.

La caravana avanzó, y llegando al hato, cambió algunas palabras con los arrieros, tomando informes sobre movimiento de tropas. Como los informes fuesen tranquilizadores, algunos pretendían que nos quedásemos en

Digitized by Google

Toluquilla hasta el amanecer, en atención á lo muy cansados que nos hallábamos; pero la mayoría fué de distinta opinión, y la marcha se continuó.

Cerca del amanecer llegamos á las inmediaciones de Teziutlan, alumbrados por el magnífico Lucifer, que nunca había brillado con mayor esplendor.

Hicimos alto en una altura, junto á una iglesia, y fué enviado Reynoso á la población, como explorador.

Volvió á la media hora, diciendo que había hablado con el Jefe Político, y que éste le dijo que él no tenía ni un solo soldado, y por lo mismo no había en Teziutlan ninguna seguridad; que el enemigo, situado en Perote y en el cerro del León, hacía frecuentes excursiones á la Población: que él tenía exploradores que le avisaban cuando esto se verificaba, y en el acto montaba á caballo y se ponía en salvo.

Con semejantes advertencias, entramos á Teziutlan, y fuimos á ver al Jefe Político, que nos recibió con agrado y nos dió de desayunar.

Luego nos instalamos en un mesón, y nos acostamos á dormir, no sin haber encargado que avisaran con tiempo, si el enemigo hacía algún movimiento.

En la tarde supimos que al día siguiente debería llegar el Coronel D. Ignacio Romero Vargas, con ciento y pico de hombres de los de Carbajal, que iba á la Olla con objeto de recibir cierta cantidad de municiones y algún dinero.

El General Traconis, en vista de esto, dispuso que al día siguiente regresara á Zacatlán la escolta que había facilitado D. Juan N. Méndez, pues nosotros pasaríamos con la fuerza de Romero Vargas el trayecto peligroso que faltaba para llegar á las Vigas, lugar ocupado por fuerzas liberales.

En la misma tarde supimos que cien indios de Zacapoaxtla habían llegado á Toluquilla aquella madrugada, lo que indicaba que recibieron aviso de nuestra marcha, y que nosotros obramos con cordura en no habernos detenido allí.

Digitized by Google

Al día siguiente llegó Romero Vargas, y al inmediato salimos para las Vigas, pasando casi á la vista del cerro del León que ocupaban los reaccionarios.

Por fin, entramos al camino real de Veracruz, dejando al enemigo á retaguardia, y á poco tiempo apareció una fuerza sobre una altura, cerrándonos el paso.

Como aquella fuerza era liberal, cuando nos hubo reconocido nos dejó libre el tránsito, y pudimos continuar nuestra marcha con toda tranquilidad hasta la Olla.

Pernoctamos allí sosegadamente, y al otro día pudimos continuar nuestro camino para Jalapa, ya sin llevar escolta.

De Jalapa hicimos jornada á la Rinconada, y de allí á Loma de Piedra, desde donde por el ferrocarril llegamos á Veracruz.

El General Traconis creía que el Gobierno nos recibiría con entusiasmo; pero no fué así, sino por el contrario, nos recibió más bien con frialdad.

Don Benito Juárez y D. Melchor Ocampo, principalmente éste último, eran encarnizados enemigos de los militares, aun cuando fueran de su partido; y si bien aceptaban sus servicios, no por eso les guardaban las debidas consideraciones.

Esta política, ó por mejor decir, las pasiones de aquellos hombres, fueron la causa de la mayor duración y encarnizamiento de la guerra y de los desastres consiguientes.

Pocos días después de nuestra llegada, que fué el 20 de Enero de 1859, se supo que Miramón había llegado á México, y que en el momento comenzó á organizar una expedición sobre Veracruz.

La plaza se hallaba apercibida. Se habían construido obras exteriores que cubrían las débiles murallas de ladrillo. La artillería, que era numerosa y bien temida, estaba colocada convenientemente, y asistía un buen acopio de municiones.

La guarnición, compuesta de tropas de línea y de guardias nacionales, tenía buena instrucción y excelente moral.

Digitized by Google

La fortaleza de Ulúa se hallaba en buen estado, y se contaba, además, con una flotilla compuesta del vapor Demócrata, de catorce cañones, y de ocho ó diez lanchas cañoneras, armadas con cañones bomberos de á 68.

Con semejentes elementos de defensa, difícil había de ser que Miramón pudiera expugnar la plaza; pero se temía alguna traición, pues de otro modo no se podía comprender cómo Miramón se atrevía á acometer semejante empresa con los elementos que contaba.

El estado de defensa en que se hallaba Veracruz, era debido á la buena disposición del Gobernador D. Manuel Gutiérrez Zamora, y al saber y actividad de los Jefes del ejército que había allí, especialmente de los de Ingenieros y de artillería, entre los cuales se hallaban D. Francisco Paz y D. Francisco Zérega, pertenecientes á esta arma, y que trabajaron con el mayor ahinco. La plaza la mandaba el General de Brigada D. Ramón Iglesias.

Cuando se supo que Miramón había salido de México, se comenzaron á hacer los últimos trabajos para la defensa, y á despejar los aproches de la plaza hasta más allá de tiro de cañón. En consecuencia, se tuvieron que demoler los barrios de extramuros.

Yo fuí comisionado para derribar la estación del ferrocarril, operación que ejecuté con pena, pues siendo entusiasta por las mejoras materiales, me tocaba en esta vez destruir.

Entre tanto, Miramón había pasado el Chiquihuite, había derrotado á nuestra fuerza que estaba en la Soledad, y se hallaba próximo á Veracruz.

En consecuencia, se cubrió el perímetro con fuerza suficiente, y yo fuí nombrado Comandante de artillería de la segunda línea, que comprendía desde la espalda de los cuarteles, hasta el baluarte de San Javier, con las obras exteriores de la Novia y los Gemelos.

Al amanecer el 18 de Marzo, apareció sobre los médanos y cercana á la plaza, frente á la segunda línea, una fuerza enemiga que avanzaba rápidamente.

Digitized by Google

Mandé disparar un cañonero desde los Gemelos, para dar la alarma, y en el acto comenzaron á disparar de todos los baluartes de la línea.

Salí de los Gemelos para hacer cesar el fuego, pues la fuerza que se presentaba no merecía tanto honor.

El enemigo retrocedió, ocultándose detrás de una loma, y sólo quedaron cuatro ó cinco hombres á conveniente distancia uno de otro, sin duda observando con los anteojos la fortificación.

Luego se dijo que los que allí estaban eran Miramón, Robles, Isidro Díaz y algunos otros jefes.

Efectuado el reconocimiento, Miramón se retiró por el Médano del Perro, seguido de su gente, que por las dificultades que ofrecía el terreno, marchaba desfilando por hileras.

El Gral. Iglesias, que se hallaba en el baluarte de San Juan, y de quien había ido yo á tomar órdenes, me mandó disparar un cañonazo, por si podía alcanzar á los reaccionarios.

Apunté un cañón, elevando la puntería á toda mi satisfacción; pero mientras bajé de la explanada á tomar permiso para disparar, un sargento, Alvizu, con pretexto de rectificar la puntería, dió algunas vueltas al tornillo para bajarla.

Cuando yo lo advertí, ya no había tiempo para remediar el mal, pues el enemigo continuaba alejándose. Mandé, pues, hacer fuego, y la bala subió rebotando por el médano hasta la cola de la tropa de Miramón; de manera que sin la maldad de Alvizu, la bala hubiera caído entre la tropa enemiga, pues se vió claramente que la prolongación del plano de tiro la dividía perfectamente. Así lo comprendieron cuantos presenciaron el hecho.

¿Qué móvil impulsó á Alvizu á cometer semejante falta? ¿Fué instigado por alguno? ¿Era una traición, ó una estupidez? Sépalo Dios. El resultado fué que Alvizu no recibió ningún castigo.

Al día siguiente, en medio de un furioso Norte, entró en el puerto el Gral. D. Juan José de la Garza, con parte del contingente de Tamaulipas, en un pequeño vapor

Digitized by Google

de río que encalló en los Hornos, teniendo que arrojarse la gente al mar, y tomar la playa con el agua á la cintura.

El resto de la fuerza que navegaba en una goleta, no arribó al puerto sino algunos días después.

El enemigo, que tenía su cuartel general en Medellín, no emprendía nada formal sobre la plaza. Solamente por la noche éramos molestados con falsas alarmas.

Una expedición al mando de Casanova, que Miramón había mandado á ocupar Alvarado, había tenido que retroceder, batida en la playa por algunas lanchas cañoneras.

Por fin, el día 29, convencido Miramón de la imposibilidad en que se hallaba de tomar á Veracruz, y de que en la plaza se efectuase algún movimiento á su favor, resolvió retirarse, como lo efectuó.

Así terminó la primera expedición á Veracruz, del joven Macabeo, como entonces lo llamaban.

Por aquellos días había corrido el rumor de que los buques de guerra europeos, surtos en Sacrificios, se proponían visitar al vapor americano Tennessee que estaba para llegar de los Estados Unidos, con el pretexto de que conducía artilleros enganchados para la guarnición de Veracruz.

El Capitán Terner de la corveta Americana Saratoga, que ocupaba la salida del canal de Sacrificios, mandó tocar zafarrancho de combate cuando se avistó el Tennesse, y previno á los buques europeos que se hallaba resuelto á que lo echaran á pique, antes que consentir que fuese visitado el vapor; con lo que los buques permanecieron en quietud.

Una noche que me hallaba de visita en casa del Gobernador D. Manuel Gutiérrez Zamora, se trató de una indisposición que tuvo el Presidente. El General Iglesias dijo que se hallaba muy contento del restablecimiento del Señor Juárez, pues si desgraciadamente muriera, la revolución sucumbiría.

Yo cometí la imprudencia de contestarle que en mi concepto, la revolución se hallaba arraigada en el espíritu

Digitized by Google

de la Nación, y que aunque muriese el Sr. Juárez, la revolución continuaría hasta consumarse.

No sé si estas palabras llegarían á oidos del Sr. Juárez, y serían causa de la mala voluntad que tuvo para mí, hasta su muerte.

Pero tampoco permanecí en Veracruz.

Un señor Ministro deseaba mi salida, por motivos que no tenían que ver ni con la política ni con el servicio militar.

Hizo de modo que el Gral. Garza me pidiera al Gobierno, para que me encargase de la Artillería del puerto de Tampico.

Una tarde recibí un oficio directamente del Ministerio de la Guerra, en que se me ordenaba que al día siguiente me embarcase en la goleta Eulalia, que conducía armamento y municiones á Tampico, debiendo pasar aquella noche á recibir instrucciones al Ministerio. Se me prevenía que ya se había sacado mi paga de marcha, y se me adjuntaba el pasaporte.

Sorprendido por orden tan intempestiva, y que no venía por los conductos de ordenanza, me pareció conveniente ir á dar parte al Comandante militar, de lo ocurrido.

El Gral. Iglesias me recibió con mal modo, diciéndome que allí nadie faltaba ni nadie sobraba; por consiguiente, que podía irme cuando gustara.

En vano le manifesté que yo no había solicitado nada. No dándose por satisfecho, creí excusado darle más explicaciones, y me despedí.

Al día siguiente me embarqué, y después de cuatro días de navegación llegué á Tampico.

El Sr. Garza me recibió muy bien; pero nunca quiso poner arreglo en la artillería, lo que me convenció de que sólo había sido agente de una intriga.

Poco tiempo después supe que el Gobierno había ascendido á todos los Jefes y Oficiales que se hallaban en Veracruz, cuando bajó Miramón. Solamente de mí se había olvidado.

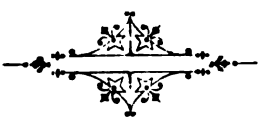
Digitized by Google

En el diario que se publicó en Veracruz durante el amago de Miramón, se lee lo siguiente:

"Día 22 de Marzo.—La vigilancia es activa.

"La línea es visitada por los señores, Zamora, Iglesias, Balbontín, Zérega y otros Jefes, constantemente."

"Día 24.—La línea es visitada con celo por los Jefes de artillería, Paz, Zérega, Balbontín y Espejo."



Digitized by Google

Digitized by Google

BATALLA

—DE LA—

Estancia de las Vacas.

1859.

Digitized by Google

Digitized by Google

Batalla de la Estancia de las Vacas.

NOVIEMBRE 13 DE 1859.

CUANDO convencido Miramón de la imposibilidad en que se hallaba de tomar á Veracruz, desistió de su empeño retirándose al interior, en Abril de 1859; á petición del General D. Juan José de la Garza, el Gobierno me mandó á Tampico con el fin ostensible de encargarme de la artillería.

Al llegar á mi destino pasé una revista al personal y al material del arma. El primero se componía de dos baterías, con el título de División de Artillería Guardia Nacional de Tamaulipas. Tanto los Oficiales como la tropa, no tenían más conocimientos que los muy necesarios para cargar y disparar un cañón. En cuanto al material, se hallaba en el más lamentable abandono. Pocos eran los cañones que estaban montados, y las cureñas y juegos de armas, notablemente deteriorados. El parque general se hallaba en tan gran desorden, que no era posible clasificarlo ni enumerar sus distintos componentes, sino á costa de tiempo y mucho trabajo.

Como á consecuencia de la guerra civil, la plaza podía ser atacada inopinadamente, y también por la complica-

Digitized by Google

ción de las relaciones exteriores no era difícil prever una guerra extranjera, me pareció de la mayor importancia trabajar en poner en estado de servicio todos los elementos que había en la ciudad. Además, así me lo exigían mi deber y razones de orden y economía.

Ocurrí, pues, al General Garza, manifestándole el mal estado que guardaba el material, y la necesidad que había de repararlo. Me contestó que la escasez de dinero impedía pensar por entonces en hacer otros gastos que no fueran los de puras reparaciones y mantención de la tropa.

Lo único que pude conseguir fué que mandase *dar trescientos pesos* que recibió del Maestro mayor D. Lugardo Larios, para hacer un tinglado, con objeto de cubrir las cureñas que á la intemperie se hallaban en el corral de la casa que servía de maestranza.

Después solicité que nombrara un Oficial inteligente que sirviera de guarda-parque, para que me ayudase á clasificar y enumerar la artillería, armamento, proyectiles, municiones etc. etc.; á poner todo en orden, haciendo los respectivos inventarios, y que quedase encargado del parque.

Nombrado el Oficial, solamente ocurrió dos días al trabajo, porque el General lo había destinado á su Secretaría.

Convencido de que no se comprendía la importancia de ordenar lo que al ramo que estaba á mi cargo correspondía, dejé de gestionar, proponiéndome, no obstante, mejorar las cosas que estuvieren á mi alcance.

En consecuencia, establecí academias para los Oficiales, que daba personalmente todos los días, y ordené ejercicios.

Con el objeto de familiarizar á los Oficiales con los alcances de las distintas piezas que había montadas, establecí un blanco en el llano del Espartal; y desde el Fuerte Iturbide se tiraba á diferentes distancias dos veces á la semana.

También hice que los Oficiales se instruyeran práctica-

Digitized by Google

mente en algunas maniobras de fuerza, para que las enseñasen en seguida á la tropa.

Estos fueron los únicos servicios que por entonces pude prestar al Estado de Tamaulipas, al cual pertenecía la guarnición de Tampico.

Por lo demás, vivía contento en una sociedad ilustrada y amable, cuya franqueza y hospitalidad son proverbiales.

No obstante, la paciencia y resignación de los que allí servíamos fueron puestas á prueba. La escasez de recursos era tal, que había meses en que yo, que era Comandante, recibía quince pesos, y esto en un país relativamente caro, donde sólo el hotel costaba doce reales diarios.

Cuando esto pasaba, murmuraban los Oficiales en voz baja, que á ciertos individuos no solamente se les pagaba íntegro, sino que gozaban dos ó más sueldos. Por desgracia en nuestro país se vé con frecuencia esta clase de favoritismo.

Para poder vivir sin trampas, nos reunimos cinco amigos, y tomamos una casita que nos costaba diecisé s pesos al mes. Nos abonamos á la fonda por dos almuerzos y dos comidas con vino, por lo que pagábamos cincuenta pesos. Comíamos los cinco, y alcanzaba para mi asistente que iba por la comida.

En medio de aquella penuria, nos solazábamos con las continuas diversiones que había en la ciudad. Nos sostenía aún la juventud, y también la esperanza en la pronta y favorable conclusión de la guerra.

A no ser por cuidados de familia que me agoviaban, yo hubiera vivido muy contento.

Una tarde del mes de Octubre, cuando me disponía á salir, recibí un oficio del General Garza. Me trascribía en él una comunicación de Don Santos Degollado, en la que le prevenía que á la mayor brevedad me pusiera en camino para el Cuartel General de San Luis Potosí. De consiguiente, se me ordenaba que ocurriese por una paga de marcha y el pasaporte, pues al día siguiente de-

Digitized by Google

bería embarcarme á bordo del vapor Coy que salía para Tancasneque.

Un rayo fué para mí la inesperada orden, porque había tomado gran cariño á la población. Pero no había más remedio que cumplir, arreglando mi marcha, como lo verifiqué. El Teniente Coronel de Caballería, Capitán de Artillería Don José Hoffman, de origen húngaro, y que servía en el arma hacía algunos años, se hallaba en Tampico, y solicitó marchar á mis órdenes.

Al día siguiente, muy de mañana, nos embarcamos en el Coy, que estaba atracado al muelle. Allí nos despedimos de nuestros amigos y de algunas familias que nos saludaban con sus pañuelos, desde los balcones y miradores de las casas. Entre ellas se distinguía por sus demostraciones de sentimiento, la de D. Manuel Velasco, cuya casa estuvo siempre abierta para los emigrados que llegaban á Tampico. Tan afectuosa despedida me impresionó profundamente. Los pañuelos no dejaron de agitarse hasta que el vapor se perdió de vista; y yo conservo viva la memoria de tan conmovedora escena, que creo no olvidaré nunca.

Después de dos días de navegación en el pintoresco Río Tamesí llegamos á Tancasneque, alojándonos en la hacienda que pertenecía á D. Salvador Darqui.

Provistos de caballos, seguimos nuestra marcha hacia el interior.

En el Chamal me atacó la calentura, y no me abandonó hasta Tula. Cuando salí de esta población me creía curado, pero al día siguiente, desde que me puse en camino, se declaró con mayor fuerza la enfermedad, que no me dejó un momento hasta llegar á San Luis Potosí.

Mucho sufrí en aquellos seis días sobre el caballo. Además de Hoffman, que me prodigaba los cuidados que podía, me acompañaba un Oficial con cuatro lanceros que se me incorporaron en Tula.

A los sufrimientos consiguientes á la enfermedad, se añadía la inquietud natural, de la posibilidad de caer en poder de los enemigos, pues caminábamos por la falda de la sierra que ellos ocupaban.

Digitized by Google

Al sexto día en la tarde llegamos á San Luis. En el acto me presenté á D. Santos Degollado, que me recibió con la benevolencia que siempre había usado conmigo.

Me mandó alojado á una casa particular que tenían varios Jefes del ejército, entre otros el General D. Ignacio Echegaray. Allí ocurrió á curarme, sin querer recibir retribución ninguna, mi amigo el Dr. Torices. Las medicinas que me propinó retiraron la calentura, y á los pocos días salimos rumbo á Guanajuato.

Llevaba á mis órdenes cuatro Oficiales de Artillería que se pasaron del enemigo, y eran Bonilla, Rosales Páez, Octavio Rosado y Avila.

En el valle de San Francisco nos alcanzó D. Santos Degollado, y tuvo un ataque en que permaneció privado de sentido algunos minutos. Rosado y yo, únicos presentes á la sazón, le prestamos los auxilios que nos fué posible.

En la tarde continuamos la marcha hasta Rincón de Ortega.

Don Santos caminaba sin escolta, sólo con sus ayudantes. Hubiera sido cosa fácil que una guerrilla levantada inopinadamente, como sucede en las guerras civiles, se hubiera apoderado de su persona.

Al manifestarle lo que se exponía, contestó que su vida importaba bien poco, y que si la perdía, no faltarían otros que siguieran la revolución.

La calentura que se me retiró en San Luis, me volvió en San Francisco.

De Rincón de Ortega salimos para Guanajuato, camino de la Sierra. Como era preciso marchar á pié, estirando del caballo, yo sufría los mayores tormentos, porque mi cuerpo estaba enteramente adolorido.

Llegamos á Guanajuato después de medio día. Don Manuel Doblado salió á recibir á Don Santos, que entró á la ciudad enmedio de repiques, cohetes y otras demostraciones de regocijo.

Al día siguiente me repitió la calentura, declarándose terciana, por cuya causa permanecí en cama en el hotel.

Digitized by Google

Aproximándonos al enemigo y no comunicándome el General en Jefe sus planes, que como Comandante de Artillería debía de saber; con objeto de no perder tiempo, desde mi cama dirigí al General una comunicación de carácter privado, que contenía algunas reflexiones generales sobre las batallas, única cosa que me era dable hacer, tratándose de un hombre que solamente el entusiasmo por la causa que defendía había lanzado á los combates, pero que no tenía otras ideas de la guerra, que aquellas que puede decirse que son del dominio del público.

No sé lo que el General pensaría de mi escrito; pero lo cierto fué que ni me contestó, ni promovió conversación sobre el particular.

Los Generales Degollado y Doblado marcharon á ponerse á la cabeza de las tropas reunidas en Celaya. Yo recibí orden de seguir al día siguiente para incorporarme al Cuartel General, con los Oficiales que quedaban en Guanajuato.

Llegamos á Celaya en el momento que desfilaban las tropas delante del General Doblado, para dirigirse á Apaseo.

Cuando me presenté al General, me fijó mucho la atención, y no pudo menos de exclamar: ¿qué le ha sucedido á vd. que lo veo tan cambiado? En un mes que ha transcurrido desde que ví á vd. en Tampico, han pasado diez años por vd.

Señor, le dije, los fríos me han puesto como vd. me vé.

Está bien, me contestó, pase vd. á esta casa, que le pongan su cama, que lo vea el médico; y si mañana amanece repuesto, se me incorporará en Apaseo. Que se quede Hoffman para que lo acompañe.

Dí las gracias al General, aceptando lo que me proponía, porque tenía gran necesidad de descanso.

A poco llegó el médico, que creo que era el Dr. Linares. Después de reconocerme é informarse prolijamente de la historia de mi enfermedad, me recetó, prescribiéndome que debía guardar cama.

Le contesté que llegaba desde Tamaulipas al llamado

Digitized by Google

del General en Jefe, y no me parecía prudente guardar cama, cuando de un momento á otro se libraría una batalla.

A esto replicó el doctor, que si no me ponía en cura formal, era excusado que me recetara.

Le supliqué, no obstante, que lo hiciera, que en el camino procuraría seguir sus prescripciones, hasta donde me fuera posible.

Entonces recetó para darme gusto; pero manifestando la opinión de que la curación sobre la marcha no produciría resultado alguno.

Hablando de los acontecimientos, me refirió que aquel día D. Santos Degollado había tenido una conferencia con Miramón; pero que no arreglándose nada en ella, comenzarían desde luego las operaciones. También refirió que al sacudirse el caballo del Comandante D. Benito Rújula, saltó una pistola de su funda, chocó en el suelo, y disparándose, hirió gravemente en la pierna al General D. José Justo Alvarez, al cual conducían en camilla á la ciudad.

Ido el médico, conseguí dormir; y un sueño reparador me dió las fuerzas que necesitaba.

Al día siguiente, que era doce de Noviembre, montamos á caballo Hoffman y yó, dejando nuestros modestos equipajes en Celaya, con los del General en Jefe y del Estado Mayor.

Nos seguía mi mozo, que llevaba las medicinas y un grande acopio de provisiones con que Hoffman, hombre previsor, había cargado su caballo.

Al llegar á Apaseo me presenté al General Doblado, y éste, á su vez, mandó que se me presentara la Oficialidad de Artillería.

Sin lugar para otra cosa, tuve que conformarme con hacer algunas recomendaciones en términos generales, relativos al servicio del arma, á aquellos Oficiales, á quienes no conocía, ni podía por lo tanto apreciar sus aptitudes respectivas.

En el día anterior, la Orden General había organizado

Digitized by Google

aquellas tropas que se acababan de reunir, en un *Cuerpo de Ejército*, de la manera siguiente:

PERSONAL DEL CUERPO DE EJERCITO.

General en Jefe,
General Manuel Doblado.

Cuartel Maestre,
General Santiago Tapia.

Aposentador General,
Teniente Coronel Juan Becerril.

Proveedor General,
Comandante de Escuadrón, Juan Vega.

Comandante General de Artillería,
Teniente Coronel Manuel Balbontín.

Médico en Jefe,
Comandante Tomás José Maya.

BRIGADAS Y SECCIONES.

Brigada Ligera de Caballería,
General Emilio Lamberg.

Mayor de Ordenes,
Comandante de Escuadrón Jesús Díaz de León.

Primera Sección.
Coronel N. Vargas.
2º Cuerpo de Michoacán.
1º y 2º Escuadrón de Zacatecas.

Digitized by Google

Segunda Sección.

Coronel Vicente Vega.
Sierra Gorda.
Lanceros del Bajío.
1er. Escuadrón del Regimiento de Guanajuato.
Escuadrón de San Felipe.
Sección Baijén.
Compañía García.

BRIGADA DE RIFLEROS.

Primera Sección.

Coronel Julián Quiroga.
Mayor, Comandante José María Zúñiga.
Primer Regimiento de Nuevo León.
,, ,, de Tamaulipas.

Segunda Sección.

Coronel Juan N. Seguín.
Regimiento de Monclova.
2º Regimiento de Nuevo León.

BRIGADA DEL CENTRO.

General Miguel Blanco.
2º General José J. Alvarez.
Mayor de Ordenes Coronel Enrique Ampudia.
Primer Batallón Ligero de Guanajuato.
,, ,, ,, de Aguascalientes.
,, ,, ,, de San Luis.
Segundo ,, ,, ,,
Una Batería de Nuevo León.
Ocho Piezas de Batalla del Centro.

Digitized by Google

BRIGADA DE RESERVA.

Coronel José M. Sánchez Román.
Mayor Comandante Guadalupe Medina.
Batallón Ligero de Zacatecas.
Batallón Mixto.
Batallón Guzmán.
Una Batería de Montaña.

SEGUNDA BRIGADA DE RESERVA.

General José María Arteaga.
Mayor Comandante José María Delgado.
Dos Batallones de Michoacán.
Tiradores del Bravo.
Una Batería de Montaña.

Celaya, Noviembre 11 de 1859.

Miramón, que había llegado á Querétaro, trataba de ganar tiempo, con el objeto de dar lugar á que se le incorporase la artillería gruesa que con dobles tiros de mulas y forzando las jornadas, le enviaban de México.

Esta fué la verdadera causa de la entrevista que tuvo con D. Santos Degollado, y que rompió, tan luego como había conseguido el objeto que se propuso.

Concluidas las pláticas, las tropas liberales comenzaron desde luego sus operaciones.

Yo, que había logrado improvisar una cama sobre de una mesa, me prometía lleno de gusto, descansar algo en aquella noche que estaba por demás destemplada. Mas apenas acababa de acostarme, cuando un Ayudante vino á llamarme de parte del General Doblado.

Me levanté con mucha pena y me dirigí al alojamiento del General.

Me ordenó que en el momento se dispusiera la Artillería para marchar.

Digitized by Google

Todo dispuesto, *El Cuerpo de Ejército* salió de Apaseo hacia las once de la noche.

Como acontece en las marchas nocturnas, la de la tropa era lenta y difícil, tanto más cuanto que corría un viento helado del Nordeste, sumamente molesto, y la obscuridad era profunda.

Lo que yo sufría era mucho, porque además del malestar consiguiente á tantos días de enfermedad, se agregaba un síntoma nuevo molestísimo, que era una basca constante, con contracciones dolorosas del estómago, y vómitos amargos como la hiel. Aquella noche me parecía eterna, y el cuadro que me rodeaba, de lo más fantástico.

A la madrugada, las tropas de vanguardia comenzaron á batirse con los puestos avanzados de Miramón, los que cedían el campo á proporción que avanzaba la columna.

Al amanecer se hizo alto en un lugar llamado "Estancia de las Vacas," á la vista de la Ciudad de Querétaro.

Aquel lugar se halla precisamente situado donde termina la serie de lomas que baja desde Apaseo, y se une al llano que va desde allí á Querétaro.

El camino que había llevado la columna va entre dos cercas de piedra suelta que encierran campos llenos de peñascos; y en la falda de la loma, en su unión con el llano, existe un bosque bajo, casi impenetrable, formado con *órganos*, nopales y huizaches.

El General Doblado me ordenó que reconociera el campo de batalla y le diera mi opinión. Le dije que no podía formar juicio exacto por lo que veía, que deseaba que algún conocedor del terreno me acompañase para hacer un reconocimiento.

Entonces dijo al Lic. D. Agustín Siliceo, que lo acompañaba como Ayudante de Campo, que fuese conmigo.

Poco tuvimos que andar, porque desde luego me convencí que aquel sitio no podía servir para el objeto que se quería.

Además de los inconvenientes ya dichos, había la circunstancia de estar sembrados los campos del frente de la posición, con milpas que ocultarían muy bien á los que

Digitized by Google

atacaran; así como el camino que venía casi perpendicular al centro, con fosos y árboles copudos á los lados.

Formado mi juicio, se lo comuniqué al General Doblado; pero él, extendiendo el brazo, me dijo: pues ya no es posible escoger otro campo; vea vd. el polvo que levantan las columnas del enemigo, que se aproximan.

En ese caso, le dije con viveza, es indispensable desplegar violentamente la columna que se halla encajonada en el camino, abriendo en el acto brechas en las cercas de piedra; porque si el enemigo lograra establecer sus baterías, sorprendiéndonos en este estado, le bastaría muy poco tiempo para derrotarnos, sin combatir.

Convencido el General de la verdad de mis observaciones, ordenó que sin dilación se derribasen algunos tramos de la cerca, para que penetrando por ellos las tropas, se extendiesen á derecha é izquierda.

En aquel momento no podía ser más crítica la posición de los liberales. Las columnas enemigas salidas de Querétaro avanzaban rápidamente.

No era posible retroceder; tenía que aceptarse la batalla en aquella mala posisión; pero si la larga columna encajonada, no lograba desplegar antes que el enemigo comenzase su ataque, estaba inevitablemente perdida.

Por fortuna, cuando Miramón disparó el primer cañonazo, ya había pasado la crisis. La posición se ocupó del modo siguiente:

Al pie de la loma, sobre el camino, formando el centro se situó la primera sección de rifleros al mando del Coronel Quiroga, con dos cañones de á 8.

A la izquierda tomó posición la segunda brigada de reserva, á las órdenes del General Arteaga, con una batería de obuses de á 12^{c}. de montaña.

Con un considerable intervalo, delante de la Hacienda del Castillo, y formando la extrema izquierda, formó la segunda sección de la brigada de rifleros, que mandaba el Coronel Seguín.

El defecto principal de esta disposición consistía en que las tropas apenas se veían unas á otras y difícilmen-

Digitized by Google

te podrían socorrerse, en atención á las dificultades que oponía el terreno.

La brigada del General Arteaga se encontraba imposibilitada para maniobrar á retaguardia, á causa del bosque bajo, casi impenetrable, que tenía á la espalda.

Detrás del bosque, y aproximadamente paralelo á la línea de batalla, pasa el camino de travesía que va desde la carretera de la Hacienda del Castillo, encerrado también por dos cercas de piedra suelta.

Al otro lado de estas cercas tomó posición la caballería que mandaba el General Lamberg, en un campo pedregoso.

Sobre la loma, á la derecha del camino real y de la línea, se situó trabajosamente la batería que mandaba el Capitán de Artillería de Nuevo León, Juan E. Guerra.

Un poco á retaguardia se formó una segunda línea de infantería con el resto de las tropas.

En aquella línea se veían los batallones, con gran parte de la gente sin armas, y muy poca con vestuario.

En la extrema derecha, también sobre la loma, tomó posición la caballería que mandaba el Coronel Vicente Vega.

Por último, á retaguardia del centro, sobre el camino, se estableció el parque general.

Miramón desplegó su línea á buena distancia, y situando sus baterías, que se componían de cañones de á 12 y obuses de 16^{c}. comenzó el fuego de bala rasa y de granada.

Como el campo de los liberales estaba establecido en un terreno peñascoso, los proyectiles que chocaban en los peñascos aumentaban su efecto con la multitud de piedras que desprendían de ellos.

Al mismo tiempo que la batería del Capitán Guerra batía con mucho acierto una ala de caballería que Miramón había colocado á su izquierda, la sección de rifleros del Coronel Quiroga avanzaba por los sembrados.

Esta fuerza marchaba por las milpas, haciendo muy buen uso de sus rifles; pero al abordar la línea enemiga fué recibida con una carga á la bayoneta. Como los

Digitized by Google

rifleros no usaban esta arma, no resistieron la carga, sino que volvieron en desorden á ocupar la posición primitiva.

Entre tanto, Vega había bajado la loma y hecho cargar su caballería; pero esta, que era irregular, no verificó la operación, siempre delicada, en masa, sino que haciéndolo á la desbandada, no produjo el efecto deseado.

La consecuecia fué una retirada en desorden.

Miramón comprendió que había llegado el momento de tomar la ofensiva. Redobló el fuego de su artillería, y protegido por ella, avanzó toda su línea al ataque.

El General en Jefe me había ordenado que enviase dos obuses de montaña á la brigada del General Arteaga. En consecuencia, mandé á mi Ayudante Hoffman, que me manifestó su deseo de quedarse á servir las piezas. Le manifesté lo inconveniente de su petición, haciéndole observar que el militar debe conformarse con el puesto que le toque; pero tanto me suplicó que lo dejara satisfacer el deseo que tenía de batirse materialmente, que al fin hube de consentir.

Los rifleros de Quiroga y la brigada de Arteaga fueron los que recibieron el ímpetu del choque de las tropas de Miramón.

El empeño fué vivísimo; pero de corta duración. Los rifleros derrotados, tomaron sus caballos y emprendieron la fuga. La brigada de Arteaga se dispersó pasando muchos, aunque con trabajos, á través del bosque, perseguidos por el enemigo. Los tiradores de Bravo, que fueron los que opusieron mayor resistencia, quedaron diezmados, y su Coronel Cristo lleno de heridas y prisionero.

Las piezas se perdieron, y con ellas cayó mi Ayudante Hoffman. Como estos hechos tenían lugar en el momento en que la caballería de Vega subía la loma al galope, haciendo un trayecto semicircular hacia la retaguardia del campo, para buscar el camino de Apaseo; las tropas de segunda línea creyeron que aquella caballería era del enemigo; y tal creencia, introduciendo la mayor con-

Digitized by Google

fusión, produjo el desbandamiento de los pocos soldados que quedaban formados.

Desde aquel momento ya no fué posible contener el torrente que se desbordaba, buscando el único camino de retirada.

Los reaccionarios que perseguían á los dispersos de Arteaga, atravesaban también el bosque, y encontrando á la caballería de Lamberg, la comenzaron á fusilar á quema-ropa, parapetados en la cerca, con la mayor impunidad.

Aquella caballería, ya desmoralizada con el ejemplo de los que huían, y acosada por el fuego que le hacían sin que pudiera defenderse, tuvo necesidad de emprender una retirada, que pronto degeneró en fuga.

Aglomerados los fugitivos de la caballería de Vega, de los rifleros y de los lanceros de Lamberg, en un camino estrecho y pedregoso, sin poder extenderse por los campos, formaban un conjunto abigarrado y deforme.

En vano algunos Jefes pretendían contener aquel desorden y organizar alguna tropa para contener la persecución que hacía el General Tomás Mejía. La tropa, insolentada, no obedecía, y había soldados que preparaban su arma, encarándola al que pretendía detenerlos.

Así era aquella una carrera interminable. A poco se empezaron á encontrar caballos reventados, y efectos de equipo tirados por donde quiera.

La agitación y el polvo habían hecho enmudecer á todo el mundo, cuya voz no tenía fuerza para ser escuchada á pocos pasos de distancia.

Cada uno llevaba una máscara negra producida por el polvo y el sudor, de suerte que aquella cabalgata, más que de hombres, parecía ser de demonios.

Pero lo peor del caso era que no siendo posible hacer ninguna resistencia, la carrera no se podía interrumpir, porque el enemigo perseguía muy de cerca con sus gritos y con sus disparos.

En aquel inmenso desorden fué digno de ver un Sargento 2º que había reunido unos treinta infantes y los tenía á un lado del camino, descansando sobre las armas.

Digitized by Google

El Cuartel Maestre, General Santiago Tapia, había sido atravesado de un balazo en el pecho, y su Ayudante el Teniente D. Jesús Ponce de León, lo sacó del campo de batalla en los momentos más críticos, sosteniéndolo en el caballo.

La sección del Coronel Seguín había también abandonado el campo, casi sin combatir.

El resultado de la batalla fué la pérdida de toda la infantería y artillería, y la dispersión de mucha parte de la caballería.

Aquel día ha sido en mi vida uno de los más terribles. A consecuencia de la marcha nocturna y del sereno que recibí durante ella, se anticipó el ataque de tercianas que solía darme en la tarde, y que le tocaba aquel día.

A poco de comenzar la batalla y durante una parte de ella, me acometieron los fríos, que tuve que sufrir en el caballo, así como la calentura que se declaró después.

Cuando la fuga, me hallaba en tal estado de debilidad, que apenas me podía sostener en la silla. Delante de mí iba un riflero de Nuevo León, arreando una poderosa mula herrada de las cuatro patas. De vez en cuando el animal, hostigado por la reata que le caía sobre la cola, disparaba coces terribles. En una de esas veces alcanzó á pegarme de lleno en la espinilla izquierda, causándome un dolor tan vivo, que poco faltó para que me dejara caer; pero el instinto de la conservación hizo que me afianzara en la silla con todas mis fuerzas.

En esto, fué necesario saltar una pequeña cerca, y al verificarlo, sentí que la silla se ladeaba por haberse aflojado el cincho; y como caer y ser muerto por los lanceros que nos perseguían de cerca, era todo uno, hice un esfuerzo poderoso con que logré enderezar la silla, y ya tuve mucho cuidado de guardar el equilibrio, hasta que hubiera oportunidad de componer el cincho.

Para mayor pena, se me había soltado el cabestro, é iba arrastrando entre las patas del caballo; mas á consecuencia de la debilidad en que me hallaba, y por no estar asegurada la silla, no me era posible inclinarme durante la carrera para recogerlo.

Digitized by Google

Afortunadamente, en aquellos momentos se me acercaron el Teniente Coronel Juan Espinosa Gorostiza y Mr. Renaud, Ayudante del General Doblado, quienes viéndome en tan afligida situación, me ayudaron á recoger el cabestro y me dijeron que no se separarían de mí hasta que estuviéramos en salvo. Así, dejando respirar á los caballos cuando la persecución no arreciaba demasiado y volviendo á apurarlo cuando se acercaba, íbamos venciendo la distancia que nos separaba de Celaya.

Llegamos á un ranchito en donde eché pie á tierra, para componer el cincho, y beber un jarro de agua, para apagar la sed que me devoraba. Pero de pocos momentos pudimos disponer, porque nuestros perseguidores se dejaron ver sobre una loma, y fué preciso continuar nuestra carrera.

En este tiempo ya habíamos salido del callejón, y los fugitivos, hallando campo libre, comenzaron á tomar distintas direcciones, de modo que los que íbamos sobre el camino éramos relativamente pocos.

Al pasar junto á mí el General Doblado, me había dicho que procurara reunirme con él en Celaya, para que nos retiráramos á Morelia.

Me resolví á tomar el partido que me aconsejaba el General, porque en el estado de mi salud, me hubiera sido imposible llegar á San Luis Potosí, á donde probablemente se dirigía D. Santos Degollado.

Llegados á Celaya, después de haber corrido unas diez leguas, busqué al General Doblado, que estaba en el mesón.

La mesa estaba servida, y yo me acerqué á tomar algún alimento, que tanto necesitaba.

Dejaba sobre la mesa una taza de caldo que estaba ardiendo, por lo que no había podido tomarlo, cuando sonaron dos cañonazos, á los que siguieron tiros de fusil, gritos y carreras.

Vinieron á avisar que estando las tropas de Mejía en los suburbios de la ciudad, el pueblo, que era belicoso y fanático, había sacado dos piezas de montaña y algunos

Digitized by Google

fusiles que tenía ocultos, y comenzaba á hacer fuego desde las alturas que había tomado, sobre los liberales.

Como éstos estaban dispersos y sin orden, no era posible organizar ninguna resistencia, tanto más, que las tropas reaccionarias irían llegando unas en pos de otras haciendo por momentos la situación más crítica.

Todo mundo corría, buscando la salida por algún parapeto que lo permitiera, pues la ciudad estaba fortificada y la mayor parte de los parapetos cerraban enteramente las calles.

Entre tanto, el pueblo aumentaba y lanzaba piedras y balas contra los fugitivos. Algunos momentos más, y ya no era posible la retirada.

En tan crítica situación, el General Doblado determinó que saliéramos inmediatamente.

Montamos á caballo en el patio del mesón, cuya puerta se abrió para dejarnos paso; y por la línea más corta salimos del perímetro, y tomamos el camino de Amoles.

A la salida de la ciudad hallamos un cañón de á 4 en medio del camino, sin dotación de personal ni de ganado, y sin que se supiera quien lo había conducido hasta allí.

Más adelante encontramos unos ochenta lanceros de Michoacán, cuyo Comandante, mirando el desorden que había en Celaya, salió de la ciudad, temeroso, y con razón, de que en el desorden fuese envuelta su tropa. Desde luego, aquel Oficial se puso á las órdenes del General Doblado, y ya se pudo disminuir la velocidad de la marcha, porque la persecución había cesado.

A la caída de la tarde pasamos por las goteras de Amoles, cuyo pueblo se hallaba reunido en la plaza á consecuencia de una fiesta.

Por fortuna, aún no había allí noticia de nuestra derrota, lo que evitó que aquel pueblo reaccionario y bravo, hubiese caido sobre nosotros.

Así caminamos hasta una hacienda inmediata, á donde llegamos ya de noche.

Era tal mi debilidad, que no tenía fuerza para desensillar el caballo. Con mil trabajos pude tirar al suelo la si-

Digitized by Google

lla y el freno, y amarrar el animal de un poste; no ocupándome ni de su pastura, porque ya no me podía tener en pié.

Mi grande afán era acostarme, lo que verifiqué con mucho gusto en un piso de tierra desigual y húmedo; pero apenas estaba formulando en mi interior una acción de gracias á Dios, porque me concedía aquel descanso, cuando un hombre entró despavorido, anunciando que los de Amoles se estaban armando para venir sobre nosotros.

Inmediatamente dió orden el General de ponernos en marcha. Aquí fueron mis congojas; mi mozo se había largado desde que vió los primeros síntomas de la derrota, llevándose los víveres, las medicinas y el caballo que montaba, que también era mío, y me dejó abandonado á mi destino.

En vano procuré alzar la silla del suelo, no pude con ella. Entonces Octavio Rosado (hoy General), tuvo á bien ensillar mi caballo, poniéndole un bozal, porque el freno había desaparecido.

Nos pusimos en marcha, caminando en la obscuridad, por lugares desconocidos para la mayor parte de los que íbamos allí.

Como yo no podía gobernar el caballo con el bozal, me quedaba atrás, y temía extraviarme en aquel laberinto. Luego apuraba al pobre animal, que ya empezaba á manifestarse cansado, y me incorporaba á la caravana.

Cuando cerca de la media noche llegamos á un río, los caballos se lanzaron frenéticos al agua, sin que nadie pudiera contenerlos, y fué preciso dejarlos hasta que se hartaron de beber.

Entonces se hizo necesario pasar el río en canoas; mas habiendo brincado un caballo sobre una de ellas, la hizo zosobrar con todos los efectos y personas que iban en ella.

Esta aventura, que no traía más riesgo que una mojada en tan mala hora, hizo reir á todos los circunstantes, menos á mí.

Eran tales mis tormentos y mis ansias, y tan amarga la hiel que con mil trabajos arrojaba por la boca, que pe-

Digitized by Google

dí á Dios con todo mi corazón, que aquellos fueran los últimos momentos de mi vida. Pasados todos á la orilla opuesta, continuamos la marcha por un terreno pantanoso. Apenas habíamos andado algunas varas, cuando el caballo del Lic. Siliceo casi desapareció en un atolladero, de donde con mil dificultades se pudieron sacar jinete y caballo.

No sé si aún me duraba la calentura, ó por efecto de la debilidad mi imaginación estaba de lo más excitada, haciéndome ver las cosas más fantásticas, dándoles formas caprichosas á los árboles y otros objetos que se presentaban á mi vista. Yo sabía bien que aquello era efecto de la enfermedad; pero á pesar de tal conocimiento, seguía mirando las mismas figuras.

Sin embargo, algunas veces llegué á dudar del estado de mis sentidos, pues habiendo visto unos fuegos fatuos que se agitaban en vertiginoso movimiento, tuve que preguntar á varios si también los veían, para asegurarme de la realidad.

Llegamos, por fin, á la deseada hacienda de la Zanja, á donde nos hacíamos la ilusión de descansar de nuestras fatigas. Aunque estaba muy adelantada la noche, nos encontramos toda la gente en pie, á consecuencia de una función de acróbatas que había tenido lugar.

Tal suceso pareció contrariar á D. Manuel Doblado; pero no obstante, nos alojamos en la hermosa casa de la hacienda, cuyo gran patio, sembrado de naranjos, debe ser delicioso de día. En un cuarto tendieron colchones para que descansáramos, y nos sirvieron chocolate, primer alimento que tomábamos la mayor parte, si no todos los presentes, hacía treinta horas.

Tomando aquel frugal refrigerio, nos tiramos vestidos sobre los colchones, excepto el General Doblado, que estaba inquieto, porque la pequeña fuerza de lanceros que nos servía de escolta, sin duda se había extraviado, pues no llegaba á la hacienda.

El General había mandado por distintos rumbos varios exploradores para buscar aquella fuerza; pero unos, después de otros, llegaban diciendo que no parecía. Es-

Digitized by Google

to dió lugar á que dispusiera que en el acto nos pusiéramos en marcha, por tener motivos de desconfianza de la gente de la hacienda.

Con el mayor dolor de mi corazón me levanté para montar de nuevo á caballo, el que como otra vez, tuvo Rosado la bondad de ensillar, porque yo estaba imposibilitado de hacerlo.

Con motivo del estado enfermizo de mi cerebro, caminaba yo por campos fantásticos imposibles de entender y menos de describir.

Mas al mismo tiempo que se deleitaba mi espíritu en la contemplación de multitud de figuras rarísimas, que cambiaban sin cesar de formas, á la indecisa claridad del horizonte, mi cuerpo era presa de los más acerbos dolores.

Los efectos causados por la enfermedad, la agitación y el cansancio producidos por cerca de treinta horas de andar á caballo, y los frutos perniciosos del abundante rocío que me empapaba, desprovisto como me hallaba de capote ú otro abrigo; me tenían en un potro de tormentos, del que hubiera deseado librarme aun á costa de la vida.

Para mayor pena, mi caballo se encabritaba cada vez que me venía un acceso de basca, y como no tenía freno, me costaba trabajo sosegarlo y hacerlo caminar; de lo que resultaba quedarme rezagado, no siendo la menor de mis preocupaciones la de extraviarme, en cuyo caso caería sin duda en poder de los contrarios, pues caminábamos en país enemigo.

Por fin, la luz consoladora del día se anunció; y cuando comenzó á iluminar los objetos de modo que se pudieran distinguir perfectamente, nos encontramos á orillas de un lago azul, cuyas aguas en menudas ondas rizaba la brisa matutina. En la orilla opuesta, una hermosa iglesia se veía rodeada de verdes y copudos árboles.

¡Ay! cuánto sentí que mi cuerpo no estuviese sano, para poder gozar en toda su plenitud del encanto que producía el paisaje que tenía delante!

Digitized by Google

Sin embargo, mi espíritu absorbía como una cámara obscura las risueñas imágenes de aquel bello panorama, para recordarlas después en momentos de calma.

Entretenidos en la contemplación del lugar, dejamos, atrás el hermoso lago.

Allí estaba Yuriria ó Yuririapundaro, "Lago de Sangre."

Entramos en la población con el placer con que un náufrago asido á una tabla debe poner la planta en la playa salvadora. Creíamos con el mayor candor que en aquella vez gozaríamos del descanso que tanta falta nos hacía.

Un Licenciado, amigo de D. Manuel Doblado, nos dió hospitalidad, diciéndonos que como aun no se tenía en la población noticia de nuestra derrota, podíamos permanecer allí por algunas horas; pero que estuviéramos listos para marchar, porque aquel pueblo era fanático, y se levantaría en armas á la primera señal. Nos anunció que había puesto un vigía en la torre de la Parroquia, para observar el camino.

En seguida nos mandó dar chocolate, que yo tomé con gusto, siendo el segundo pocillo que mi estómago recibía en treintaiseis horas de ayuno.

Nos acomodamos como pudimos, mientras en el corral comían algo los caballos. A mí me tocó un banco de cama que aunque duro, me pareció de mullida pluma. Había yo puesto la silla del caballo de almohada, y me disponía á saborear algunas horas de descanso, cuando entrando precipitadamente el Licenciado nos anunció que el vigía de la torre había descubierto una partida de caballería que caminaba rumbo á Yuriria, y por lo tanto, que creía prudente que nos fuésemos.

Montamos de nuevo á caballo, y á poco andar comenzamos á descender por una cuesta pedregosa, árida y triste, como la imagen de la desolación. Aquel paisaje sí estaba en armonía con el estado de mi espíritu.

Cuando bajamos á la llanura, el espectáculo cambió: atravesábamos fértiles campos perfectamente labrados, y á las doce del día llegamos á Moroleón.

Digitized by Google

Aquel pueblo lleno de animación y alegría, era amigo.

Nos alojaron cómodamente, mandaron hacer de comer, y á las cuarenta y dos horas de la última comida que hicimos en Apaseo, volvimos á sentarnos formalmente á la mesa.

D. Manuel Doblado, que era muy aficionado á las golosinas, había comprado en la plaza gran cantidad de fruta, que trajo en una mascada.

Extendiendo la mascada sobre la mesa, nos dejó ver los tesoros que encerraba, y dirigiéndose á mí, me preguntó si no me atrevía á comer. Yo le contesté que puesto que era fama de que los desórdenes curaban los fríos, haría la experiencia para verificar el hecho.

Diciendo y haciendo, comí de todo lo que me incitó, sin detenerme en la cantidad.

Como era de esperar, al día siguiente amanecí tan enfermo, que hube de manifestar al General mi resolución de no salir de aquel lugar, porque ya no me era posible montar á caballo.

El General me contestó que no le parecía acertada mi determinación, porque aunque nos hallábamos en un pueblo amigo, podría suceder que llegasen algunas fuerzas reaccionarias, en cuyo caso mi vida correría peligro.

Entonces le dije que me consiguiera de la autoridad que se me condujese hasta Cuitzeo en una camilla, que yo pagaría á los conductores.

Así se hizo, nombrándose el número suficiente de hombres, para que se fuesen relevando.

Me proveí de gran cantidad de granaditas de China, con objeto de apagar la sed que me devoraba, evitando así el tomar agua, que tanto mal me hacía.

La invención me dió el mejor resultado, y aquel día probé cierto bienestar, caminando con la mayor comodidad.

Aunque el General se había adelantado con intención de llegar á Morelia en el mismo día, me dejó algunos de sus Ayudantes para que me acompañasen.

Como á las dos de la tarde llegamos á Cuitzeo, don-

Digitized by Google

de encontré dos Licenciados que había conocido en Morelia el año de 1852.

Informados de mi enfermedad, me ofrecieron una medicina que me había de sanar. Me hicieron servir una buena comida y con ella un gran vaso de pulque compuesto, con chile, cebollas, naranjas agrias, sal y no sé que otra cosa.

Después de comer, me hicieron acostar en un buen colchón que me proporcionaron. Agoviado de la fatiga y con el efecto del pulque, pronto me dormí profundamente, y sabe Dios cuánto hubiera durado mi sueño, si mis amigos los Licenciados no lo hubieran interrumpido á la media noche, dando palmadas y grandes voces, de "Arriba, amigos, arriba; que vienen los mochos."

Desperté azorado, sin darme cuenta por lo pronto, de lo que se trataba; y como estaba vestido, de un salto me puse en el suelo.

Uno de mis amigos traía una palmatoria y una carta. Aquella carta, que le enviaban de Moroleón, contenía el aviso de que una fuerza de caballería marchaba en dirección de Cuitzeo.

Nos dispusimos en el acto para escapar, pero se ofreció una grande dificultad, y era que las canoas en que el General Doblado pasó á la otra banda de la laguna, aun no regresaban.

Yo propuse que fuésemos á caballo, presumiendo que ya me sería posible cabalgar; pero mi amigo me dijo que no era prudente mi proposición, porque teniendo que hacer un largo rodeo por la orilla de la laguna, nuestros perseguidores con seguridad nos alcanzarían.

Por nuestra fortuna, después de una hora de inquietud y de dudas, avisaron de la llegada de las canoas.

En el estado de abatimiento en que me hallaba, debía embarcarme en el primer viaje que hicieran las canoas, como lo verifiqué. Busqué modo de acomodarme sobre unos costales de maíz, que el rocío y los remos habían mojado, circunstancia fatal para mi enfermedad, pero que no me era posible evitar, porque estaba completamente imposibilitado de permanecer de pie.

Digitized by Google

A la madrugada llegamos á una ranchería de indígenas llamada San Juan Tararameo. Viendo un jacal en donde ardía una buena lumbre, me introduje en él, sentándome junto al fuego, porque hallándonos á mediados de Noviembre, ya se dejaba sentir bien el frío en aquellos lugares.

Hasta las diez de la mañana acabaron de incorporarse los que habían quedado en Cuitzeo, á consecuencia del trabajo que dieron los caballos para embarcarlos.

Por otra parte, el enemigo no se había acercado á Cuitzeo.

Después de que hubimos almorzado, montamos á caballo, y subiendo un empinado cerro que nos proporcionó una vista deliciosa, tomamos el camino de Morelia donde llegamos después de anochecido.

Allí encontré varios amigos, entre otros, á Joaquín Colombres y á José D. Bello, que habían sido compañeros de prisión.

Bello me llevó á su alojamiento, que estaba en una bodega de la casa del Gobierno; me acomodó lo mejor que pudo, y aun se levantó varias veces durante la noche, para darme té.

Al día siguiente fué á visitarme el Sr. Lic. D. Antonio García, que había sido Ministro de Justicia en tiempo de Comonfort, y me llevó á su casa.

En ella tenía lista una pieza amueblada para mí. Hizo venir al médico, que era D. Rafael Montaño, también amigo mío, que no quiso recibir retribución ninguna por sus visitas.

Las prescripciones del médico, respecto de alimentos, eran escrupulosamente cumplidas por la señora esposa del Lic. García, (1) á quien debí las mayores atenciones y finezas, que nunca olvidaré, lo mismo que su carácter lleno de bondad y dulzura.

A los pocos días de vivir en la casa del Sr. García, la enfermedad había cedido; pero me quedaba una gran debilidad.

---

(1) La Sra. Doña Francisca López Portillo.

Digitized by Google

Los cuidados de aquella excelente familia, la tranquilidad de mi espíritu, y las distracciones, me fueron vigorizando poco á poco.

Una parte del día lo pasaba leyendo obras escogidas que mi bondadoso huésped había puesto en mi cuarto, ó platicando con la familia, donde tuve el gusto de conocer y tratar á la simpática poetisa, la señorita Esther Tapia.

Un día llegó á la casa D. Manuel Doblado, y me dijo que él pensaba marchar á Veracruz; y me preguntó cuales eran mis intenciones.

Le contesté que iría con gusto á Veracruz, donde con el clima y el reposo podría restablecerme completamente.

Está bien, me contestó D. Manuel, yo lo llevaré á vd., pero con una condición.

¿Cuál es?

Que cuando termine en el puerto los negocios que allí me llevan, y vuelva al interior para continuar la campaña, ha de venir vd. conmigo.

No tengo inconveniente, le contesté.

Pues entonces, alístese vd. para que marchemos pasado mañana.

Está bien.

Llegado el día de la partida, me despedí lleno de gratitud del Lic. García y de su apreciable esposa; y entrando en la diligencia, salimos para Tacámbaro, donde nos aguardaban los caballos.

Tacámbaro era el arsenal del Estado de Michoacán, con almacenes y talleres donde se construía ó recomponía el material de guerra. De allí se proveían de municiones las fuerzas que operaban en el Estado, y también se hacía remisiones á las tropas de los Estados limítrofes.

Al día siguiente continuamos el viaje hacia la costa.

Estuvimos en la Hacienda del Tejamanil, que se halla situada al pie del volcán del Jorullo, en medio de un país desolado, cubierto de lavas.

Más adelante, pasamos el Río de las Balsas, y penetramos en el Estado de Guerrero.

Digitized by Google

Un día en que se hallaba despeado mi caballo, me propuse quedarme atrás de la comitiva, caminando al paso. En un pequeño claro que hacía el bosque por donde íbamos, encontré un grupo de individuos de la escolta del General, (1) en son de conferencia. Uno de ellos me dirigió la palabra diciendo "Mi Jefe," ¿Con que hoy se queda atrás?

Sí, le contesté. Mi caballo no puede andar, y es necesario conservarlo hasta donde lo puedan herrar.

Seguí andando paso á paso, hasta internarme bastante en el bosque. Allí puse mi caballo al galope para incorporarme á la comitiva, porque la actitud de aquel grupo de *chinacos* que se habían quedado rezagados, me dió en que maliciar.

Dos días después despidió el Gral. Doblado á la escolta para que regresaran al Estado de Guanajuato.

La mañana que marcharon encontré cortadas las *árganas* de hule que traía en ancas mi caballo, provistas de ropa blanca. Nada faltaba en ellas, lo que me hizo creer que pensaban aquellos hombres que contenían dinero; y por esto me afirmé en la sospecha de que cuando se atrasaron en el bosque, tramaban algo contra mí.

Después de algunos días de caminar por las playas de la Costa Grande, llegamos al Puerto de Acapulco.

No tardó en fondear en aquella hermosa bahía el magnífico vapor Americano *Golden Age*, en el cual se embarcaron para Panamá el Gral. Doblado, D. Juan José Baz y D. Pascual Miranda.

Yo me quedé con D. Francisco Venegas, mayordomo de D. Manuel Doblado, para embarcarnos el día siguiente en el vapor *Ungle Sam*, hermoso buque de tres mil toneladas, pero inferior al *Golden Age*.

Durante la navegación, me contó Venegas que los Señores Doblado, Baz y Miranda, iban á Veracruz, comisionados por los Estados de Guanajuato, Michoacán y México, para pedir al Gobierno que, en vista de la desgracia que perseguía á D. Santos Degollado en sus operaciones

(1) Eran unos cuantos chinacos sacados de Morelia.

Digitized by Google

militares, se diera el mando en Jefe del Ejército, al General Doblado.

A los seis ó siete días de navegacion, fondeó el *Ungle Sam* en la bahía de Panamá, donde desembarcamos.

Con objeto de dejar seguras nuestras maletas, que nos estorbaban, tomamos un cuarto en un hotel.

Después de almorzar fuímos á visitar la Catedral, dimos un paseo por la ciudad, que no tiene nada de notable, y volvimos á recoger las maletas para embarcarnos en el ferrocarril.

El dueño del hotel, que era un francés, nos invitaba á permanecer siquiera un día en Panamá, tratando de hacernos creer que diariamente había viajes á Colón, y que el vapor para la Habana no salía sino dos días después. Si lo hubiéramos creído, probablemente D. Manuel Doblado se habría embarcado en Colón, quedándonos Venegas y yo en Panamá sin recursos, y por tanto en una situación dificultosa.

Tomamos, pues, el tren, y tres horas después nos reunimos en Colón con el General.

Después de comer, se suscitó la conversación sobre la salida del paquete. El mozo de la fonda aseguraba que no saldría sino hasta el día siguiente; pero habiendo sonado un cañonazo, manifesté que aquel disparo podía ser del paquete, llamando á los pasajeros.

A esto replicó el mozo que era la retreta de un buque de guerra que se hallaba surto en la bahía.

No satisfechos con aquella explicación D. Pascual Miranda y yó, resolvimos ir á dormir á bordo, lo que desde luego pusimos en ejecución aunque no sin trabajo, porque la noche era sumamente obscura y desconocíamos la localidad.

Apenas llegamos á bordo del *Daniel Wester*, cuando el buque soltó las amarras, poniéndose en franquía.

Poco después llegaron los Sres. Doblado, Baz, y Venegas, convencidos de la marcha del vapor, al que tuvieron que atracar en una lancha.

Antes de haber pasado un cuarto de hora abandonamos el Puerto de Colón.

Digitized by Google

Se hallaban á bordo del *Daniel Wester* varios pasajeros de Colombia, del Ecuador y del Perú, los cuales simpatizaron naturalmente con nosotros, por identidad de origen y de idioma: pero esto dió lugar á continuas discusiones sobre política, que regularmente tenían lugar en la popa del buque, donde se agrupan los pasajeros americanos, admirando nuestra gesticulación y la fogosidad con que discutíamos y accionábamos.

Después de seis días de navegación, llegamos á la Habana.

Desde luego invadieron el buque los dependientes de los hoteles, repartiendo tarjetas en las cuales anunciaban sus casas respectivas, para recoger á los pasajeros que quisieran ir con ellos.

Don Manuel Doblado prefirió el Hotel Metropolitano, en cuyo bote nos instalamos.

Los botes de los otros hoteles también se llenaron de pasajeros, pero ninguno partió, hasta que el oficial de los carabineros que se hallaba en una falúa, no dió orden al efecto.

La cuadrilla de botes comenzó á bogar, custodiada por la falúa de los carabineros, que remaban á retaguardia.

De aquel modo nos dirigimos á la Aduana, donde fueron registrados los equipajes; recibiendo yo una fuerte reprimenda del vista, porque llevaba un paquete de periódicos extranjeros que el Administrador de Correos de Acapulco me suplicó que condujera á la Admidistración de Veracruz.

Los sucesos que tuvieron lugar en la Habana, aunque curiosos, no son propios de este lugar. Sólo mencionaré que el dueño del hotel en que estábamos alojados, como habían hecho los de Panamá y Colón, trataba de detenernos, haciéndonos creer que el paquete inglés saldría un día después del en que debía salir.

A no ser porque D. Juan José Baz estuvo en el Consulado Inglés, y allí supo la marcha del paquete, indudablemente nos hubiéramos quedado un mes en la Habana.

Digitized by Google

Llegamos á bordo con mil trabajos, en el momento en que el buque recogía las escalas.

Cinco minutos después atravesamos la bahía.

Durante la navegación sufrimos un fuerte norte, que no dejó de causarnos molestias y temores.

Fondeamos en la Barra de Tampico, para recoger la plata y pasajeros, y al día siguiente echamos el ancla en Veracruz.

Mientras hacíamos nuestra larga correría por el itsmo, nuevos acontecimientos funestos para la causa liberal habían ocurrido.

Veracruz se preparaba para recibir la segunda visita de Miramón.

Don Santos Degollado, que de San Luis bajó á Tampico, se hallaba en Veracruz, previniendo así el golpe de que estaba amenazado.

D. Manuel Doblado fué mal recibido por el Gobierno, y á consecuencia de un desaire, tomó el vapor *Tennessee* y partió para Nueva Orleans.

Yo, que nada sabía, fuí de visita á casa de D. Manuel Gutiérrez Zamora, donde hallé á Baz y á Miranda que criticaban acervamente á Doblado. Como me señalara el primero el humo del vapor que se perdía en el horizonte, apostrofando á D. Manuel Doblado, yo le contesté que de aquel señor no podía hablar mal, porque de él había recibido favores y estimación.

Pocos días después se me mandó poner á las órdenes del General Rosas Landa, para marchar á Oaxaca.

Digitized by Google

NOTAS.

I.

La impresión profunda que causaron en la sociedad los fusilamientos de Tacubaya, y la conducta que después de ellos observaron los liberales, respetando á los prisioneros, ó poniéndolos en libertad, como lo hizo D. Manuel Doblado con los de la acción de Las Animas, que tuvo lugar pocos días antes de la batalla de la Estancia; obligaron á los reaccionarios á dar cuartel á los que cayeron en su poder en aquella batalla.

No obstante, poco satisfechos de que no corriera la sangre, escogieron una víctima para sacrificarla. Esta fué, el desgraciado Capitán de Artillería D. José Hoffman.

Para dar á su acto cierta apariencia de justicia, le formaron consejo de guerra, dándole el nombre de *Cheesman*, (1) acusándolo de haber puesto las minas que determinaron la toma de Guadalajara; y sentenciándolo á muerte, como ejemplo para que los *yankees* no tomaran parte en nuestra contienda. Por supuesto, que Hoffman no era yankee, ni había estado en Guadalajara, ni se llamaba *Cheesman*.

Hoffman hacía algunos años que servía en el Cuerpo de Artillería, y era conocido por todos los Oficiales del arma. De consiguiente, todo fué un tejido de embustes y supercherías, para sacrificar al desdichado Hoffman.

El Diario del Fusilado, impreso en Querétaro con motivo de esta inicua ejecución, lo tuve en mis manos en Morelia.

Odiaban á Hoffman porque á la caida de Comonfort le hicieron proposiciones para que sirviera á la Reacción, á lo que él se negó, porque sus simpatías estaban del lado de la Reforma, y porque creía que el Gobierno de Juárez era el legítimo, á quien debía servir.

II.

En un periódico de aquella época se lee lo siguiente: "Des lettres particulières, datées de Querétaro le 13, ont été reçues á México.

Il est dit dans une de ces lettres, d' après la *Sociedad*, que l' américain fait prisonnier dans le combat de la Estancia et conduit, depuis, á Querétaro, est le célèbre Cheesman."

(1) Hay que advertir que Hoffman era muy torpe para expresarse en español.

Digitized by Google

Digitized by Google

OPERACIONES

Militares en Oaxaca.

1860.

Digitized by Google

Digitized by Google

Operaciones Militares en Oaxaca.

DEFINICIONES.

—

SITIO.

En el Diccionario Militar del Brigadier D. Francisco de Moretti, se lee la siguiente definición.

"Sitio."—"La acción de acampar un ejército al *derredor* de una plaza, fortaleza, castillo ó líneas enemigas, *cercándolas de manera que se impida la entrada en ellas de tropas, víveres y municiones etc.*, á fin de tomarlas por hambre ó por fuerza.

"El sitio puede ser formal ó violento: es formal cuando los sitiadores, habiendo concluído las líneas de circunvalación fuera de los tiros de la plaza etc., van adelantando sus obras hacia aquella, por medio de las líneas paralelas ú otros trabajos; es violento cuando el sitiador, dejando de practicar los trabajos preliminares de un sitio, *se coloca desde luego sobre el glacis y se atrinchera en él* para obrar hostilmente."

Digitized by Google

"Sitiar."—Cercar alguna plaza ó fortaleza, á fin de desposeer de ella á los que la defienden, formando á este efecto los sitios."

En el suplemento del Diccionario de Artillería del Gral. Cotty, se lee:

"Sitio de una plaza de guerra."

"Operaciones de un ejército delante de una fortaleza que se quiere atacar y tomar. Es la parte más difícil de la guerra, á causa de los talentos que exije, &. &."

En el "Tratado de Fortificación" de A. Ratheau, capítulo III, hablando de los sitios se lee lo siguiente:

"Hemos dicho en el capítulo II que hacer el sitio de una plaza no es otra cosa que tratar de tomarla por *medios lentos*, pero seguros y *sometidos á determinadas reglas*. Expondremos esta marcha en detalle en el capítulo siguiente; pero antes, para no detenernos á cada instante por la descripción de los procedimientos que se han de emplear, describiremos los principales."

"Es menester poder aproximarse á las fortificaciones, *á cubierto del cañón de los defensores*, para penetrar en las diferentes obras *después de haber derribado las murallas* y llegando así, *siempre abrigados*, hasta el último retrincheramiento. *No es sino por medio de numerosos* trabajos de *terracería*, *llamados también trabajos de Zapa*, *como podrá alcanzarse este objeto*."

Dice el Ayudante General D. Ignacio Mora y Villamil en sus "Elementos de Fortificación."

"Las plazas pueden tomarse por cuatro especies de ataque."

"Por un ataque en regla ó *sitio*, por bloqueo, por bombardeo, ó por sorpresa."

Finalmente, el Diccionario de la Academia Española en su última edición de 1884, dice:

"*Sitio*."—*Cerco* que se le pone á una plaza ó fortaleza, para combatirla y apoderarse de ella."

Sitiar.—"*Cercar* una plaza ó fortaleza para combatirla y apoderarse de ella."

Digitized by Google

ASEDIO.

Asediar una plaza.—Dice Moretti: *rodearla* de tropa para principiar su ataque."—(Véase bloquear).

Asedio.—"Lo mismo que bloqueo."

Dice el Diccionario de la Academia:

Asedio.—"Bloqueo, sitio."

Asediar.—"Poner asedio á una plaza, á un fuerte. Bloquear, sitiar."

BLOQUEO.

Segun Moretti.

Bloqueo.—"Ocupación de las avenidas de una plaza, para impedir la entrada de tropas y víveres, y tomarla por hambre."

"Los bloqueos se verifican de dos modos."

"1.º Fortificando ú ocupando puestos á alguna distancia de la plaza, principalmente sobre las orillas de los ríos (por debajo ó por encima de ellos) y sobre los caminos reales y las avenidas. En todos estos puntos se coloca la infantería y caballería, de modo que puedan comunicarse entre sí para vigilar que no entren socorros en la plaza bloqueada."

"2º De más cerca con líneas de circunvalación y contravalación, en las que se establece el ejército bloqueante, y entonces se llama sitio."

Dice el Diccionario de la Academia:

"Bloqueo. Acción y efecto de bloquear."

"Bloquear. Asediar de modo que se evite la entrada de refuerzos, vituallas y objetos útiles en la plaza que se quiere tomar."

Según expresan las definiciones que acabo de copiar, el "*Sitio*," el "*Asedio*" y el "*Bloqueo*" tienen de común la circunstancia de *rodear* é incomunicar con el campo, el perímetro de la plaza que se ataca. Téngase esto presente para tomarlo en consideración cuando llegue la vez.

Digitized by Google

PRELIMINARES HISTORICOS.

A fines del año de 1857, y pocos días antes de que el Presidente Comonfort diera el Golpe de Estado que tantos males produjo á la República, y que tanto desprestigio causó á su autor; el General D. José Miguel Echegaray batía y derrotaba en Amozoc al cabecilla reaccionario D. José María Cobos.

Después de su derrota, este Jefe, con los restos de las tropas que pudo salvar, se dirigió á la capital del Estado de Oaxaca, que no contaba con más guarnición que la Guardia Nacional.

Ignoro con qué número de soldados entró á la ciudad el citado Cobos; pero la guarnición que la cubría creyó conveniente abandonar parte de ella, y concentrarse al fortísimo convento de Santo Domingo, en donde se fortificó.

Cobos por su parte, no creyéndose capaz de tomar tan formidable punto, fortificó también un perimetro que encerraba la plaza principal.

Varios días se pasaron en tiroteos sin resultado por una y otra parte. Pero los de Oaxaca, porque se les agotaban los recursos, ó por otros motivos que ignoro, se resolvieron á abandonar la posición y dirigirse á la Sierra de Ixtlán, cuyo movimiento quedó resuelto para verificarlo en la mañana del día 16 de Enero de 1858.

Cobos, que probablemente contaba con espías en el campo liberal, tuvo conocimiento de aquella determinación, y se propuso contrariarla. Dejó un destacamento en su perímetro fortificado, y con la mayor parte de sus fuerzas, salió á la madrugada de la ciudad y se situó sobre el camino que tenían que seguir los liberales. Estos, que supieron lo ocurrido, mirando que ya no era posible la retirada, se resolvieron á jugar el todo por el todo, y tomaron la atrevida resolución de asaltar el perímetro de la plaza.

Digitized by Google

Las mismas columnas que estaban formadas para marchar, se dirigieron rápidamente por varias calles sobre los parapetos enemigos; y antes de que se repusieran los defensores de la sorpresa que les causó tan inesperado ataque, los liberales dieron el asalto, tomando prisioneros á la mayor parte de los reaccionarios.

Cuando Cobos quiso ocurrir al socorro de sus soldados, halló que todo había concluído; y no creyendo oportuno el arriesgar un asalto, se alejó de Oaxaca.

Cobos había ocupado la ciudad más bien por la influencia moral que causó su aparición repentina en el Estado, y por las noticias exajeradas que esparcieron sus partidarios, que por la fuerza material con que contaba.

No sé con que número de hombres se presentó; pero sí que iba tan escaso de municiones, que conducía cajones cargados de tierra para aparentar que estaba bien provisto. Igualmente carecía por completo de cápsulas de guerra, y los soldados tenían que servirse de cabezas de cerillos fosfóricos, sistema en extremo defectuoso.

Estos detalles me fueron referidos multitud de veces, por los mismos Jefes y Oficiales liberales que tomaron parte en los sucesos.

Entiendo que los reaccionarios carecían de artillería, y si tenían alguna, debe haber sido poca y de montaña.

La fortificación que improvisaron se componía de parapetos formados de vigas, sin fosos ni otras defensas.

Aquella fortificación, con la poca fuerza que la defendía, y la escasez que tenía de municiones, pudo ser asaltada por las columnas liberales que avanzaron intrépidamente en un momento de entusiasmo.

No pretendo de ninguna manera disminuir el mérito de la acción del 16 de Enero; pero ruego á los que lean, que tengan presentes todas las circunstancias que concurrieron en el hecho, para que las recuerden cuando llegue la vez.

Repito, que todas las noticias que preceden, las adquirí de boca de varios Jefes y Oficiales que fueron testigos y actores en aquellos acontecimientos.

Digitized by Google

Digitized by Google

GUERRA DE REFORMA.

LIBRE Oaxaca de las fuerzas reaccionarias que pretendieron dominarla, pudo enviar á Veracruz, donde se había establecido el Gobierno, una brigada que en aquella plaza prestó importantes servicios.

Al mismo tiempo levantaba nuevas fuerzas, para poner al Estado á salvo de un golpe de mano de los reaccionarios.

Los repetidos triunfos que éstos obtuvieron en el interior de la República, los puso en aptitud de enviar sobre Oaxaca una expedición al mando del General Miñón, en el Otoño de 1859.

El Coronel D. Ignacio Mejía ocupó el pueblo de Teotitlán para disputarle el paso, con dos mil hombres de la segunda brigada del Estado, cuyo mando acababa de recibir.

El treinta de Octubre se trabó un combate, en el que las fuerzas liberales fueron derrotadas, y se dispersaron en su mayor parte.

Grande fué la impresión que este acontecimiento causó en la capital del Estado; y no contando con otros me-

Digitized by Google

dios de resistencia que con 247 hombres del batallón Juárez, el Gobierno resolvió evacuarla y refugiarse en la sierra de Ixtlán.

Esto se verificó el cuatro de Noviembre, y el seis del mismo entró en Oaxaca la vanguardia del enemigo, que mandaba D. Marcelino Cobos con fuerza de 600 hombres.

El diecinueve lo verificó D. José María Cobos con otros 500 hombres y seis cañones.

Entiendo que deben haberse incorporado después más tropas y más artillería, (1) según aparece por los acontecimientos que siguieron.

A pocos días Cobos destacó una partida con objeto de batir al Coronel D Porfirio Díaz, que se hallaba en Tehuantepec. Este Jefe levantó la gente que pudo, y concentrándose en Juchitán, logró derrotar al Jefe reaccionario.

En seguida se dirigió con sus fuerzas hacia el centro del Estado, con el objeto de incorporarse á las de la Sierra, mientras éstas se movían combinadamente para facilitar la operación.

Pero el enemigo logró interponerse entre las dos columnas, y habiendo derrotado en Mitla al Coronel Díaz, el 23 de Enero de 1860, se preparó á recibir á las fuerzas que descendían de la Sierra, acaudilladas por el Gobernador del Estado, Díaz Ordaz.

El total de las fuerzas que mandaba este señor, ascendía á mil ciento veintitrés hombres y dos obuses de montaña.

Don José María Cobos, con fuerzas muy superiores en número á las liberales, les salió á éstas al encuentro en Santo Domingo del Valle, donde siendo derrotado con pérdida de seis piezas de artillería, se refugió violentamente en la ciudad.

Por desgracia, esta victoria costó muy cara á los liberales, pues entre los muertos que tuvieron se contaba á

(1) Supongo que al evacuar á Oaxaca, dejaron los liberales alguna artillería.

Digitized by Google

su Gobernador y caudillo, causa por la que detuvieron su marcha triunfante sobre la capital.

Esta acción tuvo lugar el día 24 de Enero de 1860.

Cuando el Licenciado D. Marcos Pérez cubrió la vacante que había dejado en el Gobierno el Señor Díaz Ordaz y se hubo nombrado Comandante de la brigada al Coronel D. Cristóbal Salinas, pudo continuarse la marcha interrupida.

En los días 31 de Enero y 1º de Febrero, llegó la columna, aumentada con la fuezas que condujo el Coronel Díaz, al píe de los cerros que dominan á la ciudad de Oaxaca, y después de algunos tiroteos, logró ocuparlos definitivamente el día 2.

Todas estas noticias las he tomado de la Memoria que el Coronel Ramón Cajiga, testigo de los hechos y Gobernador del Estado, presentó al Segundo Congreso de Oaxaca el 16 de Septiembre de 1861.

El Gobierno de Veracruz nombró al General D. Valente Rosas Landa para dirigir las operaciones sobre la ciudad, y con él á varios Jefes y Oficiales que llevaba á sus órdenes.

En los días 14 ó 15 de Febrero llegó el General con sus subordinados al campamento liberal.

Los Jefes y Oficiales que llevaba á sus órdenes eran los siguientes:

Coronel Villasana.
Teniente Coronel Zuveldía.
,, Centeno
,, Balbontín.
Comandante Subikurski.
,, Tabakinscki.
,, Enasti.
Capitán Licastro.
,, Baysse.
,, Luévanos

y otros varios subalternos cuyos apellidos no recuerdo, entre ellos, un americano que se llamaba Juan, que no

Digitized by Google

figuraba con ningún grado, y que luego fué conocido por Juan Particular.

Al encargarse del mando el General Rosas Landa, el estado de las cosas era el siguiente:

Según la revista pasada el 7 de Febrero, la brigada ascendía á mil cuatrocientos hombres, entre ellos, unos setenta de caballería mal montados y mal armados, que casi nunca se hallaban en el campo, por andar expedicionando con objeto de arbitrar víveres y otros recursos para la tropa.

La artillería constaba de cinco obuses de á 12c. de montaña, de dos obuses de 12c. alargados y de un cañón largo del calibre de á 6.

El armamento de la infantería se componía de fusiles de percusión de 14 y 15 adarmes, de fusiles de chispa de 15 adarmes, de carabinas de Minié, de rifles de Mississippí y de fusiles de 19 adarmes.

Cuando la brigada salió de la Sierra, el día 20 de Enero, llevaba 200 tiros para la artillería y 104,440 cartuchos para la infantería. De estas cantidades deben deducirse las municiones que se consumieron en la acción de Santo Domingo del Valle, y aumentarse las que allí se le quitaron al enemigo.

No tengo datos para saber cuál era el estado del parque á la llegada del General Rosas al campo, pues los más próximos á aquella fecha que conservo, son de 3 y de 7 de Abril.

En 3 de dicho mes el estado de existencias era el siguiente:

565	granadas de á 12c. entre ellas 81 sin cargar.
11	botes de metralla para obús de á 12c.
86	balas de á 6.
11	granadas de á 6.
673	total.

En la relación del día 7 aparecen 88,376 cartuchos con bala, para armas portátiles de todos calibres.

Digitized by Google

Tenemos, pues, 576 tiros para obús de á 12ᶜ, tocándoles 82 por pieza y 97 tiros para cañón de á 6.

A cada soldado le tocaban $63\frac{176}{1400}$ tiros; y suponiendo que tuvieran cuatro paradas en la cartuchera, serían $103\frac{176}{1400}$ tiros por hombre.

En una acción en que tomara parte toda la brigada, suponiendo que la artillería podía disparar cinco tiros por minuto, consumiría sus municiones en menos de media hora.

La infantería, disparando también dos tiros por minuto, por hombre, consumiría en menos de una hora sus municiones.

En cuanto á instrumentos de zapa, habría en el parque hasta una docena de útiles.

Respecto á proveeduría de víveres, no existía, alimentándose la tropa con la harina y las reses que la caballería conducía al campo.

Los botiquines y todo lo concerniente á la ambulancia se hallaba en consonancia con los demás servicios.

Por último, la Tesorería no tenía un real, y los pocos fondos que se recaudaban por la caballería, servían para gastos urgentísimos y para dar cada quince días medio real á la tropa y pequeñas cantidades á los Jefes y Oficiales.

Por lo que hace á la calidad de las tropas, los batallones Juárez, Morelos y segundo, se componían, en mucha parte, de la gente que había formado los cuerpos activos del Estado, que fueron disueltos á la caída del General Santa Anna. Tenían regular instrucción y se lanzaban al combate con mucha bizarría. Respecto de disciplina, dejaban bastante que desear, como se verá en el curso de estos apuntes.

Las demás fuerzas eran compuestas de indígenas de la Sierra, excelentes tiradores y de buena moralidad; pero sin ninguna instrucción capaz de que pudieran combatir en campo raso, donde fuese preciso maniobrar.

El lado débil de esta fuerza consistía en que con frecuencia pedían permiso para ir á sus casas los soldados, donde permanecían por algunos días; verificándose así,

Digitized by Google

que continuamente iban y venían de la Sierra, disminuyendo el efectivo de combatientes que había en el campo.

Estos eran los elementos con que se contaba para tomar la ciudad de Oaxaca.

Véase ahora la situación topográfica de esta ciudad.

Entre el valle de Tlacolula, que se halla al Oriente, y el valle de Etla, situado al Occidente, se avanza un estribo de la Sierra de Ixtlán, que los divide, y va deprimiéndose gradualmente hasta terminar hacia el Sur á poca distancia del monte Alban, dejando un paso estrecho que comunica los dos valles referidos.

En el término de dicho estribo, y en su descenso, comienza el caserío de la ciudad en el punto llamado "El Petatillo," extendiéndose en seguida en la llanura que da principio al valle de Tlacolula.

Con el caserío de la ciudad se liga el del Marquesado, siguiendo las irregularidades del pié del estribo y volteando al Occidente del valle de Etla.

Esta descripción se hará más comprensible, dirigiendo una mirada al croquis que al fin de estos apuntes se acompaña y que servirá también para entender fácilmente la relación de las operaciones militares que tuvieron lugar á principios del año de 1860.

Las fuerzas de la Sierra se habían aproximado á la ciudad, ocupando las alturas que la dominan, donde establecieron su campamento á cielo raso y se decía que estaban sitiándola. Pero la verdad de las cosas es que ellas eran las sitiadas, porque careciendo de caballería y disponiendo el enemigo de un número respetable de esta arma, él dominaba en ambos valles, y la gente no podía bajar á proveerse de agua, que tenía que tomar en el río Atoyac, sino en la noche, ó aprovechando la ausencia de fuerzas enemigas.

En el valle de Tlacolula los reaccionarios tenían de día y de noche un escuadrón montado (*a*), enfrente de nuestras posiciones, con algunos ginetes avanzados que observaban cuanto pasaba en los cerros.

Ignoro si el enemigo comenzó á fortificar la ciudad desde el momento que la ocupó, pero á la llegada del

Digitized by Google

General Rosas Landa, contaba con un extenso perímetro fortificado que abrazaba los edificios más fuertes.

Por el Norte, Santo Domingo y el Carmen; por el Oriente, la Merced; por el Sur, San Francisco; y por el Occidente la Sangre de Cristo; ocupando el ángulo S. O. el fuerte Convento de la Concepción.

De todos modos, desde el 24 de Enero en que tuvo lugar la acción de Santo Domingo, hasta el 15 de Febrero en que llegó al campo el General Rosas, tuvo el enemigo 22 días para fortificarle, y los aprovechó perfectamente.

Las calles estaban cortadas con parapetos de relieve y espesor considerable, defendidos por anchos y profundos fosos llenos de agua.

Las alturas cubiertas con sacos á tierra y las bóvedas de las iglesias con artillería. Las tapias y paredes de las casas, aspilleradas, y las puertas barricadas.

La guarnición era más fuerte en número que la fuerza destinada para atacarla; la artillería también más numerosa, contaba con mayores calibres que la nuestra.

Sabido es que la construción de los edificios de Oaxaca se hace en gran solidez, á consecuencia de los frecuentes terremotos, y que en este concepto, no hay ninguna población que le supere en la República.

Hablando el Capitán Mr. G. Nio, perteneciente al Estado Mayor del Ejército Francés, en su obra titulada "Expedición de México 1861.—1867," de la resistencia que podría oponer Oaxaca, se expresa así:

"Las obras defensivas del enemigo eran bastante importantes para exigir en cierto modo *las operaciones de un sitio regular*. Cuatro grandes Conventos colocados en los cuatro puntos cardinales de la Ciudad, formaban en alguna manera los bastiones de un basto reducto cuadrado, en que una doble línea de barricadas y de casas fortificadas formaban las cortinas" [pág. 447.]

Los franceses llevaron seis mil hombres al asedio, con doce cañones de á 12 de *sitio*, dotados cada uno con *tres mil* proyectiles: ocho cañones de á 4 R. rayados: seis

Digitized by Google

morteros de varios calibres, y dos obuses de á 12 de montaña servidos por sus auxiliares. Total 28 piezas de acción eficaz. [pág. 448.]

Es verdad que la ciudad se hallaba en mejor estado de defensa que en 1860; pero comparando estos elementos con los que nosotros poseíamos en aquella época, se podrá notar una desproporción extraordinaria. También hay que notar que en esta ocasión, los cerros los ocupaban los defensores de la ciudad, habiendo construido en ellos algunas obras de campaña de poca importancia. Pero esta no era la gran dificultad que tenían que vencer los franceses, sino los parapetos construidos en la calle.

En Puebla tomaron en tres días el fuerte de San Javier, muy superior á los construidos en Oaxaca, y demolieron el Fuerte de Ingenieros de mayor importancia; pero fracasaron completamente en todos los ataques que dieron en las calles; y durante dos meses, en los que apelaron á todos los recursos que ofrece el arte, sin excluir las minas, no lograron penetrar en el recinto fortificado.

La razón es muy sencilla.

En las obras descubiertas de las plazas, es fácil concentrar el fuego de las baterías sobre los puntos convenientes; desmontar la artillería del sitiado, abrir brecha y dar el asalto, ya sea marchando con la zapa, ya lanzando las columnas después de un vivo cañoneo, según sea la calidad de la obra que se ataca y la fuerza que la defiende.

Mas en las calles, en donde no hay campo de tiro para la artiliería, donde no pueden enfilarse las piezas enemigas, ni dominarlas por el número, viene á ser ineficaz su acción; y sólo por medio de horadaciones, por el incendio, por la mina, y en caso raro, por una batería que encuentre emplazamiento para establecerse con campo de tiro despejado, podrá abrirse brecha en el recinto fortificado.

Para mayor inteligencia pondré aquí algunos ejemplos gráficos en apoyo de lo que llevo expuesto, y servirán mejor que largos razonamientos.

Digitized by Google

Sea en la figura primera *A B*, un frente de un recinto fortificadado compuesto de dos medios baluartes y una cortina: cada medio baluarte consta de una cara y un flanco.

Las líneas que parten hacia el lado exterior representan la dirección de los fuegos de estas distintas partes. Se vé en seguida que si una fuerza quisiera atacar siguiendo la línea de los puntos *C D*, tendría que pasar por los puntos *E F*, donde concurren los fuegos de los medios baluartes y de la cortina, siendo aquellos más peligrosos á proporción que la fuerza avanzase, por ser más eficaz la acción de la metralla y de la fusilería. Por el contrario, siguiendo las capitales de los baluartes *G H*, que se hallan más desprovistos de fuegos, la empresa puede ser realizable.

Es bien sabido que estos ataques se verifican píe á píe por medio de la zapa, y protegidos por baterías; pero aquí haré abstracción de los detalles, pues es mi ánimo hacer fácil la comprensión de este relato.

Pero por lo expuesto no es difícil comprender que todo ataque al descubierto que siguiera la línea de puntos *C D*, terminaría por una catástrofe, pudiendo establecerse desde luego, que aun los ataques cubiertos por la zapa nunca se dirigen sino siguiendo las líneas *C H*, capitales de los baluartes.

En la figura 2ª la línea *A B* representa una serie de baluartes y cortinas. Se vé en ella el modo con que se establecen las baterías *C*, para enfilar y desmontar la artillería de los baluartes adyacentes *D*, abrir brecha en el saliente *F* y dar el asalto siguiendo la dirección de la capital *C H*, con la columna *E*, precedida de una multitud de tiradores que al llegar sobre la contra escarpa auyenten de la brecha á los que la defienden y desvíen los fuegos de los que tiran desde los parapetos.

Esta clase de asaltos, que se llaman á viva fuerza, se efectúan sobre obras de campaña ú otras que sean de poco relieve y que no tengan revestimiento de mampostería. Pero en uno y en otro caso, la artillería ha podido

Digitized by Google

hallar fácilmente emplazamientos donde colocarse con ventaja, para arruinar la artillería y las defensas de los atacados.

Solamente de este modo se concibe, que puedan abordarse fortificaciones relativamente importantes.

La figura 3ª representa una parte del recinto fortificado en el interior de una ciudad. Sea la línea de manzanas *A B*. Las calles *C D* han sido cortadas con los parapetos y fosos (a). En este sistema pueden considerarse las manzanas *F*, como baluartes con sus caras (b) y sus flancos (c) y los parapetos y fosos como cortinas.

Observando los fuegos cruzados que producen los flancos con los parapetos, que pueden aumentarse formidablemente con los de las alturas, se comprende muy bien que si el ataque de una cortina en una fortificación descubierta es poco menos que imposible, en el caso presente las dificultades se aumentan; y que semejantes ataques no puede menos de ser desgraciados.

El uso de la artillería es de poca utilidad, porque las manzanas *E* ocultan completamente los parapetos (a), que no pueden ser enfilados; no quedando otro recurso que colocarla en (d,) naturalmente cubierta.

En este caso no puede dominarse la artillería contraria, porque el mismo número de piezas que se pongan en batería podrá oponer el defensor, quedando reducido todo, á un fuego directo que mantendrá las cosas en equilibrio.

En este sistema, los ataques tienen que dirigirse á las que hemos llamado caras de los baluartes, esto es, á las cabeceras de las manzanas, lo que tendrá que verificarse fórzosamente por medio de horadaciones que harán las veces de las paralelas y de los *zigs zags* que se construyen en los sitios, y nunca meter las columnas directamente por las calles, pues serían indudablemente acabadas.

Cuando llegaren los trabajos á hallarse frente á la línea enemiga, de acera á acera, restará penetrar en el recinto de la plaza.

Digitized by Google

Los medios que pueden practicarse para conseguirlo, son los siguientes:

1º Por la escalada.
2º Por el incendio.
3º Por la mina.
4º Por la artillería.

Para usar el primer medio sería necesario que el sitiado hubiese descuidado barricar balcones y ventanas; que éstas no se hallasen á considerable altura, y que la fuerza del enemigo fuese poca y descuidada; y finalmente, que el punto donde se verificase la escalada no estuviese flanqueado.

El segundo medio daría lugar á formar una nueva línea de defensa dentro ó detrás de la misma manzana, porque el incendio detendría nuestra marcha mientras durase.

Las minas son indudablemente el mejor recurso para estos casos, porque pueden practicarse fácilmente, si el terreno es seco; y si no son sentidas, el enemigo sorprendido no tiene tiempo para hacer nuevos retrincheramientos, ni para rechazar el asalto, que debe seguir inmediatamente á la explosión.

En cuanto al abrir brecha con la artillería, es recurso seguro; pero solamente en el remoto caso de hallar un lugar á propósito para establecer las baterías, y que estas sean de calibre suficiente para vencer la resistencia que los muros puedan oponer.

Ya conocidos los recursos con que contaban los liberales, y los medios defensivos de que disponían sus contrarios, tomando también en cuenta las consideraciones militares que acabamos de exponer, sobre el valor relativo de las fortificaciones y el modo posible de atacarlas, podemos comenzar la historia de los tres memorables meses que duraron las hostilidades entre los dos campos.

En cuanto llegó el señor General Rosas Landa y se impuso del estado en que todo se hallaba, dispuso la construcción de una barraca para poner á cubierto las

Digitized by Google

municiones y armamento del parque general, que estaban esparcidos en el campo, sin ninguna seguridad.

Mandó igualmente, que en los puntos artillados se construyesen repuestos cavados en tierra, donde se colocasen las municiones para ponerlas á cubierto tanto de la intempérie como de los proyectiles enemigos.

Ordenó que se repusiera un puente de vigas que servía para pasar una gran cortadura escavada entre las mesetas de la Soledad y de la Libertad, que fué practicada en tiempo de la insurrección, y cuyo puente habían desvaratado sin motivo.

Hizo también que el Fortín de la Soledad, comenzado á construir con sacos á tierra, se continuara hasta concluirlo.

Prohibió que se hiciera fuego de artillería sin objeto, y del cual se había hecho un grande abuso, pues si bien era cierto que el enemigo consumía gran cantidad de proyectiles, también lo era que no causaba en nuestro campo efecto alguno sensible.

Con nuestras piezas de débiles alcances, colocadas á una altura considerable y á larga distancia, no podíamos causar daño mayor, porque los proyectiles cuyas trayectorias eran fijantes no tocarían más que un punto donde cayendo quedarían inmóbiles.

Esta clase de fuegos que se llaman verticales, se usan ventajosamente en el ataque y defensa de las plazas, para buscar el enemigo detrás de las obras. *Carnot* los recomienda mucho en su "Defensa de las Plazas Fuertes." Así es que obuses (cortos) morteros y pedregosos se sitúan á descubierto para disparar con débiles cargas por encima de las murallas y arrojar sus proyectiles sobre los trabajos del sitiador. Pero esto se hace cuando aquel avanza á la zapa hacia el glacis. Para esto se coloca un número competente de aquellas piezas de grandes calibres y se hacen converger sus fuegos en el punto conveniente, sobre el cual se arroja una lluvia de proyectiles. Como puede observarse, no es este el caso en que se hallaba nuestra artillería. Reducida á un número demasiado corto, con calibres por demás débiles, situada en una emi-

Digitized by Google

nencia á distancia considerable, y cuando no se trataba de ningún ataque, se hubieran consumido sus municiones, sin que algún daño accidental que se hubiera causado á la guarnición, contribuyera en modo alguno en el resultado de las operaciones. Se sabe que todos los escritores militares proscriben los cañoneos que no tengan más objeto que algunos grupos de hombres aislados, y las luchas con la artillería enemiga, sino en el caso que se prepare un ataque decisivo.

Había también una razón de importancia, y era que la escasez de municiones nos obligaba á conservar las nuestras para los momentos críticos.

Así, pues, quedó ordenado que sólo se hiciera uso de la artillería en el caso en que el enemigo intentase un ataque formal á los cerros.

Se dictaron algunas providencias para el mejor servicio, nombrándose Mayor General al Coronel Villasana, y dando á los demás Jefes y Oficiales que el General llevó, diversas comisiones; ya señalándoles puntos en el campo, ya nombrando ayudantes del General.

Todas estas disposiciones fueron muy mal recibidas por la mayor parte de los que componían la brigada, porque desde luego denotaban que la situación expectante se iba á prolongar por tiempo indefinido. Se había creído que en el momento de la llegada del General se daría el asalto á la ciudad, y se sufría una descepción dolorosa.

Como gran parte de la tropa y casi todos los Jefes y Oficiales eran vecinos de Oaxaca, donde tenían sus familias é intereses, ardían en deseos de entrar á sus hogares, considerando que la decisión de que se hallaban animados sería bastante para vencer todos los obstáculos.

Además, muchos empleados, unos con sus familias, y otros sin ellas, habían seguido á las tropas, lo mismo que mucha gente del pueblo que no quería sufrir el yugo reaccionario. El campamento estaba lleno de ella, y puede concebirse la miseria que sufriría sin hallar modo de proporcionarse recursos y sin esperanza de ob-

Digitized by Google

tenerlos del Gobierno, que no tenía ni con que pagar á las tropas que estaban al frente del enemigo combatiéndolo.

Era un clamor general, que se debía dar el asalto sin más dilación; sin meditar que la situación de todos se haría más crítica, si, lo que era seguro, sufríamos una derrota.

Si el Coronel D. Cristóbal Salinas ú otro de los Jefes Oaxaqueños hubiera tenido el mando, desconociendo el valor real de la fortificación que tenía que expugnar, y excitado por la pasión que ardía en todos los pechos, hubiera ordenado el asalto, y éste hubiese producido una derrota que habría llenado de luto á Oaxaca; se le hubiera absuelto por su temeridad, en atención á que no era militar de profesión y hallarse sobrexcitado por un ardiente patriotismo.

Pero el General Rosas Landa, que veía las cosas con serenidad, sin estar afectado por las pasiones que fermentaban en el campo, debía de obrar de otro modo.

Comprendió desde luego, que con los elementos que contaba no era posible intentar, sin eminente peligro, un asalto á la ciudad; y en lo que en mi concepto hizo mal, fué en hacer concebir esperanzas al Gobierno de Veracruz de que más adelante la ciudad podía caer en su poder.

Pocos días después de la llegada del General se presentaron en su barraca, sin haber sido invitados para ello, los principales Jefes, pidiéndole que inmediatamente ordenara el ataque á viva fuerza sobre la ciudad.

El General oyó con calma las pretensiones de los exponentes; les manifestó que deseaba saber si habían concebido algún plan para el ataque, y cuál era este.

Bien sabía el General que en todo ejército disciplinado aquellos Jefes cometían una grave falta que debía ser reprimida con energía; pero tratándose de guardias nacionales del Estado, era necesario manifestar la mayor prudencia, y esperó tranquilamente la respuesta.

Esta fué, que se formarían tres columnas, las que avan-

Digitized by Google

zando por distintas calles, se lanzarían sobre los parapetos, asaltándolos.

El General contestó que aquellas tres columnas, descendiendo de los cerros, serían vistas y cañoneadas durante su marcha: que después la metralla y la fusilería de las alturas y de los parapetos, desde el momento en que las columnas aparecieran en las calles, hasta su llegada al pie de la fortificación, harían en ellas horribles estragos impunemente, pues no podrían detenerse á hacer fuego sin hacer su situación más crítica: que al llegar al pie de los parapetos ocurriría la más terrible de las crisis, pues se hallarían con fuegos cruzados á quemaropa, del frente, de los flancos y de las alturas, y en la imposibilidad de salvar los fosos y escalar los parapetos, que se conservarían intactos sin presentar brecha alguna por donde poder penetrar: que sería muy probable que en estas circunstancias el enemigo hiciera una salida con infantería y caballería para atacar los flancos de las columnas, que ya comprometidas de frente, no podrían oponer ninguna resistencia: que en tal caso la destrucción de la brigada sería completa.

Contestaron que ellos tenían seguridad de tomar la plaza. Y preguntados en qué fundaban esa seguridad, respondieron que en el valor indomable de los soldados; en que el enemigo abandonaría los parapetos en cuanto viese avanzar las columnas, y en la experiencia que tenían de su superioridad sobre el enemigo, como lo probaban las jornadas del 16 de Enero y de Santo Domingo del Valle.

El General dijo que no dudaba del valor proverbial de los hijos de Oaxaca: que creía que llegarían hasta el pie de las fortificaciones enemigas; pero que una vez allí, ese mismo valor sólo serviría para que fuesen destruidos sin conseguir el objeto que se proponían: que en una acción campal, un momento de audacia por una parte, ó de debilidad por la otra, puede hacer que una tropa poco numerosa derrote á otra superior en número y en elementos; pero que en tratándose de fortificaciones, el valor por sí solo no es bastante para expugnarlas: que

Digitized by Google

ningún ejército por numeroso, aguerrido y valiente que se le suponga, podrá tomar una plaza fuerte, lanzando sus columnas al asalto, sino practicar para el ataque todos los trabajos necesarios: que por lo que respectaba al 16 de Enero, les llamaba la atención sobre la notable diferencia que había, tanto en la fortificación de entonces, como en la artillería y demás elementos de defensa con que contaba el enemigo; y que por lo que hacía á que éste abandonase los parapetos, no era cosa de poderse tomar en consideración, porque si no lo hacía, como era de presumirse, la probabilidad venía por tierra.

Insistieron en que todo se podía vencer con el valor de las tropas; pero mirando que el General no estaba dispuesto á acceder á sus deseos, se retiraron disgustados.

Desde aquel día hubo una lucha sorda entre el General y las tropas que mandaba: aquel resistiendo la presión que se quería ejercer sobre él, y estas contrariando en cuanto podían las disposiciones que dictaba.

La mala voluntad que contra el señor Rosas Landa reinaba en el campo no se circunscribía solamente á las tropas, sino que se extendía á las familias y gente suelta que en él se refugiaban, y que creían que era la cosa más fácil del mundo asaltar y tomar la plaza.

Puede concebirse sin esfuerzo cuan falsa y delicada sería la posición del General, que tenía que optar por uno de los dos términos terribles de este dilema: Asaltar la plaza, con la plena convicción de sufrir una sangrienta derrota, ó arrostrar el encono y la mala voluntad de sus subordinados.

Quedaba un tercer expediente que el General, en mi concepto, debía haber adoptado.

Informar al Gobierno pormenorizadamente del verdadero estado de la situación, sin omitir detalles, y hacer formal renuncia del mando.

Desgraciadamente no tomó esta resolución; y el resultado fué que durante tres meses tuvo que sufrir fuertes disgustos, y no consiguió el objeto que se proponía, de ocupar la ciudad.

Digitized by Google

La circunstancia de haber extraviado varios papeles durante el largo período de trastornos que sufrió la República, después de los acontecimientos de Oaxaca, me impide seguir un diario de las operaciones y sucesos ocurridos durante los tres meses que duraron las hostilidades, ya en los suburbios, ya en las calles de la ciudad.

Fiado, pues, en mi memoria, un tanto perturbada por el cúmulo de hechos ocurridos en la serie de años que desde entonces han pasado, y que muchos de aquellos me han afectado personalmente, acometo el trabajo de narrar con el mejor orden que me sea posible, la historia de lo sucedido en una época relativamente lejana.

No deberá extrañarse, por lo tanto, que cometa errores cronológicos, haciendo aparecer invertidos algunos acontecimientos con relación á las fechas en que tuvieron lugar. Pero sí protesto, que me creo con ánimo bastante sereno para relatar fielmente la verdad.

Comenzaré describiendo el orden que guardaban nuestras fuerzas en el campo, cómo subsistían, y las costumbres que se habían establecido. Las tropas se hallaban divididas en tres secciones. La primera ocupaba el Fortín de la Soledad, en el extremo derecho de nuestra línea, con tres obuses de montaña. La segunda ocupaba la meseta que se llamó de Morelos ó de la Libertad, con los dos obuses largos y la pieza de á 6. La tercera, la altura que se llamó del Carmen, á la izquierda de la línea, con dos obuses de montaña. Allí se estableció el Cuartel General.

Entre los dos primeros puntos quedaba un espacio desguarnecido; pero en caso necesario podía cubrirse extendiendo las tropas en línea de batalla. Mas desde Morelos hasta el Carmen, el espacio descubierto era grande, y no sería posible cubrirlo sin desguarnecer el último punto.

Como se vé, nuestra línea era muy extensa, para la fuerza que la cubría, y por consiguiente débil; pero el enemigo no se atrevía á atacarla, recordando á Santo Domingo del Valle, y no quería aventurar nada, considerándose seguro dentro de la ciudad.

Digitized by Google

Al pie del cerro del Carmen, cerca del acueducto, había situado un destacamento [b] en observación de la caballería que el enemigo tenía siempre en el llano.

Solía suceder que algunos soldados se avanzaban á insultar á los jinetes, y estos, mohinos, se lanzaban sobre aquellos, que replegándose violentamente á los suyos, que salían á su defensa, ahuyentaban á balazos á la caballería.

Otras veces, ésta se acercaba á escaramucear, con el fin de atraer los infantes al llano; pero éstos, que eran soldados experimentados, salían á ahuyentar á los jinetes sin aventurarse demasiado en la llanura; y cuando veían que se disponían á cargar, volvían violentamente á su posición, rompiendo el fuego al verlos cerca.

Estas escaramuzas, que tenían lugar con frecuencia, eran aplaudidas desde los cerros, ó desde la ciudad, según las peripecias que ocurrían. Por supuesto que en la noche se replegaba el destacamento á la línea.

El enemigo hacía bastante uso de la artillería sin causa justificada. En varios períodos del día, comenzaba á disparar sobre las mesetas de la Soledad y Morelos, sin causar daño alguno. Sus granadas pasaban por encima de nuestro campo é iban á reventar al otro lado de los cerros; aunque algunas rebotaban antes, salvando igualmente nuestras posiciones. Las que no reventaban, eran recogidas y cargadas de nuevo para nuestro uso. Casi nunca tocaban las mesetas, pues el tiro se hacía de los más difíciles, porque tenía que herir la línea que formaba la cresta, á una altura considerable.

Lo único que logró el enemigo con sus fuegos, fué que ya la tropa no se preocupase por ellos; y muchos comenzaron á comprender que el General había hecho bien en prohibir el fuego de artillería que no tuviese un objeto determinado.

La caballería excursionaba recogiendo en los pueblos los pequeños fondos que de los impuestos se recaudaban, y los cuales entregaba al Tesorero del Estado. También allegaba al campo reses y harina para la manutención de la tropa.

Digitized by Google

Desde el General en Jefe hasta el último soldado, recibían diariamente su buena ración de carne y dos hermosas tortas de pan excelente; y cada quince días recibía la tropa medio real en mano y un pan de jabón; y los Jefes y Oficiales prorrateos insignificantes. Como este fué el modo de subsistir de la brigada de la Sierra en todo el tiempo que duraron las hostilidades, no creo necesario volver á hacer mención de él.

Cuando el enemigo no inquietaba el valle de Etla, bajaba la tropa por destacamentos á proveerse de agua en el río Atoyac, y si no, lo verificaba en el acueducto. Las mujeres lavaban de vez en cuando la ropa de sus soldados, que como es de suponerse, se hallaba en extremo deteriorada, viéndose entre ella poquísimos uniformes.

A consecuencia de vivir á la intemperie y sin remuda de ropa, la gente estaba agobiada por los parásitos, sufriendo mucho por este motivo, por la falta de abrigo, en las frías noches en que eran frecuentes las heladas, y por el sol abrasador que soportaba durante el día.

Es digno de mencionarse que el juego y la embriaguez, tan comunes por desgracia en los campamentos, eran allí casi desconocidos. Pero en cambio de estas ventajas, se había establecido una costumbre en extremo perjudicial, y que en un caso dado podía producir funestos resultados. Esta era que con el permiso de los Oficiales, ó sin él, gran número de soldados bajaban á merodear, disminuyendo considerablemente el efectivo de los cuerpos.

Tal práctica causaba al General un profundo disgusto; pero á pesar de sus acervas reprensiones, no logró extirpar semejante abuso.

El enemigo, entre tanto, no perdía el tiempo. Aumentaba su fuerza por medio de levas en la ciudad, ó en los pueblos que le eran adictos; recibía un refuerzo de Tehuantepec, y día á día reforzaba y perfeccionaba sus líneas de defensa.

El Gobierno de Veracruz enviaba también algunos recursos de armas, proyectiles y numerario, que conducía el Comandante D. Luis de Mier y Terán, quien era pa-

Digitized by Google

seado por el campo, seguido por la música, pues como era uno de los asaltantes del 16 de Enero, gozaba entre las tropas y el pueblo, de grandes simpatías.

Iba corriendo el tiempo sin que cambiase en nada la situación de las fuerzas beligerantes, pues ni los de la plaza se resolvían á dar un asalto á los cerros, ni nosotros podíamos comenzar nuestras operaciones sobre la ciudad con la pequeña fuerza con que contábamos.

Pero aquella monotonía solía interrumpirse con frecuentes escaramuzas y diversiones que tenían lugar en el barrio de la Soledad.

Sorprendido el General de aquellos tiroteos, cuando no había ordenado á ninguna fuerza que bajase de los cerros, reclamaba á los Jefes de los distintos puntos, y ellos contestaban que su fuerza estaba completa y que no habían ordenado á ninguna fracción de ellos que bajase.

En vista de esto, fué necesario hacer una formal investigación; y se llegó á averiguar que los que escaramuceaban en la ciudad eran los *particulares*.

Faltaba saber quienes eran los particulares. Eran los hombres sueltos que se refugiaban en el campo, á quienes los soldados les alquilaban ó prestaban los fusiles, acompañándolos algunos también.

Estos particulares comezaron á hacer horadaciones en las casas que los vecinos habían abandonado, y se avanzaban por las calles haciendo fuego sobre los parapetos.

El enemigo, que no sabía con quienes ni con cuantos tenía que habérselas, les rompía un nutrido fuego, que duraba todo el tiempo que los particulares tenían á bien.

Muchas veces media docena de estos atrevidos guerrilleros era suficiente para poner en alarma una línea, pues parecían multiplicarse, apareciendo por los balcones, por las azoteas ó por las esquinas, y solían dar lugar á escenas graciosas. Una vez un particular había encontrado unos hábitos de clérigo; se los puso, y ocultando lo mejor que pudo su fusil, se encaminó á un parapeto, gritando que no le tiraran. Cuando estubo cerca,

Digitized by Google

sacó el fusil y lo disparó, acompañando el tiro con una andanada de insultos.

Otra vez, los particulares hallaron el juego delantero de un coche, y arrollando un petate, lo amarraron encima, le colocaron un guiñapo á guisa de bandera y se dieron á correr con un cañón de una esquina á la otra, amenazando con gritos á los de los parapetos. Luego, despolvoreando varios cartuchos dentro del petate, le daban fuego, acompañando el acto con gritos y algazara para burlarse del enemigo.

Como al replegarse á los cerros no podían llevar su cañón, lo dejaron abandonado. Al día siguiente el Boletín Militar de Oaxaca, después de describir una acción tan reñida en la que los puros habían sido rechazados con gran pérdida, noticiaba la captura de una bandera y un pequeño cañón.

Aquellas hazañas de los particulares, que se repetían con frecuencia, hacían las delicias del campamento, donde se comentaban y adicionaban de mil maneras.

Pero el General se hallaba vivamente contrariado, sin poder remediar nada, pues hubiera sido necesario bajar con fuerza suficiente para hacer entrar en orden á los particulares, que á nadie obedecían; éstos se hubieran resistido, se hubieran dispersado, llevándose las armas; el enemigo habría celebrado el escándalo tomando parte en él; nada se hubiera remediado, y un disgusto profundo en el campo habría sido la consecuencia.

Tampoco podía aguardarse á que subieran á los cerros para castigarlos, porque generalmente lo hacían ya anochecido, cada uno por distinto rumbo y sin fusiles, que dejaban escondidos, ó que después subían las mujeres.

Fué, pues, preciso prudenciar, contentándose con reprobar aquellos desórdenes por la orden general y amonestar á los Jefes para que aumentaran la vigilancia.

Mientras pasaban estos acontecimientos, los Jefes principales de la Guardia Nacional de Oaxaca se habían vuelto á reunir, sin ser invitados, en la barraca del General en Jefe, exigiendo que á la mayor brevedad posible se atacara la ciudad, porque tal era la aspiración de Oficia-

Digitized by Google

les y tropa, que deseaban salir á toda costa de la triste situación en que estaban.

En la discusión que por tal acto se originó, se adujeron por una y otra parte los mismos argumentos que en la primera reunión, y con el mismo resultado.

Los Jefes se retiraron con mayor disgusto, y el General tuvo que sufrir con calma aquel nuevo acto de insubordinación, que constituye un delito grave en todo ejército disciplinado.

Uno de los Jefes más entusiastas por el proyecto de asalto, era el Coronel D. Porfirio Díaz, que no dudaba que marchando con una columna tomaría fácilmente el parapeto que le tocara. Ya se ha visto por el estudio que se ha hecho sobre esta cuestión, que semejante plan, basado solamente en el entusiasmo de los que lo proponían, no estaba fundado en ninguna razón profesional que pudiera aceptarse.

Pero los que deseaban el ataque, tal como lo aconsejaban, viendo la oposición del General, lo atribuían á capricho, mala voluntad de éste, ó á otras causas igualmente injustas. Lo cierto es que cada día era mayor la prevención en su contra.

Una mañana hubo una grande alarma en el campo. Los cornetas habían tocado enemigo á retaguardia, y todas las miradas se dirigieron á los cerros que cierran por el Oeste el valle de Etla. Allí se veía una fuerza como de trescientos hombres, que se suponía ser del enemigo, pues no se esperaba ninguna. Los de la ciudad, que tampoco la esperaban, no sabían á qué atribuir la alarma de nuestro campo, y se entregaban á mil conjeturas.

El General bajó al llano con una escolta, con objeto de hacer un reconocimiento, y al momento se desprendieron del lado opuesto tres hombres á caballo, que se dirigieron hacia el General.

Poco á poco se fueron estrechando las distancias, hasta que reuniéndose ambos grupos, se vió que los que venían abrazaban al General.

Digitized by Google

Aquella fuerza, pues, era amiga; ¿pero de dónde venía? Esto era lo que faltaba que averiguar.

Hizo el General bajar de los cerros una fuerza competente para proteger el paso por el llano de aquella tropa, que la caballería de la plaza podía destruir en un momento.

Con efecto, los hombres que la componían se hallaban completamente inermes. La mayor parte venían armados de garrochas, de una que otra lanza, y algunos hasta de carrizos aguzados de la punta.

Poquísimos eran los fusiles y escopetas casi inútiles que traían, con un número de cartuchos insignificante.

El enemigo, que no conocía estos detalles, no se movió de la ciudad, y aquella gente casi inútil por entonces, pudo llegar á nuestro campo, sin novedad.

Venía de Tlaxiaco, donde al mando del Coronel Orozco se había levantado para ir en auxilio de los que hostilizaban á Oaxaca.

Afortunadamente había en el parque fusiles suficientes, procedentes de los tomados en Santo Domingo del Valle, de los dejados por desertores, y de los que el Gobierno había remitido de Veracruz.

Desde luego el General procedió á armar y municionar al "Batallón de Tlaxiaco," como se le llamó, dándole por Mayor al Comandante D. Joaquín Errasti, para que dirigiera y auxiliara al Coronel Orozco. Allí, al frente del enemigo, se procedió á dar á aquel grupo de hombres la instrucción, por demás elemental, que en las circunstancias era posible. Por lo que hace al equipo, no fué tan fácil proporcionárselo, y cada uno guardaba los cartuchos como mejor podía.

Con aquel auxilio inesperado se cubrió la laguna que existía entre los campos del Carmen y de Morelos, y nuestra línea apareció con pocas soluciones de continuidad.

Ordenó el General que delante del campamento que tenía el batallón de Tlaxiaco, se abriesen en el cerro, de trecho en trecho, unas trincheras donde se alojaran las tropas de servicio. Estas trincheras quedaron sin

Digitized by Google

concluir, porque siendo el terreno rocalloso, no pudo conseguirse que los soldados las continuaran. Sin embargo, se utilizaron á pesar de su imperfección.

El enemigo solía organizar partidas que vinieran de noche al pie de los cerros á tirotearnos y á insultarnos amenazándonos con subir.

Con objeto de que la tropa no se fatigara y sí obtuviera el descanso necesario, mandó el General que los campamentos permanecieran tranquilos, y que solamente las tropas de servicio se pusieran sobre las armas; pero sin contestar el fuego ni las voces de los enemigos, á menos que éstos trataseu de subir efectivamente al cerro.

Así sucedía que un silencio pavoroso era la única respuesta á la algazara que hacían los contrarios, quienes temiendo tal vez un lazo, no se atrevían á dar un paso adelante. Acababan por retirarse, y convencidos de que perdían su tiempo, concluyeron por no volver más, dejándonos dormir en paz.

El Comandante Terán, que había vuelto de Veracruz con algunos auxilios, reunió un grupo de particulares y con ellos bajó á escaramucear á la ciudad. Ocupó la iglesia de San Felipe, repicando las campanas, y desde la torre estuvo haciendo fuego sobre la plaza; pero naturalmente, en la tarde tuvo que abandonar la iglesia y replegarse á los cerros.

El enemigo, que notó el daño que podía recibir desde aquel punto, se apresuró á ocuparlo; y en la noche se fortificó en él, colocando un pequeño cañón en la bóveda.

La iglesia y Convento de San Felipe, sólidamente construidos como todos los de Oaxaca, vinieron entonces á ser respecto del recinto fortificado, una obra exterior que lo cubría por aquel frente, deteniendo nuestra marcha y aumentando las dificultades de nuestros aproches; mientras que en nuestro poder hubiera sido un punto de apoyo excelente.

Después de este suceso, y con pocos días de intervalo, ingresaron al campo el batallón de Jamiltepec ó de Costa Chica, con unos trescientos hombres al mando

Digitized by Google

del Coronel Piza, y un cuerpo de caballería de las Mixtecas con igual fuerza poco más ó menos, mandada por el Coronel Ramos.

El batallón venía armado y equipado; pero la caballería carecía de todo. No obstante, con estos refuerzos pudimos dominar el valle de Etla y ocupar el Marquesado, donde se establecieron el Campo-santo, el hospital, la fábrica de pólvora, los talleres de armería y carpintería, la elaboración de municiones, la imprenta, panadería, carnicería, etc.

Allí se elaboraba la pólvora que servía para reemplazar los consumos diarios, por el sistema de revolución; pero el salitre, el azufre y el carbón, venían de lugares diferentes y distantes; de suerte que á veces había necesidad de suspender los trabajos, porque faltaba alguno de los componentes.

Allí se recortaban los fusiles para proveer á la caballería de mosquetones que no tenía; se construían lanzas que faltaban totalmente, y cuyas astas se tenía que hacer venir de lejos, y también se construyeron blusas de bayeta encarnada para la misma arma.

Es verdad que nuestros partidarios de Oaxaca nos ayudaban en cuanto podían, y por medio de las mujeres, que hacían un gran rodeo, nos remitían piedras de chispa, cápsulas, bayeta, y á veces pequeñas cantidades en dinero.

Refiriéndose á los trabajos descritos, decía el Gobernador de Oaxaca, Cajiga, en su memoria ya citada (pág. 9):

"Una actividad incomparable producía los mejores resultados, y la línea de nuestra división se extendió por lo pronto hasta la Soledad y el Calvario."

Hay que advertir que casi todos los obreros que trabajaban en el Marquesado servían casi sin retribución, contentándose con poco más de lo que se le daba á la tropa.

Pero á pesar de todas aquellas ventajas, se tropezaba con enormes dificultades que sólo el tiempo podía vencer. Estas demoras causaban la desesperación de las

Digitized by Google

gentes. ¿Pero de qué servían las tropas como las de Tlaxiaco y de las Mixtecas, desprovistas de armas y sin la instrucción más elemental? Era, pues, necesario armarlas, equiparlas y darles alguna instrucción con los escasos medios de que se podía disponer; pero esto exigía tiempo y trabajo.

Por fin, se vió formada la caballería en el llano, armada con mosquete y lanza, y uniformada con sus blusas coloradas, que les daban muy buen aspecto. El Comandante D. Eduardo Subikurski recibió la misión de instruirla; y diariamente se la veía maniobrar y dar cargas á la vista del enemigo. Por supuesto que la instrucción se reducía á lo muy indispensable

Una mañana, en la que el General Rosas Landa y el que esto escribe habían ido al Fortín Morelos, invitó el Coronel D. Porfirio Díaz al primero, para que presenciase el duelo que diariamente sostenía con un oficial enemigo del punto de San Felipe.

Descendimos del Fortín de la Soledad hacia el Petatillo, hasta un punto conveniente, y allí hizo alto el Coronel Díaz llamando á su adversario.

Poco tardó este en presentarse, y estuvieron cambiando varios tiros de fusil; y aunque el reaccionario se ocultaba para cargar, el Coronel Díaz permanecía á pecho descubierto, y en aquella mañana también sus dos acompañantes.

El General no dijo nada á Díaz sobre aquel hecho, que sin embargo no creía conveniente, y mucho menos en un Jefe superior.

Otra ocasión el mismo Jefe invitó al General á que bajando del cerro, se acercaran todo lo posible á la ciudad, acaso para hacer un reconocimiento.

Ejecutaron esto de tal manera, que habiendo sido reconocidos por el enemigo, éste comenzó á hacerles fuego de granada. Los proyectiles rebotaban unas veces entre ellos y otras á sus lados, yendo á reventar á sus espaldas; mientras que permanecían serenos un poco separados uno de otro.

Digitized by Google

Toda nuestra línea asistía al espectáculo, aplaudiendo siempre que algún proyectil reventaba cerca de los actores de aquella hazaña.

Como el Gobernador Lic. D. Marcos Pérez había llegado al Marquesado, invitó al General para tener con él una entrevista. Tuvo esta lugar en el alojamiento del Sr. Pérez, y fué su objeto, que se dispusiera inmediatamente el asalto de la ciudad, porque se acercaba el tiempo de ciertas faenas del campo, y los serranos, para verificarlas, querían volver á sus hogares.

Manifestóle el General que ciertamente era una desgracia tener soldados bajo semejantes condiciones, pero que esto no era en su concepto, motivo bastante para ejecutar operaciones inconvenientes: que los trabajos de aproximación á la plaza comenzarían desde luego, porque con los auxilios que se habían recibido ya podía dejar asegurados los cerros, asunto de suma importancia, porque en ellos tenía que apoyarse nuestro ataque; pero que él no se proponía en manera alguna dar un ataque brusco, sino que avanzaría, pie á pie, afirmando y dejando asegurada su marcha, de manera que el enemigo no pudiera recobrar lo perdido: que aunque éste medio era lento, era seguro, y el único que aconsejaban el arte y la prudencia en las circunstancias en que nos hallábamos.

Al terminar la conferencia, los dos interlocutores se separaron disgustados; pero entiendo que el Señor Pérez quedó mucho más, viéndose contrariado en su propósito.

En aquella época era cosa convenida por los liberales que la guerra no era más que un juego de azar, en el cual el más audaz tenía todas las probabilidades de vencer, que el saber salía sobrando y no servía de nada.

Tres años de constantes y terribles derrotas, apenas bastaron para convencerlos de su error y hacerlos cambiar de conducta, organizando las tropas y conduciendo las operaciones con más criterio.

Nuestra caballería, que con su presencia en el valle de Etla aseguraba la tranquilidad en el Marquesado y la espalda de nuestra línea, tenía que hacer frecuentes au-

Digitized by Google

sencias, por la necesidad de ir en busca de forrajes que cada día se alejaban más y más.

Habiendo observado que en los suburbios de la ciudad había unas *milpas*, se propuso hacer allí su provisión aun cuando fuese por pocos días; pero una mañana el enemigo destacó una partida que ahuyentó á los que forrajeaban, persiguiéndolos hasta cerca de nuestro campo.

Los perseguidos conducían sus tercios de forraje sobre la silla, y parecían no darse por entendidos del peligro que corrían, aun cuando el enemigo ya los alcanzaba.

En los cerros había una ansiedad profunda, esperando de un momento á otro la muerte de aquellos desgraciados, y mil gritos de angustia se lanzaban para advertirles del peligro que corrían.

Ellos seguían imperturbables, y cuando lo juzgaban oportuno, arrojaban á tierra su carga, y haciendo cara á sus perseguidores, disparaban sus mosquetes y continuaban su retirada.

Entre tanto, los que se hallaban en el campamento [c], á proporción que ensillaban sus caballos, sin esperar órdenes de nadie, acudían al socorro de sus compañeros, y bien pronto llegaron á ser superiores al enemigo, poniéndolo en precipitada fuga, hasta encerralo en la ciudad, en medio de los gritos de entusiasmo que lanzaban los que desde los cerros presenciaban aquella escena.

Entonces callaban los de Oaxaca, que tanto aplaudieron al principio de la refriega; pero no conformes, con su derrota, mandaron refuerzos á los suyos, que obligaron á los nuestros á batirse en retirada.

Callaron los cerros y clamaron los de la ciudad; mas como ya había montado buen número de los nuestros, se lanzaron al combate, obligando por segunda vez á los *mochos* á refugiarse en la plaza.

Nueva gritería en nuestras líneas; nuevo silencio en Oaxaca.

El enemigo, empero, no se dió por vencido, é hizo salir más fuerzas que pusieron á los *chinacos* en desordenada y violenta retirada.

Digitized by Google

Un silencio profundo y grande ansiedad reinaban en los cerros, donde se creía inminente la derrota de nuestra caballería, mientras que en el campo enemigo resonaban mil gritos de júbilo y aplausos llenos de entusiasmo. No obstante, no había concluido todo. Los últimos jinetes que quedaban en el campo fueron en auxilio de sus compañeros. Algunos rodearon á la carrera un pequeño cerro y salieron á retaguardia del enemigo, que sintiendo fuego á sus espaldas, volvió grupas y emprendió una carrera final hasta encerrarse en sus fortificaciones, de donde por aquel día no intentó ya nada sobre el valle de Etla. Pudo notarse entonces por el profundo silencio, la tristeza que dominaba en la plaza, en tanto que la mayor alegría se manifestaba en los cerros.

Estas victorias obtenidas por la caballería irregular sobre la de línea, las atribuyo á la gran libertad de acción que tiene la primera, por formarse de voluntarios, mientras la segunda, por ser compuesta de gente forzada, sus Jefes no pueden usar de ella más que en ciertas formaciones, temerosos de que se les desbande. Así aquel día, la caballería reaccionaria siempre se presentó en columna, con lo que los nuestros la rodeaban y tiroteaban por todos lados.

Creo que si desde el primer combate los reaccionarios hubieran formado sus guerrillas con sus correspondientes sostenes, atacando decididamente al sable, sin detenerse en tirar, hubiesen derrotado completamente á los nuestros.

Concluida la función, los que habían arrojado al suelo sus tercios de rastrojo, fueron á recogerlos, y volvieron triunfantes al campamento. Todo lo ocurrido en el valle de Etla fué motivo para que otros sucesos tuvieran lugar en el de Tlacolula.

Aquel día se hallaba de gran guardia al pie del cerro del Carmen, el Batallón de Jamiltepec, que naturalmente no podía ver lo que pasaba en el lado opuesto; pero la algazara, ya de los cerros, ya de la ciudad, había llamado fuertemente la atención de los soldados, que cuando se informaron de lo ocurrido, quisieron ellos también

Digitized by Google

hacer alguna cosa, y de su propia orden salieron al llano, dirigiéndose á la avanzada de caballería que tenía allí el enemigo.

Grande zozobra causaba el ver aquellos hombres sin formación ninguna, dispersos en la llanura, amagados por la caballería.

Alarmado el General, mandó tocar á replegarse; pero no hicieron caso ninguno de la llamada de la corneta. Entonces mandó que el Mayor General Villasana bajase violentamente á hacer que el batallón se retirase, mas como la distancia que tenía que recorrer era grande, antes de que él llgara podía ser destruido aquel batallón.

El enemigo volvió grupas y comenzó á retirarse al paso, con el fin de que los nuestros avanzasen más en el llano. Estos, sin darse cuenta del lazo que se les tendía, continuaron su desordenada marcha, que cada vez causaba más temor á los que aquello presenciaban.

Repentinamente la caballería se fraccionó en tres grupos que continuaron su retirada, siguiendo la dirección de tres radios que convergían en el punto donde se verificó la separación.

Una catástrofe inevitable iba á tener lugar, y todos los pechos palpitaban al acercarse el momento fatal.

A un toque de clarín los tres grupos dieron media vuelta por cuatro, tomaron el trote, luego el galope, y al toque de degüello se lanzaron á escape sobre la infantería, cruzando el terreno que esta ocupaba en todas direcciones.

Aquello duró lo que un relámpago, y todos creyeron que al retirarse la caballería no se vería en pie un solo soldado.

No fué así por fortuna, y cuando se disipó el polvo que ocultaba la escena, pudieron verse firmes en su puesto á los surianos, y á la caballería tomando nueva posición.

El batallón se había salvado por haber puesto en práctica una costumbre de su tierra, que sorprendió al enemigo. En vez de formar grupos y calar bayoneta que era la única maniobra que podía ejecutar en aquellas circunstancias, los soldados empuñaron el fusil por su mitad con la mano izquierda, para parar los golpes, y sacando

Digitized by Google

con la derecha el cortante machete, recibieron á los jinetes con tal denuedo, que estos, desconcertados, se replegaron á su posición. ¡Qué cierto es que en la guerra la novedad produce casi siempre la victoria!

Antes que la caballería se repusiera y diese otra carga, sin duda más peligrosa que la primera, había llegado el Coronel Villasana para hacer replegar el batallón; pero es el caso que aquellos hombres, excitados por el deseo de vengar á sus compañeros muertos, se negaban á abandonar aquel funesto sitio. Al fin, aunque con trabajo, hubieron de obedecer, volviendo á su puesto, de donde no debían haber salido.

Unos seis ó siete muertos y unos doce ó quince heridos fueron las desgracias que ocasionó el enemigo en un abrir y cerrar de ojos, y á no ser por la sorpresa que le causaron los machetes surianos, hubieran sido innumerables las víctimas.

Sabido es que los del Sur desde niños usan el machete, en cuyo manejo llegan á ser muy diestros, y consiguen darle tal filo, que es cosa fácil cortar de un tajo un miembro del cuerpo humano.

En aquella refriega parece que algunos soldados enemigos dejaron el brazo junto con el arma que blandían, cosa que les produjo tal impresión, que trataron de terminar el conflicto lo más pronto posible.

Por lo visto, en aquella mañana estuvo desgraciada la caballería de la plaza.

En la noche, á cosa de las diez, rompió la ciudad un fuego vivísimo de cañón y de fusil, que duró cerca de una hora, en todo el frente que veía para el barrio de la Soledad. En vano se quiso averiguar la causa de aquel intempestivo fuego, pues no se halló el más mínimo pretexto. Una falsa alarma, sin duda, dió lugar á aquellos fuegos artificiales que causaron la diversión de los nuestros. No obstante, al siguiente día el Boletín Militar de la plaza daba cuenta de cómo había sido rechazado un furioso asalto, habiendo dejado el enemigo las calles cubiertas de muertos. ¡Así se miente en la guerra!

Digitized by Google

Otra de aquellas noches, como á la media, se presentó en la barraca del General una comisión de vecinos de Ejutla, solicitando armas y municiones de que carecían, después de haber ocupado el enemigo la población, de haberla incendiado y entregado al saqueo, en venganza de la obstinada y valiente defensa que se le opuso.

El General determinó que se les auxiliase con lo que pedían, y en la misma noche partieron con el armamento y municiones que se les proporcionaron.

A la mañana siguiente se pudo ver en uno de los cerros al Nordeste del valle de Tlacolula, por los fogonazos de fusil, que allí tenía lugar un combate. En efecto, los que habían ocupado á Ejutla persiguieron á sus adversarios, quienes refugiados en las alturas y con las armas que recibieron, se habían propuesto resistir á todo trance; pero la superioridad numérica de los reaccionarios les dió esta vez la victoria.

Volvieron los vencedores á Oaxaca en la tarde del mismo día. Llenos de entusiasmo atravesaron la ciudad, y saliendo por el lado de Santo Domingo, se dirigieron al cerro del Carmen en ademán de atacarlo.

Inmediatamente el General en Jefe hizo avanzar al batallón que mandaba el Coronel Cajiga y comenzó á destacar varias guerrillas que bajaban del cerro á paso redoblado unas en pos de otras; pero hubo de notar con el mayor desagrado que el batallón se presentaba con muy escasa fuerza.

La causa era que muchos soldados, como acaecía con frecuencia, habían bajado al valle de Etla.

Esto fué causa para que el General, lleno de ira, prorrumpiera en imprecaciones furiosas contra los Jefes y Oficiales, de una manera lamentable, que no puedo menos de deplorar.

Era verdad que el caso ocurrido daba motivo para hacer perder la paciencia al más prudente, pero yo hubiera deseado que el General se hubiese podido contener.

A propósito de este suceso confesaré ingenuamente que el señor Rosas Landa tenía el defecto de exaltarse

Digitized by Google

demasiado cuando reprendía, cosa que le enajenaba las voluntades, ya mal prevenidas en su contra.

Afortunadamente los soldados que faltaron á la llamada, al notar la alarma, fueron llegando poco á poco, en su mayor parte, y formadas nuevas guerrillas bajaron en auxilio de sus compañeros que se batían al pie del cerro.

El Coronel Cajiga que mandaba una fuerza, la ocultó detrás de una capilla, permaneciendo allí hasta que viendo al enemigo bien comprometido, dió vuelta rápidamente al edificio, y atacando á aquel por *el flanco izquierdo*, introdujo el desórden en sus filas, cooperando eficazmente á su derrota, que no se hizo esperar.

Los soldados del Coronel Cajiga se batieron bizarramente persiguiendo al enemigo hasta los suburbios de la ciudad, sin tener que lamentar más que algunos heridos.

El enemigo retiró del campo varios muertos que se vieron perfectamente desde la falda del cerro donde se hallaba el General.

Antes de anochecer, el batallón volvía á su campamento muy ufano de haber derrotado una vez más á los reaccionarios.

En este tiempo ya habían bajado algunas tropas al Marquesado, y ocuparon las iglesias de la Soledad y el Calvario.

Comenzó el General á disponer lo necesario con el fin de dar principio á las operaciones en la ciudad, y para dejar asegurados los cerros, ordenó que se concluyeran los fortines de la Soledad de Morelos y que se construyese un tercero en el cerro del Carmen.

Estas disposiciones fueron recibidas con el mayor desagrado, y casi se negaron á obedecerlas; pero el General manifestó resueltamente que si no quedaban asegurados los cerros no bajaría de ninguna manera á la ciudad.

Esta resolución hizo que comenzaran los trabajos, y en pocos días se hallaron los fortines en regular estado.

Digitized by Google

Los de la Soledad y Morelos se hicieron de sacos á tierra y el del Carmen se formó con vigas.

Este fortín se construyó por los indígenas de Ejutla, que condujeron el material en un paso angosto que une los cerros de Morelos y el Carmen, dándole á todo su perímetro un trazo de dientes de sierra y un relieve conveniente, para hacerlo imponente visto de lejos.

En seguida se pensó en levantar parapetos en la línea de ataque que se había proyectado; pero se tropezó con el inconveniente de que no había materiales para su construcción. Fué necesario que el Gobernador proporcionase costalería, que hizo venir de lejos, ocasionando esto nuevas demoras.

Entre tanto, los centinelas avanzados de caballería que el enemigo mantenía en el llano, habían dado en pasarse á nuestro campo, á la luz del día, y con ellos había formado el General su escolta.

Un día mandó avisar el capitán Villarreal que á la siguiente mañana se pasaría montado y armado. En efecto, al otro día, como á las siete, lo vimos salir de la ciudad y dirigirse al píe del cerro. Cuando comenzó á subir, varios soldados salieron á su encuentro para defenderlo si era perseguido.

Había dicho que venía á tirotearnos y á hacer *santiaguitos*, y lo dejaron los suyos pasar la línea.

Por fin, comenzaron los trabajos en la ciudad. Nuestro frente de ataque comprendía cuatro manzanas. La de la izquierda era la cabeza de la hilera de manzanas que corre al lado Norte de San Felipe; la inmediata al Sur correspondía á las que iban á terminar á la dicha iglesia; la que seguía por el mismo rumbo, corría por él al lado del convento; y la última que terminaba la línea por la derecha, era la cabeza de la hilera de manzanas que llegaba á la Concepción. Véanse en el croquis las cuatro líneas rojas que indican la marcha del ataque.

El General, queriendo utilizar cuantos elementos estuvieran á su alcance, ordenó que todos los particulares que se hallaban en el campo formasen un batallón, que se denominó del Marquesado, y dió el mando de él al

Digitized by Google

Coronel Carbó. Se le proveyó de armamento y se le uniformó con blusas coloradas.

Con este batallón, que tenía muy buen personal, y con una compañía que llegó de Juchitán al mando de un tal Ché Pedro, la división subió á cerca de tres mil hombres.

Como esta fuerza, aun sin descontar la caballería, no era bastante para formar la línea de contravalación para encerrar á la guarnición de la plaza, era preciso circunscribirse á un frente de ataque, á condición de asegurar los flancos cuanto fuese posible y conservar á todo trance los cerros que debían formar la base y punto de apoyo del ataque.

Con este objeto quedarían guarnecidos los fortines, cada uno con cien infantes y un obús de montaña, fuerza absolutamente indispensable para resistir mientras se le podía auxiliar.

Para esto y también con el fin de cubrir la espalda de la línea de ataque de la ciudad, quedarían en el Marquesado el batallón de Jamiltepec, la compañía de Juchitán y la caballería.

Como la parte de los cerros que ve á Occidente, por donde teníamos que bajar al Marquesado, es en extremo escarpada y no tiene más que veredas, para poder bajar la artillería de batalla, fué necesario construir tres narrias donde se colocaron las piezas que arrastraron los soldados, y desarmadas las cureñas, que se bajaron á brazo, pudo ejecutarse la operación fácilmente.

Descontando, pues, la caballería, la guarnición de los cerros y la reserva que debía quedar en el Marquesado, quedaban cerca de dos mil hombres para el ataque, los que fraccionados en cuatro columnas de á quinientos, debían de avanzar por horadaciones por las cuatro hileras de manzanas de que ya se ha hablado.

Es necesario tener presente que estas columnas tenían que debilitarse á proporción que avanzaban, porque era indispensable que dejaran aseguradas sus espaldas, fortificando y guarneciendo las manzanas que fueran ocupando, sin omitir las alturas; de lo que tenía que resultar forzosamente que al llegar á la línea enemiga, lo verifi-

Digitized by Google

carían con la mitad de su fuerza. Por esta causa no podían aumentarse los puntos de ataque. Además, comprometidas las columnas en un ataque general, cada una de ellas debía separar una fuerza que le sirviera de sostén, tanto para reforzarlas y apoyarlas si el ataque tenía buen éxito, como para sostenerlas en caso contrario.

También debían nombrarse dos fuertes destacamentos para situarse convenientemente á los extremos de la línea de ataque, con el fin de evitar que las tropas empeñadas se viesen acometidas por los flancos, por alguna salida de la plaza.

El plan que se adoptó fué el siguiente:

Se amagaría á San Felipe, envolviéndolo por el lado del Norte y amenazándolo de frente, para distraer la atención del enemigo, mientras se dirigía un verdadero ataque sobre la Concepción.

No se pensó en atacar seriamente á San Felipe, porque después de los esfuerzos y sacrificios que hubiera costado su conquista, nos habríamos quedado fuera del recinto fortificado, teniendo que hacer nuevos esfuerzos y nuevos sacrificios para penetrar en él.

Es verdad que la Concepción era muy fuerte; pero formaba un ángulo saliente del perímetro, circunstancia favorable para el ataque, y una vez tomada, nos hallaríamos dentro de la ciudad, y San Felipe sería abandonado por el enemigo. Puede comprenderse cuán difícil de resolver era el problema del ataque de Oaxaca en las condiciones con que tenía que verificarse, contando con una guarnición tan numerosa ó acaso más que los que atacaban; teniendo libre para sus salidas las tres cuartas partes de su recinto, por donde recibía toda clase de auxilios y recursos, pudiendo disponer de suficiente caballería y de artillería de batalla con que poder atacarnos por los flancos y aun por la retaguardia en un momento dado.

Si hubiéramos contado con fuerza bastante para sitiar formalmente la guarnición y con la artillería muy indispensable, aun cuando hubiese sido de batalla, la caída de Oaxaca se habría verificado infaliblemente; mas con los elementos con que contábamos, su resistencia podía

Digitized by Google

prolongarse todo el tiempo que el Jefe que mandaba en ella lo juzgase conveniente.

Veamos como se expresa el Capitán francés Mr. Niox, ya citado, en su libro "Expedición de México," hablando del sitio de Oaxaca puesto por Bazaine, (pág. 448).

"Habiendo llegado los convoyes de víveres y municiones á fines del mes de Enero, el Mariscal disponía de

4,000 hombres de infantería.
200 zapadores ingenieros.
500 caballos.
800 artilleros.

5,500 hombres. Además:
500 hombres de Administración.
300 caballos auxiliares.
100 Exploradores voluntarios.
100 próximamente, de una sección de Ingenieros auxiliares y una media sección de artillería."

6,500 Total.

Lo que hace un total de 6,500 hombres, ó de 6,000 solamente, rebajando los hombres de la Administración.

Estos 6,000 hombres no eran suficientes para poner el sitio, según lo que dice Niox en la página 446.

"Para suplir la insuficiencia del cuerpo de sitio, el Mariscal ordenó que cada pequeño puesto se cubriera con obras de campaña, de manera que pudieran sostener durante algún tiempo el esfuerzo de una tropa superior,"

Cierto es que hay que tener en cuenta que la línea de contravalación de los franceses debía tener un desarrollo mucho mayor que la nuestra, por impedir su aproximación los fuertes de los cerros por aquella parte; pero también se ve que esa línea debía tener grandes soluciones de continuidad que se suplían por medio de fortificaciones.

Digitized by Google

Así, pues, si aquella línea se hubiera ido aproximando y cerrándose naturalmente sobre la ciudad, es probable que su fuerza hubiera sido la extrictamente indispensable para establecer sólidamente el cerco, cosa que nosotros no podíamos hacer con nuestros tres mil hombres.

Mr. Ratheau en su "Tratado de Fortificación," al hablar de los preparativos para atacar una plaza, se expresa de esta manera (pág. 336): "El General reune desde luego una fuerza suficiente; se admite que el ejército de sitio debe de ser *ocho ó diez veces más fuerte que la guarnición*; es menester por otra parte, otro cuerpo destinado á cubrir el ejército de sitio contra un ejército de socorro, &.

En la "Ayuda memoria portátil para el uso de los oficiales de Ingenieros," edición de París, 1853, se lee lo siguiente:

"Capitulo IX. Ataque de plazas. Número de tropa de todas armas necesarias para un sitio."

"Ejemplos." "Evaluación de los ejércitos de sitio."

"Según Vauban y Cormontaigne, cuando es menester atacar en regla una plaza por *muy pequeña que sea*, pero situada en una fuerte posición, no teniendo más que cuatrocientos hombres de guarnición, no se podrían emplear menos de diez ó doce mil hombres y varios regimientos de caballería."

"Una plaza mediana que se necesita circunvalar y que tenga de dos á tres mil hombres de guarnición, exige que el ejército sitiador sea de veinte á veinticinco mil hombres. "Las plazas más considerables que tengan tres ó cuatro mil hombres de guarnición, deben ser atacadas por ejércitos *siete ú ocho veces mayores*, y solamente *cinco ó seis veces más fuertes*, si las guarniciones son de diez, doce, quince y dieciocho mil hombres."

"El ejército sitiador puede ser menos numeroso si está cubierto por un ejército de observación."

El Ayudante General D. Ignacio Mora y Villamil, en sus "Elementos de Fortificación," dice:

Digitized by Google

"Para guardar una circunvalación y contravalación de una plaza de primer orden, se calculan cincuenta mil hombres; aunque esto tiene muchas variaciones, porque si el sitiador está protegido por un ejército de operaciones, no se necesita tanto número delante de la plaza."

"*La guardia de la trinchera es siempre al menos de las tres cuartas de la guarnición.*"

Mr. Thirou, en su "Instrucción téorica y práctica de la artillería, (pág. 397) dice:

"Un ejército que emprende un sitio, se divide casi siempre en dos cuerpos: el uno encargado del sitio y el otro que campa á poca distancia de la plaza."

"Algunas veces el ejército de sitio está cubierto por un cuerpo de observación, y en este caso aquel no tiene necesidad de ser tan numeroso como cuando debe bastarse á sí mismo."

Mr. Piobert, en su "Tratado de artillería teórica y práctica, dice:

"Cuando un ejército en el curso de una guerra se ve obligado á poner sitio á una plaza fuerte, tiene necesidad de un material de guerra incomparablemente mayor que el que lleva á campaña; el tiempo que necesita para la reunión del material, los gastos y embarazos que de esto resultan, hacen que se traten de evitar los sitios cuanto sea posible, y con frecuencia no se emprenden esas operaciones, siempre muy difíciles y que pueden traer graves consecuencias, sino cuando son indispensables para reducir un país, ó para privar al enemigo de sus recursos ó de un punto de apoyo."

Mr. De la Roche-Aymon, en su "Tratado de las tropas ligeras," al hablar de los puestos retrincherados, se expresa así:

"Estas plazas del momento, que no por ser construidas de tierra en el curso de una campaña dejan de ser realmente plazas de guerra, aun cuando no tengan todas sus propiedades ni produzcan todas sus consecuencias, desde luego son bastante fuertes *para no poder tomarse á viva fuerza*, y obligan al enemigo á desplegar todos los recursos de un ataque en regla."

Digitized by Google

Según el contenido de los párrafos insertos, tendremos que convenir que para atacar una plaza, se necesita disponer de fuerzas ocho ó diez veces más numerosas que las que defienden, y que las plazas improvisadas con obras de tierra, *llamadas del momento*, deben de ser atacadas regularmente.

Haré, no obstante, una diferencia entre las plazas cuyas obras exteriores las circundan, y aquellas retrincheradas en un perímetro interior.

En las primeras, las líneas de circunvalación y contravalación tienen que ocupar una circunferencia de un radio mucho mayor que en las segundas, por cuya causa puede reducirse mucho el número de los sitiadores; pero por mucho que quiera rebajarse, no podrá reducirse á menos de la mitad. Así, pues, suponiendo que Oaxaca no contase con más de mil quinientos hombres, y tomando el mínimum de la cifra propuesta, necesitaríamos seis mil hombres con todos los elementos necesarios.

A las personas poco versadas en asuntos militares, podrá parecer una exageración lo que piden los autores de más nota; pero es menester tener en cuenta que las líneas de los sitiadores deben quedar suficientemente fuertes, para evitar que los sitiados puedan salir de la plaza.

Además, la gran fatiga y el peligro de las tropas, tanto de infantería y caballería como de artillería, que entran de servicio en las trincheras, exige que se les releve cada veinticuatro horas, dejándoles *tres y hasta cinco días de descanso*, como quiere el Mariscal de Vauban.

Se concibe, desde luego, que las fuerzas humanas no bastarían para permanecer en el constante movimiento y desvelo que exige aquel servicio durante los sitios, que muchas ocasiones suelen prolongarse por varios meses.

Es, pues, prudente, tener en cuenta cuanto va expuesto, para poder formar un juicio exacto y justo, sobre la conducta de los que mandan en circunstancias tan fatales.

Digitized by Google

Pasada esta digresión, continuaré la relación interrumpida.

Las fuerzas que habían bajado al Marquesado ocuparon Capuchinas y las cuatro manzanas que servían de cabeza de ataque; construyeron parapetos en las boca-calles, fortificaron las alturas con sacos á tierra, se extendieron por medio de horadaciones, y barricaron fuertemente puertas y ventanas, para impedir que el enemigo pudiera recobrar lo conquistado.

A proporción que las líneas se acercaban, se facilitaba la conversación entre los combatientes, conversación mezclada de insultos, que por lo regular terminaba á balazos, siendo origen de inútiles tiroteos que consumían gran cantidad de municiones, que como hemos visto no abundaban.

A esto se añadía que los desertores, en su mayor parte de Tlaxiaco, se llevaban cada uno cuatro paradas que tenían en cartuchera.

Los Jefes de los puntos se molestaban con las súplicas que se les hacían para evitar el desperdicio de cartuchos, porque es achaque de las tropas el no tomar en consideración las funestas consecuencias que la falta de municiones puede acarrear en un momento decisivo.

Los nuestros ponían santos de bulto en los parapetos, como centinelas, y se complacían en que los mismos que combatían por ellos, los pusieran como cribas á balazos.

Una tarde hubo en la ciudad un repique general, y por medio de granadas vacías hicieron saber á nuestro campo que Miramón se había posesionado de Alvarado. Como sabíamos que este puerto lo había abandonado el Gobierno, por no entrar en su plan el defenderlo, nos preocupó muy poco la noticia.

Pero al día siguiente tomamos un desquite magnífico: supimos oficialmente que Miramón se había retirado de Veracruz; y con mucho sigilo, sin hacer ninguna demostración, nos preparamos para celebrar la noticia en la noche. Se sacaron de las iglesias que ocupábamos multitud de faroles y *marmotas* de las procesiones, y con gran acopio de ocote, se subieron para los cerros, colo-

Digitized by Google

cando alternativamente faroles y *luminarias*, en todo el frente de nuestra línea.

Cuando obscureció se iluminaron los cerros, y por ellos paseaba la música tocando *los cangrejos*.

Esto llenó de furor á los de la plaza que comenzaron á hacer fuego con toda su artillería sin que por nuestra parte se les contestara con un solo tiro.

Es probable que los Jefes de la plaza supieran también el suceso; pero trataban de engañar á los suyos, haciéndoles creer que nuestro regocijo era motivado por la captura de la escuadrilla de Marín.

Esto dió lugar á que nos colmaran de insultos, llamándonos traidores y yankees prietos; mas al siguiente día, algunas granadas vacías llevaban la terrible noticia á Oaxaca.

Quien sabe hasta qué horas de la noche hubiera durado la diversión, pero el cielo vino á terminarla con un formidable aguacero y algunos rayos que á todos nos pusieron en quietud.

Los días siguientes se emplearon en consolidar nuestra posición en las cuatro manzanas ocupadas, y el enemigo comenzó á sentir los terribles efectos del fuego de los indígenas de la sierra, que armados de carabinas Minié de largo alcance, y colocados en las alturas de los edificios, esparcían el terror en la ciudad con sus certeras punterías.

En esto, el General Rosas, influido, creo, por el Cónsul español, tuvo una mala idea. Se le ocurrió entrar en negociaciones con D. José María Cobos, con el fin de inducir á éste á una transacción que pusiera término á las deplorables circunstancias porque atravesábamos. transacción imposible, si se tiene en cuenta que en política era Cobos de los más intransigentes, y que militarmente su situación estaba muy lejos de ser apremiante para que pudiera proponérsele una capitulación.

Si como muchos creían, yo hubiera tenido grande influencia con el General, la hubiera empleado con toda energía para evitar un paso que, sin tener viso alguno

Digitized by Google

de ser provechoso, no podía menos de causarle mucho desprestigio.

Por desgracia no era cierta mi influencia, y se convino en una entrevista que debía tener lugar en la hacienda de Aguilera, cuya entrevista á mi modo de pensar, estaba llena de peligros, pues de Cobos todo se podía temer.

Por fortuna, este hombre, arrepentido quizá, ó tal vez creyendo que el General Rosas ya había ocurrido á la cita y que era oportunidad para capturarlo; á la hora convenida hizo romper el fuego sobre los cerros á toda su artillería, y saliendo de la plaza á la cabeza de alguna fuerza, se avanzó hasta la falda del cerro del Carmen, y después de hacer una demostración sin consecuencia, se retiró á la ciudad, quedando de este modo sin efecto la cita.

Después de este acontecimiento, continuaron bajando las tropas de los cerros, hasta dejar solamente la guarnición de los tres fortines.

Una vez las tropas en la ciudad, se procedió al avance por las hileras de manzanas elegidas: la de la izquierda ocupó la segunda manzana que quedaba inmediatamente al lado Norte de San Felipe, no sin que el enemigo la hubiera disputado: la que seguía por la derecha llegó hasta la iglesia de San Felipe: la siguiente recibió orden de mantenerse á la misma altura; y la de la extrema derecha tomó la manzana siguiente.

Para mayor inteligencia, numero del 1 al 4 las manzanas cabeceras de hilera y también las líneas de ataque que de ellas partían en dirección de las fortificaciones de la plaza (Véase la lámina 3ª).

La primera línea de ataque era mandada por el Coronel Don Porfirio Díaz. La segunda y tercera, por Jefes que no recuerdo, pero entiendo que eran el Coronel Cajiga y el Teniente Coronel Velasco, y la cuarta, por el Coronel Carbó.

El Coronel Díaz, como queda dicho, avanzó otra manzana, que ocupó no sin resistencia, y desde luego se de-

Digitized by Google

dicó á asegurarla, barricando puertas y ventanas y abriendo aspilleras.

Para asegurar la comunicación entre la primera y la segunda manzana de este ataque, se construyó en la calle que las separaba un doble parapeto, que servía de ramal de comunicación, y resguardaba de los fuegos de San Felipe, sirviendo también de defensa en el caso de que el enemigo tratase de tomar la segunda manzana por retaguardia, como lo intentó alguna vez.

La misma operación se practicó en la cuarta hilera de manzanas.

De esta suerte avanzábamos con la seguridad de no ser rechazados.

La tercera hilera, que no se hallaba separada de San Felipe nada más que por la anchura de la calle, era ocasionada á tiroteos muy peligrosos por la proximidad, pues varias ocasiones, penetrando las balas por las aspilleras, herían á nuestros soldados.

La segunda hilera aseguró la manzana que ocupaba y recibió orden de no avanzar.

Así, pues, las líneas de ataque de los extremos, 1ª y 4ª, eran las que continuaban adelantando.

Al querer ocupar el Coronel Díaz la tercera manzana de su hilera que lo debía aproximar á la Concepción, el enemigo, cuando ya no pudo defenderla, antes de retirarse la incendió, dando esto lugar á que el avance se paralizara por varios días, hasta que se pudo obrar contra el fuego é ir ocupando las casas á proporción que aquel se fué extinguiendo. Pero el Boletín Militar de Oaxaca decía que los bandidos puros habían puesto el fuego, cuando á nosotros nos perjudicaba la detención, y á ellos, los reaccionarios, les era conveniente detenernos.

Una vez dueños de esta manzana, que sólo separaba de la Concepción la anchura de la calle, el Coronel Díaz se dedicó á fortificarla con el tesón que lo distingue, y por medio de un trabajo infatigable que no le dejaba reposo ni de día ni de noche, llegó en pocos días á ponerla en un estado de defensa tan respetable, que el ene-

Digitized by Google

migo, después de algunos ensayos infructuosos, se convenció de que sería inútil toda tentativa que contra ella hiciera.

La Concepción es un edificio construido con materiales sólidos, y de bastante altura. Como Convento de monjas, tenía pequeñas ventanas muy elevadas, guarnecidas con fuertes rejas, y algunas puertas abajo que daban entrada á los llamados locutorios *ó rejas de las monjas.*

El Coronel Díaz, en su ahinco por penetrar en la plaza, hacía todos los esfuerzos imaginables. Quiso que en una cochera se colocase un obús de montaña, á lo cual accedió el General, aunque con el convencimiento de la inutilidad de la operación.

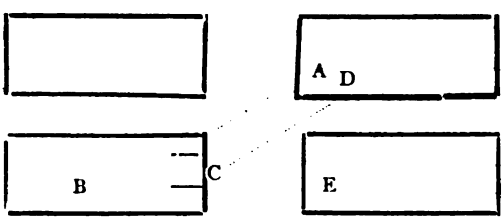
Con efecto, si se disparaba el obús con la carga ordinaria, las granadas rebotaban al chocar contra el espeso muro del convento, y si se aumentaba la carga, las granadas se rompían antes de poder penetrar en la piedra.

Quiso también colocar otro obús en un piso alto con objeto de batir el ángulo de la azotea de la contraesquina.

Esta operación tenía dificultades que si bien podían vencerse con trabajo, no correspondería el resultado que se obtuviera, á la fatiga que tenía que impenderse y mucho menos á la sangre que había de derramarse.

Era necesario blindar el piso bajo, construir una explanada y sostener también el techo de la azotea para impedir que pudiera venirse abajo con la conmoción ocasionada por el rebufo.

Después de esto, el resultado que se obtendría sería poco menos que nulo, como paso á demostrarlo:



Sea A la parte fortificada que se quería batir; B la manzana ocupada por el Coronel Diaz; C un balcón don-

Digitized by Google

de se quería poner el obús; y D la dirección de la línea de mira de la pieza, á la cual no se podía dar mayor oblicuidad para que pudiera alcanzar el punto A.

Resultaría que suponiendo que los proyectiles acertaran á pegar en el pretil de la azotea, no harían otra cosa que derribar una parte de él, sin herir á nadie, pues allí no había tropa; para conseguir tan inútil resultado, tendría que sacrificarse la vida de muchos artilleros que á boca de jarro serían heridos desde la Concepción E, cuya azotea dominaba perfectamente al balcón, donde no podían cubrirse los hombres sin inutilizar el obús.

Teniendo en cuenta estas consideraciones, y que en otros puntos querrían también poner artillería sin que de ello redundara utilidad ninguna, siendo, además, esta arma demasiado escasa, el General se negó en esta vez á complacer al Coronel Díaz, cuya resolución disgustó á éste en extremo.

Teníamos tres obuses en los cerros y uno en la cochera de que he hecho mención. Nos quedaban las tres piezas alargadas y un obús de montaña para todas las emergencias que podrían surgir. No era, pues, prudente que el General disminuyera los pocos elementos con que podía contar.

Todos los días aparecían nuevos proyectos y planes para tomar la ciudad: se hablaba de construír escalas para asaltar á San Felipe ó á la Concepción.

Al primer punto, ya se ha dicho por qué no se debía atacar. En cuanto al segundo; ¿qué altura y qué peso debían tener las escalas? ¿cuánto tiempo debería emplearse para construirlas, careciendo de materiales, herramientas y obreros? ¿qué número de hombres serían necesarios para conducirlas y arrimarlas? y luego, las ventanas tenían fuertes rejas, el enemigo las tenía fortificadas y aspilleradas, y por último, había construido un parapeto en la espalda de San Felipe, que enfilaba y barría todo el frente de la Concepción.

Pero nada era capaz de convencer á los entusiastas que solían proponer planes aun más difíciles que el descrito.

Digitized by Google

El Coronel Díaz, que no descansaba un momento, intentó pegar fuego á la Concepción, y una noche, personalmente, y á pesar del fuego de flanco que hacía el parapeto de San Felipe, roció con aguarrás las puertas de las *rejas de las monjas*, y les puso fuego.

Con ansiedad se esperaba que se consumierán las puertas para penetrar por ellas; pero el desengaño fué cruel, cuando habiendo caído á pedazos la madera, se descubrió que el enemigo las tenía cubiertas con obra de albañilería, que tenía muchos días de hecha.

Habíamos aplicado ya, sin resultado, la acción de la artillería y la del incendio, y se había prescindido de la escalada, por impracticable. Nos quedaba todavía un medio: las minas que pronto tendríamos que usar.

Entre tanto, la proximidad de las líneas era causa de un tiroteo incesante que duraba día y noche, con cortos intervalos, motivado por las conversaciones que se establecían entre los combatientes.

Después de darse mutuas seguridades de no ofenderse, dejaban las armas, y asomados á ventanas y azoteas, se entregaban á pláticas pacíficas y comedidas, con el objeto de convencerse unos á otros de la bondad de la causa que defendían y de invitarse á mudar de campo.

Esta clase de debates, que aun sustentados entre amigos y al calor del hogar, nunca logran el convencimiento de los contendientes, y casi siempre terminan desagradablemente, con mucha más razón debían de tener un fin desastroso entre enemigos furiosos é irreconciliables que trataban de destruirse.

De los argumentos pasaban á las recriminaciones; de éstas, á los insultos; y detrás de ellos venían las hostilidades, algunas veces á ladrillazos, por no tener muy á mano las armas.

Luego seguía el tiroteo, que á ocasiones duraba horas enteras, acompañado de insultos y maldiciones, consumiendo inútilmente los cartuchos, que no abundaban.

Uno de los puntos donde más se tenían semejantes pláticas, era la manzana que al costado de San Felipe ocupaba el Coronel Carbó.

Digitized by Google

El Jefe del punto contrario era el General Trejo. Este señor había defendido el Castillo de Perote cuando lo atacaba el General Echegaray; y el Gobierno de Veracruz, para recompensarlo de sus servicios, lo había condecorado con el grado de General y dádole el mando del punto del Chiquihuite.

Cuando Miramón bajó por primera vez á Veracruz, Trejo abandonó su bandera, pasándose al campo reaccionario. Ahora lo vemos en Oaxaca mandando el punto de San Felipe.

Como las ventanas del convento y las de las casas que ocupaba Carbó no se hallaban separadas más que por la anchura de la calle, era cosa fácil platicar de una acera á la otra, aun con voz moderada.

Casi todas las noches, en las altas horas, se entablaban conversaciones entre Carbó y Trejo, ó algunos otros Jefes. Trejo dejaba entrever la intención de entregar el punto que mandaba; pero cuando se le urgía para que tratase la cuestión con formalidad, manifestaba que para ello era necesario que fuera el General Rosas, á quien mandó invitar varias veces; mas éste se negó, expresando que comprendía muy bien cuán conveniente sería para el enemigo el deshacerse del General en Jefe.

Una madrugada, habiendo tal vez perdido la esperanza de que el General concurriera á la cita, Trejo llamó á Carbó para que tuviese una conferencia con él Carbó abrió y se asomó á una ventana como tenía de costumbre en semejantes casos, acompañado de un joven oficial apellidado Pozo, recién llegado de Veracruz, que le servía de ayudante. Trejo también se asomó á una ventana.

La noche estaba oscura, pues aun no amanecía, y no podía verse lo que pasaba de un lado á otro de la calle.

La conversación estaba animada, y Trejo hacía protestas de arrepentimiento por su anterior conducta, manifestando que deseaba una ocasión propicia para reparar su falta.

En esto se iluminó repentinamente la misma ventana que ocupaba Trejo, y se oyeron tres ó cuatro detonaciones de otros tantos fusiles, cuyas balas fueron directa-

Digitized by Google

mente al lugar que ocupaba Carbó. Cayó muerto en el acto el joven Pozo, con un balazo en la frente, y Carbó recibió en el rostro varias heridas ocasionadas por los pedazos de ladrillo que las balas arrancaron del marco de la ventana.

Este hecho infame causó en el campo liberal la mayor indignación, y dió la razón al General Rosas por la prudencia con que obró, negándose á concurrir á la cita de Trejo.

El Coronel Carbó, contra quien fué preparada sin duda, la inicua celada de Trejo, escapó por fortuna; pero desde entonces ya no hubo en las líneas pláticas á cara descubierta.

La acción de Trejo estaba en consonancia con la conducta cruel de los reaccionarios.

Veáse lo que respecto á esto dice el Gobernador Cajiga en su citado informe:

"En la plaza, el enemigo había seguido un sistema de terror, que acabó por concitarle el odio de todos los ciudadanos pacíficos: los asesinatos de la *compuerta*, los cadáveres arrastrados por las calles y la persecusión á las mujeres, horrorizaban á todos los corazones."

La idea de dar un ataque á viva fuerza no se había abandonado del todo, y de vez en cuando se volvía á insistir en ella, si bien muchos, mirando la seguridad y buen éxito con que se proseguían los trabajos, habían modificado su opinión.

Ya he demostrado varias veces en el curso de estos apuntes, las razones militares que el General tenía para oponerse á la ejecución de un medio inconducente y eminentemente peligroso.

A las razones militares, tenían que añadirse las lecciones suministradas por la experiencia, base y fundamento del saber humano.

La historia militar de nuestro país abunda en ejemplos que apoyan elocuentemente lo que enseñan los libros.

Sin remontarse hasta los días de la Conquista, que acaso proporcionaran alguno, y tomando por punto de par-

Digitized by Google

tida la guerra de Independencia, podrán hallarse datos en abundancia, entre los que pueden elegirse los más notables, para no hacer demasiado difuso este escrito.

El diecisiete de Diciembre de 1811, el Teniente de Fragata Don Miguel de Soto, atacó con dos columnas la población de Izúcar, cuya plaza principal estaba rodeada de parapetos que había levantado el General D. José María Morelos.

La fuerza fué rechazada, perdió dos cañones, y á su Comandante Soto, volviendo á sus cuarteles con menos de la mitad de la gente.

El veintidós de Enero de 1812, el General Morelos atacó á Tenancingo que había fortificado violentamente con parapetos el Jefe realista Porlier, que se hallaba reducido con la poca gente que mandaba, á la plaza del pueblo.

En varias ocasiones se intentó el asalto por las tropas independientes, y en todas fueron rechazadas á pesar de su arrojo, perdiendo la mayor parte de su artillería.

Porlier, que había perdido mucha gente y sus provisiones en las casas que fueron incendiadas, evacuó la plaza durante la noche, y debido á esta circunstancia la ocuparon los independientes.

El diecinueve de Febrero de 1812, el General realista Calleja atacó á Cuautla Amilpas, que defendia el mismo Morelos, con cuatro columnas que fueron rechazadas después de un rudo combate, muriendo en él los Coroneles de los batallones de Guanajuato y de San Luis.

Calleja, en vista de aquel descalabro, se propuso no arriesgar el éxito de la empresa que se le había encomendado en un nuevo asalto, y resolvió establecer un sitio en regla, para lo cual pidió al Virrey refuerzo de tropas, *artillería de sitio y morteros*.

El Virrey le envió la división de Llano con dos mil hombres peninsulares y más artillería de batalla; pero la artillería de sitio, que era necesario conducir de Perote, no tuvo tiempo de llegar, hostilizada como lo fué, por las fuerzas de Osorno y otras de los llanos de Apam.

Digitized by Google

Sabido es que Cuautla, cuyas casas son en su mayor parte bajas y de adobe, aun cuando sus iglesias son fuertes, no puede compararse con las principales ciudades de la República, ni su posición tiene nada de ventajosa.

Y sin embargo, Calleja se quejaba con el Virrey de que no le alcanzaba la fuerza para sitiar la población, y que su artillería de batalla no era competente para producir efectos útiles en el ataque: y cuando el Virrey le urgía á fin de que repitiese un ataque á viva fuerza, Calleja le dió tales razones para no efectuarlo, que no tuvo más remedio que conformarse con ellas y tener paciencia para esperar los resultados de un sitio en regla.

A pesar de los buenos deseos de Calleja, de ocupar en pocos días la ciudad, permaneció sitiándola setenta y cuatro días, y al fin el General Morelos rompió el sitio dejándolo burlado.

El veintitrés de Febrero de 1812, el Brigadier Llano dió un asalto á Izúcar, que entonces lo defendía el Cura Sánchez de la Vega. Después de un fuerte cañoneo que duró dos horas, hizo avanzar dos columnas compuestas de los batallones Asturias y Lobera, que después de dos horas de combate fueron rechazados.

El día veinticuatro se repitió el asalto, protegido por la artillería, que situada convenientemente, disparaba metralla contra los sitiados; pero fué rechazado igualmente.

En el mes de marzo de 1812, las fuerzas independientes de los Bravos, del Padre Mendoza y de Trujano, en número de cuatro mil hombres, se presentaron á atacar á Yanhuitlán, que defendía Régules con setecientos hombres, sin que hubieran podido ocupar ninguno de los puntos que aquel defendía, en los repetidos ataques que dieron.

En los primeros días de Abril de 1812, el General D. Ignacio Rayón atacó á Toluca, que defendía el Jefe realista Porlier. Habiendo sido rechazado en varios ataques, intentó uno más enérgico el dieciocho, que tuvo el mismo resultado que los anteriores, sufriendo las fuerzas pérdidas considerables y la de parte de su arti-

Digitized by Google

llería y municiones, por lo que se retiró en muy deplorable estado al pueblo de Amatepec.

El diecinueve de Octubre del mismo año, el referido Rayón atacó á Ixmiquilpan, y fué rechazado, perdiendo varias piezas de artillería.

El once de Noviembre siguiente, el General D. Nicolás Bravo atacó á Jalapa, cuya defensa estaba á cargo del Sargento mayor D. Antonio Fajardo.

Después de ocho horas de combate, Bravo, rechazado en todos los puntos, tuvo que retirarse perdiendo un cañón.

El treinta de Enero de 1813, Verduzco, con seis mil hombres, atacó á Valladolid (Morelia), donde fué derrotado con grandes pérdidas y la de la mayor parte de su artillería.

Si de la Guerra de Independencia pasamos á los sucesos militares posteriores que han tenido lugar en la República, hallaremos nuevos ejemplos en apoyo de nuestra tesis.

Comenzaremos por el ataque que dió el General D. Vicente Miñón á la ciudad de Guadalajara en el mes de Diciembre de 1852.

Pronunciado allí el General Uraga, envió el Gobierno una división compuesta de tres mil hombres y veinte piezas de artillería para reducirlo, al mando del General Miñón.

Como la fuerza era insuficiente para establecer un cerco al perímetro fortificado, el General dispuso establecer su cuartel General en el Hospicio, y formó dos columnas para que atacaran los puntos de San Felipe y de San Francisco.

La noche del veinticinco ordenó un vivo cañoneo con toda la artillería, el que duró más de una hora, sin objeto determinado, consumiendo la mayor parte de las municiones.

Durante el cañoneo, el General Miñón recibió un balazo en la nariz, que lo obligó á hacer cama.

En la noche del veintiseis, la columna destinada á atacar la iglesia de San Felipe, avanzó en el mayor si-

Digitized by Google

lencio. El enemigo, que la sintió, la dejó acercarse sin hostilizarla, y cuando la tuvo á muy corta distancia, rompió un vivo fuego sobre ella.

La columna se halló detenida por un ancho y profundo foso que no podía salvar, y después de vacilar un rato, se pronunció en retirada, dejando la calle cubierta de cadáveres.

Como entre los tres puntos ocupados por las tropas del Gobierno, había grandes intervalos descubiertos, de modo que no podían auxiliarse, el enemigo, aprovechando esta circunstancia, hizo una salida en la madrugada del día 27, y comenzó á atacar de flanco la línea que batía á San Felipe. El Teniente Coronel Camargo, que la mandaba, tomó un destacamento y marchó á batirlo; pero fué herido y obligado á retroceder.

El Teniente Coronel Don José Calderón, que lo sustituyó, fué también herido, y siendo la situación de aquella sección insostenible, tuvo que replegarse al Hospicio.

Igual cosa verificó la sección del Teniente Coronel Castillo, que atacaba á San Francisco, y después de algunos días de estar á la defensiva, agotadas ya las municiones de la artillería, la división Miñón hubo de retirarse rumbo á la capital.

En los primeros días de Marzo de 1856, Comonfort sitió á Puebla, que defendían tres mil y pico de hombres. Las fuerzas del Gobierno llegaron á trece mil, con cuarenta cañones y obuses.

Comonfort prefirió sufrir las demoras de un sitio, á las aventuras de un ataque á viva fuerza, viendo en quince días logrado su objeto, con la capitulación de la ciudad.

Habiéndose pronunciado la mayor parte de la guarnición de Puebla á fines del mes de Octubre de 1856, el Gobierno de Comonfort envió una división á las ordenes del General Don Tomás Moreno para reducirla.

Llegadas á la ciudad las tropas por el rumbo del Carmen, el General ordenó que una columna tomase á viva fuerza el parapeto del Hospitalito.

La columna, que avanzó con gran resolución, no pudo, sin embargo, asaltar el parapeto, y tuvo que retirarse

Digitized by Google

muy maltratada, dejando entre los muertos al joven Comandante de Zapadores D. Antonio Paredes.

En vista de tan fatal resultado, Moreno resolvió establecer un ataque en regla, y hasta pasados cuarenta días no pudo lograr la ocupación de la ciudad por capitulación.

El General D. Santos Degollado hostilizaba la ciudad de Guadalajara en el mes de Junio de 1858. Después de varios ataques infructuosos, en la noche del 20 resolvió dar un asalto decisivo; pero también fué rechazado, sufriendo muchas bajas, y tuvo que retirarse rumbo á Zapopan.

El catorce de Octubre del mismo año, el General D. Miguel Blanco apareció repentinamente en las goteras de la Capital, y sin perder tiempo atacó la antigua garita de San Cosme, donde tuvo lugar un reñido combate.

A pesar de no haber parapetos que cortasen las calles, los liberales no pudieron vencer la resistencia que les opusieron los alumnos del Colegio Militar, unidos á un corto número de soldados, y tuvieron que retirarse.

Después de pasados los acontecimientos de Oaxaca, que narramos, otros hechos de importancia han tenido lugar, tanto durante la guerra de Reforma como la de Intervención; y como esto se escribe mucho tiempo después, no parece fuera de propósito referirlos en este lugar.

D. José López Uraga, á la cabeza de cinco mil hombres y veintiseis bocas de fuego, se acercó á Guadalajara, que defendía D. Adrián Woll, el 24 de Mayo de 1860.

Woll levantó violentamente barricadas en el perímetro de la plaza de armas, que era el que con la fuerza que mandaba podía defender.

El General Uraga, después de un violento cañoneo, lanzó sus tropas en varias columnas, creo que seis, por distintas calles, y después de un sangriento combate, se vieron destrozadas y compelidas á la retirada.

Todos los Jefes de columnas, menos uno, fueron muertos, y el mismo Uraga quedó herido y en poder del enemigo.

Zaragoza, que quedó con el mando, reunió los restos de la división, y con diez cañones que pudo salvar, em-

Digitized by Google

prendió su marcha rumbo á Sayula, donde se reunió á las tropas de Ogazón.

El General Forey sitiaba á Puebla con un ejército numeroso, aguerrido, bien provisto de artillería y de todos los elementos necesarios para el ataque de una plaza.

Atacó en toda regla algunos de los fuertes que rodeaban la plaza, estableciendo baterías y construyendo paralelas y otros trabajos de zapa, sin haber aventurado un asalto sino hasta haber abierto brecha, apagados los fuegos de los defensores, y cuando las obras de aproximación se hallaban muy cercanas. Mas al penetrar en las calles de la ciudad, se guardó muy bien de aventurar columnas en ellas.

Por medio de horadaciones y de minas avanzó sobre el recinto fortificado, y durante sesenta y tantos días de rudos combates, no le fué posible penetrar en la plaza. Puebla se rindió al fin; pero cuando no le quedaba ni un cartucho ni una galleta con que prolongar la resistencia.

Forey practicó en grande en Puebla, lo que en Oaxaca se practicó en pequeño.

El diecisiete de Diciembre de 1863, el General Uraga atacó á Morelia, teniendo á sus órdenes, según noticias, diez mil hombres y treinta cañones y obuses.

Márquez, que defendía la ciudad, sólo contaba con tres mil quinientos soldados y diez cañones, con fortificaciones sin concluir.

Uraga, después de un vivo cañoneo, hizo un empuje que no tuvo resultado; pero al día siguiente acometió por varios puntos con verdadero furor, y á pesar de haberse apoderado de varios parapetos, fué al fin rechazado después de un combate obstinado, perdiendo cerca de ochocientos hombres, como cuatro mil dispersos y cinco obuses.

El veintisiete de Diciembre del mismo año, el General Negrete apareció repentinamente sobre San Luis Potosí, que hacía pocos días que había abandonado, á la cabeza de cuatro mil y pico de hombres.

Digitized by Google

Don Tomás Mejía, que lo ocupaba, apenas tuvo tiempo para improvisar algunas barricadas, cuando se vió acometido por tres columnas que llegaron á penetrar hasta la plaza principal.

Los agresores, después de un porfiado combate, tuvieron que retirarse, sufriendo una completa derrota y perdiendo todo el material de guerra.

El día cinco de Julio de 1864 el General Riva Palacio atacó á Zitácuaro, y fué rechazado con fuertes pérdidas.

El Coronel D. Jerónimo Treviño atacó á Tuxpan á la cabeza de ochocientos hombres el veintiuno de Febrero de 1865. Defendía la ciudad D. Manuel Llorente con doscientos ochenta y cinco hombres.

Treviño fué rechazado, perdiendo entre muertos y heridos ciento veinticinco hombres.

Podían aumentarse los ejemplos; pero creo que los expuestos son suficientes para demostrar los funestos efectos que en la mayor parte de los casos producen los ataques á viva fuerza en el interior de nuestras poblaciones.

Si algunos casos pueden ponerse en contra, serán sin duda en pequeño número y con circunstancias excepcionales, que no pueden fundar una regla.

Terminada esta larga, pero conveniente disertación, de que el lector sabrá aprovecharse, continuaré describiendo los sucesos de Oaxaca.

La línea de los liberales continuaba perfeccionándose y consolidándose.

En la manzana próxima á la Concepción se abrieron un pozo y una galería de mina que pasando por debajo de la calle, conducía á la manzana inmediata hacia el Norte, con objeto de ocuparla sin que el enemigo se apercibiese de ello, como se verificó con un fuerte destacamento á las órdenes del Teniente Coronel Velasco.

Desde esta manzana, y desde la inmediata á la Concepción, se comenzaron á abrir galerías de mina, con objeto de poner hornillos debajo del Convento y de la manzana inmediata, al Norte.

Digitized by Google

El enemigo, por su parte, también perfeccionaba y robustecía sus fortificaciones. Detrás de sus parapetos, en las boca-calles inmediatas, levantó altos espaldones de vigas, para proteger el tránsito que se había hecho en extremo peligroso por las acertadas punterías de los de Ixtlán, colocados en las alturas.

Véase cómo se expresaba el Gobernador Cajiga sobre el estado de defensa de la ciudad, en su memoria presentada al Congreso:

"Pero fatales demoras cuyo origen se puede atribuir á distintas causas (1) habían permitido al enemigo fortificarse completamente, construyendo *inmensas* trincheras, parapetos y baluartes, que formaban una línea de defensa *inexpugnable*."

"Difuso sería hacer la relación de los fecundos acontecimientos durante unas hostilidades prolongadas y terribles: día por día, un combate continuo sacrificaba en ambos campos innumerables víctimas: la memoria de esos hechos y de esos dolores está viva en el corazón de todos los Oaxaqueños."

Los reaccionarios solían con frecuencia hacer demostraciones contra los cerros, con objeto de obligar al General á mover las tropas en su auxilio, fatigándolas y distrayendo la atención de los trabajos que diariamente adelantaban.

Una tarde, el General, en lugar de mandar reforzar los cerros, creyó oportuno hacer una diversión en la ciudad para obligar al enemigo á replegarse á ella.

Se puso á la cabeza del batallón de Jamiltepec, y acompañado de su escolta, se dirigió á la garita de México, que estaba guarnecida por un destacamento que se retiró después de oponer una corta resistencia.

Nuestros soldados penetraron por las calles sufriendo el fuego de las alturas, del que resultaron algunos heridos, y al General una bala le rompió las riendas del caballo.

---

(1) El lector ha podido ver cuales fueron las causas á que el señor Gobernador se refiere, en el curso de este escrito.

Digitized by Google

Conseguido el objeto que se deseaba, la fuerza regresó al Marquesado; pero al caer la tarde vino el aviso de que gran número de caballería salía por el rumbo de San Juanico. Volvió el General á ponerse á la cabeza del batallón de Jamiltepec, y con su escolta y un obús de á 12c. largo, se puso en marcha siguiendo el caserío del Marquesado, para no ser visto y poder cortar la retirada á la caballería.

Cuando la fuerza apareció en el llano, á orillas de la población, la caballería reaccionaria se batía delante de la capilla de San Juanico (d) con los lanceros del Coronel Ramos; mas tan luego como advirtió la presencia de la infantería, volvió grupas y á todo correr se dirigió á la ciudad.

No fué, pues, posible cortarle la retirada; pero la escolta, al galope, siguiendo la diagonal, logró atacarla por el flanco, mientras los de Ramos, arengados por Subikursky, la acuchillaban por retaguardia.

De las alturas de la ciudad comenzaron á hacernos disparos de artillería, sin éxito alguno, pues ya obscurecía y no podían distinguirse los objetos á largas distancias.

Dolorosa debió ser la pérdida del enemigo, porque, él, que jamás confesaba las que tenía, no pudo menos de lamentarse el día siguiente en su boletín, de las víctimas que los *chinacos* con malas artes le habían hecho.

Las minas, que dirigían los Capitanes D. Francisco Meinjuiro, minero de Ixtlán, y D. Anastasio Luévanos, de Guanajuato, habían quedado terminadas, y los hornillos cargados con gran cantidad de pólvora.

Todo listo, se pensó en el asalto que debía tener lugar en cuanto las minas produjeran su efecto.

Desde luego se procedió á formar el plan de ataque, que quedó resuelto de la manera siguiente:

Para distraer la atención del enemigo y obligarlo á concentrar sus fuerzas en un punto dado, se daría un ataque falso á la manzana llamada de la Villarraza, última de la cuarta hilera que mandaba el Coronel Carbó.

Para apoyar este ataque y hacerlo más verosímil, se situaría en el punto conocido por el Petatillo, una bate-

Digitized by Google

ría formada con las tres piezas de batalla de que se podía disponer, la cual batiría las alturas de San Felipe.

Al amanecer del día que se señalara, rompería el fuego la batería, y la columna del Coronel Carbó se dirigiría al ataque de la manzana de la Villarraza.

Un cuarto de hora después se daría fuego á los hornillos de la Concepción y de la manzana inmediata al Norte, y una vez abiertas las brechas, se lanzarían al asalto las columnas del Coronel Díaz y del Teniente Coronel Velasco.

Inmediatamente marcharía á sostenerlas y apoyarlas, el batallón de Jamiltepec, con el único obús de montaña que quedaba libre. La compañía de Juchitán cubriría al flanco derecho y los escuadrones de Ramos la apoyarían acercándose á la ciudad por el mismo flanco, para impedir que la caballería enemiga saliera á inquietarlo.

Se procedió incontinenti á preparar el desarrollo del plan adoptado, comenzando por la erección de la batería, cuyo efecto moral debía ser importante.

Se escogió para establecerla, una casita baja, cuya fachada daba á una calle paralela á la línea enemiga.

En el patio, que era pequeño, y cuyo plano se hallaba á dos ó tres metros sobre las bóvedas de San Felipe, se construyó un parapeto con merlones para los dos obuses de á 12c largos, pues no había lugar para la pieza de á 6.

En previsión de que los proyectiles perforasen las paredes de la casa y pudiesen dañar á los sirvientes de las piezas que les daban el flanco, se construyó una traverza de suficiente altura, á la izquierda de la batería. Como ésta se hallaba cubierta por el frente por una pared de adobe que cerraba el patiecito, fué necesario abrir en ella varios taladros, para poder trazar las directrices de las cañoneras.

La pared se socabó en su pie, colocando palancas para derribarla cuando llegara el caso.

La pieza de á 6 se colocó con su respectiva fortificación en un corralito, á la derecha de la batería de obu-

Digitized by Google

ses, cosa de un metro más elevada que ésta por exigirlo así el desnivel del terreno. .

En la casita donde la batería se apoyaba, se situó un destacamento de Juchitecos para el caso de que el enemigo intentara un golpe de mano.

Se tuvo el mayor cuidado al construir las salchichas que debían de dar fuego á los hornillos, que tanto su diámetro como su longitud fuesen absolutamente iguales, y que se cargasen con la misma presión, para que el fuego corriese por ellas en el mismo tiempo. Verificados algunos ensayos que dieron buen resultado, se colocaron las salchichas y se retacaron las galerías.

Arregladas así las cosas, se señaló la mañana del veintisiete de Abril para el asalto.

La víspera en la tarde fueron llamados al cuartel General el Coronel Díaz y el Teniente Coronel Velasco, quienes después de recibir las últimas instrucciones, pusieron acordes sus relojes para poder dar fuego en el mismo instante.

En la madrugada del día veintisiete, el batallón de Jamiltepec estaba formado en batalla en el Marquesado con el obús de montaña. La fuerza que quedaba de Juchitán, ocupaba algunas casas de la ciudad, cubriendo la derecha del ataque. Ramos, con su caballería, situado en el llano, para avanzar cuando se le mandase.

A los primeros destellos de luz fué derribada la tapia que ocultaba la batería del Petatillo, y ésta comenzó á hacer fuego sobre las alturas de San Felipe con tal rapidez y precisión, que antes de un cuarto de hora no quedaba ningún enemigo en las bóvedas ni en las torres de la iglesia.

El Coronel Carbó avanzó sobre la manzana de la Villarraza, y habiendo penetrado en ella, se trabó un combate obstinado que costó buen número de víctimas á los combatientes.

En estos momentos estallaron las minas, causando grande alarma al enemigo, que ocurrió violentamente á conjurar el nuevo peligro, mientras el Coronel Carbó, redoblando sus esfuerzos, se hizo dueño de la manzana

Digitized by Google

de la Villarraza, que en el momento trató de asegurar fortificándola, á fin de que el enemigo no pudiese recobrarla.

Así fué, que un ataque falso se convirtió en verdadero, con lo que tuvieron que contentarse los liberales.

Las minas no habían hecho el efecto que se deseaba, Colocadas las cargas debajo de los cimientos de los edificios, sin haberles hecho alojamiento en el macizo de los muros, la pólvora, siguiendo la línea de menor resistencia, abrió el embudo por la banqueta de la calle, y aunque dejó á descubierto gran parte del cimiento, no conmovió la construcción.

Como los Jefes de las columnas no vieron brecha abierta, permanecieron en sus puestos sin dar el asalto.

Este fracaso causó profundo disgusto y desaliento entre los liberales, que habían concebido las mayores esperanzas en el efecto de las minas, que estaban cargadas con gran cantidad de pólvora.

Véase lo que dice en su memoria el señor Gobernador Cajiga sobre este hecho de armas, del que hace dos, equivocadamente.

"La línea de los soldados de la Libertad se iba extendiendo poco á poco, hasta la célebre ocupación de la manzana de la Villarraza, que costó tanta sangre: los trabajos continuaban"..... etc.

"El General Rosas se decidió por fin á dar un golpe decisivo, y habiéndose preparado con toda calma las minas que debían derrumbar los muros de la Concepción para dar paso á nuestras fuerzas, el 27 de Abril se rompieron los fuegos sobre la ciudad, *cañoneando las alturas enemigas hasta apagar los fuegos de las de San Felipe.* Una columna de asalto debía penetrar á la plaza tan luego como la explosión se verificara: todo estaba dispuesto: un momento después, un gran combate debería fijar la suerte de Oaxaca; pero la fatalidad que pesaba todavía sobre nosotros, cerró la puerta de la patria á nuestros esfuerzos; la mina de la Concepción no produjo el efecto que esperaba el General: la columna se detuvo y la plaza quedó en poder del enemigo."

Digitized by Google

En este combate, además de las pérdidas sufridas en la toma de la manzana de la Villarraza, los liberales sufrieron otras á consecuencia de una granada que penetró en la casita en que se apoyaba la batería, diezmando al destacamento que la ocupaba.

La batería no sufrió pérdida ninguna, á pesar del mucho fuego de enfilada que le dirigía desde las alturas la artillería enemiga; porque no pudiendo ser vista por ella, sólo dirigía sus punterías á la humareda. Así es que los proyectiles pasaban muy elevados, ó se detenían en el caserío de la ciudad.

Malogrado el ataque del día 27, el General dispuso que se abrieran nuevas galerías de mina; mas el enemigo, aleccionado con lo que le acababa de pasar, estuvo vigilante, y por la contra-mina nos salió al encuentro paralizando nuestros trabajos. Entonces tuvo lugar la guerra subterránea con todos sus horrores.

Una noche vieron los que ocupaban la manzana frontera á la Concepción que la calle brotaba hombres: uno tras otro fueron saliendo hasta siete trabajadores con sus útiles, que burlando la vigilancia de los que los dirigían, cavaron, formando un plano inclinado que acabó por salir á la superficie, proporcionándoles la fuga que efectuaron refugiándose en nuestro campo.

También intentó el enemigo una sorpresa sobre la batería del Petatillo; pero los Juchitecos que la custodiaban lo rechazaron.

Así andaban las cosas, cuando el General recibió aviso de que el General reaccionario D. Santiago Cuevas con una brigada se acercaba en auxilio de la plaza.

Después de discutir varios planes, el General resolvió levantar el campo y retirar la división á la sierra de Ixtlan; porque creyó que con tropas, cuya mayor parte no tenían instrucción ni disciplina, no se podían afrontar los riesgos de una batalla doble, que sin duda habría tenido lugar, atendiendo al número de la fuerza que guarnecía á Oaxaca y á la superioridad de su artillería y caballería.

Además, se había perdido la confianza mutua que de-

Digitized by Google

be existir entre el General y sus tropas, y este era el mayor inconveniente.

Resuelta, pues, la evacuación de la parte que ocupábamos en la ciudad, se señaló para verificarla el 9 de Mayo al amanecer.

La marcha debía hacerse hacia la villa de Etla, á cuya altura se subiría á la sierra rumbo á Teojocuilco, en cuyo trayecto no debían encontrarse población ni recursos de ninguna clase en los dos ó tres días que duraría la travesía.

No existia camino propiamente dicho, sino veredas que muchas veces pasan entre precipicios peligrosos.

No podía pensarse, pues, en llevarse la artillería de batalla rodando, era preciso desmontarla, desarmar las cureñas y armones para ser llevados en hombros de peones, y las piezas arrastrando en las narrias ó trineos, que sirvieron para bajarlas del cerro de la Soledad al Marquesado.

Salí, pues, del Cuartel General á la madrugada del 9 de Mayo con las tres piezas enganchadas, conduciendo las narrias sobre las cureñas y custodiado por treinta hombres de la guerrilla Meinjuiro que mandaba su Jefe.

Al amanecer llegamos á la altura de Etla, y desde luego descubrí unos ochenta hombres al pie de la sierra como en ademán de esperarnos. Se me dijo que habían sido enviados exprofeso para facilitar el paso de la artillería componiendo el camino.

Como semejante empresa era impracticable en el término que se necesitaba, y además no estaba aquella gente provista de las herramientas necesarias, juzgué más prudente que sirviera para conducir á brazo las cureñas y armones desarmados.

En consecuencia, dispuse que se comenzasen á desarmar los carruajes, colocando las piezas en las narrias. Mientras tanto, pasé á Etla á solicitar de la autoridad auxilios, que me envió en la tarde, consistentes en treinta hombres y doce yuntas de bueyes, con lo que pudieron ponerse en marcha todos los trenes.

Digitized by Google

Las dificultades que ofrecía el camino, la poca voluntad con que servían los peones, y una lluvia que no cesó de caer, hizo la marcha lenta, y al anochecer el material quedó regado en una larga extensión.

La división había salido de Oaxaca en el mejor orden, sin haber perdido ni un hombre ni un fusil en aquella mañana. Nos alcanzó á medio día, y siguió su marcha llevando los obuses de montaña á lomo y dejándonos á retaguardia con el material de batalla.

El enemigo, al notar la evacuación de las líneas, salió también en pos de nuestras tropas, pero marchando con circunspección; de manera que no se había dejado ver.

Al amanecer el siguiente día, hallé que había desertado la mayor parte de los peones llevándose los bueyes; de suerte que sólo podía contar con unos treinta hombres y tres yuntas, en vista de lo cual ordené que las mulas del tren arrastrasen las piezas.

Pudieron estas pernoctar en la última cumbre que termina el ascenso de la sierra por aquel lado; pero las cureñas quedaron un poco más abajo.

Al día siguiente habían desaparecido el resto de los peones, y no había ya que pensar en intentar conducir las cureñas.

Las tropas seguían adelante, y á su retaguardia, con largos intervalos, las tres piezas sin escolta ni auxilio ninguno.

La primera, la conducía el Capitán de Artillería D. Francisco Miranda, la segunda el de la misma clase de guerrilla D. Francisco Meinjuiro, y la tercera el que esto escribe.

Había quedado muy atrás, acompañado solamente de mi asistente y del picador del tren, que dirigía el tiro que arrastraba la pieza.

A lo que alcanzaba la vista, no se distinguía ningún sér humano por aquellas soledades; pero se iban venciendo todos los obstáculos que se presentaban, gracias á la bondad y buen estado del ganado de tiro, y á la habilidad y buen deseo del picador, cuyo nombre quisiera recordar para consignarlo en estos apuntes como tribu-

Digitized by Google

to de justicia, pues si él me hubiese abandonado, la pieza se habría perdido irremisiblemente.

Sin embargo, pronto tuvimos que luchar con una gran dificultad. La narria que no había sido enllantada, se iba adelgazando poco á poco, y llegaría un momento en que se deshiciese sin poderlo evitar.

En esto, habíamos llegado á un desfiladero de cornisa que apenas daba lugar á que pasasen las mulas, y á la derecha había un profundo barranco.

Por fortuna el desfiladero no era muy largo, y con un poco de trabajo se pasaría sin tropiezo; mas apenas penetramos en él, cuando notamos una grieta de treinta y cinco á cuarenta centímetros de ancho, que lo cortaba en toda su latitud.

¿Existía aquella cortadura desde antes que pasara la tropa?

¿Se había producido á consecuencia de este mismo paso?

¿O acaso había sido hecho intencionalmente?

No era fácil resolver estas cuestiones; pero el obstáculo estaba allí, y era necesario vencerlo.

Mientras el picador y yo conferenciábamos sobre el modo de pasar el precipicio, llegó á la entrada del desfiladero, acompañado de su familia, á caballo, el Administrador de Correos, Maldonado (1) si mal no recuerdo.

Pretendía que le dejara el paso libre; pero pronto se convenció de que eso era imposible, porque ni las mulas ni la narria podían dar media vuelta en tan estrecho paso.

Entonces Maldonado me dijo que la pieza no vencería nunca el obstáculo que tenía delante, que el enemigo venía ya muy cerca, y que lo mejor sería que arrojara la pieza á la barranca, puesto que siempre se había de perder.

Por supuesto que yo no accedí á semejante pretensión; y seguí ocupándome del modo de salir del mal paso.

Maldonado, á quien le urgía pasar, insistía, cada vez

(1) Creo que era Jefe Político del Marquesado.

Digitized by Google

con más ahinco, en que derrumbara la pieza, asegurándome que dentro de pocos minutos aparecería el enemigo, que él acababa de dejar á poca distancia.

Le contesté que en cuanto viera al enemigo arrojaría la pieza al barranco, con lo que tuvo que conformarse.

Estudiada la cuestión, careciendo de instrumentos y de toda clase de material para echar un puente, resolvimos arriesgar el todo por el todo.

Era preciso acometer con viveza el ganado, á fin de que de un salto salvase el obstáculo, mientras el picador, que montaba una de las mulas, llevaría en la mano un cabo que se había asegurado en el pico de la narria y halando de él con toda su fuerza, procuraría levantar la narria á fin de que no tropezase.

No dejaba el caso de tener su peligro, pues si la narria tropezaba y caía al precipicio, podía arrastrar consigo las mulas y el picador. En fin, era forzoso acabar.

El picador acometió el ganado con resolución: las mulas saltaron con brío, arrastrando la narria al otro lado de la grieta, felizmente.

Pudimos, pues, respirar al haber superado aquella grave dificultad, que pudo haber sido causa de la pérdida del obús y, lo que era más, de la vida de un hombre.

La familia Maldonado, libre ya el paso cuando franqueamos el desfiladero, pudo pasar adelante, quedando de nuevo solos el picador, mi asistente y yo.

La narria, debilitada con el continuo rosamiento, no pudo soportar la última prueba á que había sido sometida, y á poco andar se desbarató por completo, dejando la pieza en tierra.

No por eso nos desanimamos, y tratamos de ver si el ganado la podía arrastrar. Hicimos la prueba, y quedamos satisfechos al ver que las mulas estiraban perfectamente; mas á pesar de su buena voluntad, y de hallarse gordas y bien mantenidas, era seguro que semejante trabajo no podían soportarlo por mucho tiempo.

En esto obscureció; y aun cuando nos hallábamos ya cerca de Teojocuilco, cuyas luces se veían, y cuyos rui-

Digitized by Google

dos se escuchaban, no era prudente aventurarnos en las tinieblas, en un país tan accidentado y desconocido.

Por otra parte, el ganado necesitaba beber, comer, y descansar, y nosotros también. Por lo que hace á mi, desde el almuerzo que hice en Etla, cuando fuí á buscar auxilio el día 9, no volví á tomar otro alimento que algunos puñados de totopo, que no fueron, ni con mucho, suficientes para alimentarme.

Así es que sólo estaba sostenido por la excitación nerviosa producida por el trabajo y la ansiedad; pero á veces sentía vértigos que amenazaban derribarme.

Resolví, pues, ocultar lo mejor posible la pieza entre unas malezas y continuar con el ganado á Teojocuilco.

Llegaríamos al pueblo entre once y doce de la noche, porque habíamos hecho muchos rodeos y caminado muy despacio por temor á los derrumbaderos.

Dí cuenta al General de todo; y aprobando mi conducta, me envió al Gobernador D. Marcos Pérez para imponerlo de la situación. Este señor me obsequió con una taza de chocolate que no tuve inconveniente en pedirle, pues me hallaba casi exánime.

Al volver al alojamiento del General, éste me ordenó que le diera cuenta por oficio de lo ocurrido durante la marcha, y de cómo quedaba el material de artillería.

En consecuencia, le dirigí la comunicación siguiente:

"División de Oaxaca.—Comandante de artillería.

"En la noche del día 9 del corriente salí del Marquesado con las tres piezas de batalla de la división y treinta hombres de la guerrilla Meinjuiro, con orden de V. S. de introducir esta artillería á la sierra para evitar así, que en cualquier evento pudiera perderse. Al llegar á San Agustín Etla encontré una reunión como de ochenta hombres que habían sido llamados con el objeto de componer el camino. En el acto dispuse que esta gente me ayudara en la operación de conducir las piezas. Estas se desmontaron, colocándolas sobre trineos para ser arrastrados por bueyes, y los montajes se desarmaron, y procedí desde luego á hacerlos subir por aquellos difíciles desfiladeros. La operación marchaba con lentitud

Digitized by Google

á causa de la poca voluntad de los trabajadores, de su escaso número, y de la lluvia que no cesó un momento de caer. Para violentar la operación, marché á la villa de Etla para solicitar auxilios. En la tarde se me presentaron como otros treinta hombres y doce yuntas de bueyes, y al momento se puso en marcha todo lo que estaba detenido. Las resistencias que oponían un camino lleno de obstáculos y de precipicios, hacía nuestra marcha lenta y penosa. Sobrevino la noche, y el material quedó necesariamente regado en una larga extensión, dando esto lugar á que á favor de la lluvia y la obscuridad, se fugaran los trabajadores, llevándose las yuntas. Al amanecer me encontré solamente unos treinta trabajadores y tres yuntas de bueyes. Entonces dispuse que las mulas del tren arrastrasen los trineos, logrando de este modo vencer la última cumbre que termina el ascenso de la sierra por aquel lado; pero los montajes quedaron un poco más abajo."

"El día de hoy se ha vencido toda la distancia que media entre el rancho de las Cruces y este pueblo, teniendo el gusto de comunicar á V. S. que las piezas se han incorporado; pero los montajes han quedado abandonados por los trabajadores, y como los que tenía pedidos á Teojocuilco y otros pueblos el E. S. Gobernador del Estado, no se han presentado hasta ahora, creo que se debe repetir el pedido de gente con la urgencia que demandan las circunstancias, pues de otra manera no se podrá practicar la operación."

"El Capitán de artillería D. Francisco Miranda y el de guerrilla D. Francisco Meinjuiro, han trabajado mucho en esta difícil operación, sufriendo el hambre y la sed en los tres días que hemos permanecido en la sierra."

"Dios y Libertad. Teojocuilco, Mayo 12 de 1860, á las doce de la noche.—Manuel Balbontín."

"Señor General en Jefe de las tropas del Estado de Oaxaca.—Presente."

Digitized by Google

Al amanecer del día doce, el Capitán Miranda salió con el picador y recogió el obús que la noche anterior dejé oculto á corta distancia.

Aunque desde la víspera había dispuesto el General que las fuerzas que mandaban los Tenientes Coroneles Zubeldía y Zenteno, escoltadas por el Coronel D. Porfirio Díaz con las de su mando, fueran, en el caso de no proporcionar el señor Gobernador los hombres que había ofrecido, á recoger y conducir el material de artillería que había quedado en el campo; esta disposición no pudo tener cumplimiento, porque en la madrugada el batallón de Tlaxiaco y la caballería habían emprendido la fuga para sus Distritos, y el batallón de Jamiltepec amenazaba hacer lo mismo, como lo verificó después.

Esto dió por resultado una grande excitación en el campo, y el Coronel Díaz fué á interpelar al General sobre lo que pensaba hacer.

El General contestó que su presencia en la división no podía traer ningún bien, pues veía que podía ser pretexto para desórdenes que él no podía remediar; por cuya razón iba á entregar el mando al Coronel D. Cristóbal Salinas, á quien le correspondía por antigüedad, retirándose él en seguida para Veracruz.

Contestóle D. Porfirio que no podía hacer cosa mejor, porque los ánimos se hallaban muy exaltados en su contra, y á él le había costado mucho trabajo contenerlos para impedir que fusilaran al General.

Después de esta entrevista que yo presencié, el General entregó el mando, y con los Oficiales que había llevado consigo, se puso en marcha para Veracruz.

El enemigo, que había invadido la sierra, atacó el pueblo de Ixtepejí, que se defendió valientemente todo un día, hasta que llegando en su auxilio el Coronel Díaz con una sección de tropas, obligó á los reaccionarios á retirarse en derrota.

A pesar de este triunfo de los liberales, el material de artillería que se hallaba abandonado fué recogido por el enemigo.

Digitized by Google

Creyéndose los reaccionarios en segura posesión de Oaxaca, y no inspirándoles ningún temor la fuerza que quedaba en la sierra, derribaron las fortificaciones, y el General Cuevas volvió al interior, donde el partido liberal hacía progresos, aumentando su brigada con parte de las fuerzas de Cobos.

Esto lo describe el Gobernador Cajiga en su memoria, del modo siguiente:

"Pero los acontecimientos del interior, en que el ejército liberal comenzaba desde Loma-Alta á cubrirse de gloria, abriendo el porvenir hasta entonces nublado para la República, obligaron al Gobierno reaccionario, ya que Oaxaca se creía bien seguro en su poder y la sierra se juzgaba completamente débil, á disponer de la brigada Cuevas, que sin objeto, y sobrante en el Estado, salió de la capital para México á fines de Mayo."

El cinco de Agosto las tropas liberales bajaron de la sierra y tomaron posiciones en las haciendas de San Luis y de Dolores.

Cobos salió á batirlas, y aunque en mayor número, fué derrotado, retirándose en seguida á la ciudad; pero en esta vez sus adversarios no le dieron lugar á rehacerse, y lo siguieron, obligándolo á refugiarse en los conventos del Carmen y de Santo Domingo, que evacuó durante la noche, bien persuadido de que no podría sostenerse allí cuando no podía esperar auxilio de ninguna parte.

Así cayó, después de una batalla campal perdida, aquella ciudad que tanta resistencia opuso con sus fortificaciones, durante noventa y ocho días que fué hostilizada por los liberales.

REFLEXIONES.

Como habrá podido verse por las definiciones con que comienzan estos apuntes, en Oaxaca no pudo haber sitio, asedio ni bloqueo; pues antes bien, al principio de la ocupación de los cerros por nuestras tropas, éstas eran

Digitized by Google

las sitiadas, puesto que no podían bajar á los valles sino con dificultad.

Después, queda demostrado lo que significan las plazas de guerra, su valor respectivo, y los elementos en personal y material de guerra que son necesarios para expugnarlas.

Quedan también de manifiesto las dificultades que se presentan para atacar nuestras fuertes poblaciones, cuando se fortifican en su interior, y el poquísimo efecto que entonces debe esperarse de la acción de la artillería, por no ser fácil su emplazamiento, siendo así, que es el principal elemento para el ataque de las plazas.

Con explicaciones teóricas y con multitud de ejemplos prácticos, tomados de nuestra historia, se prueba que los ataques á viva fuerza en semejantes casos, son desastrosos para el que los emprende, y que por lo mismo deben evitarse á toda costa.

Tomadas en consideración las afirmaciones que anteceden, tendrá que convenirse que en lo que malamente se llamó sitio de Oaxaca, no pudo haberse hecho más de lo que se hizo.

Se acometió una empresa sin elementos para llevarla á cabo, y naturalmente fracasó (aunque sin sufrir una derrota) cosa que sucederá todas las veces que se intente tomar una plaza de guerra, ó una ciudad fortificada, sin llevar lo necesario para el objeto.

Esto supuesto, creo injusta la censura que se hizo del General Rosas Landa por sus disposiciones en aquella campaña.

Cuando llegó al campo liberal se encontró con una situación que él no había creado. Su error consistió en no desengañar al Gobierno sobre la imposibilidad de tomar la plaza, en el estado de defensa que se hallaba.

El debió estudiar bien la situación, manifestarla al Gobierno, y renunciar el mando en el caso de que se le exigiera hacer una cosa contra su conciencia.

Por lo demás, tenía tres caminos que seguir:

1º Atacar á viva fuerza, con la convicción de ser de-

Digitized by Google

rrotado y el Estado de Oaxaca ocupado y explotado por el enemigo en obsequio de su causa.

2º Levantar desde luego el campo y operar, ya fuese en el mismo Estado, ó en alguno inmediato, á fin de obligar al enemigo á destacar fuerzas, que á campo raso hubiera sido posible derrotar.

3º Permanecer delante de la ciudad, teniendo en jaque á la reacción, sin permitirle extenderse por el Estado y sacar recursos de hombres y dinero con que ayudar su causa en el interior de la República, mientras las operaciones, siguiendo su curso en el resto del país, pudieran traer un cambio favorable para los liberales.

Es seguro que el primer camino debería desecharse. El segundo tenía el inconveniente de que disgustaría á los nacionales, que siendo la mayor parte de la ciudad, no pensaban en otra cosa que en volver á sus hogares.

A tropas de línea, ya se sabe que no debe consultarse su voluntad para dirigirlas; pero no sucede lo mismo con voluntarios que obran á impulso de ideas ó de pasiones que es necesario respetar.

He aquí la gran dificultad para que un militar pueda mandar esta clase de milicias, que se avienen mucho mejor con un caudillo que les es conocido, con quien tienen los soldados cierta familiaridad, y que por decirlo así, consulta su opinión en las operaciones.

En vista de lo expuesto, el tercer camino fué el que se siguió.

Es cierto que poco á poco fueron aumentándose las fuerzas de que el General pudo disponer; pero el lector habrá visto en el curso de estos apuntes la lentitud que las circunstancias oponían á su organización y equipo, y que después de todo, nunca fueron suficientes para establecer un sitio.

Si las minas hubieran dado un resultado satisfactorio, hubiéramos ocupado algunas manzanas, y nuevos trabajos habrían sido necesarios para tomar otras, hasta reducir al enemigo al último extremo.

De este modo, por una serie de combates sangrientos y en un tiempo que no era fácil prever, se habría con-

Digitized by Google

quistado al fin la ciudad, siempre que alguna fuerza no hubiera venido en su auxilio.

Han pasado ya veintisiete años de los acontecimientos que llevo narrados; hará diez lo menos que el General Rosas Landa dejó de existir, persona á quien no debí otra cosa que amistad y consideración.

Ningún móvil indigno puede, pues, impulsar mi pluma; pero guiado por un espíritu de justicia, creo de mi deber el dar á conocer lo ocurrido en el desgraciado episodio de que me he ocupado, tal como mi razón lo ha comprendido.

Puede que muchas veces el error se halla introducido en mis apreciaciones; pero reclamo con toda energía la buena fé que ha precedido y dirigido mis trabajos.

CONCLUSION.

Tendré necesidad, para concluir, de ocuparme de mi humilde persona, cosa que hubiera querido evitar; mas es preciso.

Se creyó que yo ejercía grande ascendiente sobre el General Rosas y que todas sus disposiciones me las consultaba. Nada menos cierto.

Es verdad que en las reuniones que tenían lugar, y que se les llamaba juntas de guerra, era yo consultado por el General después de haber oído á los demás. En esto no hacía otra cosa que cumplir con su deber, pues en tales casos está prevenido que debe escucharse la opinión del Jefe del Estado Mayor y de los Comandantes de artillería y de Ingenieros.

Es verdad que siempre opiné contra el ataque á viva fuerza, y fuí partidario del ataque metódico, por las razones que expuse, muchas de las cuales están de manifiesto en estos apuntes.

Si el General aceptó mi opinión, sería que acaso la encontró fundada.

Digitized by Google

Por lo demás, acepto la responsabilidad de aquella opinión; y aunque ha tenido para mí malas consecuencias, me complazco en que se hubiera seguido, pues ayudé con ella á evitar la pérdida, sin provecho, de muchas vidas, cuyo recuerdo, si hubiera contribuido á semejante desgracia, amargaría los días que me resta que vivir.

Digitized by Google

NOTA.

En el año de 1887 publicó en San Francisco de California, Mr. Huberto Howe Bancroft, un grueso y lujoso volumen, titulado:

"Vida de Porfirio Díaz."

En la página 333 hallo lo siguiente:

"Rosas Landa era hombre de *grandes conocimientos teóricos*; pero le faltaba la energía; de modo que *aunque las operaciones eran dirigidas con admirable ciencia*, sirviendo de lecciones al espíritu observador de Díaz, progresaban tan lentamente, que duraban aun muy entrado el mes de Mayo, dando tiempo á que le llegasen al enemigo refuerzos de México, al mando del hermano del *General Miramón*.

"Aquella tardanza, así como el carácter de Rosas Landa, *entremetido y exagerado en materia de disciplina militar*, disgustaron de tal manera á las fuerzas liberales, que en breve quedaron reducidas por la deserción á menos de la mitad del número primitivo de *2500 hombres*.

"Al acercarse, pues, Miramón, Rosas Landa se retiró hacia Ixtlán, *seguido tan de cerca* por el enemigo, que se vió *en grave peligro de perder la artillería*; y seguramente la habría abandonado, á no haber sido por la hábil demostración que hizo Díaz, quien con un cuerpo ligero obligó á la columna enemiga á retroceder."

El único comentario que haré á la anterior inserción, es que me ratifico palabra por palabra en la relación que contiene este libro, sin quitar ni una coma.

Dejo, pues, al lector en libertad de comparar y juzgar.

Digitized by Google

Digitized by Google

MOTIN MILITAR

EN TAMPICO.

1861.

Digitized by Google

Digitized by Google

Relación del motin
que tuvo lugar en Tampico de Tamaulipas, la noche del 28 de Marzo de 1861.

TERMINADA la guerra llamada de Reforma, con la toma de la capital de la República por las fuerzas liberales, al concluir el año de 1860, las tropas con que habían contribuido los Estados de la Federación regresaron á sus hogares, después de aquella sangrienta lucha que duró tres años.

El General de brigada D. Juan José de la Garza volvió á Tamaulipas con la que había organizado ahí, y tomó posesión del Gobierno del Estado, del que era á la vez Comandante militar. Como desde que comenzó la revolución, Tampico era entonces la residencia de los Supremos Poderes del Estado, exceptuando la Suprema Corte, que residía en ciudad Victoria.

Es bien sabido que desde el año de 1854, en que D. Juan José de la Garza se pronunció en Victoria contra el Gobierno del General Santa Anna, el estado de guerra había sido casi permanente en Tamaulipas.

Digitized by Google

Resultaba de aquel estado de cosas que hubiese muchos descontentos, entre los que á consecuencia de movimientos anteriores, se hallaban sin colocación en la administración pública.

Otros que no se hallaban en el mismo caso servían sin embargo con disgusto, por creerse agraviados, ó por no ver satisfechas sus aspiraciones.

Unos y otros formulaban mil cargos contra el General Garza. Lo acusaban de impureza en la inversión de los fondos públicos; de predilección para los pagos, beneficiando en ellos á los que componían su camarilla; de que algunos tenían dos ó tres empleos bien pagados, mientras el resto de los empleados y militares eran mal atendidos.

También le reprochaban amargamente que tuviese en guarnición algunos individuos del ejército federal, que aunque habían prestado servicios á la revolución, no eran bien vistos por muchos en quienes el espíritu de provincialismo se hallaba muy desarrollado.

De todas maneras, los elementos contrarios al Gobernador se fueron condensando poco á poco, y sólo esperaron un momento propicio para hacer explosión.

Hacía cabeza en la conspiración un maestro de música llamado D. Juan García Tovar, á quien se acusaba de tener ciertas tendencias á promover una guerra de castas, para lo cual mantenía inteligencias en las Huaxtecas.

Parece que la autoridad tenía algunas noticias de que se conspiraba, pero sin datos bastantes para que pudiera obrar.

Habían acordado los conspiradores verificar el pronunciamiento á la madrugada del día 29 de Marzo, cosa que si se hubiese verificado, hubiera obtenido un éxito completo; porque á semejante hora, la mayor parte de los Jefes y de los Oficiales se hallaría durmiendo en sus casas, en donde los hubiesen aprehendido.

Pero un acontecimiento imprevisto les hizo á los que se iban á sublevar precipitar el movimiento, y aquella precipitación fué la causa de que abortara.

Digitized by Google

Como era la noche del Jueves Santo, casi toda la gente se hallaba en el monumento de la Parroquia y en la Plaza de Armas, donde había música.

El que debía ponerse á la cabeza del motín era un Teniente Coronel de Infantería, Capitán primero de artillería llamado D. José Hernández; un Comandante de escuadrón llamado D. Francisco Salazar, de la Mayoría de Plaza, y algunos Oficiales sueltos y Sargentos de la guarnición.

Se dijo que también había algunos Oficiales de los cuerpos, comprometidos, y que la precipitación con que se hizo el movimiento no les permitió tomar parte en él. Puede haber habido algo de esto, pero yo no tengo datos bastantes para asegurarlo.

Muchos de los iniciados en lo que se tramaba se hallaban en la iglesia á cosa de las diez de la noche, y fueron advertidos de haber sido denunciados y que se habían dado órdenes para aprehenderlos.

Esta noticia violentó á Hernández, y dispuso que se precipitara el movimiento, arriesgando el todo por el todo.

Para el efecto, se dirigió en el momento al cuartel del 8º, donde se hallaba alojado el primer batallón G. N. del Estado *A* (1), que lo mandaba el Coronel D. Rafáel de la Garza, hermano del Gobernador.

Sublevada la Guardia de Prevención, así como varias compañías de aquel cuerpo, salieron inmediatamente del cuartel, dirigiéndose por las principales calles de la ciudad hacia el fuerte Iturbide *B*, con objeto de hacer prisioneros en el camino á todos los Jefes y Oficiales que hallaran.

A su paso, se llevaron la guardia del Hospital Militar y la de la cárcel. Intentaron aprehender al Comandante Mititar; y lo efectuaron con el Comandante de escuadrón D. Andrés Guerrero, con el Capitán Rangel, con el Comandante de escuadrón D. Domingo López de Lara, que era Jefe de día, y conmigo.

(1) Véase el croquis al fin.

Digitized by Google

Los que supieron á tiempo el movimiento, se pudieron escapar ocultándose por lo pronto, ó embarcándose en el muelle.

Cuando el General Garza tuvo conocimiento del motín, ya no le fué posible salir de la casa de Gobierno; y tuvo que hacerlo por la espalda, para cuyo efecto hubo de tener que saltar algunas azoteas y dirigirse al muelle *C*, donde tomó un bote, y se fué á bordo de una barca francesa que se hallaba fondeada en el río. De allí pudo después dirigirse al Fuerte de Casa Mata *D*, donde halló al General graduado D. Rafáel Junquito, que á duras penas había escapado de los pronunciados.

Todo esto ocurría la víspera de la salida del paquete inglés. En el río se hallaba cargado de platas un pailebot que debía sacarlas de la barra al día siguiente, para trasbordarlas al paquete, como se acostumbraba siempre que bajaba la conducta de San Luis.

Muchos acusaban á los pronunciados de tener miras siniestras sobre el barco mencionado y de haber con este objeto determinado el motín, precisamente en la ocasión de la salida del paquete.

Si bien esta acusación parece verosímil, por las circunstancias que la motivaron, no creo que pueda apoyarse más que en simples suposiciones.

La marcha de los sublevados fué tan bien calculada, que casi á un mismo tiempo desembocaron por las calles que salen al Fuerte Iturbide, las diversas partidas en que se habían fraccionado.

Al apercibirlas, los del fuerte dieron las voces de *¡Alto ahí! ¿Quién vive?* A la última, los amotinados respondieron con furia *¡Muera Garza!*

Con gran sorpresa mía, y cuando esperaba que lloviera sobre nosotros una granizada de balas, gritaron los del fuerte ¡Avance la fuerza!

Ahí ví esa noche, por primera vez, á Hernández y á Salazar, de quienes conseguí que dejaran ir libre al Cónsul francés Mr. de St. Charles y á otro extranjero, que conducía presos uno de los destacamentos.

Digitized by Google

Como no sabía yo cual fuera el plan de los pronunciados, y sí que al otro lado del Pánuco había varios reaccionarios, esperando una ocasión de parar á Tampico, para hacerse de la situación, esto me alarmaba bastante.

Para descubrir la verdad, le manifesté á un Oficial llamado Díaz, la sorpresa que me causaba que hombres que como ellos habían peleado siempre bajo la bandera de la libertad, se pasaran así á las filas reaccionarias. Contestóme con vehemencia que yo me engañaba mucho si tal creía, porque ellos jamás combatirían en contra de la libertad; pero que estaban resueltos á no sufrir más la tiranía del General Garza. Añadió que yo podía estar perfectamente tranquilo, pues mi conducta era conocida y estimada por ellos. Pero que si los Generales Garza y Junquito, ó el Coronel Toledano, caían en sus manos, no les darían ni un minuto de vida.

El último Jefe á que se refería acababa de pasar un riesgo terrible. El mismo Díaz había entrado á catear la casa donde vivíamos, en busca de Junquito y de Toledano. Las piezas estaban iluminadas, y Díaz las recorrió registrándolo todo. En una pieza oscura se hallaba Toledano, enfermo y acostado en su catre. Díaz se contentó con abrir la puerta, y no registró el catre, que como se usa en la costa, tenía hechado el pabellón. Esta circunstancia le salvó la vida al Coronel.

Cuando todas las fuerzas sublevadas se hubieron reunido en el Fuerte Iturbide, Hernández organizó una columna, y á su cabeza marchó hacia Casa Mata, dejando en el fuerte un destacamento encargado de conservarlo y de custodiar á los prisioneros

Éramos estos cuatro: los Comandantes Guerrero y Lara, el Capitán Rangel y yo. Estábamos encerrados en una casita de tablas, con una guardia, y centinelas adentro y afuera.

Excusado es decir lo que tuvimos que sufrir en el tiempo que permanecimos ahí, sin contar la enorme cantidad de moscas, que no nos dejaban reposar un momento.

Aquí debo hacer mención de un hecho que sería ingratitud el que pasara desapercibido. Es el caso que

Digitized by Google

quejándome de la falta de puros con que solazarme y ahuyentar las moscas, mientras estuviese prisionero, el Comandante Salazar me hizo traer un gran rollo de magníficos puros habanos, sin haber querido recibir su valor.

Entre tanto, oíamos un vivo fuego de fusilería y algunos cañonazos y gritería dentro de la ciudad, donde se había trabado un combate.

He aquí lo que pasaba:

Las tropas que permanecieron fieles al Gobierno se habían replegado á Casa Mata, donde se hallaba la división de artillería. Se organizó ahí una columna con un obús de á 12c., y al mando del Coronel Garza se puso en marcha rumbo á Iturbide. Al llegar á la Plaza de armas *E*, aquella columna se encontró con la que conducía Hernández, y de ahí resultó el choque.

Fué el resultado la derrota de los pronunciados, que se replegaron en buen orden á Iturbide, dejando muerto en poder de las tropas leales, al titulado Gobernador Tovar, que fué suspendido de una columna que descuella en el centro de la plaza.

Estas escenas tenían lugar pasada la media noche.

Después, Hernández nos hizo salir de la prisión al Comandante Guerrero y á mí, proponiéndonos que fuésemos como parlamentarios á manifestar al General Garza que él era el único obstáculo para la paz del Estado; que dejara el mando político y militar, y que los pronunciados dejarían las armas, sometiéndose á cualquiera otra autoridad.

Le manifesté que no podíamos admitir semejante comisión sin hacernos sus cómplices, y de consiguiente, acreedores á un severo castigo; que debía reflexionar en la crítica posición que él guardaba, pues ahí no tenía víveres, ni agua, y sólo podía contar con escasísimas municiones para sostenerse; que al contrario, el General Garza podía contar con dos baterías de piezas rayadas; que era natural que llamara á las armas al 2º batallón de G. N. que estaba en receso, y además, recibiría auxilios de los lugares inmediatos; mientras que él, Hernández, no podría esperarlos de ninguna parte. Por lo

Digitized by Google

mismo, que en vez de querer imponerse al General Garza, debería suplicar el perdón de la falta cometida; que en este concepto sí me avendría á ir á negociar con el General.

Hernández quiso argüir que tenía los elementos necesarios para resistir el tiempo que quisiera, y que entre tanto se extendería la revolución por todo el Estado, y acabarían por derrocar á Garza.

Pero yo, como en mi calidad de Jefe de artillería estaba en el caso de saber lo que había en el fuerte, lo convencí de que no le era posible engañarme.

Entonces convino él en que fuéramos el Comandante Guerrero y yo á ajustar con el General una capitulación de la mejor manera que fuera posible.

Entre tanto, habíamos ido caminando y pasado un puente provisional echado sobre el foso, pues el fuerte estaba en construcción y aun no tenía puente levadizo.

Cuando nos vimos al otro lado, manifesté á Hernández que puesto que íbamos á prestarle un servicio, éste no debía quedar sin recompensa: que por lo mismo, desde aquel momento no debíamos considerarnos como sus prisioneros.

Contestó que así lo entendía; pero que exigía le diéramos nuestra palabra de honor de que volveríamos á darle cuenta de nuestra comisión, cualquiera que fuese la resolución del General Garza.

Nos avenimos á comprometer nuestra palabra; pero á condición de que nos empeñaría la suya, de respetar nuestras personas, como tales parlamentarios, al volver.

Comprometidas recíprocamente nuestras palabras y asegurado el solemne compromiso con un apretón de manos, el Comandante Guerrero y yo emprendimos la marcha en dirección de la línea que ocupaban las tropas del Gobierno.

Apenas habíamos dado algunos pasos en las primeras calles de la ciudad, nos encontramos con las avanzadas del Coronel Garza, que se disponía á atacar el fuerte. Reconocidos por ellas, penetramos sin dificultad la línea, y mi primer cuidado fué buscar al Jefe de ella para

Digitized by Google

darle cuenta de nuestra comisión, é impedir un ataque, que por aquel lado y en aquel momento, hubiera tenido sin duda un resultado desastroso.

Conseguido este objeto, pasamos á Casa Mata, donde ya se hallaba el General Garza.

Impuesto del motivo de nuestra libertad y de las pretensiones de los sublevados, para hacer una capitulación, contestó el General que resolvería después.

Pasado un rato, le manifesté el compromiso en que nos hallábamos el Comandante Guerrero y yo, de volver á Iturbide. Me dijo que primero era necesario disponer todo lo conveniente para el ataque, y que ya todo listo, volveríamos con la resolución. Entonces, llevándome aparte, se impuso menudamente del estado en que se hallaban los pronunciados, y me pidió mi parecer para atacarlos.

Le manifesté que creía oportuno situar una batería en *F*, á la orilla de la laguna del Carpintero, de suerte que no pudiese ser batida por la pieza de 68 que á barbeta había colocada en Iturbide, y cuyo campo de tiro no alcanzaría á aquel punto; que se verificaría esto, apoyadas las piezas por las tropas del Coronel Garza, que ya se hallaban en la parte baja de la ciudad; que aprovechando lo que quedaba de la noche, el Teniente Coronel de infantería, Capitán primero de artillería D. Manuel Larrañaga, haciendo un rodeo por el lado opuesto de la laguna del Carpintero, fuese á amanecer con una batería al llano del Espartal, y situándola en *G*, tomaría por la espalda á la tropa situada en el fuerte, puesto que éste se hallaba abierto y sin concluir por el lado del campo. Añadí que con este plan no podrían resistir los sublevados ni un cuarto de hora, sin abandonar el fuerte, según mi parecer.

Me contestó que le agradaba; pero que no había tropa con que sostener la batería de Larrañaga; mas habiéndole manifestado la gran dificultad que tenían para salir los del fuerte, hacia aquel lado, por pasar por allí una corriente de agua salada, ancha y profunda, hubo de convenir en que unos pocos infantes serían suficientes para sostener

Digitized by Google

las piezas, y que más era la influencia moral que éstas iban á producir que el daño efectivo que habían de causar.

Me ordenó, pues, que se alistase todo, y que en cuanto estuviera listo, emprendiera Larrañaga su marcha con veinte infantes que se le podrían proporcionar de allí. Que yo diera á aquel Jefe todas las instrucciones que creyera conducentes.

En el parte que dió el General Garza al Gobierno con fecha 13 de Abril de 1861, sobre los acontecimientos ocurridos durante la noche del 28 al 29 de Marzo, dice que al llegar el Sr. Guerrero y yo de Iturbide, ya había él dado las órdenes y tenía todo preparado para que se verificaran los movimientos mencionados.

No puedo persuadirme que el General Garza procediera así con malicia, por más que se haya generalizado mucho entre los superiores negar á sus subalternos la parte que suelen tomar en importantes resoluciones.

Mejor prefiero creer que el General olvidó la conferencia que tuvo conmigo, en medio de los acontecimientos que se sucedieron sin interrupción en aquella noche.

Sí es verdad que cuando llegamos á Casa Mata se trabajaba allí con actividad en cargar los carros de municiones; se sacaban cajones de los almacenes á obscuras, con mil dificultades, pues no había una linterna sorda, y se disponían las piezas.

A todo esto había procedido el General Junquito que había llegado desde los primeros momentos. Pero aun no se determinaba nada sobre el ataque, y lo único que le oí decir al General, que sería bueno poner una batería en las lomas de Andonaegui, lugar demasiado distante para que hubiese podido producir un efecto decisivo.

Impuesto Larrañaga de lo que tenía que hacer, y listo todo lo que necesitaba, marchó por el camino de Altamira, para ejecutar la operación que se le encomendaba.

El Capitán D. Adolfo Garza se situó con tres piezas en el sitio que se había determinado, y esperó á que se le ordenara, para romper el fuego.

Digitized by Google

En lo que faltaba de la noche se trabajó en arreglar todo lo que se necesitaba para el ataque al fuerte y en reunir los soldados del 2º batallón de G. N. del Estado, que se hallaba en receso.

Ya amanecía cuando fuí á pedir instrucciones al General Garza sobre la contestación que debía llevar á los sublevados. Me dijo que en su concepto no debía yo de volver á Iturbide, porque allí había una canalla; que tal vez Hernández no podría obligar á respetar su compromiso, y que me podía resultar algún mal.

Le manifesté que mi palabra estaba empeñada, y me parecía indecoroso faltar á ella. A esto me dijo que, pues me hallaba tan resuelto, fuera y dijera á Hernández que no había más capitulación posible, sino que se acogieran á la clemencia del Gobierno, rindiéndose á discreción.

Marché en el acto hacia Iturbide, á donde llegué ya con bastante luz.

Hernández, Salazar, y los demás Oficiales estaban con una ansiedad profunda, y saliendo del fuerte, me rodearon para informarse del resultado de mi comisión y requerirme por qué había tardado tanto.

Manifestéles que hasta aquella hora había tenido á bien enviarme el General. Les expliqué las instrucciones que llevaba, y añadí que al separarme de él me había encargado hacerles presente que si no se rendían á discresión, pasaría por las armas á todos los Oficiales. En efecto, estas habían sido las últimas palabras del General Garza.

Noté que se conmovieron, aunque manifestaron mucha entereza y resolución de batirse hasta el último extremo. Hernández me dijo que ¡si eran acaso traidores para que se les fusilara!

Yo les amonesté, que pesaran bien su resolución antes de tomarla, pues me parecía que no podrían resistir.

Entonces me dijo Hernández que iba á conferenciar con los Oficiales. Yo le supliqué que lo hiciera con brevedad.

Digitized by Google

Por fortuna para mí, la conferencia fué al aire libre y á la orilla del foso, que no quise pasar, como me invitaban, por unas vigas puestas al efecto.

Mi posición en aquellos momentos era en extremo crítica. Larrañaga tenía orden de romper el fuego tan luego como llegase al punto que se le había indicado. Yo sabía esto muy bien, pues yo mismo le había dado la orden. Era, pues, claro que al primer cañonazo que se disparase contra el fuerte, la consecuencia inmediata sería mi muerte. Una combinación de circunstancias había puesto las cosas de aquel modo.

Por ventura Larrañaga había tropezado con algunos malos pasos y se había detenido más tiempo del calculado. Además, aquella mañana, una espesa neblina impedía que los del fuerte pudiesen ver descender á Larrañaga con la artillería de las Lomas de Andonaegui.

Por fin, quiso Dios sacarme de aquella espectativa fatal. Volvió Hernández y me anunció la última resolución de los pronunciados, formulada en los términos siguientes:

1º Que se diera á los Jefes y Oficiales pasaporte para pasar al Estado de Veracruz.

2º Que la tropa se volviera á incorporar á sus cuerpos, como si nada hubiese ocurrido.

3º Que hubiese un completo olvido de lo pasado.

4º Que de no aceptar sus proposiciones, estaban decididos á combatir hasta el último extremo, para lo cual contaban con todos los elementos necesarios.

Al separarme de Hernández me acordé de la triste situación en que dejaba al Comandante de Escuadrón D. Domingo L. de Lara, encerrado en una débil casita de madera, expuesto á nuestros proyectiles y á las riesgosas eventualidades de un asalto.

Hablé, pues, á Hernández, suplicándole pusiese libre á Lara, pues de ningún provecho les podía servir su prisión, y lo exponía inútilmente á una muerte cierta.

Hernández me dió su palabra de poner á Lara en libertad, y lo verificó inmediatamente.

Digitized by Google

Esta acción y la de haber cumplido su compromiso, de considerarme libre desde que salí del fuerte, son sin duda dignas de elogio, y lo hacían acreedor á que se hubiese tenido con él alguna indulgencia.

No tuve necesidad de hacer ningún empeño por el Capitán Rangel, porque hallándose este Oficial con muletas, convaleciendo de una herida, juzgaron inútil tenerlo prisionero, y lo habían puesto libre á la madrugada.

Despedíme de Hernández cordialmente, previendo que sería para siempre.

Como mientras resolviera el General Garza sobre las proposiciones que le llevaba, había tácitamente suspensión de hostilidades, manifesté al Coronel Garza que creía necesario avisar á Larrañaga que no rompiese el fuego como llevaba orden, hasta que no se le ordenase ó viese romperlo en toda la línea.

Pero para llevar esta nueva orden á Larrañaga, era preciso que el Ayudante atravesara la cortadura, por el puente *H*, precisamente bajo los fuegos del fuerte Iturbide.

Se avisó á Hernández de esta necesidad, y permitió el paso al Sub-ayudante D. Manuel Carricarte.

Tuvo que acudirse á este expediente, porque saliendo por la garita de Altamira, no hubiera sido posible alcanzar á Larrañaga antes de que este hubiese roto el fuego.

En esto, ya el sol derramaba sus rayos de fuego sobre las tantas veces gloriosas riberas del caudaloso Pánuco; y los campos enemigos situados á medio tiro de fusil, uno del otro, esperaban solamente una señal para comenzar el combate.

Al llegar á Casa Mata impuse perfectamente al General de las proposiciones del Jefe de los sublevados.

Garza me contestó que aquellas proposiciones eran inadmisibles; y me ordenó que volviese inmediatamente á decir á Hernández que le daba un cuarto de hora para que él y los suyos se rindieran á discrección; que pasado aquel tiempo, mandaría romper las hostilidades, y

Digitized by Google

que entonces sufrirían las consecuencias de su obstinación.

Como no había tomado en toda la noche un solo momento de reposo y había hecho á pie aquellos largos viajes, estaba completamente rendido. Así se lo manifesté al General, suplicándole que si no había inconveniente, fuera en mi lugar el Comandante Guerrero, que no lo había verificado conmigo por no haberlo encontrado, y además concurrir la circunstancia de hallarse montado.

Convino el General en que fuese mi compañero Guerrero, y envió al mismo tiempo decir á Larrañaga que la señal para que rompiese el fuego sería un cañonazo, disparado desde la altura de Casa Mata.

Me ordenó en seguida que me fuese á aquel fuerte y mandase cargar un cañón, que haría disparar cuando me avisase, y que aguardara allí sus órdenes.

El General montó á caballo y marchó á ponerse á la cabeza de las tropas que operaban sobre Iturbide.

Yo marché á Casa Mata como se me había prevenido.

Pasados veinte minutos, un Ayudante trajo la orden de hacer la señal convenida. Esta se verificó en el momento mismo en que Larrañaga formaba en batería en el Espartal, en el lugar donde se le había ordenado, y á 300 metros del fuerte Iturbide.

Primeramente rompió el fuego el Capitán D. Adolfo Garza, con las tres piezas que tenía á su mando, y en seguida lo efectuó el Teniente Coronel Larrañaga, con cuatro cañones rayados que había llevado.

Como Casa Mata ocupa la parte más alta de la colina en que está edificada la ciudad de Tampico, y yo me hallaba en la batería de arriba, podía distinguir perfectamente lo que pasaba al derredor del fuerte Iturbide, y esperaba por momentos que se realizara lo que le había dicho al General Garza.

En efecto, antes de un cuarto de hora, el enemigo se desbandaba, abandonando el fuerte y dirigiéndose apresuradamente al Paso de Piedra, donde hizo después una insignificante resistencia.

Digitized by Google

Este resultado se había obtenido con una sencilla combinación de fuegos de artillería.

La columna del General Garza se arrojó sin vacilar sobre el fuerte, á los primeros síntomas de desorden que advirtió en él, y en la persecución que hizo al enemigo hirió y mató algunos. Entre éstos últimos estaban Hernández, Salazar y otros Oficiales y Sargentos.

Varios de los fugitivos lograron alcanzar el chalán y pasar al Estado de Veracruz.

En vez de ponerse en salvo, tres Oficiales fueron á dar á Pueblo Viejo, entraron á una fonda, pidieron de comer y de beber, y se pusieron á cuestionar sobre los acontecimientos que acababan de tener lugar en Tampico.

Sabido lo que pasaba por las autoridades de Pueblo Viejo, aprehendieron á los Oficiales, los remitieron á Tampico, y en aquella misma tarde fueron fusilados en el cementerio de la ciudad.

Así terminó un motín que en el caso de haber triunfado, hubiera inundado de sangre á Tamaulipas, y acaso á parte de los Estados de Veracruz, México y San Luis Potosí.

No se puede desconocer que la parte de la guarnición que permaneció fiel al Gobierno prestó á la sociedad un servicio importante, habiéndose distinguido por su valor y actividad.

Los Jefes y Oficiales cumplieron con sus respectivos deberes, exceptuando dos, que no se presentaron donde la obligación los llamaba, sino hasta el día siguiente.

El General Junquito fué de los primeros en llegar á Casa Mata y en dar las primeras disposiciones. El Comandante D. José del Cañizo ocurrió á sacar al General Garza de la casa de Gobierno y le ayudó á salvarse: luego tomó un fusil, y con otros Oficiales sueltos, también armados, se incorporó á la columna del Coronel Garza.

El Comandante de batallón, Capitán 1° de Artillería Don Manuel Solís, se hallaba en Casa Mata, como tenía de costumbre, al estallar el movimiento.

Digitized by Google

Los demás Jefes y Oficiales, á excepción de los artilleros, que quedaron guarneciendo Casa Mata y como de reserva, marcharon con la columna.

Después de levantado el campo, las tropas volvieron á sus cuarteles; y todo quedó poco tiempo después, como si no hubiese ocurrido nada.

Después de pasados algunos días, y ya tranquila la población, el General Garza comenzó á dictar algunas medidas importantes.

Redujo la división de artilleros, refundiendo una parte en el primer batallón G. N. del Estado, esto es, al cuerpo que permaneció fiel á sus deberes, lo castigó refundiendo sus soldados en el batallón amotinado, y cuyos hombres, hechos prisioneros en la acción del 29 de Marzo, habían sido de nuevo dados de alta.

Acaso por ganar simpatías con la Guardia Nacional, mandó dar de baja en la guarnición á los Jefes y Oficiales de ella, que pertenecían á las fuerzas de la Federación, y los cuales no llegaban á una docena.

No contento con esto, dió orden de que no se les ministraran pagas por no haber fondos para el efecto.

El General Garza, al obrar de tal manera, no solamente lo hacía sin facultad alguna y arbitrariamente, sino manifestándose altamente ingrato.

Casualmente yo tenía licencia para pasar á la capital de la República, y pedí desde luego mi pasaporte.

Como no tenía recursos, ocurrí al General, y obtuve de él una orden sobre derechos de harina, por valor de trescientos pesos, por cuenta de mis alcances, que eran crecidos, porque en Tampico habíamos pasado épocas de grandísima escasez.

Enajené, pues, mi orden á un amigo comerciante que me favoreció cuanto pudo, y despidiéndome de Tampico, donde tenía tantas simpatías, me embarqué para Veracruz á bordo del Paquete Inglés.

Un mes después de mi llegada á México me dijo el Ministro de la Guerra, que lo era el General D. Ignacio Zaragoza, que el Coronel D. Rafael Garza, entonces

Digitized by Google

Comandante Militar de Tampico, le pedía que me enviara á aquel puerto, de Comandante de artillería.

Le contesté que me hallaba dispuesto á servir donde el Gobierno lo dispusiera; y en consecuencia, corrieron las órdenes necesarias.

Mucho tiempo estuve sin poder emprender mi viaje, á consecuencia de hallarse todos los caminos que salen de la capital, interceptados completamente por gavillas de reaccionarios que sacrificaban sin piedad á cuantos liberales habían á las manos.

Cuando se presentó una oportunidad, salí de la capital á las órdenes del General D. Santiago Tapia, que iba á encargarse de los mandos político y militar del Distrito del Sur de Tamaulipas.

El doce de Diciembre de 1861 llegábamos á Tampico, y el ejército español ocupaba á Veracruz, sin declaración de guerra.

¡Comenzaba la Intervención!

Digitized by Google

NOTA.

En el parte que dió el General D. Rafáel Junquito, Comandante de Artillería, y que está publicado en "El Prisma," de fecha 13 de Abril de 1861, se lee lo siguiente:

El señor Teniente Coronel Don Manuel Balbontín, apresado en los momentos en que se trasladaba al puesto de su deber, contribuyó con su fría é inteligente conducta á la demoralización de los cabecillas de Iturbide; y salido de allí, durante toda la *segunda parte de aquella noche*, me prestó incesantemente una eficaz cooperación.

En el mismo "Prisma" se hallan otros párrafos relativos á mi persona, y el periódico se encuentra en el legajo titulado *Motin Militar en Tampico*.—1861.

Digitized by Google

Digitized by Google

Jefatura Política

—Y—

Comandancia ÷ Militar

DEL

Distrito del Sur de Tamaulipas.

1861.—1862.

Digitized by Google

Digitized by Google

Jefatura Política y Comandancia Militar del Distrito del Sur de Tamaulipas.

POCO tiempo después de haber llegado á la capital de la República, procedente de Tampico con licencia del Gobierno para asuntos particulares, el General D. Ignacio Zaragoza, que desempeñaba el Ministerio de la Guerra, me mandó llamar para decirme que los de Tampico querían que yo volviese á hacerme cargo de la Comandancia de artillería, y me preguntó si era de mi gusto aquella colocación. Le contesté que iría á donde me enviase el Gobierno, y contento á Tampico, pues tenía simpatías por aquel puerto y contaba en él con bastantes relaciones; pero que desearía que mi permanencia allí fuese provechosa á la Nación, pues en otras dos ocasiones que había estado no me fué posible arreglar convenientemente el arma de artillería, por haber tenido que luchar con obstáculos que no me había sido dable vencer. Me dijo el señor Ministro que cuales eran mis ideas sobre el particular. A lo que le contesté que creía indispensable que toda la

Digitized by Google

artillería que existía en la plaza se pusiese en buen estado de servicio, pues había cañones sin dotación ninguna de municiones, ó con muy pocos tiros: á otros les faltaban los juegos de armas, ó los útiles para servirlos; y otros se hallaban sin cureñas; que yo opinaba que aunque fuese poco á poco se fuesen reparando todas las faltas, de una manera que pasado algún tiempo se hallase la artillería lista para todo servicio; que, además, me parecía oportuno que se reparase la antigua fortificación, que estaba deteriorada, completándola con algunas obras que en mi concepto eran necesarias en algunos puntos débiles ó indefensos, lo cual podría hacerse económicamente, construyéndose las obras de tierra con revestimiento interior de madera; que no siendo los trabajos requeridos de gran consideración, yo mismo los podría dirigir, poniendo á mis órdenes uno ó dos Oficiales de Ingenieros, para evitar el antagonismo que generalmente se establece cuando los Jefes de artillería y de Ingenieros obran independientemente.

El General Zaragoza me ordenó que le diera un informe por escrito del estado que guardaba Tampico, y de lo que yo proponía, para resolver lo conveniente. Ésto pasaba en el mes de Julio de 1861.

Pocos días después le presenté un escrito del tenor siguiente:

"Ligera descripción del Puerto de Tampico y sus fortificaciones".

La posición topográfica de la ciudad de Tampico es sin duda de las más ventajosas, militarmente hablando, para que una guarnición relativamente poco numerosa, pueda defenderse con buen éxito. Bañada por el E. y el S. por el caudaloso Río Pánuco; protegida su espalda al N. con la laguna del Carpintero; por el S. O. y O. por el Río Tamesí y la Laguna del Chairel; y separada del llano llamado el Espartal, por la cortadura ó canal que une la laguna del Carpintero con el Río Pánuco; Tampico queda situado en una península que se convertirá fácilmente en isla, tan luego como se construya el nuevo canal que comenzó el General D. Juan José de

Digitized by Google

la Garza, que está destinado á unir las aguas de la laguna del Chairel con las del Carpintero. Pero la naturaleza por sí sola rara vez proporciona posiciones militares perfectas; y es necesario que la mano del hombre, aprovechando las ventajas que la tierra ofrezca, se encargue, dirigido por la inteligencia, de completar una obra que se halla en bosquejo.

El estado que actualmente guardan las obras de la plaza deja mucho que desear para el objeto, y creo necesario que el Supremo Gobierno fije su atención en ello, y aprovechando los escasos elementos con que pueda contar, resuelva que se ponga mano á una obra que si bien con lentitud, pero con constancia, producirá un buen resultado, más ó menos remoto, pero seguro, que llevará insensiblemente á un término lisonjero.

Teatro Tampico desde su fundación, de las escenas sangrientas de que la República ha sido víctima, ha sido con frecuencia el abrigo de fuerzas beligerantes que trataron de levantar defensas más ó menos perfectas y sólidas. En la actualidad sólo quedan restos de aquellos trabajos, y la acción del tiempo acabará por destruirlos enteramente.

La descripción de las obras que hoy existen puede reasumirse del modo siguiente:

Hacia el O. y en la parte más elevada de la población, se destaca el fortín llamado Casa Mata. Sus escarpas y parapetos son de cal y canto bastante sólidos; pero tiene una forma irregular. En el centro se elevan dos almacenes de bóveda, formando una sola construcción, con un terrado que admite piezas de artillería. Estos almacenes son los únicos con que cuenta la plaza para guardar sus municiones. En la parte baja del fortín hay cuatro cañones de plaza, y sobre los almacenes dos piezas de batalla, habiéndose construido allí un pabellón de madera para los Oficiales.

El fortín es muy incómodo y está maltratado; pero siendo la única obra cerrada que existe, poca cosa puede reformarse de ella, y no sería conveniente destruirla, porque ha costado bastante dinero y puede servir como pun-

Digitized by Google

to de partida para el nuevo trazo que pueda darse á la línea que se establezca.

De Casa Mata baja un parapeto con fosc hasta la orilla del Río Tamesí, con un saliente que se apoya en él. Esta obra, que es de tierra, está muy deteriorada, y exige un trazo más ventajoso. Otra línea que se halla en el mismo estado, se apoya en Casa Mata por el N. O., rodea el campo-santo, y volviendo al N. E. termina con un saliente detrás del cuartel llamado del 8º. Delante de esta obra, á unos cien metros, y cerca de la orilla de la laguna del Carpintero, existe un reducto cuadrado casi en ruina, también de tierra, y que llaman de la Cuarentena, obra necesaria, aunque con otro trazo, para impedir que un enemigo emprendedor se deslice al centro de la plaza, sin necesidad de atacar la línea del 8º.

Desde este lugar hasta el llano del Espartal no existe obra alguna, fiándose la seguridad de la plaza en el obstáculo material de la laguna, que puede vencerse de noche, conduciendo allí canoas ó construyendo balsas y atacando por sorpresa, y también de día, apoyando el desembarco de la tropa con baterías situadas sobre las alturas que dominan la plaza.

Para proteger la parte E. de la ciudad y dominar el Río Pánuco, había construido á la orilla del canal ó cortadura del Espartal, un reducto de figura irregular, formado de tierra con revestimiento interior de madera, y armado con piezas de plaza y costa de grueso calibre.

Con el objeto de hacer allí una obra de más importancia, se derribó el reducto y se trazó un fuerte cuadrado con bastiones, que por falta de recursos no se concluyó, quedando solamente dos frentes y baluarte y medio del lado de la plaza, y descubierto por el lado del campo.

Desde este fuerte, llamado Iturbide, hasta Casa Mata, siguiendo la orilla del río, no hay obra alguna de defensa; de suerte que bastarían algunas lanchas cañoneras para insultar la plaza y ponerla en conflicto.

Como en Tampico existe un material de guerra considerable, entre el cual se cuentan cerca de cincuenta cañones de plaza y de batalla, de varios calibres, y una

Digitized by Google

gran cantidad de proyectiles, además de fusiles, pistolas, cartuchos elaborados para armas portátiles, etc., me parece indispensable para guardarlo poner la plaza en estado de defensa, reparando las obras y levantando la artillería, mucha de la cual se halla sobre polines por falta de cureñas; ó de lo contrario, desarmarla, retirando de ella todo el material de guerra.

En el primer caso, en mi concepto, se debe proceder con la mayor economía, con una cuadrilla poco numerosa al mando de uno ó dos Oficiales de Ingenieros, de modo que no aumente sensiblemente el presupuesto. En el segundo caso se tendrán que erogar cuantiosos gastos para trasladar el material, quedando la plaza á merced del primer ambicioso que quisiera explotar la Aduana. Es verdad que una pequeña cuadrilla adelantaría poco en los trabajos; pero como el tiempo vuela, el día menos pensado el Supremo Gobierno, sin haber hecho sacrificios y casi sin sentirlo, se hallaría con una plaza tan fuerte, relativamente, como Veracruz, que sería un nuevo baluarte de las libertades públicas y de la independencia nacional.

Para conseguir el objeto indicado, me parece que serían suficientes los modestos elementos que siguen: Una cuadrilla de quince ó veinte hombres para la reparación de lo que existe; un obrero de maestranza, hábil, que fuera provisto de plantillas de las maestranzas de México y Veracruz, y que pudiera servir de maestro mayor de montajes.

Una corta asignación para el sostenimiento de la maestranza.

Un Oficial inteligente, guarda-almacenes de la plaza, que pusiera en orden el parque, é hiciera un inventario de lo que existe; porque en la actualidad, ni el Comandante de la plaza ni el Supremo Gobierno lo saben; causando esto grandes pérdidas al Erario, por el deterioro de los efectos almacenados sin orden, y por la posibilidad del extravío.

Con estos elementos, y proponiendo al Supremo Gobierno para su aprobación, los planos y presupuestos

Digitized by Google

de las obras que nuevamente se intentaran, con pocos años de constancia, Tampico sería la tercera plaza de guerra de la Nación.

Solamente en caso inminente de guerra, el Gobierno destinaría los recursos necesarios para poner la plaza en poco tiempo en estado de defensa.

Las conveniencias políticas que resultarían de este proyecto son notorias.

Por su posición geográfica y estratégica, Tampico tiene que ser ocupado en una guerra con cualquiera nación de Europa ó con los Estados Unidos. En el estado actual, bastaría para apoderarse de la plaza, una expedición insignificante; pero puestos en juego los elementos con que puede contar, serían necesarios una gran fuerza y un material de guerra poderoso.

En el remoto caso de que la reacción ó cualquiera otro partido político, enemigo de la libertad, se entronizara en el interior del país, Tampico sería inaccesible para él.

Otras consideraciones podría añadir á las precedentes, pero por ser de menos importancia, y por no hacer difuso este escrito, las suprimimos.

México, Julio de 1861."

El General Zaragoza me ofreció que se impondría de mi informe; y me ordenó que volviese pasados algunos días. Pocos días después me presenté en el Ministerio, y habiéndome hecho anunciar, me mandó á su Ayudante, el Capitán de Estado Mayor D. Luis Alvarez, para que le explicase las reformas que creyera necesarias en la fortificación de Tampico; porque el señor Ministro se hallaba muy ocupado.

Pedí á Alvarez que me facilitara un plano de la ciudad, un lápiz y un pliego de papel de calcar, persuadido de que una demostración gráfica valdría más que muchos razonamientos. Colocando el papel sobre el plano, y marcando en él la línea de fortificaciones, le hice notar los puntos débiles ó indefensos que tenía, y la necesidad que había de cubrirlos con redientes, lunetas ó tenazas, las cuales tracé para mayor inteligencia del señor Ministro, quien me mandó decir que volviese pasados

Digitized by Google

unos días. Cuando lo efectué, me hizo decir por el mismo Ayudante que el Gobierno no podía ocuparse de mi proyecto, á consecuencia de las escaseces del Erario, lo que me hizo creer, ó que el señor Ministro no leyó mi escrito, ó que el Capitán Alvarez le dió un informe en contra.

Con sentimiento tuve que prescindir de mis deseos de poner á Tampico en buen estado de defensa; porque en el estado de agitación en que el país se hallaba, no era necesario ser profeta para prever que aún teníamos que pasar días de amargura y que todo lo que tendiera á aumentar nuestros medios de resistencia, era racional y prudente.

En estos días recibí la patente de Teniente Coronel de artilllería permanente, Comandante de artillería de la plaza de Tampico.

Desde luego esperé la orden de marcha, y me alisté para emprenderla, tan luego como se comunicara aquella. Pero en aquellos luctuosos días, la reacción había erguido la cabeza, y tenía bloqueada á la Capital, ocupando todos los caminos que á ella conducen, no siendo posible transitar por ellos, sino con fuertes destacamentos.

Degollado, Ocampo, Leandro Valle, Susano Quevedo, y otros muchos liberales, habían sido sacrificados por la saña rabiosa de D. Leonardo Márquez ó de sus secuaces. Este General, después de haber hecho una larga y diestra correría hasta el mineral de Catorce, donde impuso un fuerte préstamo, no llevando á sus órdenes más que una fuerte columna de caballería, regresó violentamente á la sierra de Querétaro, donde se perdió, no volviéndose á oír hablar de él.

Mientras Márquez efectuaba sus correrías, se organizaba en el corazón de la sierra una fuerte división, que disciplinaban con el mayor sigilo los Oficiales reaccionarios que habían huido de México. Próxima á terminarse la instrucción de las tropas, Márquez emprendió su correría hasta Catorce para arbitrarse recursos para ponerse en campaña.

Digitized by Google

Así fué que cuando al frente de cuatro mil hombres bien armados y equipados salió de la sierra, primero la incredulidad y después el estupor, se apoderaron del Gobierno y del partido liberal, que se creyó perdido.

Por el contrario, los conservadores, llenos de aliento, comenzaron á manifestar su insolencia y á preparar una dragonada contra sus enemigos, para cuando llegase Márquez, victorioso.

Las circunstancias eran por demás críticas: la guarnición de México no era numerosa, y no se podía dejar desguarnecida la ciudad, sin exponerla á una sublevación de los conservadores; pero era preciso jugar el todo por el todo.

Márquez había entrado á Pachuca á viva fuerza, donde impuso otro préstamo; y si no se le contenía, en pocos días estaría á las puertas de la Capital.

Persuadido de esto el Gobierno, mandó al General D. Santiago Tapia con una brigada que pudo organizarse; y después hizo que se le incorporase el General D. Porfirio Díaz con los batallones de Oaxaca, que hicieron una marcha casi sin interrupción, desde México á Pachuca, cerca de cuya población alcanzaron á Tapia, cuya tropa también se hallaba fatigada.

Márquez ocupó desde luego las alturas que van de Pachuca al Mineral del Monte, formando en varias líneas, porque la estrechez del terreno no le permitió extender sus fuerzas, cuya circunstancia contribuyó, tal vez, á darle la victoria á Tapia, que llevaba mucha menos fuerza, y no pudo ser envuelto ni flanqueado.

Aquel bizarro Jefe dió unos momentos de respiro á sus tropas, y en seguida las lanzó sobre el enemigo. Los batallones subieron con intrepidez hasta llegar á tiro de pistola. Allí se detuvieron, y por ambas partes se trabó un combate de fusilería casi á boca de jarro, que no duró mucho, pero que naturalmente fué muy sangriento.

Las tropas de Márquez flaquearon, los nuestros cargaron á la bayoneta, y abriendo paso al cuerpo de cara-

Digitized by Google

bineros, juntos desbarataron al enemigo, que se desbandó completamente.

Esta victoria, que tuvo lugar á fines de Octubre ó á principios de Noviembre, salvó al partido liberal de una gran catástrofe y á la Nación de un sonrojo, pues ocupando la Capital el partido conservador, los franceses la hubieran ocupado al año siguiente sin disparar un tiro.

El servicio que prestó en esta vez el General Tapia no lo han apreciado los liberales como debían.

Cuando llegó á México la noticia de la completa derrota de Márquez, los conservadores no la creían; y pensaban que la salva que mandó hacer el Gobierno era un expediente para tener la opinión pública entretenida, mientras él preparaba su fuga. Al tercer día se convencieron con gran dolor, al ver á Tapia hacer su entrada triunfal con su división.

Esta victoria dejó expedito el camino de Tampico, y el Gobierno, que deseaba mandar allí un Jefe de prestigio, tanto por la guerra civil que asolaba á Tamaulipas; como porque ya tenía noticia de la convención tripartita, aprovechó la ocasión para enviar al General Tapia como Jefe Político y Militar del Distrito del Sur de aquel Estado.

Nombró el Gobierno al General graduado D. Demetrio Chavero como Comandante de Ingenieros, con objeto de poner la plaza de Tampico en estado de defensa. Nombramiento desacertado, porque Chavero, lleno de facundia y con bastante erudición, podía muy bien hablar horas enteras exponiendo multitud de hermosas teorías, mas llegando á la práctica, no había noticia de que nunca hubiera hecho nada de provecho.

Para Jefe de la sección médica fué nombrado el Dr. D. Manuel Carpio, joven de aptitud reconocida.

Yo recibí orden de marchar con el General Tapia, llevando á mi mando al Teniente Coronel de infantería Capitan 1º de artilleria, D. José G. Ceballos; al Teniente de P. M. F., D. n Alejandro Pezo; al Maestro Mayor de Montaje, D. N. Marquina, y algunos obreros de maestranza.

Digitized by Google

Salimos de México en los últimos días de Noviembre, escoltados por un piquete de caballería.

Al llegar á Pachuca, el General fué objeto de manifestaciones de entusiasmo, lo que se repitió en el Real del Monte, Omitlan, y demás pueblos del tránsito. Por último, llegamos á Tampico el día 12 de Diciembre, y á los pocos días supimos la ocupación, en la misma fecha, de Veracruz por el ejército español.

Fué el primer cuidado del General Tapia, arreglar el manejo de los caudales públicos y atender á los empleados y á la guarnición, con sus respectivos haberes. Hacía muchos años que los militares no recibían sus pagas íntegras, y muchas veces no se les asignaba ni lo muy preciso para que se alimentasen pobremente.

En seguida, el General se dedicó á la instrucción y disciplina de las tropas, haciendo que tuviesen constantes ejercicios, y también hizo algunos simulacros. En poco tiempo cambió el aspecto de la ciudad: la población estaba contenta y el comercio se manifestaba satisfecho. A pesar de esto, se empezó á conspirar. Los que sacaban ventajas del desorden no podían conformarse con las medidas que dictaba el General, y se buscaban pretextos para desacreditarlo y disculpar las maquinaciones que se hacían. Se le echaba en cara que había servido al General Santa Anna, y que siendo en Matamoros fiscal de causas, había encausado algunos liberales. Se olvidaba que desde el triunfo del Plan de Ayutla, el General Tapia había prestado á la libertad servicios mucho más importantes que todos sus detractores, sin contar el eminente que acababa de prestar con la derrota de Márquez. Se le acusaba de *mocho* porque quería establecer la disciplina en las tropas, y casi se le hizo un crimen por haber puesto chacó á los soldados, en vez de los ridículos sombreros que tenían.

A pesar de todo, el General seguía imperturbable en su sistema, y muchos le ayudábamos con el mayor gusto.

Como las tropas de la coalición habían invadido el territorio de la República, el General se afanaba para poner la ciudad en buen estado de defensa. En la maes-

Digitized by Google

tranza que dirigía el Teniente Pezo, se trabajaba todo lo que era compatible con los escasos recursos de que se podía disponer; pero en cuanto á la fortificacion, no se daba ni un paso. El General Chavero manifestó que había dejado en la Capital sus instrumentos científicos, y pidió que se le diera dinero para encargar otros á Nueva Orleans. Yo tenía frecuentes entrevistas con el General Tapia, y le manifestaba que era indispensable obrar con la mayor actividad para reparar la fortificación y aumentarla en lo que fuese necesario, pues mientras esto no se hiciera, no era posible establecer la artillería donde se carecía de explanadas y las cañoneras se hallaban deterioradas. El General le urgía á Chavero, que con frecuencia salía á las inmediaciones de la plaza, con el pretexto de hacer triangulaciones, para que procediera á los trabajos; pero Chavero siempre hallaba razones para aplazarlos. En una conferencia, en la que yo estaba presente, anunció que se ocupaba de un proyecto de fortificación para la Barra, cuya obra duraría en su construcción algunos años, requería muchos brazos, y costaría muchos miles de pesos. Esto pasaba cuando de un momento á otro se esperaba al enemigo. Por este rasgo se podrá conocer la esperanza que podía fundarse en este Jefe.

Yo le hice presente que lo que se necesitaba en la actualidad, era cubrirnos violentamente con grandes masas de tierra que protegieran nuestras tropas y artillería, sin cuidarnos mucho de la perfección de las obras, como lo había hecho Totdleven en Sebastopol y como nosotros mismos lo habíamos efectuado en Veracruz, aunque en mucho menor escala, para resistir á Miramón.

Me contestó que aun para eso, era necesario levantar el plano de la ciudad. A lo que le contesté que planos de Tampico, se podían conseguir los que quisiera; pero objetó que los que había no merecían su confianza. En fin, era cosa imposible pretender algo bueno de este hombre, que nunca llegó á hacer nada.

Una noche me acababa de acostar cuando llegó un ayudante del General Tapia, que me llamaba con urgen-

Digitized by Google

cia, porque los aliados estaban frente á la Barra. Me trasladé inmediatamente al alojamiento del General, quien me dijo que tenía noticia de la Barra, de la llegada de buques de guerra que habían disparado un cañonazo y arrojado algunos cohetes de luz, y que era preciso prepararnos para el amanecer.

Como la casa se hallaba llena de gente, y todo el mundo hablaba sin que nadie se entendiera, le manifesté al General que me parecía conveniente que suplicase á la reunión que pasase á las piezas interiores, y que él, con media docena de personas de reconocido juicio y que le merecieran mayor confianza, discutiera con calma lo que se debería hacer. El General convino, y escogiendo á los sujetos que creyó oportunos, entre los cuales nos hallábamos el General Chavero, el Cura Zertuche y yo, se instaló en la sala, donde manifestó las noticias que tenía, y pidió su parecer á los presentes, de lo que juzgaban oportuno que se hiciera, exponiendo á la vez los recursos de que se podía disponer. Estos consistían en el primer batallón de G. N. del Estado con 400 ó 500 hombres, el segundo batallón compuesto de vecinos del puerto, que se hallaba en receso por no haber recursos para sostenerlo, y dos baterías de artillería de batalla rayadas, con sus dotaciones y ganado correspondiente (1).

Tomó la palabra el General Chavero, y comenzó á disertar sobre la imposibilidad de que se presentase una escuadra en ademán hostil, sin previa declaración de guerra, (olvidaba lo que acababa de suceder en Veracruz) y que tampoco podía bloquear el puerto sin anunciarlo previamente á todas las naciones y señalar un plazo prudente para las embarcaciones que se hallasen en el mar. Todo esto lo apoyaba con doctrinas de Wattel, de Bentham, de Pufendorf etc., etc.; pero el tiempo corría, y aquel señor no tenía traza de dejar la palabra, con gran ansiedad mía, que tenía que arreglar lo concernien-

(1) Había alguna caballería pero se hallaba expedicionando.

Digitized by Google

te á mi arma, cualquiera que fuese la determinación del General.

Aprovechando un momento que el orador tomó para respirar, pedí permiso para hablar, y manifesté que todo lo expuesto por el Sr. General Chavero estaba muy bien dicho; pero que nos hallábamos delante de un hecho inexorable, y por lo tanto, que se debía aprovechar el tiempo para prepararnos, ya se resolviese defender la plaza ó evacuarla. Que con respecto á las citas que el Sr. Gral. Chavero hacía de los publicistas, podía persuadirse del ningún valor que tenían, en vista de lo sucedido en Veracruz.

Se aceptó desde luego mi proposición de discutir si se debería ó nó defender la plaza.

El Gral. Chavero se levantó y dijo al Gral. Tapia que con su permiso se retiraba, puesto que su consejo era despreciado y se permitía que le arrebatasen la palabra. El Gral. Tapia le contestó que no se retiraría; y que en cuanto á que yo le hubiese arrebatado la palabra, no era exacto, porque había pedido permiso, que él medió, en atención á que era ya más de la media noche; que el tiempo urgía, y que yo necesitaba conocer de antemano la resolución que se tomara, para arreglar lo necesario.

El Gral. Chavero tomó asiento; y comenzó la discusión sobre lo que debería hacerse.

Se propuso la cuestión de si sería más conveniente defender la Barra, ó concretarnos á la ciudad, en caso de adoptar el partido de la defensa.

En el caso de defender la Barra se tropezaría con el inconveniente de que nuestra artillería de batalla, única que podíamos conducir á aquel punto, no podría sostenerse contra la poderosa que traería la escuadra; que no había fortificación ni preparativos de ninguna clase; y que el enemigo, mientras nos atacaba con parte de sus buques, podía efectuar un desembarco en la costa y dirigirse á Tampico, dejándonos cortados, á menos que sabiendo oportunamente el desembarco, nos retirásemos violentamente, en cuyo caso no se habría conseguido

Digitized by Google

otra cosa que perder el tiempo, fatigar á la tropa y desmoralizarla; que el desembarco podría estar combinado con el forzamiento de la Barra por vapores de poco calado, que tomarían de enfilada nuestras baterías, y llegarían á Tampico antes que nosotros pudiésemos efectuarlo, sin que esto fuese dable impedirlo con baterías ya atacadas por la escuadra.

Si no se adoptaba la defensa de la Barra, el enemigo podía desembarcar en la boca del río, avanzando por la ribera protegido por los vapores; de suerte que no sería cosa fácil salir á detenerlo, porque seríamos atacados por el frente y por el flanco, por las tropas de tierra y los vapores.

Por último, se estudió si sería posible concretarnos á la defensa de la ciudad, con la esperanza de hacer, al menos, una defensa honrosa. Se observó que con el escaso número de hombres con que se contaba, aun cuando se llamase á las armas al 2º batallón del Estado, que se hallaba en receso, apenas podría cubrirse la línea de tierra, que en muchos lugares se hallaba en muy mal estado, y no podía defenderse más que con artillería de batalla y unos cuantos cañones de plaza que estaban en batería, para lo cual tendría que contarse con los matriculados, porque los artilleros no eran suficientes.

Con tales disposiciones podría tal vez la plaza sostenerse algunos días á pesar de los poderosos elementos que traería el enemigo; pero quedaba en pie el grande inconveniente de que no había modo de cubrir la extensa ribera del río, por donde sería batida la población, y podía desembarcar el enemigo sin ningún inconveniente, protegiendo los vapores esta operación.

Por las razones expuestas se creyó que la defensa de la ciudad no traería otro resultado que la pérdida de las tropas y del material de guerra, que debía conservarse para seguir la campaña con más fruto. Entonces se lamentó el tiempo que se había perdido lastimosamente, sin haber adelantado para ponernos en estado de defensa; aunque á decir verdad, por mucho que se hubiera trabajado, no se habría logrado gran cosa con los esca-

Digitized by Google

sos elementos y el plazo angustiado con que se contaba.

Tomadas en consideración todas las razones que llevo expuestas, y otras que no conservo en la memoria, se resolvió que la defensa de la ciudad traería por resultado la pérdida indefectible de la tropa y armamento, sin alcanzar otro objeto que dar al enemigo un triunfo fácil.

En consecuencia, se pensó que la plaza debería evacuarse á la vista del enemigo, quedando expeditas las tropas para hostilizar al invasor, aprovechándose del terreno fragoso que las inmediaciones de Tampico ofrecen, así como gran parte del Estado de Tamaulipas. Se dieron las órdenes al efecto, y se disolvió la reunión á las tres de la mañana, marchando cada uno á disponer lo necesario.

Al amanecer, la tropa estaba lista, la artillería enganchada, y cargadas todas las municiones que se podían levantar.

Al pasar frente á Casa Mata, me llamó el Capitán de artillería D. Manuel Solís, que se hallaba en la batería alta, provisto de un anteojo, y me dijo que no había ninguna escuadra en el mar, sino únicamente el paquete inglés, que sin duda se le antojó la noche anterior ponernos en alarma.

No queriendo dar crédito á lo que oía, entré al fortín, y subiendo á la batería, tomé el anteojo y me puse á recorrer todo el espacio de la costa que desde allí se descubre.

Por mucho que investigué, no pude hallar más que el paquete inglés meciéndose á una milla de la Barra.

Fuí en seguida á dar parte al General Tapia, quien en vista de nuevas investigaciones y de partes recibidos, dió orden de que todo volviese al estado en que la víspera se hallaba.

Pasada la alarma, se pensó que aquello que sólo había sido un error, podía convertirse en realidad, y por lo tanto, que debíamos estar apercibidos.

Persuadido el General que teniendo al enemigo, como quien dice, al frente, no podía pensarse en montar la artillería, proverla de municiones, juegos de más útiles pa-

Digitized by Google

ra su servicio, formar artilleros, reparar la fortificación y levantar las obras que faltaban, tanto más, cuanto que se carecía de recursos; era indispensable desartillar la plaza, porque de lo contrario, el día que la ocupase el enemigo, se perdería un gran material de guerra, que si bien en su mayor parte inútil, por incompleto, podría parcialmente aprovecharse y prestar buenos servicios, evitando que le sirviese al enemigo y este se vanagloriase, como no dejaría de hacerlo, de haber ocupado una plaza con más de cincuenta cañones; pero cuidándose muy bien de decir el estado en que se hallaban. He aquí los funestos resultados de que los Gobiernos no cuiden de tener listos y ordenados los elementos de guerra.

La primera disposición que tomó el General Tapia fué mandar al General Chavero á reconocer el punto llamado Boca del Abra, para que informase sobre la conveniencia de fortificarlo; pero entiendo que más que ese objeto, fué el de alejarlo, fastidiado como se hallaba, de los entorpecimientos que este Jefe ocasionaba.

Después llamó á las armas á todos los hombres útiles de la población para formar un batallón; mas como no era posible mantenerlo, cuando fué organizado, se mandó la gente á sus casas, donde debían estar prontos al llamado que se les hiciera.

En seguida empezó á tomar disposiciones para salvar el material de guerra. Pero antes de hablar del modo con que esto se verificó, será conveniente dar noticia de la marcha y desenlace que tuvo la conspiración que hacía días venía tramándose y que antes indiqué.

Además de los pretextos que aducían los descontentos, había la circunstancia de que los Oficiales del primer batallón del Estado estaban disgustados del Teniente Coronel D. Juan Espinosa Gorostiza, que había puesto el General Tapia, y cuyo Jefe tenía la idea de que para mandar era necesario manifestarse siempre adusto é irascible, lo que cuadraba bien á su natural carácter, pero que lastimaba á aquellos hombres que estaban acostumbrados al amistoso trato del Coronel D. Rafael Garza, y además hería sus sentimientos de provincialismo.

Digitized by Google

Un Oficial que estaba al tanto de lo que se tramaba lo noticiaba al General. Así es que este señor no ignoraba nada. Una noche llegó á decir que había en Casa Mata una reunión de Oficiales de artillería. En el acto el General se dirigió á aquel fuerte haciendo que yo lo acompañase. Al llegar allí hizo que arrojasen la escala, y penetramos al recinto Subimos al pabellón de los Oficiales, y en efecto, hallamos reunidos á la mayor parte de los Oficiales de artillería, cosa bien extraña á una hora inusitada en que no tenían servicio, y cuando aquellos señores eran tan poco afectos á estar en el cuartel.

El General les extrañó su conducta, intimándoles que en el acto marcharan á sus alojamientos. Ellos procuraron disculparse, pero obedecieron.

Noches después volvió el mismo Oficial á noticiar al General que aquella noche tendría lugar el pronunciamiento: que muchos Oficiales estaban en el *rebumbio*, de donde saldrían á una hora dada para ponerse á la cabeza de las tropas.

Inmediatamente se dirigió el General, acompañado solamente de mí, al cuartel del primer batallón. Hizo formar la guardia, preguntó por los Oficiales que se hallaban en el cuartel, y mandó que el batallón tomase las armas.

A mí me ordenó que marchase violentamente á Casa Mata y formase la fuerza que allí había, fuera del fortín, sin que quedase un solo hombre dentro. Así lo efectué, formando la tropa en batalla, detrás de una batería de maniobra que se quedaba en la explanada, para el ejercicio, por no caber dentro del fortín. Pasado un rato, llegó el Teniente Pezo con la compañía de obreros armada, y formó martillo con la artillería. En seguida apareció por la calle de Altamira el primer batallón con el General Tapia á la cabeza, y llegando completó el cuadro, quedando en el centro la batería.

Aquel movimiento de tropas alarmó naturalmente á la población, y pronto lo supieron los Oficiales que estaban en el *rebumbio*, quienes suponiendo tal vez, que le

Digitized by Google

movimiento se había anticipado, llegaban corriendo por todas direcciones.

El General los hizo entrar al cuadro, pero no permitió que se pusiesen á la cabeza de las tropas, y subido en un armón, les manifestó que conocía sus proyectos, que les afeó, reprochándoles que cuando la Patria se hallaba en peligro, invadido su suelo por tropas extranjeras, pensaran ellos en aumentar sus males con un acto de indisciplina que podía calificarse de traición.

Después de una larga y enérgica peroración, hizo entrar en las filas algunos Oficiales que creía inocentes, y á los culpables les ordenó que marcharan á sus alojamientos, donde deberían permanecer hasta el día siguiente á las siete de la mañana, hora en que se presentarían á recibir órdenes en la Comandancia Militar.

Después mandó que los cuerpos volviesen á sus cuarteles, y á mi me ordenó que permaneciera en Casa Mata toda la noche, quedando también el Capitán Don José G Ceballos.

Permanecí, pues, sin sentarme siquiera, en la explanada del fortín, hasta que amaneció, pues creí fácil que pasados los momentos de sorpresa, los Oficiales volviesen á intentar un golpe de mano, contando para ello con la simpatía de la tropa, por ser de la localidad.

Al día siguiente ocurrieron los citados á la Comandancia, y el General Tapia les mandó dar una paga y su pasaporte, para que se presentasen en México al Ministro de la Guerra. Con esto quedó tranquilo Tampico, y el General pudo dedicarse al desarme de la plaza.

En los primeros momentos de entusiasmo, que él supo aprovechar, los cargadores y los canoeros que habían de conducir la artillería, se prestaron á trabajar con muy corto estipendio, y así pudo efecturse la traslación del material de guerra.

Se dispuso que la artillería de plaza y costa se ocultara en distintos puntos de las márgenes del Pánuco, con las cureñas que había y las municiones, tanto para libertarlas del enemigo, como para que pudieran utilizarse en el caso de que las circunstancias de la guerra

Digitized by Google

permitiesen tomar la iniciativa ó artillar algún punto importante.

También se mandaron algunos cajones de municiones para infantería con el mismo objeto, y el resto del material de guerra se envió por tierra para Altamira y el Chocoy, como puntos de escala, mientras se resolvía el lugar conveniente para establecer los almacenes y la maestranza.

Los puntos del río en donde se ocultó la artillería fueron los siguientes:

En Pánuco.....	5	piezas.
En Tampacas.....	2	,,
En el Alcón.....	12	,,
En Tomalocuco.....	3	,,
En Tanjuco.....	21	,,
En Chijoles.....	8	,,
Total.....	51	piezas.

Con las piezas de batalla se formaron dos baterías rayadas con sus carros y dotaciones de artilleros, ganado y municiones. Otras piezas de bronce lisas de batalla y montaña, se internaron en Tamaulipas con el parque general.

Con el corto personal de artilleros que se hallaba franco, ayudado por los matriculados y con una cabria vieja y un trinquibal en no buen estado, trabajando bajo un sol abrasador, la faena del desarme de la plaza fué penosa; pero en quince días no quedaba ya en ella más artillería que las baterías atalajadas y las municiones necesarias para su servicio y para la infantería.

En dieciseis de Enero de 1862 llegó de Veracruz la barca italiana "Fortuna y Constanza," conduciendo ocho cañones de plaza y costa, con sus cureñas, balas y otros pertrechos, que el General Tapia ordenó fuesen conducidos á Pánuco, remolcada la barca por un vapor.

Este refuerzo, que hubiera sido muy útil si en tiempo oportuno se hubiese preparado la defensa de Tampico, llegó desgraciadamente cuando no se podía utilizar.

Digitized by Google

Yo, desde el día trece, había salido por orden del General para el interior del Estado, con el objeto de reunir en la hacienda del Chocoy todo el material sacado de Tampico, y buscar un lugar á propósito para establecer definitivamente los almacenes y maestranza.

Hasta el diecisiete de Enero se habían reunido en el Chocoy setecientos noventa bultos, y ese mismo día se esperaban setenta mulas cargadas, procedentes de Altamira, donde aún quedaba gran cantidad.

Se ve, pues, que la plaza contenía un material considerable; pero que desgraciadamente, en muchos años de abandono, no se había clasificado Había mucho inútil ó de grave reparación, y las dotaciones se hallaban incompletas ó no existían.

Es verdad que desde nuestra llegada se comenzó á ordenar y clasificar el parque; pero los acontecimientos no dieron lugar, pues se dispuso el desarme de la plaza, y fué necesario remitir la mayor parte de los bultos sin reconocerlos.

El borrador del inventario que mandé formar, y que se halla entre los papeles relativos á esta época, podrá dar una idea del desorden y confusión que reinaba.

Cuando llegué al Chocoy, mi primer cuidado fué dirigirme á D. Jesús de la Serna, que era uno de los Gobernadores beligerantes de Tamaulipas, al General D. Martín Zayas, que mandaba sus fuerzas, y al Coronel Fernández García, manifestándoles la necesidad que había de desartillar la plaza de Tampico, la conveniencia de conservar el material de guerra, que debía servir para la defensa del Estado, y les suplicaba no pusieran obstáculos á mis trabajos, sino que me ayudaran con los elementos que pudieran para mover el material, ordenando á sus tropas que no cometieran actos de hostilidad con los convoyes ni con las partidas que yo mandase para procurarme medios de transporte; asegurándoles que llevaba instrucciones del señor General Tapia para permanecer absolutamente neutral en la cuestión que se agitaba en el Estado.

Digitized by Google

Los señores Serna, Zayas y Fernández García, así como el Coronel D. Agustín Barragán, me escribieron satisfactoriamente, asegurándome su cooperación en todo lo que les fuese posible.

De todo dí cuenta al General Tapia, adjuntándole copias de las cartas que había dirigido á los señores citados, cuyo contenido se sirvió aprobar.

Estos documentos y otros pertenecientes al período que describo, se hallan en un legajo que tiene el mismo título que este cuaderno.

Mis trabajos en el Chocoy sufrieron algunas contrariedades á consecuencia de la mala disposición del dueño de la hacienda, Don Ramón Prieto. Pocos días permanecí allí; y después marché á la hacienda de Alamitos, propiedad de Don Jesús de la Serna, de donde escribí al General Tapia lo que creí oportuno, y recibí orden del General para regresar á Tampico.

Tan luego como llegué, dispuso el General que me embarcase inmediatamente para Pánuco, con objeto de inspeccionar lo que se había hecho allí.

Pronto volví á Tampico, muy satisfecho de que la plaza estaba perfectamente desarmada, y salvado el material, que ofrecería recursos considerables á los defensores de la independencia, si se sabía aprovechar.

Como se ve, el General Tapia desarrollaba un plan que más adelante podía haber contribuido á organizar la resistencia en ambas márgenes del Pánuco y del Tamesí, que acaso no hubieran podido vencer los invasores, y que tendría á Tampico en constante alarma.

Pienso que hubiera sido acertado por parte del Gobierno haber dejado á aquel patriota como Jefe militar de aquella comarca.

Con el objeto de poner término á los disturbios de Tamaulipas, fué nombrado por el Gobierno D. Santiago Vidaurri, Gobernador y Comandante Militar del Estado, y aquel señor, por delegación, nombró al General D. Ignacio Comonfort, que acababa de llegar á la República, después de algunos años de ausencia.

Digitized by Google

Esto fué causa para que el General Tapia renunciase el mando que tenía, y habiéndole admitido la renuncia, se le ordenó entregar el Distrito del Sur al Jefe que le tocase por antigüedad. Habiendo resultado yo el más antiguo, entré en el ejercicio de mis funciones, cosa que la población no recibió mal.

Al dejar el mando el General Tapia, la situación era la siguiente:

La escasez de dinero era absoluta; las cajas de la Jefatura de Hacienda estaban vacías, y las entradas de la Aduana eran insignificantes. Una conducta de San Luis, que estaba próxima á llegar, ya había pagado allí sus derechos, y no era posible ni político imponer un préstamo al comercio.

El enemigo, que ocupaba á Veracruz, podía llegar de un momento á otro. Algunos Jefes del partido reaccionario, de los que habían servido en Tampico en la época de D. Rafáel Moreno y de D. Tomás Mejía, comenzaban á llegar con pretexto de ver á sus familias, y á consecuencia de la amnistía; y D. Isidro Díaz, Ex-Ministro de Miramón, llegó también con pasaporte del Gobierno para embarcarse en el paquete inglés.

En cuanto tomé el mando, mi primer cuidado fué arreglar las cosas, de manera que sin carreras ni confusión, la guarnición pudiese evacuar la ciudad, una hora después de avistarse la escuadra.

La artillería tenía listas sus baterías, y el ganado de tiro no salía para nada del cuartel, con objeto de enganchar á la primera señal.

La infantería estaba acuartelada, y tenía las acémilas necesarias para cargar las municiones, ranchos y equipajes de Oficiales.

En la plaza de arrieros hateaban los atajos destinados á la conducción del parque, que deberían comenzar á cargar en el momento que se les señalara. La sección Médica, la Pagaduría y la compañía de obreros, tenían todo listo para moverse á primera orden.

Finalmente, se previno que al toque de generala to-

Digitized by Google

dos se preparasen, permaneciendo en sus puntos á esperar órdenes.

Por esta parte estaba yo perfectamente tranquilo, y tenía la confianza de que llegado el momento, todo se ejecutaría en el mejor orden.

Para que el enemigo no se aprovechase de nuestra fortificación, para poder hostilizarlo fácilmente, y en último caso, que gastase trabajo, hombres y dinero, si quería cubrir la plaza, ordené la destrucción de las obras, comenzando por el fortín avanzado de la Cuarentena, cuya operación fué encomendada al Teniente Coronel de Ingenieros Rosainski.

Pero mi aflicción era grande; porque no había con que socorrer á la tropa, pues aunque había llegado una barca á la Boca de la Barra, los comerciantes no querían descargarla si no se les hacía un rebajo de derechos de un 50 ó un 60 p. %, como estaban acostumbrados. Como yo creía este proceder oneroso, y no me consideraba con facultades para hacer semejante negocio, me negué absolutamente. Sin embargo, conseguí del comercio un pequeño préstamo *amistoso* de cinco mil pesos, con lo que pude por unos pocos de días socorrer la guarnición.

El Ex-Ministro Díaz, con varios pretextos había aplazado su embarque, y los Jefes reaccionarios conspiraban con él, ó á su nombre. Por su parte, los liberales exaltados veían muy mal la permanencia en Tampico, del Ex-Ministro, y no escaseaban las amenazas contra él.

Todo el día recibía yo denuncias de que se iba á trastornar el orden, pero sin precisar hechos ni personas. Las mujeres de la tropa llevaban noticias alarmantes á los cuarteles, y los chismes no cesaban ni de día ni de noche.

Don Diego Flores, comerciante, reconocido por liberal, Coronel del 2° Batallón de Guardia Nacional que estaba en receso, y Jefe de la policía, era uno de los que me anunciaban á cada momento que iba á estallar un pronunciamiento.

Digitized by Google

Yo no podía hacer más que tener las tropas acuarteladas, vigilarlas sin manifestar desconfianza, y estar listo para ocurrir violentamente á donde fuese necesario. Pero por lo demás, no tenía datos para obrar contra alguien.

En esto, llegó la conducta custodiada por una fuerza de Guanajuato, que tuve la imprevisión de alojar en el cuartel de artillería. Aquella noche aumentaron las alarmas y las noticias fatídicas, lo que dió por resultado que huyera el sueño de mis ojos y que pasara largas horas de cruel insomnio de cavilación. Por fin, un rayo de luz iluminó mi cerebro, y creí haber comprendido perfectamente la situación en que me hallaba.

Los Jefes reaccionarios, con anuencia, ó sin ella, de D. Isidro Díaz, trataban de promover un motín, probablemente para secundar á los de Orizaba á favor de la intervención. Como no contaban con la guarnición, se valían de mil chismes para sembrar la discordia, esperando por este medio lograr que estallase algún movimiento, en cuyo caso se agregarían á uno de los contendientes para inclinar las cosas á la realización de sus ideas.

Sin estar de acuerdo con ellos, D. Diego Flores aumentaba el desorden con mil cuentos, divulgándolos por medio de sus agentes que iban á los cuarteles, y hallaban á los matriculados y cargadores que casi siempre tomaban parte en las asonadas de Tampico. La idea de D. Diego era inspirarme temor para que llamase á las armas su batallón, cosa que yo no podía hacer, porque no tenía con que mantenerlo; pero el buen señor ayudaba inconsientemente á los reaccionarios.

Por otra parte, los liberales y la Oficialidad de los cuerpos achacaban el malestar que se sentía á las intrigas de D. Isidro Díaz, clamaban porque se le obligase á embarcar, y muchos prorrumpían en sangrientas amenazas contra él.

Mi posición era por demás comprometida; pero ya no temí las consecuencias, desde el momento que ví la situación con claridad. Formé mi programa para el día siguiente, y me dormí con tranquilidad.

Digitized by Google

Mi primera idea fué la de obligar á D. Isidro Díaz á trasladarse á Pueblo Viejo, mientras llegaba el paquete inglés para que se embarcase. En seguida, hacer salir con un pretexto honroso, al Teniente Coronel Tamayo, Jefe reaccionario con alguna influencia en su partido, y que me había ofrecido sus servicios hacía algunos días.

Por último, ordenar al Jefe del batallón de Guanajuato que se pusiese inmediatamente en marcha para San Luis. Pero tropezaba con la dificultad de que había dado permiso para que fuese el cuerpo á la Barra para que se bañase la tropa y conociese el mar; mas, tenía necesidad de llevar adelante mi idea, pues era casi seguro que no pudiendo seducir á la guarnición, habían de procurar conquistar á la fuerza de Guanajuato; y yo había cometido la imprudencia de haberla alojado en el cuartel de artillería.

A la mañana siguiente fuí á la Comandancia, sin comunicar á persona alguna mi proyecto, y dí principio á su ejecución.

Tenía yo de Secretario al Lic. D. Mauro Herrera, que había heredado del General Tapia. Como Herrera tenía amistad con D. Isidro Díaz, le dije que le llevase un atento recado de mi parte, manifestándole que su permanencia en Tampico era inconveniente, porque unos conspiraban en su nombre y otros conspiraban contra su persona; que me sería muy doloroso que fuese á ocurrirle una desgracia que yo no pudiese evitar, y por lo mismo, le suplicaba que se trasladase á Pueblo Viejo á esperar el paquete.

Herrera me dijo que él no podía aceptar semejante encargo: que sentía que los que me aconsejaban me empujasen por ese camino de persecuciones, que nadie sabe á donde conduce y que casi siempre es fatal á los que lo siguen. Le contesté que ninguno me aconsejaba, ni tampoco le pedía consejos á él, aunque se los agradecía; que lo que le pedía era que nos hiciese un servicio á Díaz y á mí, para que sin escándalo, aquél se fuese como por su voluntad.

Digitized by Google

Convino entonces en desempeñar su comisión en lo particular; pero me advertía que probablemente Díaz se resistiría, pues tenía pasaporte del Gobierno; que él creía (Herrera) que mis temores de que se alterase el orden eran infundados tanto más, cuanto que podía disponer de la fuerza de Guanajuato para ponerla en Casa Mata, en cuyo caso podía dormir tranquilo. Le contesté que, en efecto, esto era una garantía; pero como desgraciadamente aquella fuerza tenía que marchar dentro de pocos días, volverían las cosas á quedar en el mismo estado; que en cuanto que el Señor Díaz se resistiera á marchar, lo sentiría mucho, porque tendría entonces que hacer uso de la fuerza.

En seguida mandé llamar al Teniente Coronel Tamayo y le anuncié que había llegado el momento de aceptar sus servicios, porque en la ciudad se conspiraba. Me contestó que se alegraba mucho de poder servir á mis órdenes; que él me garantizaba la tranquilidad: que con poner en Casa Mata la fuerza de Guanajuato, no habría quien se moviera, sin contar con que él era muy conocido en Tampico por su valor, y todos le temían.

Aprobé su idea, y le aseguré que la pondría en práctica; pero que por lo pronto, exigía de él un servicio importante: que no tenía confianza en la guarnición, y deseaba que él marchase violentamente á Huejutla para que informase á D. Jesús Andrade (Jefe Político) del estado de las cosas, y exigir de él que me mandase algunas fuerzas. Escribí á Andrade una carta sobre el motivo del viaje de Tamayo, y añadía *que si las noticias que este le diera, las consideraba de importancia, lo auxiliara, haciéndolo marchar al Ejército de Oriente, para ponerlas en conocimiento del Señor General en Jefe.*

Leyó Tamayo la carta y quiso que también le diese un oficio, lo que verifiqué. Pretendía que lo auxiliara con una paga de su empleo, pero á duras penas le pude conseguir media paga. Solicitaba no marchar hasta el día siguiente; pero yo me opuse, manifestándole que en asuntos de la importancia del que nos ocupaba, no debía perderse ni un minuto; y lo obligué á pasar el río en el acto.

Digitized by Google

Poco después llegó el Lic. Herrera con el pasaporte de D. Isidro Díaz, quien decía que se hallaba garantizado por aquel documento, y que solamente por la fuerza saldría de la población. Además, añadió Herrera, si vd. insiste en esta determinación, me veré obligado á renunciar la Secretaría.

Lo sentiré mucho, le contesté; pero si vd. hace su renuncia por este motivo, tendré la pena de aceptarla. Desde luego la hago, me contestó.

Nombré Secretario á un joven Castro, que era empleado en la Secretaría, y continué el desarrollo de mi plan.

Pasé á Díaz una comunicación apremiante, comunicándole que si en el improrrogable término de dos horas no había salido para Pueblo Viejo, me vería obligado á sacarlo por la fuerza.

Previne á la policía vigilara la salida de Tamayo y Díaz. A poco tuve parte de que mis órdenes se habían cumplido; aunque Díaz me mandó una protesta

Previne á D. Diego Flores que colocara policía en los pasos del río, que vigilaran toda la noche, para que en el caso de que Díaz ó Tamayo regresaran á la población, en el acto, y sin más aviso, los pusieran en la cárcel, dandome parte en seguida.

Mr. Joly, consignatario del paquete inglés, me mandó un dependiente solicitando mi permiso para que cambiase la bandera nacional por la inglesa el pailebot que conducía la plata de la conducta fuera de la Barra, porque temía que fuese capturado por algún buque francés.

Consulté con D. Domingo Rivera, antiguo Oficial de la Marina de Guerra, quien me expresó que para que tal cosa pudiese verificarse, era necesario que el buque cambiase de nacionalidad, abanderándose de nuevo, cosa que exigía trámites y tiempo, y que no estaba en mis facultades concederlo.

Le dí esta respuesta al dependiente de Joly, y viéndolo disgustado por mi resolución, añadí que sería muy divertido que los franceses capturasen los caudales de sus aliados, y que tendría mucho gusto de ello.

Digitized by Google

Rivera aprovechó aquella coyuntura para pedir una paga, á cuenta de alcances para su hijo, que también servía en la marina; y no satisfecho con las explicaciones que le dí sobre falta de fondos, le manifesté que mientras yo tuviese mando, ningún servidor de Estado recibiría cantidad alguna extraordinaria, y que si él me probaba que había bastante dinero para dar una paga á toda la guarnición, á su hijo le daría, además, una paga extraordinaria.

Don Domingo se retiró disgustado, y yo me dirigí al cuartel de artillería á presenciar la lista de seis.

Cuando el Comandante de la fuerza de Guanajuato se presentó á darme parte de las novedades, le pregunté que tal le había parecido á la tropa la vista del mar, si se había bañado, etc. Contestadas estas preguntas, le dije que si ya estaba listo para marchar. Me contestó que si yo lo disponía, marcharía el día siguiente. No; debe vd. marchar ahora mismo, para aprovechar el fresco de la noche, porque en este clima es muy peligroso marchar de día, principalmente para los *arribeños*.

Visiblemente disgustado, me dijo que no podría verificarlo, porque le faltaban algunos soldados que andaban francos, y porque carecía de acémilas. Con objeto de remover aquellos obstáculos, ordené á la policía que recogiera á los soldados, conduciéndolos al cuartel, y al forrajista de la División, que enganchase inmediatamente un carro, para llevar el bagaje de aquella fuerza, mientras le enviaba mulas que la alcanzasen en el camino.

Removidos los inconvenientes, salió la fuerza cerca de la oración, con su Comandante algo mohino. Previne á éste que no se quedase en Altamira, porque no había donde alojar la tropa, sino que siguiera hasta el rancho del Chocolate, que está un poco más adelante.

Tan luego como aquella tropa salió por la garita, ordené al Teniente Coronel Espinosa que situase en ella cien hombres de su batallón, con instrucciones de que si durante la noche se aproximaba alguna fuerza, le rompiesen el fuego, pues no había ninguna que pudiese venir.

Digitized by Google

En seguida mandé un extraordinario á Altamira, previniendo al Capitán Perfecto González que ocupase la iglesia con la tropa que tenía á sus órdenes, no permitiendo que los de Guanajuato quedaran en la población.

Cuando estas providencias tuvieron lugar y comenzaron á divulgarse, los principales reaccionarios se marcharon violentamente de la ciudad. El Comandante Pineda fué á presentarse al General Comonfort, que le dió colocación á pesar de cuanto se le dijo de este Jefe, que lo traicionó después.

Desde aquel día se acabaron los chismes. Tampico quedó en la mayor tranquilidad, y yo ya no tuve que ocuparme más que en ver como me arbitraba recursos para la tropa.

El señor Comonfort me escribió muy alarmado, previniéndome que á todo trance salvara la conducta, cuando ya estaba á bordo.

El Ministro de la Guerra, D. Pedro Hinojosa, como tamaulipeco que es, declaró inculpables á los Oficiales que había enviado á México el General Tapia, y los hizo regresar á Tampico con recomendación de que no se les molestase. En consecuencia, se presentaron los Capitanes D. Manuel Solís y D. Adolfo Garza, que colocó después el señor Comonfort.

D. Jesús Andrade me escribió que comprendiendo el espíritu de mi carta, había hecho á Tamayo seguir su marcha para Oriente.

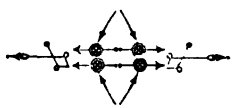
Yo tuve el gusto de entregar el mando poco tiempo después, dejando el Distrito del Sur de Tamaulipas en perfecta paz.

REPOSICION.—El Supremo Gobierno de la República, que consideró no había mérito para que estuvieran por más tiempo separados de los empleos militares que servían en esta plaza, los CC. Comandante del 1er. Batallón del Estado, Carlos N. de Cáceres, Capitán pagador, Julián Barrios, Comandante, Capitán 1º de arti-

Digitized by Google

llería Manuel Solís, y Capitán 1º de la misma arma Adolfo Garza Flores, ha dispuesto vuelvan á encargarse de ellos; en tal virtud la Comandancia militar de esta plaza los ha dado de alta en sus respectivos destinos.

Del Boletín de Noticias de Tampico.



Digitized by Google

ORGANIZACION

DE LA

Primera División del Ejército del Norte.

Organización y Operaciones

DEL

Cuerpo de Ejército del Centro

1861. 1862. 1863.

Digitized by Google

Digitized by Google

Organización
de la primera División del Ejército del Norte.

AÑO DE 1861.

CUANDO en el mes de Diciembre de 1861, la escuadra española, sin previa declaración de guerra ni fórmulas de ninguna clase, se presente delante de la plaza de Veracruz, intimándole rendición; el Estado de Tamaulipas se hallaba envuelto en la guerra civil más desastrosa y enconada que registran los anales de nuestras discordias.

Serna y Guerra [ó Guerrero], se disputaban el Gobierno del Estado; y sus partidarios se hacían una guerra implacable.

A la sazón, la plaza de Matamoros que defendían los adictos á Serna, sostenía un sitio heróico contra los partidarios de Guerra.

Del otro lado del Bravo habían pasado á nuestro territorio una multitud de perdidos, tanto mexicanos como americanos, los que acaudillados por D. José María de J. Carbajal, hacían los mayores esfuerzos para apo-

Digitized by Google

derarse de la ciudad, para lo que empleaban todos los medios imaginables.

La plaza resistía con denuedo, sosteniendo diariamente reiterados ataques que sufría de los sitiadores, á quienes castigó más de una vez severamente.

Para terminar este escándalo, que tenía lugar en los momentos mismos en que el suelo de la Patria era profanado, el Gobernador de Nuevo León, D. Santiago Vidaurri, envió al General D. Julián Quiroga con ochocientos rifleros en socorro de la plaza y para dar término á la revolución de Tamaulipas.

Al mismo tiempo llegaba á Ciudad Victoria el General de División D. Ignacio Comonfort, nombrado por el mismo Vidaurri, Comandante Militar y Gobernador del referido Estado, á despecho del Gobierno General, que no veía con buenos ojos que el Gobernador de Nuevo León acogiese bajo su protección al autor del golpe de Estado de 1857.

De resultas de estas disposiciones tuvo lugar una capitulación entre los partidos contendientes, que dió por resultado la pacificación del Estado de Tamaulipas.

Según dicha capitulación, los contendientes de ambos bandos quedaban en aptitud para incorporarse á las fuerzas destinadas á la defensa del territorio nacional.

En consecuencia, comenzaron á llegar á Victoria varios piquetes, tanto del uno como del otro partido, que con el pomposo título de escuadrones, fueron admitidos por el General Comonfort.

Estos destacamentos, unidos á un batallón de Coahuila que mandaba el Coronel D. Francisco Aguirre, y dos escuadrones de lanceros que mandaba el Coronel Gorostieta, fueron el núcleo de la *Primera División del Norte*.

Pacificado Tamaulipas, el General Comonfort envió al General graduado D. Demetrio Chavero para que el que subscribe le hiciese entrega de la Jefatura Política y Comandancia Militar del Distrito del Sur del Estado, en el que había podido conservar la paz, á pesar de los esfuerzos que los partidarios de la intervención hacían

Digitized by Google

para turbarla, y de la absoluta escasez de recursos en que se hallaba.

La plaza de Tampico se había desarmado por orden del General D. Santiago Tapia, cuando ejerció el mando, en vista de la imposibilidad que había para defenderla.

El que subscribe, después de haber ocultado la artillería gruesa en los pueblos de las márgenes del Pánuco, donde alguna de ella subsiste aún, y de haber hecho conducir al interior del Estado todo el material de guerra que podía ser útil para la defensa; dispuso la demolición de las fortificaciones, para que no pudiera servirse de ellas el enemigo cuando ocupase la plaza.

Entregado el mando al General Chavero, á pesar de la invitación hecha al que subscribe por varios de los Jefes de la guarnición, para que no lo efectuase; aunque dicho General había aprobado los procedimientos de que se ha hecho mención, mandó suspender la demolición de las fortificaciones, con el pretexto de que el enemigo podría levantarlas prontamente.

Pocos días después llegó el General Comonfort con parte de las tropas de Nuevo Leon, siendo recibido con mucha frialdad por los liberales.

Siguiendo las indicaciones de Chavero, ordenó que se recogiese la artillería gruesa que se había ocultado en las márgenes del Pánuco, con el objeto de trasladarla á Tancasnequi é internarla después en el Estado de Tamaulipas; pero fué el resultado, que se gastó en esta operación una cantidad respetable de dinero, y que convencido el General, al fin, de las dificultades que para llevar adelante su idea se presentaban, y del desembolso que tenía que hacerse, desistió de su propósito, sin haber conseguido otro resultado que dejar buen número de cañones tirados en la orilla del río sin haber podido subirlos á Tancasnequi.

Además, la operación exigía tiempo y trabajo, y el General quería ponerse en marcha violentamente para el interior, sin pensar en dejar organizada la defensa del Estado.

Digitized by Google

A fines del mes de Mayo de 1862, salieron de Tampico las fuerzas que había llevado el General Comonfort, y además el primer Batallón de Guardia Nacional de Tamaulipas y la División de artillería de la misma, con dos baterías de batalla montadas y con sus correspondientes carros de municiones, en buen estado de equipo y de instrucción.

A estas fuerzas se les hizo marchar con la segunda quincena del mes, cosa que causó un profundo disgusto, pues estaban acostumbradas en tiempo de Garza, cuando salían á expedicionar, á que se les completara el mes corriente y se les diera una paga de marcha. Comonfort, olvidando que aquellas fuerzas eran de guardia nacional, quiso tratarlas como á tropas de línea, y no le preocupó el atraerse su mala voluntad.

La fuerza expedicionaria fué puesta á las órdenes del General D. Alejo Barreiro, persona antipática para aquella gente, que lo creía reaccionario, que lo rechazaba por no ser fronterizo, y que no podía sufrir su carácter.

Al llegar á la hacienda de Alamitos, la brigada se acantonó, en espera de las disposiciones del General en Jefe.

En este lugar los Jefes de los cuerpos formaron una conspiración para quitar el mando al General Barreiro.

Una noche se dirigieron al alojamiento del que subscribe, manifestándole que las tropas estaban sobre las armas, é invitándolo para que se pusiera á la cabeza de ellas y desconocer á Barreiro.

El subscrito contestó que en las circunstancias porque el país atravesaba, le parecía que todo movimiento que tuviese por objeto trastornar el orden y dar un ejemplo de insubordinación, debería de ser funesto, tanto más, cuanto que lo que se le proponía era lo mismo que desconocer al General Comonfort. A esto replicaron que si era necesario, se desconocería también al General en Jefe.

El subscrito se esforzó en disuadir á aquellos señores de semejante proyecto, haciéndoles ver los males que se originarían á la causa nacional si se diera un escán-

Digitized by Google

dalo semejante, cuando el enemigo extranjero ocupaba una parte del territorio de la República. Manifestóles también, que si insistían en tan descabellada idea, de ninguna manera deberían contar con el infrascrito.

Insistieron, queriendo seducirlo con el halago de las ventajas personales que de llevar á cabo el movimiento le resultarían, y del ningún provecho que obtendría en caso contrario.

Sin embargo, parecieron convencidos por las nuevas razones aducidas en contra de sus deseos; y se retiraron, haciendo protestas de no pensar más en el asunto.

Pocos días después, las tropas se movieron en dirección de Ciudad Victoria, á donde llegaron no sin haber luchado con las escaseces de todo género, consiguientes al país casi desierto que tuvieron que recorrer.

El señor Comonfort tuvo el poco tacto de nombrar Mayor General á D. Alejo Barreiro, persona que carecía del don de mando, en circunstancias en que era más necesario, atendidos los elementos de que eran formadas aquellas tropas. Carecía igualmente de don de gobierno, como lo indican algunos de sus actos que se narran en seguida, y de buenas maneras para atraerse las simpatías, al mismo tiempo que el respeto de sus subordinados.

Cayendo en el error de muchos de los que mandan, creía que le era lícito invadir las atribuciones de los demás, cosa la más á propósito para introducir el desorden y el desbarajuste en el servicio.

Sucedía que habiendo el infrascrito dado sus órdenes en la maestranza, con respecto al trabajo que se había de ejecutar, cuando volvía á examinar lo que se había adelantado, encontraba suspenso lo mandado, y los herreros, vervigracia, forjando herraduras. Contrariado el que suscribe, reconvenía con acritud semejante desobediencia, á lo que se le contestaba que el señor Mayor General había ordenado que se suspendiese todo trabajo, y que sólo se dedicasen á forjar herraduras.

Cuando el tiempo que se le concedía al suscrito para la reparación del material de guerra y el arreglo del par-

Digitized by Google

que general, era de lo más angustiado, tenía que luchar con las órdenes arbitrarias é inconsideradas del General Barreiro; y cuando se estaba reparando una cureña, ó ejecutándose otra obra importante, la mandaba suspender el General Barreiro para que hicieran herraduras, moharras de lanza, ú otra obra cualquiera, que se podía hacer en talleres de particulares; y esto, cuando el personal de la maestranza era limitado y los materiales escasos.

El mal no tenía remedio, porque el General Barreiro mandaba en Jefe en ausencia del señor Comonfort, y no había á quien quejarse. Pero de esto resultó que el infrascrito, excitado al extremo por semejante conducta, no esperase más que una ocasión oportuna para estallar.

Esta no dejó de presentarse. Una mañana muy temprano se presentó Barreiro en el alojamiento del que suscribe, manifestándole que nos hallábamos en una situación fatal, porque no había cápsulas en el parque general. Se le contestó que en el parque general había más de un millón de cápsulas, á lo que dijo que eso no podía ser, porque el General Chavero le había dicho al General Comonfort que no había ni una sola; por lo cual, el General en Jefe había mandado violentamente de Tampico á México diez mozos bien montados, para que trajeran todas las cápsulas que pudieran. El subscrito le hizo presente al señor Barreiro que le parecía extraño que el señor Comonfort hubiera ocurrido al señor Chavero que no tenía motivo para saber lo que había en el parque, en vez de hacerlo al que era el Comandante de artillería, y que en todo caso, podía haber consultado el inventario que le había entregado, donde consta la existencia de más de un millón de cápsulas, y se hubiera evitado el gasto de los mozos enviados á México.

Dijo Barreiro que, en efecto, constaban en el inventario el millón y pico de cápsulas; pero que eran inútiles, á lo que se le hizo notar que, en efecto, había una partida de cerca de un millón de cápsulas inútiles, pero que había otra también de más de un millón en perfecto estado.

Digitized by Google

Preguntó entonces, que si podía asegurarle lo dicho al señor General en Jefe, á lo que se le contestó que sí.

Al día siguiente volvió á presentarse, diciendo que el General no podía persuadirse de que en el parque general hubiese tan gran cantidad de cápsulas, á lo que se le replicó por el que suscribe, que él sabía muy bien lo que tenía á su cargo, y que si el señor General en Jefe quería convencerse, no tenía más que dar sus órdenes para que se distribuyeran á los cuerpos las cantidades que á bien tuviese.

Al tercer día volvió á repetirse la misma escena, y molesto ya el que subscribe, ordenó á un Ayudante que fuese al parque general á pedir una noticia del número de cápsulas útiles que había existentes, con especificación de las que pertenecieran á cada marca, y trayendo muestras de cada una de ellas Volvió á poco el Ayudante con tres cajitas de cápsulas anotadas con el número que había de cada una de ellas, y cuya suma pasaba de un millón. Poniéndolas en manos del señor Barreiro, con una yoga de la pertenencia del subscrito, pudo probar de cada cajita todas las que creyó conveniente, y encontrándolas en perfecto estado, se dispuso lleno de alegría á llevarlas al señor General en Jefe.

Pero el subscrito, que quiso aprovechar la ocasión de quitarse de una vez de la fiscalización de aquel hombre, que entorpecía sus operaciones, le manifestó que si hasta entonces había permitido que se inmiscuera en los asuntos de artillería, había sido por no poner obstáculos; pero que en lo sucesivo no recibiría más órdenes que las que emanaran del General en Jefe, como está prevenido por la Ordenanza, y que esto mismo iba á decir de oficio en el momento al señor General Comonfort

En efecto, el subscrito puso en el acto y envió á su destino, la siguiente comunicación:

"División del Norte.—Comandante General de artillería.—C General en Jefe.

"La Ordenanza General del ejército, la particular de artillería, y los autores militares previenen que los Comandantes Generales de artillería tanto de plazas como

Digitized by Google

de ejércitos activos, se entiendan única y exclusivamente, ya con los Gobernadores de las plazas, ya con los Generales en Jefe, únicos de quien deben recibir órdenes y por los que deben ser consultados en todo lo relativo á su arma, así como en los proyectos ó planes de batalla. El C. Mayor General Alejo Barreiro me ha dado diversas órdenes desde que el C. General en Jefe se halla en este Cuartel General, las cuales he obsequiado en atención á que no sufra el servicio. Unas son de responsabilidad, como la que trata de la refundición de la fuerza, y otras relativas al manejo de los parques y material de guerra, asuntos que el C General en Jefe debería tratar con el infrascrito y atender á sus observaciones, puesto que á él tocará la responsabilidad en un evento desgraciado.

"Por lo expuesto, supongo que no siendo necesario en la División un Comandante General de artillería, puesto que sin atenderlo ni escucharlo se dispone de todo lo relativo al arma por personas extrañas á ella; agradecería mucho al C. General en Jefe se sirviera exonerarme de mi comisión, para evitarme trabajos inútiles, mortificaciones y responsabilidad.

"Libertad y Reforma. Ciudad Victoria, Julio 22 de 1862."

Esta comunicación produjo muy mal efecto en el señor General Comonfort, por lo que en el acto mandó llamar al que subscribe.

El General se hallaba con otras personas. Tenía el semblante descompuesto, y un papel arrugado dentro de la mano cerrada. Me hizo que lo siguiera á una pieza distante, y después de sentarse al lado de una mesa y de invitarme, en vano, á que yo lo hiciera, arrojó el papel sobre la mesa diciéndome: ¿qué quiere decir esto? Yo, que comprendí desde luego que era el oficio que le acababa de remitir, me puse á extenderlo con mucha calma, y después de haberme cerciorado, le contesté con la misma parsimonia: creo que este oficio está bien claro; y si usted se ha servido leerlo, deberá haberlo entendido perfectamente.—Por lo mismo pregunto, ¿qué fin oculto

Digitized by Google

encierra este escrito? me respondió con dureza.—Este escrito, le respondí con moderación, no tiene más fines que lo que indica, ni más objeto que el bien del servicio.

—¿Y cómo quiere usted, añadió, que yo que tengo que entenderme con todo lo concerniente al ejército, desde procurar el prest del soldado, hasta proporcionar el forraje y hasta los huaraches, me pueda dedicar á la artillería?

Señor, le dije, la artillería es por lo menos tan importante como los pequeños escuadrones, cuyos Jefes recibe usted en audiencia todos los días; y por lo mismo, creo justo que sea tan atendida como ellos. Yo le ofrezco á usted no quitarle el tiempo, y arreglar en pocas palabras lo que sea necesario.

Muy bien, señor Balbontín, me dijo levantándose, desde hoy no se entenderá usted más que conmigo.

Me despedí del General con el convencimiento de que nunca me perdonaría el paso que había dado, pero me encontraba en una posición bien crítica: ó para cumplir con mi obligación y hacer útiles mis servicios, me atraía la mala voluntad del General, ó por agradarle, dejaba que se introdujera el desorden en un ramo tan importante como el que tenía á mi cargo.

Pocos días después de la llegada á Victoria, del General en Jefe, se incorporó á la División el General Quiroga con sus rifleros, y en el acto se ordenó la marcha para Tula.

El parque general se había formado con las municiones recogidas en diversos puntos, sin previo reconocimiento de su estado y sin dar lugar á su revisión. El que subscribe fué comisionado, como era natural, para pasar la artillería y los carros de municiones por la áspera sierra de Victoria, que como es sabido, en aquella época carecía de camino aun de herradura.

Se pusieron á mi disposición el batallón de Nuevo León y Coahuila, la división de artillería de Tamaulipas, el piquete de obreros de Tampico, y veinte yuntas de bueyes.

Con estos elementos se pudieron vencer, no sin gran

Digitized by Google

trabajo, las dificultades que aquella fragosa sierra presentaba; y cuando el material llegó al rancho de la Mula, superando los mayores obstáculos, el General en Jefe se puso en marcha con las tropas que habían quedado en Victoria.

Entre la gente de Tamaulipas, el señor Comonfort no tenía ninguna simpatía; y muchas veces me dijeron los Oficiales de artillería que solamente en mi obsequio trabajaban para pasar el material por la sierra. Yo los persuadía de que no se trataba del señor Comonfort, sino de la Nación, en cuyo obsequio trabajábamos todos.

Al llegar á Tula dirigí al señor General en Jefe la siguiente comunicación:

"Ciudadano General: Conforme con las instrucciones verbales que se sirvió usted darme, emprendí la marcha de esa ciudad con el tren de guerra de la División y el batallón de Nuevo León y Coahuila, que se sirvió usted poner á mis órdenes con el objeto de atravesar la sierra.

Dejé con el mando de la División de artillería de Tamaulipas y batería de Nuevo León, al Teniente Coronel de infantería, Capitán primero de artillería C. José G. Ceballos, teniendo á sus órdenes al Capitán C. Adolfo Garza, y Oficiales Morin, Losa, Flores y Fletes, con objeto de que dedicaran todo su cuidado á la vigilancia de la tropa, y quedar yo expedito para los trabajos. Del ganado de tiro y trenistas quedó encargado el Subteniente C. Agapito Villegas con los capataces; y yo, teniendo á mis órdenes á los CC. Tenientes Trejo, Fernández, y Villela, me dediqué al paso de las dos baterías y carros que hacen el total de veinte carruajes.

En los pasos más difíciles, el Teniente Coronel de Nuevo León, C. Severo Rodríguez, me prestó un auxilio eficaz con el trabajo de sus soldados.

En los once días que duró la marcha, incluyendo uno que se descansó en "Las Minas," solamente dos noches durmió la tropa bajo de techo, y el ganado en cercado. Por esta razón, y á pesar de la vigilancia conveniente, no fué posible evitar que hubiera alguna deserción y extravío de mulas.

Digitized by Google

El número de desertores habidos consta en la relación que tengo el honor de acompañar.

Las mulas extraviadas fueron cinco, que no se encontraron á pesar de haberse buscado con empeño.

Durante el paso, el material tuvo necesariamente que sufrir, á causa de la aspereza de la sierra. En el camino se repusieron seis lanzas, un argollón de contera, un mástil, y otras cosas de menor importancia.

Las reparaciones que necesita el material constan en la adjunta relación, y en ellas se trabaja con actividad desde la llegada á este punto.

Sin embargo, los trenes podrán continuar su marcha á San Luis, donde se terminará la recomposición.

Los reclutas recibieron instrucción siempre que la reunión del material y la hora de llegada lo permitieron, y se encuentran adelantados.

Debo hacer mención de los Tenientes Trejo, Fernández y Villela, que trabajando personalmente, y alentando con su ejemplo á los trenistas y soldados, no omitieron fatiga para terminar el paso de la sierra, en el menor espacio de tiempo.

En el tránsito encontré maíz para el ganado de tiro, y yuntas de bueyes para el trabajo, así como algunos pequeños auxilios para la tropa, que el C. Coronel José de la Luz Toledano tuvo cuidado de situar con oportunidad.

Además, usted tuvo á bien remitir cuatro días de ración, de galleta, arroz, piloncillo, y otros artículos que salvaron á la tropa de sentir la horrible pena del hambre, en un trayecto desprovisto de todo recurso y escaso en extremo de agua.

Es cuanto tengo que informar á usted, C. General, sobre el resultado de la operación que tuvo á bien encomendarme.

Libertad y Reforma. Tula, Agosto 4 de 1862.—M. B. —C. General Ignacio Comonfort, en Jefe de la 1ª División del Norte.—Ciudad Victoria."

El General en Jefe contestó lo que copio:

Digitized by Google

"Comandancia militar del Estado de Tamaulipas.—Sección de Guerra.

"Quedo enterado con satisfacción por el oficio de usted fecha 4 del corriente, del resultado de las operaciones que tuvieron lugar para trasportar de Ciudad Victoria á este punto, las piezas y demás trenes de la División de artillería que es á su mando, recomendando á usted dé las gracias á nombre de la Patria, á los Tenientes Trejo, Fernández y Villela por su comportamiento para terminar el paso de la sierra, en el menor tiempo posible.

"Recomiendo á usted así mismo que se proceda desde luego á la reparación de las faltas que tengan las baterías, para que puedan emprender *pasado mañana* su marcha para San Luis Potosí.

Encargo á usted igualmente que remita á este Cuartel General, á la mayor brevedad posible, una noticia circunstanciada de las pasturas, reses y demás auxilios que le hayan prestado los pueblos del tránsito, para poder ordenar su pago, y que á los cuerpos se haga el cargo que les corresponda.

Libertad y Reforma. Tula, Agosto 7 de 1862.—C. Comandante General de artillería de la División del Norte.— Presente".

Como lo prevenía el anterior oficio, tres días después salía la División de Tula. La gran prisa que tenía el General de llegar cuanto antes á la Capital de la República, hacía que no se preocupara por dejar organizada la defensa de los Estados que quedaban á su retaguardia. En Tamaulipas no había nada arreglado. En Tancasnequi, en el Chocoy, en Alamitos, en Victoria, y en otras partes, estaba regado el material de guerra que se había sacado de Tampico, sin que nadie quedase encargado de vigilarlo, reunirlo en algún lugar conveniente, y conservarlo para hacer uso de él cuando llegara el caso.

El treinta y uno de Agosto hizo el General Comonfort su entrada á San Luis Potosí á la cabeza de su división. Desde luego me notificó que solamente me *da-*

Digitized by Google

ba un mes para arreglar todo lo concerniente á la artillería. Me esforcé para persuadirlo de que no era posible obsequiar sus deseos, porque el tiempo que me concedía no era suficiente en lo absoluto, para hacer todo lo que era necesario. Las cureñas y carros necesitaban varias reparaciones; se necesitaban construir doce tiros de atalajes ó guarniciones para dotar á una batería que debía llegar de Zacatecas, é instruir su personal y ganado; desempacar y abrir todos los cajones de municiones, para ver el estado que éstas guardaban, pues se habían recogido de varias partes sin verificar su contenido; desechar lo que resultara inútil y reponerlo; reemplazar los paquetes de lanilla picada por otros nuevos; reconocer las granadas de cañones rayados que hacía tiempo se hallaban cargadas, y cuyas espoletas se habían adherido á los orificios, y no podían jugar para dar fuego: quitarlas, engrasarlas, y ponerles fulminantes, cuya operación era en extremo delicada y peligrosa, porque habiéndose en muchas de ellas separado el fulminato, esto podía ocasionar por la precipitación, funestos accidentes, como en efecto se tuvieron que lamentar. Se tenían que construir municiones para infantería y caballería en la cantidad suficiente, para los diferentes calibres que tenían las tropas, y fabricar la pólvora necesaria. Por último, era preciso reponer los cajones que resultaran inútiles y construir los que se necesitasen para el empaque de todo lo construido ó reparado.

La enumeración que antecede, puesta á la vista del General, no fué bastante para convencerlo, y resolvió que el primero de Octubre saldría la división de San Luis Potosí en el estado que se hallase, pues interesaba mucho llegar á la Capital de la República. Es conveniente que yo relate algunos hechos del General, para dar á conocer su carácter, y para lamentarme de que á hombres semejantes se les fíen los intereses más caros de la Nación.

Al llegar á San Luis dispuse, como es de Ordenanza, que los Capitanes de las baterías rindiesen las distribuciones del mes de Agosto. Comunicada la orden, el Ca-

Digitized by Google

pitán D. Adolfo Garza manifestó que él no la rendiría, porque era *ultrajar su dignidad* el pedirle cuenta de los caudales que había manejado; y que en todo caso, las rendiría á la Jefatura de Hacienda del Estado de Tamaulipas. Yo lo mandé poner arrestado, y él se fué á su alojamiento, donde en reunión de otros amigos, se armó para el caso de que mandase al Ayudante por él.

Como se ve, Garza cometió delitos muy graves; pero yo, usando de prudencia, y conociendo el estado que las cosas guardaban, dirigí una comunicación al General en Jefe, participándole los hechos, sin agravarlos, y pidiéndole un castigo para Garza.

Al día siguiente, cuando fuí á tomar órdenes, me dijo el General: "Balbontín" ¿qué tiene usted con Adolfito?

—¿Por qué me hace usted esta pregunta, mi General? le contesté. Porque ahí me ha pasado usted una comunicación contra él. ¿Qué es lo que ha hecho?—¿No se ha servido usted leerla, mi General? - Sí, sí la he leido.—Pues yo creo, añadí, que está bien clara.—Si, pero yo creo que usted tiene mala voluntad con Adolfito, me contestó.

—Mi General, repliqué, yo nunca tengo ni buena ni mala voluntad con mis subalternos en asuntos del servicio, sino que los trato según sus obras. Respecto á mis afecciones, las reservo para fuera del cuartel.

—Bien, ¿y qué quiere usted que le hagamos á Adolfito?—Señor, yo no quiero nada; he dado parte de sus faltas, y mi responsabilidad queda á salvo. Ahora, á usted le toca disponer.

¿Le parece á usted que le impongamos un arresto de tres días en su casa?

—Usted obrará como guste, mi General.

—Bueno, pues voy á dar la orden.

Por el diálogo que acabo de copiar, podrán valorizarse las dotes militares del General en Jefe.

Tenía el señor Comonfort la manía de mostrarse siempre disgustado de las cosas, y de parecerle caro todo. Cuando yo, creyendo haber conseguido muy barato algún efecto, se lo manifestaba muy satisfecho, como su-

Digitized by Google

cedió con los atalajes, me contestaba que á él le parecía caro; que en los Estados Unidos se conseguía más barato. Pareciéndole subido el precio á que se compraba la pólvora de buena calidad, ajustó algunos quintales á dieciocho pesos. Yo, que estaba bien persuadido que á ese precio no era posible fabricarla, ni regular siquiera, se lo hice así presente. Pocos días después llegó un Ayudante conduciendo algunos barriles, para que fueran admitidos en el parque general. Yo me opuse, y fuí á manifestarle al General que no me era posible dar de alta aquella pólvora, porque estaba convencido de su ineficacia, y que al salir más adelante del parque, recaería la responsabilidad sobre mí. Me contestó visiblemente contrariado, que para salvar mi responsabilidad no la diera de alta, sino que solamente la tuviese en almacenes mientras él disponía de ella, pues no tenía donde ponerla. Así se hizo, y días después mandó repartirla á los cuerpos, para que construyesen cartuchos de instrucción.

Como ocurriesen entonces las honras fúnebres del General D. Ignacio Zaragoza, los cuerpos se proveyeron de aquellos cartuchos para hacer las descargas.

Cuando llegó el momento, los cuerpos hicieron fuego, uno después de otro, sin que la comitiva que se hallaba á unos cincuenta pasos del primero, se percibiera de ello. El señor Comonfort, muy molesto preguntaba que por qué no se hacían las descargas, y no podía convencerse de que ya se habían hecho. ¿Qué tal sería la pólvora?

Los aduladores del señor Comonfort dispusieron una función de toros en su obsequio. En los anuncios hicieron litografiar el retrato del General, sobre un festón de flores, que viéndose por el dorso del papel, contra la luz, se leían estas palabras: "Al futuro Presidente de la República". El señor Comonfort me mostró el anuncio pidiéndome mi opinión. Le manifesté con franqueza, que me parecía imprudente semejante manifestación, porque en México causaría mala impresión en el Gobierno cuya suceptibilidad era bien conocida. A esto me contestó

Digitized by Google

con visible desagrado, que él no era responsable de lo que otros hicieran.

Parece que algunos Generales y Jefes superiores habían manifestado al señor Comonfort que la artillería estaba muy mal dotada de metralla, siendo así que debía tener dos terceras partes de proyectiles por una de metralla, y sabían que tenía mucho menos. Esto dió lugar á varias discusiones, que terminaron con el informe que se me ordenó rendir, y es como sigue:

"Ciudadano General en Jefe:

Cuando existía el antiguo material de artillería del sistema de Gribeauval, cuyas baterías no eran (entre nosotros) seguidas por carros de municiones de maniobra. se hubo de introducir la costumbre de dotar á las piezas de artillería con doscientos tiros de bala ó granada, y cien de metralla.

Ninguna disposición superior de que yo tenga conocimiento, había ordenado aquella práctica ni otra disposición posterior la ha derogado; pero la experiencia tiene suficientemente acreditado que se acabarán en una campaña tres ó cuatro dotaciones de proyectiles, antes de consumirse una dotación de metralla. En efecto C. General, no usándose la metralla sino en momentos decisivos, un cañón que dispara tres ó cuatro veces, rechaza al que lo ataca, ó es tomado. La dotación de cien tiros de metralla es pesada, voluminosa, y aumenta considerablemente los parques, siendo innecesaria.

En el sistema actual de artillería, las dotaciones se deriban de la construcción de los carros. Así es que teniendo ó debiendo tener las baterías de División, dos carros de municiones para cada pieza, cada carro con tres cofres, y un cofre en el armón de la pieza, y cada uno con treinta y dos divisiones, resultan doscientos veinticuatro lugares para otros tantos tiros, cantidad suficiente para una batalla por sangrienta y duradera que sea. En las baterías de reserva, cada cañón lleva ó debe llevar tres carros de municiones, cada uno con tres cofres y un cofre la pieza, que hacen la cantidad de diez cofres. En los cañones de á 12 resultan doscientos treinta tiros,

Digitized by Google

y en el de obús de 16c. ciento cincuenta. Los franceses no usan sino dos botes de metralla por cofre. Todas estas razones tuvo presentes esta Comandancia al proveer el Parque General de municiones. En consecuencia, es de sentir que en vez de faltar metralla, van las baterías suficientemente dotadas, pues las piezas de 6R llevan más de $\frac{1}{5}$ de metralla, las de á 12R más de $\frac{1}{7}$ y los obuses de 15c. más de $\frac{1}{4}$, cuya dotación parece excesiva.

La conducción de municiones de Ciudad Victoria, traerá el inconveniente de necesitarse bastante tiempo. Además, no existen en aquellos almacenes botes de metralla de á 12R. La construcción aquí de municiones de piezas rayadas, ofrece dificultades que usted comprende, no así las de obús de 15c.; pero soy de sentir que no son necesarias.

Por lo que respecta á las municiones de infantería, sí sería conveniente que se construyeran en México con conocimiento del número de armas de cada especie con que cuenta la división, á reserva de construir también aquí lo que fuere posible.

Es cuanto tengo el honor de informar al C. General, cumpliendo con el superior decreto de esta fecha.

San Luis Potosí, Septiembre 24 de 1862."

Al llegar á San Luis se previno por la orden general que á cada brigada se le destinase una batería de los calibres que se designaban. Los Generales de las brigadas, dando á esta orden una extensión que no podía tener, exigían que los capitanes fuesen varias veces al día á tomar órdenes, que muchas veces estaban en contradicción con las órdenes del cuerpo, poniendo así en conflicto á los referidos Capitanes, y haciéndoles perder un tiempo que tenían que dedicar al servicio del cuartel. Pretendían también poder disponer de las baterías á la hora que les parecía, sin contar con el Comandante de artillería y sin calcular que la tropa, ganado y material, podían estar empleados en trabajos del arma, que no podrían abandonar.

Yo, como era de mi deber, luché con aquella invasión que haría imposible todo servicio especial del arma, y

Digitized by Google

manifesté al General en Jefe todos los inconvenientes que tal práctica traería consigo; pero él me contestó que nada más natural que los Generales dispusiesen de las baterías cuando lo tuvieran á bien. Manifestéle entonces, que las baterías quedaban agregadas á las brigadas, únicamente para el servicio de armas, y de ningún modo en la parte concerniente al servicio mecánico ni exclusivo de artillería; que si necesitaban las baterías para ejercicios, único servicio que podían mandar, mientras se hallase reunida la División, por la orden general debería prevenirse qué batería ó baterías deberían concurrir, y el Comandante del arma daría cumplimiento, sin dejar descubierto el servicio de la artillería.

Esto dió lugar, entre el General y yo, á varias discusiones, en las que no logré convencerlo; por lo que me ví obligado á dirigirle la comunicación siguiente:

"Ciudadano General en Jefe:

La orden general de fecha 31 de Agosto pasado, que organiza la división en brigadas, detalla para la primera una batería compuesta de 2 cañones de á 12R. y 4 cañones de á 6R, y para la segunda otra batería compuesta de 2 obuses L. de á 15c. y 4 cañones de á 6R. La extensión que los CC. Generales de las brigadas pueden dar á la citada orden respecto á las mencionadas baterías, me obliga á solicitar del C. General en Jefe una aclaración amplia que manifieste hasta donde pueden extenderse las facultades de los CC. Generales de las brigadas con relación á las antedichas baterías. Me mueven á hacer esta consulta los inconvenientes que pueden surgir de las necesidades del servicio de la artillería en los distintos ramos, y las órdenes que los CC. Generales de las brigadas puedan dar para las baterías que les son anexas, cuando éstas no se hallen en disposición de prestar el servicio á que sean llamadas, bien por las reparaciones del material en la maestranza, bien por la reparación de atalajes, ó por la ocupación de la tropa en el servicio, en la elaboración de municiones, ó en los ejercicios facultativos del arma, que son tan variados, difíciles y necesarios.

Digitized by Google

De lo expuesto resultaría que el Comandante General de artillería no podría tener libertad en el ejercicio de sus funciones, que por su naturaleza son tan complicadas, sin verse contrariado á cada momento por las disposiciones de los CC. Generales que estuviesen en oposición con las suyas. De esta suerte no podría disponerse de los carruajes, ganado, ni tropa de las baterías, temeroso el Jefe de ser pedidas por las brigadas respectivas. Del mismo modo no podrían establecerse las academias de Oficiales; y habría dificultades en el manejo económico de la tropa, por aparecer los Capitanes y Oficiales ocupados por los Generales de sus brigadas, á las horas del trabajo en el cuartel, la caja, ó el detall del cuerpo. Resultaría á veces para los Oficiales que quisieran cumplir, el compromiso de desairar á los Jefes de su cuerpo por obedecer las órdenes de los Generales de las brigadas, ó viceversa, lastimándose en ambos casos la disciplina; y para los morosos sería una disculpa constante, para los CC. Generales, por las ocupaciones de su cuartel, y con los Jefes del cuerpo, por los llamados y órdenes de los Generales de las brigadas.

El artículo 20 del Reglamento 6º de artillería dice textualmente: "El Comandante General de artillería podrá relevar ó mudar los Oficiales y demás individuos del cuerpo, de los empleos, en las divisiones, plazas y destacamentos; dispondrá igualmente el reemplazo de piezas, montajes, carruajes, municiones que en las mismas divisiones y sus parques no se hallen en estado de servicio, ó necesiten recomposiciones de consideración, en fin, mudará el ganado de tiro y carga cuando lo juzgue necesario; pero en cuanto pertenezca á aumentar y disminuir las dotaciones de artillería en las divisiones, ó la general del ejército ó las particulares de las plazas, no podrán disponerlo sin preceder el conocimiento y orden *del General en Jefe*, á quien hará presente cuanto comprenda útil y necesario relativamente al mejor servicio y uso de esta arma."

En el "Tratado Téorico-Práctico de Artillería" de Mr. Pisber, se lee en el párrafo 406 del capítulo que tiene

Digitized by Google

por título "Servicio y empleo de la artillería en campaña," lo siguiente: "El Comandante en Jefe de artillería tiene autoridad sobre todas las tropas del arma, y puede cambiar la repartición del personal y del material con la aprobación del General en Jefe del ejército; él da sus órdenes á los Comandantes de artillería de las divisiones y de los cuerpos de ejército y recibe sus partes; la reserva general de artillería y el gran parque, no reciben órdenes más que las suyas." Y más adelante añade: "Cada Comandante de artillería recibe directamente ó por el intermediario del Jefe de Estado Mayor del General ó Comandante de la División *para todo lo que es relativo á las marchas militares;* y él comunica las órdenes que le son dadas por los Oficiales superiores ó Generales de artillería, relativamente al personal ó al material, y dirige regularmente sus partes al Jefe de Estado Mayor de la artillería ó al Director del parque de reserva."

"La Ayuda Memoria para el uso de los Oficiales de artillería," edición de 1861, con el título de "Relaciones de los Oficiales de artillería con los Generales," dice: "Los Oficiales Comandantes de baterías ó subdivisiones, deben estar en relación con los Oficiales generales ó superiores que manden las tropas, y bajo cuyas órdenes estén colocados, para ser informados con tiempo de los movimientos que hayan de ejecutarse, pedir una escolta, obtener alojamientos ó acantonamientos convenientes, conocer anticipadamente las disposiciones del ataque y la defensa y las posiciones que se han de ocupar, el objeto propuesto etc."

Por lo expuesto se viene en conocimiento que mientras no se hallen destacadas las tropas, y el material de artillería en divisiones (ó brigadas) que obren aisladamente, el Comandante General de artillería debe tener expedito el mando, para que sin tropiezo pueda dar y cambiar sus órdenes, según las necesidades del servicio, á fin de arreglar los trabajos de los parques, maestranzas y tropas; para poder ordenar y vigilar la instrucción de éstas, la del ganado de tiro y trenistas, y mantener la

Digitized by Google

de los Oficiales; ordenar los días y las horas de tales y cuales ejercicios y tirar al blanco cuando la instrucción se halle bastante adelantada.

Algunos autores militares son aún más explícitos sobre el servicio de la artillería en campaña, y del modo y la época en que las baterías quedan definitiva, aunque temporalmente, agregadas á las divisiones (ó brigadas); pero la carencia de mis libros me privan de aumentar sus doctrinas á las ya manifestadas en una nota que va siendo por demás difusa.

Ni la pueril vanidad, ni un deseo torpe de oposición, motivan, C General, el contenido de esta comunicación; antes bien, la certidumbre en que me hallo de que puede sufrir atraso el servicio de la Nación, y acarrearme responsabilidades y embarazos, de que no me será fácil salir airoso, son las causas que me han obligado á molestar la atención de usted, á fin de que se sirva resolver hasta qué punto pueden extenderse las facultades de los CC. Generales de las brigadas sobre el material, personal y ganado de las baterías que se les han detallado; y si pueden disponer de ellas en todo ó en parte, sin conocimiento del Comandante General de artillería."

Pasados algunos días sin haber yo recibido contestación, ni haberse dado por entendido el General, una mañana me dijo que se le había extraviado mi comunicación, á lo que yo le contesté que si era de su gusto, se la repetiría. A esto me preguntó que si conservaba yo el borrador, y habiéndole dicho que acostumbraba dejar borrador de todas las comunicaciones importantes, no volvió á hablar del asunto; pero cesaron por fortuna las exigencias de los Generales.

En San Luis se aumentó el personal de la división incorporándose á ella dos batallones del Estado, uno de ellos de Zapadores, que mandaba el Coronel Rocha, y otro ligero. Ingresó también un regimiento de caballería, y se aumentó la artillería con otra batería, cuyo material fué traido de Zacatecas, y se dotó con el personal de Nuevo León.

Digitized by Google

El General Comonfort procuraba que ingresaran Oficiales adictos á su persona á la división, sin que para ello fuera inconveniente que algunos hubiesen servido á la Reacción; pero respecto á perfeccionar la instrucción y disciplina de las tropas, no se preocupaba mucho.

Pronto se divulgó la idea de que los franceses, que manifestaban gran repugnancia para tratar con Juárez, se hallarían dispuestos á hacerlo con Comonfort.

Estas y otras especies llegaban á la Capital con la exageración consiguiente, y producían en el Gobierno el natural desagrado.

Por otra parte, los Jefes y Oficiales que durante la guerra de Reforma militaron en las filas liberales, veían con disgusto el ingreso de los que antes fueron sus enemigos.

Como se ve, los elementos con que se formaba la División del Norte, no eran los más propios para mantener en ella el espíritu militar ni obtener la confianza del Gobierno.

Se acercaba el fin de Septiembre, y el General me anunció la marcha de la División para primero de Octubre, irremisiblemente.

Me esforcé en hacerle presente que para aquella fecha no sería posible completar los elementos de guerra que la División necesitaba, á lo que me contestó que se verificaría la marcha con lo que hubiera, porque era de absoluta necesidad estar en México á principios de Noviembre, fecha en que sería atacada la Capital.

Como esta no era mi opinión, le manifesté que en mi concepto, si eran ciertas las noticias que teníamos respecto de las fortificaciones de Puebla, aun en el concepto de que los franceses se movieran desde luego para atacar aquella plaza, ella opondría tal resistencia, que no les permitiría avanzar sobre la Capital antes del año entrante.

Comonfort insistió en que la resistencia que opondría Puebla sería fácilmente vencida, y que estaba seguro que para Noviembre sería atacado México.

Digitized by Google

Si esto es así, le repliqué, la División, en el estado en que se halla, no podrá pesar mucho en la balanza, para decidir la cuestión. Acaso sería más conveniente permanecer en San Luis perfeccionando la organización é instrucción de las tropas y allegando elementos de guerra, para poder entrar en campaña de una manera respetable, y conservar así estos medios de resistencia, que sin duda se perderían envueltos en la ruina de la Capital.

¿Pero vd. no tiene en nada mi nombre? me respondió con cierto énfasis.

Como á esto no había que contestar, terminó la conversación; y quedó resuelta la marcha de la División.

Deseoso de que ella fuese provista de todo lo necesario, redoblé mis esfuerzos, y ocupé á los talleres de particulares en todo aquello que podían prestarme ayuda.

Por fin, se emprendió la marcha, llevando casi todo el material que poseíamos.

Las tropas iban escalonadas por brigadas, con una jornada de diferencia, y al último marchaba el parque, custodiado por los rifleros de Quiroga.

Aunque mi puesto era al lado del General en Jefe, se me hizo marchar con el parque, sin duda para verse libres de mis *discoladas*.

Cuando llegamos á México, uno de los Capitanes me manifestó que el General de su brigada le debía una cantidad de dinero por más de veinte animales de tiro, de silla, y de los Ayudantes de aquel señor, á quien había suministrado forraje desde que salieron de San Luis; y que no había modo de que le pagara.

Le contesté que aquel no era asunto del servicio, y por consiguiente que yo no tenía que ver con él.

Este y otros abusos de los Generales manifiestan la razón por qué querían disponer á su arbitrio de las baterías.

Con Quiroga ocurrió también un lance desagradable. Tenía yo dada orden al Comandante del parque, que lo era el Teniente Coronel de infantería, Capitán de Artillería D. José G. Ceballos, para que por ningún moti-

Digitized by Google

vo permitiera que subieran á los carros, soldados ni mujeres.

El General Quiroga mandó un soldado cansado para que subiese á un carro, á lo que se opuso naturalmente Ceballos. Quiroga, entonces, furioso, y con pistola en mano, amenazó á Ceballos con dispararle si no consentía que subiera el soldado.

Con Generales semejantes no puede haber orden, ni disciplina, ni nada.

Al bajar la cuesta de Barrientos se incendió un carro de municiones en el que venía una mujer, contra lo expresamente ordenado. Posible es que el siniestro haya sido ocasionado por otra causa, pero también es posible que la mujer ó el carretero fuesen fumando, como lo acostumbran, á pesar de las amonestaciones que se les hacen.

Al acercarse á México la División, fué acantonada en Atzcapotzalco, donde permaneció pocos días, y de allí pasó á Tacubaya.

En el primer punto recibí la comunicación siguiente:

"Ejército del Norte.—Primera División.—General en Jefe.

"Estando destinado por el Supremo Gobierno á prestar sus servicios en esta División el C. Coronel de artillería Francisco Zérega, y correspondiéndole por su clase tomar el mando de la fuerza de su arma, se servirá usted entregarle la Comandancia General de ella, que actualmente se halla á su cargo, quedando usted en la División con el carácter que le corresponde por su empleo.

"Libertad y Reforma. Atzcapotzalco, Octubre 27 de 1862.—I. Comonfort.

"C. Teniente Coronel Manuel Balbontín, Comandante General de artillería."

En consecuencia, quedé nombrado Mayor General de artillería.

A los pocos días de permanecer en Tacubaya, se dispusieron una gran parada y un banquete para obsequiar

Digitized by Google

al Presidente, que acaso no veía con buenos ojos á la División.

Para esto, se gastó un pico regular en hacer bordar estandartes (1) para los escuadrones y semiescuadrones que venían desde Tamaulipas, y en proveer de divisas ó charreteras á los Oficiales. Hago mención de este hecho, porque más adelante se verá que para cosas de verdadera necesidad, se escatimaba el dinero hasta más no poder.

Después de la gran parada se quiso hacer ostentación de la fuerza, y la División hizo su entrada á México, llevando hasta el parque en grandes carros de transporte, y regresando á Tacubaya.

Zérega entró á la cabeza de la artillería, cuya organización, instrucción y conducción no le había costado ningún trabajo. Era muy puesto en razón que aumentándose la fuerza con nuevos cuerpos, como tenía que suceder, y con un material más numeroso, se pusiera á la cabeza un Jefe de mayor graduación que la mía; pero también parecía justo que no se me quitara el mérito que había contraido instruyendo á los Oficiales y tropa de Tamaulipas, arreglando el parque, y conduciendo con tantos afanes todo el material por caminos impracticables.

Acaso esta queja mía sería infundada en otro país, donde todas las tropas dependen del Gobierno General y tienen una misma organización; mas no en el nuestro, en donde en tiempos anormales se levantan por donde quiera tropas mal organizadas, sin instrucción ni disciplina; y nada más natural que quien emprende un trabajo asiduo y espontáneo en ponerlas en el mejor estado posible de utilidad, tenga siquiera la recompensa de que su trabajo lo conozcan y estimen sus conciudadanos.

La eterogeneidad de los elementos de que se componía la División, comenzó á dar sus amargos frutos. Una noche se fugó un escuadrón que estaba en Mixcoac, ó

(1) Es probable que se encargara su hechura desde San Luis.

Digitized by Google

en Coyoacán, al mando de un Jefe reaccionario, (1) y se fué á incorporar al enemigo, sin haberlo podido estorbar. Otra noche ensillaron y se salieron del cuartel, en gran desorden, muchos de los soldados del Regimiento de San Luis; por cuya causa dispuso el Gobierno que el Coronel D. Francisco Aguirre, que lo mandaba, regresara al Estado con el resto del cuerpo.

Estos acontecimientos influyeron sin duda para determinar que la División se acuartelara en la Capital, lo cual se verificó.

La mala voluntad que D. Ignacio Comonfort tenía á la División de artillería de Tamaulipas, cuyo mando se había dado al Jefe de División D. Juan E. Guerra, hizo que se le diera un malísimo alojamiento. Sin consultar el bien del servicio ni la conservación del ganado y material, ya que no de la tropa, se le dió por cuartel un corral de Santiago Tlaltelolco, sin techos donde se guarecieran el personal ni el material, ni macheros donde comiese el ganado. No parecía sino que había el designio de destruir la División.

De nada sirvió que yo manifestase los males que podrían sobrevenir de que permaneciese allí, y que lamentase que el cuerpo más insignificante estuviese mejor alojado que la artillería. Se me contestó, poco más ó menos, que no merecía otra cosa; y yo tuve que resignarme á ver malogrado para la Nación el fruto de mis afanes y trabajos.

El resultado de semejante imprudencia fué que, resentidos los Tamaulipecos del desprecio con que se les trataba, se vengaron desertando. En pocos días, Oficiales y soldados, casi en su totalidad, habían desaparecido volviendo á sus hogares.

Para reorganizar la División, se tomaron algunos Oficiales y soldados de la División de Mina y otros soldados del ejército.

Así se creía poder reemplazar Oficiales y tropa ins-

(1) El Comandante Pineda, de quien he hablado en el cuaderno anterior.

Digitized by Google

truidos, aguerridos y conocedores del material que servían; y esto precisamente en el momento de salir á campaña. ¡Cuánto sufrió mi ánimo al ver que se desperdiciaban buenos elementos, que yo con tesón había formado, aprovechando las distintas épocas que permanecí en Tampico!

Sin embargo, los Oficiales y soldados de la División, al regresar á Tamaulipas, formaron de nuevo el cuerpo, y poco tiempo después se incorporaron al cuerpo de ejército del Centro, con la División que mandaba el General D. Juan José de la Garza.

Lo que hasta entonces se había denominado "Primera División del Ejército del Norte," tomó el título de *Cuerpo de Ejército del Centro.*

Con los cuerpos que se le habían incorporado, se formaron dos divisiones de infantería, á las órdenes de los Generales Rosas Landa y Frías, y una división de Caballería que mandaba el General Sotomayor. La artillería se componía de tres baterías, dos de ellas rayadas, del sistema de James, que eran las únicas rayadas con que contaba el ejército.

Organizadas así las fuerzas, se pusieron en marcha sobre Puebla, en el mes de Febrero de 1863, haciendo alto en San Martín Texmelucan, donde quedaron en observación.

Cuando avanzó el ejército francés, á mediados de Marzo, para atacar á aquella ciudad, el Cuerpo del Ejército del Centro, cuya fuerza ascendería á unos cinco mil hombres, se adelantó á la hacienda de San Bartolo, prolongando su frente hasta Huejotzingo; estableció destacamentos en Xoxtla, Ríoprieto, Cháhuac y Ocotlán, con avanzadas en las Lomas de la Uranga; de modo que sus centinelas vigilaban sin cesar el campo enemigo.

Desde luego tuvo lugar una escaramuza que sostuvo una parte del batallón de Nuevo León, en las inmediaciones del Puente de México.

Fuerzas irregulares que mandaban Carbajal, Quesada y Aureliano Rivera, situadas sobre el camino de Tlaxcala, operaban por las márgenes del río Atoyac.

Digitized by Google

Con frecuencia ocupaban el cerro de la Cruz y sostenían tiroteos con los franceses ó con sus aliados.

El General Horán logró salir una noche de Puebla con la caballería, y operaba también por el lado de Tlaxcala.

Otro hecho de armas más serio que el anterior tuvo lugar cerca de Cholula, entre los cazadores de Africa y los lanceros y rifleros de Nuevo León, en el que llevamos la peor parte, teniendo bastantes muertos y heridos, entre estos últimos el Coronel Gorostieta, que cayó prisionero.

Después de esta acción no volvió á haber hostilidades por nuestra parte; y apenas si eran molestados los franceses cuando invadían la zona que ocupaban nuestras líneas.

Las haciendas y molinos de las inmediaciones de Puebla se hallaban llenos de trigo y de harina que sirvieron perfectamente al enemigo.

El General D. Miguel María Echegaray, que acababa de incorporarse al cuerpo de ejército, y que fungía en aquellos días de Cuartel Maestre, propuso al señor Comonfort que hiciese retirar ó destruir aquellas provisiones, obligando igualmente á los hacendados á recoger el ganado é internarlo; pero el General en Jefe no se atrevió á tomar providencias tan enérgicas que hubieran causado la ruina, decía, de su ciudad natal.

Cuando los franceses hubieron consumido las provisiones de los lugares cercanos á su campo, comenzaron á hacer expediciones más lejanas, ya con objeto de tener superabundantemente abastecidos sus almacenes, ó bien para privar á nuestro ejército de los recursos inmediatos.

De aquellas expediciones, dos fueron las más notables por su audacia, á saber: la de Atlixco y la de Matamoros Izúcar.

Nuestras tropas se contentaron con hostilizarlos débilmente cuando se retiraban con sus carros cargados.

Para batir á la expedición de Matamoros, fué nombra-

Digitized by Google

do el General Echegaray, que salió con sus tropas á la media noche, de la hacienda de San Bartolo.

Al principio se manifestó muy entusiasmado porque se le presentaba una oportunidad de batir á los franceses; pero en el momento de partir me mostró su desaliento, á consecuencia de una orden por escrito que acababa de recibir del General en Jefe, ordenándole que por ningún motivo empeñase ningún hecho de armas, hasta que llegase el mencionado General.

Por supuesto que el señor Comonfort llegó á la posición que ocupaba el General Echegaray cuando el enemigo había emprendido su retirada. Como cosa igual sucedió cuando la expedición de Atlixco, se susurraba que aquel señor no quería molestar á los franceses. Sin embargo, era menester hacer algo, y ordenó una carga de caballería al Coronel García de León con sus lanceros, que fueron derrotados por los cazadores de Africa.

El General Pueblita recibió también orden de cargar con sus *chinacos;* pero él rehusó obedecer, diciendo *que no daba dado;* por cuya causa fué separado del Cuerpo de Ejército.

Entre tanto, se iban incorporando nuevas fuerzas. El General D. Plácido Vega llegó conduciendo una división compuesta de las brigadas de Sinaloa y Oaxaca, y el Estado de Guanajuato mandó una batería á las órdenes del Capitán 1º D. José de Jesús Arce.

En el personal también se verificaron varios cambios: El General de División D. José María Yáñez, que llegó de México, fué nombrado Cuartel Maestre; el General Echegaray tomó el mando de la primera División, y el General Rosas Landa tomó el del campo fortificado del Puente de Texmelucan.

El total de fuerzas, con la llegada de las nuevas tropas, ascendería poco más ó menos, á unos ocho mil hombres

Mientras tenían lugar los acontecimientos descritos, en el Ejército del Centro, el sitio de Puebla se iba estrechando más y más, á pesar del contínuo fracaso que sufrían los franceses en sus ataques.

Digitized by Google

Las personas allegadas al General en Jefe, trataban de dar poca importancia á lo que pasaba en Puebla, achacando el mal éxito de los franceses, á que no habían dado un ataque formal, y sólo habían empeñado á los zuavos que eran una especie de *chinacos;* que de un día á otro darían un ataque general en el que emplearían la tropa de línea, y entonces Puebla sería tomada.

A pesar de todo, ya se cumplían dos meses del sitio, y la plaza resistía con grande admiración de D. Ignacio Comonfort, que siempre creyó que bastarían dos días ó tres, á lo más, para que los franceses la ocuparan.

El haber yo sostenido contraria opinión antes de comenzar las operaciones, parece que lo hubo de disgustar; pero yo estaba obligado á sostener lo que mi conciencia me dictaba, y no podía yo callar y autorizar con mi silencio opiniones erróneas que podían redundar en perjuicio de la Nación.

Esta inflexibilidad de mi carácter hizo decir á Comonfort que yo nunca sería nada; y tenía sobrada razón, porque el camino del medro, en la época en que me ha tocado vivir, es el prestar servicios personales y agradar á los que tienen el poder, pues los servicios al país no tienen ningún valor.

Como las municiones de boca y guerra que había en la ciudad de Puebla tocaban á su fin, el General González Ortega previó que si no abandonaba prontantamente la plaza, rompiendo el sitio, se vería reducido á rendirse.

En consecuencia, escribió á Comonfort que le ayudase con sus tropas, para poder realizar su proyecto.

Al estado á que las cosas habían llegado, el plan propuesto por González Ortega era el único razonable que se podía adoptar, aun cuando sólo se pudiera salvar la tercera parte de la guarnición y alguna artillería. Estas fuerzas unidas al Cuerpo de Ejército del Centro y á la guarnición de México, harían un total muy superior al que componía la guarnición de Puebla al principio del sitio, y por lo tanto, no podría avanzar el ejército francés sobre la Capital antes de recibir refuerzos.

Digitized by Google

Pero si tal proyecto se llegaba á realizar, el General González Ortega aparecería lleno de gloria, y nada más natural que se le encomendara la defensa de México.

El caso es que D Ignacio Comonfort no se atrevió á obrar en el sentido que lo invitaba González Ortega, sin consultar con el Gobierno.

Este tomó la resolución más disparatada que puede imaginarse.

Previno á González Ortega que se sostuviese en Puebla hasta sucumbir allí, para lo cual se le enviaba un convoy de víveres y municiones; y á Comonfort se le ordenó que introdujese el convoy á la ciudad.

Se componía este de unos quince ó veinte carros del trasporte de trescientas arrobas, y de varios atajos de mulas, conduciendo maíz, trigo, frijol, garbanzo, cecina, proyectiles y pólvora.

La gran dificultad consistía en forzar las líneas de los franceses con tropas compuestas de reclutas en gran parte, para introducir un convoy tan bromoso, y volver á salir para no aumentar el consumo con gente y animales.

Pero suponiendo que el resultado fuese favorable, lo más que se podría conseguir sería que la plaza resistiera ocho ó diez días más, para quedar en seguida en la misma situación angustiosa en que se hallaba, pues el convoy no era tan cuantioso, para salvar la situación de una población de sesenta mil habitantes y cerca de catorce mil soldados, donde se habían agotado los mantenimientos.

¿Y para conseguir un resultado insignificante, y que tan poco contribuía á la defensa nacional, se lanzaba al Ejército del Centro á una ruina más que probable, y se precipitaba la pérdida de la guarnición de Puebla?

Estas disposiciones del Gobierno me tenían á mí aturdido, no pudiendo imaginarme que se le pudieran ocultar las anteriores reflexiones.

Cuando pasados los acontecimientos pude meditar sobre ellos con calma, y después que han pasado tantos años, y que la mayor parte de los actores que figuran en esta relación no existen, he llegado á formular una con-

Digitized by Google

clusión terrible, pero que es mi sincera convicción, y que creo de conciencia consignar á la posteridad:

El Gobierno estaba celoso de González Ortega y de Comonfort. No temía que los franceses derrotaran á nuestras tropas, sino que uno ú otro de aquellos Generales obtuviera un triunfo que lo hiciera admirar del pueblo y lo presentara como próximo candidato á la Presidencia.

Es evidente que si González Ortega, después de haber defendido la plaza de Puebla más de dos meses, la abandonaba por falta de víveres y municiones, salvando una parte de la guarnición, su gloria hubiera resonado de un cabo al otro de la República, y la opinión lo hubiera designado para hacer la defensa de la Capital.

Si llegado el caso, la defensa de México se hiciera con el lucimiento de la de Puebla, la popularidad de González Ortega sería inmensa; y como era Presidente de la Suprema Corte, resultaba un rival poderoso para Juárez.

Había otro peligro: el Gobierno tenía necesidad de abandonar á México, si no quería ser prisionero de los franceses en caso desgraciado; y dejar la Capital en poder de un hombre mandando fuerzas numerosas y lleno de prestigio, hubiera sido peor que verla en poder del enemigo.

La conducta que observó el Gobierno en distintas ocasiones, que acaso tendré oportunidad de narrar, me confirma en estas apreciaciones, que á primera vista parecerán temerarias, atendida la inmensa, aunque acaso inmerecida popularidad que gozan los hombres á que me refiero.

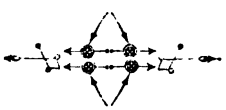
El General Comonfort comprendió seguramente lo peligroso de la aventura que se le confiaba, é hizo todas las observaciones que creyó necesarias; pero el Gobierno estaba decidido á llevar á cabo su temerario proyecto, y para realizarlo, se presentaron en el campo el Presidente y el Ministro de la Guerra, á fin de empujar á Comonfort al abismo donde había de hundirse el poco

Digitized by Google

prestigio que le quedaba. Otro, hubiera renunciado el mando; pero él creyó conveniente no hacerlo así.

Quedó, pues, resuelto el avance del Cuerpo de Ejército hacia Puebla, acompañado del señor Ministro de la Guerra, que no lo abandonaría hasta Santa Inés Zacatelco.

En otro cuaderno que lleva por título "Combate de San Lorenzo" se hallarán descritos los acontecimientos que tuvieron lugar, hasta la retirada á México del Cuerpo de Ejército del Centro.



Digitized by Google

Digitized by Google

NOTAS.

I.

La circunstancia de haberse escrito estos apuntes de prisa, en ratos perdidos, ha sido causa de que omitiera consignar en ellos en el lugar correspondiente, ciertos detalles interesantes que servirán para que aquel que llegare á leerlos, se pueda formar un juicio exacto del estado en que se hallaba el Cuerpo de Ejército del Centro.

En la página 345 llamo la atención sobre ciertos gastos innecesarios que se hicieron en Tacubaya con motivo de una gran parada, y ofrecí contar cómo para cosas de verdadera necesidad se escatimaba el dinero.

El General Zérega, estando las tropas en San Bartolo, como quien dice, al frente del enemigo, formó una relación de efectos de artillería que eran necesarios para el servicio de las baterías, cuya adquisición entiendo que no llegaba á quinientos pesos. El General en Jefe se manifestó muy disgustado por *las exigencias de los artilleros*, y se expresó diciendo que en tiempos como los que atravesábamos, se debía suplir lo que faltara como se pudiera, *con mecates y petates*. Al fin, hizo las supresiones que creyó oportunas, y se envió á México un Oficial para adquirir lo que absolutamente no pudo rehusar.

Como el parque general estaba formado con grandes y pesados carros del porte de trescientas arrobas, no era posible que siguieran á tropas que expedicionaran á la ligera, y por lo mismo, se hacía indispensable dotar á las brigadas de carros ligeros. Al efecto, se consiguieron algunos carros de varas, de dos ruedas; pero era necesario proveerlos de toldos, para preservar las municiones de la intemperie. El General Zérega pretendía, como era natural, que los toldos se construyeran de lona embreada ó pintada, que siendo de poco peso podrían prolongarse lo suficiente por la parte anterior y posterior de los carros, á fin de cubrirlos de la lluvia aunque esta viniese inclinada. Al General en Jefe

Digitized by Google

le pareció que no debía hacerse el gasto, y dispuso que se destinaran para el caso las pieles de las reses que se mataban para la tropa. Estas pieles frescas pesaban demasiado, y como se necesitaban lo menos cuatro ó cinco para cada toldo, resultaban estos excesivamente pesados. Además, no podían sobresalir como los de lona, porque para esto hubieran exigido un armazón en extremo bromoso y pesado. En consecuencia, los tales toldos no llenaban su objeto, pues no preservaban las municiones ni del sol ni del agua. Después, con el calor se fueron arrugando, y despedían un olor detestable.

Un día que fuimos el General Zérega y yo á Huejotzingo, con ánimo de pasar una visita á la artillería que allí se encontraba, notamos al entrar á la población, que cerraba la calle por donde íbamos una especie de espaldón. Discutiendo sobre el móvil que había determinado semejante construcción, llegamos á ella, y hallamos que se había intentado formar un parapeto. Tenía su foso y su masa de tierra correspondiente revestida con adoves; pero ni el foso tenía escarpas, ni el parapeto taludes ni declive; de suerte que los soldados no podían tirar sino horizontalmente, y el parapeto tendría que venir abajo con la más pequeña presión que sufriera. Criticando semejante construcción, penetramos en el pueblo, y vimos que en todas las calles había cortaduras por el mismo modelo. El General que mandaba la brigada había manifestado que no necesitaba de Ingenieros; y él mismo las había dirigido. Es verdad que noches después, á consecuencia de una ligera llovizna, vino á abajo el revestimiento de uno de aquellos parapetos, lastimando á los soldados que dormían al pié.

Tuvimos otro motivo de disgusto, y fué que el señor General hizo descargar los carros de municiones, las que depositó en un *jacal* con objeto de mandar aquellos á traer forraje para la caballería; de suerte que si en aquellos momentos tenía que moverse violentamente la brigada, ó no lo podía ejecutar, ó lo haría perdiendo las municiones.

Parecerá increible lo que acabo de narrar, pero hay que tener presente que el señor Juárez improvisaba de Generales á sus amigos, de los que había algunos en el Cuerpo de Ejército del Centro, entre ellos el señor Dr. D. José María Mata, que mandaba la brigada referida, y que por fortuna fué enviado pocos días después al puente de Texmelucan.

¡Con semejante organización, con semejante ejército, habíamos de derrotar á los franceses!

II.

Pocos días antes de que el Cuerpo de Ejército del Centro emprendiera el movimiento de avance para introducir el convoy á Puebla, se dispuso una demostración por la derecha del río Atoyac.

A medio día, después de haber tomado la tropa su rancho, se puso en marcha por el camino real. Cerca de las cinco de la tarde, el Cuerpo de Ejército llegó á las Lomas de la Uranga, á la vista del campo francés.

Digitized by Google

La columna única que lo formaba desplegó en batalla á su frente, formando dos líneas: la primera con la infantería, con una batería en cada ala, y la segunda con la caballería. Los puestos avanzados y los centinelas que existían por la margen del río, conservaron su posición.

Desde luego se notó gran movimiento en el enemigo, que creyó sin duda que se trataba de atacarlo; y como á la espalda de nuestras líneas se elevaban las lomas de Ocotlán, no dejaría de pensar que detrás de ellas ocultábamos reservas numerosas.

Si en lugar de ser las cinco de la tarde, hubieran sido las diez de la mañana, por ejemplo, los franceses, al ver que pasaba el tiempo sin que los atacáramos, después de asegurar su línea de contrabalación sobre Puebla, sin duda hubieran tomado la iniciativa.

Cerca de anochecer se formó en columnas paralelas por batallones y por escuadrones. Después se verificó la contramarcha, y las líneas marcharon en retirada hasta las lomas de Ocotlán, donde se hizo alto y se volvió á dar el frente á vanguardia. En esto ya era de noche, y la infantería verificó una marcha de flanco por la derecha, entrando los batallones progresivamente al camino real. Cuando fué rebasada la caballería, esta verificó á su vez el mismo movimiento, cerrando la retaguardia de la columna.

Toda la operación la mandó el General Echegaray, y las tropas verificaron los movimientos con orden y exactitud.

Estas demostraciones, repetidas por distintos lugares y á diferentes horas, sin comprometer nada serio, y destacamentos nombrados diariamente para hostilizar por las noches el campamento francés, hubiera sido muy fructuoso para alentar á la guarnición de Puebla y causar á los franceses fatigas y pérdidas. Desgraciadamente nada de esto se hizo, y el Cuerpo de Ejército del Centro permaneció en la mayor inacción.

En San Bartolo se intentó una línea de fortificación de trinchera con algunos salientes en relieve para la artillería; pero se trabajó con tanto desgano, que cuando abandonamos aquel campamento, la fortificación aun no estaba en estado de prestar ningún servicio positivo.

Digitized by Google

Digitized by Google

COMBATE

—DE—

SAN LORENZO.

1863.

Digitized by Google

Digitized by Google

COMBATE DE SAN LORENZO.

MAYO 8 DE 1863.

A principios del mes de Mayo de 1863, el llamado "Cuerpo de Ejército del Centro," que mandaba el C. General Ignacio Comonfort, se hallaba acantonado en el valle de Texmelucan, en ademán de defender los caminos que conducen de Puebla á México, y observando también al ejército francés que sitiaba á Puebla.

La fuerza tota' de las tropas que entonces componían el Cuerpo de Ejército ascendía á lo más á unos ocho mil hombres, de gente colecticia y levantada la mayor parte en la ocasión. Componíase el personal de los Jefes y Oficiales de elementos heterogéneos, trabajado por opuestos intereses y opiniones. Sin tener confianza en la suficiencia del General, ni en varios de los Jefes superiores, el entusiasmo era ficticio y la moral débil.

Diferentes causas habían contribuido para producir consecuencias tan fatales en la organización del "Cuerpo de Ejército;" pero su investigación nos conduciría, sin remedio, al laberinto de la política y de las intrigas

Digitized by Google

de Palacio, circunstancias que harían este trabajo muy laborioso, distrayéndonos del objeto que nos hemos propuesto, que es pura y simplemente la relación del combate que tan funestos resultados ha dado para la causa nacional.

Ocupaban las tropas una extensa línea, cuya izquierda se apoyaba en la hacienda de San Bartolo, y la derecha en el pueblo de Huejotzingo, con grandes guardias de caballería que cubrían su frente, situadas en Ocotlán. Ríoprieto, y Cháhuac, sin contar los muchos puestos avanzados y piquetes que se hallaban á la vista y casi á tiro de fusil del enemigo.

El General O' Horan, con la caballería de su mando, que logró sacar de Puebla, ocupaba el lado de Tlaxcala, y las tropas de Carbajal, Quesada y Aureliano Rivera, se extendían por las márgenes del río Atoyac, y con frecuencia ocupaban el cerro de la Cruz, donde se tiroteaban con los franceses ó con los traidores.

No nos ocuparemos de lo que hizo, ó más bien de lo que dejó de hacer el "Cuerpo de Ejército del Centro" en los tres meses que permaneció en las inmediaciones de Puebla. Solamente comenzaremos nuestra relación desde el primero de Mayo, día en que el Presidente de la República C. Benito Juárez, acompañado del Ministro de la guerra C. Miguel Blanco, se presentó en el Cuartel General y ordenó las operaciones que comenzaron á desarollarse inmediatamente.

El día tres comenzó á operarse un movimiento de flanco por la izquierda de la línea, que duró todo aquel día y los dos siguientes, dando por resultado que la columna de viaje describiera una gran curva para ocupar el pueblecito de San Lorenzo, operación que se hubiera verificado en algunas horas, siguiendo el camino directo que va á Puebla, y haciendo la marcha de noche si se quería ocultar.

El enemigo, además de tener buenos espías, podía distinguir el polvo que alzaban nuestras columnas, desde su Cuartel General, situado en el cerro de San Juan. Tu-

Digitized by Google

vo, pues, tiempo de sobra para conocer nuestras intenciones y oponerse á ellas.

Se trataba, nada menos, que de forzar la línea de circumbalación del ejército francés, que se apoyaba en buenos obstáculos naturales y en algunas obras de defensa, con objeto de introducir á Puebla un convoy de víveres y municiones, trasportado á lomo de mulas y en grandes carrros del comercio, de los que cargan trescientas arrobas, que deberían pasar por un terreno quebrado y en el que se habían construido para el caso algunos puentes provisionales que el enemigo había tenido buen cuidado de destruir.

En el caso remoto é improbable de que el convoy hubiera penetrado en la ciudad sitiada, la resistencia se podría haber prolongado algunos días más.

Para alcanzar tan dudosos y exiguos resultados, se exponía al Cuerpo de Ejército á una derrota segura, cuando apenas quedaba alguna fuerza para la defensa de la Capital.

Al mismo tiempo se prevenía que la guarnición de Puebla no evacuara la ciudad, como lo pretendía González Ortega, privando así á la Nación de algunos miles de hombres, que se habrían podido salvar con su armamento y alguna artillería, con cuyos elementos, unidos al "Cuerpo de Ejército," México habría presentado un aspecto importante, y los franceses se hubiesen visto obligados á permanecer en Puebla en espera de nuevos refuerzos, y en espectativa de que pasara la estación de las aguas, que ya comenzaba

México, entre tanto, proseguiría su armamento, y llegado el invierno, presentaría un aspecto respetable; ¡pero el destino lo ordenó de otro modo!

El día tres pernoctó el cuerpo de Ejército en Nativitas, á cuyo pueblo llegó tarde, porque siguiendo un camino de travesía que no se tuvo cuidado de componer, la artillería y los carros encontraban obstáculos que costaba tiempo y trabajo allanar.

El día cuatro se hizo la jornada á Santa Inés Zacatel-

Digitized by Google

co y se trabajó bastante en sacar los carruajes de algunos tramos pantanosos, que no se cegaron previamente.

El día cinco se avanzó rumbo á Puebla por el camino de Tlaxcala, y se ocupó el pueblito de San Lorenzo, que está situado en una especie de frontón, en la orilla derecha del río Atoyac, con la primera división: dos mil y pico de hombres al mando del General D. Miguel María Echegaray.

El centro de la línea, al lado izquierdo del río, lo formó la segunda división: menos de dos mil hombres, á las órdenes del General D. Angel Frías. Por último, la izquierda la formó la tercera división: dos mil hombres próximamente, al mando del General D. Plácido Vega, que ocupó un cerro que proporcionaba una buena defensa.

Mientras tanto, el General O' Horan, con la caballería, trataba de penetrar por la extrema izquierda, hasta el pueblo San Pablo del Monte, lugar desde donde debía ponerse en comunicación con los de Puebla para introducir el convoy; mas como el enemigo estaba apercibido, el General encontró los puentes destruidos, y á los franceses ocupando una buena posición con infantería y caballería, en el paso de Barranca Honda, que defendieron á todo trance.

Sin embargo, O' Horan cumplió con las órdenes que tenía, y trató de forzar el paso, aun cuando la caballería no fuese una arma muy á propósito para semejante operación. Esto dió por resultado un combate sangriento en que solamente los escuadrones de Durango tuvieron más de setenta hombres de baja. Rechazado este ataque en la tarde, el General O' Horan se replegó detrás de las líneas, las cuales permanecieron en sus posiciones tranquilamente.

Nos resta sólo, para cerrar los acontecimientos de este día, mencionar dos hechos. El primero fué la llegada del C. General D. Juan José de la Garza, con cerca de mil hombres del Estado de Tamaulipas, cuya fuerza formó la cuarta división del Cuerpo de Ejército, y tomó posición en las alturas de Ocotlán, célebres ya por la bata-

Digitized by Google

lla que tuvo allí lugar el 8 de Marzo de 1856. Situada así la cuarta división, tomaba de flanco al enemigo que atacase á San Lorenzo.

El segundo hecho fué la determinación del General Cuartel Maestre C. José María Yáñez, de trasladar el parque general del ejército, del lugar donde se hallaba, que era detrás de la casa llamada de los Envenenados, (1) donde quedaba á retaguardia del centro de la línea, cubierto por una arboleda y protegido por acequias, al campamento de la segunda división, donde también aparcaba el convoy que debería entrar á Puebla, *B*. De esta suerte el parque pasaba *á la primera línea*, expuesto á la vista y al fuego del enemigo.

Por reclamación del Comandante General de artillería C. General Francisco Zérega, á quien dió parte de lo ocurrido el Mayor General del arma, el C. General en Jefe dispuso que el parque volviese al campo que antes ocupaba, lo que se verificó al anochecer.

Para comprender todo lo que llevamos expuesto, consúltese el croquis número 1.

El día seis de Mayo dispuso el General en Jefe hacer un reconocimiento sobre el cerro de la Cruz, y al efecto se pusieron las divisiones en movimiento.

El General Garza, que apoyaba la derecha de la línea, avanzó desde Ocotlán hasta las lomas de la Uranga, tomando de enfilada el cerro de la Cruz, y observando á Cholula que ocupaba el enemigo. Echegaray destacó dos batallones que desalojaron á una fuerza que defendía el paso del río, y colocó una batería de cuatro cañones rayados que jugaron con buen éxito sobre la posición enemiga.

La segunda división avanzó un poco por la llanura, acercándose á la Barranca Honda que la atraviesa.

La tercera división, maniobrando por la izquierda, se acercó á la falda del cerro de la Cruz.

---

(1) Véase el croquis número 1 letra *A*.

Digitized by Google

Aureliano Rivera atacó por el centro de la posición enemiga; pero tuvo que retirarse, después de haber recibido un golpe contuso en la cabeza.

El Coronel Quiroga, que sostenía este ataque, se hallaba formado al pie del cerro con los rifleros de Nuevo León.

Es de creerse que si el General en Jefe, en vez de hacer esta diversión, se hubiera decidido á atacar formalmente el cerro, haciendo jugar sobre él todas nuestras baterías, hubiera podido ocuparlo, porque estaba débilmente guarnecido. El día anterior el éxito hubiera sido seguro, si en vez de detenerse en San Lorenzo hubiese marchado directamente al cerro de la Cruz, que estaba ocupado solamente por una fuerza de observación.

El enemigo, que conoció el peligro cuando vió desplegarse todas nuestras fuerzas, reforzó el punto convenientemente; y en la tarde, con nuevas tropas, situó una batería de piezas rayadas de largo alcance y comenzó á hacer un fuego vivo y certero sobre nuestras líneas, sin duda con el objeto de probar la solidez de nuestros soldados.

Las líneas se mantuvieron firmes, sin titubear, á pesar de que los proyectiles estallaban continuamente entre ellas.

A la caída de la tarde, las tropas se retiraron á las mismas posiciones que ocupaban en la mañana, con muy pocas pérdidas

Este día la tropa se manejó muy bien, y creo indudable que un ataque formal, aun cuando hubiera sido rechazado, habría causado grandes pérdidas al enemigo, objeto de importancia en una guerra defensiva, porque nuestros fuegos podían concentrarse de un modo formidable sobre la posición de la Cruz.

Es fácil comprender, mirando el croquis 2º y examinando las posiciones que ocupaban las cuatro divisiones, la superioridad de nuestros fuegos sobre los del enemigo, que no podía extender su línea, y cuya espalda podía batir el General Garza con su artillería; mas

Digitized by Google

todo se redujo á una escaramuza de avanzadas y un cañoneo en que no jugaron por nuestra parte más que las cuatro piezas rayadas de la división Echegaray.

El enemigo comprendió, sin embargo, que nuestra permanencia en aquel campo era peligrosa para él, porque alentaba á los defensores de Puebla que veían nuestros fuegos desde el fuerte de Guadalupe; porque nuestros soldados se acostumbraban á ver día á día á los franceses y se medían con ellos en frecuentes escaramuzas; y en fin, porque fortificándonos y recibiendo continuos refuerzos, podría suceder muy bien que no fuera cosa fácil lanzarnos de allí algunos días más tarde, viniendo á ser la crisis de Puebla de éxito dudoso.

Tengo, pues, entendido que todo el tiempo que permaneció en San Lorenzo y sus inmediaciones el Cuerpo de Ejército del Centro duró la crisis más terrible porque pasó el ejército francés delante de Puebla.

Si nuestros soldados hubieran sido dirigidos por un General hábil, muchos daños hubieran sufrido los sitiadores.

Resolvió, pues, el General Forey atacar nuestro campo, cosa que no debió parecerle muy sencilla, si atendemos á las circunstancias en que lo verificó, las cuales hacen sospechar que entre nosotros había traidores que ayudaron al viejo General á combinar un plan de ataque.

Durante la noche, la primera división continuó trabajando en una trinchera con algunos salientes en relieve para la artillería. Este trabajo se había comenzado la víspera, y tenía por objeto rodear con él el pueblecito de San Lorenzo.

El enemigo, por su parte, abrió también una línea de trinchera con redientes en la falda del cerro de la Cruz, cuyo trabajo casi había terminado al amanecer.

A pesar de lo que había ordenado la víspera el General en Jefe, el Cuartel Maestre insistió en que el parque cambiase de campo; y si bien no lo hizo situar donde aparcaba el convoy, sí lo avanzó hasta la orilla del río,

Digitized by Google

cerca del vado que va á San Lorenzo, en un ribazo rodeado de peñascos con difíciles salidas. (1)

El día siete se pasó en espectativa, arreglando probablemente en ambos campos, el ataque del día inmediato.

Las obras de defensa siguieron por nuestra parte con mucha flojedad, á pesar de que en los espíritus había cierto presentimiento de que el siguiente día ocurriría algo extraordinario.

Algunas órdenes emanadas de la oficina del Cuartel Maestre dieron lugar á murmuraciones y á un disgusto profundo.

El General Garza, que seguía ocupando Ocotlán, había sido reforzado con una brigada que llegó de San Luis Potosí á las órdenes del General Escandón; de suerte que contaba con cerca de dos mil hombres y una batería. Estas fuerzas, situadas en Ocotlán, cubrían perfectamente la derecha de San Lorenzo, cuya posición no era posible atacar sin exponer el flanco izquierdo y aun la espalda del que lo hiciera.

No sé con que motivo se ordenó á esta división que abandonara á Ocotlán y se replegara á los pueblecitos Ríoprieto y Xoxtla, cerca de una legua distantes de San Lorenzo.

Así retirada esta división, no podía prestar un apoyo inmediato y eficaz á la primera, que con sus dos mil y pico de hombres, y sus ocho cañones, quedaba hasta cierto punto aislada, con su flanco derecho descubierto, y separada de las otras divisiones por el río Atoyac, que solamente ofrece en aquel punto un vado muy molesto, por la rapidez de la corriente, la profundidad, y los peñascos que lo obstruyen.

Es evidente que en el caso de recibir un ataque brusco la primera división, no podía ser auxiliada. La cuarta necesitaba cerca de dos horas para armarse, formar y vencer la distancia que la separaba de ella. La segunda no podía abandonar el centro de la línea que formaba cubriendo la llanura; y en caso de verificarlo, tenía

(1) Vease la lámina 1.ª letra C.

Digitized by Google

que atravesar el vado, pasando sus soldados, uno á uno, con el fusil y la cartuchera en alto; formar en la orilla opuesta las compañías, según fueran llegando, y subir por un barranco á San Lorenzo para dejar lugar á otra, porque el sitio era muy estrecho.

Puede verse por lo expuesto, que el socorro que podía prestar la segunda división no sería de mucha importancia.

La tercera división, formada con las brigadas de Oaxaca y Sinaloa, se componía indudablemente de las mejores tropas, y su jefe, el General Vega, gozaba de gran reputación de valor entre sus soldados.

Esta división recibió igualmente orden de retirarse de la línea, y fué á pernoctar al pueblito de Santo Toribio, cerca de una legua á retaguardia. Como se ve, no podría entrar en línea si fuese necesario, antes de dos horas, y menos auxiliar á la primera. Al General O' Horan se le ordenó retirarse á Santa Inés Zacatelco, cosa de dos leguas, con la brigada de caballería que mandaba, *con el pretexto de que se hallaba muy fatigada.*

Quedaban solamente en línea las divisiones primera y segunda, separadas por un río sin puente, sin poderse prestar un auxilio rápido y eficaz.

Quiroga con sus rifleros, quedó situado á la derecha y á retaguardia de San Lorenzo, en el llano que se extiende entre este pueblo y Ocotlán.

La primera división se componía de tropas de regular calidad, aunque visoñas.

La segunda se formaba de reclutas mal organizados. Era sin duda la peor del Cuerpo de Ejército.

A pesar de haber en el campo un convoy de víveres, la escasez de ellos se hacía sentir cruelmente. A la tropa se le racionaba; pero no á los Jefes y Oficiales, muchos de los cuales pasaban días sin tomar alimento, porque no era posible conseguir nada en una comarca que la guerra había asolado por mucho tiempo.

Esta ocasión la aprovecho, para reprochar á los Generales que nunca se ocupan de las necesidades de los Oficiales, que al atravesar países desiertos y miserables,

Digitized by Google

no pueden proporcionarse recursos, ni pueden llevarlos, por carecer de bagajes, y muchas veces también de dinero.

Los hombres agoviados por la necesidad, se separan de sus filas en busca de alimentos, abandonando la vigilancia de las tropas, y muchas veces se ocasionan riñas terribles por disputarse unas miserables tortillas Yo creo de conveniencia y de justicia que siempre que á las tropas se les asignen raciones, deberán darse también á los Jefes y Oficiales. Asi ganará el servicio, sin gravarse el Erario, que nunca cubre íntegros los haberes del Ejército.

Terminado este paréntesis, continúo mi relación.

Cuando en la noche del día siete fué el Mayor General de artillería á tomar la orden del Cuartel Maestre, se le previno de palabra, que al siguiente día no se atalajaran las mulas ni se engancharan las baterías de las divisiones ni los carros del parque general, *á causa de estarse maltratando el ganado de tiro*.

El mismo Mayor General supo después que los trenes del convoy habían recibido la misma orden.

Alarmado ya con las extrañas disposiciones del día, y mucho más con esta última orden, llamó la atención del C. General Francisco Zérega, quien se sirvió disponer que las baterías y el parque guarnecieran y engancharan antes de amanecer, cuya orden se comunicó al momento.

La noche se pasó en la mayor calma.

En San Lorenzo el señor Cura, según se dijo, improvisó *un bailecito*, al que concurrieron la mayor parte de los Oficiales, que bailaron hasta la madrugada, á cuya hora fueron á dormir, mientras el enemigo trabajaba para destruirlos.

Los franceses, en número de cinco á seis mil hombres, según Forey, pasaron el Puente de México después de media noche, y subiendo por la margen derecha del río Atoyac, se situaron en las lomas de la Uranga, á menos de tiro de cañón, de San Lorenzo, donde se formaron en batalla, después de haber sorprendido y tomado

Digitized by Google

prisionera una avanzada de caballería, á cuyo *¿Quién vive?* respondieron los traidores que guiaban á los franceses: *¡Libertad!* Después permanecieron en el mayor silencio, ordenando su ataque.

Cuando al primer destello de luz que apareció en Oriente, los trompetas de la división Echegaray comenzaron á tocar la diana, las baterías francesas rompieron un vivísimo fuego de granadas, que estallaban sin cesar sobre San Lorenzo, ó pasaban al campo de la segunda división, donde aparcaba el convoy, y también el parque.

La mayor parte de los Oficiales, que se hallaban desvelados, se levantaron precipitadamente, y corrieron á sus batallones, los que á pesar de los esfuerzos del General Echegaray no podían ordenarse bajo la lluvia de proyectiles que sufrían.

El enemigo, que contaba con el efecto moral que se había propuesto causar, no dió tiempo á que la tropa volviese de su sorpresa, ni mucho menos á que las divisiones que se habían alejado la víspera pudiesen llegar al lugar del conflicto. Tenía necesidad de asegurar su operación por un golpe de mano rápido que desconcertara por lo pronto la organización del Cuerpo de Ejército del Centro; que quitara de allí tan molesto vecino, y poder terminar después la conquista de Puebla, que no podía hacerse esperar, pues se sabía en el campo francés que se habían agotado los víveres y las municiones.

Era forzozo posesionarse de San Lorenzo en una hora, ó retirarse si se dificultaba el ataque. Así fué que después de media hora de un fuerte cañoneo, tres columnas, llevando á su frente gran número de tiradores, se lanzaron á la carrera sobre San Lorenzo, cuya subida es muy suave del lado del ataque.

Otra columna de infantería y caballería avanzó por nuestra derecha dando un rodeo, con objeto de caer á la fábrica del Valor, sitio del Cuartel General, y cortar la retirada á la segunda división. Por fortuna se encontró que por aquel lado eran muy escarpados los bordes del río, y tuvo que hacer alto, formándose en batalla y

Digitized by Google

destacando algunos tiradores que hicieran fuego sobre el Valor, los que causaron bastante daño. Si aquella tropa hubiese llevado artillería, habría podido incendiar el parque y hacer casi imposible la retirada.

El General Echegaray había podido ordenar algo la primera división, que recibió al enemigo con un nutrido fuego de fusilería, casi á quema ropa, que hubo de conmoverlo; mas los cuerpos que formaban la derecha, viendo que la columna que se dirigía al Valor amagaba envolverlos, comenzaron á desbandarse, é introdujeron el desorden en la división.

El General Frías había recibido orden de auxiliar á la primera división, y se puso en marcha con la de su mando, formada en columna cerrada; pero al llegar al vado, una muchedumbre se precipitaba por la barranca que á él conduce, de San Lorenzo.

Los habitantes del pueblo, las mujeres, los marmitones, y al fin, los soldados en plena dispersión, bajaban revueltos con zuavos y argelinos, dándose tiros, bayonetazos y cuchilladas, y lanzando al aire mil gritos espantosos.

Tal fué el feroz espectáculo que se presentó á la vista de la segunda división.

El enemigo perseguía con un furor salvaje, sin detenerse en hacer prisioneros, matando sin piedad á cuantos alcanzaba. Los argelinos se distinguieron por su barbarie, tirando hasta sobre las mujeres.

El General en Jefe y el Comandante General de Artillería, que subían en estos momentos á la posición de la primera división, fueron arrollados por aquel torrente, que los obligó á repasar el río.

Por fortuna los perseguidores, al encontrar formada á la segunda división, se replegaron á San Lorenzo. Merced á esta circunstancia, pudieron salvarse los restos de la primera división, que pudieron incorporarse.

El General Echegaray, que llegó de los últimos, llevaba una pierna lastimada.

En San Lorenzo se habían batido con brío las tropas que quedaron cortadas.

Digitized by Google

Allí murieron rodeados de sus soldados el C. Miguel López, Coronel de la Guardia Nacional de México, el joven Comandante del Batallón de Zapadores Rivero, y otros Jefes y Oficiales.

La carnicería fué horrible, pues según la opinión de mi buen amigo el Médico Cirujano C. José María Solís, que cayó prisionero en el corto tramo de San Lorenzo al vado, se podían contar más de quinientos cadáveres.

La mayor parte de los Oficiales de artillería fueron tomados prisioneros en sus puestos, entre ellos el Jefe de División C. Juan E. Guerra y el Teniente Coronel de infantería Capitán C. José G. Ceballos.

Los rifleros que mandaba Quiroga se retiraron por el camino de Ocotlán.

A la vez que pasaban estos sucesos en la orilla del río Atoyac, el campamento que había dejado la segunda división ofrecía un cuadro de desolación espantoso.

Una multitud de mujeres, esa calamidad que acompaña á nuestro ejército, se ponían en fuga, dando alaridos que aumentaban cada vez que estallaba cerca un proyectil, y se dispersaban por los campos, llevando la consternación á todas partes.

Algunos centenares de mulas pertenecientes al convoy, se habían esparcido azoradas, en todas direcciones, persiguiéndolas los mayordomos, los carreteros, y los armeros, con lazos y gritería, con el buen propósito de pillarlas para guarnecerlas ó aparejarlas.

Pero aquello era una empresa de titanes, que tenían que comenzar de nuevo cada vez que una granada reventaba cerca de aquellos asustados animales, que temblaban con los gritos y la excitación de los hombres que los manejaban, y escapaban con cuanto podían.

La confusión hubiera llegado á su colmo y nuestra derrota fuera completa, si los franceses que fueron al ataque del Valor, llevaran consigo artillería; porque tomando nuestro campo por la espalda, y batiendo el parque, que tan cerca tenían, su inevitable incendio habría sido la ruina completa del Cuerpo de Ejército.

Digitized by Google

Ya algunas granadas que habían caido muy cerca, y cuyos casco habían roto la camisa ó toldo de algún carro, durante el cañoneo de San Lorenzo, preocuparon bastante los espíritus de los que pudieron notarlo.

Pero ninguna orden se recibía que relación tuviera con tan importante elemento; por cuya causa el Mayor General de artillería se creyó autorizado para tomar una resolución sobre su responsabilidad, y ordenó al Capitán de P. M. F. C. Alejandro Pezo, que era el Comandante del parque, que lo situase en desfilada en disposición de salir al camino real.

Verificada esta operación, la segunda división comenzó á retirarse, y el enemigo á bajar al paso del río.

La partida, pues, estaba perdida, y era preciso batirse en retirada.

Los dispersos de San Lorenzo y toda la gente suelta del campo, atravesaban corriendo por todas partes. La segunda división, con sus reclutas, vacilaba al verse perseguida por el enemigo, que ya comenzaba á pasar el vado y á extenderse á derecha é izquierda.

En tan críticas circunstancias, el parque no recibía orden ninguna. Cinco minutos de indecisión era perderlo. El mismo Mayor ordenó, pues, su retirada definitiva por el camino de Tlaxcala, con prevención de no detenerse por ningún motivo.

El Capitán Pezo lo condujo en formación y buen orden, á paso largo, pero sin precipitación; y media hora después el parque general se había salvado.

Entonces un Ayudante del C. Cuartel Maestre llegó á todo correr á decir al que esto escribe, de orden de aquel General, que tomase el parque el camino de Tlaxcala. Dígale usted al C. Cuartel Maestre, le contesté, que hace buen rato que el parque va por el camino de Tlaxcala.

La segunda división que sostenía la retirada, comenzaba á flaquear, cuando recibió un auxilio oportuno. El General O' Horan, que llegaba al trote con la caballería que mandaba, pasó á retaguardia, y desplegando una parte en tiradores, comenzó á contener al enemigo.

Digitized by Google

Desde aquel momento la segunda división se recobró un poco y la retirada se fué ordenando. A esto contribuyó mucho la presencia de la tercera división, que estaba formada en columnas paralelas por batallones, delante del pueblecito de Santo Toribio, con cuya actitud impuso respeto al enemigo que trataba de molestar nuestra marcha por el flanco izquierdo; pero teniendo que replegarse aquella división por el único camino practicable que había, la persecusión comenzó de nuevo. Sin embargo, la crisis había pasado y la moral de las tropas no estaba abatida.

Llegada la columna al Molino de Topoyango, que es una buena posición, el General en Jefe mandó formar en batalla con el frente á retaguardia, y recibió á cañonazos al enemigo. Mas este, que había conseguido el objeto que se propuso, y que tenía que observar al General Garza, no tuvo por conveniente aventurar una segunda acción; y desde aquel lugar, hasta llegar á Tlaxcala, la marcha se verificó con calma y buen orden, cesando toda persecución.

La pérdida total que sufrimos consistía en cerca de dos mil hombres, entre muertos, heridos, prisioneros y dispersos, ocho cañones, y seis carros de municiones de la primera división.

El convoy, como era de esperarse, fué tomado por el enemigo antes que hubiera podido enganchar y aparejar; pero las baterías de las divisiones y el parque general, que era bastante estorboso, se salvaron, gracias á no haber obedecido la orden de no enganchar aquella madrugada.

En resumen, esta retirada honra á nuestras tropas, pues la verificaron delante del ejército francés, en circunstancias difíciles y después de presenciar, sin poder remediarlo, la destrucción casi total de una de las mejores divisiones.

A las doce del día las tropas descansaban en la plaza de la ciudad de Tlaxcala. Esta población, llena de patriotismo, contemplaba con vivo interés la desgracia del Cuerpo de Ejército. Todas las puertas estaban abiertas,

Digitized by Google

así de las tiendas como de las casas particulares, y las señoras asomadas á los balcones. Aquella era una prueba de simpatía, la única que podían darnos en aquellos penosos momentos, y nosotros la supimos apreciar debidamente.

Hoy desde el extranjero (1), donde la suerte de la guerra me ha arrojado, dedico á los buenos Tlaxcaltecas un recuerdo de aquel triste día y les deseo la libertad que tanto merecen.

A la una de la tarde salió la tropa de Tlaxcala rumbo á San Martín Texmelucan, cuyo camino, que de algún modo tenía que figurar en nuestras operaciones, no se había tenido cuidado de componer.

Algunos altos se tuvieron que hacer para sacar los carruajes de los malos pasos, y al caer la tarde, la infantería y caballería siguieron el camino directo á San Martín; pero el parque tuvo que salir al camino de Puebla, pues no era posible que pudiese bajar el borde escarpado del río, cerca de aquella población.

En el camino de travesía que se tomó, para salir al de Puebla, se hundió un puente al pasar el primer carro, y el parque quedó detenido sin esperanza de salir de tan mal paso; y como no llevaba arriba de ciento cincuenta hombres de escolta, su pérdida era muy posible si fuese atacado. Afortunadamente nos salvaron del peligro los indígenas de un pueblecito llamado San Mateo, que acudieron espontáneamente al trabajo, llevando algunos útiles de zapa, de que nosotros carecíamos. Repararon el daño en poco tiempo, y ayudaron á pasar los trenes.

Si todos los pueblos de la República imitaran tan loable ejemplo, no estaría enseñoreado de gran parte de la Nación el enemigo extranjero.

Mientras los indígenas reparaban el puente, los Oficiales, descansando sobre la yerba, devoraban una lengua de cíbolo que les regaló el dueño de los carros, re-

(1) En Nueva York, año de 1864.

Digitized by Google

mojada con un trago de mezcal. Era un desayuno á las seis de la tarde.

En marcha de nuevo el parque, llegó á San Martín á las diez de la noche.

La oscuridad más completa reinaba en el pueblo. No había una puerta abierta, ni en las calles un solo paisano. Solamente se encontraban algunos grupos de soldados rezagados y de mujeres, que discurrían aquí y allá buscando sus batallones.

La tropa, una vez alojada, se acostó sin haber tomado alimento en todo el día, si se exceptúan algunos soldados que pudieron conseguir al pasar por Tlaxcala, unas cuantas tortillas ó una pieza de pan.

Ninguna orden salió del Cuartel General para continuar la marcha al día siguiente, y nadie pensó en otra cosa que en descansar de tantas fatigas.

Dejemos, pues, al grueso del Cuerpo de Ejército en San Martín, y veamos lo que había ocurrido en el campo de la cuarta división.

Cuando al amanecer se pudo oir en Ríoprieto y Xostla el cañoneo de San Lorenzo, el General Garza puso en movimiento su división; pero antes de que hubiera llegado á Ocotlán, encontró al Coronel Quiroga que se retiraba con los rifleros de Nuevo León, y dió parte al General, que Comonfort había sido completamente derrotado.

En vista de esto, y de un reconocimiento practicado desde las alturas de Ocotlán, el General Garza creyó oportuno retirarse á la hacienda de San Bartolo, á esperar órdenes, lo que verificó pernoctando en dicho punto.

El día nueve de Mayo, el Cuerpo de Ejército se había recobrado de la sorpresa de la víspera, y la moral se hallaba en buen estado. Pero San Martín no es un punto capaz de proporcionar refugio á una tropa que haya sufrido un descalabro, pudiendo el enemigo cargarle con fuerzas superiores.

Hubiera sido, pues, muy conveniente que desde luego, y sin precipitación, puesto que el enemigo no se movía, se continuase la marcha en el mejor orden hasta el puen-

Digitized by Google

te de Texmelucan, donde de antemano se había construido un campo retrincherado.

Moviéndose la tropa á las ocho de la mañana, podía llegar á las doce, hora muy conveniente para haber distribuido los campamentos, arreglado el servicio, y condimentado los ranchos. Pero según las disposiciones del Cuartel Maestre, parecía que había intención de que la tropa descansara en San Martín; y los cuarteles permanecieron en tranquilidad.

Sin embargo, cosa de las dos de la tarde se comenzó á notar cierta inquietud. Ayudantes corriendo aquí y allá, llevaban órdenes perentorias que debían ponerse desde luego en ejecución. Las baterías y los trenes debían de atalajar y enganchar inmediatamente y salir á formar sobre el camino.

La agitación fué creciendo, y el pueblo tomó una fisonomía de alarma poco alagüeña. Volvieron á cerrarse las puertas, la gente se encerró dentro las casas, y cesó toda circulación por las calles.

Mil rumores siniestros, cuyo origen nadie sabía, circulaban de boca en boca: *¡Cinco mil franceses habían llegado á Huejotzingo! ¡Otros tantos avanzaban por Rioprieto! ¡Y Márquez, el feroz Márquez, con todos los traidores y los argelinos, se hallaba muy cerca por el camino de Tlaxcala! ¡Garza debía estar cortado y no podría retirarse! ¡Y nosotros correríamos igual suerte si no nos poníamos pronto en marcha!*

A pesar de la urgencia con que se daban las órdenes, y de hallarse listos los trenes, la marcha no se emprendió sino entre cuatro y cinco de la tarde.

Pronto una lluvia fina y un viento helado que bajaba de los volcanes, vino á inquietar nuestra marcha, que ya tenía el inconveniente de ser de subida.

Cuando llegó la noche, la gente comenzó á desordenarse, á causa de la oscuridad, del suelo resbaladizo y de los carros y acémilas que encumbraban el camino. Así continuó la marcha por más de dos horas; y cuando las tropas llegaron al puente, recibieron la orden de alojarse sobre el terreno que ocupaban.

Digitized by Google

Cada cual se fué acostando donde mejor pudo, sin cenar, sin fuego, con el lodo por cama y la lluvia por pabellón. Los caballos quedaron ensillados y enfrenados, los carruajes obstruyendo la carretera, y el ganado de tiro enganchado y sin pienso.

Al General Garza se le habían mandado repetidas órdenes para que se retirase violentamente; y á pesar de haber manifestado que no corría ningún peligro, pues el enemigo no se movía, se le obligó á abandonar á San Bartolo, sin darle tiempo para recoger algún vestuario, víveres y armamento que cuando nos movimos sobre Puebla dejamos allí almacenados.

A la media noche llegaba la cuarta división al puente de Texmelucan, y su vanguardia comenzaba á tropezar con los trenes que estorbaban el camino y con la gente acostada; produciendo naturalmente este choque una tempestad de quejas y maldiciones por una y otra parte, que eran como el complemento de aquel pandemonium.

Detenida la vanguardia por estos obstáculos, era impelida hacia adelante por las voces de mando de los Jefes que venían detrás y por la presión de la tropa que iba llegando y que deseaba terminar la jornada para descansar de una vez.

Pero llegó un momento en que ya no fué posible pasar adelante, y la cuarta división tuvo que contentarse con ocupar, como pudo, los claros que dejaban entre sí los soldados de las otras

Así se formó, sobre el suelo mojado, una masa informe de hombres, mujeres, animales y trenes, que sólo á Dios le hubiera sido dado clasificar y ordenar entre las tinieblas. Es de suponerse que una docena de hombres atrevidos, dando alaridos y disparando pistoletazos al aire, hubieran causado entre aquella multitud despavorida, el mismo efecto que causará algún día sobre las capas de muertos que cubren nuestro globo, la fatal trompeta del ángel del Señor.

¡Pero por fortuna no siempre sabe el enemigo cuándo es oportuno llegar!

Digitized by Google

Al día siguiente, hombres y animales se levantaron estenuados por la fatiga, el hambre y el insomnio. Toda la mañana se pasó en querer desenmarañar aquel caos. y no parecía sino que un vértigo se había apoderado del artífice encargado de la obra. Yo ví un infeliz batallón que subía la rampa que baja al puente, variaba á la izquierda, como para ocupar la línea fortificada, contramarchaba, hacía alto algunos minutos, bajaba la rampa, entraba en el mesón que se halla al pié, volvía á salir á pocos momentos, y comenzaba de nuevo esta serie de evoluciones, sin encontrar al parecer ningún lugar que le conviniera para alojarse.

Esta historia se repitió tres ó cuatro veces, y no fué el sólo caso que ocurrió esa mañana en aquel campo. Hechos como el presente reclaman imperiosamente un correctivo para muchos Jefes, que gastan sin necesidad las fuerzas y la paciencia de los soldados, cosas que deberían economizar, y nunca toman en cuenta que la fuerza y el sufrimiento tienen sus límites como todas las cosas.

La moral no volvió á levantarse en el campo del Puente: Tales eran los golpes rudos que se le habían dado.

La retirada de San Martín con su innecesaria precipitación, sus rumores siniestros y mentirosos, y con su desorden premeditado, le habían dado al Cuerpo de Ejército el golpe de gracia; y aquella posición que en otras circunstancias hubiera parecido buena, entonces se le notaban mil defectos, y se inculpaba al jefe de Ingenieros, de descuido y negligencia en la distribución de las obras.

Excusado es decir que el enemigo no se había movido, y que Márquez y los argelinos permanecieron tranquilos delante de Puebla, donde todavía les quedaba que hacer.

Pero la traición consiguió su objeto. Dios, empero, tomará algún día cuenta de tantos desastres al que los haya causado.

Nueve días permaneció el Cuerpo de Ejército en el puente en completa inacción. Nadie se hacía ilusiones ni

Digitized by Google

abrigaba esperanza alguna de buen éxito en aquel punto, y se creía que solamente en México se podría resistir.

De noche se animaba un poco el campo, que presentaba á la vista un panorama fantástico con sus mil fogatas, y los Oficiales subían á los sitios mas elevados y tranquilos, para ver y escuchar el bombardeo de Puebla, que aún resistía. Pero se contaban uno á uno los tiros de cañón que quedaban en la plaza, y los sacos de trigo que se habían hallado en un almacén tapiado.

Día más, día menos, Puebla sucumbiría: su agonía era larga, pero su muerte infalible. Sin enbargo, cada noche traía de nuevo al campo un triste consuelo con el eco de los cañones.

No se trataba ya de que Puebla se salvara; pero un día más que detuviera al ejército francés delante de sus obras de tierra, sería un día más de gloria para la República.

La ansiedad duró hasta la madrugada del día 18, en que se supo en el campo que la guarnición de Puebla no había querido capitular; pero no quedándole salvación, había roto sus fusiles, reventado sus cañones, quemado sus banderas, y entregádose sin condición al vencedor.

Más de mil, entre Generales, Jefes y Oficiales, y ocho ó nueve mil soldados, fueron prisioneros, destinando el enemigo á muchos de estos últimos á aumentar las filas de los traidores.

Habiendo el General Comonfort dejado el mando del Cuerpo de Ejército, el General Garza, en quien recayó, dispuso la retirada á México, la que se verificó en buen orden.

Así terminó la segunda campaña de los franceses sobre Puebla. Esta ciudad había detenido durante dos meses, con simples obras de tierra, armadas con artillería lisa, á cerca de cuarenta mil hombres del ejército francés y de sus auxiliares; y sin la extinción de las municiones de boca y guerra, los franceses, después de sufrir gran-

Digitized by Google

des pérdidas y de tentativas infructuosas, acaso se hubiesen visto obligados á levantar el sitio.

El combate de San Lorenzo fué el segundo hecho de armas importante en esta campaña. Cinco mil franceses y traidores sorprendieron y derrotaron á dos mil y pico de hombres de la primera división. Las otras divisiones que se hallaban separadas, tuvieron que retirarse para no ser batidas en detall.

En este hecho de armas, los franceses no levantaron el campo. Muertos y heridos quedaron abandonados, hasta que una sección médica de nuestro ejército fué á levantarlos, y estableció en Tlaxcala un hospital.

¿Qué causa había, pues, para que nuestras tropas se desalentaran? Que en sus filas había traidores, que al mismo tiempo que las vendían al enemigo, sembraban la desconfianza y la alarma en su seno.

Había querido el que esto escribe, hacer una reseña clara y concisa, solamente del combate de San Lorenzo; pero no ha podido prescindir de llamar la atención de sus compatriotas, sobre algunos episodios que deben grabarse en la memoria de todo mexicano, como lecciones útiles para el porvenir.

Permita el cielo que en lo sucesivo nuestros hombres públicos, animados de sincero patriotismo, no cometan los crasos errores, y tal vez crímenes, que han causado la ruina de la Patria, y que nuestros valientes soldados, bien conducidos, vuelvan á hacerse propicia la victoria.

Digitized by Google

NOTA.

El movimiento constante de las tropas, causando altas y bajas en el Cuerpo de Ejército, ó bien ocupando puntos distantes, fué causa de que no me fuese posible averiguar el número de tropas que lo componían.

La opinión general era que ascendían á doce mil hombres; pero esta idea sea acaso exagerada.

Lo único que yo puedo hacer, es asentar la principal fuerza con que se movió el Cuerpo de Ejército, de San Bartolo, cuando fué á ocupar á San Lorenzo, y fué la siguiente:

Tres divisiones de infantería, poco más ó menos de dos mil hombres cada una.

Tres baterías de artillería, una de ellas de ocho piezas, con un personal próximamente de doscientos cincuenta hombres.

Una división de caballería que puede haber ascendido á dos mil hombres.

La escolta del General, que formaban los escuadrones de Rincón Gallardo.

Las fuerzas que mandaba el General D. Tomás Moreno.

Las guerrillas de Carbajal, Aureliano Rivera y otras que no recuerdo.

Un destacamento que cubría el puente de Texmelucan.

Luego se incorporó la división mixta del General Garza, que formó la cuarta y que era la más débil.

La brigada de O' Horan que salió de Puebla.

Ignoro si los rifleros montados de Nuevo León estaban incorporados á la división de caballería. En caso contrario, su fuerza se tendría que aumentar en esta relación.

Es posible que á la simple memoria, y sin datos oficiales ningunos, haya incurrido en omisiones y en errores; pero al menos he procurado dar alguna luz, que alguno, con mejores informes, podrá aumentar.

Digitized by Google

Digitized by Google

EVACUACION

—DE LA—

Capital de la República

y residencia del Gobierno en San Luis Potosí.

1863.

Digitized by Google

Digitized by Google

Evacuación de la Capital de la República y residencia del Gobierno en San Luis Potosí.

MAYO 31 DE 1863.

DURANTE el sitio de Puebla por el ejército francés, la ciudad de México había perfeccionado sus fortificaciones y hacía preparativos para su defensa, si bien con desaliento y flojedad, y contrariada por los elementos heterogéneos que se habían introducido en la administración, ingresando en ella varios individuos que hasta última hora militaron bajo las banderas de la *Reacción* y que, como era natural, simpatizaban con los invasores á quienes ayudaban, enervando cuanto podían las disposiciones del Gobierno, que por otra parte no eran de lo más activas; desalentando á los entusiastas con sus pláticas, y encareciendo las grandes dificultades que existían para que la Capital pudiera defenderse.

El que esto escribe no ha vacilado en lanzar el cargo anterior, porque es constante que al ser ocupada la Ca-

Digitized by Google

pital por los franceses, los individuos á que alude se presentaron inmediatamente á ponerse al servicio de la *Intervención*, ó bien en espera de los acontecimientos, se metieron en sus casas. Cuando se habían impuesto á la ciudad grandes sacrificios y molestias para fortificarla; cuando se había logrado reunir una artillería numerosa y respetable para su defensa; y cuando había sobrado tiempo para resolver sobre la conveniencia de defenderla ó evacuarla, vino á ponerse de nuevo á discusión este problema, que ya debía de hallarse resuelto, precisamente cuando la caída de Puebla; abatiendo el espíritu público, hacía el momento menos favorable para su discusión. Entonces convenía resolver enérgicamente que la Capital se defendiese á todo trance, abandonándola oportunamente el Gobierno para no servir de obstáculo, dejando encargado de la defensa á algún Jefe patriota y denodado.

Desde luego comenzaron los trabajos y las intrigas de los que se oponían á la defensa, lamentando hipócritamente la falta de elementos que se hacía sentir, y la imposibilidad absoluta de proporcionarlos

Las razones que exponían los partidarios de la evacuación eran del tenor siguiente:

"Que la fuerza de diez mil hombres, con que contaba la ciudad, era insuficiente para defender su perímetro.

"Que la cantidad de cañones no era bastante para cubrir el mismo perímetro."

"Que sostener un sitio sin contar con un ejército auxiliar, conduciría indudablemente, en más ó menos tiempo, á la pérdida de la plaza, y de consiguiente del *material de guerra* que ella encerraba."

"Que la escasez de víveres no permitiría que se prolongara la resistencia por mucho tiempo," etc., etc.

Examinando con calma las razones expuestas, se tendrá que convenir en que eran especiosas.

El perímetro de la ciudad podía reducirse hasta donde se quisiera, inundando aquellas partes que conviniese hacer inaccesibles al ataque; por consiguiente, los diez mil hombres eran suficientes para defender la parte ex-

Digitized by Google

puesta; pero hay que advertir, que no solamente se había de contar con ellos, sino también con la población de México, donde el que más y el que menos había vestido alguna vez el uniforme militar, sin que fuera un inconveniente la escasez de armas, que sin duda no hubieran faltado si se tuviera diligencia en buscarlas, y aprovechando las de los que sucumbieran, en proveer con ellas á los desarmados.

La experiencia ha venido á demostrar, después, que los diez mil soldados eran suficientes para defender el perímetro, puesto que los imperialistas, con un puñado de hombres, relativamente, y sin apelar á las inundaciones, pudieron resistir por largo tiempo el sitio que puso á la ciudad el General Díaz.

Los que conocen como se atacan y defienden las plazas fuertes, saben muy bien que solamente en los frentes atacados es en donde se aglomera la artillería para la defensa, y que en los demás frentes se colocan algunos cañones en los salientes de los baluartes, y tal vez en los de las medias lunas, para evitar una sorpresa.

Los frentes atacados generalmente son dos, ya sean los ataques ligados ó separados, y muy raras veces son tres.

Reducidos, pues, nuestros frentes atacables, y reduciendo también las piezas de observación, en el resto del perímetro no atacable á causa de las inundaciones, soy de opinión que había la suficiente artillería para la defensa.

En calidad, era superior en parte á la de Puebla, pues habían sido trasladados de Veracruz á Ulúa, cañones de á 24, de á 68 y de á 80, mientras que en aquella ciudad los mayores calibres eran de 16 y 24 de plaza.

Respecto del número, no puedo precisarlo por haberme hallado en el Ejército del Centro; pero sí diré que al evacuar la ciudad, llevó el ejército más de 70 piezas de batalla de todos calibres, que fueron las que pudo enganchar. Resulta, pues, que con las que dejó por falta de medios de movilidad, y todas las pesadas de sitio y plaza que no era posible mover, había suficiente artille-

Digitized by Google

ría para cubrir los frentes que se dejaran accesibles al ataque.

Las plazas fuertes no se construyen para que no puedan ser tomadas.

Si para defenderlas fuera indispensable un ejército auxiliar, no se hubieran defendido Constantinopla y Tenochtitlán con el heroismo que lo hicieron, y tantas otras plazas fuertes que se inmortalizaron por su resistencia.

En la historia contemporánea tenemos en España, Zaragoza, Gerona, Tarragona y otras; y en América, Cartagena, Valencia, y Cochabamba en el Sur; y Cuautla, Zitácuaro, y los fuertes de Cóporo, San Gregorio y el Sombrero en nuestra patria, durante la guerra de Independencia.

Después, se sostuvieron Monterrey y Veracruz en la *Invasión americana;* Veracruz y Guadalajara en la guerra de Reforma, y por último, Querétaro, Puebla y México en los últimos días del Imperio.

Es cierto que sin un ejército auxiliar, capaz de hacer levantar el sitio, el destino de las plazas es sucumbir, siempre que el sitiador cuente con los medios necesarios para el caso.

Pero, entre tanto, han detenido la marcha victoriosa del enemigo, obligándolo á perder tiempo, hombres y dinero, dando lugar á que el país invadido se ponga en estado de defensa para poder continuar la campaña, *ó en espera de acontecimientos que hagan cambiar las condiciones de la guerra.*

Por lo que hace á la pérdida del material en la parte más importante, que consistía en la artillería de plaza, tenía inevitablemente que perderse, bien fuese por la rendición ó por la evacuación.

Pero en el primer caso, al enemigo le costaría caro adquirirla, mientras que en segundo la adquiriría de balde. Hay que añadir que si por temor de perder el material de guerra, no habían de defenderse las plazas, era excusado construirlas y artillarlas.

También debe notarse que perdido México, en nin-

Digitized by Google

guna parte de la República se encontraría una provisión de elementos de guerra como la que se perdiera.

La idea de que en campaña el ejército podía aprovechar mejor el material de guerra y operar más ventajosamente, era una idea falsa.

Antes de un año de la evacuación de la Capital, la mayor parte de la artillería estaba perdida, y las tropas dispersas.

Uraga en Morelia, Negrete en San Luis, y después Doblado en Matehuala, habían sido derrotados, dejando en el campo sus cañones Y ni siquiera fueron derrotados por los franceses, sino por sus aliados. ¿No hubiera sido más glorioso para nuestras armas, y más perjudicial para el invasor, que aquellas tropas hubieran sucumbido defendiendo la Capital?

La única artillería que por entonces se salvó, fué la que el Gobierno mandó desde San Luis para Chihuahua, si bien después la perdió en Majoma el General González Ortega; y la que el que subscribe condujo á Matamoros, y fué entregada con la plaza al enemigo, por D. Juan N. Cortina.

Por lo que hace á la escasez de víveres, creo que había exageración, porque en la Capital siempre existen cantidades considerables en los almacenes particulares. Las guerrillas que podían impedir su entrada habían disminuido yendo á incorporarse á los franceses, y el Gobierno contaba con fuerzas de sobra, ya verificada la concentración, para alejar las que quedaban y proteger la entrada de subsistencias. La harina principalmente, que es la base de la alimentación, hubiera producido buen acopio, puesto que los molinos se hallan á las goteras de la ciudad, de donde era fácil tener alejados á los guerrilleros.

Aquí debo llamar la atención, que cuando el General Díaz puso sitio á México, la población no pudo haber hecho preparativos ningunos para abastecerse, como efectivamente no los hizo, porque los sucesos de la campaña fueron tan rápidos é inesperados, que no dieron lugar para nada.

Digitized by Google

No obstante, con las solas existencias de los almacenes particulares, se pudo soportar un sitio de dos meses.

No comprendo por que no pudo suceder otro tanto cuando la Invasión.

Me parece demostrado que la Capital pudo y debió defenderse á todo trance, no existiendo en ella el Gobierno, que hubiera servido de obstáculo.

Quedan, pues, ahora por estudiar los móviles que determinaron la evacuación.

En este estudio, en que no entrarán los elementos militares con que se contaba, deberán tomarse en cuenta la ingerencia que las pasiones habían de tener en la dirección de la campaña, y en general en las disposiciones del Gobierno.

Acababa el país de pasar por la terrible revolución de la Reforma, en la cual es constante que el Gobierno, encerrado en Veracruz, poco podía hacer en la organización de las tropas que operaban á largas distancias, en el interior del país, con difíciles comunicaciones con el puerto.

Tampoco era posible que el Ministro de la Guerra pudiera ordenar y dirigir las operaciones de la campaña, si no era en un radio muy limitado de acción.

Resultaba de aquel estado de cosas, que aquellos hombres que gozaban de prestigio en los Estados, se convertían en caudillos de las masas que combatían por la Libertad: las organizaban como mejor podían, las armaban y mantenían, viviendo sobre el país cuando era necesario; daban decretos, expedían patentes de Generales, Jefes y Oficiales, nombraban autoridades civiles y empleados de hacienda, en fin, ejercían todos los actos de la soberanía.

El Gobierno establecido en Veracruz aceptaba aquellos hechos consumados, que por otra parte no le era posible remediar; aunque no dejaban de inquietarle los celos por el prestigio que aquellos caudillos pudieran adquirir en la guerra.

Don Juan Alvarez en el Sur, Degollado y Huerta en Michoacán, Ogazón en Jalisco, Doblado en Guanajua-

Digitized by Google

to, González Ortega en Zacatecas, Patoni en Durango, Garza en Tamaulipas, Vidaurri en Nuevo León y Coahuila, y otros de menor importancia, hacían cada uno la guerra por su cuenta, asociándose algunas veces, dos ó más, con excepción de Degollado, á quien la mayor parte de ellos obedecían y respetaban.

Todos estos caudillos, impulsados por un ardiente patriotismo, haciendo á un lado las aspiraciones que cada uno pudiera tener, reconocían al Gobierno establecido en Veracruz, como lazo de unión, necesario para el más pronto triunfo de la revolución.

Empero, la conducta de Don Santiago Vidaurri manifestó bien claro que se hallaba poseído de una audaz ambición; pero los demás caudillos, manteniéndose unidos, lograron nulificarlo por algún tiempo.

Cuando triunfaron los liberales, apareció en primer término D. Jesús González Ortega, vencedor de los reaccionarios en Guadalajara, Silao y Calpulalpam, quien ocupó á México y lo entregó á D. Benito Juárez.

Estos triunfos atrajeron al caudillo muchos prosélitos, y su naciente popularidad lo elevó á la candidatura de la Suprema Corte de Justicia, que obtuvo después.

Naturalmente, el Gobierno, que se preocupaba mucho de su permanencia en el poder, veía con marcado disgusto la popularidad de González Ortega, en quien creía tener un rival. Así fué que las relaciones entre aquellas dos entidades dejaron pronto de ser cordiales, produciendo un rompimiento que obligó á Ortega á retirarse á Zacatecas.

Cuando la *Intervención*, después de la muerte de Zaragoza, la opinión pública designó al General González Ortega, que había conducido una brigada de Zacatecas y ya era Presidente de la Suprema Corte, para mandar la plaza de Puebla, cosa á que tuvo que acceder el Gobierno.

D. Santiago Vidaurri, que había vuelto á ser una potencia en Nuevo León, acogió á D. Ignacio Comonfort que volvía de los Estados Unidos; y con el pretexto de pacificar el Estado de Tamaulipas, que se hallaba en re-

Digitized by Google

volución, puso á sus órdenes algunas fuerzas de su Estado, nombrándolo Gobernador y Comandante Militar de Tamaulipas, en donde fué acogido con frialdad, á causa del golpe de Estado, que puso en manos de la *Reacción* casi todos los elementos de guerra con que contaba el partido liberal.

El Gobierno, temiendo á Vidaurri, se dejó imponer á Comonfort, con quien no podía tener más que sentimientos antipáticos, tanto por el golpe de Estado, como por la prisión que hizo sufrir á D. Benito Juárez.

Comonfort, con poca cordura, comenzó á recibir entre sus tropas á sus amigos personales, algunos de los cuales habían servido á la *Reacción;* y olvidando el fracaso horrible que había sufrido el golpe de Estado, creyó todavía que *su política conciliadora* era la mejor, y que aun contaba con gran popularidad, albergándose en su corazón la esperanza de volver á subir al alto puesto de que él mismo se había precipitado. Los que formaban su séquito lo halagaban robusteciendo sus ilusiones, y él, por el ansia de llegar pronto á la Capital, poco se ocupó de la instrucción de las tropas.

Pero el Gobierno no ignoraba lo que ocurría en San Luis Potosí, y no atreviéndose á quitar el mando á Comonfort, que no hubiera sido tan difícil, lo toleró como un mal necesario; pero siempre mirando en él un rival de que debería cuidarse.

Lo expuesto demuestra que para el Gobierno, tanto González Ortega como Comonfort, eran vistos con recelo y tenidos por sospechosos; y como los franceses daban á entender en sus proclamas y en otros documentos *que tratarían con cualquiera que no fuera D. Benito Juárez*, y aun á González Ortega le hizo Forey algunas insinuaciones sobre el particular, que él naturalmente rechazó, la desconfianza del Gobierno aumentaba, temeroso de que alguno de los Generales se arreglara con los franceses y lo suplantase.

A cualquiera se le ocurriría que la proposición de los franceses no tenía más objeto que dividirnos, porque persuadido Napoleón de que su empresa había de pro-

Digitized by Google

ducir grandes resultados políticos para la Francia y ventajas personales para él y sus adictos, estaba bien resuelto á llevar adelante el plan que tanto había meditado, comprometiendo tantos intereses. Por consiguiente, no habría desistido de él, aun cuando se le hubieran otorgado todas las pretensiones absurdas que exigía en su ultimátum.

Desgraciadamente, el Gobierno no quiso convencerse de esta verdad, y en lugar de hostilizar sin descanso al ejército francés, hasta causar su ruina, se dejó adormecer con la esperanza de un tratado, quitando los obstáculos que detenían en su marcha al enemigo, facilitándole la llegada á la Capital.

Todavía al ser esta evacuada, algunos de los que rodeaban al Señor Juárez creían que los franceses tratarían con el Gobierno, satisfechos ya en su orgullo militar, decían, con la ocupación de México, pues que *no querían ser menos que los americanos*.

Parece increible que hombres de talento, que gozaban la reputación de hábiles políticos, fueran capaces de semejantes puerilidades.

Por lo que va expuesto puede inferirse cuan defectuosa debía de ser la organización del Ejército, en donde bullían tantos sentimientos encontrados y tantas pasiones. El Gobierno contribuía al desorden, porque con distintos pretextos mandaba agentes que estuviesen al tanto de la conducta, y si fuese posible, de los pensamientos de los Generales, valiéndose para esto, también de algunos Jefes de alta graduación que estubieran cerca de ellos.

En resumen, puede asegurarse que tanto temía el Gobierno el triunfo de nuestras armas como el de las francesas.

Alguno ha dicho que el Señor Juárez pretendía nulificar tanto á González Ortega como á Comonfort, *lo mismo que á todos los que le hiciesen sombra*, cosa que sus admiradores han aplaudido como prueba de su gran genio, sin considerar que á ser eso cierto, obraba con grave perjuicio de la Nación.

Digitized by Google

Si tal designio existía, no hay duda que el Sr. Juárez consiguió su objeto, obrando de manera, que se consumó la ruina del Ejército de Oriente, faltando poco para que sucediese lo mismo con el del centro.

Cuando se trató de defender á la Capital, subsistían las mismas causas para mantener la desconfianza y celos del Gobierno.

Dejar á la ciudad á merced de un General que podía derribarla, tratando con el enemigo, ¿no era un grave peligro?

Y si el General, por uno de esos accidentes que ocurren en la guerra, obtuviese un triunfo, ó por lo menos, hiciese una defensa tan brillante que excitara el entusiasmo nacional, ¿no sería acaso un peligro mayor?

En semejante dilema, la mejor solución era abandonar la Capital; aunque para esto era menester hacer las cosas de manera que la opinión pública, sorprendida, fuera impotente para manifestarse.

Las hipótesis que llevo asentadas se deducen de la conducta que observó el Gobierno respecto de la defensa de la Capital.

Desde luego, cuando Puebla quedó cercada y destinada á sufrir la suerte que le cupiera, el Gobierno debería haber dedicado todos sus esfuerzos á preparar y perfeccionar la defensa de México, para lo cual tuvo dos meses de que disponer.

Con decretos conminatorios, con visitas domiciliarias, apelando á todos los recursos que proporciona el estado de sitio, que desde luego debía haberse proclamado, se hubiera hecho una rigurosa requisición de armas de todas clases, calibres y modelos, tanto en los almacenes del comercio, como en las casas particulares, exceptuando, por supuesto, aquellas armas de lujo que no sirven para la guerra.

Fabricar pólvora y municiones en gran cantidad, cosa que han hecho nuestras ciudades durante las revoluciones, aun bajo los fuegos del enemigo.

Aprovisionar las fundiciones de fierro y bronce que existían en la Capital para la confección de los proyecti-

Digitized by Google

les para la artillería, que respecto al fierro no había de faltar.

Entusiasmar á la juventud, enrolándola para formar batallones que serían llamados en el momento oportuno.

Hacer que el bello sexo contribuyese también á la defensa, construyendo vestuarios para la tropa, sacos á tierra para la fortificación, é hilas y vendas para los hospitales.

Por último, ejercer una gran vigilancia contra los traidores, castigando sin compasión ni miramiento de ninguna clase á los que resultaran culpables, cualquiera que fuese su categoría.

Proteger, desde entonces, la introducción de subsistencias, y no esperar, para pensar en esto, á que se rindiese Puebla.

Además, que para impedir la entrada de víveres á una plaza, es necesario que ésta se halle perfectamente cercada, disponiendo el sitiador de cuerpos volantes para evitar toda comunicación.

Es evidente que las guerrillas que pudiesen hostilizar á México, no se hallaban en este caso, y también es verdad que pagándoles cierta contribución, los dueños de los efectos obtenían el libre paso.

Por lo que hace al Ejército del Centro, no debía comprometerse en nada serio, limitándose á mandar pequeñas partidas de día y de noche, que marchando ocultamente, cayesen de improviso por diferentes rumbos sobre el campo enemigo, retirándose precipitadamente después de hacerles algún daño.

Cuando Puebla sucumbiera, el ejército se retiraría á la Capital, para formar el núcleo de la resistencia.

Respecto al Ejército de Oriente, cuando ya no pudiera continuar la defensa, procuraría abrirse paso, y lo que de él se pudiera salvar, se replegaría á México.

Pero nada de esto se hizo, y la Ciudad no se preparó debidamente para la lucha.

No obstante, si en vez de someter á una discusión casi pública, en la que no solamente tomaban parte los militares, la cuestión de la defensa, el Gobierno hubiera

Digitized by Google

dispuesto resueltamente la resistencia, nombrando un General competente, y dejándole sus instrucciones, se hubiera alejado de la Capital; es casi seguro que los franceses no se habrían movido de Puebla, pues no es de suponer que después de un largo y penoso sitio, con los consumos y pérdidas consiguientes, en el personal y en el materia de guerra, emprendieran inmediatamente otro sitio más dificultoso, prolongando su línea de operaciones y dejando á retaguardia sus almacenes y hospitales; expuestos á hallar una resistencia más enérgica, cuando la estación de las aguas estaba encima y las inundaciones del Valle podían si no paralizar, sí entorpecer sus operaciones.

Debían también contar con que mientras durase el nuevo sitio, las guerrillas que se organizaran á su espalda cortarían en mil partes su extensa línea, manteniendo en constante alarma á los destacamentos que la cubrieran y causándoles pérdidas de consideración.

Que no habían de precipitarse en acometer semejante empresa, lo prueban la calma y circunspección con que avanzó el ejército francés de Orizaba á Puebla, y los grandes preparativos de víveres y forrajes que hizo, cosa que seguramente no tenía improvisado al ocupar la última ciudad.

Pero las noticias alentadoras que recibía el enemigo de sus partidarios, que se introducían por todas partes para imponerse del estado de los ánimos en las altas regiones, y que comprendían que el Gobierno no tenía ganas de que la Capital se defendiera, lo determinaron á moverse de Puebla.

No obstante, sus operaciones más bien parecían ser simplemente de observación que producto de un plan decisivo; y el General Forey permanecía tranquilo en su conquista, sin duda en espera de lo que podría acontecer en México.

Mas al saber el Gobierno el movimiento de los franceses, ya debía tener resuelto el grave problema de la defensa ó de la evacuación.

Digitized by Google

En el primer caso, después de dejar sus instrucciones al General que nombrase, tenía que abandonar la ciudad en tiempo oportuno, con calma, con serenidad, sin causar desórdenes ni alarmar la población. Dejaría un manifiesto dando cuenta de la causa de su marcha, que no sería otra que dejar expedita la defensa, mientras iba al Interior á levantar nuevas fuerzas para seguir la campaña.

En el segundo caso, también debió con tiempo abandonar la ciudad, dejando al cùidado del *Gobernador* ó General en Jefe, el orden y modo con que la evacuación había de verificarse, sin que la tranquilidad pública se perturbara, evitando toda clase de atropellos á los ciudadanos.

Pero nada de esto se hizo, y mientras por una parte se aparentaba deseo de que hubiera defensa, por otra se hacían correr noticias desconsoladoras respecto á los pocos medios con que se contaba para ello; de manera que el pueblo, lleno de confusión, no sabía á que atenerse.

No puede caber duda de que el Gobierno debe de haber tenido noticias oportunas y fidedignas de los movimientos del enemigo, y por lo tanto, no debía ignorar que el General Berthier había salido de Puebla el veintiuno de Mayo, habiéndolo verificado antes las fuerzas de Márquez con dirección á la Capital.

¿Por qué, pues, no hizo cerrar las cámaras, citándolas para alguna ciudad del interior, como sucedió cuando los Americanos, y el mismo Gobierno no se puso en marcha, dejando que en México se cumplieran las órdenes que hubiese dejado?

No pensó, ó más bien no quizo pensar en ello, sino que esperó á que los sucesos se precipitaran, para producir el pánico, y al grito de *sálvese el que pueda*, se produjera el desorden más espantoso que se pueda imaginar.

A medio día del treinta y uno de Mayo, circuló la noticia de que el Gobierno se iba y que el ejército evacuaría la ciudad.

Digitized by Google

Fueron causa de aquella violenta determinación los telegramas que desde por la mañana estuvieron llegando de Ayotla, en donde se hallaba el General D. Porfirio Díaz con una brigada.

Aquellos telegramas eran leídos, según iban llegando, en la Cámara, que se había reunido, y en seguida se ponían copias en el patio de Palacio.

He aquí los telegramas:

"Ayotla, Mayo 31 de 1863.—Recibido en México á las cuatro y cinco minutos de la mañana.

"Ciudadano General en Jefe:

"Se bate Quiroga en Buenavista, y ya el *telégrafo no contesta*.—Diaz."

"Ayotla, Mayo 31 de 1863.—Recibido en México á las siete de la mañana.

"Ciudadano General en Jefe:

"*El General Quiroga* me dice lo siguiente:

"El camino ha quedado descubierto, pues desde ayer ha quitado el enemigo *los estorbos* que en él había.—A la una de la mañana de hoy, la avanzada enemiga se acercó á Venta de Córdova, y luego que la nuestra lo observó, le rompió el fuego y *la hizo retroceder*.—En la brigada y demás puntos que cubre, no hay novedad.—Porfirio Diaz."

"Ayotla, Mayo 31 de 1863.—Recibido en México á las diez y dieciocho minutos de la mañana.

"Ciudadano Ministro de la Guerra:

"El enemigo se presentó anoche en Venta de Córdova Hoy sigue su marcha, y nuestra avanzada viene tiroteándose.—Aún no pasa de la Venta.—Porfirio Diaz."

"Ayotla, Mayo 31 de 1863 —Recibido en México (no dice la hora) de la mañana.

"Ciudadano General en Jefe:

"El enemigo ha llegado á Venta Nueva, aunque hostilizado por nuestras avanzadas. *Ya estoy listo para proceder según mis instrucciones;* y de lo que ocurra daré á usted parte.—Según se me informa, con los traidores

Digitized by Google

avanza la primera brigada del ejército francés.—Contésteme usted con las instrucciones que estime convenientes.—PORFIRIO DIAZ."

Sin lugar ni hora.

"Ciudadano Ministro de la Guerra:

"*Marcho para el Peñón*, porque no creo prudente hacerlo para otro punto, tanto porque *el Gobierno se encuentra aún en esa*, como porque en dicho punto hay una garganta que puede defenderse por algún tiempo, *con tal que esa plaza defienda las garitas de Tacubaya, San Antonio Abad y Niño Perdido. Al Peñón* mándeme usted sus órdenes.—PORFIRIO DIAZ."

"*Ayotla*, Mayo 31 de 1863.—Recibido en México (no dice la hora) de la mañana.

"Ciudadano Ministro de la Guerra:

"El enemigo, que ha tomado mi derecha, pasa ya de Chalco, y es en número considerable para poderlo arrollar *ni contar con esta fuerza*, teniendo en cuenta que por el camino directo á Riofrío viene otra columna siguiéndonos muy de cerca.—Esta última tiene á su cabeza á Márquez, pero también viene robustecida con franceses, según un cazador de Africa que acabo de remitir á usted. Ya no cabe duda que trae artillería, porque han comenzado á dispararla.—En cuanto á la fuerza de la derecha, no cabe duda en que si no son puros franceses, sólo traerán los traidores muy necesarios para darles dirección, porque tropas de esta clase no había en el rumbo de donde ha salido la columna á que me refiero.—En cuanto á las armas de que ésta conste, nada puedo decir á usted, porque aun no regresan los exploradores que mandé á averiguarlo, y apenas puedo calcular la fuerza mirándolos á mucha distancia y con la laguna de por medio.—PORFIRIO DIAZ.—*Marcho para el Peñón* y allí aguardo órdenes."

Estos telegramas han sido fielmente copiados por mí, de los originales que he tenido en mis manos.

Digitized by Google

Si cuidadosamente se examinan estos importantísimos documentos, acaso podrá hallarse en ellos incoherencias y aun contradicciones que no pueden satisfacer al historiador; pero siendo su examen un trabajo prolijo, y tal vez ajeno de este lugar, creo prudente omitirlo, dejándolo á cargo de investigadores más tenaces que yo.

Pero no parece sino que con su contenido y el modo de publicarlos, se trataba de introducir la alarma, tanto en la población como en la tropa.

La Cámara, que cumplía su período de sesiones, se cerró con las formalidades acostumbradas, sin faltar la salva de artillería; y el Ejecutivo, que ya tenía dispuesto su viaje, salió del salón para montar en los carruajes, llevando consigo los fondos del Tesoro; dejando solamente lo necesario para dar siete días de haber económico á los cuerpos que debían abandonar la ciudad.

Los diputados, los empleados y todos aquellos que temían las venganzas de los conservadores, corrieron por todas partes para proporcionarse caballos ó carruajes en que llevar á sus familias.

Aquello tomó las proporciones de una grande expoliación, porque todo aquel que hallaba un caballo, un coche ó un carro, lo tomaba por la fuerza, y en el acto salía de la ciudad.

Muchos coches del sitio fueron obligados á marchar con los mismos caballos ó mulas que tenían, á pesar de las protestas de los cocheros.

Hubo casos en que los caballos de Generales ó Jefes fueron extraídos de los establos ó caballerizas en que se hallaban, dejando á pié á sus dueños, que no pudieron seguir al ejército, ó se vieron obligados á cometer nuevas violencias para no quedar en la plaza.

Una parte de los fugitivos tomaron el camino del interior, que fué el que siguió el Gobierno, y otros lo verificaron por el camino de Toluca, por donde se retiró la mayor parte del ejército.

Al llegar á Santa Fé, ya de noche, la artillería aparcó en el pueblo sobre el camino, obstruyendo el paso.

Digitized by Google

Como á la media noche llegó el General Don Ramón Iglesias reconviniendo, con justicia, por aquel modo inconveniente de aparcar, y ordenó que inmediatamente se atalajara y se emprendiera la marcha hacia Toluca, porque *el enemigo había llegado á Chalco*, y era posible que nos quisiera cortar la retirada.

Como á las dos de la mañana la artillería se puso en movimiento, así como las tropas que iban en marcha.

Desde luego, comenzaron las deserciones no solamente de las tropas, sino de Jefes y Oficiales, principalmente de la Guardia Nacional, que se volvían á la Capital.

El batallón que mandaba el Teniente Coronel D. Joaquín Rangel, se desbandó completamente.

El General Díaz, que se había retirado del Peñón, atravesando la ciudad durante la noche, vino á cerrar la retaguardia del ejército.

Habiendo sido aprehendidos varios de los desertores, mandó que en el acto fueran fusilados, lo que no pudo evitar el General Ghilardi, que intercedió por ellos alegando que eran soldados que no tenían instrucción, pues no eran más que artesanos que se tomaron de los talleres para la Guardia Nacional.

Además de estos acontecimientos, el cabecilla Butrón, á quien el Gobierno había hecho General por tal de que lo reconociera, agraviando á todo el ejército, volvió á pronunciarse, y comenzó á hostilizar la cola de la columna.

Esto dió lugar á que algunos esparciesen el rumor de que los cazadores de Africa acuchillaban la retaguardia.

Por fin, el paso del Monte de las Cruces se verificó, y las tropas, unas después de otras, entraron en Toluca.

Mandaba en Jefe el General D. Juan José de la Garza.

Los cuerpos tomaron cuarteles, permaneciendo en un encierro riguroso; pero era lo más sensible, que no tan sólo no se les socorría, sino que no se les ministraba ni un mal rancho. Así es que muchos infelices se quedaban literalmente sin comer. Es verdad que al salir de México se anunció que se daría á los cuerpos siete días de

Digitized by Google

haber económico; pero ignoro por que causa algunos cuerpos no lo recibieron.

El General en Jefe se conformó con echar un préstamo que no produjo más que unos ochocientos pesos, porque la mayor parte de los cuotizados habían huido de Toluca, y *aquella cantidad fué distribuida entre los que componían su Estado Mayor*.

No se le ocurrió al General Garza que en la ciudad de Toluca había abundancia de provisiones que ocupar para satisfacer, como era de justicia, las necesidades más apremiantes del soldado; porque era un espectáculo desgarrador el ver á la tropa encerrada, careciendo del preciso sustento.

Los días que pasó el ejército en Toluca, fueron tristísimos, y el disgusto y la indignación subieron de punto cuando se supo que los franceses no se habían aproximado á la Capital, siendo necesario que se enviasen comisionados para rogar al General Forey que mandase ocuparla.

Por fin, el día ocho de Junio se dió la orden para marchar al día siguiente, dejando una corta guarnición en Toluca.

El día nueve las tropas acamparon en Ixtlahuaca, siendo muy notable la deserción, á pesar de los esfuerzos que hacía para evitarla el General Don Miguel María Echegaray, que no se apartaba un momento del campo.

El día diez se pernoctó en Nijiní, y el once en Apapango.

Es increible la escasez tan grande de víveres que había en este camino, pues no se conseguían á ningún precio.

Sin embargo, en la hacienda de Nijiní había una gran mesa dispuesta *para el General en Jefe y su Estado Mayor*, sin que quisieran vender á los demás ni una tortilla.

En los lugares del tránsito se adelantaban algunos Ayudantes del General Garza, tomando por entero cuanto había en las fondas, para su General y para ellos. Los demás padecían mil angustias, por no poder conseguir algún alimento.

Digitized by Google

El día doce llegaron las fuerzas á Arroyozarco, y siguiendo por el camino del interior, entraron el diecisiete á Querétaro.

Pocos días después llegó de San Luis Potosí el Ministro de la Guerra General Berriozábal, quitó el mando en Jefe al General Garza, y dió otra organización al ejército.

Destinó una división á San Juan del Río al mando del General D. Porfirio Díaz, y otra división á Acámbaro á las órdenes del General Echegaray. El que subscribe marchó á Celaya á establecer la maestranza y el parque general.

Así permanecieron las cosas, sin haber ocurrido nada extraordinario, hasta mediados de Octubre, que dispuso el Gobierno fuese trasladado á San Luis Potosí todo lo que existía en Celaya.

El escuadrón formado en la frontera del Norte, que mandaba Cortina en la división Echegaray, no pudiendo avenirse á la disciplina que se le quería imponer, ni á los ejercicios que diariamente tenían lugar, se separó de ella casi violentamente, emprendiendo su marcha para Matamoros, en donde lo hallaremos más adelante.

Poco más ó menos sucedió con los rifleros que mandaba D. Macedonio Capistrán, quien consiguió del Gobierno que se le separase de la división para volver á la frontera, y fueron destinados para escolta del convoy de artillería que tenía que marchar á San Luis.

A la sazón merodeaba en la sierra de Guanajuato una gavilla de reaccionarios, acaudillada por los hermanos Troncosos, que estaban en activa comunicación con la población de Celaya, que como es sabido, es excesivamente conservadora.

En cuanto circuló la noticia de la marcha del convoy, aquella gente se puso desde luego á inquirir el día de la salida; mas como yo sospeché el objeto que podían tener aquellas indagaciones, aparentando gran misterio, les hice creer que tendría lugar el día diecinueve; pero el dieciocho nos pusimos en marcha, y fuimos á pernoctar á Chamacuero.

Digitized by Google

El día diecinueve continuamos para San Miguel de Allende, cruzándonos en el camino con un escuadrón de Guanajuato que iba á rendir la jornada á Chamacuero.

En la noche cayeron los Troncosos á la población, sorprendieron al escuadrón, y lo derrotaron.

Al amanecer se supo lo ocurrido en Allende, por cuya causa el convoy tomó sus precauciones para continuar la marcha.

Por las alturas de la izquierda se dejaron ver durante el día algunos grupos de jinetes del enemigo, que observaban la marcha de la columna. Rendimos la jornada en Dolores, sin novedad.

Allí se hallaba acantonada una brigada de caballería al mando del General D. Antonio Alvarez.

El día veintiuno llegamos á la hacienda de la Quemada, donde encontramos al General Comonfort, á la sazón Ministro de la Guerra, que iba en camino para Querétaro en una carretela, escoltado por unos quince hombres que mandaba el Coronel Mucio Reyes.

Se puso en conocimiento del señor Comonfort lo ocurrido en Chamacuero, indicándole que sería peligroso se aventurase con aquella pequeña escolta; pero él contestó que ¿qué le habían de hacer?; y prosiguió su viaje, pasando por Dolores sin llevar más fuerza en su compañía.

Desde la Quemada hasta San Luis, á donde llegó el convoy el veintiséis de Octubre, no ocurrió novedad.

En el tiempo en que el Gobierno permaneció en San Luis, poco ó nada se ocupó en la defensa nacional, antes despreciaba los elementos que para ella se le proporcionaban.

Muchos Oficiales sueltos habían seguido al Gobierno, y entre ellos iban varios de los que defendieron á Puebla y lograron fugarse. La mayor parte llegaron á pié, sumamente maltratados y pobres.

Pues bien, el Gobierno, en vez de admitirlos, los despidió bruscamente, dándoles permiso para residir en

Digitized by Google

país ocupado por el enemigo, á pesar de los decretos que lo prohibían, caminando con grandes penas.

Además, se les amenazó con lanzarlos fuera de la ciudad, con una escolta, si no la abandonaban inmediatamente.

Poco tiempo después de la llegada del convoy á San Luis, lo verificó el General D. Miguel Negrete con las tropas que mandaba en la sierra de Huachinango, la que abandonó no sé si por orden del Gobierno.

También llegaron los prisioneros hechos en Ozuloama, en la derrota que allí sufrieron los aliados de los franceses.

El General Comonfort, en uno de sus viajes, fué sorprendido y muerto delante de Chamacuero, cerca del Molino de Soria, por las fuerzas de los hermanos Troncoso.

Para cubrir la vacante nombró el señor Juárez al General Don Juan Suárez Navarro, persona que no pertenecía al partido liberal, que no tenía ningún prestigio, ni sus conocimientos militares estaban á la altura de las circunstancias. A poco desertó, pasándose al Imperio.

Nada notable hizo, pues, el Gobierno, relativo á la defensa nacional mientras permaneció en San Luis.

Al aproximarse los imperialistas, el que suscribe fué encargado de conducir un convoy de 16 piezas de Artillería de batalla y 20 carros de municiones á la ciudad de Tula de Tamaulipas, con sólo seis días de haber y sin un soldado de escolta. Pero el relato de esa expedición será objeto de otro trabajo.

El Gobierno salió rumbo al Saltillo con las tropas de la guarnición, que podían haber defendido la ciudad ó dar batalla á Don Tomás Mejía que se aproximaba.

Cuando los imperialistas ocuparon la plaza, las tropas de Negrete contramarcharon con objeto de sorprenderla; pero fueron completamente derrotados, perdiendo toda su artillería.

Así se perdió la ciudad de San Luis.

Digitized by Google

Digitized by Google

NOTAS.

I.

En tanto que el Gobierno despreciaba á los Jefes y Oficiales útiles que ofrecían sus servicios para continuar la campaña, se empeñaba en hacer Generales á simples paisanos favoritos, los que uno á uno desfilaron para presentarse al Imperio.

Muy sabia podía ser la política adoptada por el Sr. Juárez; pero no era posible que se convenciera de ello ninguno que tuviera sentido común.

II.

En la obra titulada "Historia de la Intervención Europea y Norte-Americana en México," que escribe D Manuel Rivera Cambas, en el tomo segundo, página 274, línea 33, dice:

"Al entrar los franceses en México, retiraron de las *trincheras* noventa y siete piezas de artillería de *grueso calibre*.

986,000 cartuchos,
22,192 proyectiles.
4,429 cargas preparadas para cañón;
12,300 kilógramos pólvora;
300,000 cápsulas y cohetes de diferentes calibres."

Si pudiéramos sumar con estas cantidades las del material que sacó el ejército, cuando la evacuación, podría comprobarse que la ciudad se podía defender. Por otra parte, la defensa era de honra nacional y necesaria, por ser la Capital el centro de los recursos de todo género, donde se hallaba reunido casi todo nuestro material de guerra. Era conveniente para conservar el espíritu público en la República, que se abatió completamente por el abandono, y puede decirse que terminó toda resistencia formal.

Digitized by Google

ARTILLERIA.

Sacó el ejército.....	70	piezas.
Hallaron los franceses.....	97	,,
Había para la defensa.....	167	,,

III.

He calculado en estos apuntes que la Capital podía contar por lo menos con diez mil hombres, teniendo en cuenta los del Cuerpo de Ejército del Centro, la guarnición de la plaza y algunas otras fuerzas que podrían haber ingresado.

Véase ahora lo que opinan los Generales Vauban y Cormontaigne sobre el número de hombres que se necesitan para atacar las plazas, según las guarniciones que estas contengan:

"Una plaza mediana que se necesita circunvalar y que tenga de dos ó tres mil hombres de guarnición, exige que el ejército sitiador sea de *veinte á veinticinco mil hombres*.

Las plazas más considerables que tengan de tres á cuatro mil hombres de guarnición, deben ser atacadas por ejércitos *siete ú ocho veces mayores*, y solamente *cinco ó seis veces más fuertes*, si las guarniciones son de diez, doce, quince y dieciocho mil hombres"

Mayores datos de distintos autores se pueden ver al tratar en este libro de las operaciones militares en Oaxaca.

Ahora bien, inundados los aproches de la ciudad, venía á resultar un perímetro de tal magnitud, que el ejército francés no podría cubrir ni aumentando considerablemente su efectivo, y por lo tanto, no podía establecer formalmente el bloqueo.

Además, los trabajos de zapa que tendría que verificar la tropa con el agua á la rodilla, y las noches pasadas en un terreno húmedo, producirían una epidemia de fiebres que pronto reduciría el número de sitiadores.

Si para evitar el trabajo en el agua, en vez de trincheras adoptase el enemigo los parapetos de relieve, este acaso sería un mal mayor, pues es sabido que semejantes trabajos son en extremo sangrientos.

Como de todo esto estaba seguramente bien instruido el enemigo, soy de sentir que si en vez de las vacilaciones del Gobierno, hubiera sabido su resolución de defender á todo trance la Capital, Forey no habría avanzado, según todas las probabilidades, hasta el Invierno, y después de haber aumentado sus fuerzas.

Digitized by Google

De San Luis Potosí

A • MATAMOROS.

1863 y 1864.

Digitized by Google

Digitized by Google

De San Luis á Tula de Tamaulipas.

A principios del mes de Diciembre de 1863 recibí orden del Ministerio de la Guerra de conducir un convoy de artillería y municiones de la ciudad de San Luis Potosí á la de Tula de Tamaulipas. El tren se componía de dieciséis piezas de campaña de todos calibres, desde el de 4R hasta el de 12L, los obuses de á 15c. y 16c., y gran cantidad de municiones en 20 carros, de los cuales catorce eran de dos ruedas y seis de cuatro, del porte de 300 arrobas. Estos carros eran de embargo.

La artillería se hallaba en muy mal estado, la mayor parte de los montajes maltratados; los juegos de armas incompletos y rotos. Ningún juego de útiles, y algunos calibres sin municiones, entre otros el de 4R. El ganado era generalmente viejo y flaco, reliquias de la campaña en las cercanías de Puebla y desechos de la artillería de México. Los atalajes estaban completamente inservibles, todos hechos pedazos, faltándoles muchas piezas, y amarrados con cuerdas y correas por todas partes.

Los Oficiales que debían ir á mis órdenes eran los Capitanes Thauvin y Fisher, y el Teniente Cortés.

Digitized by Google

Los trenistas estaban desarmados, y el armamento de los Oficiales, incluso el mío, se componía de cuatro espadas, una pistola de Colt y otra de bolsa.

Se ministraron por la Comisaría seis días de haber económico, precisamente los necesarios para llegar á Tula, en el caso de no haber contratiempo.

Antes de ponerme en marcha ocurrí al encargado del Ministetio de la Guerra, D. Juan Suárez Navarro, solicitando una pequeña escolta, manifestándole que tenía que pasar por localidades desafectas al Supremo Gobierno y á las inmediaciones de la Sierra Gorda, donde fácilmente podría reunirse alguna partida que por pequeña que fuese podría capturar el convoy. A esto me contestó Suárez Navarro que el Gobierno no podía disponer de la más pequeña fuerza, y que no creía que el convoy corriera ningún riesgo. Insistí en que por lo menos se me dieran algunas armas y municiones para los trenistas; pero se me contestó que no las había, y que marchara como estaba. Demostré en seguida que no llevaba más que seis días de haber, los que terminarían el día mismo que el convoy llegara á su destino; que la ciudad de Tula era sumamente pobre y no podría proporcionarme en ella los recursos necesarios, si no los situaba el Supremo Gobierno, y solicité, al menos, órdenes para que allí se me ministrase lo indispensable. A esto se me contestó que ya estaban dadas las órdenes y que nada me faltaría. Pedí entonces instrucciones por escrito que normaran mi conducta según los acontecimientos se desarrollaran, pues á la sazón, el enemigo marchaba sobre San Luis, y podía, si tenía aviso oportuno, destacar una partida para perseguir el convoy. Me dijo á esto el señor Suárez Navarro que las instrucciones se me mandarían oportunamente. Pedí, pues, instrucciones verbales, y me dijo que no tenía más órdenes que darme que la de llegar á mi destino.

Diciembre 5 de 1863. Por las demoras consiguientes al primer día de marcha, y bajo tan tristes auspicios, salió el convoy de San Luis Potosí á las diez de la maña-

Digitized by Google

na, y fuimos á pernoctar á Laguna Seca, sin más novedad que la continua rotura de los atalajes.

Diciembre 6. Salimos al amenecer. Antes de llegar á la Corcovada, apareció á la izquierda del camino un grupo de hombres á caballo que nos gritaban insultándonos. El Capitán Fisher, con un Sargento y los asistentes que estaban montados, fué encargado de hacer un reconocimiento por aquel lado. Al acercarse, huyó el grupo, subió á una eminencia distante, y siguió vociferando y llamándonos con los sombreros. Continuando la marcha, llegamos á la Hacienda de Peotillos, hostil á nuestra causa, y en la cual tuve un altercado con el Administrador, español, que me reconvenía por no haberme quedado con los trenes en el mesón que aquella finca tiene sobre el camino, á cerca de un cuarto de legua distante de ella.

Diciembre 7. Pasamos con bastantes trabajos y dificultades el Puerto de San José, donde se volteó en una zanja uno de los carros grandes, el cual no pudo incorporarse hasta el día siguiente. Pernoctamos en San Isidro.

Diciembre 8. Nos quedamos en la Hacienda de Turrubiates.

Diciembre 9. Este día fué la jornada penosa por el mal camino. Cerca del Pozo de Acuña se desgranó una rueda de una cureña de á 8, degollándose varios rayos. Trincada con el auxilio de tres palancas, pudimos llegar á dormir al Quelital.

Diciembre 10. Rendimos la jornada á la Viga, sin más novedad que haberse roto el timón de una cureña de á 8.

Diciembre 11. Llegamos a la Borrega, deteniéndonos con frecuencia en el camino para remendar las guarniciones.

Diciembre 12. Al llegar á Tula, los vecinos celebraban la fiesta de Guadalupe disparando muchos cohetes, por lo que fué necesario detener fuera el convoy y mandar avisar á la autoridad, para que hiciera cesar aquellos fuegos, lo que no costó poco trabajo.

Digitized by Google

Entrando á la plaza, solicité las respectivas localidades para establecer el parque, la artillería y la mulada. Para lo primero, se me señaló el camposanto, lugar situado sobre un cerro inmediato, donde no podrían situarse los carros, y era necesario descargarlos. Para las piezas y el ganado se nos dió un corral abierto y accesible por todas partes, y en rumbo diametralmente opuesto. Descargadas las municiones, y colocadas de la mejor manera en el camposanto, solicité una guardia, y lo único que pude conseguir fué que se pusiera un velador, pues no había allí fuerza de que la autoridad pudiera disponer. Al velador añadí yo dos trenistas de confianza que lo acompañaran, relevándolos cada 24 horas.

Colocado todo lo mejor que se pudo, mi primera idea fué procurarme algunos recursos para que comiera la gente y se mantuviera el ganado; pero todo lo que pude conseguir fué la certidumbre de que no existía orden ninguna del Gobierno para darme auxilios, que el Distrito se hallaba en acefalía, por no haber Jefe Político, y que no había fondos ni medio de conseguirlos.

En vista de tan crítica situación, hice reunir al Ayuntamiento, le expuse la triste condición en que me hallaba, y lo excité á que haciendo un esfuerzo, me facilitara lo muy indispensable; bien entendido que tan luego como recibiera fondos del Gobierno, pagaría las cantidades que se me ministraran, ya fuesen éstas en efectivo ó en víveres y pasturas. Apelé al patriotismo de aquella corporación llamando su atención sobre el peligro que correría el convoy, si desertando los trenistas y extenuándose las mulas, el enemigo avanzase de improviso.

El Ayuntamiento se contentó con responder que la *revolución y la seca* tenían reducida aquella Municipalidad á la miseria, y que no podía proporcionarme recursos de ninguna clase. Después de una larga conferencia, lo único que pude conseguir fué la promesa de darme rastrojo (*y no grano*), por algunos días, para la mulada.

En efecto, el rastrojo fué ministrado, pero en tan poca cantidad y de tan mala calidad, que apenas bastaba para que el ganado no muriese de hambre. La conse-

Digitized by Google

cuencia de esto fué que en pocos días las mulas se acabaran de extenuar, muriendo algunas de ellas.

El mismo día en que los carros fueron descargados, se me presentó el dueño de los seis carros grandes, mostrándome una orden apremiante del Ministerio de la Guerra, en que se me prevenía bajo mi más estrecha responsabilidad, que en el momento en que llegara á la ciudad de Tula pusiera en libertad aquel tren. No había, pues, otro remedio, sino obedecer; si bien quedaban gran parte de las municiones sin poder levantarse en caso apurado.

En esto. supe que existían en la ciudad algunos fondos de la Federación en poder de Don J. M. Flores; y me acerqué á dicho señor, manifestándole la angustiada situación en que me hallaba, suplicándole encarecidamente me auxiliara con aquellos fondos de la Nación. El señor Flores me contestó que sin una orden del Supremo Gobierno no entregaría nada, á menos de no ser apremiado por la fuerza.

En vista de esta negativa, ocurrí al C. Coronel Agustín Barragán, que por acaso se hallaba en la ciudad con un piquete de unos quince hombres, quien me los facilitó, y con ellos logré que el señor Flores entregara la cantidad de $332 00 cs. que tenía en su poder.

Aunque pensaba recomponer lo más indispensable de la artillería y herrar también las mulas, por si tenía que pasar la sierra de Victoria, único punto de retirada que me quedaba; tuve que prescindir de semejantes proyectos, pues la cantidad recogida apenas bastaría para dar algunos socorros á los trenistas y á la fuerza del Coronel Barragán, que se moría de hambre.

Arregladas así las cosas, puse un extraordinario al Supremo Gobierno, dándole cuenta de mi situación y pidiéndole instrucciones y recursos. También oficié á los Comandantes militares de Ríoverde y Valle del Maíz, para que con tiempo me noticiaran cualquier movimiento del enemigo que observaran en la sierra, ó bien del lado de San Luis.

Digitized by Google

Así fué corriendo el tiempo hasta el día 26 en la tarde en que llegó por la posta el Cónsul español de Tampico D. Ramón Obregón, procedente de San Luis Potosí. Inmediatamente pasé á tomar noticias, y me aseguró que el enemigo había entrado á San Luis. Esta noticia fué confirmada en seguida por otros viajeros. Era evidente que si el enemigo hubiera destacado en seguida una fuerza cualquiera de caballería, podría llegar á Tula de un momento á otro y hacerse del convoy.

En consecuencia, resolví salir en la mañana siguiente, arrostrando todos los inconvenientes que se me presentaran, y ocurrí á ver al Jefe Político, nuevamente nombrado por el Gobernador del Estado (1), con el objeto de que me proporcionara dinero y carretas para poder levantar el parque, y ponerme en camino. Me contestó que se estaba ocupando de imponer un préstamo, y que al día siguiente me daría lo necesario.

Llegado á mi alojamiento, dí las órdenes para que á las seis de la mañana siguiente estuviera atalajado y enganchado el convoy. Mientras tanto, los traidores de Tula se esforzaban en impedir mi marcha, poniéndome obstáculos, y haciendo desertar á los trenistas.

El día 27 en la mañana se presentó en mi alojamiento el Capitán Thauvin, para anunciarme que no era posible emprender la marcha, porque en la noche habían desertado *el Teniente Cortés, dos Sargentos y dieciocho trenistas, incluso mi asistente*, habiéndose llevado algunas mulas y caballos. No obstante, dispuse que se estuviese á lo mandado, y pedí al Ayuntamiento los hombres que me faltaban para conducir los trenes, ofreciendo que les pagaría un buen jornal en los días que me acompañaran. Después de algunas dilaciones y dificultades, me dieron la gente que pedí, de la más inútil y raquítica que se pudo encontrar, con la condición de que solamente me habían de acompañar tres días, y que su jornal se depositaría en el Ayuntamiento. Yo, que tenía que pa-

(1) Acababa de llegar de Victoria, y lo era el C. Coronel Gabriel Arcos Arriola.

Digitized by Google

sar por todo, cumplí este último requisito. Los hombres se fueron á alistar para la marcha, y yo volví á ver al Jefe Político. Este señor me dió la cantidad de $850 con la expresa condición que de ella había de partir con la fuerza del Coronel Barragán, que se quería hacer salir de Tula á todo trance. Aunque mi presupuesto importaba $3,439.59 cs., de lo que ya se vencía una quincena, no quise poner obstáculos; y me resolví á salir inmediatamente.

El convoy se hallaba en desfilada á la salida de la ciudad, esperando solamente mi llegada para moverse. Serían las tres de la tarde cuando llegué. Un viento fortísimo levantaba nubes de polvo, cegando la vista é impidiendo todo movimiento. En estas circunstancias, me dió parte el Capitán Thauvin que en aquel mismo momento, aprovechándose de lo prolongado de la formación y de los remolinos que hacía el polvo, se acababan de fugar seis de los hombres ministrados por el Ayuntamiento, á consecuencia de lo cual, habiéndose visto solas las mulas de una pieza, y queriendo volver al corral, al dar la media vuelta habían roto la lanza.

Dispuse entonces que el Capitán Fisher, que debía quedarse para recoger la parte del parque que faltaba de cargar, y salir al día siguiente, recogiera las tres piezas que se hallaban sin trenistas, y reclamando los hombres al Ayuntamiento, se me incorporase en el rancho de la Presita.

De Tula á Ciudad Victoria.

Diciembre 27. Después de haber caminado tres leguas, llegamos al rancho de Jaime, donde pernoctamos. El maíz, el rastrojo y los víveres que se necesitaron, no fueron ministrados sino después de un pleno convencimiento de que deberían ser pagados.

Diciembre 28. Amaneció con la novedad de haberse fugado cinco trenistas, entre ellos dos de los que habían

Digitized by Google

sido dados en Tula. Se dió parte á la autoridad de Tula (pagando un correo) y se procedió á contratar unos peones que los reemplazaran. Nuevas dificultades, nuevas dilaciones y desconfianza; garantías de pago adelantado, y formal compromiso de soltarlos en llegando á Palmillas.

Como los atalajes estaban en tan mal estado, y los hombres nuevos no sabían manejarlos, no podía comenzar el trabajo sino después de salir la luz, y se acababa muy tarde. Este día salimos á las once, y pernoctamos en el rancho de la Presita. No se incorporó el Capitán Fisher.

Diciembre 29 Se acabó de atalajar á las diez de la mañana. Superamos con gran pena el Puerto del Ahorcado, pero nos sorprendió la noche antes de llegar á Palmillas, en un terreno sumamente quebrado. No hubo más remedio que dejar abandonadas las piezas que no pudieron seguir, temiendo precipitarlas en algún abismo, y llevar las mulas á Palmillas.

La noche era obscura y fría, y aunque se mandó un hombre á avisar que dispusieran pasturas, como llegamos tarde, con dificultad pudo darse agua al ganado y un poco de rastrojo.

Diciembre 30. Amaneció el ganado muy estropeado, y la gente cansada. Después de dar un pienso de maiz, se procedió á conducir las piezas que se hallaban regadas en los cerros y barrancos. Operación fué esta que duró tres días. La rueda rota en el Pozo de Acuña, á pesar de sus trincaduras, se acabó de desbaratar en una cuesta, y fué necesario mandar otra cureña para conducir la pieza.

Se incorporó el Capitán Fisher con las tres piezas que faltaban y una porción de carretas cargadas con municiones y tiradas por bueyes. Los boyeros y sus animales iban sin recursos, y este fué un aumento á mi presupuesto.

Diciembre 31. Se hicieron algunas reparaciones al material y se continuó el acarreo de las piezas. En la noche llegó un extraordinario que iba de Matehuala para

Digitized by Google

Matamoros y conducía para mí un pliego del Ministro de la Guerra, ordenándome saliese de Tula rumbo á Victoria, *ocupando para esto cuanto necesitase de la propiedad particular*, y me adjuntaba una libranza pagadera al portador, por valor de $1,000 00 cs. sobre San Luis Potosí.

Aproveché la oportunidad para poner comunicaciones al Jefe Político de Ciudad Victoria, pidiéndole auxilios de hombres, pasturas, y víveres para poder pasar la sierra, en donde no se encuentra nada, y al Gobernador de Tamaulipas (en Matamoros) dándole cuenta de mi movimiento, y solicitando recursos mientras permaneciera en Victoria, pues los que tenía apenas me alcanzarían para llegar á aquella ciudad, teniendo que auxiliar á la fuerza del Coronel Barragán y cubrir los gastos extraordinarios que ocurrían á cada momento. Tenía, además, en perspectiva quince días de trabajo por lo menos en el corazón de la sierra, los elevados precios del maíz y del rastrojo, y los víveres que tenía que hacer conducir á las Minas, donde debía formarse un depósito para proveernos todo el tiempo que se pudiera tardar en pasar la sierra.

Mandé en seguida al Capitán Fisher que por la posta fuese á Tula á negociar los $1,000 de la carta-orden del Supremo Gobierno; para cuyo efecto lo recomendé á varios amigos, ordenándole que se volviese inmediata y calladamente con el dinero.

Enero 1º de 1864 Este día se incorporaron las últimas piezas, quedando reunido todo el convoy. Habiendo sabido por el patriota Coronel Manuel Saldaña, que en el pueblo había algunos fondos recaudados de donativos voluntarios para la guerra, hice que se pusieran á mi disposición, y se me entregó la suma de $204 00 cs.

El altísimo precio del maíz y del forraje, y la circunstancia de ir pagando todo, aun el alquiler de las yuntas de bueyes que necesitaba, me obligaban á proporcionarme recursos de todas partes.

En la tarde nos ocupamos en arreglar la marcha para el día siguiente. Se desbarató el armón del afuste roto,

Digitized by Google

colocando las piezas en los demás carruajes. Se trincó la cureña que quedaba sola, suspendiéndola del argollón de contera en el cuerpo del mástil de otro montaje, al que se le añadieron las mulas del primero para que pudiesen arrastrar un doble peso. Se solicitaron mozos para reemplazar á los del rancho de Jaime, [que no quisieron seguir ni con la promesa del aumento de paga], y á algunos trenistas que habían desertado. Tuvimos que luchar con las mismas resistencias y desconfianzas que en todas partes, pero al fin quedaron arreglados para acompañarnos hasta Jaumave.

En la noche llegó el Capitán Fisher con el dinero del vale al portador que fué á negociar á Tula, y que un amigo mío, Mr. Duprat, tomó con el pequeño descuento de dos por ciento.

Enero 2. Acabamos de atalajar tarde. Salimos de Palmillas y llegamos á Jaumave cerca del anochecer, sufriendo en el camino, como de costumbre, frecuentes altos para arreglar los atalajes.

En Jaumave me manifestó el capataz de los boyeros que las carretas que traía á su cargo no podían seguir más adelante, porque sólo hasta aquel punto los había obligado la autoridad de Tula, haciéndome presente también que las carretas no podían penetrar en el corazón de la sierra, ni tendrían en ella con que alimentar sus bueyes. Como todo esto fuese cierto, tuve necesidad de dejarlas marchar, dándoles un pequeño auxilio para que los hombres y los bueyes comiesen en el camino.

En consecuencia, las municiones que habían conducido, quedaron depositadas en la iglesia de Jaumave, con instrucción á la autoridad de irlas enviando, según pudiese, en mulas, á la ciudad de Victoria.

En Jaumave permanecimos dos días, tiempo necesario para hacer algunas reparaciones indispensables en el material, y situar anticipadamente en el *Paso de la Mula*, y en el punto de las *Minas* los víveres para la gente, y el maíz y forraje para el ganado de tiro.

Enero 4. Tuvieron que contratarse nuevos peones, pues se habían vuelto los de Palmillas, y después de de-

Digitized by Google

jar su paga en poder del alcalde, salimos rumbo á la Mula. Como el camino se va haciendo cada vez más impracticable, tuvimos bastantes dificultades que vencer, y apenas pudimos llegar al pié de la cuesta. Desenganchados los trenes, se quedaron las piezas y carros en el camino, subiendo los hombres y el ganado á dormir á las ruinas del rancho de la Mula.

Enero 5. Se retiraron los peones de Jaumave y fué menester dar una gratificación á los carreteros para que ayudaran á subir las piezas. Los Capitanes Fisher y Thauvin trabajaron toda la mañana, y apenas pudieron subir tres cañones. Yo oficié á Victoria noticiando mi llegada á la Mula, pidiendo algunos auxilios de hombres para el paso de la artillería, y de forrajes que deberían situarse en el punto llamado *Las Tinajas*. Contraté un poco de maíz que por acaso pasó por allí, lo hice conducir á las Minas, y logré que llevaran algún rastrojo de las cercanías. Conseguí también, aunque con mucho trabajo, unos ocho peones del único rancho que se halla en aquellos contornos

En la tarde, el Capitán C. Enrique Thauvin me manifestó que sin el auxilio eficaz de hombres y yuntas que deberían mandar los pueblos, veía impracticable el paso de la sierra; que pensaba que sería lo mejor dejar allí las piezas y marchar á Victoria en busca de recursos: que como yo veía, ni en ocho días subiríamos tan sólo aquella cuesta. Yo le contesté que estaba resuelto á no separarme del convoy, sino en el sólo caso de que llegara á tomarlo el enemigo, y que creía que con un poco de trabajo acabaríamos por vencer todas las dificultades: que corría por mi cuenta que al día siguiente subieran al rancho todos los carruajes.

Dispuse que descansara y comiese bien el ganado, para que estuviese listo al otro día.

Con el Capitán Fisher y los pocos peones que había conseguido, armados de algunos instrumentos de zapa, que por acaso se hallaban en el rancho, bajé á componer los pasos más difíciles de la subida. La tarde era en extremo fría, y un viento helado que venía del Norte,

Digitized by Google

apenas dejaba trabajar á aquellos pobres hombres, medio desnudos; aunque el Capitán Fisher y yo les dábamos el ejemplo.

Enero 6. A las doce del día todo el convoy se hallaba reunido en el Rancho de la Mula. En la tarde llegó un enviado del Teniente Villegas que estaba en las Minas, trayendo cien pesos que remitió el C. Jefe Político de Victoria. Encargado de recibirlos el Capitán Thauvin, resultaron ser solamente noventa, según el parte que me dió.

Además, dicho Jefe Político C. Antonio Perales, había mandado á las *Minas* algunas reses, y me ofrecía auxilio de hombres y de forraje. En vista de esto dispuse que el Teniente Villegas permaneciera en las Minas y se hiciera cargo del depósito de maíz, forraje y víveres que se estaba formando allí.

Enero 7. Se comenzó á franquear la barranca que sigue inmediatamente de la Mula, y la subida de la segunda cuesta, que por ser muy pendiente y formada de grandes bancos de piedra bruta, presenta muchas dificultades.

Este día y los dos siguientes se emplearon en pasar este obstáculo.

Enero 9. En la tarde de este día me puse en marcha, conduciendo cinco piezas con dobles tiros, ayudado del Capitán Fisher, habiendo quedado en la Mula el Capitán Thauvin para cuidar del material restante y ayudar á su conducción á las Minas. Como pronto anocheció y hacía mucho frío, varios hombres abandonaron las mulas y se ocultaron en el monte. Fué, pues, preciso desenganchar los tiros de dos piezas y dejarlas en el camino, para que fueran las mulas á cenar á las Minas.

Enero 10. Se recogieron las dos piezas que habían quedado abandonadas la víspera y fueron los tiros á la Mula para conducir las otras. En la tarde se incorporaron dos piezas.

Enero 11. Tomé cuatro piezas y me puse en marcha hasta dejarlas en la *Vega del Diablo*, regresando á las Minas para que bebiera y comiera el ganado. El Capi-

Digitized by Google

tán Fisher, por su parte, condujo otras cuatro piezas de la Mula á las Minas.

Enero 12. Acompañado del Capitán Fisher llevé á La Vega del Diablo las siete piezas que quedaban en las Minas, y volvimos á dormir á aquel lugar. El Capitán Thauvin llegó con las tres piezas que había en La Mula. Los carros con las municiones no pudieron pasar de La Mula, porque la vía de ellos era más ancha que el camino. Este se hallaba abierto en la viva roca, con pared casi perpendicular de un lado y voladero del opuesto, no siendo, por lo tanto, posible ninguna compostura del momento.

Me ví obligado en vista de este nuevo inconveniente, á mandar á Jaumave las municiones á cargo del Teniente Villegas, para que bajo inventario las entregase á la autoridad y ésta las fuese mandando á Victoria á lomo de mula, según fuese posible. Los carros fueron, en consecuencia, puestos en libertad, y regresaron á Tula.

Enero 13. Se trasladó el campamento á la Vega del Diablo, llevando á allá las últimas tres piezas. Llegaron veinticinco hombres que el Jefe Político de Ciudad Victoria mandaba en mi auxilio, socorridos y comprometidos por tres días.

Enero 14. Logramos pasar cinco piezas de la Vega del Diablo á *Las Tinojas*, con el esfuerzo de todos los hombres y la mayor parte del ganado.

Enero 15. Pasaron otras cinco piezas. El ganado se hallaba muy maltratado, á pesar de que se le atendía bien, y ya faltaban muchas mulas que habían muerto desde nuestra salida de San Luis, especialmente en Tula, y las que robaron los desertores.

Enero 16. Llegaron otros veinticinco hombres en relevo de los primeros; pero necesitándolos á todos, propuse á los que se retiraban que se quedasen otros tres días, en los cuales les pagaría yo el jornal. Algunos aceptaron mi proposición, y con ellos y los recién llegados, se trasladó el campamento á Las Tinajas, donde se reunió todo el material.

Digitized by Google

Enero 17. Se subió la mitad del tren á la última cumbre de Las Tinajas.

Enero 18. La parte del tren que había subido la última cumbre se trasladó al rancho del Muerto, á una legua de Victoria. El resto del tren y el campamento se subieron á la cumbre, donde pernoctamos.

Enero 19. Descendimos de la sierra con algunos contratiempos de vuelcos y roturas Se reunió todo el material en el rancho del Muerto, donde descansó la gente y comió, y á la oración de la noche entramos á Ciudad Victoria.

Del personal que saqué de San Luis Potosí, sólo me quedaban dos Oficiales y cinco trenistas.

El ganado estaba disminuido y aniquilado.

El material, desde antes deteriorado, había sufrido mucho y necesitaba urgentes reparaciones. La marcha de Tula á Victoria había durado *veinticuatro días* para vencer solamente *cuarenta y seis leguas*, si bien la mayor parte del camino es de sierra.

Al mismo tiempo que el convoy entraba á Victoria, por el otro extremo de la población llegaba la sección de tropas del General C. Guadalupe García, que se retiraba de las inmediaciones de Tampico, donde había tenido muchas bajas.

Durante nuestra permanencia en Victoria, se procedió á trasladar las municiones que habían quedado en Jaumave, y otro gran depósito de granadas de á 68, cargadas, que existía en la hacienda de los Hernández, cerca de aquel pueblo. Esta operación se hacía lentamente, porque no habiendo suficientes bestias de carga, era necesario aprovechar la ocasión en que fueran á Victoria algunos arrieros de vacío. En esta ciudad había un gran material de guerra del que se sacó de Tampico cuando se desartilló aquella plaza Entre otras piezas de artillería, había tres bomberos de á 68 y ocho cañones de á 24 de plaza.

Todo esto yacía por el suelo, y los montajes se hallaban esparcidos en distintos puntos del Estado.

Digitized by Google

El General García, á quien me presenté, me impartió algunos auxilios y consiguió que el Jefe Político proporcionara un potrero para el ganado, pues no era posible mantenerlo en la ciudad, estando tan cara y escasa la pastura, y el maíz á más de veinte pesos la carga. Pero aquellas mulas tan maltratadas, que después de tantas fatigas necesitaban cuidado y buen alimento, se acabaron de extenuar en el campo, y algunas murieron.

Pocos días después de mi llegada á Victoria recibí una comunicación de D. Juan N. Cortina, *ordenándome que inmediatamente* me pusiera en marcha con el convoy para Matamoros. Aquel señor se acababa de pronunciar, (*por segunda vez en poco más de dos meses*) declarándose Gobernador del Estado. Aunque la primera vez lo había perdonado el Supremo Gobierno y *ascendídolo á Coronel*, y acaso volvería á perdonarlo, no me creí obligado á obedecer una orden emanada de un pronunciado, que ni sin este carácter podía darme órdenes, puesto que yo dependía de la Federación y no del Estado de Tamaulipas, y como Jefe militar no era mi superior, puesto que yo era más antiguo.

Por todas estas razones, pero obedeciendo con lo que desgraciadamente pasa en nuestra pobre patria, contesté al señor Cortina que aunque lo deseara, no me era posible ponerme en marcha, por hallarme á las inmediatas órdenes del Ministerio de la Guerra. Al mismo tiempo me dirigí al Gobierno, dándole parte de la llegada del convoy, felizmente, á Victoria y de las pretensiones de Cortina. El Gobierno me contestó de enterado respecto del primer punto y *nada* respecto al segundo. Pocos días después, Cortina *era reconocido como Gobernador de Tamaulipas por el Gobierno Federal*, y más adelante se le mandó la faja de *General de brigada* (1). Yo,

(1) Una tarde del mes de Junio de 1864, se recibió en Matamoros la fatal noticia de la completa derrota en Matehuala, de la división que mandaba el General D. Manuel Doblado. En la noche una salva de 21 cañonazos, repique de campanas, dianas, cohetes etc., y refresco é iluminaciones en la casa del Gobierno, sorprendieron á la población, que

Digitized by Google

por mi parte, recibí otra nota muy apremiante del nuevo Gobernador, previniéndome que *inmediatamente, sin excusa ni pretexto, y bajo mi más estrecha responsabilidad*, me pusiera en marcha para Matamoros, con todo el material de guerra que tenía á mis órdenes. Héteme aquí amenazado por un hombre ignorante hasta de las fórmulas más sencillas, suspicaz y déspota, expuesto á sus rencores y sin el amparo del Gobierno Federal, que se había despojado del poder para que los audaces se lo repartieran, sacrificando así á sus leales servidores. Una negativa categórica por mi parte me hubiese traido funestas consecuencias. Por otra parte, condescender sin tener en cuenta para nada al Gobierno, de quien dependía, si bien no me traería ningún mal, mi pudor se rebelaba á tal debilidad, tanto por el decoro del Gobierno como por el mío propio.

Con el objeto de ganar tiempo, contesté á Cortina que tan luego como me mandara recursos me pondría en marcha.

Mientras tanto, otros acontecimientos se desarrollaban. El Capitán Fisher, que no se conformaba con la situación precaria que atravesábamos y la más amenazadora que se avanzaba, solicitó del General García licencia para marchar á Matamoros. Aquel señor General, sin contar para nada conmigo, y sin facultad ninguna, tuvo á bien concedérsela, auxiliándolo con recursos, y el Capitán Fisher y su esposa se pusieron en marcha Este hecho relajaba la disciplina y ponía al Jefe, en cierto modo, bajo el subalterno. El General García, á cuyas inmediatas órdenes no estaba Fisher, carecía de facultad para permitir á un Oficial del ejército federal que se separase de su cuerpo, é invadía las atribuciones del Supremo Gobierno. ¡Fatales consecuencias del desorden

---

creía que alguna grande victoria había compensado el revés de Matehuala. Todo el mundo salía á la calle á inquirir noticias. pero lo único que sabía era que *se celebraba el ascenso del General Cortina*. El Ejército de los Estados Unidos presenciaba estos escándalos, del. otro lado del Río Bravo.

¡Qué vergüenza!

Digitized by Google

convertido en sistema! Pocos días después, el mismo General García sería á su vez víctima de semejante estado de cosas.

Una noche se oyeron tiros y gritos en el cuartel, pronto el desorden se comunicó á las calles, y todo el mundo temía por la suerte que le cabría en aquel lance. Era simplemente que la fuerza se había pronunciado contra su General. ¡En pocas semanas se había pronunciado tres veces aquella tropa! El General García y algunos adictos á su persona, escaparon á pié por el monte, y habiendo conseguido caballos en un rancho, pudieron salvarse y llegar á Brownsville. Las dianas anunciaron que todo estaba concluido. El Coronel Cerda y el Teniente Coronel C. Pedro Méndez, estaban á la cabeza de las tropas. Conmigo no se mezclaron para nada.

Al día siguiente hicieron recoger las armas y caballos de los Jefes y Oficiales que juzgaron adictos al General García, é hicieron salir á éstos de la población, en un tiempo perentorio. Después *ascendieron* á varios Sargentos *á Oficiales* y á varios Oficiales á grado superior. Este pronunciamiento fué aprobado también por el Supremo Gobierno, que dió las gracias á *los pronunciados que acababan de salvar el Estado de Tamaulipas.*

Cortina, por su parte, se alarmó y creyó que las tendencias de los que habían hecho aquel movimiento eran de apoderarse del Gobierno del Estado. Desde luego, comenzó á ver de mal ojo á todos los que nos hallábamos en aquella ciudad, y creció su deseo de que la artillería que yo tenía á mis órdenes llegara cuanto antes á Matamoros. En consecuencia, mandó al Capitán Fisher con nuevas y apremiantes órdenes de ponerme en marcha, para lo cual me remitía 500 pesos en oro, facultándome para agenciar más dinero en el comercio, pagadero en Matamoros, y me prevenía que llevase conmigo los obreros de maestranza que había en Victoria y la sección del cuerpo médico.

La maestranza se hallaba reducida á algunos obreros de la compañía de Tampico, que habían quedado des-

Digitized by Google

pués de la marcha del Sr. Comonfort, quien se llevó algunos, mientras otros habían desertado.

Pero el Coronel Cerda me hizo presente que si á aquellos hombres se les obligaba á ir á Matamoros, desertarían en el camino, *pues no tenían voluntad de ir*, y se perderían sus servicios. Además, que aquella sección de tropas necesitaba sostener una pequeña maestranza para utilizar todo aquel material de guerra que había allí, con el que se podían proveer también otras secciones de tropas. Convencido yo de la exactitud de estos acertos, y que en último caso, como Cerda disponía de la fuerza, se haría siempre lo que él quisiera; y me resolví á marchar sin los obreros, llevando conmigo solamente al maestro mayor de armas C. Lugardo Larios.

De la sección médica también era natural dejar algunos Cirujanos para aquella fuerza, que era la que más prontamente entraría en campaña, por lo que únicamente llevé conmigo al Médico Cirujano C. Manuel Carpio y al Administrador del hospital C. Guadalupe Herrera. A todo este personal tenía yo que darle pagas de marcha, y además proveerme del maíz necesario, al menos para la mitad del camino, donde no se encontraba, y el cual costaba de 20 á 24 pesos carga. De aquí la necesidad de conseguir más recursos para la marcha.

El Capitán Fisher me entregó una comunicación del Teniente Coronel Arocha, que era mandado por Cortina con una fuerza de rifleros para activar la marcha de artillería, pues parece que el Capitán Fisher había significado á Cortina que los de Victoria no permitirían la salida del convoy *y que yo tenía poca voluntad de ir*. El mismo Fisher me manifestó en lo particular que Arocha llevaba órdenes de llegar hasta Victoria, si era necesario, á llevar el convoy de grado ó por fuerza.

Deseando yo evitar una desgracia, procedí con la mayor actividad para expeditar la marcha, tanto más, cuanto que ya tenía orden del Gobierno; pero tenía que luchar y vencer grandes obstáculos.

Necesitaba bagajes para los equipajes de los Oficiales

Digitized by Google

y para conducir el maíz necesario, pero esto era de todo punto imposible, porque no había absolutamente bestias de carga. En la maestranza había un carro pequeño de cuatro ruedas y dos carretones de la policía de Tampico que se sacaron cuando la evacuación de aquel puerto: todo esto en muy mal estado. Era preciso proveerlos de mulas y atalajes. Las primeras se hallaban muy disminuidas, y los segundos hechos mil pedazos. Sin embargo, se dispuso todo del mejor modo, y me dispuse á salir; pero faltaban trenistas, pues no tenía más que cinco. Los pedí al Ayuntamiento, ofreciendo, por supuesto, que serían pagados religiosamente y reemplazados en el camino. Depositó el sueldo de los días que me habían de acompañar, y esperé. Al tercer día, á las cinco de la tarde, los pude al fin reunir (gente raquítica, inútil é ignorante en el oficio); pero á esas horas resolví salir, persuadido de que si no lo verificaba, al día siguiente me faltaría la mitad de la gente.

Para que se comprendan las dificultades que la tal marcha ofrecía, es necesario dar una idea del estado en que entonces se hallaba la parte de Tamaulipas que tenía que recorrer. Cuatro años de sequía consecutivos habían ocasionado pérdidas inmensas en la propiedad rústica. Evaporada el agua de los estanques, secos los pozos y las norias, el ganado tenía que recorrer grandes distancias para abrevarse, y mucha parte de él sucumbía. Los pastos tostados por el sol abrasador de los trópicos, sin recibir del cielo una sola gota de agua, ocasionaban la muerte á los pobres animales. La mortandad del ganado vacuno y del caballar fué tan grande, que haciendas y rancherías, que contaban por millares sus cabezas, apenas si les quedaban algunas decenas; de suerte que especialmente los caballos, eran en tan corto número, y tan extenuados, que los *correos extraordinarios* preferían caminar á pié que hacerlo en animales tan debilitados, que no podían caminar una legua en dos horas, y repentinamente se echaban para no volverse á levantar. Había contribuido también á tan grande malestar, la cruel guerra que á fines de 61 y principios de 62

Digitized by Google

se habían hecho los partidarios de Serna y de Guerrero, que se disputaban el mando del Estado.

Pero no solamente se hacían sentir los efectos de la guerra y de la sequía en los ganados. Las siembras se habían interrumpido, y el maíz que se consumía era procedente de los Estados Unidos, importado por el Puerto de Matamoros, y á precios excesivos.

Mucha gente había emigrado á Matamoros, donde había á la sazón un comercio bastante activo, y por consiguiente, trabajo. Desde aquel puerto hasta Ciudad Victoria, el camino presentaba un cuadro de desolación que afligía el espíritu. A la orilla del camino, y principalmente á las inmediaciones de los estanques, emblanquecían el suelo las hosamentas de los miles de animales que habían sucumbido á los rigores de la estación, ú ofrecía un espectáculo repugnante la multitud de sus cadáveres en estado de descomposición, que se veían por todas partes.

Los ranchos y los pueblos parecían deshabitados, á consecuencia de la emigración que se dirigía á la orilla del Río Bravo. Algunos convoyes de mercancías habían quedado detenidos, ya en las rancherías, ya en medio del campo, imposibilitados de seguir adelante por haber perecido el ganado que los conducía. Estos convoyes tardaban un tiempo fabuloso de Matamoros á Ciudad Victoria, cuando solía llegar alguno, y vendían los efectos á precios exorbitantes. Por lo demás, apenas si se encontraba algún viajero en todo el camino, ó algún *correo á pié* ya sólo, ó bien arreando un escuálido caballo.

De todo esto tenía yo noticia, pues me había esforzado en tomar toda clase de informes para prevenirme según las circunstancias.

La opinión general me vaticinaba un viaje fatal. Ya veían las piezas regadas en el camino, las mulas muertas, los trenistas prófugos y á mí esperando en algún rancho que me mandaran recursos de Matamoros, para sacarme del atolladero. En vista de tales pronósticos, hube de tomar mis medidas, de manera de salir airoso. Hice que el Capitán Fisher se adelantase llevando una

Digitized by Google

circular para todos los pueblos y ranchos que se hallaban en mi derrotero, con el objeto de que hiciesen cortar, y tuviesen listo, del mejor pasto que se encontrase en las cercanías respectivas, en el concepto que todo sería pagado. También le dí instrucciones para que si hallaba maíz en suficiente cantidad en el pueblo de San Fernando, comprase el necesario para seguir el viaje, y de no ser así, continuase hasta Matamoros con el objeto de situarme en las rancherías intermedias lo preciso de aquella semilla para la mantención de las mulas. Esta medida era tanto más apremiante, cuanto que el maíz que yo sacaba de Victoria apenas alcanzaría para llegar á San Fernando.

Arregladas así las cosas, hice recoger las mulas del campo con intención de prepararlas para el viaje. Durante tres días les hice dar un abundante pienso de maíz y pasto, y me dispuse á marchar el 22 de Marzo.

De Victoria á Matamoros.

Marzo 22. Salimos á las cinco de la tarde. La debilidad de las mulas, la inutilidad de los trenistas y el desbarate de los atalajes, fueron causas de una marcha excesivamente penosa. Como no había más Oficiales que el Capitán Thauvin y yo, y la columna se prolongaba mucho por la oscuridad y la irregularidad de la marcha, el trabajo fué incesante. Toda la noche tuvimos que estar bajando del caballo para amarrar correas, desencuartar las mulas ó desatorar los trenes, cosas que aquellas gentes ignorantes no sabían hacer.

A la mitad del camino se rompió el eje de uno de los carretones, y fué necesario recargar su contenido en los otros y dejarlo abandonado.

Cerca de las cuatro de la mañana llegamos á Güemes; pero en llevar las mulas al agua, recoger la pastura que había prevenida y distribuir el pienso, nos sorprendió la luz del día.

Digitized by Google

Marzo 23. Después que comieron las mulas y la gente descansó un rato y almorzó, dí orden de atalajar. En Güemes me proveí de reatas, *cuartas* para los trenistas que no tenían, y compré algunos fustes viejos y casi desnudos que pagué caros, pues algunos trenistas no tenían silla, é iban estirando á pié sus troncos. Recomendé al alcalde que recogiera el carretón que se había quedado en el camino y dí orden de marchar.

Sería medio día cuando el convoy salió de Güemes, pero hallamos tantos tropiezos en el camino, que no pudimos llegar á Padilla hasta la madrugada del siguiente día. Ya asomaba la luz, cuando después de llevar á beber la mulada y haber echado el pienso, pudimos descansar un rato.

En vista del cansancio general de la gente y del ganado, creí conveniente que descansáramos aquel día, y dí la orden de permanecer en Padilla.

Marzo 24. Llegó el Teniente Coronel Arocha, que venía á tomar noticia sobre la marcha de la artillería, y tuvo una entrevista conmigo. En la tarde visitamos los sitios que se han hecho célebres en aquel pueblo por las catástrofes ocurridas á los Generales Iturbide y Terán.

Marzo 25. No pudimos salir antes de las nueve, á consecuencia de la torpeza de los trenistas para atalajar. Perdimos mucho tiempo en pasar el río de Padilla, y por último, se hizo pedazos el carro de cuatro ruedas, de manera de no tener compostura. Esta ocurrencia nos puso en apuros, pues no podíamos dejar lo que el carro contenía, particularmente el maíz, que era nuestro primer elemento de vida. Se recargó el único carretón que quedaba y se acomodaron, repartiéndolos en los armones, los sacos del maíz, poniendo las mulas del carro quebrado en los carruajes que resultaban más recargados. Al anochecer llegamos al Marquesote, donde encontramos buena pastura.

Marzo 26. A consecuencia de las desveladas, de las fatigas y de la irritación producida por los piquetes que las garrapatas me habían dado, amanecí con calentura. Dejé el convoy al Capitán Thauvin y me adelanté á Ji-

Digitized by Google

ménez (Santander) con el objeto de acostarme y hacerme algún remedio.

Allí supe que un Oficial que había pasado conduciendo varias piezas de artillería, había dejado en el pueblo una de ellas, cuyo montaje necesitaba compostura. Como yo traía también una que no podía seguir la marcha, resolví dejarla, cambiándola por la que ya estaba compuesta, pagando, por supuesto, la cuenta de los gastos que ocasionó su reparación.

Marzo 27. Al Encinal, sin novedad.

Marzo 28. Muy de mañana se me presentó el Capitán Thauvin dándome parte que en la noche anterior se habían fugado varios trenistas, llevándose algunos fustes de los recientemente comprados. Como semejante cosa se había repetido con frecuencia, manifesté al Capitán que yo no podía pasar por tan repetidas pérdidas y que, en consecuencia, él pagaría los fustes perdidos. Aunque se trataba de una pequeñez, el Capitán Thauvin se dejó llevar por la cólera, y me dijo que él no podía evitar lo que estaba pasando, que ya estaba cansado de tanto trabajar, y por lo mismo, desde aquel momento abandonaba el convoy, pues no seguiría con él aunque lo fusilaran. ¡Así hablaba un Capitán del ejército! Tal era el grado de desmoralización á que habíamos llegado. Afortunadamente se hallaba en el rancho una fuerza del Teniente Coronel Arocha, y mandé á Thauvin que se presentase arrestado.

Pasado un rato, vino á suplicarme que no tomara en cuenta sus palabras, dichas en un momento de calor, que lo dejara marchar con el convoy.

Yo bien sabía que su falta era muy grave y merecía un buen castigo. Pero, ¿cómo imponérselo? ¿á quién recurrir? El Gobierno no tenía poder ni voluntad para moralizar la fuerza armada, y nada se podía remediar. Le concedí, pues, que continuara la marcha. Este día llegamos á las Chorreras con los trabajos acostumbrados, de reemplazo de trenistas, compostura de guarniciones, etc., etc.

Digitized by Google

Marzo 29. A San Fernando. En este lugar me esperaba el Capitán Fisher como le había ordenado. Había conseguido el maíz suficiente para concluir la marcha, si bien pagándolo á 24 pesos carga.

Marzo 30. Salió el Capitán Fisher para Matamoros, llevando la orden de prevenir en los ranchos del camino, que tuviesen listas las pasturas para cuando el convoy pasara. Este día y el siguiente se pasaron en hacer algunas reparaciones en el material, comprar algunos fustes que faltaban, y reemplazar á los peones de Jiménez, que no quisieron pasar adelante.

Abril 1º Pernoctamos en el rancho de la Punta.
Abril 2. Al rancho de Santa Teresa.
Abril 3. Al rancho de Quijano.
Abril 4. Al Moquete
Abril 5. A Matamoros.

Una legua antes de llegar á la ciudad, mandó Cortina una fuerza de artilleros al mando de un español que había sido, según decían, cochero del General Prim, para que se recibiese de la artillería, y entrase con ella con toda pompa.

Allí terminó la penosa marcha de aquel material que venía desde las cercanías de Puebla y de México.

Para vencer 80 leguas que hay desde Ciudad Victoria á Matamoros, necesitamos solamente quince días, incluyendo tres de descanso. Marcha muy feliz si se considera las circunstancias en que fué hecha. Del personal que saqué de San Luis Potosí no quedaban más que el *Capitán Thauvin y tres trenistas*. *La mitad* del ganado había sucumbido; los atalajes estaban absolutamente inservibles y el material bastante maltratado. El Capitán Fisher, que se hallaba en buenas relaciones con Cortina, fué á Monterrey, y consiguió del Supremo Gobierno el ascenso á Teniente Coronel de infantería, y licencia para poder permanecer en los Estados Unidos por el tiempo que quisiera. Se pasó, pues, al lado izquierdo del Río Bravo, sentó plaza en el ejército confederado, y á poco, amenazó cañonear á Matamoros.

Digitized by Google

Excusado es decir que todos los que por el llamado del Sr. Cortina llegamos de Victoria, fuimos arrinconados pocos días después, y que aquel material de guerra, conducido hasta la frontera á costa de tantos gastos y trabajos, sirvió solamente para que Cortina lo entregara al enemigo, cuando traicionó la causa nacional.

El Capitán Thauvin y yo tuvimos que refugiarnos en el extranjero (1), previa licencia del Gobierno, y desde allí escribo estos apuntes.

(1) Nueva York. 1866.

Digitized by Google

Digitized by Google

NOTA.

Además, emigraron con nosotros las personas que constan en la siguiente lista:

General de División, D. Benito Quijano.
,, D. Felipe B. Berriozábal.
,, D. Manuel Doblado.
General de Brigada D. Pedro Ogazón.
Coroneles D. Bernabé L. de la Barra.
,, D. José de la L. Toledano.
,, D. Francisco Espinosa.
,, D. José Rincón.
Teniente Coronel D. Federico F. Millen.
Capitán D. Enrique Thauvin.

DIPUTADOS, EMPLEADOS, ETC., ETC.

F. Zarco, P. Tovar, C. Robert, J. Rivera y Río. Lic. Avila, Lic. Zavala, Godoy, Rivera, Padre Enriquez, A. Navarro, F. Rosas, S. Vicario, F. Ibarra, A. Treviño, A. Bravo, E. Benites, M. Saavedra, J. J. Baz, Venegas, J. A. Zambrano, Corral Santacilia.

Después fueron llegando, en distintas épocas, y permanecieron más ó menos tiempo, los Generales Escobedo, Tapia, A. Rivera; los Coroneles F. Aguirre. J. Licastro, y varios paisanos.

MURIERON EN NUEVA YORK:

General Quijano.
,, Doblado.
Un niño del Señor Juárez.
Angel Navarro.
La esposa del General Quijano

Digitized by Google

Digitized by Google

SITIO

Y Caída de Querétaro.

1866 y 1867.

Digitized by Google

Digitized by Google

SITIO Y CAIDA DE QUERETARO.

MARZO A MAYO DE 1867.

A mediados del año de 1866, los partidarios de la República habían obtenido algunas ventajas sobre las fuerzas imperiales en la frontera del Norte. Debido á esta circunstancia, los republicanos refugiados en Nueva York y en Texas pudieron volver á la patria. A fines de Septiembre del año citado se hallaban en Brownsville los Generales Berriozábal, Negrete, Poucell, Garza y Paz, el comisario Zambrano, y varios Jefes, incluso el que subscribe.

A la sazón, estaba pronunciado en Matamoros el General D. Servando Canales, aunque no había proclamado plan político alguno. Los residentes en Brownsville se hallaban divididos en opiniones. Unos aprobaban el golpe de Estado que el señor Juárez había dado en Chihuahua; otros creían que terminado el período del señor Juárez, debía de cumplirse con la prevención de la ley, tomando posesión de la Presidencia el General D. Jesús González Ortega, porque decían que si se admi-

Digitized by Google

tían pretextos, de cualquier género que fuesen, para transgredir la ley, nunca les faltarían á los ambiciosos; y una vez admitida semejante corruptela, sería un amago constante contra la paz de la República.

De esta diferencia de opiniones resultaban continuas disputas, y también intrigas para obligar á Canales á decidirse por uno ú otro partido. Pero este General, que sólo se proponía permanecer ocupando el puerto, como Gobernador de Tamaulipas, no se decidía ni por uno, ni por otro.

Mientras esto pasaba en la frontera del Norte, el ejército francés, que había empezado su movimiento de retirada, se disponía á abandonar Matehuala. Era el momento en que la división del General Escobedo, que se hallaba en Monterrey, debía marchar á la espalda de los franceses, si no para hostilizarlos, al menos para ir ocupando las poblaciones que evacuaran, antes de que fuesen ocupadas por los imperialistas. Pero el Gobierno tuvo á bien disponer otra cosa, ordenando al General Escobedo que marchase á reducir al orden al General Canales.

Esta resolución tenía el grave inconveniente de que las fuerzas y material de guerra de que podía disponer el General Escobedo, no eran bastantes para vencer la resistencia que podía oponer la plaza de Matamoros, fortificada, artillada, y guarnecida como estaba. Podría suceder, según todas las probabilidades, que las fuerzas de Escobedo fuesen rechazadas y obligadas á replegarse á Monterrey.

Como consecuencia, seguiría una serie de hostilidades entre los Estados de Tamaulipas y Nuevo Leon, ya enemistados de antemano, que impediría á las fuerzas republicanas marchar al interior, y por consiguiente, dejarían en quietud á las fuerzas imperiales para ocupar las poblaciones y prepararse á la resistencia.

A cumplir con las órdenes del Gobierno había llegado á las cercanías de Matamoros el General D. Santiago Tapia, con una brigada del ejército. Este señor Ge-

Digitized by Google

neral me invitó á tomar servicio en sus tropas, por medio de una carta que yo le contesté del modo siguiente:

"Brownsville, Texas, Octubre 25 de 1866.

"Mi General, amigo y señor:

"Don Juan A. Zambrano me ha mostrado una carta de usted en la cual se sirve decirle que si aun no me hallo en camino para Monterrey, ocurra á D. Alonso Aspe para que me proporcione los recursos necesarios, con el objeto de que me incorpore á las fuerzas que usted manda, y que deben de operar sobre Matamoros."

"Confiando en la amistad con que usted siempre se ha servido distinguirme, y en su acreditada caballerosidad, me atrevo á someter á su examen los sentimientos que en el particular me animan, y espero que apelando á su conciencia, se sirva decirme lo que piensa. Siempre he odiado la discordia civil, y en medio de tantas viscisitudes porque ha pasado nuestra patria, he podido conservarme sin haber tomado nunca parte en ningún pronunciamiento ni motín militar; pudiendo hoy decir con satisfacción, que no he contribuido de manera alguna á las desgracias de la República. Pero, si entonces á pesar de la repugnancia que sentía de combatir contra nuestros hermanos, permanecía en mi puesto al lado del Gobierno, no tenía al menos á mi vista el espectáculo desgarrador de dejar á la espalda al enemigo extranjero, mientras dirimíamos la contienda por medio de las armas. Durante mi forzada permanencia en los Estados Unidos, anhelaba que llegase la ocasión de poder incorporarme á las fuerzas que combatían por la independencia nacional; pero al llegar á esta población, me encuentro desgraciadamente con que la guarnición de Matamoros se hallaba sustraída á la obediencia del Supremo Gobierno. Desde luego, me propuse marchar á incorporarme á las fuerzas del señor General Escobedo para ofrecer mis servicios contra los franceses y traidores, objeto principal á que en mi concepto, debe atender todo mexicano leal."

"Reconozco el derecho que el Supremo Gobierno tiene para reducir á la obediencia á las tropas amotinadas

Digitized by Google

en Matamoros; pero no puedo menos de deplorar que se tenga que apelar á las armas, dando principio, acaso, á una guerra civil que puede ser de fatales consecuencias para la Nación."

"Si tanto lamento que la sangre mexicana se haya de derramar sin producir, tal vez, sino más grandes males, mayor es mi repugnancia de contribuir á verterla, cuando en nuestros campos se derrama la sangre extranjera."

"En vista de lo expuesto, me hallaba decidido á marchar á Monterrey tan pronto como consiguiera los recursos necesarios. Ruego á usted, pues, que pesando los sentimientos que lealmente le manifiesto y que son emanados de mi corazón, se sirva decirme con franqueza si cree que no obro como buen mexicano, y si usted, hallándose en mi caso, obraría de otro modo."

"Siento en el alma que el enemigo que usted tiene desgraciadamente que combatir no sea el que tan infame, como astuto, ha ocupado el suelo de la Patria, en cuyo caso volaría desde luego á ponerme á sus órdenes, orgulloso de militar bajo el mando de un General cuyo valor, pericia y patriotismo no se han desmentido jamás."

"Soy de usted, mi General, su afectísimo servidor, amigo y subordinado Q. A. B. S. M."

No habiendo tenido contestación del General Tapia, me embarqué á bordo de un vapor, y en compañía del General D. Francisco Paz, subí el río hasta Davis.

Allí pasamos al lado mexicano, dirigiéndonos en seguida á Monterrey, á donde llegamos la noche del 9 de Noviembre, en cuyo día había salido el General Escobedo con sus fuerzas para Matamoros.

El día 10 salió para incorporársele el General Paz, lo que yo no pude verificar por haber sufrido un violento ataque de emicrania.

El día 11, cuando me disponía á marchar, recibí una carta del General Paz fechada en Cadereita, en la que me decía que en la orden general se nos había dado á reconocer, á él como Comandante General y á mí como Mayor General de artillería; que debía quedarme en

Digitized by Google

Monterrey para atender á la construcción de municiones de artillería é infantería, reparación de montajes etc; que procurase aumentar cuanto fuese posible las municiones de los calibres de á 8, obús de á 24, y cañones R^s^. de á 4 y de á 6; que no habiendo persona á quien poder encargar de la Comandancia del parque general, me rogaba me hiciese cargo de él, mientras que el General regresaba.

Inmediatamente pasé á la Ciudadela con el objeto de hacer un reconocimiento del estado en que se hallaban los talleres y el parque general. Desde luego me hallé con la dificultad de que no había quien me entregase, pues el Capitán Mendoza, único Oficial de artillería que con un Ayudante había en Monterrey, no sabía lo que existía en el parque, y además estaba dado de baja por hallarse herido de una mano.

En la vista de ojos que practiqué, pude notar que todo el material de guerra se hallaba aglomerado en los distintos almacenes, con la mayor confusión y desorden.

Los talleres para construcción de municiones no tenían otros obreros que algunos inválidos que trabajaban con la mayor lentitud. El taller de recomposición de armas contaba con varios obreros inteligentes, que eran un italiano y dos austriacos que se habían pasado del enemigo, y tres mexicanos.

Para la reparación de cureñas y todo lo relativo á carrocería, carpintería, tornería, herrería, hojalatería, talabartería, etc.. etc., era necesario ocurrir á las contratas con particulares, pues no había personal ninguno para estos trabajos.

Mi primer cuidado fué descombrar los almacenes de pólvora, que constituían un inminente peligro.

Uno de ellos tenía sobre el pavimento, que era de lozas, una capa de pólvora de tres centímetros de espesor, mezclada con cerillos y cápsulas. Había varios cajones destapados, en que la pólvora estaba á granel, revuelta también con cerillos, cápsulas y balas de cañón.

Comprendí que era menester limpiar este almacén con la mayor prontitud. Después de hacer conocer mi-

Digitized by Google

nuciosamente á los peones todo el peligro que había al ejecutar la operación que les encomendaba, les advertí con claridad todas las precauciones que debían de tomar en el trabajo.

Una vez bien instruidos, los hice entrar descalsos y provistos de cubetas con agua, con que inutilizar la pólvora que estaba regada en el suelo, previniéndoles que no avanzaran sino á proporción de que la pólvora se fuese inutilizando.

Así se verificó el trabajo, ayudado de linternas sordas, pues los almacenes eran muy obscuros, hasta que se logró barrerlos perfectamente. En seguida se procedió á ir extrayendo con la mayor precaución y cuidado el contenido de los cajones, tamizándolo fuera del recinto, para utilizar la pólvora que quedase limpia.

Cuando los almacenes de pólvora estuvieron aseados, y la pólvora empacada y colocada convenientemente, me dediqué á la clasificación y arreglo de las municiones, ya empacadas, ya en proyectiles sueltos, que se colocaban en chilleras ó pilas

Una vez clasificado y ordenado todo, con sus tarjetas respectivas, procedí á formar el inventario del cual envié una copia al Gobernador del Estado de Nuevo León.

No por estas atenciones descuidaba remitir á la división que operaba sobre Matamoros las municiones, útiles, fuegos artificiales, y demás elementos que necesitaba.

El General Paz me decía con fecha 11 de Diciembre:

"En los diferentes trenes que irán llegando á esa, recibirá usted armas de varios calibres, de recomposición más ó menos grave. Hará usted desempacarlas, clasificarlas y recomponerlas. Para esto es necesario montar un taller en toda forma, y usted, de acuerdo con el señor Licenciado y Gobernador, se dedicará á ello. Usted comprende la importancia de que todo ese armamento sea puesto en estado de servicio lo más pronto posible; y por eso no le hago otra clase de recomendaciones."

Entre tanto me dedicaba á estas faenas, el General Escobedo había llegado á Matamoros, y en el acto, sin

Digitized by Google

emprender trabajos ningunos de aproximación, después de un ligero juego de artillería, lanzó sus columnas al asalto sobre la plaza, y aunque éstas llegaron intrépidamente hasta el foso, no les fué posible subir al parapeto, que no ofrecía brecha; y tuvieron que retirarse después de haber sufrido una gran pérdida.

Los americanos campados en Brownsville, echaron un puente en el Río Grande y pasaron á Matamoros intimando rendición á Canales. Este no podía rechazarlos porque la plaza no estaba fortificada por aquel lado; pero contestó que en tal caso se entregaría á Escobedo, como lo hizo, y por cuya causa los americanos volvieron á repasar el río.

Sin este auxilio inesperado, Escobedo, según todas las probabilidades, se hubiera retirado á Monterrey. Entre Nuevo León y Tamaulipas las hostilidades habrían continuado, y la campaña del interior se habría aplazado indefinidamente.

Ocupado Matamoros, fué nombrado Gobernador y Comandante Militar de Tamaulipas el General D. Felipe B Berriozábal, y el General Escobedo después de dictar las providencias que creyó oportunas, regresó á Monterrey con su división, para emprender la campaña del interior.

Pocos días permaneció el General en Monterrey, pues tan luego como estuvieron listas las baterías que se estaban arreglando, emprendió la marcha, dejándome encargado de la Maestranza, con las mayores recomendaciones de trabajar sin descanso en la construcción de municiones y reparación del material para el ejército.

Al despedirse de mí, me dijo estas palabras: "Si le escasean á usted los recursos para los trabajos, escríbame usted, y en el momento tendrá lo que necesite; y respecto *de los intereses personales de usted, póngame una cartita y en el acto serán satisfechos sus deseos.* Le dí las gracias, manifestándole, que puesto que tan buena voluntad tenía para mí, que dejaba en sus manos mi suerte. Cumpliendo con las disposiciones del General en Jefe, redoblé mis esfuerzos á fin de activar los trabajos,

Digitized by Google

en los que era secundado por el Teniente Coronel Capitán del arma D. Benito Zenea, que había llegado de Chihuahua.

Semanariamente se remitía al Gobierno del Estado una relación con la inversión que se había dado al dinero recibido, y otra de los trabajos ejecutados. A ellas contestaba el Gobernador acusándome recibo. Entre otros tengo los oficios siguientes:

"Por el oficio de usted, fecha 1º del actual, y relación que acompaña de los trabajos practicados en el parque general en toda la semana á que se refiere, quedo impuesto con satisfacción, de su actividad, buen celo y eficacia, con que está procediendo en los trabajos que tiene bajo su inteligente dirección."

"Independencia, etc."

"Con la atenta nota de usted fecha de ayer, he recibido la cuenta que usted rinde de la inversión de mil pesos que recibió de la Aduana de esta Capital por orden del Cuartel General, y en debida respuesta debo decirle que queda visada y aprobada por este Gobierno, habiendo dispuesto que pase á la Jefatura superior de Hacienda para su archivo."

"Independencia, etc."

Sin embargo, los recursos que ministraba el Gobernador de Nuevo León, Lic. D. Manuel Z. Gómez, estaban muy distantes de llenar las necesidades de la situación; lo que me obligaba á molestarlo con frecuencia, ya de oficio, ya de palabra, á fin de que me proporcionara los recursos necesarios para el trabajo. Desgraciadamente, el señor Gómez estaba firmemente persuadido de que tan luego como abandonaran el país los franceses, los imperialistas se someterían; por lo que creía innecesario el hacer sacrificios para la construcción de material de guerra, que en último caso no se había de utilizar.

Mucho me esforcé con el objeto de disuadirlo de semejantes ideas, manifestándole que había grandes intereses comprometidos, y aun la existencia de muchas personas, y que los imperialistas no sucumbirían sin ha-

Digitized by Google

cer grandes esfuerzos por salvarse; pero nada conseguí:

Naturalmente, con semejantes pensamientos, y la escasez de recursos, debe suponerse que no atendía á la Maestranza como era necesario. Esta circunstancia me tenía en la mayor aflicción, pues consideraba que si el ejército no recibía oportunamente los auxilios necesarios, sería posible que se desgraciara la campaña.

Para suplir la falta de trabajadores, dispuso el Gobierno que quedaran á mi disposición unos veinte prisioneros austriacos que tenían la ciudad por cárcel. Una parte de ellos fueron destinados á cargar cartuchos de cañón.

Esta operación se practicaba en un cuartito cuya ventana daba á un almacén lleno de cajones vacíos, de juegos de armas inútiles y de otra porción de efectos y desperdicios de carpintería. La ventana estaba cerrada y servía como alacena donde se iban apilando los cartuchos que se concluían en el día, para empacarlos al siguiente.

Había, pues, en el cuartito, varios cajones llenos de cartuchos, una barrica con pólvora, y regular cantidad de cartuchos construidos en el día.

Una tarde llegaron varios Oficiales austriacos de los prisioneros á visitar á sus soldados, y hablaron largamente con los que trabajaban en el cuartito de los cartuchos.

Cuando los Oficiales se fueron, me llamó aparte uno de los inválidos y me dijo que creía conveniente que fuese yo á examinar lo que había en el almacén contiguo al taller de construcción de cartuchos de cañón, junto á la ventana.

Sobre un cajón lleno de saleros, de botafuegos, y de otros objetos de madera, habían colocado otro cajón que llegaba al nivel de la ventana. Allí se veía un montón de pólvora que se derramaba por debajo de las puertas, después seguía un reguero por encima del cajón hasta cerca de uno de los ángulos, donde había un montón de astillas de madera, y después otro montón de virutas de papel. Según aquella disposición, dando fuego al pa-

Digitized by Google

pel, este lo comunicaría á la madera, y ésta á su vez, á la pólvora, que lo llevaría á los cartuchos, á las barricas y á los cajones encerrados en el taller; mientras que el que hubiera puesto fuego, tendría lugar de ponerse á salvo.

Lo que hubiera ocurrido después de volar el taller, no es fácil decirlo; pero acaso cundiendo el fuego, podría haber desaparecido la Ciudadela.

Comprendiendo el peligro, y sospechando de los Austriacos, para impedir que entraran me coloqué en la puerta del almacén mientras llegaba la hora de cerrar los talleres.

Cuando esto se verificó, puse el mayor cuidado en que no quedase en el recinto ninguno de los prisioneros, pedí orden al oficial de la guardia para que no consintiera que se aproximaran á la fortificación ni los Oficiales ni los soldados, que no volverían más al trabajo.

En la noche dí conocimiento de lo ocurrido al Gobernador del Estado, suplicándole que no volviera á enviar aquella gente.

La falta de ella, no obstante, se dejó sentir, y por algunos días Zenea, el Ayudante Arceo, el guarda almacén y yo, trabajamos personalmente en llenar y empacar cartuchos de cañón.

A proporción que se reunía una cantidad regular de municiones, se enviaba al ejército en carros del comercio.

Benito Zenea, que marchó con uno de estos convoyes, me dió parte desde el Saltillo, que al componer la carga, en uno de los carros halló entre los cajones algunas cajitas de cerillos.

El Capitán Enkeen que llegaba de Texas con un cargamento de pólvora, después de dejar una parte de ella en Monterrey, debía continuar con dos carros para incorporarse al ejército. Los envases estaban tan maltratados, que juzgué peligroso que continuara su camino sin hacer algunas reparaciones. Ocurrí al Gobernador con objeto de que proveyese de lo necesario para componer los envases, y abrigarlos de la mejor manera; pe-

Digitized by Google

ro lo único que pude conseguir fué que diera algunas piezas de manta para forrar las barricas, cosa ineficaz para sujetar las duelas que se separaban.

Cerca de Morterillos, á dos jornadas de San Luis Potosí, los carros se incendiaron, pereciendo los conductores y las mulas; salvándose el Capitán Enkeen y el dueño de los carros, por haberse adelantado á almorzar al pueblito.

Con las dificultades apuntadas y otras de distinto género, tenían que luchar los que combatían por la causa de la República.

Yo seguía trabajando y haciendo remisiones al ejército, cuando recibí una carta del General Paz, fechada en San Luis el 6 de Febrero de 1867, en la que entre otras cosas me decía:

"Quedo impuesto de todos los inconvenientes que se le presentan para activar la conclusión de los trabajos que le encomendé. Puede usted dejar á Mendoza la comisión de recoger lo que no esté concluido, y usted, con todas las municiones de artillería é infantería que estén listas, emprenda su marcha para ésta, donde lo necesito con urgencia. Es mejor que luego que el convoy esté en marcha, usted tome la diligencia para que llegue más pronto."

Con fecha 18 de Febrero me decía el mismo General Paz lo siguiente:

"Es importante para el servicio que se venga usted lo más pronto que le sea posible, pues me hace usted falta por acá. Respecto de Mendoza, déjelo usted allá que haga lo que quiera, pues aquí no nos serviría de nada."

Con fecha 3 de Mayo me escribía desde San Miguel de Allende lo que copio:

"Hoy he tenido el gusto de recibir su grata de 24 del próximo pasado, en la que me dice que se disponía á ponerse en marcha para incorporarse. Deseo que sea cuanto antes, pues me hace usted notable falta."

Digitized by Google

El General en Jefe, con fecha 18 de Febrero, me decía:

"Doy á usted las gracias por sus felicitaciones, y puede usted estar convencido que á su celo y actividad se debe en parte el feliz éxito que hasta ahora se ha obtenido, pues nos ha facilitado los materiales principales. El General Paz dará á usted las órdenes de marcha para que continúe prestando sus importantes servicios."

El Gobernador de Nuevo León, contestando á mi oficio de despedida, me decía lo que copio:

"He recibido el inventario que adjuntó á su oficio fecha de ayer, y en contestación debo decirle que supuesto que es llamado por el Comandante General de artillería del ejército del Norte, el Gobierno le da las más expresivas gracias por el tiempo que ha estado dirigiendo con buena inteligencia y nada común actividad, los trabajos de Maestranza de esta ciudad, y le dejo expedito para que se ponga en marcha por la diligencia que saldrá el miércoles.

Monterrey, Marzo 3 de 1867."

Cumpliendo con las órdenes recibidas, me puse en marcha por la diligencia el día 6 de Marzo, llegando el 10 á San Luis Potosí y saliendo el 12 en compañía de los Licenciados D. Juan José Baz, D. Cipriano Robert y otros varios republicanos.

Al pasar por Dolores subieron al carruaje un Oficial y varios rifleros que se colocaron en el techo, metiendo al coche unos tres mil pesos en moneda de cobre, de lo que resultó la diligencia excesivamente cargada.

Al caer la tarde, bajando la cuesta de Santa Rosa, se desgranó una de las ruedas delanteras, por cuya causa el vehículo dió una vuelta entera, lastimándose gravemente uno de los hombres que venían en el techo.

Yo tomé mi saco de viaje, y me puse en marcha pié á tierra, atravesando arroyos y pedregales, hasta llegar, ya de noche, al pueblo de Santa Rosa, donde conseguí con mil trabajos que el Alcalde me proporcionara un caballo y un mozo que me sirviese de guía hasta el campo, y se volviera con el animal.

Digitized by Google

Pasada la media noche llegamos á la hacienda de Carbajal. Mucho trabajo me costó dar con el alojamiento del General en Jefe, porque nadie me daba razón donde estaba, hasta que casualmente encontré al Teniente Coronel D. Platón Sánchez, que me dijo se hallaba en la hacienda.

Me presenté al General dándole parte de lo que había ocurrido á la diligencia, y anunciándole que conducía tres mil pesos en cobre para el ejército. Inmediatamente dispuso que saliese un carro para recoger el dinero, manifestándome que podía entregarme al descanso. En consecuencia, puse mi saco en tierra y me acosté, durmiendo lo que quedaba de la noche.

Al día siguiente muy de mañana noté que todo el mundo ensillaba sus caballos y que las tropas cercanas á la hacienda se ponían en marcha.

Alarmado por estos movimientos, no pude menos de manifestar al General Escobedo que me hallaba completamente inutilizado, puesto que no tenía mozo ni caballo, y que no creía justo que me dejaran en la hacienda cuando ellos iban á combatir.

Me contestó el señor Escobedo que no tuviese cuidado, que no iba á ejecutar más que un movimiento de concentración, aproximando las tropas á Querétaro; que después habría tiempo para que yo me pusiera en disposición de poder prestar mis servicios.

Quedé un tanto consolado con la respuesta del General, aunque triste al verme solo en la hacienda, de donde todos habían marchado.

Poco me duró la conformidad, porque comencé á oir un vivo fuego de artillería. y subiendo á la azotea, pude ver los polvos que en distintas direcciones levantaban las columnas que se acercaban á Querétaro.

Me hallaba, pues, con una disposición de ánimo muy poco agradable, por la posición crítica en que estaba, cuando entró en el patio de la hacienda un grupo de gente á caballo.

Eran algunos administradores y dependientes de las haciendas inmediatas, que iban á presenciar la batalla.

Digitized by Google

Por fortuna mía, entre los curiosos se hallaba mi amigo D. Federico Casina, quien impuesto de mi mala situación, hizo apear á un mozo y me ofreció un caballo, pequeño, pero muy vivo, que yo acepté con mucho gusto.

Una vez montado, como los del grupo desearan aproximarse hasta cierto punto, al lugar del combate, me pareció oportuno que subiéramos á un cerro que se alza detrás de la hacienda, con el objeto de descubrir terreno, pues habiendo llegado de noche, no conocía yo la topografía del lugar en que me hallaba,

Al llegar á la cumbre comenzamos á oir muy cerca disparos de cañón, y á poco, en la falda del cerro, descubrimos unos cuantos infantes y un cañón que hacía fuego Acercándome á él, encontré que lo mandaba un Oficial americano, al cual me dí á conocer, y le pregunté que á donde dirigía sus punterías. Me contestó, señalándome una línea de caballería que se extendía detrás de una arboleda, entre la garita de Querétaro y el cerro de las Campanas.

Después de haber dado fuego y visto el efecto del proyectil, puse pié á tierra y tomé la dirección del cañón. Desde luego noté que los cartuchos, que eran de pólvora de caza, tenían mayor diámetro que el ánima de la pieza, que era de á 12. Se necesitaba romper la lanilla con una navaja y derramar á ojo la cantidad de pólvora suficiente, para que pudiera penetrar el cartucho. No pude menos de preguntar el origen de aquellos cartuchos, y se me dijo que provenían de Durango.

Aunque la línea que se batía quedaba á una distancia considerable, tuve la buena suerte que desde los primeros disparos comenzaron á rebotar las balas entre los caballos. Como este resultado entusiasmó á los artilleros, y además yo los excitaba, apenas disparaba el cañón cuando ya estaba cargado de nuevo. Esto fué causa de que á los cuatro ó cinco disparos se advirtiera gran confusión en la línea enemiga y que por un momento abandonara su posición, suspendiendo yo el fuego en consecuencia.

Digitized by Google

Vuelta á formar la línea otras dos ocasiones, tuve el gusto de que se repitieran las mismas escenas, hasta que habiendo pedido municiones, me mandó decir el Comandante del parque que ya no quedaban más que siete cartuchos con bala de á 12, que eran los que me enviaba.

En vista de esto, previne al Oficial que reservara aquellos cartuchos con la metralla que tenía, para defenderse en caso de ser atacado.

Dejé á mi amigo Casina con sus compañeros, y descendí del cerro para acercarme al de San Gregorio, que acababa de tomar el General Escobedo.

Una vez en el llano, juzgué más acertado ir por el camino real, lo que verifiqué sin contratiempo, hasta llegar á la vertiente occidental de las lomas, ó cerro de San Gregorio, donde me detuve un poco para ver el resultado que tenía una columna de caballería nuestra, que se había adelantado hacia el lugar en donde estaba la línea enemiga, á quien el cañón de á 12 había hecho fuego. Desde el cerro de las Campanas, que quedaba á la derecha, hacían fuego de cañón hacia aquella columna de caballería, cuyos heridos eran conducidos por el camino real. Uno de ellos, que era llevado en una manta por cuatro dragones, pregunté quien era, á lo que me contestaron que un señor Coronel de Chihuahua; que no sabían como se llamaba, pero que ya iba muerto.

Luego supe que era el Coronel D. Francisco Nieto, amigo mío de la juventud, á quien hacía veinte años que no veía.

En el sitio en que yo estaba había una columna de infantería pecho á tierra, y dos piezas de montaña que mandaba el Teniente Carrión; pero como allí la arboleda del camino es bastante frondosa y las tropas se habían colocado del lado opuesto del cerro de las Campanas, no podían ser vistas, y aunque la artillería disparaba mucho hacia aquel rumbo, no ocasionó desgracias ningunas, en el rato que permanecí allí.

Subí en seguida al cerro de S. Gregorio, con objeto de buscar al General en Jefe, y cuando lo hallé, me

Digitized by Google

quejé con él por el abandono en que me había dejado, á lo que me contestó que no había sido su ánimo atacar aquel día, pero que se había visto precisado á hacer una diversión por aquel rumbo, con objeto de llamar la atención del enemigo y libertar de este modo al General Corona, que se había comprometido imprudentemente, lanzándose sobre el convento de la Cruz.

El resto del día 14 se pasó en ligeras escaramuzas sin emprender nada serio sobre la plaza, y sí procurando cada uno afirmarse en la posición que había conquistado.

El día 15 ocurrí al parque general, y pedí una relación de los consumos habidos el día anterior, y de las existencias.

Estas últimas arrojaban las cifras siguientes:

Cartucho	con bala para cañón de á 8L.....	56
Id.	granada obús de á 12 montaña....	40
Id.	metralla para Id. Id.....	106
Id.	bala para fusil de 15 adarmes.....	58,000
Id.	Id. para carabina Spenser.....	30,000

Como se vé, los calibres que no constan, tanto de artillería como de armas portátiles, carecían absolutamente de municiones en el parque general.

Las acciones de San Jacinto, la Quemada, y la del día anterior, habían consumido la mayor parte de las municiones, no quedando otras que las que conservaran los cuerpos en las cartucheras, y la artillería en los cofres.

Alarmado con semejante estado de cosas, corrí á dar parte al Comandante General de artillería, quien sorprendido también, me hizo que le acompañase á ver al General en Jefe.

Este señor no quedó menos azorado de la situación, pues si el enemigo emprendía una operación cualquiera, aun cuando el resultado fuera favorable para nuestras armas, la consecuencia inmediata sería forzosamente que se levantara el sitio de Querétaro.

Digitized by Google

Después de conferenciar un rato, el General Escobedo preguntó al General Paz que cuál era el remedio que hallaba á la situación, á lo que éste contestó que no hallaba otro, sino que yo marchase inmediatamente á San Luis Potosí, á hacerme cargo de la construcción del material de guerra, lo que aprobó el General Escobedo, dándome orden de que me pusiera inmediatamente en camino, llevando las comunicaciones correspondientes para el Gobierno.

Aquella misma noche salí del campo en la diligencia, corriendo algún peligro, porque los caminos se hallaban infestados de gavillas de ladrones.

Llegué á San Luis Potosí, sin novedad, el día 17 de Marzo en la tarde.

Inmediatamente me dirigí á Palacio, y me hice anunciar con el Ayudante de guardia. El señor Presidente, que creyó sin duda que yo le iba á hablar para algún asunto mío, aunque nunca lo había hecho, me mandó decir que volviera en otra ocasión, pues se hallaba sumamente ocupado.

Le dije al Ayudante que le hiciera presente que no trataba de hablarle para asunto personal, sino del servicio, pues venía del campo de Querétaro con comunicaciones del General en Jefe.

En el acto me hizo entrar, recibió las comunicaciones que para él llevaba é impuesto pormenorizadamente del estado que guardaban las cosas en Querétaro, y de la comisión de que yo iba encargado, me mandó con el Ministro de la Guerra, á fin de que diera las órdenes necesarias para expeditar mis trabajos.

En la misma noche se enviaron á la casa de diligencias algunos miles de cartuchos de armas portátiles que había construidos, para que el coche los condujese al campo al día siguiente.

El Ministro de la Guerra mandó publicar la comunicación que copio:

"Secretaría de Estado y del Despacho de Guerra y Marina.

Digitized by Google

En las operaciones de nuestro ejército sobre la plaza de Querétaro, en que se halla Maximiliano con sus principales Jefes, y en donde tenemos toda probabilidad de destruir al enemigo y de decidir en nuestro favor la gran lucha que la Nación ha sostenido con tantos sacrificios como constancia, ha tenido lugar el día 14 del corriente un hecho de armas que duró ocho horas y en que nuestras tropas se distinguieron y le tomaron al enemigo las fuertes posiciones del cerro de San Gregorio. Posteriormente se ha continuado el sitio sin que ocurra nada particular, pues las noticias que trasmitió por extraordinario el Gobernador y Comandante Militar de Guanajuato sobre nuevas adquisiciones hechas en los días siguientes, y que hoy se publicaron aquí en un alcance del periódico "La Sombra," no fueron confirmadas."

"Como en la función de armas referida se ha consumido bastante parque, y diariamente se gasta alguno en el sitio por las fuerzas que lo sostienen y las que se les aumentan de momento á momento, ha mandado el General Escobedo al Coronel Balbontín para que se construya aquí y se le remita cuanto sea posible, ya de cañón como de fusil. Así va á verificarse; mas no considerando suficiente este depósito, hoy pide á usted el citado Balbontín lo que necesita de esos almacenes, y que recomiendo á usted remita sin tardanza, en carros cargados á la ligera para que abrevien sus jornadas."

"Lo digo á usted de orden del Presidente de la República para su cumplimiento, encargándole que mande por el correo notas anticipadas de las remisiones que haga."

"Independencia y Libertad.

"San Luis Potosí, Marzo 17 de 1867.—MEJIA.

"Ciudadano Gobernador y Comandante Militar del Estado de Nuevo León, Monterrey."

Desde el momento me dediqué á activar los trabajos de construcción, contando con los auxilios que debían impartirme tanto el Gobierno General como el Gobernador del Estado, y con la eficaz é inteligente ayuda del Jefe de división de P. M. F. D. Alejandro Pezo.

Digitized by Google

Desgraciadamente los recursos se escaseaban, y no se daba á la necesidad apremiante de municiones que había en Querétaro toda la importancia necesaria.

Sin embargo, se establecieron los trabajos de día y de noche, sin interrupción; se contrató la entrega diaria de pólvora, con cinco ó seis fábricas de particulares, vigilándolas para que no cambiasen las dosis que se les había designado; cuando se inutilizaron las pailas en que se fundía el plomo, se apeló á unas cacerolas de fierro que habían dejado los austriacos, las que apenas resistían cuarenta y ocho horas de trabajo; se encargó madera de diferentes clases á distintos puntos, por no haberla en San Luis; y á Durango, la fundición y envío de proyectiles para artillería.

Desde mi llegada á San Luis procuré mandar al ejército que operaba sobre Querétaro, la mayor cantidad de municiones que fuese posible. Las diligencias, en vez de llevar pasajeros, iban cargadas de cartuchos para armas portátiles y de efectos de poco volumen, como fuegos artificiales etc., Además, cada semana hacía salir un convoy de carros, conduciendo artillería, municiones para la misma arma, armamento y efectos de respeto.

De esta suerte llevaba la cuenta de lo que iba en camino y la fecha en que debería llegar al campo. Pero mis esfuerzos no eran bastantes para salvar la crísis porque pasaba el ejército delante de Querétaro, por la dificultad en que me hallaba de conseguir los recursos con tanta abundancia como se necesitaban.

Recibía frecuentes noticias del campo, sobre la escasez de municiones. Ocurría al Ministro de la Guerra, que se hallaba enfermo en cama, y me decía que no se podía hacer más de lo que hacíamos, y que el que hacía todo lo que podía no estaba obligado á hacer más. El Gobernador se reía cuando le mostraba los consumos que tenían lugar en los distintos combates, y me decía que aquellas eran exageraciones, *pues que ni en Waterloo* se habían consumido tantos cartuchos.

Algunas veces en que iba yo en demanda de plomo, se me entretenía hasta el sábado en la noche, para dar-

Digitized by Google

me la orden á fin de que lo entregara la casa de Chavot, la que por ningún motivo consintió jamás en abrir sus almacenes en domingo, perdiéndose así un tiempo precioso.

Hasta entonces había ocurrido que á cada salida que hacían los imperialistas, quedaba el ejército sin municiones; pero las diligencias que iban llegando, y los convoyes de carros, ponían á los pocos días á los sitiadores en aptitud de sostener un nuevo combate.

Mas yo temblaba al considerar que les pudiera ocurrir á los imperialistas hacer salidas en dos días seguidos, en cuyo caso no habría más remedio que levantar el sitio.

Pensaba, y con razón, que si tal cosa se llegaba á realizar, á mí se me echaría la culpa del fracaso, sin considerar la imposibilidad en que estaba de hacer más fructuosos mis trabajos.

Tal era la lucha que mi espíritu sostenía, que acabé por ser atacado de ictericia. No obstante, sin hacer caso de la enfermedad que diariamente hacía progresos, continuaba trabajando con el mayor afán.

Para dar idea del estado de las cosas en Querétaro, bastará que copie algunos párrafos de las cartas que me dirigía mi amigo el Teniente Coronel D. Benito Zenea.

Con fecha 27 de Abril me decía:

"Yo estoy *tamañito*, temiendo que no podamos siquiera resistir otro ataque, ya no por tantos inconvenientes con que contamos, sino porque, por ejemplo, ahora en los momentos en que el fuego era más vivo, al terminar, sólo quedaban en todo el parque cuatro mil cartuchos de quince adarmes."

Con fecha 30 de Abril escribía:

"De prisa, por supuesto, escribo á usted ésta para anunciarle un poco de lo de hoy. Antes de medio día el enemigo batió nuestra línea de Oriente por la derecha, teniendo como punto de apoyo la iglesia de San Francisquito. Intentaba una salida como la del 27, pero aunque extendió su ataque en los mismos términos del otro día, encontró firmes á los nuestros, y después

Digitized by Google

de hora y media en que se convenció que se le esperaba, retrocedió en desorden para sus posiciones."

"Se elogia la conducta de las fuerzas de Riva Palacio. En el combate murió el Coronel D. Luis Carrillo, Jefe de un batallón de Toluca. Miguel Palacios, Coronel del 1ro. de Nuevo León, fué levemente herido. *Su batallón agotó sus municiones en los momentos de estar enfilado por el enemigo; y sin embargo, no se movió nadie, esperando sólo con la bayoneta.*"

En fin, en otra carta me decía:

"Como siempre, por supuesto, mi temor eran las municiones. Figúrese usted que á los cuerpos de Cervantes que estaban combatiendo tuve que enviarles Enfield para fusiles, de á 15 adarmes porque no había de otros..... Por fortuna hemos recibido la última remesa que usted envió, y eso me ha tranquilizado un tanto; pero como veinticuatro horas las pasamos á obscuras de todo."

Conociendo el General Escobedo las escaseces con que yo luchaba, me remitió una libranza de mil pesos para que atendiera con ellos á las cosas más urgentes; pero sin que lo supiera el Gobierno, porque me escasearía más los recursos.

Cuando los hube gastado le remití la cuenta justificada, á lo cual me contestó:

"En contestación á su apreciable de fecha 30 del próximo pasado Mayo, le diré á usted que demasiada confianza me ha inspirado siempre, y por consiguiente, creo innecesaria la revisión de sus cuentas."

Y el Gral. Paz, de oficio:

"Tengo el gusto de acusar á vd. recibo de la cuenta justificada que rinde de los mil pesos que el C. General en Jefe remitió á vd. para gastos del parque. Dicha cuenta, original la he pasado al C. General en Jefe."

Con fecha 20 de Marzo me había escrito el mismo General:

"Usted, con el perfecto conocimiento que tiene del material que aquí y en el parque general existe, puede determinar el envío de artillería de batalla para reemplazar la de montaña inutilizada."

Digitized by Google

En consecuencia, se remitieron á Querétaro un cañón de á 12L, dos obuses de 15c. y cinco obuses de á 12c, cuyas cureñas se hallaban en reparación en la maestranza.

Con fecha 7 de Abril me escribía:

"Por su carta veo que usted hace cuanto le es posible para abastecerme de municiones; pero los obstáculos que tiene que vencer son grandes. Yo le encargo que no desmaye, pues usted es el que tiene que ayudarnos, y *sus servicios en esa son quizá más importantes que los que prestamos nosotros al frente del enemigo.* Trabaje usted sin descanso, bajo la inteligencia que casi todas las personas que estamos aquí apreciamos lo que valen los esfuerzos que está usted haciendo."

Con fechas 12 y 19 de Abril me escribía en términos semejantes, y con fecha 29 del mismo me decía lo siguiente:

"Estoy satisfecho del empeño que usted tiene en proveer á este ejército de las municiones necesarias para llenar su misión; pero si ellas no llegan en número suficiente, y con *oportunidad, no sería difícil que tuviéramos que lamentar un desastre de consecuencias muy fatales para la causa nacional.*"

Preocupado con la difícil situación en que me hallaba colocado, y deseando hacer un esfuerzo y salvar la crisis porque atravesábamos, me dirigí al señor Ministro de Relaciones D. Sebastián Lerdo de Tejada, manifestándole con toda la verdad los peligros que corría la causa nacional si el ejército que operaba sobre Querétaro se veía precisado á levantar el sitio, á consecuencia de la falta de municiones.

El señor Lerdo me escuchó con atención, y me dijo que continuara recibiendo los recursos que me dieran tanto el Gobierno General como el del Estado de San Luis; pero que para no suspender los trabajos, siempre que fuese necesario, ocurriese á él para pagar las facturas de los efectos que se compraran, ó de los trabajos que se ejecutaran, y que ya daba orden para que á cualquiera hora del día ó de la noche en que yo lo buscase,

Digitized by Google

me permitieran la entrada á la habitación en que moraba.

Concluida la entrevista con el señor Lerdo, comencé á hacer nuevos contratos para la adquisición de los efectos que se necesitaban en los talleres, y desde entonces no volvieron á decaer los trabajos.

También de Nuevo León enviaron al ejército que sitiaba Querétaro cuatro cañones de sitio del calibre de á 24 y un convoy de municiones de las que yo había dejado almacenadas. Así, de día en día iba desapareciendo el peligro que se corría de levantar el sitio.

Por fin, Querétaro fué ocupado, y ya entonces pude ponerme en curación de la enfermedad que me aquejaba, y que ya había hecho grandes progresos.

Al felicitar al General Escobedo por su triunfo, me contestó:

"Me cabe la mayor satisfacción en decir á usted que á su esfuerzo y grandes empeños que ha hecho para ayudarme, se debe en gran parte el brillante éxito con que ha terminado el sitio de Querétaro.

Con fecha 18 de Mayo recibí un telegrama de Querétaro concebido en estos términos.

"C. Coronel Balbontín.—Por disposición del C. General en Jefe emprenderá usted su marcha inmediatamente para esta Ocurra usted al C. Comandante Militar para que lo auxilie para su viaje.—Paz."

El estado de mi salud no me permitía el obsequiar inmediatamente la orden telegráfica, pero previendo que las fuerzas que se hallaban en Querétaro, al moverse sobre México, necesitarían mayor provisión de municiones, comencé á preparar un convoy, que me proponía conducir yo mismo tan luego como mis males me lo permitieran.

Cuando me hallé con fuerzas suficientes, salí de San Luis con el referido convoy, y llegué á Querétaro en el momento en que juzgaban á Maximiliano, Miramón y Mejía.

Las señoras de Querétaro, vestidas de luto, fueron repetidas ocasiones á la casa del General en Jefe para su-

Digitized by Google

plicarle sobre la vida de los prisioneros, sin haber podido conseguir nada.

Tres días después de que los acusados fueron sentenciados, pasado el medio día, las tropas de la guarnición tomaron las armas, y atravesando la ciudad, se dirigieron hacia el Cerro de las Campanas, lugar escogido para la ejecución.

En aquellos supremos momentos, en que se hallaba profundamente conmovida la población, preparándose á presenciar un acto terrible, y en que cada uno pensaba en el estado que guardarían los prisioneros; llegó un telegrama de San Luis Potosí, ordenando que se suspendiera la ejecución. En consecuencia, las tropas volvieron á sus cuarteles.

Inmediatamente, los partidarios del Imperio comenzaron á disparar cohetes por distintos lugares, y cerca de las iglesias se podía oir la letanía de los santos, que muchas señoras de la ciudad cantaban en acción de gracias.

Esto no obstante, la mañana del 19 de Junio fueron ejecutados Maximiliano, Miramón y Mejía, en la falda del Cerro de las Campanas.

Libres ya del cuidado de los prisioneros, la mayor parte de las tropas se disponían á marchar sobre México, cuando llegó la noticia de la rendición de la Capital.

Así terminó la historia de la Intervención y del Imperio.

Por tal motivo, el ejército se disolvió, marchando los cuerpos á los puntos que se les designaron.

Yo recibí orden de quedarme en Querétaro con el Batallón de Artilleros del Norte, para reunir, inventariar y distribuir en varios puntos, las municiones que habían sobrado al ejército, las que se tomaron al enemigo y las que conduje de San Luis.

Don Benito Juárez y sus Ministros se pusieron en marcha en el momento que supieron la caida de México.

En Querétaro se les preparaba una gran recepción, pero la tarde en que debían llegar oscureció, y una llu-

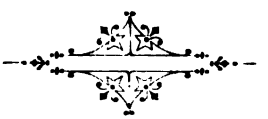
Digitized by Google

via copiosa no cesó de caer hasta las diez de la noche, momentos antes de la llegada de la comitiva.

A pesar de ser noche y de la lluvia, dos baterías estaban listas en la plaza de la Cruz para disparar *cien* cañonazos, como lo verificaron.

Al día siguiente, el Gobierno siguió la marcha para la Capital.

Concluida mi comisión, á fines de Agosto, recibí orden de pasar á México con el Batallón de Artilleros del Norte que mandaba, lo que efectué sin novedad.



Digitized by Google

Digitized by Google

NOTAS.

I.

El material de guerra construido y remitido al ejército de operaciones, por las maestranzas establecidas en *Monterrey y en San Luis Potosí, fué el siguiente:*

Cartuchos con bala para armas portátiles.....	1.347.560
Id. con balas, granadas ó metralla para cañón	9.359
Arrobas de pólvora.....	160
Fusiles recompuestos.....	1,819
Cureñas Id.	21

Además, se construyeron juegos de armas, útiles para el servicio de los cañones, espoletas, y otra porción de efectos para uso de la artillería, así como turquesas de diferentes calibres para la fundición de los proyectiles de armas portátiles.

II.

Después de la ocupación de Querétaro, el General Paz llegó á San Luis y presentó al Gobierno una relación en la que se expresaban los ascensos que debían darse al personal de artillería. En ella constaban todos los Jefes y Oficiales que habían concurrido al sitio de Querétaro, y todos los que se hallaban en San Luis. Solamente yo no figuraba en la relación, á pesar de las alabanzas que en sus cartas me prodigaban el General Escobedo y el General Paz, y á pesar de los ofrecimientos que el primero me hizo en Monterrey. Yo, como siempre lo he hecho, permanecí en silencio, anhelando solamente que se presentara una ocasión favorable para separarme de la milicia.

Pero ¿qué causa pudo determinar semejante injusticia? Yo no concibo más que una, y esta fué que en Nueva York manifesté en varias

Digitized by Google

conversaciones que no aprobaba el golpe de Estado que dió en Chihuahua el señor Juárez.

Por semejante culpa, pesó siempre sobre mí, hasta que logré retirarme, la mala voluntad del Gobierno.

Se me podrá increpar que yo, en mi calidad de militar, no debí criticar las disposiciones del Gobierno, aun cuando fuesen malas y atentatorias contra las leyes de la República.

A esto contestaré que yo ocupaba en el ejército un lugar distinguido, que en él era generalmente estimado, y que si hubiera atendido solamente á los adelantos en mi carrera, habría permanecido en sus filas.

Pero seducido por el programa liberal, que creí que traería la felicidad de la Nación, lo adopté con fé y lo seguí con constancia.

Por consiguiente, no servía solamente como militar, sino como partidario; y nada más natural, que como tal, criticara aquellos actos del Gobierno que estaban en oposición con la causa que defendía y por la cual me sacrificaba.

Aunque como militar no tuvo el Gobierno motivo ninguno para obrar en mi contra, no me perdonó nunca la independencia de mi carácter, y se vengó postergándome hasta con los que habían sido nuestros enemigos, y procurando nulificarme de todas maneras.

Por fortuna llegó un día, que yo tanto esperaba, y pude romper mis cadenas dejando el servicio.

Digitized by Google

SORPRESA

—DE LA—

Ciudadela de México

Por el Batallón de Gendarmes.

1871.

Digitized by Google

Digitized by Google

Sorpresa de la Ciudadela de México por el Batallón de Gendarmes, y consecuencias que produjo.

OCTUBRE 1° DE 1871.

La administración de D. Benito Juárez había caido en desprestigio, y aunque pudo sofocar la revolución que estalló en San Luis Potosí, acaudillada por el General D. Francisco Aguirre, que logró extenderla á los Estados del Norte de la República; no por esto consiguió establecer la paz sobre bases sólidas.

La revolución existía en estado latente, y sus partidarios trabajaban sin descanso para alterar el orden.

El que esto escribe tenía el mando de la primera brigada de artilleros que se alojaba en la Ciudadela, punto importante de la Capital, que los revolucionarios deseaban poseer á toda costa.

En consecuencia, procuraron sin éxito alguno, seducir á los Jefes, Oficiales y aun Sargentos de la brigada, hasta que persuadidos de la inutilidad de sus esfuerzos, intentaron introducir en el cuerpo elementos que les fueran propicios.

Digitized by Google

Lograron que el Ministro de la Guerra colocase como Sub-ayudante en él al Subteniente D. José Carricarte, y pretendieron que también colocase como segundo Jefe al Teniente Coronel D. Joaquín Casarín; pero el Ministro sospechó alguna cosa y se obstinó en no colocarlo. Pocos días después separó de la brigada á Carricarte, destinándolo á un cuerpo que se hallaba en el Sur; pero rehusó ir, ocultándose en la Capital.

Perdidas las esperanzas por parte de los que conspiraban, de conseguir un apoyo eficaz en la brigada para hacerla pronunciar, se resolvieron arriesgar un golpe de mano para apoderarse de la Ciudadela, como se verá después.

El día 1º de Octubre, cerca de medio día, se reunieron en el sa'ón exterior del Teatro Principal gran número de Jefes y Oficiales de los que habían pertenecido en varias épocas al Colegio Militar, con el objeto de formar una asociación de auxilios mutuos.

Entre los concurrentes se hallaban algunos que estaban en servicio activo, y muchos de los que habían sido dados de baja á consecuencia de los cambios políticos verificados en la Nación.

Hubo muchos discursos llenos de calor y saturados de fraternidad y amor. Todo parecía indicar que allí se iban á olvidar antiguos resentimientos de los que militaron en campos opuestos durante las guerras civiles.

Se propusieron varias ideas para la formación del reglamento que debía de regir, y se nombró una Comisión para que redactase un proyecto.

Antes de disolverse la reunión, manifestó el que esto escribe, que de ninguna manera podían inaugurarse mejor los trabajos de la asociación que haciendo algo práctico en el sentido filantrópico; que por lo mismo, creía oportuno excitar los sentimientos humanitarios de los circunstantes, para que auxiliaran á nuestro compañero el Teniente Coronel D. Juan Bautista Navarro, que acababa de sufrir una cruel operación, y que se hallaba en la cama, desprovisto de todo recurso.

Digitized by Google

En el acto fué acogido el pensamiento con entusiasmo, y todos ocurrieron á la mesa á vaciar sus bolsillos, lo que produjo la cantidad de treinta y cinco y pico de pesos. Nombraron en seguida al General D. Fernando Poucel y al subscripto para que entregaran aquella cantidad al beneficiado, con lo que se disolvió la reunión.

Fuimos el General Poucel y yo al alojamiento de Navarro, cumplimos nuestro cometido, y nos separamos en seguida. Yo me retiré á mi cuarto en el Hotel de Paris donde me puse á leer.

Habría pasado un cuarto de hora cuando llegó precipitadamente el Ayudante de la brigada D. Miguel Aragón, y me dijo que el cuerpo de gendarmes, que se hallaba en la Acordada, había atacado la Guardia de prevención del cuartel de la Brigada, posesionándose de la Ciudadela después de una insignificante resistencia. En vista de esto, salí inmediatamente, y me dirigí rumbo al cuartel para averiguar lo que hubiese de cierto, y con ánimo de ver si se podía remediar alguna cosa.

En la calle de Victoria fuí detenido por algunos vecinos que me conocían, suplicándome que no pasase adelante, porque no solamente se habían posesionado los gendarmes de la Ciudadela y habían colocado artillería en las avenidas, sino que ocupaban la Plazuela de San Juan; y si yo daba un paso más, indudablemente me aprehenderían cuando bien me fuera. De todo esto me aseguraban ser testigos presenciales.

Convencido de que nada conseguiría con pasar adelante, me resolví á dirigirme á Palacio, lo que verifiqué en el acto, presentándome al Comandante Militar, que lo era D. Rafáel Junquito. Este señor me dijo que el Presidente acababa de nombrar General en Jefe al General de División D. Alejandro García.

Informado de que dicho señor se hallaba con el Presidente de la República en los corredores, subí la escalera principal, y me presenté diciendo al General: "Los Jefes y Oficiales de la primera brigada de artilleros que no se hallan presos en la Ciudadela, están en Palacio á

Digitized by Google

la disposición de usted." Tal era la convicción que yo tenía de que ningún individuo del cuerpo defeccionaría.

Hecho esto, mandé sacar inmediatamente al primer patio, las seis piezas de la batería que estaban en el interior, dotándolas desde luego con sus pelotones y Oficiales correspondientes. Mandé un Ayudante al cuartel de Santa Teresa, donde se alojaba la segunda brigada, con orden para que el Coronel Palomino mandase tiros de mulas atalajadas y algunos pelotones de artilleros, lo que verificó en el acto, quedando lista la batería de Palacio para marchar. Dispuse también que se alistase un carro de municiones.

A poco llegaron los batallones números 13 y 24, que con dos piezas quedaron de reserva en Palacio, á las órdenes del Coronel D. Carlos Fuero.

Con las demás fuerzas de que se pudo disponer, se formó la columna que al mando del General de División D. Sóstenes Rocha, debía de reducir al orden á los sublevados de la Ciudadela.

La columna se componía de los batallones Zapadores, 1º y 17 de línea, con algunos piquetes del 13 y 24, la caballería municipal y un destacamento de la del ejército, con cuatro piezas de batalla.

La columna se dividió en dos: La principal que operó por la Acordada, y una de co.ta fuerza por el Salto del Agua.

La artillería fué dotada del modo siguiente:

Primera Sección. Tropa de la primera brigada, con los Oficiales:

Capitán 1º D. Anselmo Cabrera.
Id. 2º D. Rafáel Salinas.
Teniente D. Enrique Barreiro.
Id. D. Margarito Pérez Cano.

Segunda Sección. Tropa de la segunda brigada, con los Oficiales:

Capitán 1º D. Joaquín Pavía.
Id. 2º D. Antonio Flores.
Teniente D. Antonio G. Cano.

Digitized by Google

El Teniente Coronel de infantería, Capitán 1º del arma D. Antonio Soto, quiso marchar con la columna, lo cual le concedí.

Veamos ahora lo que había pasado en la Ciudadela.

El batallón de gendarmes, que tenía su cuartel en la Acordada, tomó las armas en silencio, pronunciado por el Capitán Almendares, y sin ruido salió de su cuartel, tomó por la calle de Revillagigedo, atravesó la plazuela de la Candelarita, salió á la calle del Rastrillo, y recorrió á la carrera los cincuenta ó sesenta metros que hay hasta la puerta del Rastrillo, cuya guardia, compuesta de ocho hombres del número 23, echó á correr en dirección de la Prevención de la primera brigada, perseguida muy de cerca por los gendarmes.

Como la distancia que éstos tenían que recorrer era solamente de unos ochenta metros, y la línea que seguían casi paralela al edificio, la guardia de la primera brigada tenía que salir al campo para poderlos batir.

Cuando la guardia, avisada por el centinela, corrió á las armas, no le alcanzó el tiempo ni para tomarlas, tanto más, cuanto que en aquel crítico momento unos querían sacar el cañón de guardia y otros tomaban las carabinas. Así distribuidos los doce hombres de que se componía la guardia, fuera de los centinelas, en un zaguán estrecho, no podían resistir el tropel de los gendarmes, que llegaron corriendo casi al mismo tiempo que los del 23, sin que éstos hicieran otra cosa más que aumentar la confusión que ya reinaba.

Desarmada la guardia, los asaltantes pasaron á las baterías, que por ser día víspera de revista de Comisario se hallaban ocupadas en alistarse, y por consiguiente, desprevenidas de todo punto para hacer resistencia.

Los gendarmes quedaron, pues, dueños del cuartel.

Los trenistas que estaban en el potrero cuidando el ganado de la brigada, tan luego como sintieron lo que pasaba, reunieron las mulas y caballos y los condujeron á sus macheros.

Con los gendarmes iban varios de los individuos que habían concurrido á la reunión fraternal que tuvo lugar

Digitized by Google

en el Teatro Principal. Entre ellos había de los que sirvieron al Imperio y estaban dados de baja.

El primer paso que dieron los asaltantes al hacerse dueños de la Ciudadela, fué tratar de seducir á los Oficiales de la brigada para que se pronunciaran, haciéndoles lisonjeros ofrecimientos, y viéndolos renuentes, los amenazaron hasta con la muerte; pero convencidos de que su resolución era inquebrantable, los encerraron en el cuarto de banderas.

En seguida quisieron obligar á los trenistas á servir las piezas, y aunque ellos sabían bien el manejo de ellas, se negaron, diciendo que no sabían hacer otra cosa que atalajar y evolucionar con los trenes.

Luego fueron á la maestranza, en donde hallaron igual resistencia en los oficiales, los que negaron saber, en los almacenes, donde se hallaban las municiones que les pedían; y como no tenían las llaves, los sublevados comenzaron á descerrajar los almacenes, rompiendo puertas y cajas de municiones, sin poder encontrar lo que necesitaban.

Todas estas contrariedades comenzaron á desmoralizar á los pronunciados, impidiéndoles prepararse para la defensa, mientras que daban tiempo al Gobierno para atacarlos.

La guardia de Belén, que también era de gendarmes, se pronunció, y abriendo la cárcel sacó más de ochocientos presos que allí había, y los condujo á la Ciudadela, en donde fueron armados y colocados en las alturas.

La negativa de los Oficiales para tomar parte, y de los trenistas para servir las piezas, fué causa de que los sublevados no hubiesen puesto veinte ó más cañones en la explanada de la Ciudadela, contentándose con cuatro cañones obuses de á 12 y dos cañones de montaña rayados, que tenía la primera brigada.

A la tropa la obligaron por la fuerza á servir las piezas, y para obligar á los Sargentos colocaron tras de cada cañón un pelotón de infantería con un Oficial.

Mientras esto pasaba en la Ciudadela, llegó la noticia de lo ocurrido al Tívoli del Elíseo, donde comían el

Digitized by Google

Gobernador del Distrito Federal, varios empleados y el Teniente Coronel D. Ambrosio Larragoiti, que mandaba los gendarmes. Inmediatamente se levantaron de la mesa.

El Gobernador montó á caballo, y con un destacamento de policía montada, salió por el rumbo de Tacuba, donde había aparecido Aureliano Rivera con una guerrilla. Trabóse el combate, y el Gobernador quedó muerto, abandonado por sus soldados.

Larragoiti no se incorporó á las tropas del Gobierno, sino que sin esperarlas, se dirigió rumbo á la Ciudadela, con la pretensión de reducir al orden á la tropa sublevada; pero al llegar á la calle de la Providencia fué acometido por algunos soldados que se hallaban dispersos por ahí. Pudo libertarse de ellos ocultándose en una casa, mas impaciente de guardar semejante situación, se resolvió á salir á la calle, á pesar de los ruegos del dueño de la casa, que le manifestaba el peligro que correría.

En efecto, apenas salió, se encontró con un Sargento de su cuerpo, que inmediatamente disparó sobre de él, dejándolo muerto.

El General D. Miguel Negrete, promovedor de la asonada, y que debería haberla encabezado, se ocultó en la casa del General D. Juan José de la Garza, que vivía en la 4ª calle de la Providencia, donde permaneció durante todo el conflicto.

En esto, llegó el General Rocha con su columna á la Acordada, y comenzó sus trabajos por horadaciones, hasta las últimas casas que ven para la Ciudadela, pero sin manifestarse en ellas.

Al mismo tiempo, disponía que los Ingenieros formasen puentes de madera, que había en abundancia, para poder pasar los fosos de la Ciudadela.

El enemigo, que veía tropas en la Acordada y en el Hospicio, hacía sobre ellas algunos disparos de cañón.

Así se pasó la tarde.

Al entrar la noche fueron haciéndose más frecuentes los disparos de la Ciudadela; pero se notaba que las granadas estallaban á una altura considerable, ó iban á

Digitized by Google

caer á gran distancia á retaguardia de las tropas del Gobierno; de manera que éstas quedaban á cubierto de los fuegos.

Informado yo de que en los almacenes de Palacio había muy poca existencia de municiones para fusil Roberts, que era el que tenían las tropas, lo puse en conocimiento del General García, quien después de consultar con el Ministro de la Guerra, que acababa de llegar de San Angel, dispuso que fuese yo á todos los almacenes de armas de la Capital, con objeto de recoger las municiones que pudieran utilizarse, como lo verifiqué.

Entre tanto, los pronunciados de la Ciudadela organizaron una pequeña columna de infantería con un cañón de montaña, y salieron por la "*Avanzada*" rumbo al interior de la Ciudad.

Aquí se le presentó una buena ocasión al General Rocha para comenzar su ataque. Hizo salir violentamente las tropas que tenía ocultas en la *Colonia Francesa*, y cayendo de improviso sobre la columna de los pronunciados, la puso en dispersión, quitándole la pieza y ocupando la *Avanzada*, con lo cual ya no tuvo necesidad de hacer uso de los puentes.

En el acto hizo que avanzaran los batallones Zapadores y 17, que comenzaron el combate en el llano que está delante de la Ciudadela. Después de un largo rato de vivo fuego, en el que las tropas sufrieron sensibles pérdidas, pudieron al fin ocupar la Ciudadela.

El General Rocha no había hecho uso de la artillería, temeroso de incendiar con las granadas los almacenes de pólvora, cosa fácil de evitar, usando las granadas como balas rasas, sin descapuchinarlas

Las cuatro piezas de que podía disponer, colocadas con una escolta competente en la Alberca Pane, disparando metralla por elevación sobre las azoteas y explanadas de la Ciudadela, que enfilarían, hubieran producido un efecto decisivo, y hecho menos cara la victoria.

Un destacamento de infantería colocado en el gasómetro que formaba un verdadero reducto, completando tan sencilla combinación, hubiera auxiliado con la bate-

Digitized by Google

ría á las columnas de asalto, las que sin duda habrían hallado menos resistencia.

Los principales cabecillas, D. Ignacio de la Peza, Almendares, Carricarte y otros, habían desaparecido de la Ciudadela, quedando sólo algunos subalternos y Sargentos, que fueron los que hicieron la última defensa.

A las doce de la noche, todo había concluido.

El General García me ordenó que me trasladase en el acto á la Ciudadela, presentándome al General Rocha para que me encargase del punto, á fin de evitar las pérdidas consiguientes en aquellos momentos de desorden. En el momento me puse en marcha acompañado del Mayor de la Brigada D. Julián Peña y de otros Oficiales, llegando á la Ciudadela cuando acababan de sonar los últimos tiros.

La calzada que va para el Paseo de Bucareli y el llano que está delante de la Ciudadela, estaban sembrados de cadáveres. Ví con mucho sentimiento á varios de mis artilleros entre las víctimas, convencido como estaba de que se les había obligado á combatir contra su voluntad.

El cuarto de banderas de la brigada era un lago de sangre, las paredes estaban llenas de agujeros hechos por las balas, y en el suelo yacían varios heridos que se retorcían á impulsos del dolor, contristando el corazón con sus ayes lastimeros.

Los Oficiales de artillería, que tenían prisioneros los pronunciados, habían sido encerrados en una pieza interior, donde continuaban presos por orden del General 2º en Jefe.

En el rincón del primer patio, junto á la entrada del segundo, sentados en una banca de piedra que había ahí, se hallaban el General D. Fernando Poucel y los Coroneles D. Joaquín Rivero y D. Agustín Lozano, instalados en Consejo de Guerra verbal, para juzgar á los desgraciados que habían sido hechos prisioneros. Un Sargento con una vela de sebo en la mano, les alumbraba.

Digitized by Google

Ante aquel terrible tribunal eran conducidos uno á uno aquellos de los prisioneros que parecían de mayor categoría. Se les hacían dos ó tres preguntas, é incontinenti eran sentenciados á muerte.

En el momento. un cabo con algunos soldados se hacía cargo de cada víctima, que conducía al campo, donde en el acto se le ejecutaba.

Pocos de los juzgados habían sido absueltos.

Las ejecuciones duraron la mayor parte de la noche.

Los vencedores habían entrado á las cuadras de la brigada, apoderándose del vestuario de gala de los artilleros y de sus capotes, sin que lo impidieran los Oficiales, que debieron considerar que aquello pertenecía á la Nación.

Los Coroneles Leyva y Mariscal, á quienes reclamé, hicieron que fueran devueltas á la brigada bastantes prendas; pero siempre se perdieron muchas, especialmente capotes, de que la brigada se hallaba provista.

Por fortuna, ni los pronunciados ni las tropas del Gobierno dieron con el depósito del Cuerpo, ni con la Academia de Oficiales, que á no haber sido así, la ruina de la brigada hubiera sido completa.

Poco antes de amanecer, el General Rocha dijo al General Loaeza que se retiraba á descansar un rato y que lo dejaba con el mando: que hiciera fusilar á los Sargentos de gendarmes y á los de artillería, y que después me entregase el mando.

Por fortuna me hallaba yo presente, y manifesté al General Rocha que estaba persuadido de que los Sargentos de artillería no tenían culpa, sino que habían sido obligados por la fuerza, y por lo mismo, creía que no merecían tan terrible pena; que si después de juzgados aparecían algunos culpables, nada sería más justo que castigarlos.

El General Rocha me atendió, y dispuso que solamente se fusilara á los Sargentos de gendarmes, continuando presos los de artillería. Así pude salvar á mis Sargentos.

Digitized by Google

Ido el General Rocha, se acercó al General Loaeza un hombre de aspecto siniestro, bajo de cuerpo, barbón, con una gran pistola al cinto, y le dijo que entre los prisioneros se hallaba un Licenciado Rodríguez de San Miguel, que era muy perverso, y que sería bueno que lo mandara fusilar.

El General Loaeza me llamó aparte, y me preguntó que qué pensaba de Rodríguez de San Miguel. Le dije que en mi concepto era un hombre inofensivo; que me admiraba cómo se hallaba entre los pronunciados, y que su muerte sería en extremo inútil. El General Loaeza me escuchó con benevolencia, y desechó el mal consejo que le daban.

Sucede frecuentemente en nuestras revoluciones, que aparecen algunos hombres sedientos de sangre, que aprovechando los momentos de excitación que siguen al combate, influyen en el ánimo de los que mandan, para que ordenen ejecuciones injustas y satisfagan así sus rencores ó sus venganzas personales.

En esta ocasión tuve la buena fortuna de librar de la muerte á algunos infelices, gracias á la bondad con que me escucharon los Generales Rocha y Loaeza. No fué inútil, pues, mi ida á la Ciudadela.

En esto, ya comenzaba á amanecer. El General Loaeza me entregó el mando, y se retiró á descansar La ambulancia había recogido con suma actividad la mayor parte de los cadáveres, tanto de los que murieron en la acción, como de los que fueron fusilados. Los pocos que aún quedaban, se apresuró á colocarlos en carros cubiertos para trasladarlos al cementerio.

El Sub-teniente Pérez Cano, sabedor de que había un Jefe de los pronunciados oculto en la fábrica de casimires "La Minerva," fué de su orden á reclamarlo, y un señor Hoppe, que era el administrador, tuvo la debilidad de entregarlo.

Pérez Cano se acercó á mí conduciendo de la mano á un hombre alto, rubio, de ojos azules, de buena presencia, que me pareció americano, por cuya causa me previne mal para él. Venía en camisa y calzón blanco, des-

Digitized by Google

calzo y mojado, lo que prueba que se había arrojado al pozo para salvarse. Traía una mascada amarrada en la cabeza, que tenía herida, y el brazo derecho también herido y suspendido del cuello con una tira de lienzo.

Le hice varias preguntas que contestó con entereza. dijo que no conocía á los Jefes que habían encabezado el movimiento, ni sabía en donde se hallaban. Le pregunté por qué sin conocer á los Jefes había tomado parte en aquel movimiento. Contestó que porque eran sus opiniones, y no tenía compromiso alguno con el Gobierno.

Pero sí lo tiene vd. con la Nación, á quien arruinan y desacreditan estos motines, y también con la humanidad, que llora la muerte de multitud de infelices, que han quedado tendidos en ese campo, le contesté extendiendo el brazo en la dirección que indicaba.

Parece que mis palabras le afectaron, porque miró con inquietud hacia el campo, y bajó la cabeza sin contestar nada.

Después tuve que arrepentirme de haber usado aquel lenguaje con el prisionero Mandé al Ayudante Aragón que pusiera al preso en el calabozo que se hallaba vacío. Aragón, después de cumplir con mi orden, volvió y me dijo que aquel prisionero era su primo el Teniente Coronel imperialista D. Luis Echegaray, y que él mismo me suplicaba que si había de mandar fusilarlo, que lo hiciera desde luego, para quitarlo de penar.

Le contesté que yo no tenía orden ninguna acerca de él, y por lo mismo podía estar tranquilo.

Los acontecimientos de la víspera, que habían conmovido á la ciudad, atrajeron al rededor de la Ciudadela una multitud de gente: unos para saber de sus parientes y amigos y otros por simple curiosidad.

Entre la multitud se abrió paso el Ayudante del General Rocha, Capitán D. Agustín Buzo, conduciendo unos prisioneros con una escolta.

Pasado el Rastrillo, se acercó á mí, entregándome un oficio que decía á la letra:

Digitized by Google

"División de Operaciones.—General en Jefe.—Nú-
"mero 1.—A los tres Oficiales de gendarmes que entre-
"gue á usted el C. Capitán Agustín Buzo, los mandará
"pasar por las armas en el acto.—Independencia y Li-
"bertad. México, Octubre 2 de 1871.—S. ROCHA.—C.
"Coronel Manuel Balbontín, Comandante del punto de
"la Ciudadela.—Presente."

Ordené al Capitán Buzo que entregase á los prisioneros á la guardia de prevención del batallón número 17, y me quedé pensativo y preocupado con la orden que acababa de recibir, y que no me era posible eludir ni retardar.

En esto oí varios tiros en el interior del cuartel, y preguntando la causa de ellos, me dijo un Oficial que el Capitán Buzo había fusilado á los prisioneros, en vez de entregarlos á la guardia de prevención del 17. No dejé de molestarme por la repugnante oficiosidad de Buzo, que aunque sin querer, me había librado de la pena de ordenar la ejecución de aquellos desgraciados.

En aquellos tristes momentos se me presentó mi amigo D. Rafáel Iglesias, preguntándome la suerte que había corrido su cuñado Benjamín Andrade, que fué uno de los fusilados.

Puede comprenderse el disgusto con que tuve que darle la fatal noticia, y que oponerme á que entrase á ver el cadáver del joven Oficial.

Al conducir el Capitán Buzo los prisioneros, pudo ver por desgracia, á D. Luis Echegaray en el calabozo, cuya puerta estaba abierta.

Buzo llevó la noticia á Palacio, y á poco volvió á la Ciudadela á toda brida.

En cuanto lo ví, tuve el presentimiento de que era portador de alguna orden siniestra, y para que la gente no se enterase de ella, le salí al encuentro. Buzo detuvo su caballo, é inclinándose, me dijo: "De orden del C. General en Jefe, que fusile usted en el acto á un prisionero que se llama Echegaray."

Dígale usted al Señor General, le respondí, que obe-

Digitized by Google

dezco su orden; pero que siendo caso de responsabilidad, tenga la bondad de mandármela por escrito.

Buzo partió á galope, y en breve tiempo llegó en otro caballo, conduciendo una comunicación concebida en estos términos:

"División de operaciones.—General en Jefe.—A un "tal Echegaray que sirvió al Imperio y se halla entre "los prisioneros, por haber tomado parte con ellos, man-"dará usted pasar por las armas en el momento que re-"ciba la presente.—Independencia y Libertad. Palacio "Nacional, Octubre 2 de 1871. S. Rocha.—C. Coman-"dante del Punto de la Ciudadela, Coronel Manuel Bal-"bontín."

Con el disgusto consiguiente, procedí á que tuviese efecto la ejecución, dando orden al Coronel Leyva, para que nombrase un Oficial con tropa de su cuerpo, que cumpliese lo prevenido, lo que tuvo lugar en el segundo patio del cuartel.

Los acontecimientos de la noche anterior y los que tuvieron lugar durante el día, habían agitado mi espíritu y fatigado en extremo mi cuerpo, pues desde la hora en que estalló el pronunciamiento, hasta la tarde del día 2, no había tenido un momento de reposo, ni tomado alimento alguno desde la noche.

En tal estado tuve que recibir á los Ministros de España y de los Estados Unidos, que acompañados de otras personas fueron á visitar la Ciudadela, con una orden del Secretario de la Guerra.

Terminó el malhadado día 2 de Octubre sin otra novedad, y la noche pasó tranquilamente.

El día 3 se presentó el Coronel Franco, Secretario particular del Ministro de la Guerra, General D. Ignacio Mejía, pidiéndome de su parte las órdenes que la víspera me había enviado el General Rocha.

Hice sentar al Coronel Franco mientras sacaba copia de dichas órdenes, y se las entregué, diciéndole que hiciera presente al General Mejía la pena que me causaba no enviarle las originales; pero que tratando de asuntos

Digitized by Google

de grave responsabilidad, tenía necesidad de conservarlas

Por supuesto que el General Mejía para nada necesitaba las copias, pues interpelado por la Cámara sobre los fusilamientos de la Ciudadela, necesitaba hacer desaparecer las órdenes para negarlos á todo trance, como negó los que tuvieron lugar en la noche.

Pero como el numeroso público que rodeaba la Ciudadela, casi presenció el fusilamiento de los cuatro Oficiales que ordenó el General Rocha, no pudiendo negarlo, el Gobierno quería descargarse de toda responsabilidad, haciéndola cargar sobre mí ante la opinión pública.

Es cierto que después se me hubiera contentado con el grado de General; pero ni esto ni mucho más me hubiera consolado nunca de aparecer ante mis conciudadadanos como otro Márquez.

Como yo no dudé que podía intentarse algo contra mí para despojarme de los documentos y hacerlos desaparecer, los leí á los Coroneles D. Venancio Leyva, D. Julián Peña y á los Tenientes Coroneles D. Julián Jaramillo y D. Antonio Soto, para que en todo tiempo pudiesen dar testimonio.

Viendo el General Mejía que no podía arrancarme las órdenes, tuvo que decir en la Cámara que sólo había habido cuatro muertos fuera del combate, pero que esto había sido necesario, vista la obstinación que habían mostrado las víctimas, no queriendo rendirse. Parece increible que pueda engañarse así al pueblo.

Un conato de sublevación de los prisioneros que estaban hacinados en la prevención, y que fué reprimido sin desgracia, hizo que el Gobierno dispusiera que fuesen trasladados á la prisión de Tlaltelolco.

En consecuencia, recibí orden de remitirlos con una escolta de cien hombres, al mando de un Capitán con dos subalternos, y enviar una lista á la Comandancia Militar.

El C. Coronel Guadalupe León Garza, Comandante

Digitized by Google

de la prisión, dió recibo de doscientos cincuenta y cinco presos.

Los pertenecientes á la Primera Brigada, quedaron en la Ciudadela.

Así terminó el día 3.

El día 4 fué preciso dedicarlo al aseo y arreglo del punto. Al amanecer, el Capitán D. Anselmo Cabrera hizo limpiar la batería que se hallaba en el cuartel, y de la cual se habían servido los sublevados, hallando que los cuatro cañones obuses de á 12 se hallaban embalados, con las granadas en el fondo del ánima, sin descapuchinar y sin cartucho.

Los cartuchos hallados en los cofres y en los cajones habían sido mojados, y aún se hallaban húmedos.

Todo esto indicaba que los artilleros, deseando que triunfara el Gobierno, inutilizaron los cañones en los momentos más críticos, prefiriendo exponerse á ser muertos por sus compañeros, que hacerles fuego.

Aquel rasgo de fidelidad, aquel generoso sacrificio, debería haber llamado la atención del Gobierno; pero no fué así.

El parte que me dirigió el Capitán Cabrera dice que presenció el hecho el Teniente Coronel D. Julián Jaramillo. Yo lo trascribí al Gobierno con las apreciaciones del Capitán Cabrera, que creía que los artilleros habían obrado de aquel modo para contribuir al éxito de las tropas del Gobierno.

Aquella tarde se presentó el Ministro de la Guerra con el General Rocha, en la Ciudadela.

Parecía indignado por lo que llamaba defección de la Brigada, y me dijo que iba á disolverla. Yo defendí á mi cuerpo con energía, y le contesté que podía ordenar lo que á bien tuviera; pero que tropa como la de la Primera Brigada no la volvería á tener el Gobierno, pues había preferido sacrificarse á hacer armas contra él.

En efecto, la Brigada no había faltado á sus deberes.

La mejor prueba de que ella no se hallaba comprometida con los revolucionarios, fué el modo con que éstos obraron, exponiéndose á un fracaso. Si lo contrario hu-

Digitized by Google

biese sido, los gendarmes hubieran ocupado en la noche la Ciudadela con el mayor silencio, preparando su defensa, para lo cual podían disponer de algunas horas. Los empleados y Oficiales de la maestranza, prestando su cooperación, y con la ayuda de los trenistas, que todos sabían el manejo de las piezas, habrían podido alistar más de veinte bocas de fuego, que hubieran amanecido en batería.

En semejante caso, ¿quién podría decir la suerte que correría la revolución?

Pero nada de esto hubo. Los gendarmes se decidieron á intentar un golpe de mano que bien pudo fracasar.

Los trenistas, en vez de hacer dar estampida al ganado y darse al pillaje, como sucede generalmente en casos semejantes, reunieron la mulada, y en el mayor orden la condujeron á los macheros; de suerte que sólo se perdieron algunos caballos en que se fugaron los Jefes pronunciados.

Los Oficiales se negaron enérgicamente á secundar el pronunciamiento, sin poder quebrantar su resolución, ni las promesas, ni las amenazas; y al fin fueron puestos en prisión.

Los Sargentos se resistieron hasta donde les fué posible á servir las piezas, y cuando á ello fueron obligados por la fuerza, hicieron tiros disparatados para no herir á las tropas del Gobierno.

Por último, á la hora del asalto, cuando cuatro piezas disparando metralla, podían haber hecho horribles destrozos, y acaso rechazar el ataque, los artilleros, llenos de abnegación, inutilizaron las piezas, haciéndolas enmudecer.

Creo, sin temor de equivocarme, que en la larga serie de nuestras revoluciones, no se registra otro hecho como el que queda referido, y que fué resultado de la educación y disciplina que tenía la primera Brigada, así como del cariño que profesaba la tropa á sus Jefes y Oficiales.

No obstante tantas pruebas, el Gobierno, lleno de suspicacia, no quiso comprender aquel rasgo de abnegación

Digitized by Google

y de fidelidad á sus banderas que dió la brigada, y contrajo una especie de odio concentrado hacia ella.

Se mandó procesar á los Oficiales que se hallaron en la Ciudadela, y también á los Sargentos, esperando hallar algunos culpables para descargar sobre ellos el mayor rigor.

El Asesor, Licenciado D. Juan Bautista Acosta, por alhagar al Gobierno, ardía en deseos de encontrar el menor indicio de complicidad en algún individuo de la Brigada, para fulminar contra él una sentencia terrible.

A pesar de todo, con fecha 7 de Octubre el Fiscal, Coronel D. José María Gelista, me dijo lo siguiente:

"5ª Fiscalía.—Los CC. Oficiales Francisco Velázquez, Pedro Oliver, José María Navarrete, Mateo Granados, Manuel Flores, Carlos Leyva y Francisco Antunes, del cuerpo de artillería del digno mando de usted, sobre quienes se sigue averiguación respecto de la conducta que hayan observado en el movimiento revolucionario que tuvo lugar en la Ciudadela la tarde del 1º del presente; deben quedar en libertad, expeditos para seguir prestando sus servicios, por no existir hasta ahora los méritos suficientes para considerarlos reos en la averiguación expresada.

"En el mismo caso se encuentran los Sargentos Gerardo Farías, Francisco Santillán, Lucas Martínez y Miguel Rodríguez, respecto de lo que ha podido hasta hoy hacerse en la averiguación que corresponde.

"Lo comunico á usted para su conocimiento y fines consiguientes, bajo el concepto de que según vaya resultando respecto de los demás Sargentos que se hallan en clase de detenidos, se dará á usted el correspondiente aviso para su libertad ó formal prisión, lo mismo que se ejecutará respecto de los que se ponen libres, si posteriormente vinieren datos en su contra."

Como se ve, aún se pretendía hallar culpabilidad en los individuos de la brigada.

Preguntado un Sargento, como es que había hecho armas, pronunciándose contra el Supremo Gobierno,

Digitized by Google

contestó que ni se había pronunciado, ni había hecho armas contra el Gobierno, pues si bien era cierto que estuvo mandando una pieza, á ello fué obligado por un Oficial, con algunos hombres colocados junto al cañón, en prueba de lo cual exhibía las heridas que tenía en la cabeza, inferidas por dicho Oficial con el cañón de su pistola. Pero que á pesar de eso, él, el declarante, no causó daño á las tropas del Gobierno, pues sus punterías eran tan altas, que los proyectiles iban á caer á los potreros de San Fernando, muy á retaguardia del campo del Gobierno, ó reventaban muy alto."

Como á este tenor fueron las declaraciones de los otros Sargentos, con lo que con gran pena fué menester ponerlos en libertad.

Así, en pocos días fué reconstituida la Brigada; pero el Gobierno estaba aún lleno de desconfianza, y la veía de mal ojo.

Para todo el mundo hubo ascensos, así para los que marcharon con la columna, como para los que quedaron en Palacio, menos para los Oficiales de artillería que estuvieron al lado del Gobierno, como si ellos fuesen responsables de la conducta de sus compañeros, dado caso que éstos se hubieran portado mal.

Pero nada hay más suspicaz que los Gobiernos, y entre ellos el de D. Benito Juárez.

La actitud del Gobierno fué causa de que sus aduladores tomasen con mucho calor y entusiasmo sus intereses, y esto me originó muchos disgustos, siendo preciso que me revistiese de mucha energía para dominar la situación.

El General Rocha, bien fuese porque no quise devolver las órdenes que me había dado respecto á fusilamientos, ó porque dije en el parte que dirigí al Gobierno, que la conducta de los artilleros había facilitado el triunfo, me rehusó su saludo en aquellos días.

La Brigada fué trasladada al cuartel de los Gallos, y á poco tiempo el hermoso cuartel de la Ciudadela, con sus magníficas cuadras para atalajes, sufrió gran deterioro.

Digitized by Google

El tiempo fué calmando poco á poco la mala voluntad del Gobierno, pero no remedió los males sufridos por el personal de la brigada.

El Gobierno fué tanto más injusto, cuanto que las brigadas 3ª y 4ª se habían pronunciado en San Luis, mientras que la 1ª se mantuvo siempre fiel á sus deberes, y así ha continuado hasta el día.

Pero el Gobierno tiene su modo particular de ver las cosas, y si no se le finge una adhesión personal calurosa, *de nada sirven los servicios positivos que se presten á la Nación.*

Cuando después de algunos años de aquellos acontecimientos, venció el Plan de Tuxtepec, vencieron con él, los pronunciados de la Ciudadela, entre los que había furibundos reaccionarios é imperialistas, que fueron elevados á los primeros puestos de la milicia, y postergados, en consecuencia, los fieles defensores del Gobierno.

Así ha sucedido en todas las revoluciones, y por lo mismo, muy poco productivo y en extremo difícil ha sido el papel del militar fiel.

NOTA.

Varios artilleros lograron evadirse, arrojándose al foso, y se dirigieron á Palacio para presentarse á sus Jefes. Algunos lo consiguieron, pero otros fueron detenidos por los Jefes de los cuerpos, para darlos de alta en ellos. Cuando todo acabó tuve dificultad para que me fuesen devueltos.

Digitized by Google

MI RETIRO.

1876.

Digitized by Google

Digitized by Google

MI RETIRO.—1876.

AL terminar la guerra de intervención, ya establecido el Gobierno Nacional en la Capital de la República, parecía que una era de paz se inauguraba, y sonreía la esperanza de que en pocos años se repondrían las pérdidas de todo género que el país había sufrido por tanto tiempo.

Tan halagüeña perspectiva inducía á tranquilizar los ánimos y devolverles la calma que de ellos había huido.

Mi espíritu, agitado por los acontecimientos fatales que casi sin interrupción habían tenido lugar, participaba también de la benéfica influencia que la nueva situación ejercía, y poco á poco fué volviendo al sosiego perdido.

Mas por la misma causa, á proporción que mi espíritu se tranquilizaba, procuraba por medio de un examen minucioso darse cuenta de lo acontecido durante la deshecha borrasca porque acababa de atravesar.

Desde luego descendí á mi conciencia para escudriñar todos los actos de mi carrera, que pudieran contener algo de reprensible, y hallé que mi conducta había sido

Digitized by Google

franca y recta y no estaba manchada por defecciones ni otros hechos reprensibles.

Pero al mismo tiempo comprendí que mi posición respecto del Gobierno no era buena.

Ya fuese por mis ideas un tanto independientes, ó bien por mi carácter poco dispuesto á agasajar á mis superiores, si bien siempre los trataba con urbanidad y respeto, lo cierto es que yo tenía fama de orgulloso y de desafecto al Gobierno.

Por tales causas, mientras éste era generoso con muchos individuos que habían sido inconsecuentes en política, pasando de un bando á otro según les convenía, para mí no había ni lo que justamente me tocaba.

Convencido de la exactitud de mis observaciones, me propuse seguir cierto régimen de conducta, del que nunca me separé.

Estaba resuelto á retirarme del servicio en cuanto cumpliese mi tiempo; pero convencido por la experiencia de que el retiro es un pobre recurso, pues no siempre puede contarse con él, por las penurias del Erario, formé el firme propósito de reducir mis gastos á lo más indispensable, con el fin de proporcionarme recursos más eficaces para mis últimos años

Cumplido que hube mi tiempo, dirigí una solicitud al Ministerio de Guerra con fecha 20 de Abril de 1875, pidiendo mi retiro por hallarme fatigado y por el deseo de gozar de descanso en mis últimos años.

Con fecha 30 del mismo mes se me contestó que habiendo obtenido una licencia por nueve meses para pasar á los Estados Unidos, era necesario que sirviera esos nuuve meses, si quería tener derecho al retiro con toda la paga.

En 7 de Mayo del mismo año contesté al Ministerio manifestándole que mi viaje á los Estados Unidos le había motivado la pérdida de la frontera del Norte á causa de la defección de D. Juan N. Cortina, y que no teniendo yo tropas á mi mando, ni prestigio en aquella región para poder levantarlas, había hecho en favor de la causa nacional lo único que podía en aquellas circuns-

Digitized by Google

tancias; que si estos motivos no los creía suficientes el Supremo Gobierno, suplicaba se me diera mi retiro con el sueldo que tuviese por conveniente.

No habiendo tenido contestación en 12 de Enero de 1876, hice una nueva solicitud, manifestando que habiendo cumplido los nueve meses que el Gobierno me exigía para poder concederme el retiro, suplicaba se me extendiera la patente respectiva.

Esta solicitud tampoco tuvo resolución, por cuya causa insistí en mi petición, añadiendo que si el Gobierno, por causas que yo ignoraba, se resistía á darme el retiro que justamente pedía, suplicaba se me expidiera licencia absoluta, cosa que yo creía no se me podía negar.

Tampoco cayó resolución ninguna en esta última solicitud, y ocurrí al Juez de Distrito, que lo era el Lic. Landa, presentándole un expediente con las copias de todos los documentos relativos á este asunto, y pidiéndole amparo por tenerme el Gobierno contra mi voluntad en el servicio militar.

Al día siguiente recibí del señor Ministro de la Guerra una carta del tenor siguiente.

"Estimado compañero y fino amigo:

"He recibido la apreciable de usted, de fecha 12 del "corriente, en la que me expresa el deseo de obtener su "retiro por la necesidad que tiene usted de reposo.

"En respuesta manifiesto á usted que siento infinito "la determinación que ha tomado de cortar su carrera, "separándose del servicio, pues esto en ningún concepto "es conveniente.

"Una carrera como la de usted, llena de merecimien-"tos y de honrosos antecedentes, debe llevarse hasta el "fin en servicio del país y de las instituciones, si ha te-"nido la constancia necesaria para hacerse un lugar en-"tre los Jefes más distinguidos de nuestro ejército, y "debe tener aún una poca de paciencia.

"Si por los motivos de poca salud que usted me ex-"presa considera indispensable insistir en su pedido, pue-"de usted manifestármelo con entera franqueza, pues en

Digitized by Google

"ningún modo quiero que se perjudique, y mis indica-
"ciones no tienen otro objeto que el interés muy since-
"ro que abrigo por su interés y bienestar.

"Queda de usted como siempre, amigo afectísimo que
"mucho le estima y B. S. M.—IGNACIO MEJIA."

Con fecha 18 de Febrero recibí la siguiente carta:

"Mi estimado señor:

"No había contestado á usted antes su carta de 30
"último, que un amigo me entregó unos días después,
"por estar pendiente de que el señor Ministro de la Gue-
"rra trajese, como trajo hoy, al acuerdo, el asunto, que-
"dando resuelto que se conceda á usted su retiro con
"arreglo á la ley.

"La dificultad indicada antes no era desfavorable á
"usted, pues consistía en creerse que además del tiempo,
"debía concurrir alguna inutilidad para el servicio, y el
"Gobierno ha creído los servicios de usted buenos y
"útiles.

"Sin embargo, ha parecido justo conceder á usted di-
"cho retiro, en consideración á esos mismos servicios y
"á los motivos que usted expresa.

"Soy de usted atentamente obediente servidor.—S.
"LERDO DE TEJADA."

En consecuencia de las cartas insertas, en 3 de Mar-
zo recibí la comunicación que copio:

"Ministerio de la Guerra y Marina.—Departamento
"de Artillería.—Sección primera.

"Acompaño á usted el despacho de retiro á dispersos
"que el C. Presidente ha expedido á su favor, con todo
"el haber de su empleo, por haber cumplido los treinta
"años de servicios que la ley designa, en virtud de ha-
"berlo usted así solicitado.

"Independencia y Libertad. Etc.—MEJIA.

"Ciudadano Coronel Manuel Balbontín, Jefe de la
"primera Brigada de artillería."

Digitized by Google

Al solicitar mi retiro pedí también la Cruz de Constancia, cuya resolución tuvo á bien reservarse el Ministerio, siendo así que para su adquisición exige la ley las mismas circunstancias que para el retiro.

Después la ví usar por individuos que ni tenían el tiempo ni les había tocado servir en la época tormentosa en que yo serví.

El Juez de Distrito, no teniendo ya lugar el amparo, me requirió si me desistía de mi pedido, á lo que me manifesté deferente, puesto que ya no existía la causa que había motivado mi petición.

A pesar de haber recibido mi patente de retiro, yo seguía con el mando de la brigada, sin que el Gobierno diera paso á nombrar mi sucesor.

En vista de la irregularidad en que se incurría al mandar yo un cuerpo al que había dejado de pertenecer, ocurrí al Ministro de la Guerra pidiendo se sirviera nombrar al Jefe á quien debía hacer entrega del mando, del modo siguiente:

"Ciudadano Ministro:

"Habiendo tenido á bien el C. Presidente de la República expedirme patente de retiro á dispersos con fecha 19 del próximo pasado Febrero, y teniendo el cúmplase de 1º de Marzo corriente, me hallo indebidamente mandando la primera Brigada de artilleros que el Supremo Gobierno tuvo á bien poner á mis órdenes desde el año de 1866.

"En consecuencia, tengo la honra de ocurrir á usted, suplicándole se sirva, si lo tiene á bien, nombrar al Jefe á quien debo entregar el mando.

"Independencia y Libertad, Marzo 14 de 1876.

"Ciudadano Gral. Ministro de la Guerra —Presente."

Con fecha 18 recibí la comunicación que á la letra copio:

"Departamento de artillería.—Sección primera.

"Habiendo dado cuenta al C. Presidente con el oficio de usted, número 39 de 14 del corriente, en que solicita

Digitized by Google

se nombre el Jefe á quien deba entregar el mando de la brigada, en atención á que por haber obtenido retiro se cree sin derecho á continuar al frente de ella; ha resuelto que el Teniente Coronel C. José de J. Arce sea el que reemplace á usted haciéndose cargo de la Comandancia de la misma brigada.

"Comunícolo á usted para su conocimiento, y como resultado de su citada nota, en la inteligencia de que para intervenir en la entrega de la expresada Comandancia, quedan nombrados los Tenientes Coroneles CC. Francisco de P. Méndez y Narciso Echegaray, á quienes se les hace saber en esta fecha.

"Independencia y Libertad. México, Marzo 18 de 1876.—MEJIA."

"Ciudadano Coronel Manuel Balbontín, Jefe de la primera Brigada de artilleros.—Presente."

Digitized by Google

Nombramiento de Oficial 1º

DEL

Ministerio de la Guerra

Y Renuncia del mismo.

1876 á 1879.

Digitized by Google

Digitized by Google

Nombramiento de Oficial 1° del Ministerio de la Guerra y renuncia del mismo.—1876 á 1879.

Al entrar en México victoriosas las tropas que acaudillaba Don Porfirio Díaz, á fines de Noviembre de 1876, fuí llamado por el Ministro de la Guerra D. Pedro Ogazón por conducto del empleado del Departamento de Artillería D. Antonio Cuadros, para que fuera á tener una entrevista con él en su Secretaría.

Así lo verifiqué, y aquel funcionario me manifestó que el General Díaz deseaba que yo volviese al servicio. A esto le contesté que la necesidad que tenía de atender á mis cortos intereses, así como el deseo de descanso de las fatigas de un servicio activo, me lo impedían. Entonces me dijo que si no era desafecto al Plan de Tuxtepec y no tenía inconveniente de ayudar al Gobierno de otro modo, él estaba en la mejor disposición para ocuparme.

Le contesté que el programa del Plan de Tuxtepec me agradaba, y no tendría inconveniente en ayudar á su consolidación.

Digitized by Google

En vista de esta contestación me invitó á que pasara con él á hablar con el General.

Impuesto el General Díaz de mi resolución, me hizo saber que los Jefes y Oficiales de artillería se rehusaban á marchar al interior so pretexto de que ellos defendían la legalidad; que esto lo contrariaba, y le haría perder el tiempo en la reorganización del cuerpo, cuando le importaba apresurar las operaciones. Que tenía la creencia que si yo volvía al servicio, el cuerpo no tendría repugnancia en marchar.

Insistí en las causas que me obligaban á no dejar mi retiro, pero asegurándole que yo convencería á los Jefes y Oficiales de las brigadas á que marcharan. Por lo tanto, que en el momento iba á buscarlos para arreglar este asunto.

Así lo verifiqué, ocurriendo al alojamiento del Coronel D. Francisco P. Méndez, que era el de más alta categoría y uno de los que se hallaban más renuentes en marchar.

Allí me encontré con el Asesor D. Juan B. Acosta, que trabajaba con Méndez para que marchase á Guanajuato á ponerse á las órdenes de D. José María Iglesias.

Esto fué desde luego una dificultad para mí, pero no desmayé; y preguntando á Méndez qué se proponía al dar semejante paso, me contestó que no le llevaba otro objeto que servir al Gobierno legítimo.

Le hice ver que el señor Iglesias había perdido la legalidad al abandonar la residencia de la Suprema Corte de Justicia para irse á pronunciar á Guanajuato; que el señor Lerdo, cumplido que fué su término, y antes de tomar de nuevo posesión del Gobierno, se hallaba prófugo y ya sin carácter ninguno; que el General Díaz, como Jefe de la revolución de Tuxtepec, tampoco podía ostentar ningún título de legalidad. En consecuencia, que el país se hallaba acéfalo y con tres pretendientes á la Presidencia. Por lo tanto, que pasaba por una crisis peligrosa de que era necesario hacerlo salir á todo trance; que todo buen patriota debía apoyar á aquel que tuviera más probabilidades de triunfar y que ofreciera

Digitized by Google

mayores garantías á la Nación; que el General Díaz venía á la cabeza de una juventud entusiasta, mientras que Iglesias se hallaba rodeado de viejos y de intrigantes que no llevarían con vigor las operaciones; y por último, que comparando el programa del señor Iglesias con el del señor Díaz, indudablemente este estaba más de acuerdo con la opinión pública y con las exigencias de la Nación.

Méndez pareció convencido, y me preguntó que si yo estuviera en servicio, si seguiría al General Díaz, á lo que le contesté que indudablemente así lo haría.

Entonces me dijo que podía manifestar al General Díaz que estaba á su disposición, y que pasaría á verlo.

No conforme yo con que quedara aquel asunto pendiente, lo persuadí á que me acompañase á Palacio. Allí lo presenté al General Díaz, y quedaron arreglados.

Repetí con otros Jefes la misma negociación, y una vez conformes, salió el General Díaz de la Capital con toda la artillería que creyó necesaria.

El día 30 de Noviembre recibí una comunicación del Ministerio, concebida en estos términos:

"Ministerio de Guerra y Marina.—Departamento de Estado Mayor.—Mesa Central.

"El C. General en Jefe, encargado del Poder Ejecutivo, ha tenido á bien nombrar á usted Oficial 1º interino de este Ministerio.

"Lo digo á usted para su satisfacción y demás fines.

"Libertad en la Constitución. México, Noviembre 30 de 1876.—OGAZON.

"Ciudadano Coronel Manuel Balbontín.—Presente."

Yo contesté de la manera que sigue:

"Ciudadano Ministro:

"Por la superior nota de usted de 30 del próximo pasado me he impuesto que el C. General en Jefe, encargado del Poder Ejecutivo, se ha servido honrarme nom-

Digitized by Google

brándome Oficial 1º interino del Ministerio de la Guerra. Al aceptar la distinción que recibo, tengo la honra de manifestar á usted, para que se sirva hacerlo al C. General en Jefe, que deseo no perder el goce del retiro que disfruto.

"Libertad en la Constitución. México, Diciembre 2 de 1876."

Con la misma fecha recibí la que á la letra copio:

"Ministerio de Guerra y Marina.—Sección cuarta.—Número 21.

"Dada cuenta al C. General en Jefe del Ejército constitucionalista, encargado provisionalmente del Poder Ejecutivo de la Nación, con el oficio de usted, fecha de hoy, en que refiriéndose al nombramiento hecho en su persona de Oficial 1º interino de este Ministerio, manifiesta el deseo de no perder el retiro que disfruta usted; tuvo á bien acordar le exprese en contestación que cuando á sus intereses no convenga servir en el empleo que se le ha designado, puede usar del retiro que tiene.

"Libertad en la Constitución. México, Diciembre 2 de 1876.—Ogazon."

El General Ogazón me dijo de palabra que el Gobierno deseaba colocarme en un puesto de mayor importancia, etc.

Cuando por la elección popular ocupó la Presidencia el General Díaz, recibí mi despacho en propiedad, del empleo que interinamente desempeñaba.

Durante cerca de dos años y medio que permanecí en el Ministerio, se habían operado grandes cambios en el personal y en la política del Gobierno, cambios que indicaban el designio de nulificar completamente el Plan de Tuxtepec.

Esta circunstancia, y el haber puesto á mi cargo el nuevo Ministro de la Guerra la revisión de las decisiones de la Junta de Generales, que dictaminaba sobre las solicitudes de los Oficiales del ejército, que pedían el

Digitized by Google

tiempo doble de servicio y ser pagados con igualdad á la guarnición, conforme á la ley del caso; ocasionaron en mí cierto disgusto, que predispuso mi ánimo á hacer dimisión de mi empleo en la primera oportunidad.

La comisión que se me encargaba no correspondía al despacho de la Primera Sección que yo tenía á mi cargo; pero el señor Ministro me manifestó que había pensado en mí para que la desempeñase, porque le inspiraba la mayor confianza.

Pero me colocó en una posición bien difícil, porque me veía en el caso de opinar contra muchos acuerdos de la Junta, que por debilidad, ó cediendo á influencias, despachaba favorablemente las solicitudes de individuos que no estaban en el caso de la ley; y para obrar con mayor energía y probidad, yo fuí el primero que me abstuve de solicitar sus beneficios, siendo así que me hallaba en mejores condiciones.

De esta suerte me granjeaba la opinión de díscolo, atrayéndome odiosidades y disgustos que no me correspondían.

En esto hube de enfermarme, y manifesté al Oficial Mayor que necesitaba ponerme en cura.

Dada cuenta al Ministro, resolvió lo que sigue:

"Ministerio de Guerra y Marina.—Seccion tercera.—Número 90.

"A fin de que pueda usted atender á la curación de sus males, el Presidente de la República se ha servido concederle un mes de licencia con goce de sueldo.

"Lo que participo á usted para su conocimiento y fines consiguientes.

"Libertad en la Constitución. México, Marzo 26 de 1870.

"P. O. del C. Ministro, JOSE JUSTO ALVAREZ, O. M.

Pasado el mes, como el Doctor Chassin, que me curaba, manifestó que la enfermedad podía hacerse crónica, y, sin embargo, no era de aquellas que obligaran á

Digitized by Google

guardar cama, se hacía incompatible con el desempeño de mi empleo.

En vista de esto, hice mi dimisión en los términos que expreso:

"Ciudadano Ministro:

"Mi salud quebrantada no me permite desempeñar con la exactitud debida el empleo con que tuvo á bien honrarme la bondad del C. Presidente de la República.

"En consecuencia, me veo en la necesidad de renunciar dicho empleo, suplicando á usted muy encarecidamente se sirva dar á mi nombre las más expresivas gracias al C. Presidente, por la confianza que en mí tuvo á bien depositar, asi como ordenar lo conveniente, á fin de que me considere la Tesorería General con el retiro que disfruto.

"Libertad etc., Abril 28 de 1879."

En seguida dirigí las cartas que copio:

"Señor General D. José Justo Alvarez. Casa de usted, Mexico, Abril 28 de 1879.

"Muy estimado General y señor:

"Aunque aliviado de mis males, la enfermedad no ha cedido por completo, ni es fácil calcular cuanto tiempo será necesario para ello. Por lo mismo, dirijo una comunicación al primer Ministro, haciendo renuncia del empleo con que tan bondadosamente se me honró, y suplico á usted se sirva, al dar cuenta, manifestar que siempre me hallará el Gobierno en la mayor disposición de servirlo, según mis fuerzas, en lo que me fuese posible.

"Me repito de usted etc."

"Señor General de División D. Manuel González, Ministro de la Guerra y Marina.

"Casa de usted, México, Abril 28 de 1879.

"Señor Ministro:

"Por la comunicación con que dará á usted cuenta el señor Oficial Mayor, se impondrá de que mi salud que-

Digitized by Google

brantada me obliga á renunciar el honorífico empleo con que tuvo á bien distinguirme el señor Presidente.

"Al separarme de la Secretaría que usted con tanto acierto dirige, le doy las más expresivas gracias por la bondad y deferencia con que siempre me ha tratado, asegurándole que en lo que me sea dable, siempre serviré gustoso al Supremo Gobierno.

"Soy de usted etc."

"Señor General de División, Presidente de la República, D. Porfirio Díaz.—Presente.

"Casa de usted, México, Abril 28 de 1879.

"Señor Presidente:

"Una indisposición que amenazara hacerse crónica, me ha obligado á renunciar el empleo que desempeño en la Secretaría de Guerra y que usted con tanta bondad como confianza se sirvió conferirme.

"Al separarme no puedo hacerlo sin dar á usted las más expresivas gracias por la honra que me dispensó, asegurándole que hago los más sinceros votos por su feliz Gobierno y manifestarle que siempre estaré dispuesto á servirle en todo aquello que me fuere posible.

"Me repito de usted, señor Presidente, su afectísimo etc."

"Señor General de División, D. Pedro Ogazón.—Presente.

"Casa de usted, Abril 28 de 1879.

"Muy estimado General y señor:

"Mi salud quebrantada me obliga á renunciar el empleo que desempeñaba en el Ministerio de la Guerra.

"Como usted tuvo una parte activa en que obtuviera

Digitized by Google

dicho empleo, creo de mi deber anunciarle mi separación y darle de nuevo las gracias muy sinceras.

"Soy de usted etc."

Estas cartas fueron contestadas en esta forma.

"P. N. Abril, 30 de 1879.

"Señor Coronel Manuel Balbontín.

"Estimado y fino amigo:

"Dí cuenta al señor Ministro con la renuncia que usted hace del empleo de Oficial 1º de esta Secretaría, y con sentimiento por su parte, y la del señor Presidente, fué aceptada, fundándose en el estado de salud de usted, que no le permite continuar desempeñándolo.

"Este sentimiento es el mismo en sus amigos, que acostumbrados á tenerlo cerca, extrañan mucho su separación. De estos amigos no soy, por cierto, el último que con verdadera pena lo veo separarse de la Oficina, aunque me queda el consuelo de que buenos y antiguos amigos, no nos separaremos mucho tiempo.

"Quedo como siempre, su afectísimo amigo y servidor.—Jose Justo Alvarez."

"Correspondencia particular del Ministro de la Guerra

"México, Abril 29 de 1879.

"Al señor Coronel Manuel Balbontín.—Presente.

"Muy estimado compañero y fino amigo:

"El señor Oficial Mayor de la Secretaría de mi cargo me ha dado cuenta de la nota oficial en que usted hace renuncia del empleo que desempeñaba en la misma Secretaría, á causa de sus enfermedades.

"Siento infinitamente que el quebranto de su salud impida á usted continuar en el encargo que se le confió en el departamento de la Guerra; y solamente obligado yo por los motivos fundados que expresa en su carta ya

Digitized by Google

citada, me he visto en el caso de aceptar, aunque con pena, la separación de usted del puesto que ocupaba.

"Estimo en lo que vale el ofrecimiento que usted hace de sus servicios al Gobierno Federal en lo que sea dable. Espero que el sosiego devuelva á usted la salud perdida; y con el aprecio de siempre, me repito su amigo, compañero afectísimo y S. S.—MANUEL GONZALEZ."

"México, Mayo 10 de 1879.

"Señor Coronel D. Manuel Balbontín.—Presente.

"Estimado compañero y amigo:

"Siento infinito la separación de usted del empleo que sirvió en la Secretaría de Guerra, donde tan buenos servicios prestó á la Administración. Lamento con toda sinceridad el quebranto de su salud, que obliga á usted á dejarlo, y deseo que cuanto antes logre usted su completo restablecimiento.

"Estimándole en gran manera sus patrióticas ofertas, que tendré presentes para aprovecharlas en caso necesario, quedo de usted con el aprecio de siempre, compañero afectísimo y servidor atento.—PORFIRIO DIAZ."

La comunicación que inserto en seguida fué el término y complemento de este asunto:

"Ministerio de Guerra y Marina.—Sección segunda.

"Hoy digo al Secretario de Hacienda lo que sigue:

"Habiendo admitido hoy al Coronel retirado C. Manuel Balbontín la renuncia que hizo por causa de enfermedad, del empleo de Oficial 1º de esta Secretaría; el Presidente de la República dispone que vuelva al goce del retiro que en su clase disfruta.

"Lo que tengo la honra de comunicar á usted para los efectos correspondientes.

"Y lo trascribo á usted para su conocimiento.

Digitized by Google

"Libertad en la Constitución. México, Abril 30 de 1879.—González.—C. Coronel retirado Manuel Balbontín.—Presente."

Al darle las gracias al primer Ministro por los términos afectuosos de su carta, me dijo:

Que tanto el señor Presidente como él, sentían mucho mi separación, pero que tratándose de una cosa tan importante como mi salud, no habían podido oponerse á ella. Que el día que lo creyese yo oportuno, ocurriera al Gobierno, en la inteligencia de que ya fuese en el empleo que dejaba, como en cualquier otro, sería yo colocado inmediatamente.

Digitized by Google

Formación de la Academia

de la

Primera Brigada de Artilleros.

1868 á 1876.

Digitized by Google

Digitized by Google

PRIMERA BRIGADA DE ARTILLEROS.

"ACADEMIA DE CC. OFICIALES."

Nota de los objetos
que tiene la expresada, y entrega que hace de ellos
el C. Coronel del arma

MANUEL BALBONTIN

al del propio empleo

CIUDADANO JOSE DE J. ARCE,

en el año de 1876.

Fortificación permanente.

Un primer trazo VAUBAN, de relieve en yeso, con su campo pintado y sus caballetes, dirigido su trazo, que es un exágono regular, por el Subteniente de la Brigada, C. Vicente Estarrona, en Marzo de 1869. Escala $\frac{3}{1000}$

Otro segundo trazo de VAUBAN, de relieve en madera de cedro, con su campo pintado y montado sobre sus

Digitized by Google

caballetes, dirigido su trazo por el Teniente del arma C. Silvestre Yaloma. Su figura geométrica es un octágono regular, fué construido por el Sargento 2º del arma Manuel Islas, en el año de 1869, mes de Agosto. Su escala es á $\frac{3}{1000}$

Otro trazo de NOIZET DE SAINT-PAUL, de relieve en madera de cedro, con su campo pintado y montado sobre sus caballetes, dirigido su trazo por dos CC. Oficiales de la Brigada. Su figura geométrica es un decágono regular, su escala es $\frac{3}{1000}$. En el mes de Marzo de 1870 fué construido.

Una plaza fuerte de orden del 2º trazo de VAUBAN, de relieve, su fortificación de madera de cedro y sus edificios pintados, con su campo pintado y montado sobre sus caballetes, dirigido el trazo por el C. Capitán del arma José María Navarrete. Su figura geométrica es un exágono regular. Su escala es $\frac{1}{1000}$ por metro. La fecha es Marzo de 1871.

Un trazo que representa el segundo período de sitio, de relieve en madera de cedro pintado y barnizado, montado sobre sus caballetes, dirigido su trazo por el C. Capitán José María Navarrete, siendo su figura geométrica un dodecágono regular, su escala $\frac{1}{1000}$ por metro y la fecha de su construcción 1871.

Un trazo que representa el tercer período de sitio. Este y el anterior, por CORMONTAIGNE, de relieve en madera de cedro pintado y barnizado, montado sobre sus caballetes y dirigido su trazo por el Subteniente del arma C. Manuel Villarreal. Su figura geométrica es un dodecágono regular, su escala es á $\frac{4}{1000}$ por metro y la fecha de su construcción, Febrero de 1874.

Un modelo de fortificación antigua que representa la Jerusalem, de relieve en pasta de arroz, construcción alemana, montado sobre su caballete con su capelo.

Un trazo que representa una plaza de guerra de primer orden, dibujo en lienzo con su marco dorado, obra del Cuerpo Especial de Estado Mayor del Ejército, formado por el C. Capitán Luis Alvarez bajo la di-

Digitized by Google

rección del C. Teniente Coronel Manuel Hernández. Su escala á 0,m002 por metro, fecha 26 de Octubre de 1855.

Un trazo que representa la fortaleza de Perote, en lienzo, dibujada por el C. Capitán de Ingenieros José María Durán, siendo su figura geométrica un cuadrado con baluartes, y su escala 0,m002 por metro. Tiene su marco dorado y está fechado con el año de 1850.

Otro plano que representa la fortaleza de Ulúa, en lienzo, con su marco dorado, obra del Cuerpo Nacional de Ingenieros y copia de F. Palafox, fechado en el año de 1850.

Otro plano que representa el proyecto de fortificación de la ciudad de Santiago de Querétaro, en lienzo con sus bastones para envolverse, escala en varas castellanas, sin fecha ni autor.

Un cuadro, dibujo en papel, elementos de fortificación, con su marco negro y vidrio, por Basset.

Puentes y Fortificación de Campaña.

Un río de relieve en madera, pintado, conteniendo un puente de troncos de árbol; otro suspendido; otro de caballetes, y el último de balsas, montado en sus caballetes, dirigidos por el Subteniente C. Manuel Cadena. Su escala á om01 por metro.

Otro río con un puente de pontones, estos de zinc con su cauce de lo mismo; una torre antigua con machícules, de cedro, barnizada. Lo demás del río es de madera de zompantle, pintado, montado esto sobre sus caballetes, dirigido por el Teniente C. José López Guerrero. Su escala es á om04 por metro, fecha Diciembre de 1875.

Otro río con puentes de caballetes labrados, en bruto y de pilotes de madera de cedro, pintados y barnizados, con sus tiendas de campaña y un garitón. Su

Digitized by Google

escala $0^{m}04$ por metro, dirigidos por el Subteniente José López Guerrero en el mes de Mayo de 1875.

Un trazo que representa el proyecto de una colonia militar, de relieve en madera de cedro, pintada y barnizada. Su figura geométrica es un octágono regular; su escala es á $0^{m}0035$ por metro. La dirigió el Subteniente C. José López Guerrero, fecha 1875. (Esta colonia está tomada de los apuntes que escribió el C Coronel Manuel Balbontín).

Un Blookhaus de dos cuerpos, de bulto en madera blanca, pintado con su puente corredizo. Escala á $0^{m}04$ por metro, sin autor ni fecha, sobre sus caballetes.

Otro blookhaus con flancos de madera de cedro, pintado y barnizado, trazado por el Subteniente C. Manuel Gil, con su escala á $\frac{40}{1000}$, fecha de Mayo 5 de 1874.

Un modelo de artillería sistema francés, calibre de á 24 de plaza y costa: cureña con su montaje, corredera y útiles para su servicio. Obsequio del señor General D. Francisco Zérega, sobre su tablero con un merlón montado sobre caballetes de madera blanca, pintada. La cureña es de cedro barnizado.

Geografía.

Una carta general de la República Mexicana formada por el Ingeniero Geógrafo Antonio García Cubas, fecha de 1873, en lienzo con sus bastones.

Veintisiete Estados, y son: el territorio *de la Baja California*, *Veracruz*, *Tlaxcala*, *Tehuantepec*, *Tamaulipas*, *Sonora*, *Valle de México*, *Coahuila*, *Durango*, *Nuevo León*, *Sinaloa*, *Chihuahua*, *Jalisco*, *Querétaro*, *Zacatecas*, *Chiapas*, *Yucatán*, *Oaxaca*, *Guerrero*, *Colima*, *Tabasco*, *Michoacan*, *Aguascalientes*, *Guanajuato*, *San Luis Potosí*, *Puebla* y territorios de Sierra-gorda é Isla del Carmen. Todos estos tienen

Digitized by Google

intercalado el texto de sus climas, producciones etc, etc , y son autógrafos del Ingeniero Geógrafo Antonio García Cubas. Están adaptadas á un lienzo, y tienen sus bastones para envolverlos.

Una carta Geográfica de la América Septentrional, formada por Lloyd's, en lienzo como las anteriores, con sus bastones, é iluminada (ésta está en inglés).

Otra carta geográfica del mundo, formada por Colton', en lienzo con sus bastones é iluminada. También está en el mismo idioma que la anterior.

Otra carta telegráfica de la República Mexicana, formada por Cristóbal Ortiz y dedicada al C. Presidente Sebastián Lerdo de Tejada, iluminada y con sus bastones, en lienzo.

Un plano general de la Ciudad de México, sin autor, en papel, con su marco negro y vidrio.

Artillería.

Un modelo de bronce del cañón de á 4 de batalla, con su cureña, armón y demás útiles, modelo inglés, escala á $\frac{1}{5}$

Otro modelo de bronce, sistema Griveaubal, calibre de á 8 de batalla, con su cureña, escala á $\frac{1}{5}$. Obsequio del señor Coronel D. Joaquín Rangel.

Otro modelo de un mortero cilíndrico, sistema Griveaubal, de bronce, con su tapaboca de madera, escala á $\frac{1}{10}$. Obsequio del señor Coronel D. Joaquín Rangel.

Cuatro botes de metralla vacíos, calibres 16 centímetros, 12 centímetros, y 71 centímetros, de zinc, con sus fondos y tapas: uno del primer calibre, dos del segundo y uno del tercero.

Siete saleros de fresno para granadas, de diversos calibres, cuyas dimensiones tienen escritas en ellos mismos, así como el calibre á que corresponden.

Ocho metrallas de los diversos calibres, unas de hierro y otras de estaño

Digitized by Google

Tres granadas cónicas de diversos calibres.

Doce espoletas de madera de diferentes dimensiones y calibres.

Veintiocho espoletas de estaño, bronce y madera, de diversos sistemas, calibres y dimensiones, unas cargadas y otras sin cargar, con objeto de que se pueda hacer el estudio de sus ventajas y desventajas, y se pueda conocer el mecanismo de ellas.

Seis frasquitos de cristal, conteniendo las diferentes clases de pólvora, teniendo sus brevetes que manifiestan las cantidades componentes y su alcance.

Nueve cartones, conteniendo las proyecciones de una pieza obús de á 24 de batalla y de la cureña del mismo calibre de plaza y costa.

Seis tableros pequeños, conteniendo las diferentes pilas de balas de formas y bases, teniendo escritas las fórmulas algebraicas para su resolución. Las pilas que tienen son balas de plomo.

Cincuenta y ocho cartuchos metálicos para los diversos sistemas de fusiles y carabinas, cargados de diferentes calibres y dimensiones, con expresión de los autores de las armas á que pertenecen.

Cuadros negros de madera con vidrios y estampas.

Uno grande de pesas y medidas, de capacidad, volumen y extensión.

Otro Id. de las armas de fuego.

Otro Id. de la edad de bronce.

Otro Id. de las armas antiguas y modernas de todos los pueblos del mundo.

Otro Id. con los elementos de la pintura de paisaje á la acuarela.

Otro Id. de Meteorología.

Otro Id. de Veterinaria.

Otro Id. de Topografía.

Digitized by Google

Otro Id. de las alturas comparadas de las principales montañas, y ríos de las cinco partes del mundo.
Otro Id. de la marina moderna acorazada.
Otro Id. que representa el vapor de guerra mexicano Santa Anna.
Otro Id. de Geometría práctica para uso de los artistas é industriales.
Otro Id. de Cosmografía.

DE MENOR DIMENSION.

Un cuadro. El *arte del carpintero*. Lámina número 44.
Otro Id. que representa un cabrestante, *Arte del Herrero*. Lámina número 32.
Otro Id. que representa las dos proyecciones de un volante. Lámina número 31.
Otro Id. que representa los principios generales de Geometría Descriptiva. Lámina número 4.
Otro Id. que representa los instrumentos del tornero y herrero. Lámina número 20.
Otro Id. que representa tres prismas en distintas posiciones, proyectados sobre sus dos planos. Estudio de lavado y Geometría Descriptiva. Lámina núm. 19.
Otro que representa las proyecciones de una esfera, un cilindro, un exaedro ó cubo y un cono, proyectados sobre sus dos planos. Estudio de Geometría Descriptiva y lavado, imitando madera. Lámina número 33.
Otro que representa una máquina titulada "Fuerza portátil." Estudio de Mecánica y lavado.
Otro Id que representa los instrumentos del cerrajero. Lámina número 19.
Otro Id. que representa los instrumentos del cerrajero. Lámina número 20.
Otro Id que representa los instrumentos del mecánico. Lámina número 30.
Otro Id. que representa los instrumentos del cerrajero. Lámina número 21.

Digitized by Google

Otro que representa las monedas de oro y plata de todas las naciones del mundo.

Otro cuadro sinóptico del sistema métrico.

Otro cuadro sinóptico de los principales datos para el servicio y uso de la artillería de campaña, y armas portátiles de caballería é infantería.

Otro que representa una carrucha Estudio de lavado y Mecánica.

Otro Id. que representa la roseta de los vientos. Iluminada.

Otro Id. que representa los pabellones de los principales Estados del Globo: iluminado.

Otro que representa las maravillas de la naturaleza. Iluminado.

Otro Id. que representa una carta de la ciudad y sitio de Puebla.

Otro Id. que representa la batalla dada á los franceses el día 5 de Mayo de 1862. Iluminado.

Otro que representa la batalla de Calpulalpam.

Otro Id. que representa el ataque y toma de la Ciudadela el 1º de Octubre.

Dos estatuas de yeso sobre sus repisas: una del Cura Hidalgo y otra de Iturbide.

Un retrato fotografía, del C. General Ignacio Mejía. Obsequio de este señor. Tiene su marco dorado, y vidrio.

Otro retrato, del C. Presidente de la República Mexicana, Benito Juárez. Litografía con su marco dorado y vidrio.

Otro Id. del actual Presidente de la República Mexicana C. Licenciado Sebastián Lerdo de Tejada. Litografía con su marco dorado y vidrio.

ESTANTE NUMERO 1,

conteniendo los proyectiles que se citaron en el ramo de artillería, conteniendo además lo siguiente:

Once paradas de cartuchos de papel, para las diversas armas y calibres de ellas.

Una ampolleta.

Digitized by Google

Doce cajas de cartón conteniendo soldados de plomo, de infantería y caballería, piezas y avantrenes de artillería.
Una brújula pequeña de viaje, con su cajita de madera.
Diecisiete figuras geométricas de madera.

ESTANTE NUMERO 2,

conteniendo además de los modelos de bronce que se citaron en el ramo de artillería, lo siguiente:
Un modelo en pequeño de un *sestón ó gavión*.
Otro Id. en menor escala que el anterior.
Un modelo de un *caballo de frisa* de cuatro aspas.
Uno Id. del trazo de los *pozos militares ó trampas de lobo*.
Otro Id. de los salchichones, faginas y zarzos.
Otro Id. de una barrera.
Otro Id. de una abatida ó tala de árboles.
Otro Id. de abrojos.
Otro Id. de un caballo de frisa de seis aspas.
Otro Id. de una estacada y palancada.
Un estante de cuatro piés con un capelo de vidrio con sus bastones de latón, conteniendo azufre del Popocatepetl.
Otro igual al anterior en todo, y contiene salitre en sus diferentes manipulaciones.

ESTANTE NUMERO 3.

conteniendo los libros siguientes:

ARTILLERIA.

Dos tomos. Nociones de artillería por el Brigadier C. Barrios, en pasta colorada.
Cinco tomos del Memorial de l' Artillerie. Experiencias, observaciones relativas al servicio de la artillería. En pasta de color obscuro.
Un tomo. Fabricación de las bocas de fuego, por *Emy*.
Otro Id. Descripción de los diversos procedimientos de fabricación de la pólvora de cañón y sus efectos en las bocas de fuego, por *Timmerhans*.

Digitized by Google

Tres tomos. Tratado de artillería por Tomás Morla (sólo el 1º y 3er. tomos).

Un texto y un atlas del arte de fabricar la pólvora de cañón, por *Botteé y Riffault*. Obsequio á la Academia, del señor General Junquito.

Dos tomos de Ordenanza y Reglamento de Indias del Cuerpo de artillería y sus ramos.

Un tomo Instrucción teórica y práctica por (*Thiroux*). Artillería.

Un tomo Tratado de artillería teórica y práctica por *G. Piobert*.

Dos tomos. Lecciones de artillería por Guzmán. (Falta el 1º).

Un tomo. Ayuda de Memoria para uso de los Oficiales de artillería.

Un tomo. Instrucción del artillero.

Un tomo. Enciclopedia Robert: *Artificier*, *Poudrier et Salpétrier*.

Un tomito. Réglement provisoire sur l' instruction á pied et á cheval dans les regiments d' artillerie. Tome premier. Instruction á pied. Obsequio del señor General Benavides.

Otro tomo del mismo título que el anterior. Tome second. Obsequio del mismo señor General Benavides.

Otro Id. Réglement provisoire sur les manœuvres de l' artillerie. Tome premier. Service des bouches á feu. Obsequio del señor General Benavides.

Otro Id. Réglement sur les manœuvres et les évolutions des Batteries Attelés. Titre 1er. Manœuvres d' une batterie.

Otro Id. Instruction sur le service et les manœuvres de l' equipage de pont d' avangard et de divisions.

Otro Id. Tratado de artillería, 1770. Ignacio de Higareda.

Un atlas. Réglement provisoire sur l' Instruction á pied et a cheval dans les Régiments d' artillerie. Obsequio del señor General Benavides.

Otro Id. Réglement sur les Manœuvres et les Evolutions des batteries attelées.

Digitized by Google

Un tomo. Aide-Memoire a l' usage des sous Officiers d' artillerie. Obsequio del señor General Benavides.

Un tomo "Ordonnance and armor." Holley. Obsequio del señor General Benavides.

Otro tomo. "Ordonnance Manual. 1861." Obsequio del señor General Poucel.

Otro tomo. Minas de guerra por Sains.

Una alza de puntería para cañón de 7 centímetros, graduada en metros, (sistema austriaco).

Fortificación.

Un tomo. Cours élémentaire de Fortification por A. R. Emy. Obsequio del señor General Gaspar Sánchez Ochoa.

Un atlas. La misma obra y obsequio del mismo señor.

Un tomo. Essai sur les ponts militaires.

Un segundo tomo. Elementos de Fortificación por Ignacio Mora.

Dos tomos, primero y segundo. Eléments des Fortifications par M. Noizet de Sant-Paul.

Un tomo. Fortificación elemental por Neucheze.

Un primer tomo. Elementos de Fortificación por Mora y Villamil.

Dos tomos. Táctica aplicada y comparativa de todas las armas, por C. L. G.

Dos tomos, primero y segundo, de la Ordenanza General del Ejército.

Un tomo. Vocabulario Militar, Francés é Inglés-Español, por Joaquín María Enrile.

Un tomo. El Generalato, por L. Durat-Lasalle.

Otro Id. La Prusia Militar, por el General Rafáel Benavides.

Digitized by Google

Un tomo. Biblioteca Militar. Fortificación. Traducción del Emy. (Cadena).
Otro Id. Biblioteca Militar. Artillería.
Otro Id. Biblioteca Militar. Caballería.
Otro tomo. Biblioteca Militar. Infantería.
Otro Id. Fortificación Poligonal por Ratheau.
Un atlas. La misma obra y autor.
Un tomo. Topografía Militar por Louterel.
Otro Id. segundo. Reflexiones militares por Alvaro de Navia Osorio.
Un tomo. Táctica del tirador por el General Benavides.
Un tomo. Tratado de campamentos y marchas por el General Benavides.
Un tomo. Servitude et grandeur militaires por Alfred de Vigny.
Un tomo. Ordenanza de milicias provinciales de España.
Un tomo. Cartilla de carabineros por José M. Bustamante.
Un tomo. Cours elementaire de tir.
Seis tomos. Dictionaire des Batailles por M... M... Obsequio del señor General Junguito.
Un tomo L' Expedition de crimée por Bazant court.
Un tomo Conflicto europeo por el señor General Benavides.
Diez tomos. Historia de Colombia por José Manuel Restrepo.
Dos tomos, segundo y tercero. Historia Militar por Presle.
Un tomo. Derecho constitucional por José Licastro.
Un tomo segundo. L' Esprit militaire.
Un tomo. Juzgados militares por Colón.
Un tomo. Curso de Matemáticas por Saint Cyr.
Un tomo. Guía de los forasteros.
Un tomo. Tabla de logaritmos. Por La Lande.
Un tomo. Itinerarios y derroteros de la República Mexicana por el C. General José J. Alvarez.

Digitized by Google

Un tomo. Tarifa de sueldos militares por Juan A. Zambrano.

Un tomo. Igual al anterior en todo.

Un tomo. Manejo de un regimiento, por D. Antonio Torregrosa.

Un tomo. Compendio de Geografía por Juan B. Guim.

Un tomo. Instrucción de infantería ligera en campaña.

Un tomo. Reflexiones é instrucción sobre la infantería, Por Roche-aimon.

Un tomo. Táctica de infantería ligera. Por José A. Ramírez.

Un tomo. Elements abrégés d' un cours d' equitation militaire. Por A. Dupont

Un tomo. Diccionario de la lengua castellana.

Un tomo. Apuntes sobre un sistema militar. Por el señor Coronel Balbontín.

Un tomo. Force maritime. Por Paixhans.

Un tomo. Construction des canons obusiers. Por Dartem.

Un tomo. Album del ejército para uniformes y divisas de todas las armas. Por Ildefonso Estrada y Zenea.

Diecinueve volúmenes. Journal de l' ecole polytechnique.

Un tratado de Geografía Descriptiva, en cartones, por D. J. del C. y D. N. R.

Una caja de Estereotomía, con pequeñas figuras de madera.

Dos tomos. Apuntes sobre la táctica de infantería prusiana. Biblioteca de la 2ª división, por Francisco Beltrán.

Una pequeña esfera terrestre con su pié.

Un cono de madera de cedro, dividido por diversos planos para la demostración de las curvas de segundo grado.

Un cuaderno. Instrucción sobre la conservación y almacenaje del material de artillería. Por el señor Coronel Alejandro Pezo.

Un cuaderno. Cuadro Geográfico y Estadístico de la República Mexicana. Por Antonio García Cubas.

Digitized by Google

Un cuaderno. Escuela del cazador ó manejo de la bayoneta. Por José López Arago.
Dos cuadernos. Aurora. Periódico científico y militar.
Un reglamento para el servicio en campaña.
Un cuaderno. Colonias militares. Proyecto.
Tres cuadernos. Gobierno mecánico de un batallón; otro, Manejo de una Mayoría, y el último ajuste general de los fondos de un batallón.
Un cuaderno manuscrito de Geografía de Europa.
Un cuaderno manuscrito. Táctica de la brigada de artillería á caballo, manuscrito por Atilano Carrera.
Un cuaderno. Láminas de la táctica anterior.
Un cuaderno manuscrito. Direcciones para el uso de la alza para el cañón rayado de 7 centímetros.
Cinco pliegos. Modelos varios.
Un pequeño modelo de armero.
Un tomo. Tratado de artillería por Morla. Atlas.
Dos cartillas. Manejo de carabina ó fusil Remington.
Un cuaderno. Cuadro sinóptico y estadístico de la República. Es un gran pliego que se dobla y queda reducido á cuaderno.

Un estante pequeño de madera de cedro, barnizado, con su vidrio, conteniendo:

Diez láminas de los metales siguientes: Acero, fierro, zinc, estaño, plomo, bronce de cañón, latón y cobre puro y ligado. Tres láminas de distintas dimensiones.
Seis frascos de vidrio con sus tapones, conteniendo las sustancias químicas siguientes: Sulfato de zinc, prusiato de potasa, litargirio, carbonato de cobre y blanco de zinc.
Ocho tazas de porcelana, conteniendo en cristalizaciones químicas lo siguiente: Una sustancia cristalizada color blanco, en agujas, (sulfato de zinc); otra del mismo color, cristalizada en láminas, (bicarbonato de potasa); otra colorada, (cianoferrido de potasio); otra amarilla, (cianoferruro de potasio); dos

Digitized by Google

azules (sulfato de cobre), y dos verdes (sulfato de fierro).
Una piedra. Sulfato de antimonio.
Otra. Mármol de Carrara.
Otra. Barro refractario.
Una greñas. Estaño.
Cuatro pirámides pequeñas de barro refractario.
Una cajita de cartón conteniendo metales chinos y antimonio metálico.

Menaje.

Una mesa grande, pintada de verde.
Otra Idem de menor dimensión, pintada de aplomado, con su cajón.
Un atril de mesa y otro con su tripié.
Un pizarrón con su caballete.
Una caja para gises, sobre sus piés.
Un pizarroncito pequeño.
Veinticuatro sillas de madera blanca, barnizada, con su asiento de tule.
Dos mesitas en que se sientan los estantes, con sus cajones.
Un plumero para sacudir, de pluma larga.
Un reloj de pared, descompuesto.
Seis cuerdas de cáñamo para conocimiento de amarres.
Una cuerda delgada de perpendicular.
Una bitacora con su pié y suspensión de Cardan.
Un cartón. Calendario de 1871, por Murguía.
Un reloj geográfico, universal y perpetuo, de forma circular.
Un modelo de un vapor de hélice, de madera, barnizado. Pertenece al Ministerio de la Guerra.
Varias piedras metálicas y de mármol.

México, Marzo 30 de 1876.

Entregué. M. BALBONTIN.—Rúbrica.—Recibí. J. JESUS ARCE.—Rúbrica.—Intervine. M. ECHEGARAY.—FRANCISCO P. MENDEZ.—Rúbrica.

Digitized by Google

Digitized by Google

SIENDO yo subalterno de artillería, fijé la atención en las dificultades que experimentaba la Oficialidad del cuerpo para estudiar, no habiendo academias establecidas, y careciendo de modelos. No podía menos de deplorar que contando la artillería con Jefes instruidos, muchos de ellos sin ocupación, y con varias maestranzas donde á poca costa podrían construirse los modelos necesarios para facilitar el estudio; careciese el cuerpo de una academia bien establecida.

Me propuse desde entonces, que si alguna vez llegaba á obtener un mando importante, había de trabajar para organizar la academia que faltaba.

Al concluir la guerra de Intervención, me encontré mandando la Primera Brigada de Artilleros, que se organizó con el Batallón de artilleros del Norte, que yo mandaba, y que se había formado durante la campaña.

Desde luego recordé el compromiso que había formado conmigo mismo muchos años hacía, y me propuse desarrollar mi pensamiento con los elementos que pudiera.

Establecí desde luego cátedras de diversas materias, que yo mismo dí á los Oficiales, día á día, por espacio de ocho años.

Pero como carecía de recursos pecuniarios para construir los modelos necesarios y formar una pequeña bi-

Digitized by Google

blioteca, hube de darme á pensar el modo de proporcionármelos.

Recordando que en los países extranjeros tenía valor el estiércol, que nosotros dábamos gratis á quien quisiera llevarlo, quise hacer un ensayo para vender el que producía el ganado de la brigada.

Desde entonces no se volvió á regalar; y los carros de la brigada, en vez de llevarlo á tirar al campo, lo conducían á los lugares donde lo solicitaban, resultando, en verdad, que lo que pagaban los consumidores era más bien el viaje de los carros que el contenido que llevaban; pagando á dos y á cuatro reales el viaje, según la distancia á que el estiércol era conducido.

Pronto se acreditó la negociación, no faltando nunca consumidores, ya en los hornos de ladrillo, ya en los campos cercanos para abonarlos.

A pesar de los abusos, difíciles de evitar, del Oficial forrajista y de los trenistas conductores, pronto pude contar con entradas que aunque pequeñas, me pusieron en posición de comenzar mis trabajos.

Para estimular al estudio á los Oficiales, hacía que durante la cátedra alguno de ellos trazara un proyecto referente al asunto que se trataba; y á la vista de todos, y bajo mi dirección, se formaba el trazo en cuestión.

En seguida se solicitaba un artesano para construir en yeso ó madera el proyecto, con su relieve correspondiente. El artesano trabajaba en el cuartel bajo mi vista.

Concluido el trabajo, se ponía una tarjeta con los datos principales, y la escala, y firmaba el Oficial que en la Academia lo había proyectado.

Así comenzó á formarse una especie de pequeño museo militar, que ya pudo mostrarse á los Jefes superiores del ejército.

Entonces pude explotar otro recurso, y fué el de las dádivas, que también me surtió buen efecto, pues muchas personas hicieron obsequios de libros, mapas, modelos y útiles, que desde luego se les ponía el nombre del donador.

Digitized by Google

Así pudo formarse la Academia con los objetos que constan en el anterior inventario, firmado por el Jefe que me sucedió en el mando de la Brigada, y los interventores respectivos.

Mucha paciencia y tenacidad fueron necesarias para llegar á este resultado, pues había ocasiones que se necesitaban cuatro ó cinco meses, para reunir la cantidad necesaria para pagar un modelo.

Pero lo que más me afligía era la falta de entusiasmo de los Oficiales, pues era necesario apremiarlos y aún castigarlos para que no faltaran á las academias.

Sin embargo, creo que algunos se aprovecharon, que la mayor parte aumentaron sus conocimientos; y hubo también quienes presentaran lucidos exámenes, en alguna materia.

Al separarme de la Brigada, me queda la satisfacción de haber trabajado en su obsequio cuanto me fué dable, á pesar de haber tenido que luchar con grandes obstáculos. Dejo iniciado un trabajo que con el tiempo puede llegar á ser importante para el ejército, si se continúa, y cuyo valor material no baja, en mi concepto, de mil pesos.

Espero que mi sucesor, el señor Coronel D. Jesús Arce, continuará aumentando el caudal de la Academia, y será mi mayor placer saber que sus trabajos han superado mucho á los míos. (1)

El Coronel Arce, cuando se hubo recibido del mando de la Brigada, clausuró la Academia, estableciendo en ella el despacho de la Comandancia. Ya no hubo clases para los Oficiales, ni pensó el nuevo Jefe en aumentar los modelos, ni en aumentar la librería con un sólo volumen. Como consecuencia, se abandonaron el aseo y cuidado de los objetos que formaban la Academia, y por consiguiente, comenzaron á deteriorarse. El haber cambiado la Brigada de cuartel fué motivo para que todo el material sufriese mucho, y la falta de un local oportuno hizo que todo se aglomerase sin ningún cuidado.

(1) México, Abril de 1876.

Digitized by Google

Habiendo recibido la Brigada orden de marcha para Monterrey, el Coronel Arce se hallaba sin saber que hacer con la Academia.

Como el General D. Sóstenes Rocha era Director del Colegio Militar, y conocía perfectamente la Academia, por haber dado en ella clase á los Generales y Jefes de la guarnición; sabiendo la marcha de la Brigada, solicitó del Ministerio de la Guerra que los objetos que componían la referida Academia pasaran al Colegio Militar. El Ministro pidió su opinión al departamento de artillería; y el General D. Ignacio de la Peza, antiguo reaccionario é imperialista, que había ingresado al cuerpo por la revolución de Tuxtepec, y á quien nada le debía la Academia, dijo que habiendo sido formada ésta por los Oficiales de artillería (no dijo que por mí), debería conservarse en el cuerpo como base de un museo militar, y que el Colegio Militar podría construir los modelos que necesitase, como lo había hecho el cuerpo. El señor Ministro se conformó con esta opinión, y todo lo que formaba la Academia fué remitido á la maestranza, no para conservarlo, sino para destruirlo, como tengo noticias que ha sucedido, para que los Jefes de artillería no tengan ante su vista el mal ejemplo que yo les dejé.

Siento en el alma mis ocho años de trabajos, perdidos sin provecho alguno para la Nación.

Al entregar el mando de la Brigada no remití al Ministerio el inventario de la Academia, con los demás documentos de entrega, por estarse formando aquel. El Ministerio, que jamás había hecho caso de la Academia, y que aun me había increpado alguna vez que sólo pensaba yo en ella, tuvo el tupé de reclamarme el inventario de una cosa que, bien mirado, no le pertenecía; pero yo, que estaba aburrido del servicio, y sólo pensaba en dejarlo, me contenté con activar la formación del inventario y remitirlo.

¿Y para qué quería el Gobierno la Academia? Ya lo hemos visto, para destruirla.

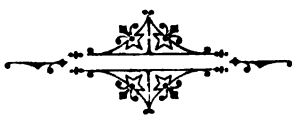
A últimas fechas, y por distintos conductos, he sabido

Digitized by Google

que algunos de los modelos de fortificación se hallan en el Colegio Militar. Esto, á lo menos, es un consuelo.

También he sabido que otros modelos existen en la Ciudadela; pero parece que la mayor parte de las cosas de la Academia se han perdido.

Me han asegurado que cuando visitó el General de los Estados Unidos, Milles, el parque general y la maestranza de artillería, fijó su atención en los modelos de fortificación que existen allí, y se manifestó muy satisfecho de ellos.



Digitized by Google

Digitized by Google

NOTAS.

I.

Con motivo de la inauguración de la Academia, publicó *El Eco de Ambos Mundos* lo siguiente, con fecha 7 de Junio de 1874:

"La primera brigada de artillería tuvo la bondad de invitarnos á la fiesta de familia que celebró el viernes con motivo del establecimiento de algunas de las cátedras de su academia. La reunión fué selecta, aunque formada únicamente de personas pertenecientes al ejército: allí tuvimos ocasión de notar los grandes adelantos que ha hecho la primera brigada de artillería merced á la dedicación de su apreciable Jefe el Coronel D. Manuel Balbontín y Teniente Coronel Peña. Estos adelantos son notables é importantes, tanto en matemáticas y geometría como en fortificación pasajera y de sitio, habiéndose construido por varios señores Oficiales diferentes modelos sobre fortificación y trabajos de sitio.

"El Sr. Balbontín no solamente exige que sus Oficiales sean los más pundonorosos y caballeros del ejército, sino que los obliga á estudiar continuamente aun ramos agenos de su arma, para que sus subalternos se distingan por su instrucción sólida y conveniente. El señor General Poucel, este distinguido Oficial, nos habló de una manera entusiasta de los trabajos del Sr. Balbontín y el Sr. Pezo, modestísimo é inteligente director de la maestranza, unió sus alabanzas á las del Sr. Poucel, que á decir verdad merecen extraordinariamente los Oficiales de artillería.

"No podemos explicar cuanta fué nuestra satisfacción al encontrarnos entre personas tan dedicadas al estudio y al admirar sus notables trabajos que merecen indudablemente el aplauso de todos los que desean que el ejército mejore su condición moral. Allí olvidamos completamente, que hubo una época en que el ejército ó instigado por el clero ó por Oficiales superiores ávidos de motines, había sido el amago

Digitized by Google

constante de nuestras instituciones y el azote de sus conciudadanos, y olvidando esto abrigamos la creencia de que hoy el ejército es el sostén más firme y el mejor baluarte de nuestras libertades, pues donde se notan adelantos tan importantes como en el cuerpo de artillería, es imposible suponer que falta la lealtad y el amor á la patria. El Sr. Balbontín, que no de ahora, sino de años atrás, se ha distinguido por sus disposiciones militares y por el noble afán de propagar sus conocimientos merece que sus hechos sean conocidos y que á su humilde retiro vayan las imparciales alabanzas de un pobre cronista, á felicitarlo por haber hecho del cuerpo que manda, un modelo de subordinación y de saber.—DARIO."

II.

El Sr. General Zérega me remitió los siguientes documentos relativos á los objetos que regaló á la Academia y que en uno de ellos se expresan:

"Señor Coronel D. Manuel Balbontín.

"Su Casa, Noviembre 6 de 1872.

"Querido compañero:

"Le remito el obsequio de un cañón y cureña de plaza y costa que le ofrecí hace días. Deseo que este pequeño obsequio sirva para instruir en algo á nuestros jóvenes Oficiales. Contiene la caja:

1 cañón de bronce (modelo francés.)
1 tapaboca de Id.
1 cubictute de Id.
1 botafuego de Id.
1 alza de Id. (de plaza.)
2 cuñas de retenida.
1 guarda fuego de Id.
1 tina de combate de Id.
2 llaves maestras.
1 guarda cartucho.
1 cureña p. y c. de cañón bronce de á 24.
1 corredera de p. y c. de Id. Id.
1 cruceta de p. y c. de Id. Id.
1 carrilera de p. y c. para dicho cañón.

"Falta el juego de agujas de fogón, la piola de braga, y no sé si algo más.

"Le falta limpiarlo y apretar la tina de combate y guarda fuego.

"Cañón, cureña y *todo lo demás, está rigurosamente* á $\frac{1}{5}$ del natural.

Digitized by Google

"Lo saluda su afectísimo S. S. y compañero que besa su mano.—FRANCISCO ZEREGA."

"Señor Coronel D. Manuel Balbontín.

"México, Noviembre 7 de 1872.

"Estimado amigo:

"Ayer remití á usted el modelo de cañón de bronce de á 24 con su montaje completo de p. y c., todo del modelo francés y construido á $\frac{1}{5}$ del natural riguroso.

"Hoy le remito varias cositas que no estarán de más en la Academia, como son espoletas de bronce, inglesas, usadas en San Juan de Acre en 1840 etc. Unos verdaderos cartuchos de Enfield, hechos en Woolwich (Inglaterra) con la marca real cada bala etc.

"Cuando yo vaya por allá algún día, le explicaré el origen de cada cosa.

"Suyo afectísimo.—FRANCISCO ZEREGA."

Digitized by Google

Digitized by Google

Mi hoja de Servicios.

Digitized by Google

Digitized by Google

1ª BRIGADA DE ARTILLEROS.

Hoja *de servicios del C. Coronel Manuel Balbontin, su edad cuarenta años, natural de México, del Estado del mismo, su estado soltero, sus servicios y circunstancias, las que á continuación se expresan:*

FECHAS EN QUE OBTUVO LOS EMPLEOS Y TIEMPO QUE HA SERVIDO EN CADA UNO.

Dias	Meses	Años	EMPLEOS Y GRADOS.	Años	Meses	Dias
26	Marzo	1845	Alumno del Colegio Militar.....	,,	4	2
28	Julio	1845	Cabo de la 1ª Compañía de Id..	,,	3	27
25	Nbre.	1845	Subteniente de la 1ª Brigada de artillería.....	1	5	26
21	Mayo	1847	Grado de Teniente de ejército....	1	8	24
15	Fbro.	1849	Subteniente de la 2ª Batería del 1er. Batallón	3	10	17
2	Enero	1853	Teniente del Depósito central de artillería.....	,,	8	5
7	Sbre.	1853	Capitán de la Batería de á pié de la guardia.....	2	4	26
3	Fbro.	1856	Jefe de División de la Brigada Mixta.....	,,	3	17
20	Mayo	1856	Jefe de la División de artilleros á caballo.....	1	8	,,
20	Enero	1858	Teniente Coronel de caballería...	3	6	4
24	Julio	1861	Id. de artillería. Comandante del arma en Tampico.....	2	,,	26
20	Agosto	1863	Coronel de infantería, Comandante de la Brigada.....	6	5	11
31	Enero	1870	Coronel de artillería.....	5	2	14
			Total hasta 15 de Abril de 1875...	30	,,	19

CUERPOS EN QUE HA SERVIDO Y CLASIFICACION DE TIEMPO.

	Años	Meses	Dias
En el Colegio Militar.....	,,	7	29
En el Cuerpo de artillería.....	29	4	20
Total de servicios.....	30	,,	19

Digitized by Google

CAMPAÑAS Y ACCIONES DE GUERRA EN QUE SE HA HALLADO, Y SERVICIOS MERITORIOS QUE HA CONTRAIDO.

Se halló en la defensa de la plaza de Monterrey en el Fortín de la Tenería, donde cayó prisionero en poder de los americanos, el día 21 de Septiembre de 1846. No habiéndose querido juramentar, fué canjeado después de la capitulación de la plaza. Se halló los días 22 y 23 de Febrero de 1847 en la batalla de la Angostura, como Ayudante del Comandante General de artillería. Se halló en las lomas de Padierna, contra los americanos, los días 20 y 21 de Agosto de 1847, donde fué ascendido á Teniente efectivo, por la orden general. Se halló en la defensa de la Capital hasta su evacuación el 13 de Septiembre de 1847. Siguió al Supremo Gobierno á la ciudad de Querétaro hasta su regreso á la Capital de la República. Fué enviado á Michoacán contra los pronunciados, á las órdenes del Comandante de escuadrón C. José Calderón; y como Comandante de artillería concurrió á las acciones de las tomas de Santa María y de San José de Pátzcuaro, donde el enemigo fué derrotado, en Octubre y Noviembre de 1852. Concurrió al ataque y asedio de la ciudad de Guadalajara, en Diciembre de 1852 y Enero de 1853. Marchó á la campaña de la sierra de Xichú á las órdenes del C. General Luis Ghilardi en Diciembre de 1855. Con el mismo General marchó como Comandante de artillería al sitio y toma de Puebla en 1856. Se halló en la defensa de la ex-Acordada contra los reaccionarios, en Enero de 1858, donde cayó prisionero, permaneciendo en tal calidad un año, por no querer tomar parte con la reacción. Fugado de México cayó en poder de una partida de reaccionarios de Chiguahuapan, mas logrando escaparse, llegó á Veracruz, donde se presentó al Supremo Gobierno. Mandaba la artillería de la tercera línea de aquella plaza cuando bajó Miramón á atacarla en la primavera de

Digitized by Google

1859. Marchó en seguida al interior de la República á las órdenes del C. General Santos Degollado, y fué Comandante General de artillería del ejército del Norte. Concurrió á la batalla de la Estancia de las Vacas, y después de esta funesta jornada se incorporó con el C. General Manuel Doblado; y embarcándose en Acapulco volvió á Veracruz, habiendo hecho toda la campaña enfermo de fríos y calenturas. Se halló en el asedio de la ciudad de Oaxaca durante los meses de Febrero, Marzo y Abril de 1860, como Comandante de artillería. Hallándose en la ciudad de Tampico el año de 1861, fué enviado á trasladar á aquella plaza una batería que se había quedado abandonada en la hacienda del Capadero, lo que efectuó con felicidad. Habiéndose pronunciado parte de la guarnición de Tampico la noche del 21 de Marzo de 1861, fué aprisionado y conducido al fuerte de Iturbide; mas logrando salir libre, contribuyó al día siguiente á hacer rendir á los amotinados. Nombrado Comandante de artillería de Tampico, desartilló aquella plaza por orden superior en 1862, y fué incorporado al ejército del Norte como Comandante General de artillería, en cuya calidad pasó más de 20 carruajes y bocas de fuego por la áspera sierra de Victoria. En San Luis Potosí organizó tres baterías y organizó el material que llevó el ejército á campaña, en sólo un mes que se le dió de tiempo. Al organizarse el Ejército del Centro quedó en él como Mayor General de artillería, con cuyo carácter concurrió á las operaciones que aquel ejército efectuó á las inmediaciones de Puebla, hasta que fué derrotado en San Lorenzo, en cuyo fatal día contribuyó á la salvación del parque general. Fué de nuevo nombrado Comandante General de artillería del Ejército del Centro y estableció en Celaya los talleres de recomposición del material. Marchó con un convoy de artillería y municiones para San Luis Potosí, por orden superior. Hallándose en Tula de Tamaulipas en Diciembre de 1863, con 16 cañones y obuses y 20 carros de municiones, sin tropa ninguna y sin recursos, supo que el enemigo había tomado á San Luis, y dispuso á todo trance

Digitized by Google

salvar el material, lo que efectuó con sólo dos Oficiales y algunos trenistas, atravesando la sierra de Victoria, en cuya operación tardó un mes. Habiendo recibido orden de marchar al puerto de Matamoros con la artillería, cuando en el camino no había pasto y sí gran escasez de agua y semillas, á consecuencia de cinco años de secas, logró verificar la marcha en doce días. Obtuvo licencia del Supremo Gobierno para pasar á los Estados Unidos en vista de hallarse separado del servicio en Matamoros; y usó de ella al tiempo de perderse la Frontera. Hallándose en Nueva York, se puso á las órdenes del C. General José María F. Carbajal, por disposición del Supremo Gobierno, pero habiendo fracasado la expedición que dicho General proyectaba, regresó á la República, incorporándose al ejército del Norte en unión del C. General Francisco Paz, quien como Comandante General de artillería lo nombró Mayor General del arma, y le confió la confección general del material de guerra en Monterrey. Después de la derrota de los imperiales en San Jacinto, fué llamado á incorporarse al ejército, lo que efectuó por la diligencia, desde Monterrey á las inmediaciones de Querétaro. Después de la acción gloriosa del 14 de Marzo de 1867, en que se obligó al enemigo á encerrarse adentro de la ciudad, careciendo el ejército de municiones, fué enviado violentamente á San Luis Potosí para dar impulso á los trabajos de maestranza y proveer al ejército, en cuya comisión permaneció, á pesar de hallarse bastante enfermo, hasta la rendición de Querétaro. Se presentó en Palacio la tarde del 1º de Octubre de 1871, á consecuencia de la sorpresa dada á la Ciudadela por las compañías de Gendarmes, habiéndose hecho cargo de la artillería que había en dicho Palacio, como Comandante de ella.

Ha sido habilitado, cajero, miembro de la Junta de honor, varias ocasiones; instructor frecuentemente, y Comandante de Batería, siendo subalterno.

Mandó la artillería de á caballo en 1856 y 1857. La División activa, de Veracruz; la Guardia Nacional, Divi-

Digitized by Google

sión de Tamaulipas, el Batallón de artillería del Norte; y hasta hoy la 1ª Brigada de artilleros.

Ha sido Jefe Político y Militar del Distrito del Sur de Tamaulipas y Comandante de artillería de Tampico.

Ha desempeñado el cargo de Comandante General y Mayor General de artillería, varias ocasiones, en Brigadas, Divisiones y Cuerpos de ejército.

Tuvo á su cargo una sección de la Dirección General del arma.

Perteneció al depósito central de artillería. Fué llamado al Ministerio de la Guerra, donde permaneció cuatro meses, en la sección orgánica del ejército.

Ha sido varias veces, y es actualmente, primer vocal de la Junta de honor de la 1ª División.

Fué Presidente de la Brigada que se organizó en 1868 para reconocer la artillería existente en el parque general.

Fué Presidente de la Brigada que se organizó para reconocer é informar sobre la fábrica de pólvora de Belén en 1873.

Es Presidente de la Brigada encargada del reconocimiento y prueba de la artillería que se funde en el Molino del Rey desde 1869 á la fecha.

Presidió la Brigada que se encargó del reconocimiento de las armas portátiles que existían en el parque general en 1872.

PREMIOS QUE HA OBTENIDO POR ACCIONES MILITARES.

El grado de Teniente, por la batalla de la Angostura.

La cruz de la misma batalla.

La medalla de la guerra con los Estados Unidos.

La medalla de la Paz, concedida á los que concurrieron al primer sitio de Puebla.

La medalla decretada por el Estado de Puebla para los que en el Estado combatieron á la Intervención.

Digitized by Google

El ascenso á Jefe de División, por la campaña de la Sierra.

El ascenso á Teniente Coronel de caballería, por servicios prestados contra la Reacción.

CASTIGOS QUE SE LE HAN IMPUESTO.

Ninguno.

LICENCIAS QUE HA USADO.

Tuvo una de dos meses para venir á la Capital de la República, el año de 1861, pero no disfrutó de ella, pues fué empleado en el servicio inmediatamente.

Usó una de seis meses en los Estados Unidos, la cual le fué prorrogada por tres meses.

Quedo satisfecho del tiempo de servicios y méritos que se me anotan.—MANUEL BALBONTIN.—Rúbrica.

Digitized by Google

NOTAS.

Valor
Capacidad
Instruccion en ordenanza
Idem en tácticas de infantería
Idem en idem de caballería
Idem en idem de artillería
Idem en Matemáticas
Idem en Geografía del País
Idem en Estadística
Idem en fortificación
Conducta militar
Idem civil
Salud

El Jefe del Detall de la expresada Brigada, de la que es Comandante el C. Coronel de artillería Manuel Balbontín.

CERTIFICO: *Que la hoja de servicios que antecede, cerrada hasta el día de la fecha, es copia de la original que existe en la papelera de mi cargo.*

México, Abril 15 de 1875.

V.º B.º

Balbontín.

Rúbrica.

Julián Peña.

Rúbrica.

Digitized by Google

Digitized by Google

INDICE.

	Páginas
INTRODUCCION	3
I.—LA GUERRA CON LOS ESTADOS UNIDOS. 1845 á 1848	5
Año de 1845	7
De 1846 á 1848	10
II.—CAMPAÑA DE MICHOACAN Y JALISCO	17
Acción de Pátzcuaro	17
Marcha sobre los sublevados de Maravatío	33
Marcha á Guadalajara	37
Notas	49
III.—CAMPAÑA SOBRE PUEBLA EN FEBRERO DE 1856	53
IV.—ATAQUE Y TOMA DEL HOSPICIO Y LA ACORDADA EN 20 DE ENERO DE 1858	81
Notas	125
V.—FUGA DE MEXICO A VERACRUZ. 1858	127
VI.—BATALLA DE LA ESTANCIA DE LAS VACAS. 1859	149
Notas	181
VII.—ACCIONES MILITARES EN OAXACA. 1860	183
Definiciones	185
Preliminares Históricos	188
Guerra de Reforma	191
Reflexiones	260
Conclusión	263
Notas	265
VIII.—MOTIN MILITAR EN TAMPICO. 1861	267
Nota	285
IX.—JEFATURA POLITICA Y COMANDANCIA MILITAR DEL DISTRITO DEL SUR DE TAMAULIPAS. 1861 á 1862	287
X.—ORGANIZACION DE LA PRIMERA DIVISION DEL EJERCITO DEL NORTE. ORGANIZACION Y OPERACIONES DEL CUERPO DE EJERCITO DEL CENTRO. 1861. 1862. 1863	319
Notas	355

Digitized by Google

XI.—COMBATE DE SAN LORENZO. 1863..... 359
Nota..... 383
XII.—EVACUACION DE LA CAPITAL DE LA REPUBLICA Y RESIDENCIA DEL GOBIERNO EN SAN LUIS POTOSI. 1863..... 385
Notas..... 409
XIII.—DE SAN LUIS POTOSI A MATAMOROS. 1863 y 1864..... 411
De San Luis á Tula de Tamaulipas..... 41
De Tula á Ciudad Victoria .....
De Victoria á Matamoros.....
Nota.....
XIV.—SITIO Y CAIDA DE QUERETARO. 1866 y
Notas.....
XV.—SORPRESA DE LA CIUDADEL[illegible]
LLON DE GENDARMES.
Nota... 492
XVI.—MI RETIRO. 1876..... 493
XVII.—NOMBRAMIENTO DE OFICIAL [illegible]RIO DE LA GUERRA Y RENUNCIA DEL M[illegible]O á 1979..... 501
XVIII.—FORMACION DE LA ACADEMIA DE [illegible] PRIMERA BRIGADA DE ARTILLEROS. 1868 á 1876..... 513
Notas..... 537
XIX.—MI HOJA DE SERVICIOS, CERRADA HASTA ABRIL DE 1875.... 541

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google